

QUE LO SEPAN ELLOS Y QUE NO LO OLVIDEMOS NOSOTROS



Miquel Izard

Aquel inverosímil verano del 36 no por esperado resultó menos sorprendente para toda la sociedad catalana y para los que desde fuera de Cataluña pudieron seguir de cerca unos acontecimientos que se desencadenaron de manera trepidante. El golpe de Estado del general Franco hacía tiempo que se incubaba. De eso eran conscientes tanto los que de una u otra manera simpatizaban o colaboraron con el mismo, como el movimiento obrero que, organizado principalmente en la CNT, salió a la calle no para defender las conquistas sociales que la República no le quiso dar, sino para avanzar hacia una sociedad sin clases y sin desigualdades sociales tras conseguir la derrota del fascismo.

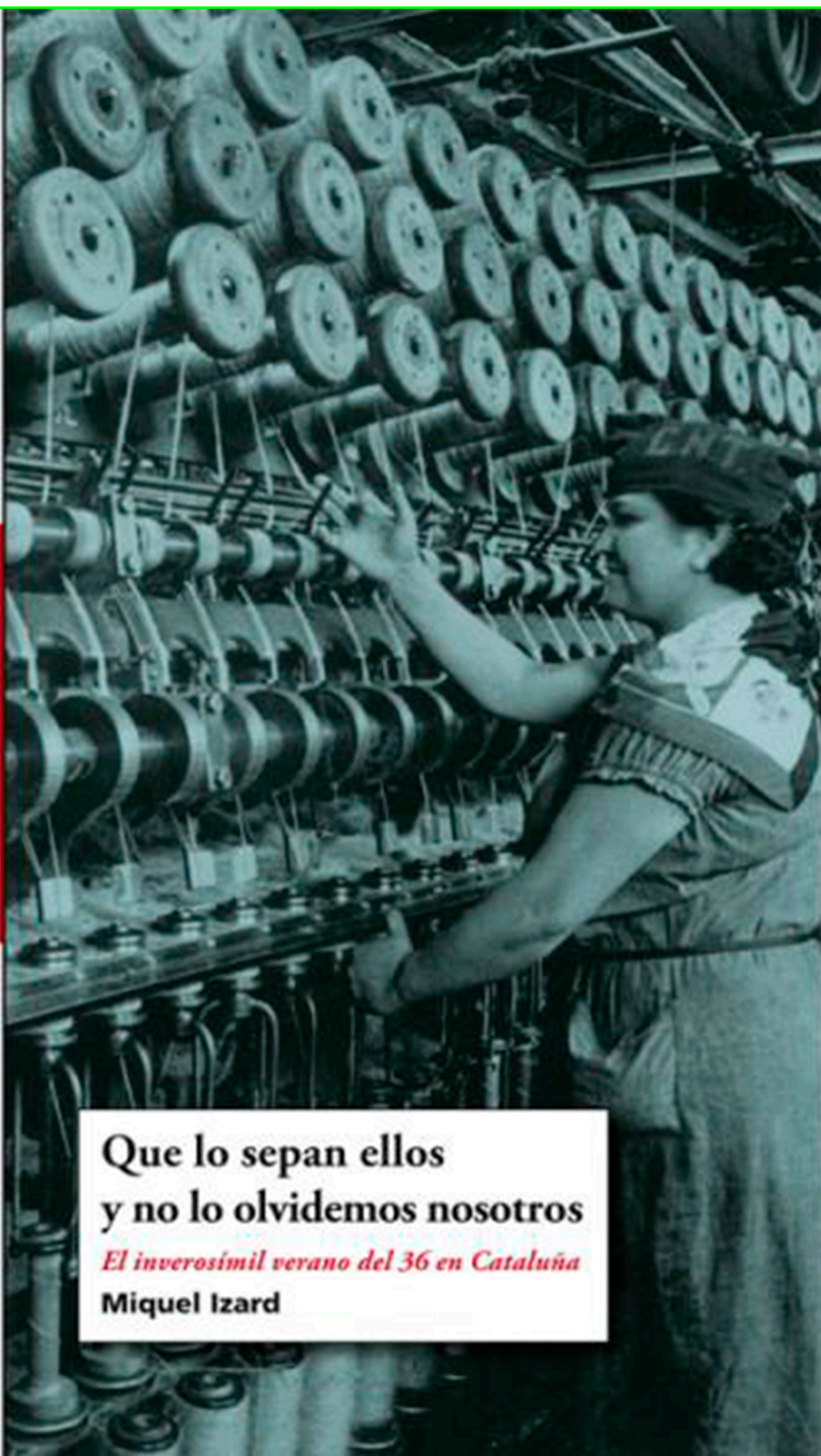
La rabia inicial se transformó en furia creadora y, de la noche a la mañana, las convenciones sociales, las formas de producción, las estructuras de decisión y la vida cotidiana anterior saltaron por los aires, y Cataluña entera se puso manos a la obra para construir una sociedad sobre las bases de la libertad y la justicia social para todos y todas.

Al contrario de lo que se puede leer en tanta historiografía oficial, no fue Barcelona y no fueron los «murcianos» los únicos protagonistas de la revolución social, fue el conjunto de obreros y campesinos de toda Cataluña los que salieron a la calle y tomaron el futuro en sus manos.

La obra colectivizadora en las fábricas y el campo, la expropiación de locales de la burguesía y de la Iglesia para escuelas, comedores y hospitales —además de para locales de sindicatos, partidos y asociaciones—, la creación de comités municipales y de defensa se extendió por toda Cataluña, de manera espontánea, sobrepasando muchas veces a las propias organizaciones obreras y borrando de un plumazo las relaciones de poder anteriores.

También la represión sobre fascistas, algunos elementos de la burguesía o sus colaboradores y sobre el clero se dejó sentir en todo el país, pero ni ésta fue tan ciega, ni tan numerosa, ni fue obra sólo de incontrolados o de miembros de la CNT. Y, sobre todo, no fue Barcelona donde hubo proporcionalmente más muertos, sino en algunas zonas rurales donde el caciquismo y la Iglesia habían jugado un papel especialmente represivo, como nos demuestra Miquel Izard en su abrumador trabajo: una radiografía de los seis primeros meses de revolución social en Cataluña, a partir de las noticias de la época y los escritos dejados por sus protagonistas y observadores de todo el espectro político —tanto los partidarios como los críticos—, en aquel lejano y extraordinario verano del 36 que unos se esfuerzan por recordar, mientras otros se empeñan en enterrar.

colección **memoria**



**Que lo sepan ellos
y no lo olvidemos nosotros**

El inverosímil verano del 36 en Cataluña

Miquel Izard



editorial
virus



Miquel Izard

Que lo sepan ellos y no lo olvidemos nosotros

El inverosímil verano del 36 en Cataluña

ePub r1.0

marianico_elcorto 31.03.14

Título original: *Que lo sepan ellos y no lo olvidemos nosotros. El inverosímil verano del 36 en Cataluña*

Miquel Izard, 2012

Revisión y corrección: Vicente Vescovi Diseño de portada: Seisdedos García y Silvio García-Aguirre López Gay Imagen de cubierta: «Trabajadora de la CNT en una fábrica colectivizada» (de autor desconocido según las consultas realizadas en el Arxiu Fotogràfic de la Ciutat de Barcelona y el Centro de Documentación de la Memoria Histórica de Salamanca).

Editor digital: marianico_elcorto ePub base r1.0

más libros en espaebook.com

Prólogo

La revolución o el jardín de las delicias

Resulta paradójico que los grandes historiadores catalanes suelen hallarse en la periferia académica. Pierre Vilar, a pesar de influir poderosamente en generaciones de investigadores, venía de fuera y era considerado extraño en su propio país. Ferran Soldevila pasó más tiempo en el exilio foráneo e interior que en la universidad. Vicens Vives no era propiamente un historiador, sino un intelectual que utilizaba la historia para sus proyectos políticos. Josep Termes nunca fue muy apreciado por el *establishment* académico. Muchos otros grandes historiadores, muy especialmente los libertarios, ni siquiera pasaron por la universidad ni como alumnos, ni mucho menos como docentes, a pesar de publicar infinidad de títulos de referencia. En la actualidad, la generación más brillante de investigadores de nuestro país, mucho más y mejor formada que la de sus profesores, se arrastra de facultad en facultad encadenando (o no) contratos precarios con retribuciones y condiciones similares a las brindadas en los establecimientos de comida rápida. De hecho, tanto la universidad franquista como la de la Transición han representado más un obstáculo que un vehículo para el debate, la

investigación y el análisis sobre el pasado, que es tanto como decir el presente. Demasiada endogamia, sectarismo y ansias de control ideológico, vicios heredados de un imperio hispánico en descomposición desde hace cuatro siglos y de una Cataluña de baja autoestima que todavía no se ha planteado que quiere ser cuando sea mayor.

En estas circunstancias, un personaje como Miquel Izard nos recuerda irremediabilmente a un Georges Brassens con una *Mauvaise réputation*. Como sucedía con el cantautor de Sète, «*les braves gens n'aiment pas que /l'on suive une autre route qu'eux*». Y desde sus inicios, con su inoportunidad de nacer en octubre de 1934, de vivir la revolución y la guerra, de provenir de una clase social destinada a estar en la base de la pirámide social, de participar en serio en la oposición al franquismo, de tener que exiliarse a Venezuela en los años sesenta tras un premio especial de doctorado, de creerse los objetivos de la *Assemblea de Catalunya*, de ir por libre y pensar por cuenta propia, lo han mantenido en la periferia de un sistema que, por mucho que se haya vestido de progresismo, sigue reverenciando la teoría y práctica de la Historia Oficial. Cuando me refería al concepto periferia, deseaba utilizar esta expresión con un sentido metafórico. Pero resulta que también resulta geográfico. Mi primer contacto con Miquel Izard fue el mismo de muchos compañeros de generación. A través de sus libros. Uno de los buenos consejos recibidos en la Universitat Autònoma de Barcelona, donde a pesar de las merecidas críticas expuestas, conseguía dotarnos de una sólida base formativa, era que nos hiciéramos una buena biblioteca. Así fui acompañándome de varios volúmenes de Izard. Sobre historia de las clases populares en Cataluña. Pero también sobre grupos disidentes y periféricos en la historia de América. ¿Qué tienen en común anarquistas ibéricos e indios cimarrones americanos? Probablemente mucho. Su deseo de vivir su propia vida al margen y en contra de un capitalismo colonizador. Colonizador hacia fuera, pero también hacia dentro. Explotando las tierras y a los nativos del nuevo continente, pero también los cuerpos y las almas de los habitantes de las metrópolis. Ante esta «historia universal de la infamia», que señalaría Borges, Miquel Izard levanta su voz disidente. La de un profesor universitario, escritor, ensayista, agitador, pero sobre todo

historiador que proviene de una periferia social, desde una identidad de periferias nacionales, con el ojo puesto en la periferia económica, política y geográfica, pero con la clara voluntad de influir en un mundo donde las pirámides deben ser derribadas. Quizá para hacer que las piedras sirvan para algo más útil que homenajear a faraones o exaltar la grandeza de los mandarines, como, por ejemplo, construir una ciudad más confortable e igualitaria.

Por supuesto, cuando hablamos de periferias, también me refería a la dimensión geográfica. Más allá de mi excelente relación con Miquel como lector, la relación personal, de fascinación mutua, empezó a unos doce mil quilómetros de aquí, cuando unas amigas comunes de la Universidad Nacional de la Patagonia, donde ambos recalamos hace algunos años, nos pusieron en contacto. No está mal, para conocer a alguien con quien compartimos periferias y ciudad natal. Pero si bien Susana M. López y Mónica Gatica consiguieron contactarnos por correo y teléfono, fue él quien propuso un encuentro y una colaboración en nuestra ciudad común, *cap i casal* del anarquismo histórico, y en el contexto más deseable y desconcertante posible. En otoño de 2008, Izard organizó un curso en el Museu d'Història de la Ciutat con el original y, sin embargo clarividente título *L' inversemblant estiu de 1936*, la increíble historia de la revolución que iluminó a medio mundo y atemorizó al otro medio.

El adjetivo «inversemblant», que en una mala traducción podríamos considerar como «sorprendente», «insólito» o «increíble», ofrece muchas pistas sobre la extraña relación que tenemos con nuestro pasado. Quienes nos hemos dedicado a la historia del anarquismo o de las clases populares hemos topado a menudo con dos fenómenos, ambos experimentados por quien suscribe este prólogo. El primero consiste en licenciarse en historia contemporánea y realizar cursos de doctorado (en mi caso a mediados y finales de la década de los noventa) sin apenas haber escuchado más allá de dos o tres vagas referencias sobre la Revolución del 19 de Julio, las colectivizaciones o incluso el anarquismo. El segundo, descubrir como estudiantes y estudiosos extranjeros de historia, italianos, norteamericanos, británicos, franceses, que demuestran un amplio conocimiento sobre lo que

pasó en nuestro país y que Hans Magnus Enzensberger calificó, con excelente criterio, de «corto verano de la Anarquía», comparten su desazón al constatar que apenas ningún catalán o español conoce lo sucedido. Como si alguien hubiera borrado el recuerdo con lejía.

Cuando uno es un estudiante aplicado, lo normal es confiar en los profesores, los libros y los programas de las facultades. Y, por tanto, lo normal es que fácilmente podría creer que lo que sucedió en 1936 fue el inicio de una guerra con unos cuantos andrajosos que se dedicaron a asesinar religiosos y a participar en una especie de orgía festiva, hasta que por fin partidos serios como el comunista pusieron orden. Y que la guerra civil fue una historia de franquistas contra antifranquistas. Entonces... ¿dónde cabían las historias familiares que me narraban hechos extraordinarios acaecidos en aquellos días? ¿Sería verdad que los trabajadores tomaron el control de las fábricas y talleres, que se bajaron los alquileres a la mitad, que se igualaron los sueldos y se quemaba el dinero? ¿Serían mis antepasados cenetistas (como la mayoría de los antepasados del barrio) unos andrajosos que se dedicaron a asesinar a religiosos y causar desorden? Cuando dos versiones contradictorias se confrontan, y ambas parecen avaladas por gente muy seria, no hay otro remedio que seguir la máxima de Georges Brassens, pero también de Miquel Izard, y seguir el propio camino, que significa investigarlo por cuenta propia y analizar en base a datos concretos y un mínimo criterio de sentido común. Aunque ello nos reporte una *mauvaise réputation*.

Esto es lo que hicimos en el memorable curso *L' inversemblant estiu de 1936*, en el cual Izard reunió a los historiadores sobre anarquismo que más han destacado en la última década (y que, por tanto, compartimos también una cierta áurea de periféricos) y que tuvo una siguiente versión, en julio de 2009, como curso de verano de la Universitat de Barcelona. Nos dedicamos a repasar sin reparos todo lo que se sabía, a raíz de recientes investigaciones, sobre la revolución. Los antecedentes, los hechos, las colectivizaciones, la violencia, los logros, los fracasos, las consecuencias. Todo, todo, todo, sin obviar las luces y sombras que ofrece todo hecho transcendente.

Y todo lo que se sabe es mucho, pero lo que la mayoría conoce es prácticamente cero. Las grandes instituciones que velan por el pasado siguen

estableciendo una Historia Oficial limitada, alienante y excluyente. Sigue transmitiéndose la misma idea, elaborada por los historiadores franquistas, de la «guerra entre hermanos» o que los enfrentamientos fueron de carácter político. O que Cataluña era un oasis de paz y prosperidad. O que los andrajosos eran todos murcianos. Evidentemente esta Historia Oficial ha seguido obviando, a pesar de los pesares, que se trataba fundamentalmente, con sus matices y contradicciones, de una guerra de clases. Que la violencia estaba motivada por hechos objetivos, agravios personales y colectivos, por el deseo de revancha ante las humillaciones cotidianas cometidas por muchos poderosos insensibles, por la actitud de aquellos quienes no podían entender otra relación con la gente común que la subyugación de los más débiles. Que la revolución no sabía de lenguas ni apellidos. Y, contrariamente a quienes cantan a la idealizada patria estilo Aribau, que Cataluña no fue víctima paciente de una guerra externa, sino protagonista de una guerra civil entre catalanes. Una guerra sucia y dura, violenta y nada heroica. Pero nunca podremos avanzar como país si desconocemos nuestra historia y nos negamos a asumir el pasado común, por incómodo y brutal que éste sea.

Izard prefiere otro adjetivo para denominar esta tergiversación de la historia que impide conocernos tal como somos. Frente a la Historia Oficial, Miquel sostiene que se trata de una Historia Sagrada. No tengo más remedio que descubrirme, ya que esta propuesta concuerda más con el sentido religioso de mito fundacional que resume el conjunto de creencias formuladas por parte de nuestra intelectualidad. Toda narración más o menos bíblica sobre el pasado tiene la voluntad de justificar un determinado orden presente. Así como la religión católica, con un patriarca a su cabeza y un cielo altamente jerarquizado y con derecho de admisión sirve para simbolizar una sociedad desigual, la Historia Sagrada catalana trata de explicar que nunca hubo nadie dispuesto a materializar una sociedad sin jefes, ni patronos, ni beneficios, ni desigualdades, ni burócratas, ni oficiales, ni ejército, ni Estado.

¿Cómo se forja esta historia sagrada? Probablemente Izard lo conoce con más detalle, puesto que se ha paseado por bastantes *campus*, y en su fructífera trayectoria ha visto, escuchado y padecido a muchos de los que decretaban

una memoria oficial. Aquí y en Iberoamérica. Los historiadores, como una gran porción de la intelectualidad de nuestro país, proyectan en su obra muchos de los prejuicios de clase heredados. Al fin y al cabo, en una Cataluña donde las relaciones y los apellidos suelen cotizar más alto que los doctorados, la cultura y el pensamiento demasiado a menudo acaban siendo un casi monopolio de unas mismas clases horrorizadas al constatar que los vendedores ambulantes de prensa, que los limpiabotas, que las mujeres de las fábricas hacían una revolución para transformar radicalmente las rígidas estructuras de poder. Que, de un día para otro, quienes siempre callaban, habían hablado. Que, parafraseando a García Oliver, «los que no teníamos nombre, hemos derrotado al fascismo en Barcelona», que ya no se distinguía entre señor y trabajador, que se suprimían las clases segregadoras en los teatros y ferrocarriles, que un viejo mundo de rigideces y desigualdades se disolvía ante la fuerza de una revolución que lo fue en todos los sentidos. En los más espectaculares, pero también en los más íntimos. Que, al fin y al cabo, quienes formaban parte de las élites, eran prescindibles. El hecho de que una fracción importante de las clases medias y medias altas ingresaran en masa en formaciones políticas y sindicales de orientación comunista ponía en evidencia un hecho: que quienes eran beneficiarios de una estructura social desigual, quienes se creían superiores por posición, fortuna o talento, estaban dispuestos a defender un proyecto político autoritario y desigual. Un proyecto donde quedara claro que aún existían clases, aunque fuera un Estado comunista, republicano o liberal. Aunque se disfrazara de izquierdas. Este hecho es el que explica, en cierta manera, que buena parte de la historiografía de los sesenta, setenta y ochenta, la generación de nuestros profesores, adoptaran un relato muy similar al de los franquistas. La revolución fue antinatural, desorden, protagonizada por el lumpen. No existió... Faltaba que nos dijeran que una sociedad sin jerarquías era inconcebible. No hace mucho tuve el honor de participar en las comparecencias parlamentarias para lo que devendría la *Llei del Memorial Democràtic*. El proyecto, protagonizado por las izquierdas oficiales, constituyó una buena muestra de lo que acabamos de afirmar. Más allá de las buenas intenciones de reparar los actos de represión contra centenares de miles de ciudadanos, los herederos del PSUC pretendían

reescribir una historia en la cual parecía que entre 1936 hasta 1977 se enfrentaban demócratas contra antifranquistas. Buenos y malos. Bien, esto es la mejor manera de no entender nada y negar un pasado, poco amable, quizá, pero que es preciso dar a conocer a todo el mundo en su dimensión global. Entre las víctimas del franquismo se hallaron principalmente aquellos que no perseguían una democracia liberal, fundamentada en la dictadura de los partidos políticos como sucede en la actualidad, sino una sociedad sin clases, la erradicación del capitalismo como modo de explotación, una sociedad libre, sin otros límites que el perjuicio a los demás. Una sociedad sin elecciones, porque las elecciones y decisiones corresponden a cada individuo.

Contrariamente a lo que explican la mayoría de historiadores que se definen de derechas o izquierdas, hubo una revolución. Una revolución que, como ya hemos señalado, deslumbró a medio mundo y atemorizó al otro medio. Surgió el germen abortado de una nueva sociedad, construida bajo parámetros absolutamente diferentes a lo conocido. Y éste es un orgullo nacional escatimado a la Cataluña actual, con mayor reconocimiento fuera de nuestras fronteras que en una sociedad cuyo sistema político vigente perpetúa las injusticias pasadas. Donde fluye un mito de Barcelona, la *Rosa de Foc*, capital de la utopía, pesadilla de los organizadores de eventos internacionales, puesto que las clases dominantes actuales sí tienen memoria y temen a los fantasmas del 36 (en cierta manera justificado, teniendo en cuenta la pasión libertaria por el espiritismo). Pero, claro está, contrariamente a las tentaciones en las cuales incurren a menudo los historiadores, esta revolución excesiva está repleta de claroscuros, grandezas y miserias, logros y fracasos, héroes y villanos.

Miquel Izard, quizá un *enfant terrible* dispuesto a amargar la fiesta a quienes desean poner tierra al asunto, actúa con una honestidad intelectual fuera de serie. Expone todas las contradicciones de los hechos y protagonistas. Unos protagonistas, por cierto, anónimos, pero que documenta con una exhaustividad a menudo apabullante. Utiliza a fondo fuentes plurales, que contrasta y contextualiza. Ha quemado todas sus pestañas en el extraordinario archivo del Pavelló de la República, una extensión de su despacho, según las archiveras, donde en el pasado junio recibió un homenaje

por parte del Boletín Americanista. Con todos estos datos, que son capaces de marear al editor más bregado, acaba de construir un complejo retablo sobre la Revolución catalana de 1936. El *inversemblant* verano que lo cambió todo, para transformarlo todo, desautorizando al príncipe Salina y Tomaso di Lampedusa.

Si pudiéramos utilizar una comparación con el libro al que van a enfrentarse los lectores, la pintura gótico-renacentista sería una buena solución. El exhaustivo trabajo de Izard bien podría leerse como el retablo de El Bosco *El jardín de las delicias*. Para los poco aficionados al arte, el pintor neerlandés Hieronymus Bosch (1450-1516) realizó un retablo en forma de tríptico. Según los expertos, esta enigmática obra hace referencia a la creación del mundo en su tercer día, y se divide en tres partes: a la izquierda, la creación; en su parte central, la más destacada, el paraíso, y finalmente, a la derecha, el infierno. A pesar del título y de la cautivadora fascinación de las imágenes, se representa un mosaico de personajes en el que el placer y el pecado, la lujuria, el goce y la violencia conviven de una extraña e incomprensible manera, con escenas y elementos cargados de simbolismo. En cierta manera, la obra de Izard también puede dividirse en tres partes: los orígenes complejos de la revolución, la revolución en sí misma y su aplastamiento inmisericorde (el infierno que vivió la generación de nuestros padres y abuelos). Precisamente Izard nos muestra un complejo mosaico, explicado a partir de multitud de testimonios de naturaleza contraria y contradictoria, donde conviven partidarios, detractores y observadores perplejos, en el que, a pesar de todo, es posible realizar una compleja composición de los hechos. El génesis del pensamiento y la práctica revolucionaria, realizada desde la base de la fructífera tradición anarquista, las prácticas solidarias, la subversión del orden, especialmente respecto a las relaciones personales, sexuales, de trabajo, las colectivizaciones, los proyectos ecológicos, los cambios en la salud, la asistencia social, la enseñanza, los transportes, los espectáculos,... el mundo nuevo en los corazones del que hablaba Buenaventura Durruti. Finalmente, el infierno. La violencia de orígenes contradictorios, complejos y a menudo inexplicables (al fin y al cabo, la violencia es uno de los comportamientos más inexplicables y

arbitrarios, el corazón de las tinieblas del ser humano que nos descubría Joseph Conrad). Un libro escrito sin prejuicios, con un tratamiento exquisito y sensible, sin caer en ninguna de las trampas que los hechos del pasado tienden a los historiadores a la hora de abordar acontecimientos casi nunca comprensibles desde la razón.

Ciertamente, el desconcertante verano del 36 fue un *jardín de las delicias*, expresado como el cuadro del Bosco. Con su belleza absoluta y su dramatismo terrible. Quizá por ello aquellos días resulten tan inquietantes y perturbadores, tanto para quienes los vivieron como para sus descendientes. Al fin y al cabo, todos somos herederos de aquel verano pésimamente explicado. Quizá por todos ello persista este miedo a la memoria que nos ha llevado al error de intentar ocultar o deformar unos hechos absolutamente trascendentes para nuestro presente.

Todo libro de historia, todo intento por analizar el pasado, no deja de ser una mirada desde el presente que se proyecta hacia el futuro. Miquel Izard sospecho, es plenamente consciente de ello. Y por eso, en una fértil jubilación, se siente en la obligación de hacer lo que siempre ha hecho fantásticamente: trasladar sus experiencias, vivencias y conocimientos a las nuevas generaciones. Y haciendo honor a otro de los libros de referencia con el cual existen numerosos paralelismos, el monumental trabajo de Ronald Fraser *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Miquel Izard nos pide *Que lo sepan ellos y no lo olvidemos nosotros*.

Xavier Diez
Girona, noviembre de 2011

Introducción

De la revolución a la jubilación

Mi existencia gira alrededor de sucesos de la guerra y sus secuelas. Mis primeros recuerdos son del otoño del 36. Con dos años ingresé en un parvulario del CENU donde me encontré de maravilla: incluso llamaba *mare* a la puericultora. El 31 de diciembre de 1938, cuando los republicanos ya estaban derrotados, una bomba italiana impactó al lado de mi casa y jamás olvidaré la escena de mis dos hermanos y yo, pegados al *avi* Josep y sobrecogidos por un estrépito terrorífico, viendo desplomarse un edificio casi vecino, sin entender nada de nada.

Casi treinta años más tarde, me acogió la Universidad de los Andes (Mérida, Venezuela), tras ser excluido por Franco de la carrera docente por mi participación en la lucha contra la dictadura y asistir a *la Caputxinada*, asamblea ilegal de estudiantes en Barcelona en 1966. Al regresar, había devenido americanista y me especialicé en este ámbito, como profesor de historia de América, si bien durante algunos años seguí impartiendo historia contemporánea de Cataluña.

En octubre de 2005 me jubilaron por imperativo legal. Ya no podía contar

con el apoyo administrativo para viajar al Nuevo Continente y seguir mis indagaciones en sus bibliotecas y archivos, justo cuando disponía de tanto tiempo libre. Había empezado a leer sobre la vida cotidiana en el verano del 36 —buscaba información sobre el quehacer popular mientras los dirigentes hacían la revolución y/o la guerra— y, poco a poco, averiguaba que durante estos meses habían ocurrido una serie de cambios singulares e inauditos, espontáneos y entusiastas, a nivel sanitario, productivo, escolar, ético. Se habían implantado vínculos solidarios y nuevas relaciones de género, transformado la atmósfera y la fisonomía urbanas, y solventado viejas carencias, objetivos por los que se luchaba desde hacía mucho tiempo. Se había intentado construir una sociedad antagónica de la anterior, libre, equitativa y fraternal. En breve, lo contrario de lo que resaltan el retablo de historiadores franquistas y de muchos otros que se proclaman progresistas, que resumen la etapa con la casi única mención de asesinatos, incendios, saqueos y terror.

En los extremos de mi vida me influyeron dos personas singulares: desde bien pronto mi abuelo paterno, un individuo insólito en el ámbito familiar, libertario instintivo, con una filosofía que luego he ido descubriendo y que me impactó lo indecible; desde 1992 se ha ido acrecentando mi gratitud a Lluís Pla, carbonero de las Gavarres, que me informó sobre la vida boscana y me contagió con una ética y una manera de ver las cosas que los fatuos urbanos ni solemos imaginar. Lo he dicho en ocasiones previas. No habría llegado hasta aquí sin lo que aprendí de mis maestros Vicens Vives, Pierre Vilar y Jordi Nadal, así como de Emili Giralt y José María Valverde. Además —y tal vez más importante—, tengo una enorme deuda con alumnos de cuatro universidades que me enseñaron lo que ni imaginaba y me brindaron, varios, una gratificante amistad. Los últimos siete años he gastado casi todas las mañanas en el Pavelló de la República, donde no sólo he dado con material excelente, sino que además su personal es culpable de que me haya resultado una etapa deliciosa y placentera. Soy tan atolondrado y leo tan rápido que se me escapan los gazapos, lapsus y errores. Rodrigo y Vicente Vescovi, antes alumnos y ahora colegas, y Patric de San Pedro han tenido la gentileza de leer el original, cazar sorprendentes fallos y realizar propuestas y

sugerencias.

El título del libro y el de cuatro capítulos no son ocurrencias mías. «Que lo sepan ellos y no lo olvidemos nosotros» lo dijo Lincoln Steffens, cuando junto a otros escritores, artistas y profesores manifestó, en el semanario *New Masses* de Nueva York, su simpatía por la batalla del pueblo español; esa frase iba precedida por esta otra: «Tengo la impresión evidente de que los luchadores del Frente Popular están metidos en una guerra que es la mía, y que luchan por mí, por todos nosotros, por todos los hombres, mujeres y niños del mundo. Esta batalla de España es la iniciación de las batallas del hombre a favor de la Humanidad. Tal vez será la batalla que lo decida todo. En todo caso, se trata de una lucha nuestra» (*La voz de la inteligencia*, 31). «El día en que Cataluña asesinó la iniquidad» es una frase de Joan Oliver (Fontserè: 189). Cuenta Maria Aurèlia Capmany que los alumnos del Institut Escola de Barcelona, en 1938, parecían estar al margen de lo que ocurría y preguntaron a un profesor llegado de Salamanca: «¿cómo es la España de Franco?», a lo que éste respondió: «Ustedes han tenido tres años de esperanza, nosotros ni eso» (118). El 19 de julio, para Álvarez Pallás fue «el populacho, horas antes acobardado», el que invadió las calles y estaba compuesto por «hampones, soldadesca medio desnuda, ferroviarios extremistas y limpiabotas sin alma» (2930). «Quien compra un beso se pone al nivel de la mujer que lo vende», procede de la *Revista Blanca*, 8-VI-34 (Bolloten, 65, nota 21; y Joll, 241).

I

Y van roncas las mujeres empujando los cañones

Rescatar el pasado es improbable y más al tratarse de un conflicto fratricida con vastas diferencias en un mismo bando. Demasiados satanizan las colectivizaciones de Aragón o cercanías. Se suele hablar del caso de La Fatarella como emblemático, pues parte de los rurales del lugar se enfrentaron a los partidarios de la colectivización, lo que produjo unos 50 muertos. Quizás a los comunistas se les podría recordar que poco antes, en 1932-1933, unos cinco millones de kulaks murieron de hambre en Ucrania. Bolloten cita del escritor William Herrick: «Lo irónico es que aunque casi todos mis camaradas de las Brigadas Internacionales eran leninistas y estalinistas, y creían en la gran revolución proletaria, sólo unos pocos [...] reconocíamos que lo que había ocurrido en Cataluña y Aragón bajo la dirección de los ridiculizados anarquistas y con la ayuda de los odiados comunistas (del POUM) era esa misma revolución proletaria, la idea que había estado presente en cada momento de nuestras vidas. Aparentemente debíamos más lealtad al Partido Comunista y a José Stalin que a nuestros ideales» (1989: 464). De un parecer similar fue Claudín: «En las semanas que siguen al 19 de julio, el régimen capitalista deja prácticamente de existir en la

zona republicana, los medios de producción y el poder político pasan, de hecho, a manos de las organizaciones obreras. Todos los historiadores de la guerra civil española coinciden en este punto, menos aquellos cuyo propósito no es servir a la verdad histórica sino justificar la política de Stalin y de la Komintern. Estos últimos “historiadores” siguen afirmando que el contenido de la revolución española no rebasó en ningún momento la “etapa democrático-burguesa”, porque reconocer lo contrario equivale a reconocer que la política estalinista consistió en hacer recular la revolución» (180-181).

Cualquier intento de reconstruir lo ocurrido tropieza con un embeleco que llamo «historia sagrada», falacia que persigue enmascararlo todo y no recordarlo. Una variante española, la leyenda apologética y legitimadora, cuenta maravillas de la agresión a América. El recientemente fallecido —y convenientemente homenajeado— Fraga Iribarne, al inaugurar los estudios de televisión en Guinea en 1968, espetó: «La colonización fue para nosotros una cuestión de alto ideal, algo de lo que había que responder ante la Historia de la Humanidad. Es oportuno repetir aquí que España fue colonizadora y no “colonialista”. Aportó generosamente un gran bagaje de civilización cristiana, sin prejuicios de razas, respetuosa con las tradiciones de los pueblos [...]. España se cuidó de sembrar a su paso la semilla de la civilización y de la cultura moderna, el orden, el trabajo y el respeto hacia el hombre y su dignidad» (Nerín: 233). El preboste, que pontifica sobre todo, sentenció en una entrevista que «los muertos amontonados [en fosas comunes] son de una guerra civil en la que toda la responsabilidad, toda, fue de los políticos de la II República. ¡Toda!» (*El País*, 12-VIII-07, *Domingo*).

El nacionalcatolicismo historiográfico merece punto y aparte: Alcalá, carlista vinculado a Hispania Martyr; Martín Rubio, cura falangista; Moa o Vidal. Hay equívocos y errores —ven anticlerical el laicismo— y gazapos jocosos. Según el primero, a un requeté que pasó por cárceles y campos de trabajo le detectaron en 1939 «gran falta de avitaminosis», o durante la guerra los catalanes además de «hambre» padecieron «falta de alimentos» (2005/b: 11 y 15). Además acumula enredos geográficos, gramaticales al margen, mezclando toponimia y acentuación castellana y catalana de villas y comarcas, o yerra la adscripción de éstas: así asigna la Conca de Barberà a la

provincia de Lleida o el Alt Penedès a la de Tarragona (2001: 167-236). O no coincide, en una misma obra, glosando la implicación de los suyos, primero dice: «No lucharon por sus vidas [...] por varios motivos./ La [sic] principal es la gran religiosidad de nuestros mártires [...] no habían hecho nada [...] durante los primeros meses de la guerra. Cualquier sospechoso de ser católico, tradicionalista o de otra confesión política era pasado por las armas inmediatamente»; más allá detalla que se reunieron (18-VII-36) «la Comunion Tradicionalista y en concreto sus dirigentes para establecer los movimientos de los voluntarios carlistas en los diferentes cuarteles [de Barcelona]. Una vez en ellos se pusieron a las órdenes de los jefes militares». Los de Sant Andreu se retiraron al proclamar un capitán «¡Viva España! ¡Viva la República!»; en Llardecans (Segrià) se alzaron con Acción Ciudadana y tomaron el pueblo (20-VII-36), para ser reducidos el día siguiente por los milicianos; igual pasó con los de Solivella y Villalba (2001: 21-22 y 89-94). También reconoce que «los carlistas que tomaron parte en el Alzamiento [...] fueron inscritos en unas listas de reclutamiento. Cuando los republicanos dieron con ellas, tuvieron un motivo más que justificado para perseguirlos y asesinarlos» (2005/a: 20).

Han forjado varias tesis, como la de que la guerra empezó en octubre del 34, la de que los golpistas del 36 eran místicos y populares, o al cuantificar la represión. Moa defiende la primera reiteradamente y le dedicó un libro (1999). Porfía en su prólogo a Martín Rubio: «Las izquierdas asaltaron en 1934 a un gobierno plenamente legítimo, no aprendieron nada de su derrota y cuando volvieron al poder [II-36] convirtieron a España en un país sin ley, abriendo un proceso revolucionario que imposibilitaba la convivencia social. Y al revés que la rebelión izquierdista del 34, la derechista del 36 no fue contra un gobierno legítimo, sino contra uno claramente deslegitimado» (2005: 20).

Sobre los alzados, Martín Rubio dice: «No fue [...] exclusivamente un golpe militar [...] fue el cierre definitivo de la *era de los pronunciamientos* [...]. La razón estriba, por una parte, en la indiscutible veta popular del 18 de julio, que tuvo una magnífica expresión en la movilización de voluntarios», falangistas y del requeté. Cita, quitándole importancia a la ayuda fascista, «un

factor moral y religioso, un impulso nacional y popular tan auténtico que por eso resultó tan poderoso, a pesar de su inferioridad de elementos materiales»; y concluye el capítulo enfatizando que el golpe «no tuvo únicamente la finalidad de acabar con el estado de anarquía que ponía en peligro la propia supervivencia del orden jurídico, sino que se hizo con un contenido positivo que buscaba una total transformación de la vida española. La respuesta al desafío revolucionario no fue la reacción pura y simple, entendida como una vuelta al pasado y la defensa de privilegios e intereses» (2007: 87, 89 y 91).

Alcalá es emblemático de la tercera tesis. En base a Salas Larrazábal o Martín Rubio cuantifica la represión frentepopulista en 56.577 muertos y la nacional en 52.151 (2005/b: 10). Entre la primera incluye la ley de interrupción voluntaria del embarazo, de la que explica que su «razón era controlar la raza. Una ley muy parecida a la aplicada en la Alemania nacionalsocialista» (2005/b: 11). Otra de sus obsesiones es minimizar o negar la masacre de Badajoz (Martín Rubio, 2005: 117-137).

Son sabidas las conversiones de alguno de estos historiadores: Moa fue fundador del GRAPO; Vidal encabezó una de sus primeras obras citando el poema «Preguntas del trabajador que lee» de Brecht, y sostuvo en sus días que el triunfo del Frente Popular «iba a significar un claro desafío a unas derechas que desde el 14 de abril de 1931 habían contemplado la República como una amenaza para sus intereses» y que hasta julio «las derechas —incluyendo de manera muy especial al clero católico— asumirán un lenguaje de tonos aún más apocalípticos que de costumbre y, con la pretensión real de salvaguardar intereses creados evidentes, enfrentarán el “orden moral” con el “desorden público existente” y entrarán en una dinámica de provocación violenta» (1996: 19, 30-31). Once años después dedicó el libro «a los profesionales de la COPE, de *El Mundo* y de *Libertad Digital*, que tanto trabajan cotidianamente para que, a pesar de lo que desean serviles comisarios políticos, ciertas mentiras interesadas no pasen a la Historia. España nunca pagará bastante la deuda que tiene contraída con ellos por su valor, honradez y veracidad»; y como «mentiras de la Historia» incluía que «la segunda República fue proclamada democráticamente», así como que «el Frente Popular ganó las elecciones de febrero de 1936» (2007: 145-165).

Coetáneos y cronistas no coinciden en quién derrotó a los golpistas en julio de 1936, en valorar la utopía libertaria o en explicar la persecución a clérigos, vistos como mártires o responsables. Sin olvidar que lo sucedido tuvo diferentes secuelas, en cada lugar en función de la correlación de fuerzas, talante de los comités, estructura material, o pugnas colectivas o personales.

Empiezo con algún exabrupto: según Monllaó, la madrugada del 18 rezaron «por el triunfo de las armas de los hidalgos caballeros que en honor de la Dama de sus amores, España, se habían lanzado, a costa de su sacrificio y de su sangre, a rescatar su prestigio, su gloria y su fama de las garras de los infames que la envilecían y deshonoraban [mientras] la chusma republicana-socialista-comunista-sindicalista [esperaba] que los acontecimientos les fuesen favorables para lanzarse al pillaje, al crimen y al incendio [...]. De pronto [...] el triunfo [...] sonreía a las fuerzas del infierno». Luego, noticias de las «emisoras rojas» citaban triunfos de las «hordas marxistas», que «animaba a los salvajes del conglomerado judaico-masónico». En Tortosa salió «gente tabernaria, profesionales de la holgazanería y de la ganzúa, [...] amorales y pendencieros, la hez y la escoria toda de los bajos fondos sociales» (18-19 y 20-21). El escritor Juan Arbó, que firmó el Manifiesto condenando los bombardeos, soltó luego:

«No había gobierno, no había autoridad, y empezaron los desórdenes [...] las destrucciones, los incendios, y el cielo de Barcelona se iluminó por la noche con las llamas: conventos e iglesias [...] ardieron por toda la ciudad./ Y fueron, sí, las noches —y los días— de terror: el asalto a los pisos, los asesinatos» (172175). D'Abadal, uno de los fundadores de la Lliga Regionalista, escribió en su *Dietari*: «Ni la Revolució Francesa, ni la Revolució Russa han arribat a les enormitats que es cometem a la nostra terra. Tot rastre de civilització és perseguit. És la devastació total, és l'anticivilització» (Cattini, AAVV, 2004, 1: 144-153). Puig Mora reiteró: «Los Sindicatos, especialmente los más extremistas [...] ya desde antes de la revolución estaban ayudados por técnicos y sostenidos económicamente por los bolcheviques rusos». Incluso narra abusos a detenidas: «Cuanto más elevada era la posición social de la muchacha, mayor era el ensañamiento»;

en su delirio citó un comité del paseo de Sant Joan, donde aterrorizaban con un león del zoológico, o el de Sant Elies, donde lo hacían con una guillotina. Afirmó: «En Barcelona se puede calcular, hasta fin de octubre del 36, más de 10.000 asesinados, y en el resto de Cataluña más de 25.000» (24-25, 41-42, 64 y 72-77). Castillo y Álvarez, en su panfleto, soltaban que la Bernat Metje [sic], dedicada a la edición de clásicos latinos y griegos en catalán, estaba «orientada hacia París [y] dejaba un vacío dentro de la unidad española», hacían un panegírico del carlismo creador del Sindicato Libre y exageraban diciendo que «todavía es demasiado pronto para juzgar la grandeza de la gesta barcelonesa en el Movimiento. Falta la perspectiva de los años para que se sitúe dentro de los más vibrantes capítulos de la Historia de España con los caracteres que le corresponde» (19-20, 108-113 y 201). También Cansado sostiene que «los militares que se lanzaron a la calle en Barcelona iban convencidos de que se dirigían a la muerte [...] pero su amor a España no permitía que la traicionasen». Afirma que «el consejero de Gobernación hizo constar que se habían repartido cuatro mil fusiles» y remata señalando que el *Ziryanin* traía alimentos «entre los que se han escondido grandes cantidades de armas» (31, 34-35 y 62). El *Dictamen [y] examen imparcial y desapasionado de hechos suficientemente respaldados*, editado en 1939 por la dictadura y elaborado por juristas como Trías de Bes o Aunós, asentaba la ilegitimidad del gobierno republicano en base a documentos del apéndice probando: «1.º Que el 27 de febrero de 1936 [...] el Komintern [...] decretaba la inmediata ejecución de un plan revolucionario español y su financiamiento [...]/ 3.º Que [...] Rusia [...] había enviado a España dos técnicos [...] para provocar una guerra con Portugal a título de experiencia revolucionaria./ 4.º Más de 500.000 personas fueron rápida y fríamente ejecutadas». En el mismo apéndice citaban el rol de la masonería o que en plena Rambla se daban armas a los afiliados de partidos de izquierdas y de sindicatos, o a cuantos con alpargatas «llevaran varios días sin lavarse ni afeitarse la cara» (Estado Español, *Comisión sobre ilegitimidad* I, 17-19, 46, 78-80 y 213-214).

Autores recientes siguen la adulteración. Para Martí Bonet, «el Govern de la Generalitat, la matinada del 19 [...] donà armes als militants d'UGT i de la

CNT» (41). Según Manent, el golpe trajo «la barbàrie [...]. La caça de clergues, membres de la Lliga, carlins i gent de dreta o catòlica, en general, fou paorosa» (2003: 32-33). Galí asevera que «assassinaven tots [sic] els sacerdots, religiosos i religioses sistemàticament, a fi d'impressionar els governs d'Europa i de tot món» (1999: 88). Veredictos negativos parejos a los de Termes:

«La gent armada [desde el 20 de julio] actua al seu lliure arbitri: cremen esglésies, escorcollen, detenen, maten, deposen autoritats» (392). Según Albertí: «Van ser setmanes d'assassinats i de pillatge, de destrucció indiscriminada» (190). Y para Casanova, «la sangre corrió derramada por los múltiples Comités de empresa, barrio y pueblo»; añade que el Comité Central de Milícies Antifeixistes (CCMA), «en realidad, en los dos meses que funcionó poco o nada hizo para “ordenar” la actividad económica y política de Cataluña» (159 y 184).

Quién derrotó a los alzados en Barcelona

No hay acuerdo sobre el descalabro fascista. Para algunos, como Ragner, uno de los más empeñados, lo lograron «las tropas regulares a las órdenes de la Consejería de Orden Público de la Generalitat» (AAVV, 1990: 299) y lo repite en todas sus obras. Es categórico Casanova: «La primera distorsión consiste en reducir los sucesos de julio de 1936 en Barcelona a un enfrentamiento entre un ejército sublevado y la clase obrera que, según se supone, estaría toda ella organizada en sindicatos de la CNT [... según indicios] sólo los militantes más comprometidos y algunos dirigentes salieron a las calles [...]. El famoso pueblo en armas apareció después [...] el 19 y el 20 de julio habían permanecido en sus casas atemorizados por los disparos y la gravedad de los acontecimientos» (157). Parecer compartido por Albertí.

Pero muchos opinaron, vieron o reseñaron el rol esencial de las masas. Para Casanovas, *conseller en cap*, en una alocución del 28 de julio, «l'empenta prodigiosa del nostre poble, ajudada per l'abnegació i disciplina de les forces lleials, ha esmicolat la insurrecció feixista» (7). Rucabado, tan reaccionario, recordaba «la batalla que por terrados y calles y desde los aires se libraba, a la cual desde mi casa asistíamos», y añadía que «ninguna fuerza pública regular habíamos visto en nuestro barrio, por el cual circulaban solamente paisanos con arma larga o corta, evidentemente revolucionarios» (1940: 62). En el número especial de *Vu*, si J. M. España proclamó que las fuerzas de seguridad derrotaron a los alzados «tras una lucha encarnizada y con la ayuda de las organizaciones y fuerzas obreras de la urbe, que fue esencial»; Miravittles precisó: «Desde el origen del conflicto, los ácratas salieron a la calle y, seguidos de pequeños grupos de obreros, fueron los responsables de la victoria [...]. Fue el más fulminante éxito jamás registrado en la historia de la revolución./ Y fue el movimiento anarquista él que aseguró este resultado» (53). Rovira i Virgili se preguntaba («Más allá de la República», *La Humanitat*, 8-VIII-36): «¿Puede alguien creer que tras la parte importantísima, capital, que la clase obrera tiene luchando contra los fascistas alzados, será posible mantener el viejo régimen que sacrificó a esta clase en beneficio del capitalismo?» (103-104). Cansado, del otro lado de la barricada, proclamaba pomposo que «cuando los heroicos militares llegaron a la Plaza de Cataluña [enfrentaron el] populacho [...] descamisados [...], entre ellos muchas mujeres», e insiste en afirmar que «entre los manifestantes figuraban numerosas mujeres reclutadas en el Barrio Chino, algunas de ellas armadas ya de fusil» (62). Lo mismo sostuvo Vidiella: «Tot el poble va contribuir a aixafar la sublevació franquista. Tot el poble, els treballadors, els anarquistes —els anarquistes es van portar molt bé—, els comunistes» (Roig: 103). Díaz Sandino recordó que el cuartel de Lepanto fue «atacado por la multitud» (137); Kaminski, tras mentar policías y guardias, puntualiza: «Pero los héroes del día eran los obreros sin ninguna instrucción militar» (29). Según Cánovas, «el ejemplo dado en Barcelona, decide, al día siguiente, a los trabajadores españoles a tomar por asalto el cuartel de la Montaña» (sa/a: 452). Cid, tan antilibertario, escribió en 1941 que «els militants republicans obrers acudien

a la lluita i, amb el seu suport a les forces lleials, el Govern reeixí en poques hores, però no sense combats sagnants, a dominar la situació»; o bien que «la intervenció dels anarquistes [...] que havien contribuït força a l'aixafament de la revolta era una factura a presentar» (37 y 74). Parejo era el sentir foráneo: «Madrid y Barcelona se salvaron casi milagrosamente, merced a la bravura del pueblo» (Langdon-Davies: 91); «los obreros catalanes y la fuerza de sus organizaciones vencieron al militarismo» (Rabasseire: 222); «le prolétariat de Barcelone empêcha la capitulation de la République devant le fascisme» (Morrow, 1978: 32); «la conspiración de los generales fascistas culminó en abierta rebelión y fue sofocada [...] por la heroica resistencia de la CNT y la FAI» (Rocker: 116); «obreros de CNT-FAI y [...] la Policía [...] emprendieron la lucha, aunque bajo la iniciativa de aquéllos» (Rudiger, 1938: 14); «Barcelona vivió días colosales que hicieron gloriosa toda la guerra [...]. La defensa del puerto fue lograda con un esfuerzo que mostró el coraje y la determinación de los obreros al ser llamados al espontáneo sacrificio de la vida en los combates callejeros» (Matthews: 36-37). El dictamen de historiadores ácratas como Pérez-Baró (41) y Peiró (1946: 42-43), o poumistas como Alba (1990: 175), puede cotejarse con el de gente de otra tendencia. Según el comunista Hernández, «el 19 de julio las masas de Barcelona ahogaron la rebelión militar» (182); para Cirici, el 21 «l'èxit dels combats [...] va anar acompanyat d'un suport popular que, en alguns casos, va resultar també d'una gran eficiència. El cas més extraordinari fou el de l'Avinguda d'Icària», los de CNT mal armados enfrentaron la artillería. E insiste: «La gesta extraordinària de l'Avinguda d'Icària volia dir que els obrers de la CNT s'havien preparat, que havien pres iniciatives, en contrast amb el Govern» (30-32). Para Semprún-Maura los obreros aplastaron a los militares (39), y Ferreras, un burgués, afirma con claridad: «El grup que de fet havia posat en joc un més gran esforç per desarticular l'aixecament militar, aquell que malgrat totes les dificultats i negatives que se li havien oposat havia aconseguit dur l'acció més enllà, fer-se amb l'armament que hi havia a les casernes i restar amo al carrer havia estat el de la CNT-FAI» (243). Roig i Llop, católico y de la Lliga, dice que la juventud de la FAI «participà a la lluita contra els militars el 19 de juliol i [...] va sofrir terribles

baixes a la Plaça de Catalunya. Esclafats pel foc dels militars ells continuaven avançant, onada darrera onada, atacant les tropes, gran nombre de combatents anarquistes van perdre llurs vides aquell dia» (271). Y Cruells señalaba que «és evident, ningú no ho pot negar, que el signe ideològic anarquista va prevaler en les lluites en els carrers barcelonins. Va prevaler a causa del seu nombre, de la seva experiència de guerrilla ciutadana i de la seva formidable combativitat» (1976: 208). Algún estudioso actual afirma lo mismo, como Bookchin (416), Brasillach y Bardèche (92), Pons Prades (1974: 56) o Castells (21.11), y aportes más recientes lo reiteran: Aróstegui (55-56), Casals (223), Clara (AAVV, 2007: 40-46), Edo (54-55), Kaplan (289), Paz (1967), Sentís (107-108), Serrano (2005: 44), Tormo (101). Sans i Sicart realiza una detallada descripción del rol de los cenetistas.

Revolución o desbarajuste

Si el pueblo no protagonizó la victoria del 19 de julio sería inverosímil que empezara, de inmediato, la revolución, suceso que también se evalúa de forma antagónica. Algunos describen sólo un pavoroso alboroto. El retrato de Álvarez es terrorífico: «El populacho, horas antes acobardado, invadió las calles [...] las turbas desenfrenadas, como bestezuelas salvajes, iniciaron su obra [...] Las hienas iban sueltas [...] daban rienda suelta a sus instintos [...] eran] hampones, soldadesca medio desnuda, ferroviarios extremistas y limpiabotas sin alma» (29-30). Rucabado vio en la FAI «la más bárbara y terrible de las organizaciones tenebrosas, cuyo nombre por sí solo renegaba de la civilización» (Cattini, AAVV, 2006/a: 5, 17). Veredicto que sigue repitiéndose en la actualidad entre historiadores: para Solé, en Cataluña, la victoria «se transformó en un caos en el que cada grupo político y sindical hacía la revolución por su cuenta y, en muchas ocasiones, contra todos los

demás. [...] las cunetas y los cementerios se llenaron de cadáveres» (1996: 592). Lo mismo opina Termes: «Uns lluitaven contra el feixisme [y] altres iniciaven la crema d'esglésies i els convents i la caça del missaire» (405); o para Martín Ramos: «Mal podía haber “contrarrevolución” si no había revolución consumada» (4).

Otros dictaminan lo contrario. Pozo González opina que «si descontextualitzar l'actuació repressiva protagonitzada per alguns Comitès és un greu error, també ho és el creure que tota la seva activitat es reduí a la violència o que aquesta fos indiscriminada des del punt de vista de l'elecció de les víctimes, o que la base del seu poder estigués fonamentat exclusivament en una posició de força violentament exercida» (30).

Es llamativo que en la estimación sanguinaria o negativa coinciden, no sólo devotos y franquistas, sino también comunistas. A Borkenau, testigo de los hechos, le extrañó que «miembros destacados [foráneos] del PSUC sostienen la opinión de que en España no hay ninguna revolución [...] cuando, por primera vez en Europa desde la [...] Rusa de 1917, es real» (138). Togliatti lamentó y denunció la irresponsabilidad e indisciplina de los ácratas, «algunos de los cuales han jugado el papel de agentes del enemigo y facilitado el juego de la reacción, dividiendo y desorganizando las fuerzas del proletariado con su insensata política aventurista y [...] con su negativa a la necesidad política e histórica de la defensa de las instituciones democráticas y republicanas por parte del proletariado contra el fascismo» (66). Acabada la contienda, Hernández, dirigente del PCE, veía Barcelona en el verano del 36 «víctima de un atraco inmenso, inaudito, a cargo de un ejército de pistoleros y de aventureros dispuestos a despojarla del último botón [...]. Es la época de los saqueos, de los registros y de la incautación [...] autos, cargados con las cajas de oro y de piedras preciosas, pasan al extranjero. [...] agentes de Franco mantienen su enlace con los del POUM [...] dictadura del despilfarro y del crimen». Pero se superó todavía más en sus consideraciones: «La ola de pillaje, de ceno, de vergüenza que desencadenó la FAI [...] no respondía a ningún ideal. El anarquismo no es un ideal. No tiene ideas. La actuación de FAI respondía a una maniobra de gran estilo, urdida por viejos pistoleros e “ideólogos” al servicio de la burguesía [...]. Los hombres sórdidos

encaramados hasta la secretarías, los guapos de las tabernas, los esquizofrénicos de los ateneos libertarios, los que nunca creyeron en el proletariado ni en el pueblo, los que tenían las manos y las conciencias sucias de la calderilla de la provocación y de la confidencia» (186-191 y 196-198). Cuadro dantesco equiparable al actual de la piadosa Vila i Clotet para quien los de CNT, «totalment desorganitzats i sense cap pla elaborat ni disciplina de cap mena, es troben desorientats i accepten la col·laboració de la Generalitat [...]. Tot a punt per portar a la pràctica el seu objectiu: perseguir i matar les persones considerades de dretes» (44-46).

La conmoción fue tal que Deulofeu, alcalde republicano de Figueres, escribió en agosto que «Catalunya era gresol de la futura organització social del món [...] estem realitzant experiments de socialització o comunització dels quals, no en dubtem, en sortirà l'estabilització d'un règim social que, fent desaparèixer els privilegis de classe, portarà la pau i el benestar als únics homes que tenen dret a la vida, o sia, els que treballen» (AAVV, 2004, I: 193194). Para Rovira i Virgili («Catalunya, capdavantera», *L'Humanitat*, 20-VIII-36): «En aquests moments d'enorme transcendència, Catalunya apareix com a capdavantera, no sols a la Península, ans encara del món. Està en gestació un nou sistema econòmic, i és ací on pren ja una forma i una orientació concretes. Aixó no és la reproducció de la Revolució francesa, ni [...] de la] russa. És l'inici de la Revolució catalana, profundament original i ampliament constructiva» (108-109).

Para Tasis se trató de una extraña subversión, una intriga contra el gobierno de sus mismos garantes, que generó «la Revolució amb tota la grandesa admirable i totes les lamentables desviacions de les revolucions autèntiques. Formidable com era el trontoll, se'n duia en una torrentada furient totes les coses caduques i adventícies, mentre romanien les autèntiques, nascudes del cor del poble i fetes ja consubstancials amb ell» (1937: 14-15). Bolloten lamentó que la revolución, más profunda en algunos aspectos que la bolchevique en sus inicios, fuera ignorada por millones de extranjeros «gracias a una política de duplicidad y disimulo, de la que no existe paralelo en la historia./ Los más destacados en la práctica de este engaño al mundo entero y en desfigurar dentro de la propia España el

verdadero carácter de la revolución fueron los comunistas» (17). Más tarde y en la misma línea, Bernecker lamentó que en la versión menor de la *Historia del Partido Comunista* (PCE: 1960) se juzgara la etapa como «período de robo sistemático, de expropiaciones por la violencia y de brutales exacciones» (1992: 95). En otra obra, Bernecker denuncia el escamoteo del ensayo revolucionario por parte de Álvarez del Vayo, diplomático del PSOE, que sólo vio asesinatos y saqueos. Además señala que Korsch, ya en el 36, lamentó la «conjuración del silencio y de la tergiversación [...] que casi ha extinguido el auténtico aspecto revolucionario de los acontecimientos españoles»; como hicieron los partidos burgueses y el gobierno republicano, así como luego repitió el franquismo. Y añade que, para Paniagua, el anarquismo de la época «desarrolló concepciones económicas coherentes y sus teóricos se esforzaron en acoplar su análisis económico a la realidad republicana» (1996/a: 120).

Enzensberger, perplejo ante el entierro de Durruti, afirmó que «lo que los anarquistas prometían y no pudieron realizar era un mundo completamente terrenal, un mundo enteramente futuro en el cual desaparecían el Estado y la Iglesia, la familia y la propiedad. Estas instituciones eran odiadas, pero también se estaba familiarizado con ellas, y el futuro de la anarquía no sólo evocaba anhelos, sino también recónditos temores llenos de fuerza elemental. En cambio, el fascismo ofrecía el pasado como refugio, un pasado que naturalmente nunca había existido» (236). Vinyes vio el intento como una «proposta pràctica (realitzada, verificable) de revolució que es presenta a l'observador contemporani com un sistema coherent de principis d'acció econòmica, política i cultural que acaben constituint el model teòretic de la contribució radical catalana a la cultura política de l'esquerra internacional»; una propuesta que implicó planificación integral, economía mixta y revisión del concepto de poder político para sustituir la democracia liberal, que se tambaleaba por culpa del fascismo (1987: 22-23).

Diría que Roca, con gran honestidad, trazó un diagnóstico más estricto: en Cataluña durante el verano del 36 «se inició una de las luchas con el mundo, la carne y el diablo más profundamente planteadas, más intensamente vividas, más acaloradamente debatidas. Así, en primer lugar se definió —de

forma a menudo elemental, fragmentaria— un nuevo modelo de relaciones entre el hombre y la naturaleza, es decir: una nueva política urbana y territorial que, tendiendo a encontrar unos nuevos equilibrios, fuese capaz de evitar la destrucción de la naturaleza y la ruina del hombre. Al mismo tiempo, y en segundo lugar, se pusieron las bases para vencer algunas de las limitaciones de la carne: las que provienen de la enfermedad, de la indigencia, de la inopia. Era, tal como decía la prensa del momento, una lucha contra “el dolor, la tristeza, la enfermedad, la miseria, la opresión, la injusticia bajo todas las formas”. En tercer lugar, la larga trayectoria del Maligno, amo y señor de nuestra historia, la tradición irracional, diabólica, fue interrumpida. Un viento cada vez más potente se llevó consigo la hojarasca ideológica de origen burgués, casi dominante en el movimiento obrero. El decreto de creación del *Consell de l'escola nova unificada* decía: “Es la hora de una nueva escuela inspirada en los principios racionalistas del trabajo y de la fraternidad humana”. La revolución tuvo aspectos diabólicos, violentos, airados. Con la violencia brutal de unos días se quería borrar la atroz violencia de siglos. Pero el verdadero rostro de la revolución, lo que se descubre bajo una máscara a veces grotesca, es la fisonomía de la razón y del orden». Roca logra explicar y pormenorizar procesos concretos seguidos por políticos y sindicalistas para «introducir elementos de orden racional en el espacio, la economía, la sanidad, la escuela, en una situación especialmente adversa: la creada por la guerra civil y la premonición de la segunda guerra mundial. Se trataba de definir y de construir un nuevo tipo de sociedad a partir de un modelo alternativo de política económica para salir de la crisis iniciada justo después del crack de 1929, una verdadera alternativa a la otra salida entrevista: la inventada por los estados mayores de los estados capitalistas fue la guerra, la locura de la segunda guerra mundial./ La “nova economia” implicaba determinados cambios en la estructura de la propiedad, remozaba las bases de un mercado progresivamente oligopolizado y, al mismo tiempo, introducía formas de coordinación y planificación de la oferta global mediante la actuación del *Consell d'Economia de Catalunya*. Cambios en la estructura de la propiedad destinados a establecer fuertes recortes en las rentas parasitarias y especulativas. La cuestión de la propiedad del suelo

urbano —que en una sociedad industrializada como la catalana no era ninguna nadería— fue puesta sobre la mesa» (8-10). Satué lo redondea, alude a una «apoteosis de esta inspiración colectiva» y añade: «Sin duda hubo excesos y precipitación en las reformas políticas, económicas y sociales, pero en aquel contexto social en estado revolucionario la asunción de la modernidad parecía darse como una más de las reformas progresistas que hacían borrón y cuenta nueva con todo lo anterior» (49).

Demasiado coetáneo o estudioso reduce el período a una etapa de arrebatos o degollinas, y presenta como víctima cardinal a una Iglesia inocente. El jesuita Grifol, director de ejercicios espirituales de Cataluña, se preguntaba si «¿observaban en todas partes los sacrílegos el mismo diabólico proceder? No puedo garantizarlo [...] Una sola era la causa de esos incendios y crueldades. El odio antirreligioso de los sin-Dios [...] el único motivo que animaba a los perseguidores era puramente su odio satánico contra los sacerdotes como ministros de Dios, dispensadores de sus gracias a los hombres y representantes de la Iglesia» (34-37 y 224). Ragner, buen especialista, insiste en una tesis ya emblemática, citando un clero catalán, idílico y progresista, que habría aceptado la República el 31, de «mentalidad democrática, sensibilidad social, cultura eclesiástica más bien alta y, en todo caso, permeable a las corrientes europeas», antes acosado por la Dictadura de Primo de Rivera, que «no sólo no están implicados en el alzamiento, sino que no lo desean, lo rechazan cuando se produce» (AAVV, 1990: 308). Más de un coetáneo aludió al tema. Serra Pàmies, creyente, afirmó que «a sacerdots, religiosos, catòlics i ciutadans titllats de feixistes, els revolucionaris continuaven convertint-los en víctimes expiatòries, talment com si ells fossin culpables de l'alçament militar i de la pobresa de les lleis socials aleshores vigents» (51). Ametlla o Sentís dicen lo mismo hablando de civiles; según el primero, «la historia dirà [...] que la immensa majoria de catalans de dreta, socialment conservadors o confessionalment catòlics, foren aliens a la folla temptativa militar» (88-89). Para éste «ningú del meu entorn [...] del] catalanisme [...] representat per la Lliga va donar suport a l'aixecament militar [...]./ Cambó no va ajudar ni poc ni molt que es produís l'aixecament militar, com alguns han dit» (109). Otros opinan diferente. Marc-Aureli Vila

denunció que la «premsa enemiga inflava en gran mesura els fets, bo i parlant d'infants assassinats i de monges violades [...] una gran mentida. La premsa estrangera, convenientment comprada, era el ressò que s'expandia per tot el món» (110). Y Víctor Alba matizó: «Quan els qui no la visqueren en parlen, donen la impressió que la guerra civil —sobretot la banda republicana— ho inventà tot [...] pero] Isabel la Catòlica pujà al tron sobre un munt de cadàvers d'una guerra civil [...] els somatents i els pistolers [de Martínez Anido] no feren altra cosa, en to menor, que el que feren els *incontrolats* del 36» (1996: 9). Barrull, historiador, lamenta, las «imatges més sòlides que tant la història com la literatura han aconseguit forjar dels dies posteriors a la derrota dels militars sublevats [...] és justament la de desordre i violència generalitzada: incendis [...] i] matances indiscriminades, on es barreja la defensa de la República i la revolució amb les venjances personals i els instints i passions d'una massa popular sense control» (13-15).

También Beevor afirma que las atrocidades contra la Iglesia fueron las más difundidas en el extranjero y las más manipuladas (118). Mientras el carlista Alcalá, en el capítulo «El terror rojo o anárquico», suelta que los gobernantes dieron «rienda suelta al terror más desenfrenado. Imperan el asesinato y el robo». Luego se supera: «En muchas familias son asesinados todos sus miembros varones, y en gran número de casos sufren también la misma suerte las mujeres, muchas de las cuales son antes ultrajadas, si bien el explicable pudor [...] hace que los casos de violación judicialmente acreditados resulten mucho menos numerosos que los ocurridos en la realidad./ La venganza personal y el ánimo de rapiña por parte de unas turbas de criminales y de delincuentes comunes, en cuyas manos había puesto el gobierno [...] las armas y el poder, son también motivo muy frecuente de crímenes» (2007: 19).

Guerra o revolución

Una de las patrañas que pergeñaron comunistas y republicanos fue que el pueblo y sus comités priorizaban la revolución a derrotar al fascismo, pero hay pruebas de lo contrario. El álbum fotográfico *L'Espagne révolutionnaire* (1936) sostenía «Tout pour la guerre contre le fascisme! Tel est le cri qui es devenu le quintessence même de la vie de chacun —homme, femme ou enfant»; y sobre la fabricación de material de guerra, precisaba: «Tout pour la guerre contre le fascisme!» (2 y 14). En Mataró, por ejemplo, el 16 de octubre fue elegido para el nuevo Ayuntamiento Cruixent, de ERC, a lo que se opusieron PSUC y POUM, ante lo cual CNT proclamó que si sus sindicatos «fossin egoistes, podrien exigir el màxim de representació; no sent-ho, col·laboren com les altres organitzacions per esclafar el feixisme. Ja que encara tenim república, és lògic que governin els republicans; encara no ha arribat la hora de CNT» (Colomer, 2006: 154). El libertario Cardona acabó su conferencia (31-I-37) pregonando que «en los frentes [...] la lucha hasta el aplastamiento del enemigo [...] hasta la victoria completa; [...] en la retaguardia [...] no sólo trabajar incansablemente porque los frentes se hallen siempre abastecidos; no sólo proveerles de armas y municiones y víveres [...] no sólo sentir y vivir la preocupación de la guerra y ayudar con todas nuestras fuerzas y nuestros medios a que esta guerra se gane [...] también impulsar el proceso de socialización y, sobre todo, no sólo hacer, sino ganar la Revolución» (16).

Jacinto Toryho, director de *Solidaridad Obrera*, en contraste con el esfuerzo catalán fabricando pertrechos, denunció corrupción, fraudes e impericia:

«Hablando de responsabilidades, la de Indalecio Prieto, por lo que a la adquisición de armas se refiere, es en extremo grave, aun cuando nadie se haya molestado en exigírsela» (237-252). Rudiger evocó que el 19 de julio el POUM prometía lo indecible, pero la Federación Local barcelonesa de CNT decía en un manifiesto: «Nosotros no pedimos nada, ni prometemos nada tampoco; no es la hora de mejoras de vida, sino de sacrificios para poder

continuar la lucha contra el fascismo». Añadía que «si la CNT logra este objetivo —la creación de un bloque proletario realmente mayoritario— entonces es cuando se podrá hablar de la construcción de un socialismo libertario y antidictatorial. Pero la condición imprescindible de este porvenir es la victoria sobre las hordas de Franco, Mussolini e Hitler» (14 y 21). Pous y Solé, tan críticos con los anarquistas, copian de *Sembrador* (3-I-37) su enojo con los jóvenes que reclamaban que se ofreciese baile dominical, «cuando las 24 horas son pocas para dedicar esfuerzos a ganar la guerra y a hacer triunfar la Revolución» (79). Foguet cita una nota de Mariano Rodríguez Vázquez, *Marianet*, aparecida en *La Vanguardia* (6-III-37), sobre un posible acuerdo CNT-UGT, en la que cree «probable la realización de esta alianza ya que todos estamos convencidos de la necesidad de una unidad estrecha para conseguir la victoria» (2004: 142).

CNT, por su parte, publicó un llamado (23-x-36) «para poder ganar la guerra y salvar a los pueblos del mundo, la CNT está dispuesta a colaborar con un órgano directivo, ya se trate de una junta o de un gobierno» (Joll: 247-248). García Oliver, en una charla realizada en enero de 1937, dijo: «Habéis colectivizado [...] para vencer hoy necesitamos una unidad nacional armada», y concluyó que para ganar «se requiere una supeditación absoluta de nuestra vida y de nuestras actividades a la guerra. ¡Hay excesivas comodidades!» (913). Dos meses después, como ampliación de su conferencia «Els factors», el *conseller* de economía y militante de la CNT Joan P. Fàbregas lo resumía así:

«Ara més que mai, es fa imprescindible la col·laboració de tots els [...] antifeixistes del país, per tal de reunir les energies, les forces i els elements que calen, per a esclafar l'enemic» (166). Martorell alega en sus memorias: «Va ésser per aquests motius que van fer concessions dels seus principis [...] amb el propòsit de salvaguardar la revolució des dels càrrecs que ocupaven en els estaments públics i per no crear problemes a l'antifeixisme, en moments que s'havia d'estar més units que mai» (87). Lo precisa la «nota editorial» de la colección de notas de Companys a Prieto: «Un conjunto homogéneo que establece históricamente y de una manera irrefragable la verdad sobre la ayuda prestada por Cataluña al resto de la España antifascista,

su colaboración, su solidaridad, la organización magnífica de todas las actividades de la retaguardia en beneficio de los frentes de lucha. [...] Para nadie es una primicia la acusación de insolidaridad, de exclusivismo regionalista, formulado contra la región que ha tenido la actuación más destacada y abnegada durante toda la guerra. Y es que detrás de los ataques a Cataluña [...] se notaba que los golpes iban certeramente dirigidos contra las organizaciones que predominaban en esa región [...] la CNT, la FAI y las JJLL, que el 19 de julio ocuparon las calles y vencieron al fascismo» (3-5).

Mayayo memoró apasionados debates, autojustificaciones de muchos protagonistas o ideologizaciones académicas, consecuencia falsa del dilema entre guerra y revolución, y concluía: «Dissortadament, entre uns i altres, no s'assolí guanyar la guerra, ni fer la Revolució. La repressió franquista tampoc faria distincions» (1986: 456-459).

II

Los antecedentes.

Dios qué buen vasallo, si hobiere buen señor

Diría que la España de principios del siglo xx, frente a quienes la percibían, en lo económico o social, similar a la Europa desarrollada coetánea, se parecía más al México del Porfiriato, por citar un país latinoamericano: peso abrumador de la agricultura, pero buena parte de la población famélica; campesinos de Andalucía sometidos a condiciones similares a las de Morelos; Río Tinto parejo a El Boleo, en Baja California, ambas propiedad de la misma multinacional e igual explotación de los mineros; así como imperio y potestad clerical, policial, judicial y militar. España era un anacronismo políticosocial-cultural cuando el mundo era zarandeado por la crisis económica y sus secuelas, de las que el recurso al fascismo fue quizás la peor.

Evoquemos atropellos generales: se decía que media España se acostaba con hambre; la República, que tanta esperanza había generado, mantuvo las viejas fuerzas represivas y el injusto aparato punitivo judicial. Recuerda Alquézar que la mayoría de magistrados, jueces y fiscales en activo eran los

mismos que habían servido a la Dictadura de Primo de Rivera (13). El latifundio seguía inalterable, con demasiado bracero mendigando ser explotado; proliferaban políticos que lo prometían todo y nada cumplían, aún en muchos lugares elegidos por las eternas «fuerzas vivas», propietarios e Iglesia, que boicoteaban si perdían y miraban a otro lado ante denuncias de sus complots con Mussolini y Hitler.

Satué sintetizó la España del 36: doce millones de analfabetos, ocho de pobres y dos de campesinos sin pan y sin tierra, frente a 20.000 personas que poseían la mitad del territorio (53). En las villas fabriles, el salario real no cesaba de caer, a la vez que subían los precios de bienes imprescindibles y, ante el creciente malestar obrero, aumentaba la represión (AAVV, 1998: 68-71).

Para encarar los abusos y la represión, buena parte del obrerismo catalán se había dotado, tras muchos fracasos, de un sindicato eficaz, la CNT. Maymí enfatiza su cariz asambleario, cargos electos, bastantes asociadas femeninas y muchos jóvenes, que pretendían no sólo concienciar y sensibilizar, «amb una càrrega d'humanitat envejable», sino también organizarse de forma preventiva, como el Grup de Defensa Interprovincial n.º 1, que en 1930 coordinaba los comités de Caldes de Malavella, Riudarenes, Santa Coloma de Farners, Sils y Vidreres, conectados de forma permanente (76 y 123-124). Monjo y Vega pormenorizan que las actividades sindicales, prohibidas durante el Bienio Negro —1934-1936—, siguieron de forma clandestina, tal como se hacía desde hacía décadas mediante distintas tapaderas (22). Según Pere Gabriel, se trataba de organismos camaleónicos que suplían graves carencias en una sociedad muy desigual. Servían a la vez para integrar inmigrantes y cumplían distintas funciones, como casinos, ateneos, con escuelas y bibliotecas, cooperativas de producción y consumo, entidades de socorros mutuos para asistencia médica y accidentes laborales, sin olvidar el deporte, el canto, el excursionismo o el baile. De crecer el acoso, incluso se recurría a locales del republicanismo lerrouxista (99-123).

La Sentencia de Guadalupe (1486), que liquidó las guerras remensas —luchas campesinas para librarse de abusos y cargas excesivas—, implicó una situación para entonces envidiable en Cataluña, en relación con Castilla,

una de las coronas más modernas de la época, asociada con la Iglesia, que había estructurado un violento y eficaz artificio de control, homogeneización, punición y represión que neutralizó cualquier disidencia durante trescientos años. Sin embargo, en Cataluña la plena implantación del capitalismo a partir del siglo XVIII supuso una larga guerra de clases, en la que el pueblo perdió todas las batallas hasta el 19 de julio del 36, cuando la insensatez de los cuerpos de coerción burgueses desencadenó un proceso mucho más radical que los cambios que había intentado frenar en las décadas anteriores, utilizando a los militares y el crimen, la Iglesia y la mentira. Además intentaron neutralizar a la potente CNT, abusando entre otros del embeleco nacionalista, según el cual los catalanes tendrían tanto en común como para obviar la miseria de los más en beneficio de muy pocos. El camelo fracasó pero supuso que la oligarquía española enviara a Barcelona a Lerroux, para desviar el voto plebeyo, y uno de los ejes de su perorata fue un furibundo anticlericalismo, primario y exacerbado, que caló en algunos explotados, en especial inmigrantes del resto de España, tal vez debido al impacto producido por el desarraigo y el encontronazo con una cultura distinta. Más tarde, Lerroux se alió con lo más cavernario de la derecha española. Aquel grotesco discurso, unido a los enormes agravios al que se había sometido al pueblo del Principado —condiciones de trabajo inhumanas, miseria y terrible represión—, pueden ayudar a comprender, en parte, algunos de los extravagantes desmanes y asesinatos con que a veces se expresó el movimiento revolucionario durante el verano del 36. Casares vio la subversión obrera «conseqüència lògica i inevitable de segles d'història torturada, de relacions socials injustes, d'egoïsmes desenfrenats, d'ambició immoderada de les classes dominants, de fanatisme religiós i d'incomprensions cegues entre pobles» (121).

La violencia estatal, desencadenada por Maura tras la Setmana Tràgica, supuso 82 muertos, 126 heridos y más de mil detenidos, y la clausura de escuelas y sociedades, lo que salpicó a Solidaridad Catalana y Lliga e incluso le pareció una torpeza a Cambó. Otras represalias siguieron a la huelga general revolucionaria de 1917: 30 muertos y 180 heridos en Barcelona, y 13 y 35 en Sabadell, a la vez que Dato entorpecía cualquier salida pactada. La

imponente huelga de La Canadiense evidenció estrechos vínculos entre la patronal, que recurrió a pistoleros, y la Lliga; y a la vez arruinó la traza populista de su mensaje. Los empresarios veían ineficiente el gobierno como garante de sus privilegios, a pesar de que suspendiera las garantías constitucionales, acosara por todos los medios a la CNT y diera a Cambó la cartera de Finanzas. De 246 asesinados de 1917 a 1923, 200 eran obreros. Xuriguera, en folleto oficial, detalló complots entre presidentes de Diputación y de otros entes políticos y patronales, que sostuvieron en un manifiesto: «Los reunidos que creen poder afirmar que ostentan la representación de la ciudad de Barcelona formulan en nombre de la ciudad la más viva protesta contra la actuación del poder público [el gobernador civil Bas], que contempla y preside con indiferencia inconcebible cómo el terror y el crimen imperan en Barcelona». Lograron su dimisión y el nombramiento para suplirle del general Martínez Anido, en 1920, que trajo consigo el asesinato del abogado laboralista Layret, la creación del Sindicato Libre y otras bandas gubernativas, el recurso a la ley de fugas (disparar sobre detenidos cuya huida se simulaba) y más tarde la dictadura apoyada por los militares, la Iglesia y la alta burguesía (3 y 9-10). Bengoechea detalla la maniobra burguesa, montada por Fomento del Trabajo Nacional (FTN), en 1922, para evitar la dimisión de Martínez Anido y la grotesca farsa del homenaje de simpatía que le rindieron 30 entidades económicas provinciales, el 12 de agosto, para contrarrestar el rechazo de la Diputación de Barcelona dirigida por Vallès. Rovira i Virgili, en un artículo aparecido en *La Humanitat* el 7 de julio del 36, reprobó el *Manifiesto* que acompañó al homenaje y que los empresarios se hubieran puesto al servicio de Primo de Rivera y del rey, «perjur i anticatalà», y que más tarde protestaran de forma teatral contra la *Llei de Contractes de Conreu* (Sariol, 1978: 177). Esta ley, aprobada por el Parlament en abril de 1934 ante los conflictos sociales, estipulaba que los campesinos podían comprar la tierra que trabajaban si lo hacían desde hacía 18 años como mínimo.

El cura Vilar Costa dijo que Martínez Anido «no supo resolver una lucha social más que asesinando obreros», y como pensaba aplicar la ley de fugas a 300 sindicalistas, lo destituyó Sánchez Guerra (196-197). El profesor Cirici, cuando vio arder templos en 1936, deploró el error de la burguesía catalana

que había exasperado a los explotados hasta el límite, recordó la condena de la represión de la Setmana Tràgica de Joan Maragall y añadió que «haurien d’haver acollit els immigrants que venien a treballar per ells i fer-los fàcil la participació en totes les coses de Catalunya. En lloc d’això els havien enganyat, perseguit, empresonat i havien assassinat els seus caps». Cirici denunció homicidios, como los de Ferrer i Guardia y Layret, el recurso a un sabueso inglés y al Sindicato Libre: «Havien estat a punt de fer del Sometent un Kuklux-klan» (26). Serrahima, lamentando el asesinato de los fabricantes Salvans, pensó en «tantes brutals arbitrietats contra la gent treballadora [...] en l’etapa de la repressió de Martínez Anido. [...] no m’havia adonat prou del que representaven; no m’havien produït la impressió de capgirament social que ara sentia. [...] jo i la gent com jo, tan desemparats, tan indefensos, i fins i tot tan innominats com ho havien estat [...] els obrers sindicalistes enfront dels executors del temps de Martínez Anido». La cuestión turbó a Serrahima, que intuía la revolución como una secuela de «la imperdonable política que feia molts anys havia creat els “sindicats lliures” amb la col·laboració de les autoritats —Milans del Bosch, Martínez Anido, Arlegui, etc.— [...] En veure com anaven las coses, naixia en nosaltres —en el meu pare, en mi— una nova indignació, retrospectiva». Porfía: «Potser algun dia ens convencerem que la història de Catalunya, del 1936 ençà, ens l’havíem jugada en l’etapa 19181923» (123-125, 190 y 212-213). Según Fontserè, la mayoría de empresarios se incorporó al somatén «per intervenir al costat de la dictadura contra els sindicats obrers» (262). Pons Prades, al entrar en el local de la patronal de la madera, en julio del 36, halló pruebas de que los patronos más inflexibles habían chantajeado y presionado a los temporizadores (2005/b: 194).

Puede dar una idea de cómo enfrentaron las reivindicaciones sociopolíticas los gobiernos de la restauración borbónica el que Benedict Anderson, profesor de Cornell University, en declaraciones a *La Vanguardia* del 10 de diciembre de 2007, calificara de Guantánamo del ayer la cárcel del castillo de Montjuïc, donde se encerró, torturó y asesinó a independentistas cubanos y filipinos, sindicalistas o contestatarios.

Riquer conoce bien los tejemanejes y los desesperados ensayos de Cambó

y otros dirigentes de la Lliga para, por una parte, intentar que se olvidara este pasado criminal y, por otra, mediante una arriesgada maniobra, fingir un cambio táctico, centrista, despegándose de la derecha sectaria de Madrid, lo que supuso enconadas protestas en la prensa de los grupos y caciques locales. Cita incluso diarios católicos y filorregionalistas, como *La Defensa*, de Vic, con perorata beligerante similar a la de publicaciones de extrema derecha. Añade que en el mundo rural —volveré sobre ello— crecía la tensión y los ánimos estaban cada vez más enervados, que, sin prensa golpista o bandas de asesinos fascistas, los grupos más ultramontanos ya no se sentían vinculados a la Lliga y cada vez más les atraía el alarmismo demagógico de la reacción extraparlamentaria, que les llevó a sacar capitales y desconfiar del gobierno autónomo ante riesgos revolucionarios. Pavorosa atmósfera que provocó la asombrosa y premonitoria nota del canónigo Cardó del 12 de junio del 36, en *La Veü*: «Cal pensar, com deia el doctor Torras i Bages, si és preferible una Església perseguida o una Església empastifada. Desitjar una dictadura d'extrema dreta per interès de la religió seria un veritable contrasentit». En las Cortes, Valls i Taberner y Cambó no sólo atacaban a la izquierda, sino que empezaron a dudar del sufragio universal, como forma de rechazar el resultado de febrero del 36, y machacaban en la defensa enconada de ciertos valores —familia, orden, propiedad y religión— que veían en peligro. Al fin y al cabo, se trataba de grotescas campañas, como las actuales de la COPE o el PP.

En Madrid, desde abril del 36, el Bloque Nacional de Calvo Sotelo ganó terreno, en detrimento de la CEDA, con un discurso sobre la unidad nacional, católica, lingüística y cultural, y conspiraba —tal vez con poca ayuda de la Lliga, pero sabiendo qué se tramaba— lo que en junio y julio se hizo sin tapujos; y Cardó volvió a denunciar el exabrupto de la derecha rogando la salvación del país en *La Veü* del 16 de julio (32-46). Day cita un artículo en *Solidaridad Obrera* (o *Soli*), del 7 de febrero del 37, en el que Cambó es visto como un «representante de la plutocracia internacional [que] tiene el descaro de hablar hoy de justicia prostituida, él, que asalarió los Martínez Anido y su banda, él, que pagó un ejército de sicarios para deshacerse de los militantes de la CNT-FAI» (1937: 5).

Sin embargo, para entender algunos excesos del verano catalán del 36, en particular la violencia letal contra propietarios o clérigos, creo que más decisivo que lo ya mentado fue la represión agraria de octubre del 34, sobre la que volveré más adelante. Además de la desencadenada en Asturias (mil muertos y 40.000 encarcelados), en Cataluña culminó el acoso contra la CNT, que había empezado a finales del 33, pese a que se había mantenido al margen de la revuelta. Según Liarte, Ascaso fue torturado, Durruti y muchos sindicalistas detenidos por orden expresa de Dencàs y los Badia, mandos de la policía catalana (30-31). Sanahuja afirma que Pi i Sunyer habló de «guerra a mort» y que testigos coetáneos denunciaron prácticas prohibidas en un Estado democrático y de derecho. Sanahuja insiste sobre éstas y los procedimientos perpetrados por Dencàs y los Badia, denunciados desde líneas muy diversas: hubo críticas regulares desde la *Soli* o en memorias como las del crítico musical Rossend Llates. El periodista madrileño Enrique de Angulo, corresponsal del católico *El Debate*, definió a Badia como un «hombre siniestro y sanguinario que sometía a mortales torturas a sus prisioneros —díganlo los de la FAI—». Según Lluís Aymamí, de Acció Catalana (AC), que se pasó a ERC, la ofensiva contra la CNT de finales del 33 al verano del 34 se amplió contra cualquier manifestación obrerista y en las celdas de la comisaría se repitieron los abusos de la etapa de Arlegui —jefe de la policía con Martínez Anido—, hubo más denuncias y hasta Companys fingió escandalizarse, pero aquéllos no cesaron (156 y 166). Peirats lamentó que algunos *casals* de ERC devinieran «mazmorras clandestinas donde se secuestra y apalea a los trabajadores» (67). La cifra de detenidos alcanzó tales proporciones que hubo que recurrir a los cosos taurinos (Toryho, 89) y, según Rüdiger, Marianet del 31 al 36 fue detenido seis veces y encarcelado más de 29 meses (7). En obra reciente sobre el sindicato boscano de los *rodellaires*, Zamorano detalla que éste enfrentó, durante este período, la decidida oposición patronal por cualquier medio y la represión despiadada que afectó los vínculos personales, en una comunidad rural donde todos estaban muy próximos, y donde las amistades y los odios recaían sobre conocidos, dejando rencores y enojos imborrables (168).

Desvinculados de la represión contra la CNT, en octubre del 34 en

Cataluña se produjeron dos incidentes diferentes: en Barcelona se dio una algarada política catalanista y, en el resto, un descalabro social y nacional. En muchos lugares, en un medio tenso y crispado al máximo por la victoria derechista del 33, el fiasco de la *Llei de Contractes* y, como consecuencia, el atasco de la reforma agraria, hubo numerosos hacendados que optaron por el desahucio de los arrendatarios, dejando a miles de ellos en la calle y generándose un antagonismo agravado por la crisis económica. Cárdbaba trata el tema en una monografía: el miedo a la rebelión, que la mayoría de payeses veía como única salida a su situación desesperada, supuso que creciera el afán del clero de recurrir a un sindicalismo confesional frente al de clase, que Madrid insistiera en reprimir y que ERC intentara que la Unió de Rabassaires (UR) se deshiciera de los campesinos más intransigentes. Los rurales de las comarcas de Girona, al contrario que los viticultores del Penedès, desconfiaban de la vía legal; y Acció Social Agraria, fundada en Banyoles en 1931, crecía y se radicalizaba a medida que crecía el desencanto, frustrada la esperanza en la «justicia» republicana, al denegar los tribunales más del 80% de las demandas de revisión de contratos. Este panorama de violencia estatal, además de desahucios, trajo consejos de guerra y cárcel. Por añadidura, la brecha abismal entre la timorata legislación republicana y su plasmación era aún mayor en los pueblos por el peso caciquil, y aunque los caciques habían sido echados de los concejos, sus abusos duraron hasta el 18 de julio del 36 (2002: 21-23 y 33-39). Fosalba cita hacendados, en Abrera, con relaciones sociales que podían tacharse de feudales y que cooperaron con el gobierno militar de octubre del 34 (19). Puig Rovira detalla sucesos en Vilanova, más violentos que en otros lugares, con una huelga revolucionaria, a la que se sumó la CNT, enfrentamientos con la Guardia Civil, ataque a iglesias y explosivos contra el cuartel, con cinco muertos, tres guardias y dos paisanos, y 104 detenidos (36). Ruiz reseña el comité de Sant Joan Despí, en julio del 36, que incluía jornaleros forasteros, llegados de pueblos cercanos o lejanos, en especial de comarcas de Castellón, Murcia o Tarragona, la mayoría obligados a marchar víctimas del «pacte de la fam» al que les sometieron sus «propietaris locals» (79-80).

Si Casanovas mentó que «va provocar un odi profund d'un sector de la

pagesia envers els propietaris i persones que havien executat la repressió» (131), Vinyes hizo hincapié en el ambiente enrarecido que afectó a campesinos y propietarios, delatados y delatores, con mucho encarcelado y demasiados sedientos de venganza o, como mínimo, de indemnización. La perspectiva empeoró tras las elecciones de febrero del 36, unos coléricos por haber perdido y no poder mangonear; las víctimas exigiendo compensaciones y un cambio total, con medidas efectivas, mientras el Parlament seguía con las consabidas disputas celestiales, y ERC y la Lliga buscaban un pacto llenándose la boca mentando a la nación y la nacionalidad. En mayo del 36 proliferaron conflictos, disturbios y huelgas, que crecieron en junio, pues los jurados mixtos seguían infringiendo la legislación social con fallos injustos o los propietarios no los aceptaban si éstos les perjudicaban, a la vez que crecía el número de huelgas urbanas, muchas espontáneas, y alguna muy molesta, como la de basureros (307-318).

Una singular visión del pasado pergeñó hace mucho que, frente a la España alterada por graves enfrentamientos sociales, Cataluña era un oasis, aunque en realidad las huelgas, las protestas y la represión eran también cotidianas. Sanahuja detalla la huelga del transporte público (del 18 de noviembre hasta el 10 de diciembre del 33), la de las minas de Sallent (en junio y julio del 34), o la jornada «frente a las urnas, la revolución social» (el 10 de diciembre del 34), con 20 muertos, centenares de detenidos en toda España y cantidad de fábricas desalojadas (156). Los patronos seguían rehusando demandas elementales: por ejemplo, en junio del 36, los trabajadores de Uralita estuvieron en huelga pidiendo mejoras y duchas para eliminar los restos de cemento y amianto (AAVV, 1998: 68-71). En un artículo aparecido en *La Vanguardia* el 15 de mayo del 36, Gaziel sugería que la Generalitat no se dejara arrastrar a ninguna aventura y que, al revés, fuera la balsa que facilitara vadear el temporal revolucionario que se fraguaba. A la Lliga le horrorizó el congreso de CNT de Zaragoza y las patronales sacaron un *Manifest de les entitats econòmiques de Catalunya* sobre la conflictividad social y la impotencia gubernamental para controlarla, deambulando la burguesía entre el miedo y la impotencia. Peirats recuerda que el golpe del 18 de julio coincidió con una huelga de tranvías, «de las más

enconadas y sangrientas que ha sostenido el obrero barcelonés», en la que hubo choques con la policía, uso patronal de esquirols y pistoleros, torturas, asesinatos y condenas a presidio (I: 171).

En una sociedad esperpéntica como la española, se produjeron sucesos pintorescos. Sariol cita a Joan Vidal Salvó, que pasó de la Lliga a la Falange y habría urdido una entrevista entre Pestaña, José Antonio Primo de Rivera y el aviador cofundador de Falange, Ruiz de Alda, entre otros, pensando absorber el Sindicato Único para reforzar la Falange, cuando habría sido más coherente hacerlo con el Sindicato Libre, pero incluso éste lo veía mercenario y no le merecía respeto. No hubo acuerdo alguno ni esta vez ni otras (209-216). Mientras que García Oliver afirma que la relación entre Macià y Moscú, que heredó Companys, era conocida y facilitó la propaganda del PCE (lo que ayuda a comprender que Cataluña hubiera tenido la primicia del Frente Popular, tan pronto como Dimitrov lo propuso en el Komintern), y añade que Largo Caballero, tras dormitar treinta años como líder reformista de PSOE y UGT, devino revolucionario con el apoyo de quienes lo proclamaron «el Lenin español» (248-249); Toryho cita un pacto entre Dencàs y Mussolini en 1936. Antes, el espionaje nazi operó en Barcelona, a través del Windkraft Zentrale (Centro de Aviación) —dirigido por el teniente Hans Gunz—, que incluso se coló en el Ministerio de la Guerra y realizó fotografías aéreas que facilitarían los bombardeos posteriores. El Circo Hagenbeck, con gente de la Gestapo, era otra tapadera; y en julio del 36 Toryho halló en Barcelona un listado de 22 publicaciones españolas, incluido un relevante diario madrileño, que recibían dinero de Berlín (89 y 188-190).

Quizás tanta represión ayudaría a entender que los anarquistas no llamaran a la abstención en las elecciones de febrero del 36, como habían hecho en la convocatoria anterior, y que el pueblo llenara las urnas. Esto supuso, entre otras cosas, contubernios, como el de Companys con Cambó para un nuevo gobierno de *solidaritat*, lo que fue referido por Moreta (106) y confirmado por el novelista Sales.

III

El día en que Cataluña asesinó la iniquidad

Las elecciones de febrero del 36 y el triunfo del Frente Popular si, por una parte, dieron a los desposeídos nuevas esperanzas que pronto se esfumaron; por otra, alarmaron a los beneficiarios del sistema, abusivo e inmoral, y a sus contrafuertes, Iglesia y ejército, que conspiraron de inmediato. Para Cruells, uno «per poc informat que no estigués sabia que els militars i els facciosos estaven preparant un moviment. De fet, totes les organitzacions polítiques feia dies que estaven concentrades als seus locals, esperant armes i consignes que no varen arribar mai». Sólo los sindicatos «tenien capacitat de lluita [y] podien, per tant, plantar cara al moviment facciós que s'esperava» (1978: 9-10). Y Solé i Sabaté detalla la extensa y compleja urdimbre tejida por carlistas, Renovación Española, Falange, Cruces de Sangre, Club Deportivo Español, España Club, Voluntariado Español, Juventudes Antimarxistas o Sindicat Lliure, y algunos financieros, como el barón de Viver, Emilio Juncadella, «persona molt introduïda en congregacions religioses i en la jerarquia eclesiàstica més tradicional», o Antón Llopis, «home clau per obtenir fons del món industrial» que había presidido el FTN (2006, 2: pássim).

El todavía críptico asesinato de Calvo Sotelo fue un suceso capital. Payne recoge el parecer del capitán Pérez Salas, que siguió fiel a la República, según el cual el magnicidio debió inspirarlo «alguien que tenía un gran interés en que el Ejército se sublevara» (2006: 98).

Llarch recordaba que la tarde del 17 de julio un militante de la CNT «repartía un manifiesto alertando a los trabajadores del inminente golpe militar», pero mucho antes en los cuarteles se organizaron «comités antimilitaristas clandestinos», que espiaban a los oficiales, vigilaban cualquier reunión, lo que también hacían en teléfonos y telégrafos; y que algunos mineros de Fígols se desplazaron a Barcelona días antes de la asonada (83-87). Pons Prades aludía al notable papel que jugaron radio y teléfono y explicaba como los obreros, que no tenían, los suplieron con estafetas; de los tres del Sindicato de la Madera, sólo él estaba mecanizado, con bicicleta. Nadie dudaba, en Cataluña, de una victoria leal, al contrario que en el 34, porque ahora los sindicalistas salieron a la calle (1974: 55, 50-51 y 57). También Muñoz Díez, en la biografía de Marianet, cita agentes infiltrados en centros conspirativos —cuarteles, iglesias «y demás madrigueras de lo que después se llamó Falange»— y que uno de ellos, desde el cuartel de Pedralbes, avisó por teléfono de la salida de los alzados (74 y 77). Adsuar analizó estos Comitès d'Obrers i Soldats (I: 9596). García Oliver alardeó de que «el Comité de Defensa Confederal de Barcelona llevaba casi año y medio de ventaja a los militares cuando empezaron la preparación». Sin embargo, las Juventudes Libertarias (JJLL) de Barcelona habían organizado un mitin en la Monumental el 16 de julio contra la guerra entre naciones y debieron suspenderlo (Miró: 167).

Porcel cita un sargento de la CNT vigilando Atarazanas y un teniente de ERC en Capitanía (188). Según Viadiu, de ERC, el *conseller* de Governació Espanya infiltró a un espía entre los conspiradores y tuvo al corriente a Azaña, que telefoneó a Franco, pero éste negó que existiera trama alguna (5). Según Udina, dirigentes de la Generalitat estaban al día de cuanto se maquinaba, se habían interceptado cartas y mensajes, y Tarradellas recordó que Casares Quiroga y Azaña se hacían los suecos (119).

Alzamiento y derrota

Para el reportero comunista Bloch se trató de un *putsch* militar y fascista al que hicieron frente el proletariado unido a la burguesía liberal, y «la secuela más evidente del fracaso del golpe clerical y militar fue provocar un movimiento popular de un alcance imprevisible» (25). Paz detalla la barricada del Paral·lel ante el Molino «con armas de fortuna y con bombas de mano de fabricación casera»; un cabo liquidando al teniente que mandaba la tropa; y Barcelona surcada por un «laberinto de barricadas. Muchas eran, desde el punto de vista estratégico, nulas, pero la lógica de su existencia residía en el hecho de haber sido levantadas por el impulso colectivo». Cerca de la suya, el bar Fornos devino comedor popular para los luchadores con lo que traían los obreros de Damm. Antes, al salir la tropa, sirenas fabriles avisaron al pueblo que se organizó; comités de fábrica o defensa, barricadas y controles obreros de la entrada y salida de la capital, «constituían en su conjunto el tejido, las venas y las arterias vitales del mundo que estaba naciendo bajo el impulso del momento revolucionario» (2002: 19, 24 y 25). En obra previa decía que se luchó desde las cinco de la mañana del día 18 a las dos de la tarde del 19 de julio, bastándole al pueblo 30 horas para «desarticular el plan forjado por los facciosos metódicamente para ocupar en un mínimo de tiempo los centros vitales» (1967: 141 57).

Llach recuerda que el 19 las sirenas volvieron a sonar (105); Siguán, que los encerrados en el Asilo Durán huyeron (12-13); y Renart, la muerte de Apel·les Mestres, la madrugada del 19, con las dificultades imaginables para enterrarlo y el escaso duelo que tuvo al viajar en un coche de policía con unos chicos que iban a un registro (196). El periodista inglés Jellinek, corresponsal del *Manchester Guardian*, computó 450 bajas entre los leales y mil en total, y el triple de heridos. Además, se disparó desde las oficinas del Frente Laboral Nazi, asaltadas por un grupo de exiliados alemanes que dieron con documentos que demostraron que se trataba de una mera tapadera para espiar (268 y 273). Viadiu —y lo mencionan otros, como Muñoz Díez— dice que los fascistas habían instalado una ametralladora en lo alto del monumento a Colón (5). Termes pormenoriza la trama de conspiradores civiles, formada

por 396 hombres, 92 de Falange, 205 carlistas y el resto de Renovación Española. La plana mayor del carlismo de Barcelona se habría distanciado de la conspiración, mientras la Lliga ni sabía nada, ni se contó con ella, ni colaboró en la financiación (1987: 391-392).

Rotllant detalla la creación del comité de Arbúcies, la requisita de la única radio y el único teléfono, y el desplazamiento de sus miembros en bicicleta, a pie o en coche para conectar la comarca (204). En Cabrera aún se celebró misa el 19 y por la tarde en la Font Picant había unas cien personas comiendo y bailando: «La sensació [es] que poc els importava el que estava passant». El 20 por la mañana, campesinos o lavanderas todavía trabajaron y el comité se instaló en la alcaldía el 21 con gente de ERC, PSUC, UR y UGT (Modolell: 16-18). En Calella, la trama civil no contó con los carabineros, pero sí con la Guardia Civil y algún somatén. El 18 la Junta del Ateneu Fructidor creó un Comitè de Salut Pública con CNT y POUM, y sin apoyo de USC ni ERC, que presidió Germinal Esgleas. El 19 el Comitè ya se llamó Revolucionari y fue apoyado por la Unió de Rabassaires (UR); mientras ERC y USC intentaron gobernar desde el Ayuntamiento (Amat: 77-88). En Cerdanyola aún se celebraron misas el 19, y al saberse del golpe en Marruecos sonaron las sirenas de Uralita y los obreros montaron un polvorín en el castillo (AAVV, 1998: 68-71). El Figueres jugó un partido de fútbol en Bàscara el 19 con saque de honor del cura; pero a media tarde dejaron de circular los trenes (Bernils: 3234). En Folgueroles, peones que arreglaban la carretera, muchos de la CNT, integraron un Comitè Antifeixista supliendo a los grandes propietarios, el párroco y el médico, que desde siempre habían mangoneado (AAVV, 2000: 156-157). En Girona la trama civil apoyó a los militares (192-194). En La Granada la tarde del 20 todavía hubo un entierro con cura y dos misas (Pons: 47). En L'Hospitalet hubo saqueos el día 19 en la Marina, ante la impotencia de los propietarios, que el 24 o 25 negociaron con la CNT nuevas condiciones laborales (AAVV, 1989: 507).

En Lleida fue notable el rol de la trama civil, carlistas, falangistas y Juventudes de Acción Popular (JAP), tanto en la preparación como en la realización de la asonada (Barrull: 19). Lo detalla Feixa, explicando que unos jóvenes de estos grupos se adelantaron la madrugada del 18, pero el ejército

no reaccionó hasta el 19 por la mañana, cuando proclamó el estado de guerra. Tras su derrota, la trama civil resistió desde la azotea de la Casa Cros. Entre los vencedores también primaron los jóvenes y la radio tuvo destacado rol. Gorkin animó desde Barcelona a los militantes del POUM (28). Álvarez lo narra con pompa: el 18 «Lérida respiró [y] nadie puso obstáculo a su gesto de hombría [el 19] seguían montando guardia [...] aquel puñado de valientes [...] que habían salido a la calle para sofocar cualquier intentona contra la Patria»; el 20 «una multitud de energúmenos y la mayoría de las mujerucas de las barriadas míseras del Pla esperaron la salida de aquellos a los que se abofeteó y maltrató cobardemente» (23-28).

En Malgrat el 18 se suspendió un partido de fútbol y el baile en la plaza, el 19 se creó un Comitè Defensiu, luego de Resistència; el Ayuntamiento no se reunió hasta el 3 de agosto, cesando al alcalde, Arnau i Cortina, hacendado y tendero de ERC (Garangou: 117 y 121-122). En Manlleu, el domingo 19 la misa fue muy concurrida, igual que las barberías; tranquilizó el ánimo la proclama radiofónica de rendición del general Goded, pero extrañó que se suspendieran los actos dominicales recreativos, las sardanas y un partido de fútbol. El 20 hubo aún mercado semanal, pero al anochecer ondeó en el campanario la bandera rojinegra; el 21 se celebraron las misas matutinas y al mediodía las campanas dieron el toque del Ángelus (Gaja: 31-35). El mismo 19 de julio, unos 18 miembros de JAP fueron al cuartel de Mataró para colaborar con los militares (Colomer, 2006: 54). En Mollet suspendieron el partido de fútbol y las sardanas el 18, pues no llegaron ni contrincante ni cobla (Suárez: 106). Mientras en Montblanc, el 19, hubo misas y entierro con curas, pero por la tarde se forjó el Comitè Antifeixista con dos representantes de CNT, ERC, POUM y PSUC-UGT; y en Vimbodí una asamblea en el local de la Unió d'Obrers Agricultors nombró por unanimidad el Comitè del Front Popular Antifeixista para «empunyar les armes e intervindre en la vigilància i custòdia de la població» (Mayayo, 1986: 406-408). En Pineda, el 19 se fue por la mañana a la playa y por la tarde al café; el 20 se trabajó pero luego empezaron a llegar forasteros armados; no circularon trenes ni hubo actividad laboral hasta el 26 (Amat: 51). En Reus, la noche del 18 se destituyó el consistorio y se formó un Comitè Revolucionari Antifeixista, que presidió un

socialista. Encontró la oposición de CNT-FAI, que pidió una asamblea popular para escoger representantes y constituir un municipio libre con delegaciones de los barrios. Mientras, en la calle un gentío oía la radio. Se detuvo a los represores de siempre y a los que querían alzarse; se asaltaron, el mismo 18, locales de derechas y en el de los requetés se halló una larga lista de izquierdistas y cenetistas. La Federación Obrera Local (FOL), sindicato amarillo, fue disuelto por sus miembros, que se pasaron a la UGT y la CNT, la mayoría a la segunda (Martorell: 82-85). En Santa Coloma de Farners todavía se celebró misa el 22 de julio (Caireta: 79).

En Tarragona, a pesar de que carlistas y falangistas se concentraron, no hubo golpe, pues el coronel Martínez Peñalver no acató las órdenes superiores y el Regimiento Almansa se mantuvo fiel. El 21 llegó Lluís Mestres, nuevo *comissari* de la Generalitat en Tarragona, y la calma la rompieron milicianos llegados de Barcelona que quemaron templos, abrieron cárceles y repartieron armas. Espontánea y simultáneamente aparecieron comités locales, como en Salou. Si en el de Tarragona, el 6 de agosto, la mayoría eran de CNT y POUM, en los de la provincia predominó gente de ERC y PSUC. Cuando entró en vigor el decreto de sindicación obligatoria, UGT agrupó un 66% de la gente y CNT un 34%. La trama civil, con notable presencia en Alt Camp, Reus y Tortosa, la formaban unos 300, la mayoría carlistas. Hubo resistencia armada en Vilalba y Solivella, y en la capital Falange y CEDA estaban militarizadas y dirigidas por José María Fontana. El 20, partidos del Frente Popular y organizaciones sindicales convocaron por radio a sus militantes para que «es concentressin, armats [con] escopetes, revòlvers [...] punyals i ganivets». Según Lluís de Salvador sólo los trabajadores salieron a la calle. El 21 aún se distribuyó *La Cruz* y la prensa llevaba la crónica religiosa (Piqué, 1998: 38-57 y 23-37). Mestres agrupó en la capital a la Guardia Civil y los carabineros (la mayoría enviados al frente el 24 de julio), repartió fusiles entre los leales en la capital, en Reus y entre las milicias que se estaban creando y concentrando en el Camp de Mart, y permitió el control obrero de la factoría de Campsa (1998: 109-114).

El 19 por la mañana, en Terrassa, todavía circularon ferrocarriles, llegó prensa de Barcelona y hubo dos entierros religiosos. Pero a las seis de la tarde

se desalojaron cines y teatros y se detuvo al fabricante Antonio Barata, a escolapios y a algún miembro la Federació de Joves Cristians (FJC). El 20 de julio se decretó paro general obrero, aunque abrían comercios y tiendas, sin los dependientes, y el 25 lo hicieron las barberías y, por la tarde, cafés y bares, y ya circularon vehículos de reparto a domicilio de alimentos y bebidas (Ragon: 54-65). En Vilanova, el 19 se celebraron misas y mucha gente fue a la playa. Por la tarde no hubo partido contra el Lleida, pues no se presentó, y en el teatro Diana la gente que pretendía ver *La Dolorosa* fue dispersada por activistas de la CNT (Puig Rovira: 33).

También en Tortosa mucha gente fue a la playa el 19 (Alabau: 33). Da más detalles Sánchez Cervelló: el 18 una delegación del requeté visitó al capitán de la Guardia Civil y le pidió las armas que les habrían prometido, pero éste no se decidió y aquéllos se dispersaron. También se concentraron los tradicionalistas de Flix, Horta de Sant Joan, Solivella o Vilalba dels Arcs; se amotinaron en la primera y en la última se reunieron vecinos armados y el cura, Josep Viña. En Gandesa controló la situación el alcalde de ERC. El Ayuntamiento de derechas de Flix enfrentó a los leales dirigidos por la CNT, que ocuparon el consistorio y las instalaciones químicas, y organizaron patrullas para controlar las comunicaciones. Tropas llegadas de Tarragona y la CNT ocuparon Alcanyís, Alcorisa, Calaceit, Calanda y Montalbán (29-34).

El batallón de montaña proclamó el estado de guerra, el 19 de julio, en la Seu y ni Guardia Civil ni carabineros reaccionaron. Los curas y los más significados derechistas cruzaron la frontera (Canturri: 139-141). Los carlistas de Vic, que habían realizado prácticas militares y recibido órdenes de unirse al golpe, se concentraron en el Centre Catòlic pero no llegaron a actuar. El 19 mucha gente aún asistió a misa. A las diez de la noche, partidarios del Front d'Esquerres y sindicatos convocaron una asamblea en el Teatre Vigatà, presidida por Marià Serra, ex alcalde de ERC. En ella acordaron la huelga general, vigilar las carreteras, organizar milicias y constituir el Comitè d'Enllaç, presidido por Freixenet, dirigente de la Associació Obrera, adherida a la CNT, con tres miembros de ésta, otros tres del POUM y uno de ERC. El 20, con las empresas cerradas y los cafés llenos y pendientes de la radio, a las diez de la noche hubo nueva asamblea, que

ratificó el comité y rogó evitar desmanes contra los templos. Pero el 21, con sorpresa general, incluso de los organizadores, habían llegado de pueblos cercanos y Barcelona gente en camiones con afán iconoclasta. El obispo pudo huir y el comité, armado, defendió el museo (Casanovas: 97-103).

El día después

Si el 19 hubo tantos sucesos, algunos dispares, como poblaciones, lo mismo ocurrió los días siguientes. Fontserè observó que en Barcelona, a medida que pasaban las horas, proliferaban los coches requisados —una de las causas del triunfo popular— y que había muchas mujeres entre sus ocupantes, que parecían menos belicosas. Casi ninguno era de la UGT, que no creyó que se alzarán los militares. El paseo de Gràcia, arteria nuclear de la burguesía, devenía avenida triunfal de la revolución. «Aquell dia Catalunya —habría dicho Joan Oliver— assassinà la iniquitat que de temps en temps es redreça contra els pobles» (Fontserè: 189). Bloch describía muchas banderas sindicales, republicanas o galas, ninguna otra extranjera, las más en ventanas, y si no trapos blancos, y en su hotel vio aventureros, especuladores, espías o provocadores forasteros que «las agitaciones sociales hacen subir a la superficie». Companys recordó el 14 de abril y octubre del 34: «Hacía siglos que nuestro pueblo vivía oprimido, aplastado por el absolutismo de los feudales, los militares, los capitalistas y los clérigos, unidos en un solo bloque. El arrebató del que habéis sido testigos es la explosión de una inmensa cólera, de una gran necesidad de revancha, llegadas desde el fondo de los tiempos. Cólera que explica el cariz impetuoso del impulso [...] este pueblo, juntando las manos, ha vencido a un ejército. [...] La actitud de los anarquistas merece una admiración particular» (22-25 y 32). Para Langdon-Davies Barcelona era «la ciudad más extraña del mundo [...] donde los

anarcosindicalistas luchan por la democracia, donde los anarquistas mantienen el orden público y donde los filósofos contrarios a la política sirven de escudo al poder gubernativo» (132). Beevor cita lo que, al parecer, dijo Companys a los de la CNT: «Podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social». Añade Beevor que éste vio nítida la situación: «Traicionados por los guardianes de la ley y el orden, hemos recurrido al proletariado para que nos proteja». El pueblo podía prescindir de la Generalitat, pero decidió colaborar con ella. Para Abad de Santillán, los anarquistas, que por principio rehúsan toda dictadura, tampoco querían la suya y proponían aliarse con las fuerzas obreras. Pero los comunistas, dice Beevor, impidieron que el plan económico y social defendido hacía tiempo por los libertarios, por utópico que fuese, se llevara a cabo. Y éstos, que eran mayoría en el Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA), que acababan de crear, respetaron a los grupos minoritarios «creyendo, ingenuamente, que allí donde ellos estaban en minoría [...] obtendrían un trato similar» (158-160). Joan P. Fàbregas reseñó los canjes del 19: «Quedaren al mig del carrer una sèrie de mots d'ordre, que fins aleshores havien constituït les normes reguladores de la convivència social. [...] Calia [...] exercir uns preceptes positius, contra aquells sectors socials en que les forces insubordinades s'havien recolzat. Era un acte de justícia contra el qual res ni ningú no podia posar cap objecció moral ni material; primer, perquè la culpabilitat era evident; i, segon, perquè el poble havia triomfat i era amo i senyor dels seus destins» (1937/b: 41-42). Juicio parejo al de la Generalitat, algo después, en publicación oficial: «L'instrument encarregat de vetllar, amb la força coactiva de les armes, per l'ordenació constitucional de l'Estat republicà, s'aixecà en rebel·lió contra el mateix Estat, contra la República que havia posat a les seves mans l'instrument coactiu de defensa, i produí, per aquest sol fet, inevitablement, l'ensulsiada absoluta, vertical, del sistema polític i jurídic, la defensa del qual li era encomanada». El mismo folleto recordaba la ofensiva sobre Aragón, que impedía que más fuerzas rebeldes asediaran Madrid, y más tarde la

expedición a Mallorca, «tan heroicamente comenzada i abandonada después per raons i motius que no és pas ara el moment oportú d'escatir» (1936: 25 y 142).

Según Pérez Baró, hacia el 20, el *conseller* de Treball convocó a delgados del FTN y de las cámaras de Industria y de la Propiedad, pero durante la reunión se alertó a alguno de que no regresara a su hogar, pues habían ido a buscarlos paisanos armados, por lo que se disolvieron (1970: 43). Por su parte, la *Soli*, el 21, sacó un comunicado del Comité Regional manifestando su decisión de aplastar el fascismo y, a la vez, pidiendo que volvieran a trabajar los trabajadores de los mercados y los panaderos para garantizar los suministros. Además, publicó otras consignas: volver al tajo, luchar contra el pillaje, respetar la propiedad extranjera y aliarse con los demás republicanos (Mintz: 7980). Dice Llarch que, el día 20, tomar Atarazanas obsesionaba a los responsables y las milicias confederales y decidieron el asalto tras la muerte de Ascaso.

Por la tarde, grupos armados exigieron en la Modelo la libertad inmediata de cualquier preso, hasta delincuentes habituales, salvo Ramón Salas, creador del Sindicato Libre. El 21 todavía no había salido periódico alguno, pero en los talleres de *Soli*, y con la cabecera de *Tierra y Libertad*, se imprimió un aviso gratuito. En un garaje del Clot se instaló un comedor popular donde se comía a cambio de un vale que daban, a quien lo pidiera, en La Farigola, local del Sindicato del Arte Fabril y Textil y de la escuela Natura, dirigida por Puig Elías. Otra cantina funcionó en la sede social del Club de Fútbol Sant Martí, exclusivo para milicianos armados de las rondas volantes de vigilancia. «La bandera rojinegra ondeaba triunfante por doquier», volvían a circular tranvías y la gente se negó a pagar; se quemaron en la calle los ficheros sociales de la compañía. Durruti, con el médico Santamaría, organizó en un chalet del paseo de la Bonanova columnas para liberar Aragón. Allí tuvo lugar uno de los primeros actos de iconoclastia antiburguesa: Durruti, al ver rasgar la piel de las butacas, dijo «mejor disfrutarlas que destrozarlas», pero un miliciano opinó que «si hasta entonces se había sentado en sillas de enea, no veía por qué debía dejar de hacerlo pues, posiblemente, sillas de boga habría para todos los hombres pero no

sillones de cuero». Los oyentes lo aprobaron: «Para vivir no se necesitan lujos, si el precio de éstos es la escasez para otros» (114-123).

Paz sostiene que «en muy poco tiempo, en horas, la mentalidad de la gente había cambiado: quien ni remotamente pensara en la noche del 18 de julio que se estaba a dos dedos de la revolución y que lo que se iba a defender era la República, de inmediato se percataba que lo que se estaba viviendo era la revolución y que el antiguo Estado [...] se había hundido por inservible. Todo cuanto nos rodeaba conducía a esa conclusión». Así surgieron comités revolucionarios como setas. Él tuvo un rol destacado en uno de ellos, organizado en el ateneo libertario Amor y Voluntad, con un compañero y tres compañeras fundadoras de Mujeres Libres (2002: 26-28). Tasis, también efusivo, ve la revolución popular como secuela de la victoria de los que el 19 «varen llançarse al carrer, amb un heroisme que tots els historiadors [...] són unànimes a ponderar». El golpe surgió del miedo burgués a la revolución y ésta «va emparar-se dels carrers de Barcelona i dels pobles i les carreteres de Catalunya quan les forces obreres que s’havien llençat a la lluita van trobar-se mestresses de la decisió, ben armades i amb un govern que elles havien salvat —o ajudat a salvar— i que es resignava a seguir la orientació marcada per les masses». El proceso siguió la «influència total, abassegadora, que no admetia discussions ni retallades [...] dels anarquistes escudats en el binomi indivisible CNT-FAI» (21-23). Hubo, por supuesto, muchas más danzas y mudanzas; la universidad fue intervenida por un comité formado, en esencia, por los bedeles (Carbonell: 42); Marianet creó el Servicio de Información CNT-FAI, estructurado por el alemán Souchy que, la madrugada del 21, publicó el primer papel dirigido a la opinión internacional (Paz, 1967: 144); García Oliver ataca a la Montseny: el 18 «no se supo de Federica» (257); dice Sales, carta del 27, que el 21 la lucha cesó en Barcelona: «S’han acabat les escenes d’incendis i altres violències, que massa dies van durar. El govern de Catalunya dicta entretant tot de decrets plens de bon sentit, que “causen un excel·lent efecte entre la població”» (20). Dirigentes de Unió Democràtica (UD) visitaron a Companys el 20 «para expresarle su condena al alzamiento, su adhesión a las autoridades legítimas y también su protesta por los excesos (asesinatos e incendios)». Ningún militante de UD «se pasó a la zona de los

sublevados» y no pudieron explicitar su parecer hasta la convocatoria del pleno del Parlament, el 18 de agosto del 37, tras los hechos de mayo (Raguer, 2002: 217-219).

Borkenau lamentó la desorganización y la lenta burocracia, y en la nueva sede de la CNT vio que «en cada una de las palabras que pronuncia esta gente [...] se advierte la convicción íntima de que ahora son los verdaderos amos del país, de que si aún no son los dueños oficialmente es porque así lo han decidido y que, por lo tanto, se pueden permitir el lujo de ser cordiales, pero no les hace ninguna falta ganarse la voluntad de nadie». Pretendían gestionar empresas cuyos dueños habían desaparecido, controlar las demás, reforzar comités políticos y ampliar de forma paulatina su ámbito para, llegado el momento, tomar el poder sin problemas. Si entraban en Zaragoza tantearían la abolición total del Estado, aunque por el momento «no se puede hacer nada sin el consentimiento de la CNT», pues ésta sólo piensa en Cataluña (111-114).

En Arenys de Munt, el 19 o 20, el Sindicato de Trabajadores de la CNT y el grupo Iconoclastas de la FAI organizaron un Comitè de Salut Pública, o Comitè Popular Antifeixista, apoyados por la UGT. Asustado por los militares de Mataró, el alcalde Soler, de ERC, huyó a Francia (Amat, 1999: 45). En Banyoles, 800 payeses se habían reunido, el 2 de febrero del 36, en asamblea reivindicativa, pero sólo a partir del 18 de julio pudieron plantearse liquidar privilegios sociales y económicos de los hacendados. Opina Cárdena que en algunos casos se terminó también con su vida, aunque fue más frecuente que el encono, tras siglos de humillaciones, lo pagasen los correveydiles de aquéllos, clero, dirigentes de derechas, jueces, secretarios de concejo y quienes se cebaron con las desgracias de los jornaleros en los dos últimos años. Y el triunfo de la FAI lo explicaría el fiasco de las reformas sociales de la República, conservando los de siempre sus poderes y privilegios, y la saña con que las atacaban los parlamentarios (2002: 47). El Comitè de Milícies Antifeixistes o de Milícies i Salut Pública de Badalona se dividió en secciones: Guerra, Hacienda, Beneficiencia, Cultura y Transporte. La primera no sólo era esencial, además fungía como poder paralelo al mismo comité. Hubo, además, comités de barrio, enlace, fábrica, sindicato,

con notable autonomía. Las decisiones se tomaban sobre la marcha, según los acontecimientos y para solventarlos (Villarroya: 15). En Figueres, el 21 a las diez de la mañana, un grupo amontonó los bancos de la parroquia para incendiarla, ante los aplausos de la multitud, «amb una marcada hostilitat contra les institucions religioses», según el alcalde Deulofeu que, para evitar más desmanes, incautó los demás edificios (Bernils: 38-44). En Manlleu, el Ayuntamiento devino comité dirigido por el ex alcalde, que ofició bodas y autorizó divorcios, emitió vales para circular o comprar. Se vieron las primeras mujeres con pantalones y sólo el maestro Ot Ferrer, anticlerical y republicano, seguía llevando sombrero y chaqueta (Gaja: 38-41 y 43-45).

En Manresa el primer comité, del Front Popular i l'Aliança Obrera, lo escogió una multitudinaria asamblea en el Teatre Conservatori el mismo 19, pero el 28 pasó a llamarse Comitè Revolucionari Antifeixista (AAVV, 1991, II: 136-138). Según Renart, camino de Masnou la gente invadía las playas, el 23 de julio, y en muchos pueblos del Maresme vio «gent i més gent nua o seminua. La camisa sense mànegues trionfà de manera definitiva» (205). Según Boixareu, en la Pobla pululaban unos «ignorats (fins aleshores) revolucionaris locals» y algunos radicales de ERC, devenidos violentos; algunos eran del pueblo, pero los más eran forasteros dirigidos por Vilaró, un colchonero de Camarasa. No hubo muertos (11). También en Rialp, propietarios de derechas simpatizaron con los alzados; el resto, la mayoría, era de natural de izquierdas. El comité se formó por consignas foráneas y lo presidió un trabajador del bosque sin formación, a la vez que se organizaban los sindicatos UGT y CNT (Barbal: 15-16).

En Sabadell, tras el 18, se hizo con el poder y moderó el proceso la Federació Local de Sabadell (FLS), sindicato autónomo que cesó de serlo el 22 de agosto, pues en referéndum 10.839 personas optaron por la UGT y 956, por la CNT (Josep Antoni Pozo, prólogo a Rosas: 69). Los de las Cases Barates, de Santa Coloma de Gramanet, habrían tenido un rol notable en la conquista, el 19, de los cuarteles de Sant Andreu. Las fuentes orales suelen coincidir en que la CNT tomó la iniciativa para instaurar el nuevo orden, seguida de inmediato por ERC, a través del Comitè Revolucionari; ya desde el mismo día 19 fueron frecuentes las tensiones con el Ayuntamiento

(Gallardo y Márquez: 44 y 55-56). Canturri, de ERC, alcalde de la Seu y parlamentario, rememora lo que ocurrió allí; a partir de Basella no había controles hasta la frontera, dado que no había militantes de la CNT y los militares alzados se habían pasado a Andorra y de allí a Burgos. A Canturri le alarmó tanto forastero, que nadie sabía de dónde venía, así como su rápida adhesión a la CNT, y pensó organizar unas obras públicas para tenerlos ocupados. Una milicia de ERC de 12 jóvenes facilitó la huida de cuantos lo desearan pues retiró los carabineros (142-157).

La composición de los comités locales en las comarcas de Tarragona fue peculiar. Los responsables sindicales sólo alcanzaban el 29%, frente a un 71% de afiliados a partidos, la mayoría de ERC y PSUC, que solían limitar el proceso revolucionario al repartir las fincas confiscadas (Jordi Piqué, AAVV, 2004, 1: 182). Torelló quedó el 19 desconectada de Barcelona, el 20 se incautaron los primeros vehículos, en especial camiones, y empezó la iconoclastia (Pujol: 110-112). En Tortosa CNT-FAI y PSUC crearon, a finales de julio, el Comité Sindical, opuesto al del Frente Popular, tras manifestaciones contra el alcalde que fue destituido (Alabau: 34-35). Ni la gente del Vendrell ni la de Vilafranca vieron alterada su vida: seguían yendo a la playa de Comarruga, muy concurrida, y, a pesar de lo que estaba sucediendo, seguían muy solicitadas en la biblioteca las revistas de *figurins*, como llamaban a las de moda (Arnabat: 100-101).

IV

Ustedes han tenido tres años de esperanza, nosotros ni eso

Tras el descalabro infringido a los militares y sus aliados de siempre, un pequeño porcentaje de la población padeció, o temió, las secuelas, fuera o no responsable de crímenes previos; pero en muchos lugares y estratos cundió la sensación de estar viviendo hechos insólitos. Durante semanas se pudo imaginar cualquier cambio; todo era posible y se habían eclipsado viejas ataduras, absurdos tabús o normas estrafularias.

Bastante coetáneo y algún cronista concuerdan en que ni los sindicalistas actuaron improvisadamente, ni el desenlace debía ser un desbarajuste total. Llevaban tiempo teorizando su utopía basada en experiencias, lecturas y proyectos. Y sería curioso constatar la influencia de referencias a naciones autosuficientes indianas («sin dios, rey, ni ley», decían los conquistadores) que tanto impactaron a Rousseau y llegaron a España a través de Reclus. Pons Prades cita lo que el geólogo Carsí Lacasa decía en la escuela racionalista:

«Hay que laborar para que se establezca una saludable armonía del

hombre con la Naturaleza [...] primer paso hacia la armonía universal, que es la gran meta que nos hemos fijado quienes creemos que el hombre nace bueno y que la comunidad tiene la obligación moral de hacer todo lo que esté en su mano para que cada día que pase sea mejor» (2005/a: 10). Y Bookchin se preguntó años más tarde: «¿Qué había sucedido para que los anarquistas españoles de la década de 1930 imaginaran tales visiones de “convivencia social”, de “grupos de afinidad” y de “felices Arcadias”? [...] Los anarquistas [...] eran en realidad poetas del pasado. [...] Perpetuaron una continuidad entre el “comunismo primitivo” [...], al que sin duda idealizaron, dentro del contexto de las condiciones españolas de su época. [...] Concibieron sus comunidades libres [...] en términos austeros y puritanos. Creían en el “amor libre” y confiaban en la libertad de la pareja sin el peso de sanciones políticas o religiosas, pero se apartaban de la sexualidad desenfrenada y de la promiscuidad. En sus puestos de trabajo, hacían de la jovialidad una práctica cotidiana, pero amaban el trabajo y casi elogiaban sus virtudes purificadoras» (432-433).

Ametlla dice de los de las barricadas: «Plens de la idea del paper històric que representen, intueixen que allò que fan ha de transformar el món i fer-ne alguna cosa que ells no saben ben bé que serà; però que esperen més justa i menys dura. ¿Qui podrà mesurar mai la quantitat de bondat, d'idealisme i d'il·lusió que hi ha en aquestes extraordinàries creences?» (43). Para Cánovas «la hoguera espiritual y mística que inflama a la Península Ibérica es una reserva segura que alumbrará el camino de los hombres en los momentos de tinieblas./ De nuevo los Quijotes ibéricos, lanza en ristre, salen por el mundo a deshacer entuertos y a luchar por la Justicia» (s. a./b: 22). Jaime Arquer sostuvo que «en aquells primers dies tot s'havia d'improvisar. Res del que marxava abans, marxava ara. Però tot funcionava. Era apassionant» (Iglesias y Alba: 52). Pous y Solé, tan críticos con los anarquistas, en referencia a los de Puigcerdà, citan un grupo mayoritario dedicado a levantar las bases de una sociedad libertaria; sugerían trabajar más para ganar la guerra y en solidaridad con los refugiados; lamentaban que se avanzara tan despacio en lo cultural, económico o social; pacifistas y constructivos, razonaban sobre libertad y nacionalismo. Sus ataques a la Iglesia eran argumentados,

auguraban la igualdad absoluta entre la gente y criticaron el uso y el abuso del terror. Destacó Pau Porta, vegetariano y políglota, que convirtió su ideario en un apostolado personal (65-66). Satué, citando un tema que conoce, sostiene que durante un tiempo «ciertamente maravilloso, la vanguardia española del diseño gráfico se hizo definitivamente cotidiana y generalmente anónima». Y lamenta de forma poética que el pueblo español, como le dedicara en una obra imperecedera el escultor toledano Alberto Sánchez, tuvo la desgracia de tomar un camino imposible que conducía a una estrella, lo que era completamente intolerable para los explotadores tan insensibles a la poesía como a la libertad. Y acaba: «Es evidente que el movimiento, como ciertos seísmos, no se ha repetido jamás con tanta intensidad» (64).

En primer lugar, lo que pasaba pareció a varios divertido. Así lo vio Cirici, días después del 19: «anar pel carrer era una festa [...] després del gran traspals, la situació era com una visió fascinant. Tot era inesperat, tot espectacular». Cita la «invasió de cartells [...]. Els dels barbers amb dues mans trencant una cadena, que deia “Ja som lliures” [...]. El de les “Mujeres libres”, d’estil expressionista mexicà; [...] o un de boníssim de la FAI [...] preconitzava l’organització de la indisciplina. Eren iniciatives a nivell sindical autodidacte, d’un to *naïf* encisador» (33-36). Este pregón de la FAI sorprendió incluso a Lagdon (144), Miravittles (134) y Pi-Sunyer (35). El tono festivo lo notó Ibàñez-Escofet, criticándolo, en su momento: «Hom vivia d’una manera provisional. Senties claríssimament que allò no podia durar. Sense un ordre, el que sigui, sense una organització, sense una voluntat de monotonía, avorrida però fecunda, no hi ha cap societat que s’aguanti. Aquella s’anava esmicolant a una velocitat vertiginosa. Ara bé, abans d’ensorrar-se respiraves àvidament aquella irrepitable però inútil llibertat, eixorca i alegre, que havia arrossegat com una torrentada totes les normes immobilitzades del viure passat [...]. El més important era destruir les velles normes» (85-86). Para Olesti, «L’ambient de Barcelona era d’eufòria i de camaraderia. La gent s’abraçava i es saludava pel carrer sense conèixer’s. [...] Barcelona era una festa per als obrers: havia esclatat no tan sols una guerra sinó la revolució d’una classe fins ara sense veu ni vot» (28). Lo

mismo pensó luego Semprún-Maura: «Es la “gran fiesta revolucionaria”, donde todas las ataduras de sujeción, del tipo que fuesen, pronto se rompieron [...], las barreras fueron derribadas [...]. Hasta la suerte de las mujeres, durante siglos encadenadas [...] atrapadas por tabús religiosos y sociales [...] parece cambiar bruscamente [...]. Se podría decir lo mismo en lo que atañe a la juventud» (32-33).

Bastantes citan espontaneidad y entusiasmo, no sólo de los afiliados. Para Berenguer se «unieron personas sin partido ni ideas definidas [...] que se sentían oprimidos y reos del sistema social imperante», y llama idealistas a los miles que CNT lideró «con la esperanza de liberarse de la esclavitud y la pobreza» (43).

Otros insisten en el arrastre de la CNT. Pons Prades cuenta de uno, con naranjero —fusil de repetición—, que visitó a un oficial de la Guardia de Asalto el 18 de julio para adiestrarse, al que le preguntaron si era de la CNT, por el pañuelo, a lo que alegó «soy simpatizante» (1974: 61). Cruells, tras admitir que CNT-FAI estaba más coordinada por el impacto psicológico de la victoria, dijo: «Tothom convergia vers el nucli d’aquesta organització, i si no hi convergia actuava en nom seu. I alguns feien grans disbarats amb el seu nom» (1978: 28). A Miró, Marianet lo envió a Montblanc como delegado comarcal del CCMA para organizar los pueblos, pero en casi todos la gente ya había constituido comités (186). Según Paz, nadie decretó la movilización para formar las columnas para el frente, sino que «brotaba directamente de la base» (1996: 525-6). Y Pérez-Baró precisaba, hablando sobre colectivizaciones en una carta enviada el 8 de marzo de 1940 a Juan López, ex ministro de la CNT, que «el segundo hecho fundamental es a mi entender la espontaneidad [...] Los propios cuadros dirigentes [...] se vieron desbordados por sus adherentes y no pudieron o no supieron encauzar [...] la obra de las masas [...] Los obreros dejaron de lado sus divisiones de tipo doctrinal [...] la unidad una vez más surgía espontáneamente por la base sin necesidad de predicaciones» (2427). Afirma Toryho que el 19 de julio Barcelona y Cataluña habrían podido caer en el caos, «mas surge el fenómeno de la normalidad cuando el Sindicato Obrero de las Aguas de Barcelona informa a la población que nada tiene que temer», el suministro

«está completamente garantizado por el comité revolucionario». Lo mismo hicieron los sindicatos de Electricidad o Transportes, así como el de Panaderos. «Quien consigue que Cataluña se levante y ande [...] no es el Estado —ni la Generalitat—, ni ninguno de sus organismos, ni los partidos, [son] los Sindicatos, dándose el hecho insólito de que son los proclamados enemigos del orden social quienes sacan a éste de entre los escombros [y] la vida continúa» (78). Fraser entrevistó a Pons: «La iniciativa revolucionaria no había surgido de los Comités directivos de la CNT —eso era imposible [pues] la revolución había sido oficialmente aplazada—, sino de los sindicatos cenetistas individuales, impulsados por sus militantes más avanzados». Y detalla que en La España Industrial se convocó una asamblea general de los 2.500 trabajadores en un cine del barrio, eligieron a mano alzada un comité de doce personas para llevarla, formado por administrativos, técnicos y dos tejedoras (I: 187-188).

Según Kaminski, se amplió la pensión a los jubilados, de 15 a 25 pesetas por semana, y se organizaron un dispensario y una guardería, la Maternal —que antes era llevada por monjas y ahora por enfermeras—, y pensaban crear una escuela (181-182). El *comissari* de Propaganda Miravittles cuenta una anécdota chusca: fue con otros a alta mar a recibir el *Zyrianin*, que venía con alimentos enviados por los sindicatos soviéticos. Le acompañaba García Oliver que, con el entusiasmo de suponer, terminó su arenga gritando «Visca la URSS» y el cónsul Ovsejenko respondió con un «Visca la FAI» (1980: 92). Otros muchos también captaron el ambiente de júbilo y optimismo. Para Joan P. Fàbregas, «les masses proletàries, portades per una eufòria natural i conseqüència del seu triomf [...] no s'entretienien a pensar [...] l'estat [...] de sobreexcitació, ho absorbia tot, i impedia gairebé a tothom, penetrar en el món calmos i serè de la reflexió» (1937/b: 43). Dice Pérez Baró que algunos republicanos «eren més revolucionaris que els de la FAI» (1980: 140). Adsuar notó el contagio a grupos más conservadores, como lo demuestra un manifiesto del PSUC del 28 de julio que finalizaba con un increíble «Visca la Revolució Social», o los delirios colectivistas de UR durante las primeras semanas (I: 96-97). Rudiger lamentó que al principio el pueblo «se dejó arrastrar por un optimismo exagerado y no se dio cuenta de lo complicado

que era el problema en su doble aspecto social y militar»; y del comunismo libertario decía, en concreto, que basándose en un frenesí ilimitado se pensó que bastaría proclamar la libertad para eliminar la maldad (8-9). El escritor alemán Kaminski, tras sólo unas semanas en Barcelona, dijo que «aquí la vida es mil veces más intensa y esta rápida sucesión de acontecimientos produce el efecto de una inyección de cafeína. ¿Cómo podré vivir otra vez en países tranquilos y en tiempos tranquilos?» (46). Orwell llegó a una Barcelona ya ensombrecida, en diciembre del 36, pero observó cambios sociales y las secuelas de la guerra, como por ejemplo mucha escasez y suciedad: «Sin embargo, por lo que pude apreciar, la gente parecía satisfecha y esperanzada. Había trabajo para todos y el costo de la vida era todavía extremadamente bajo [...]. Había, en esencia, fe en la revolución y el futuro, el indicio de haber entrado de golpe en una era de igualdad y de libertad. La gente miraba de comportarse como seres humanos y no como dientes del engranaje de la máquina capitalista». Y reseñando el trabajo de Low y Brea sobre la guerra civil, Orwell reiteraba que «durante varios meses grandes masas creyeron que todos los hombres son iguales y pudieron actuar sobre esta creencia», de lo que resultó «un sentimiento de liberación y de esperanza que es difícil de concebir en nuestra sociedad basada en el dinero [...] nadie que estuviese en España durante los meses en que la gente seguía creyendo en la revolución podrá olvidar esa extraña y conmovedora experiencia» (1970: 24-26 y 1978: 53-56).

Al jurista Barriobero, la Generalitat quiso cambiarlo del Palacio de Justicia a la Audiencia de Lleida y éste rechazó el traslado: «Tan pronto como llegué [de Madrid] pude observar que [los obreros] estaban haciendo con gran acierto la revolución social con la que les vi soñar durante tantos años. Aquí en Barcelona ha de nacer la Sociedad nueva y quiero ser testigo de su orto glorioso» (27-28). Miquel Berga copia las crónicas de Langdon-Davies en *News Chronicle* sobre «l'eufòria revolucionària que viu Catalunya durant aquestes setmanes i que el periodista enceta amb "Barcelona és avui una ciutat esplèndida"» (1991: 120-121). Montaña cita la entrevista entre el anarquista Ramonet Xic y el superior de los franciscanos de Berga. El fraile le sugirió repartir entre los pobres lo que de valor hallaran en el convento, a

lo que Ramonet contestó que «amb nosaltres no n'hi haurà de pobres» (22).

Esperanza y entusiasmo fueron otros cambios detectados por propios y extraños. Díaz Sandino, inquieto el 19 de julio por la suerte de la base aérea del Prat, telefoneó al alcalde del pueblo; enseguida llegaron 500 obreros «con un espíritu verdaderamente emocionante y una alegría espontánea a ofrecer su esfuerzo por la causa de la libertad» (126-127). Tras la victoria en Barcelona, Jellinek vio que «el entusiasmo era enorme» y que había largas colas de voluntarios para el frente en las oficinas de reclutamiento. Los indiferentes iban a la más cercana, «sin preocuparse de si estaban de acuerdo con la política del partido». Dictaminó que «en un lado había poderío humano y entusiasmo pero no había armas, en el otro había armas y desesperación pero no había hombres» (272-276). Torriente-Brau, cubano corresponsal del mexicano *El Machete*, vio Barcelona como «una ciudad en fiesta [...]». Más, por encima de todo, lo que hay que señalar, porque ésta es la impresión profunda que estos días dejan en el viajero, es el entusiasmo contagioso, la emoción del triunfo que vibra en la ciudad». Habló con marinos del *Magallanes*, que habían traído fusiles de México: «Esto es maravilloso [...] un prodigio [...] un entusiasmo delirante, que parece siempre fresco, aunque ya dura dos meses. Esto es invencible» (117-120 y 122).

El *conseller en cap* Casanovas, en arenga al pueblo catalán el 28 de julio, dijo que «l'entusiasme és un motor admirable i jo estic encara commogut, trasbalsat, davant les proves sublimes d'entusiasme que ha donat el poble de Barcelona en la jornada del 19 de juliol» (7). Y Hernández, el rotundo detractor de los anarquistas, decía casi lo mismo: «El 19 de julio las masas de Barcelona ahogaron la rebelión militar [...]. Es un torrente de entusiasmo combativo de energía contra la reacción sublevada, que desborda todas las directrices, [sin] más timón que la voluntad inquebrantable de la clase obrera [que tomó] sin permiso de los jefes confederales y faístas el camino de proteger Cataluña con sus pistolas, con sus puños, con sus dientes» (182-183). Rocker citó el parecer de Oltramare, un catedrático socialdemócrata de Ginebra: «La transformación anticapitalista se efectuó allí sin necesidad de recurrir a la dictadura. [...] El entusiasmo de los trabajadores es tal que

desprecian toda ventaja personal y sólo piensan en el bienestar común». Rucker también cita la visión de Brockway, secretario del Partido Laborista Independiente inglés: «La gran solidaridad existente entre los anarquistas se debe a que cada cual confía en su propia fuerza y no la considera dependiente de una jefatura» (118-120).

Ya dije que, según cuenta Maria Aurèlia Capmany, alumnos del Institut Escola de Barcelona le preguntaron, en 1938, a un profesor llegado de Salamanca: «Però, com és l'Espanya de Franco?», a lo que respondió: «Ustedes han tenido tres años de esperanza, nosotros ni eso». Y machacó: «La nostra gent, els nostres professors, els nostres polítics [...] tenien esperança, perquè saben que per fi es restablia la pau [y] a un preu molt alt si és vol, recuperariem la llibertat i la dignitat. I, encara més, dintre d'aquell caos d'una revolució a mig fer, d'una guerra que la República, tan nova, no podia perdre perquè tenia tota la raó, hi havia conquestes que semblaven definitives, conquestes de cultura, de benestar social, de dignitat humana, que una gent esperançada, il·lusionada, havia posat en marxa malgrat el caos. Car, mentre la ciutat tancava els llums [...] i racionava el menjar [...] les escoles es multiplicaven, i una clara decisió de destruir la injustícia acumulada que havíem heretat determinava l'actitud dels intel·lectuals que firmaven el manifest antifeixista» (118).

Paz copia la entrevista a Durruti de Van Passen, del *Toronto Star*, en la que el periodista sostuvo que «aun cuando ustedes ganaran, iban a heredar montones de ruina», a lo que Durruti replicó que «siempre hemos vivido en la miseria y nos acomodaremos a ella por algún tiempo. Pero no olvide que los obreros son los únicos productores de riqueza. Somos nosotros [...] los que hacemos marchar las máquinas [y] construimos las ciudades [...]. ¿Por qué no vamos pues a construir y aún en mejores condiciones para reemplazar lo destruido? [...] Sabemos que no vamos a heredar nada más que ruinas, porque la burguesía tratará de arruinar el mundo en la última fase de su historia. Pero —lo repito— a nosotros no nos dan miedo las ruinas, porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones [...]. Ese mundo está creciendo en este instante» (1996: 529-531). Low cuenta su encuentro con el poeta galo Benjamin Péret, que opinó que «es tan extraordinario estar aquí

[...] es como vivir de nuevo» (51); y Kaminski, tras preguntarse si una revolución puede conmover un pueblo, enfatizaba que el pueblo, en especial el proletariado, «está sacudido por una profunda emoción» y todo el día pendiente de las noticias, «la vida tiene un ritmo nuevo, más rápido y sonoro que de costumbre» (40-41).

En sus memorias, Cirici pensaba que en el 36 nadie recordaba que la guerra seguía, que más allá del Ebro el adversario resistía, «però a la vista de l'entusiasme popular i del precedent d'allò que havia passat a Catalunya, era fàcil de pensar que no durarien. [...] que vivíem una època daurada, una etapa històrica triomfal. [...] Malgrat els errors, les coses ingènues, o les violències excessives, en general ho sentíem tot com una fabulosa onada de generositat, de do de si mateix, que deixava sentir aquell gran plaer que és l'escalf dels altres» (41). Pons Prades desde el 18 de julio estuvo en el concejo del Clot, donde encontró a un joven que sin ser de sindicato alguno, pues había sido guardia civil, quería colaborar (1974: 132).

Para Bernecker, algunos estudiosos actuales ven las colectividades y los comités como un fenómeno de masas, un «movimiento espontáneo» que se dio por doquier en respuesta a necesidades concretas (1996/b: 539-540); lo que para él fue «destructor y a la vez creador», y espontaneidad e improvisación aclararían las diferentes opciones escogidas según los casos (1996/a: 132-133). Esenwein enfatiza que el proceso revolucionario surgió de la base y que al principio la CNT no sacó documento alguno para orientar los comités, que luego intentó dirigir (355-356). Cárdbaba opina que los payeses no se cruzaron de brazos y adoptaron decisiones en asambleas populares. Algunos documentos de las comarcas de Girona de los primeros meses carecen de siglas políticas o sindicales. Se trataba de grupos anónimos que decidían de forma autónoma, así por ejemplo federarse, y que muchos, tras la frustración con la *Llei de Contractes* y la despectiva actitud de los propietarios, superaron toda previsión en 1936, «incluidas las de los sorprendidos dirigentes libertarios» (2002: 65, 169 y 276).

Hay muchas referencias a la sensación de libertad. Aurora Bertrana, tan crítica con el proceso, lo expresó con frases que me parecen emblemáticas:

«Mentre els uns incendiaven, requisaven, detenien i afusellaven amb gran

fervor revolucionari, els altres —potser els mateixos—, amb idèntic fervor, es lliuraven a l'amor. Mai no havia vist una quantitat semblant de parelles, ni una exhibició tan abundant d'expansió amorosa a la via pública. Sens dubte, la sensació de llibertat absoluta que encomanava la revolució social tot just encetada empenyia el jovent a ocupar tots els bancs públics lliures. Ajuntaven els cossos i els llavis, caminaven abraçats fent zigues-zagues com els embriacs. Tot d'una s'aturaven, es miraven als ulls i tornaven a ajuntar els cossos i els llavis com si llur set d'amor no pogués esperar ni un segon més. [...] La febre d'amor regnava arreu». Prostitutas del Barrio Chino «se sentien mestresses de llurs actes i no subjectes a un amo o a una mitjancera. Als establiments de begudes, ulleroses i lasses anaven de taula en taula, amb una llum nova al rostre. Ja no es guardaven els homes únicament com a possibles clients, sinó com una possible parella, amb qui hom pot compartir una llambregada de triomf, una engruna de goig, una ombra de tendresa [...]/. Fins llavors, la societat viciosa i hipòcrita havia consentit que aquelles pobres dones fessin el trist paper de màquines higièniques. La revolució social, tot just encetada, els conferia la missió de col·laborar amb els novells revolucionaris, cosa que mai, en cap època burgesa, monàrquica o republicana, no havia estat possible» (63-66).

En sus memorias, Serrahima lo apreció más de una vez: en Barcelona «vaig poder veure moltes coses que feia pocs dies haurien estat inversemblants. Però, també m'hi inclinava una mena de necessitat estranya i inesperada de soledat [...]. Com si l'esclat revolucionari hagués obert en mi, no pas pel que fa a les idees, sinó a la manera de ser, un impuls imprevist de llibertat. No vaig ser pas sol a sentir-lo». En la playa una chica de 19 años se bajó el bañador hasta la cintura, algo inimaginable en aquel tiempo y ámbito, «diria que, sobretot, ho va fer perquè també devia portar a dintre alguna cosa d'aquella mena d'inconsciència que ens inclinava a prescindir dels lligams creats pel “costum”, dels límits imposats per les “convencions socials”. Vull dir, perquè havia fet el que li havia vingut de gust». A lo que quizás contribuía «una vaga sensació que la “revolució”, el capgirament total de tantes coses, permetia que fossin també capgirades les d'aquestes altres menes. No em refereixo únicament a les de mena sexual, ni tampoc —encara

menys— a la recerca de cap resultat més o menys important. El fet prenia el sentit de prescindir d'una de tantes “noses” que potser, en l'ambient, començaven a semblar innecessàries o potser inoperants» (165 y 195-196). Y Tort, un beato, contando su ida a la playa, dice:

«Tothom hi feia el que volia. Hi recordo una noia molt grassa, totalment nua, com una bóta que dansés enlluernada de llibertat» (40-41). Un periodista reaccionario de Igualada, Ramón Solsona, escondido en Barcelona, vio en un ejemplar de *Mirador* «un artículo irreverente, sucio y desequilibrado sobre un supuesto origen de Montserrat»; no resistió y mandó una réplica: «vi contra toda previsión publicado el artículo. Ante tan sorprendente éxito siguieron otros, cuya publicación me regocijaba en extremo» (358-359).

A Kaminski, en Cataluña no le obligaron a visitar nada y durante meses anduvo y entró donde le apetecía (168). Para Low, «la sensación preponderante era la de liberación, como si la ciudad estuviera saliendo al aire libre y a la luz. Recordé la impresión de dominación religiosa que me había causado antes, como si la Iglesia mantuviera Barcelona bajo la sombra oscura y triste de su ala» (35). El 25 de septiembre, Goldman escribió a amigos estadounidenses que iba por todas partes «sin custodia obligada», hasta a fábricas de armas. Podía hablar con payeses y obreros (Peirats, 1978: 201-202). Para Companys, el 19 murió «un passat d'angúnies», y Cirici captó una huella general «d'alliberació. Que tots els grups que sentíem que fins llavors havien posat traves al desenvolupament de les nostres estructures, havien creat les condicions per las quals ells mateixos havien desaparegut del mapa» (32).

En este peregrino universo surgieron curiosas iniciativas. Cuenta Paz que la *Soli* quedó sin director ni periodistas, pero el 20 de julio en las barricadas se distribuyó un sucedáneo escrito e impreso por un grupo de militantes que al pasar por la redacción y verla vacía, acordaron actuar por cuenta propia (1996: 492). Y Amorós explica que los mecanismos revolucionarios del principio fueron los comités de abastos, requisando y distribuyendo entre los luchadores, y otros como Pro Cultura Popular, Pro Refugiados, Pro Víctimas del Fascismo o Pro Heridos, que organizaron hospitales, auxiliaron a caídos y familiares sin distinción de ideología ni carné, y en varios participaron

mujeres (103).

Según Abella, el diario neutro *Las Noticias* fue incautado por su personal y devino un experimento de autogestión al servicio de la UGT. Llarch narra las andanzas de Liberto Sarrau, que consiguió publicar por su cuenta *El Quijote*; poco después, con un grupo, pensó organizar economatos en los pueblos e impulsar el comunismo libertario; luego dirigió *Ruta*, órgano de las JJLL (123-127). Solà cita a Torres Tribó (Arbeca, 1889 – Mauthausen, 1940), maestro por la Normal de Lleida, que había enseñado en varios centros obreros pero había claudicado harto de la represión gubernamental, que los clausuraba y, a la vez, acosaba a los militantes; luego creó un centro en el Ateneu Llibertari de la Sagrera, pero lo dejó obsesionado por evitar que su militancia faísta contaminase la escuela. Tras el 19 de julio cooperó en las colectivizaciones, fungiendo de contable y maestro en varias (148-151). Toryho narra trajines del Grupo A, de jóvenes de la FAI, que pensaron que debían ayudar con urgencia a reiniciar la actividad anterior; dos técnicos de radio les dieron un equipo, un compañero una camioneta y de este modo recorrían Barcelona, con «breves y encendidas arengas, en catalán o castellano, consideraciones exentas de tono mitinesco, algo así como una especie de invitación al diálogo interrumpido», sazonado con orientaciones y consignas de la Federación Local de Sindicatos.

A la vez, se limpió la ciudad de los restos del combate, cadáveres, caballos muertos o barricadas, merced a varios equipos de trabajadores de Vías y Obras y barrenderos municipales (29-30). A Tarrés, vicepresidente de la FJC, que se dirigía hacia Montserrat el 18 de julio, le desagradó el ambiente revolucionario en la plaza Cataluña, vagones de metro y tren llevaban pintadas con grandes letras: «¡U.H.P., Proletarios de todos los países uníos! ¡Viva la Revolución Social! ¡Viva la Huelga general! ¡Abajo el fascismo!». Tarrés vio lo mismo en la plaza España (Díaz: 107).

Renée Lamberet visitó en Balsareny una colectividad de 15 familias, cultivando tierras de Puig d'Arques, de 70 hectáreas, antes coto de caza del fascista August Mas; con ayuda de mineros y obreros de la comarca, construían un depósito de 15 millones de litros y pensaban lograr un motor para subir agua del Llobregat (Leval, 1982: 94-95). Paz detalló que, en un

pueblo de Lleida, el comité estaba formado por los más capacitados escogidos en asamblea, un maestro jubilado llevaba la administración, el mosén labraba y quería convivir con una moza, y en la iglesia instalaron la cooperativa. Opinó el maestro que «los problemas son colectivos y es colectivamente [...] que tenemos que encontrarles solución. La política divide, y nuestro pueblo quiere vivir unido, y en colectividad total». Antiguos patronos o entraban en la colectividad o bien debían cultivar en solitario (1996: 552). Rotllant citó Hostalric, pueblo afectado en su actividad económica por la desaparición de la guarnición militar. Los delegados, uno de la CNT, un viejo republicano de siempre y un patrón de ERC, pensaron solicitar tierra en Sant Feliu y Riudellots, pero al final cultivaron marismas tras construir canales para drenar el agua (326). Más tarde Cirici acordó con el matemático Francesc Sales, entonces compositor, realizar un «Ballet de la Revolució», espectáculo colectivo que pretendían que fuera grandioso (33). Es curioso que Leval llamaba «animadores» a los responsables del proceso revolucionario (1977: 475), como se llama a quienes actúan entre dos asambleas en las comunidades cimarronas amazónicas.

Tal vez se podrían citar propuestas y soluciones puntuales. El joven ácrata Félix Carrasquer cuenta que, a finales de julio, la Federación Local, a petición del Comité de les Corts, le sugirió que se hiciera cargo de la Maternitat, con más de 200 criaturas. Guardias de Asalto se querían llevar a las monjas, pero él lo impidió con los milicianos del barrio, aunque al mes se habían largado a medida que llegaban enfermeras. Querían mandar los médicos, las comadronas, el barrio: «Al fin pudimos hacerles comprender que lo más importante no era dirigir sino cooperar» (21); y conversando con Fraser, Carrasquer añadía que «aunque éramos antiautoritarios, de pronto nos convertimos en la única autoridad [...]. El comité local de la CNT tuvo que hacerse cargo de la administración, el transporte, los suministros de víveres, la sanidad [...] en resumen, nos tocó dirigir el barrio» (I: 186). Félix y sus hermanos José y Francisco llevaban, antes de julio del 36, la Escuela Eliseo Reclus, y Emma Goldman elogió en la prensa la tarea realizada (Berenguer: 41). Fraser entrevistó a Alejandro Vitoria, tesorero de la juventud socialista, que sin comerlo ni beberlo acabó «en una oficina de la Vía Layetana

devolviendo boletos de empeño. Las mujeres obreras entraban sin parar, les poníamos el sello en la boleta y salían en busca de sus objetos, máquinas de coser, principalmente» (I: 184). Dice Paz que hacia el 22 de julio, las JJLL, salidas de la clandestinidad, se reunían en el Xalet de la Gran Vía de Barcelona para sacar *Ruta* y organizar la universidad popular, que no cuajó, para la que habían pensado en el seminario conciliar, que más tarde acogió el Consell de l'Escola Nova Unificada (CENU) (2002: 40). Rovira preguntó a Pau Vila si su propuesta de *divisió territorial* de Cataluña por comarcas para facilitar el estudio por comarcas se aprobó por necesidades logísticas, y éste precisó que gente de la CNT lo convocó, un día de agosto, y le encargaron dibujar una carta de colores vivos: «El vàrem penjar a les parets de Barcelona, i a cada cantonada veies grups de gent que discutien davant del mapa» (116-117). Cuenta Navarro como la Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya (FNEC), con el lema «ni un braç, ni un cervell inactiu!», voluntariamente se ofreció a la Generalitat: brindó 60 maestros a la Escola Popular de Guerra, organizó brigadas para el frente: sanitarias con estudiantes y profesores de Medicina; culturales que daban conferencias, representaban obras de teatro o repartían libros; otra de topógrafos y técnicos para fortificaciones, y una de propaganda. Y cita una Federació Estudiantil de Conciències Lliures para oponerse a la FNEC que veían como una «organització burgesa dirigida per estudiants burgesos» (196).

Cirici detalla el arrebato del Comitè de l'Escola d'Arquitectura, que no había logrado la autonomía y todavía dependía del ministerio. Unos estudiantes lograron la representación oficial de la FNEC, para gestionarla, vincularla a la Generalitat y transformarla. Primero lograron el control de la sede estudiantil donde colocaron la divisa «Lluitem per un país i una vida bells» y optaron por la UGT, pues veían a la CNT «empastifada pels incendis i les destruccions, per la ridiculesa dels cartells revolucionaris ingenus, per una subcultura vegetariana i naturista, i perquè els coneguts que se'n feien eren gent d'extrema dreta que hi cercaven un camuflatge fàcil». El traspaso fue rápido y Josep Torres-Clavé, nombrado *comissari*, sugirió que todos los profesores renunciasen para recuperar sólo a los capaces. Tenían como modelo la Bauhaus y conectaron con el CENU, anhelaban humanizar el

nuevo plan con un esbozo interdisciplinar. Galí sugería unirse a Bellas Artes, pues imaginó arquitectos y decoradores armonizando «luz y forma», pero Cirici y Torres-Clavé preferían un Politécnico vinculado a Ingeniería. Ansiaban reducir la carrera de ocho a tres cursos, sustituir las clases magistrales por un conjunto de seminarios y talleres de proyectos y agrupar las materias en Construcción, Cálculo elástico, Formación social-histórica y Medios de representación (44-54).

Fontserè y otros dibujantes forjaron un Comitè Revolucionari, en la UGT, previo al Comissariat de Propaganda de la Generalitat. Contaban con mucho material requisado y el deleite de producir en un clima de libertad creativa y alegre compañía; fue un taller abierto a cuantos quisieran participar, cobrando diez pesetas diarias, como un miliciano. En la primera reunión él sugirió pintar los vagones de ferrocarril, luego diseñaron muchos carteles (201-228 y 274). Bastante después, Satué enfatizó el margen de independencia a pesar del control que querían ejercer sindicatos y partidos, y cita el dictamen de los coleccionistas Chisholm y Prats, que mantienen que «desde el principio los artistas actuaron con absoluta libertad, sin los condicionantes burocráticos de las organizaciones que coartaban las individualidades. Cada artista pintaba o dibujaba como le parecía mejor; por eso los carteles expresaban tanta espontaneidad en la imagen como en el texto» (51).

A Cruells le pareció curioso fenómeno social que en Cataluña, durante las primeras semanas, la UGT no se diferenciara mucho, en su actuación, de los anarquistas, aunque sólo hasta que la primera fue controlada por el PSUC (1978: 70). Para Martí, que detalla obstáculos para establecer la reforma eugénica, «la revolución marca el final de las viejas timideces y el comienzo de la nueva Era, en la cual van a plasmarse en realidades los anhelos de antaño» (69). La novedad que más impactó a Cirici en los inicios fue el servicio gratuito en algún restaurante, donde los «*lumpens* entaulaven satisfets»; en el del Hotel Colón para que se viese el cambio corrieron las cortinas que antes «preservaven la intimitat del gran menjador de luxe». También durante días le maravilló la salida de columnas, invariablemente de la CNT, hacia el frente, que llevaban el fusil agarrado por la boca del cañón, como hacían los etíopes, y no por la culata, tal como se veía en noticieros

sobre la agresión italiana a Abisinia. Le fascinó tanta gente, desconocida, que les daba de todo. Una mujer iba poniendo en la boca de un miliciano lonchas de jamón. «Si sovint, els aspectes *naïf* feien somriure, altres vegades les desfilades eren d'una gran bellesa». En la Rambla, las floristas les ponían flores, alguna en la boca del cañón (36-38). Al taxista Figuerola le hicieron responsable del garaje del ramo, lo que no le gustó y por ello se fue a Manlleu como tractorista a una colectividad, aunque acabó de payés en Verges (117). Según Amat, un anarquista de Pineda, Corbera, trabajador y activista en SAFA, dijo: «El qui cobri calés, que els posi en aquest calaix i el qui en necessiti que els agafi, i ja està. I si algú en roba, el matarem» (1995: 53).

La cantidad y calidad de forasteros que presto llegaron a Cataluña, antes que las Brigadas Internacionales, es otra seña de euforia y entusiasmo espontáneo. Low habló con un minero de Charleroi, herido en el frente, a quien los de su pueblo le pagaron el billete: «casi me hicieron un homenaje [...] querían mandar a alguien que nos representara [...] éramos demasiado pobres para venir todos». Cuando ella se marchó tuvo la sensación de estar «abandonando el eje del centro del mundo», en Port Bou el aduanero les dijo, alzando el puño, «háblales de nosotros a los de allá» (91 y 173). Emma Goldman encontró a conocidos revolucionarios en la Oficina de Propaganda de CNT-FAI: el ruso Schapiro, al holandés Müller Lehning, al italiano Berneri, al alemán Rudiger, al belga Hem Day y balcánicos, lituanos, algún gringo, bastantes franceses, pocos ingleses y mucho latinoamericano (Peirats, 1978: 196). Paz citaba un delegado de la Columna Durruti, llamado El Padre, «viejo luchador que había formado en las filas de Pancho Vila» (1996: 532).

Se recibió a los extranjeros con tal gentileza que los «turistas de clase media regresaron a sus hogares con la idea de formar un Frente Popular en sus propios países, así de impresionados quedaron por la disciplina y la eficiencia existente en España» (Jellinek: 273-274). El 6 de noviembre, Carlo Rosselli escribió en *Giustizia e Libertà*: «He pasado 75 días en el frente y en las trincheras con los anarquistas. Les admiro. Los anarquistas catalanes son una de las heroicas vanguardias de la revolución occidental. Con ellos ha nacido un nuevo mundo al que es hermoso servir» (Ranzato, 1978: 11). «Una

sensación curiosa corría dentro de nosotros», dijo Sossenko a inicios de octubre, «era como una embriaguez espiritual, y por mi parte me sentía como si tuviera alas, me parecía [...] imposible llenarme con más felicidad de la que en este momento tenía». A Puigcerdà llegó mucho voluntario, los más mexicanos, los primeros venidos de América. En el cuartel Bakunin había alemanes, galos, judíos o eslavos (109-110).

Álvarez del Vayo quería llevar a la Sociedad de Naciones pruebas de la intervención italiana; y García Oliver planeó un Servicio de Información, y espionaje y contraespionaje, anejo al departamento de Guerra del CCMA. Contó con gente que se ofreció «para realizar cualquier misión, por difícil y arriesgada que fuera, dentro de la especialidad de cada cual»: Argila, egipcio que representaba en Barcelona al Comité Panislámico; Miguel Albert, ladrón de cajas fuertes; la Suiza, cuyo nombre olvidó, de unos 25 años, esposa de industrial y nieta de anarco, quería ayudar y el marido la siguió; la envió a Zaragoza a organizar en el restaurante de Juan Doménech, que había sido de la CNT, un prostíbulo con ella en la guardarropía para informar; un periodista inglés que en Mallorca obtuvo evidencias de la presencia italiana y «ninguno me pidió dinero ni favores» (246-249 y 268).

El mocerío disfrutó de lo lindo aquellos meses. Estapé «estava massa engrescat amb aquells anys de llibertat que s'havien d'aprofitar a fons [...] que s'acabés la guerra em va representar perdre l'únic paradís terrenal que he conegut» (28-29). Decía Feixa que «les tuteles parentals i escolars s'han esvaït momentàniament. Els carrers i les places són al lliure abast de colles de xicots que s'organitzen el temps i l'espai a la seva manera. Els incentius per a l'exercici de la imaginació s'expressen en una reactivació del món lúdic: hom pot jugar a moltes coses i hom pot reinventar molts jocs» (50-1). Según Ferran, «fèiem la vida de sempre, però molt més lliure que abans. Els grans ens havien oblidat, i ho aprofitàvem a pleret, mentre la vida, al nostre voltant, passava de l'ordinari a l'extraordinari [...]. Anàvem a les Escoles Públiques, un edifici que s'acabava d'inaugurar, amb classes clares i grans espais per l'estona d'esbarjo. La disciplina, en canvi, s'havia anat afluixant fins a desaparèixer, gairebé» (26). Marsillach matizó que «del 18 de julio de 1936 al 1 de abril de 1939 se abrió para muchos de nosotros —no hablo claro de

[quienes perdieron familiares]— una etapa extraordinaria en la que todo estaba permitido. ¿Qué importancia podía tener un suspenso en Historia de España cuando a lo mejor una bomba te estallaba en los pies al día siguiente [...] los adultos estaban demasiado entretenidos en disparar al prójimo en nombre de la patria [...] como para ocuparse de la educación de sus vástagos» (47). Candel describía que en su mísero barrio, «l'eufòria revolucionària del carrer, l'havíem traslladat a l'escola, a les hores de classe, i pintàrem banderes anarquistes pertot arreu, a les llibretes, a la pissarra [...]. Tots nosaltres, la majoria, érem —si és que érem alguna cosa, i encara que fos sentimentalment— de la CNT, de la FAI i l'AIT [...] érem d'aquestes inicials que enteníem i no d'altres que no sabíem que volien dir, com POUM, PSUC i UGT». Añadía que «les guerres, a la pràctica, tenen això: res del teu entorn és respectuós amb ningú, tot és agressió, desapareixen els convencionalismes i part d'allò que semblava tabú esdevé alterat. Per què el nen s'ha de mantenir al marge d'aquest nou codi vital?» (190-191 y 213). Dijo Vila Casas que «a títol personal he de confessar que els anys de la guerra civil van ser també per a mi una font d'alegries i experiències noves [...] em van permetre desenvolupar la meva personalitat més naturalment i amb més llibertat. Molt més del que hauria estat possible en el cercle familiar o sota la disciplina del col·legi de jesuïtes./ La impossibilitat de tornar a Barcelona m'obrí la porta meravellosa d'una independència somiada, i aquells anys es van convertir en unes contínues vacances. No anàvem a escola, tota aquella manca de lligams i obligacions ens produïa una sensació d'alliberament» (53-54).

Hubo también extravagancias, informalidades y desatinos. Abella cita la aparición de la Asociación de Idealistas Prácticos, un Ateneo Ecléctico, la Liga Ibérica de Esperantistas Antiestatales o la Federación Estudiantil de Conciencias Libres y grupos pintorescos, como Sol y Aire, Dinamita Cerebral, Los Peripatéticos y Els Fills de Puta. En Figueres, el 19 de julio, se cambiaron las direcciones de circulación y no se acataban señales de sentido único; esto duró hasta el 7 de julio de 1937 (Bernils: 31). Bueso lamentó lo mismo en Barcelona, con «magníficos embotellamientos y no pocos accidentes» y una enorme hecatombe de automóviles (169). Langdon-Davies

llegó a Barcelona a principios de agosto y seguían abolidos las señales y los policías de tránsito, cualquiera tenía coche, «estaba aprendiendo a manejarlo, y, al mismo tiempo, a batir records de velocidad: Parece que en una ciudad donde fermenta la revolución, todo el mundo tiene necesidad de ir a algún sitio en el menor tiempo posible» (135). Para Jaquier lo más sorprendente, en Puigcerdà y en Barcelona, era tanta gente en la calle y los coches por las aceras (107-115). Según Jellinek, «los coches requisados estaban maltrechos, pues un miliciano conduciendo era más peligroso que uno con un fusil» (272). Para Cirici uno de los cambios más visibles en Barcelona fue la nueva apariencia de tranvías y taxis: rojos y negros, colores de la CNT, pero de formas diversas, arriba y abajo, delante y detrás, y con frecuencia una «estranyísima i inquietant» en diagonal (35). Según Piqué, hacia el 11 de diciembre, la Delegació de Transports de Tarragona, en manos de la CNT, acordó racionalizar la expedición de carnés y liquidar «la disbauxa existent en la circulació de vehicles que no realitzen cap funció profitosa». Un mes después se racionó la gasolina. También cita cambios en las relaciones humanas y desaparición de la cortesía y las normas de educación, lo que Piqué veía como un mecanismo para imponer la jerarquía y la desigualdad: «L'espontaneïtat del poble reemplaçarà les normes d'urbanitat i d'educació cívica enteses com a símbols del poder que les transformacions socials pretenen anorrear» (1998: 112 y 489-493).

Dalí escribió a Miravittles desde París. Deseaba instalar y dirigir un departamento para «La Organización Irracional de la Vida Cotidiana», a lo que este último le contestó que «no et necessitem ja està perfectament organitzada» (Fraser, 1: 246). Precisan Solé y Villarroya que la propuesta era crear un ministerio del caos (2005: 25). Según Farreras, al poeta Tomàs Garcés más que la balacera inicial le asustó «la sensació d'esfondrament que va experimentar dilluns al matí en constatar que el comerç no obria, que el ritme de la ciutat no reprenia. I si les botigues no obrissin mai més? Quina catàstrofe! No poder comprar ni vendre. Això seria tant com la fi del món. Imaginar-ho va horroritzar-me». A este último le parecería más lógico que lo hubiera dicho un abogado mercantilista: «Pensar que per sempre més pogués restar paralizada l'activitat mercantil. Tot aturat. El diner inservible. Quin

horror!» (241).

Por supuesto hubo dictámenes negativos. Bertrana, al llegar de la costa, espetó que «no era la mateixa Barcelona d'unes setmanes abans [...] deixada, bruta, deserta: portes i botigues tancades, pilots d'escombraries [...] petits incendis d'imatges i de mobles a les cruïlles [...] pudor de fum, silenci feixuc ple de suspiccions» (29). Y para Pi-Sunyer, «l'aspecte de la ciutat continuava essent anormal i estrany. Molta gent [...] tancada a casa i pels carrers migs deserts passaven escamots d'homes armats [...] la majoria de les botigues continuaven tancades, però al vespre els cafès obrien. A les emissores de la ràdio alternaven les al·locucions exaltades amb la música de circumstàncies i els precs insistents als donadors de sang. La notícia de l'alliberació dels presos comuns accentuà la sensació d'angoixa col·lectiva» (14-15).

Volver a las andadas

Tras días de algarabía y semanas de euforia, poco a poco, Cataluña recuperó la apariencia anterior al 18 de julio. Visitantes forasteros mostraron su perplejidad: Cedric Salter, del pro franquista *The Daily Mail*, regresó a Barcelona tras seis semanas y observó que «la pasión y el fuego parecían haber desaparecido» (Ealham: 2006). Ealham sostiene que lo mismo detectó el poeta Benjamin Péret, y añade que el PSUC mandó abrir restaurantes especiales y el Ritz volvió a ser el de siempre. Borkenau volvió de Madrid el 14 de septiembre y declaró: «Comparada con el mes de agosto, la ciudad está desierta y tranquila; la fiebre revolucionaria está remitiendo». Regresó en enero del 37 y en vez de milicianos abigarrados vio un ejército uniformado y oficiales engalonados. Barcelona le sorprendió otra vez: «Ya no había barricadas [ni] agitación en las sedes de los partidos [...] las Ramblas [...] ya no eran tan claramente obreras como entonces». Dominaba la pequeña

burguesía, con sombrero y jóvenes muy acicaladas. Citó bombardeos, pero el mayor problema ya era comer. Añadió que «la oscilación del péndulo ha sido mayor en Cataluña [...]. Las derrotas militares han comportado la preponderancia de los comunistas en el resto de España, y Cataluña se ha quedado sola con sus tendencias avanzadas» (203, 207 y 223). Mary Low había vuelto un mes antes, quiso ver al *conseller* de Finances y tuvo que aguardar; protestó señalando que había venido a la revolución y no a estar de antesala. «Todo el mundo iba vestido de punto en blanco, trajeados»; burocracia y desaires contrastando con el trato en los sindicatos. Al saber que a pesar de ir de miliciana y con alpargatas era una periodista extranjera, abundaron las reverencias. Igual le pasó con Miravittles. Volvían a verse corbatas, se esfumaron las milicianas y las mujeres volvían a vestir «con elegancia en todas partes». La tropa uniformada marchaba en perfecta formación, sin mujeres, «y ya no había perros y gatos cerrando el desfile, ni colgados de algunas mochilas. Todo era como tenía que ser» (138-145 y 151-153).

Algunos nativos pensaban algo parecido. Serrahima notó pequeños cambios, insignificantes, desde primeros de septiembre. Tuvo visitas en su bufete y se reiniciaron las tertulias juveniles del domingo (192). Sostenía Cirici, en el capítulo «Ullada al futur», que «aquesta època daurada s'acabà després dels fets de maig del 1937. Fins llavors, les travetes del Govern centralista ens havien semblat àdhuc greus, però no fonamentals. Haver sabotejat l'expedició a Mallorca, quan estava a punt d'ésser guanyada, el mes d'agost, només per impedir-nos de sentir-nos massa forts ho havíem vist com una demència suïcida. Però des del maig del 1937 aniríem tenint la sensació que el Govern centralista estava més preocupat per lluitar contra nosaltres que per guanyar la guerra declarada». Y lamentó la «restauració de formes del capitalisme, el retorn [...] a la propietat privada, la proliferació de les formes elegants de viure, del luxe i del cerimonial més rigorós. La burocratització. L'ombra de l'estalinisme» (43). Joan P. Fàbregas citó dificultades materiales, falta de técnicos y administrativos, incluso en la Conselleria d'Economia, ofensiva del capitalismo internacional, hostilidad creciente del gobierno central a la primacía política ganada por Cataluña

(1937/b: 54-56). Es enfático Esenwein, en enero del 37, que aprecia que «el ambiente de excitación y de espontaneidad de los primeros días de la guerra y la revolución se había trocado en una situación más gris, casi prosaica» (379-380).

V

Hampones, soldadesca medio desnuda, ferroviarios extremistas y limpiabotas sin alma

La sociedad catalana, como otras occidentales, no sólo era inicua y violenta, sino que además la inmensa mayoría, explotada y reprimida, era para quienes se lucraban —directa o indirectamente— invisible y, por lo tanto, ignorada e incluso vista como desechable: obreros rurales o urbanos podían ser maltratados o eliminados sin que casi nadie protestara. En julio del 36 hubo una inversión total en el escenario, desaparecieron los viejos protagonistas y quienes desde siempre habían sido excluidos o como máximo estaban en el coro devinieron actores principales.

La metamorfosis desconcertó a mucha gente, incapaz de captar lo que ocurría. Algunos testimonios recogidos, muchas veces de cronistas locales, sólo vieron los episodios negativos o luctuosos —mentando sólo odio, violencia y otros desmanes— o descalificaron, infamaron y confundieron, hasta el extremo de creerse, de forma anacrónica, en plena Revolución Francesa. Otra interpretación —en la que participan nacionalistas catalanes y hasta académicos— atribuye un protagonismo exclusivo a emigrantes del

resto de España, llegados más o menos recientemente, declarados tan enemigos de lo catalán que varios dijeron preferir el triunfo de Franco, olvidando su incapacidad para entender y aceptar las peculiaridades culturales del Principado. Es una variante que ningunea al campesinado, casi la mitad del proletariado, y que era en su inmensa mayoría autóctono y tan responsable del ensayo social y de los excesos como sus compañeros urbanos.

En cuanto a la visión negativa tanto de la revolución como de sus protagonistas, se encuentran numerosos ejemplos. El catalanista Ametlla, en el capítulo «Meditació davant la catàstrofe», decía muy ampuloso que, tras vencer, el pueblo quería más, quería hacerse con el poder: «I ara el poble no és tothom, tota la rica varietat social de Catalunya. El poble és l'obrer sindicat». Comparó a los fascistas con la CNT por desear «substituir el poder legítim, anul·lant-lo, suprimir-lo» (50-52). Díaz i Carbonell se cruzó en la carretera con unos milicianos, de los que dijo que «en el seu rostre, sols hi descobríem odi, foc i set de sang». Luego, en la calle vio «rostres embriagats d'odi, gent descamisada, contemplant amb aires de triomf i satisfacció les runes fumejants dels temples. [...] tots els temples ens els havien cremat! Tots, en nom de la llibertat!» (110-115).

La enfermera Estrada i Clerch es más vehemente: «Al carrer es començaven a dibuixar les conseqüències de la derrota. Passaven grups de gent completament inèdita. D'on havien sortit? Nosaltres, certament, els ignoràvem i ara anaven a quedar amos del nostre poble. Havíem sofert una inundació [...] creixent de les terres més pobres i sobretot més incultes d'Espanya. Quedaríem ara a les seves mans? I quin era el seu esperit? Millor dit, qui s'en serviria per llançar-los, en aquests moments, contra la terra que feia temps petjaven i que, dissortats de nosaltres, no els havíem fet estimar. [...] uns crits al carrer [...] passaven una turba de gent estranya. Homes i dones cridaven com folls. No entenia què deien però es veia que guanyaven. On anaven? Quines intencions portaven? No sabíem res d'allò que es proposaven. La ràdio callava. [...] Mirant el seu gest i l'expressió del seu rostre s'apoderà de tots nosaltres una gran por». Y en la plaza Sant Pere la gente le recordó «una estampa de la Revolució Francesa. Malgirbades i amb

els cabells embullats elles, bruts i espitegrats ells. Tots cridaven amb veus que ni humanes semblaven. Feien pena de mirar. Mai ni havia vist gent d'aquella mena per la ciutat i de cop i volta apareixien con ramat frisós d'un pastoreig de sang» (58-59 y 61-66).

Hubo más comparaciones con 1789. Para Rucabado «los tipos humanos de aquel carnaval rojo suscitaban en forma plástica antiguas visiones que habían llenado de espanto mis ojos infantiles; las tétricas escenas de estampas de la revolución francesa, que jamás pude pensar que debería contemplar en carne y hueso ¡y de tan cerca!» (1942: 140-141). Cid describe a uno de La Específica de Tortosa y dice que «la seva indumentària era lamentable, com si fos un personatge sorgit de la revolució francesa» (52).

Guardiola también recurría a grandes palabras y cita a los «anarquistas, esta hez, esta espantosa chusma, invadiendo la ciudad», e insiste en que «las calles de Barcelona se vieron invadidas por una verdadera ola de chusma. Eran los antiguos pistoleros [...] los presos de todas las cárceles [...]. Y, con ellos, un populacho innoble, subido de los barrios más abyectos, salidos de los antros oscuros y humosos donde sólo florece con luz artificial [...] el crimen [...] toda la hez social, que pasaba de pronto a ser dueña de vidas y haciendas». Como otros, confundía términos: «El *Comité*, verdadero *Soviet* moscovita, ejercía un poder ilimitado [...] sombras de Lenín y de Marx se proyectaban triunfadoras sobre la urbe». Lamentó que ello pasara en «un país culto, archicivilizado [...] con un pasado glorioso de progresos, de conquistas, de grandezas, de descubrimientos; [...] que había incorporado a la vida civil y amable y al seno de la religión cristiana dos continentes». Anexaba la hipérbole de rigor: «Los crímenes se sucedían con rapidez aterradora; los asesinatos, los fusilamientos, los robos [eran] miles cada 24 horas. Centenares de furgones llevaban a los hospitales millares de muertos cada noche» (34, 38, 47-49, 51 y 56-57).

Lacruz no era menos enfático: «Como vomitadas por un antro infernal, surgían por todas partes las mujerzuelas de catadura espantable, los ex hombres que ahogan su fracaso en el alcohol [...], los malhechores propensos a cultivar y aprovecharse de todas las situaciones caóticas, los seres infrahumanos llenos de taras psicopáticas resentidos con la sociedad [una]

humanidad enloquecida y enloquecedora, que de ordinario parece vivir oscurecida y extraña a la ciudad en que pulula» (123). El chupacirios Pérez de Olaguer, describiendo el Terror Rojo, lamentó que se desbordara «el populacho azuzado y controlado por rusos, franceses y mejicanos, por comunistas, judíos y masones», y vio en la calle «gavillas de criminales, con los ojos encendidos en odio satánico, el cuchillo entre los dientes y la *star* en la mano crispada» (9). Puig refería «escombros sociales» de «atracadores, ladrones, carteristas, rateros y toda la chusma del llamado Barrio Chino». Y se desbordaba: «La bestia humana [...] algunos que parecían personas [...] sacaron a flor de piel los instintos concentrados de la bestialidad que llevaban dentro, para gozar sádicamente el placer de sentirse fieras [...] eran gentes con taras morbosas [...] carentes de resignación con su suerte, calidad indispensable para ser feliz» (43 y 55). Solsona, periodista fascista de Igualada, usaba vocablos parecidos: «De sus cubiles iban saliendo ya las alimañas que se mantuvieron quietas por la incertidumbre». Luego los «valientes [...] tomaban ánimo con el refuerzo valioso que, de las abiertas cárceles de la capital, les llegaba. Las turbas estaban ya en la calle con las armas que el Centro Republicano les distribuía» (351).

Como a otros, al periodista Tarín-Iglesias le sorprendió ver hombres y mujeres «que jamás habíamos visto. Parecían emergidos de las propias cloacas. A los 40 años de aquella inmensa tragedia sólo tenemos una idea vaga de lo que aquí ocurrió [...]. La vida se hizo tenebrosa, triste» (95). Cirici también vio al «*lumpenproletariat*, amo del carrer». Y se preguntaba «d'on ha sortit aquesta gent? Diries que no els havies vist mai. Alguns, mig despullats, amb el pit nu, lluint cartutxera i revòlvers, com personatges de film mexicà. Molts, amb mocadors vermells i negres lligats al cap a la manera baturra» (25). Climent vio en Tarragona, ya la tarde del 21, un «grupo nauseabundo, en el que se mezclaban los bárbaros llegados poco antes a nuestra ciudad, los presos dejados en libertad y al que se unieron después los más deleznable»; «turba», «chusma» y «mujerzuelas de ínfima condición y moralidad, tipos de la peor calaña» (86-87). Según Álvarez, después del 25 llegó a Lleida «lo que en Barcelona era hez y detritus./ Pistoleros, hampones, haraganes, patibularios [...] la mayoría sin camisa,

mostrando pechos vellosos y la porquería de su piel no acostumbrada al agua» y «chulos». Tras tantos «juramentos, blasfemias, manotazos [...] Radio Sevilla fue un verdadero oasis en el desierto aquel de asesinatos y de locura». Decía que los Aguiluchos —jóvenes de la FAI— agrupaban a atracadores o salteadores, invertidos y degenerados, junto a «mujerucas desgreñadas, de rostros pintarrajeados, vistiendo monos y empuñando pistolones./ Carne hedionda y enferma, producto de vicio y de degeneración». Días después llegaría el «pistolero Presidente de la Generalidad Lluís Companys» (37, 39, 41, 45-46, 48, 60).

Ealham, por contra, entiende el triunfalismo y la euforia de mujeres y hombres, que intuían ser vencedores y haber tomado el control de su propia historia, y lamenta que autores recientes persistan en llamarles lumpenproletarios o chusma enloquecida (2006).

Tanto coetáneos de los hechos como estudiosos actuales sostienen que los actores y/o culpables eran inmigrantes del resto de España llegados más o menos recientemente. El arquitecto de la Lliga Puig i Cadafalch era rotundo:

«Poc havia pensat mai en una Catalunya incendiada i en una Catalunya vençuda per la barbàrie del sud. Els bàrbars eren entre nosaltres com en el segle v i com llavors han cremat i destruït els nostres tresors artístics [...]. La pau regnaria [a Argenton] sense la invasió de camions armats que apareixen de tant en tant [...]. Venen per segona vegada a cercar-me: els vàndals necessiten sentir-me i veure'm [...] penso que al capdavall fora dolç morir d'una bala al servei de Déu a qui tot ho dec. [...] Passo davant els camions omplerts dels incendiariis. Tots parlen castellà [...]. A poc a poc coneixem el desastre de Barcelona [...]. Feblesa, covardia, manca d'idea. Tot, a poc a poc, s'escorre de mica en mica i cau en mans de colles d'immigrants que robaran i assassinaran» (359-369). Más explícito fue Gerhard, *comissari* de la Generalitat en Montserrat en julio del 36: «El “murcià” no estima Catalunya, on no té cap arrel, ni pot estimar-la. Sembla com si reportés sobre Catalunya, terra rica i graciosa, l'odi que sent pel patró català que l'explota. D'altra banda, la visió d'aquell benestar i d'aquella riquesa en la qual ell no participa, li provoca, per contrast violent amb la seva misèria i la de la seva terra, una mena de furor destructiu que aprofita la més petita oportunitat per a

manifestar-se./ Al seu costat [...] l'obrer català resulta aburgosat i conservador [...] amb [...] aquell seny racial [...] expressiu, precisament, d'un sentit d'equilibri, de ponderació i d'una concepció pràctica de la vida i de les coses, que són les característiques dels catalans [...] és, en definitiva, per temperament i per formació, un liberal i un demòcrata [...] Els murcians [...] són naturalment exaltats, fogosos, demagogs i, posats a fer de “revolucionaris”, en són indubtablement molt més que els catalans. D'altra banda, no tenen el més petit escrúpol a imposar-se, si cal, per la coacció i el terror, ni defugen, si s'escau, l'atemptat personal per tal d'eliminar un rival perillós. Els catalans, en canvi, tenen tots, qui més qui menys, alguna cosa per perdre; són pacífics, tolerants, i no els agrada gaire polemitzar o barallar-se [y] es veu literalment arrossegat en massa, per culpa de la seva bonhomia i de la seva inhibició, a actituds i accions que contrarien profundament la seva manera de pensar i de sentir». Machacó, diria que saliéndose de madre: «Barcelona, i amb ella tot Catalunya, patia la invasió del “murcianisme”: la “rojo y negra”. I havia de sofrir i contemplar impotent — fins quan?— veure's de dalt empastifada de roig i negre. [...] Era horripilant! I hom tenia la impressió que si haguessin pogut, aquells energúmens ens hi haurien pintat a tots el cervell, l'ànima, l'esperit, de roig i negre./ I el “murcianisme” havia encara de culminar amb la constitució [del] famós Consejo de Aragón [...] hom arribava a preguntar-se amb angoixa què hi feia Catalunya en aquella lluita. Contra qui lluitava, en definitiva? Qui eren els seus enemics? I per què, al cap i a la fi, lluitava?» (87-89 y 300-301).

La opinió del origen foráneo se encontraba también en autores favorables al proceso. Para Alba, «els comitès consolidaren la situació, un cop l'hagueren salvat els “murcianos”» (1990/b: 190). Planes preguntó, el 20 de julio, «qui eren els homes que estaven fent tantes barbaritats [iconoclastas]. Tal com esperàvem i volíem, n'hi havia molts que no parlaven la nostra llengua» (129). Mientras Ros i Serra decía que el 36 «el joc de frenar les possibilitats catalanes les jugaren els de la CNT-FAI, la gran massa castellano-parlant, refractària visceralment al fet català [...] mai, el poder real del carrer no havia estat en mans d'organismes tan dominats per gent forastera. Gent que no tenia miraments, que no coneixia ningú, que tenia com

a enemics a batre els catòlics i els rics que òbviament a Catalunya eren gairebé tots catalans» (81-82). No extrañó a Cirici que «els exclosos de tot, els perseguits, els segregats, no coneguessin res de la cultura, de la història, de l'art, de tot allò que podia donar valor a l'església de Betlem. No és estrany que quan veiessin sortir de missa els catalans ben instal·lats, ells, els immigrants sense res, identifiquessin aquell lloc i aquella gent amb el grup humà que els explotava» (26-27).

El novel·lista Sales, en carta del 27 de julio, se preguntaba si «no podríem reconèixer potser que alguna part de la culpa ha estat nostra? [...]. No hem sabut assimilar aquesta gent forastera que anomenem despectivament murcians». Y en otra carta, del 2 de agosto, se sorprendía por tanto asesinato en Terrassa, comparado con Sabadell: «Tots recordem, comentant-ho, que la FAI era forta a Reus i a Terrassa degut a la immigració i quasi inexistent a Tarragona i a Sabadell», pues patronos de esta última preferían ocupar catalanes aunque cobrasen más «i ara n'han tocat les bones conseqüències: no n'hi havia cap de la FAI, tots eren sindicalistes i han obeït les consignes de moderació dels Trenta —o sigui el grup d'en Peiró» (20 y 24). Y Torres, de ERC, evocó a emigrantes del Clot que «sense que es pugui afirmar que estiguessin marginats, vivien (tot i que la majoria s'anaven integrant amb força rapidesa) molt reclosos en ells mateixos. Era com si s'haguessin despertat, tot de sobte. En certa manera s'havien fet amos del carrer» (55).

Hubo reacciones más virulentas, como cuenta Delor al referirse a una conversación que Boix i Selva mantuvo con Carles Riba, al inicio de la guerra, cuando «Barcelona bullia de febre anarquista i de confusió». Éste le dijo: «mireu Boix, a nosaltres ens convé el General, perquè tots aquets castellans desvirtuen la nostra llengua i la nostra cultura» (304). Y según Fraser, Miravittles «se sentía atónito ante el espectáculo de la “fauna humana” que súbitamente había hecho acto de presencia en las calles de Barcelona, una “fauna” que no hablaba catalán y que iba armada [...] un lumpenproletariado [...] sobreponiéndose a la CNT y a la propia FAI» (I: 191-193).

Oyón detalla, por una parte, el crecimiento de Barcelona —casi dobló la población— en las tres primeras décadas del siglo xx, debido a la llegada de

gente del sur de la península, y por otra la acción política y sindical, la militancia y el compromiso de 70.000 personas y algunas entidades. Añade que el extremismo fue cosa de los más explotados, dispuestos a jugar fuerte por un cambio social. Ve como protagonistas y escenarios principales del radicalismo del «corto verano de la anarquía» a los recién llegados y las periferias en las que malvivían. Ante quienes plantean la coyuntura revolucionaria como mera pugna entre los guías del anarquismo y unas masas traicionadas, afirma que los vecinos de los distintos suburbios populares no eran equiparables, por tener muy distintas reglas de cotidianeidad y heterogéneos hábitos políticos. Asimismo sostiene que la radicalidad no se apreciaba en barrios tradicionales, cada vez más distanciados del proyecto de la CNT y más atraídos por otros sindicatos como la UGT (2006: 34-41).

En obra más reciente y mucho más extensa Oyón estudia la movilidad, las relaciones comunitarias y la sociabilidad, así como la ridícula actuación gubernamental para limar carencias y asperezas. En resumen ve una clase obrera inmóvil en lo social, pero con notables matices internos. Con respecto a otros grupos, entre los recién llegados del sureste las familias eran más amplias, las tasas de analfabetismo mucho mayores y su movilidad menor. Además, este grupo aportó mayor afiliación a la CNT más radical y activa, en la que era el grupo hegemónico, lo que no ocurría en el resto de la urbe, donde la UGT empezaba a ser un notable rival. Dicho de otra forma, dos tercios de afiliados a la CNT eran inmigrantes, porcentaje que crece en grupos más insurrectos, como la FAI, las JJLL o los milicianos en el frente aragonés tras el 19 de julio. Esto se confirmaría más tarde de manera dramática, pues el 71% de los cenetistas fusilados en el Camp de la Bota al terminar la guerra eran foráneos (2008, varias páginas, en especial 495-506).

La necesidad de carné y el decreto de sindicación obligatoria aumentó el número de afiliados hasta cotas inesperadas. Ballester ha mostrado que a UGT, del 19 de julio a octubre, le cayó un alud de conversos; se habla de 400.000, muchos de FNEC, el Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria (CADCI), funcionarios de la Generalitat o colectivos agrarios que habían girado en la órbita del BOC; y añade, en las conclusiones, que al auge ayudaron la alianza con la pequeña burguesía y el

apoyo comunista (32-36 y 317). Así, por ejemplo, en Rialp a UGT se afilió gente con peso específico y la mayoría de derechas, mientras que en CNT predominó la juventud (Barbal: 21).

Hubo quien se asombró por otros cambios o los describió de forma peculiar. Borkenau llegó a Barcelona hacia el 6 de agosto y le pasmó la revolución en las Ramblas: «Era sobrecogedor. Como si acabáramos de llegar a un continente distinto de todo lo que había visto hasta ahora». Le dio el primer indicio ver proletarios, sin uniformes pero armados, quizás un 30% del total. «Armas, armas y más armas». Aún vio barricadas y coches con siglas; «la cantidad de anarquistas, reconocibles por sus insignias rojas y negras, era abrumadora. ¡Y ni un solo burgués! ¡Ya no había jovencitas bien vestidas ni señoritos modernos!». Para él la situación no estaba tan alterada como decía la prensa extranjera. También le fascinaron tantas milicianas actuando «con una seguridad extraña en las españolas cuando aparecen en público». Habían llegado muchos voluntarios y voluntarias, contrastando de forma notable con las nativas, «incluso con las que llevan armas, por su comportamiento despreocupado y porque no las acompaña ningún hombre. Se respira una atmósfera indescriptible de entusiasmo político» (93-98). Langdon-Davies visitó el Barrio Chino, uno «de los más trágicos acantonamientos de Europa» y mencionó su traza sórdida; a pesar de ello «subsiste una bravura, una gentileza y una camaradería tan desinteresada que permiten creer que la naturaleza humana florece más exquisitamente en el lodo del Quinto Distrito que en cualquier otro suburbio». Además de burdeles, había muchas moradas y su gente, desesperada, era solidaria y, sin tener de qué jactarse, «mantienen una gran dignidad personal y cultivan el orgullo de su propia existencia» y están «unidos, víctimas todos de la injusticia social». Cerca de Atarazanas todavía había flores donde cayó Ascaso y en la cárcel de mujeres había un cartel donde decía: «esta casa de torturas fue cerrada por el Pueblo, julio de 1936» (145-148).

A Fontserè le pareció «el fenomen més aparent de la revolució» la nueva vestimenta. De un día para otro se pasó del cuello duro, corbata y pantalones bien planchados, a las alpargatas y el mono azul obrero. En una noche, los tiros, el crepitar de las ametralladoras y el eco siniestro de los cañonazos «van

desmuntar la tramoia social de la ciutat». Nuevas formas de la estética personal y mujeres participando por primera vez de este protagonismo popular fusil en mano son dos cuestiones a las que dedicó un apartado exclusivo (196). Sorprendió a Cirici ver otra novedad: el Palau Moià del Marqués de Comillas, en las Ramblas, con «tots els balcons oberts [...] hom hi havia portat els grans cadirats blancs i daurats, entapissats de seda, i els treballadors, que mai a la vida no havien vist el luxe en cap altre lloc que al cinema, hi seien, tot gaudint de les bones coses que fan bell un palau» (28).

El político catalanista Cruells captó el trauma de la «intel·lectualitat catalana que [...] en el millor dels casos, sentia com a propis tots els postulats burgesos més o menys liberals d'aquells anys», que tuvo «de sobte com una mena de revelació del que és una revolució». Descubrió un proletariado que, por anómalas circunstancias, se había adueñado de la situación política y, ante la revolución, «alguns jovenets intimistes es varen passar al camp enemic on es situaren, en general, força bé». Los demás, la mayoría, miraron de adaptarse a la situación revolucionaria y forjaron la Institució de les Lletres Catalanes, también adherida a UGT, y luego se pasaron al PSUC (1978: 95). Trueque que el poumista Fernández vio con realismo: «A totes les Trinitats, a tots els Can Tunis, a totes les Torrasses de Catalunya, hi havia una barricada aixecada per uns homes que sempre havien estat explotats, discriminats, perseguits, oblidats, humiliats, escarnits i dats pel sac, homes apartats, expulsats de la gran ciutat, arraconats en els “ghettos” allunyats de la convivència humana i ciutadana» (168-169).

Entre los estudiosos actuales, Amat, describiendo Calella, piensa que, espontaneidad al margen, los primeros momentos fueron inciertos y parece que hubo quien aprovechó para realizar, ahora que caían tantos tabús y trabas, lo que durante décadas no osó. Sostiene también que la revolución no fue tan caótica como tantos han dicho, y si una cota alcanzó, fue la mejora de la situación de los marginados de siempre, quienes de repente cayeron en la cuenta de que nada justificaba su arrinconamiento, y también fue capaz de organizar y racionalizar sectores que nunca lo habían estado (1994: 96-98).

Aprovechados, quintacolumnistas, burócratas y saboteadores

Ante eventualidad tan extraordinaria no sorprende que se dieran todo tipo de absurdos o desacatos, así como que proliferaran quintacolumnistas y provocadores. Alguien tan poco sospechoso como Pi-Sunyer, entonces alcalde de Barcelona, decía que «cal assenyalar que, malgrat el fanatisme amb què es feien, no hi havia robatoris; les joies salvades dels incendis es duïen a la Direcció General de Policia i no hi hagué cap joieria assaltada. [...] Fou més tard que vingué per part dels aprofitadors l'acaparament de valors i l'exportació incontrolada de divises». En el verano del 36 «si es cremaven les andròmines d'una casa burgesa ho feien també amb els valors de borsa o amb els diners» (18).

Más tarde Miravittles supo de un caso singular. Una patrulla leal dirigida por una dama, de nombre África (quizás África de las Heras), de ojos negros y penetrantes, de quien se decía que tras los desmanes celebraba orgías con sus seis compañeros. Posteriormente recibió la Medalla de Honor del Ejército Rojo, por espiar para la URSS en Alemania (1980: 98-99). El derechista Caballé hizo mención de un caso opuesto: los asesinatos perpetrados el 21 de noviembre en Poble Nou por parte de elementos quintacolumnistas, cuyas víctimas fueron Emilio Escobar, Udaondo, teniente coronel de la Guardia Republicana, y Aurelio Martínez Jiménez, jefe de Aeronáutica (66). Algo similar detalla Rotllant de las Guillerías (319) o Trueta del conflicto con una partida dirigida por un galeno del fascio italiano fingiendo ser de la FAI (137). Emèrita Arbonès vio falangistas disfrazados de gente de la CNT que perseguían a miembros del POUM (Olesti: 116). Jellinek describía tal ambiente de compañerismo que hacía que no se enfrentaran las distintas patrullas, lo que aprovechaban «muchas bandas irresponsables que usurpaban el nombre de uno de los partidos y cometían deplorables excesos»; por lo demás, fueron tantos los que se apuntaban que no daba tiempo a revisar las solicitudes, lo que facilitó que entraran espías o «indeseables del lumpen». El POUM fue de los que más creció, por lo que se le llamó «hogar de perros

vagabundos»; maraña que culminó con el asesinato de Trillas en las Ramblas, reprobado por CNT, UGT y CCMA, proclamando que debía acabarse con los actos terroristas, para lo que empezó una vigorosa pacificación en todos los grupos (277, 280-281 y 286). Pérez-Baró denuncia a quienes saqueaban a cambio de vales —el nuevo papel moneda—, avalados por cualquier comité, ante lo que nadie osaba chistar. Menciona el alud de ingresos en partidos y sindicatos, y añade que Joan P. Fàbregas denunció que «se m'han presentat comissions o elements intransigents, intolerants i intractables» con carné expedido en la primera quincena de agosto (1937/b: 161). Para Marc Aureli Vila «tant aviat com fou possible, es féu la batuda [...] contra els incontrolats, entre els qual s'havien infiltrat agents dels rebels» (110).

Hubo intrigas de todo tipo. Por ejemplo, el 23 de octubre Sugranyes escribe al canónigo Cardó desde Ginebra y le sugiere, para salvar «Catalunya dels militars i els de la FAI», negociar con Franco y fraguar una contrarrevolución interior: «Sé de bona font que a Burgos seria molt ben rebuda». El 26 de ese mismo mes, Cardó contesta que la revuelta «que brandés la dobla bandera de Cristianisme i Catalanisme [...] fóra potser la única solució humanament visible de la nostra situació [...] Però no us vull ocultar que ho veig quasi impossible. I no pas perquè no cregui que s'hi allistarien la major part dels catalans, sinó pel desarmament absolut de tots ells i per la vigilància estretíssima dels murcians [...] i els catalans vermells, que sufocaria immediatament en sang tot inici de temptativa i àdhuc d'organització». Tras negar relación alguna, Cardó dice saber que «Cambó [...] es belluga moltíssim, ignoro per quins objectius». Lo único que Cardó veía sensato era incrementar la columna que se organizaba en Pamplona, que Franco la pertrechara y preparar un desembarco; pero como eclesiástico no podía participar abiertamente. Sugranyes contesta, el 1 de noviembre, que planeaba con Estelrich invadir por Empúries. Cardó era optimista y, el 7 de diciembre, responde que «els nostres homes representatius de dreta [de Lliga] col·laboren eficaçment amb els insurgents i Espanya quedarà massa malmesa perquè pugui dedicar-se a anul·lar valors i crear enemics al nou Estat». Sugranyes, el 16 de diciembre, le detalla en qué consistía el servicio de información de la Lliga desde París y Bruselas, una sección internacional

reservada y otra para dar a Burgos datos de acontecimientos políticos, novedades o comentarios «capaços de crear un ambient cada dia més dens favorable a Franco». A pesar de que la diplomacia fascista no lo aprobaba y persistía su inquina y recelo contra los catalanes, añadía que «Madrid, desgraciadament, no cau per ara» (Giró: 28-30, 32, 40-45).

Pons Vives cita Ràdio Veritat, que emitía en catalán y castellano desde Radio Florencia, con sede en Salamanca y financiada por Cambó (85). El catalanista Moreta cuenta cómo devino representante clandestino y correo de la trama Cambó (118-119). Vila-Abadal dice en nota que «l'acusació més directa de la traïdoria d'alguns anarquistes» surge en relatos y escritos de Trias i Peitx, de UDC, que sostiene que «elements de la Gestapo, durant la nostra guerra, havien estat a Catalunya amb els anarcosindicalistes». Y lazos «d'anarquistes amb el cap de l'espionatge alemany Canaris [...]./ També sabem que Franco es vantava que els fets de maig del 1937 havien estat provocats pels agents que tenia a Catalunya» (366).

Insisto, la metamorfosis confundió a más de uno condenando lo que era sólo la reparación de injusticias o abusos seculares o la redistribución justa de bienes atesorados por los explotadores tras generaciones expoliando a los obreros. Fort i Cogul, además de asesinatos, habló de robos en los registros, exigencias pecuniarias bajo diversas amenazas, invocando hasta necesidades militares (50). Borkenau lamentó que en Sitges anduvieran inquietos los ricos, pero también los humildes, que no habían visto cambiar su suerte; los pescadores seguían explotados por los viejos armadores. Atribuyó al comité de esa localidad «todo tipo de pequeños actos tiránicos» y dijo que la revolución allí «ha caído inevitablemente en manos de un grupo de gente de integridad y capacidad dudosas», aunque matiza que se trata de un caso excepcional (141). Según Bertrana, la fuga de derechistas fue acompañada de contrabando de joyas, oro y valores hacia la frontera, en lo que andaba una amiga suya gala que los llevaba en los tacones ahuecados de sus zapatos (77). Entrevistando a Eroles, jefe de la policía, el cenetista Bueso vio que éste se quedaba las alhajas que traían sus hombres (208). El comerciante Estrada Saladich dijo del Palacio de Justicia que «todo el mundo tenía que ir con dinero; era el único medio para hallar solución a las reclamaciones absurdas,

burdos “chantages” en realidad» (191). Según Solé, algún grupo revolucionario lo formaban atracadores; sorprende que olvide a rebeldes que robaban bancos o similares intentando liquidar una sociedad tan injusta. Solé recoge la denuncia que hace el periodista Benavides sobre Batlle y Devesa, agentes de la Oficina Jurídica de Barriobero, de los que dice que «recorrían la ciudad a la captura de gente rica y sin protección para extorsionarla. La vida y la libertad tuvieron precio» (1996: 594). Miquel Mir dice haber hallado y ha publicado el diario de un patrullero de la FAI que se lucró con los saqueos.

Según Torhyo, en Poble Nou recelaron de un coche con gente del PSUC, que al parecer estaban robando. Y citó el truculento caso Reverter Llopart, de ERC y nombrado *comissari* d’Ordre Públic por Ayguadé, al crear éste la Junta de Seguretat Interior. Reverter, al parecer, tenía prostíbulos, perpetró venganzas personales —quiso eliminar a su madrastra o acusó de fascista a un policía para conseguir a su esposa— e intentó detener el envío del Tesoro Nacional a Francia para hacerse con un bocado. Torres Picart, ex secretario de Dencàs y aval de Reverter, tras ser detenido y luego liberado, se escondió e hizo correr el bulo de que lo eliminaron los anarquistas. Ayguadé, según Toryho, habría mandado fusilar a Reverter, temiendo que se supiera el tejemaneje entre Dencàs y Mussolini. Asimismo, añadía graves acusaciones contra Casanovas (8098).

Viadiu, delegado del Orden de la Generalitat en Lleida, citó el caso de Joaquim Vilà, de la UGT, que intentó untarle para tapar que se había quedado con francos de cuentas corrientes de la Vall d’Aran y con objetos de valor confiscados (48). Un artículo del periodista Adell, «L’anormalitat de reraguarda lluny de desaparèixer s’intensifica», aparecido en *Llibertat* el 3 de diciembre, lamentaba que «en matèria d’incautacions tothom fa el que li dona la gana. No es distingeix l’home feixista o facciós d’aquell que ha estat tota la vida republicà». En otro texto —«Un govern», 15 de diciembre—, Adell lamentó que «la llei no es compleix. La revolució s’ha pres per un divertiment, i que consti, que s’han divertit tots. A ciutat viuen molts comitès que l’única feina que tenen és la de procurar cobrar plusos de guerra, i veure a quin pis “burgès” romandran més ben instal·lats» (Piqué, 1998: 172 y 386-388). Caballé anotó en su diario, el 12 de septiembre, que había sido

«descubierta una banda que falsificaba pasaportes» (49), y según Estrada i Clerch el cónsul de Nicaragua los vendía de su país (94). Un comunicado, publicado en *El Noticiero* el 27 de julio, alertaba contra tenderos que subían precios y denunciaba a alguno que lo había hecho con un 200% de ganancias. Vecinos hartos de abusos de un carnicero de la calle Entença «con ayuda de los milicianos han destruido la tienda./ Las milicias antifascistas cuidan de que los tenderos no suban los precios y los vecinos deben ayudarles» (Llarch: 201). En Santa Coloma de Gramanet, el mercado negro era cosa de pequeño-burgueses insolidarios, que acaparaban, adulteraban o especulaban con carencias (Gallardo y Márquez: 213). Y un bando del alcalde de Terrassa, del 30 de julio, recordó que se sancionaría a los estraperlistas (Ragon: 69).

Hubo casos de menor monta o más curiosos. Un día llegaron al consistorio de Moià unos payeses de Collsuspina alarmados, pidiendo ayuda pues los peones camineros de la carretera de Vic a Manresa saqueaban sus masías. Fuerzas de las que organizaba Governació los enviaron a la Modelo, excepto al jefe, al que fusilaron. Parte de la nueva policía quedó en Moià, actuando en pueblos de la comarca, y lograron que unos 35 llegados de Terrassa no secuestrasen a un fabricante que veraneaban en el pueblo, igual que ocurrió con un empresario de la madera y con un agente de seguros manresano (Ros i Roca: 51 y 55). En Tortosa tres hombres y una mujer, forasteros, que la voz popular llamó «los rusos», saquearon los almacenes El Ebro, el 29 de julio, dejando vales, e intentaron quemar la catedral, pero pudieron repelerlos los municipales y el comité de la CNT reintegró lo robado. Corrió el rumor de que habían sido fusilados cerca de Tarragona, debido a fechorías similares (Cid: 44-47). Soler Segon halló una nota de la Secció de Laboratoris del Consell de Sanitat de Guerra, aparecida el 1 de octubre, en la que denunciaban a quienes fingían ser sus inspectores cuando todavía no habían nombrado ninguno. Según Joan P. Fàbregas, la contramarca, precedente de la marca registrada, de Cataluña evitaría huidas de capitales por exportaciones sin control (1937/b: 71-72). En Olot, el Departament d'Economia Municipal dictó normas, el 21 de octubre, para evitar sabotajes de dueños, «que han destinat cabals de les indústries a fins completament aliens a elles» (Pujiula, 2000: 50).

Candel recuerda el caso de algunos chiquillos que no volvieron al cole, hijos de los que se enriquecieron en aquellos días turbulentos o que lograron poder y prepotencia. Otros volvieron cambiados, altivos o distantes. «Eren els fills dels incontrolats, dels arribistes, dels patrullers, dels enxufats, dels emboscats, elements que s'autoanomenaven anarquistes i que, com deia el meu cosí Ramón, ho eren tot menys allò, sobretot poca-vergonyes [...] Molts d'aquests elements haurien portat els seus fills als col·legis dels rics, si n'hi hagués hagut». Insistia en que «els pares o parents dels que mai van assistir al col·legi van ser els més incontrolats d'aquella escòria que s'escaquejava de la guerra [...]; van ser aquests incontrolats els que van cometre més atrocitats» (185 y 189). El mismo Candel decía, en diálogo con Vila Casas, que «los incontrolados ejercieron la rapiña saqueando las casas de los asesinados. En las Casas Baratas, muchos de estos tipos pasaron de la pobreza a la fastuosidad. Se convirtieron en “enchufados” y se quedaron en la retaguardia. A mi primo Ramón lo exasperaban y pensaba pasar cuentas con ellos cuando se ganara la guerra que se perdió» (72).

Una mojigata como Estrada i Clerch, en referencia a las personas que iban a formar el Comité del Antituberculós, decía que «n'hi havia moltes que eren del grup que es vincla sota tots els règims i sistemes per tal de treure el màxim profit [...]. Aquests són els que sempre queden bé, els que als ulls dels insensats són considerats com prudentes, eixerits i intel·ligents. Molts rojos d'aquests s'anaren aigualint a les acaballes de la guerra i esdevingueren d'un rosa pàl·lid molt escaient. Aquests grups van ser marcats amb un signe molt repulsiu: el de traïdors de totes les causes [...]. Són els portanoves de les xafarderies, els espies de les insignificances» (112). Y Gerhard vio entre quienes subían a Montserrat, además de los consecuentes, «irresponsables, sense ideal ni vergonya, als qual en els fons tant se'ls en donava una cosa com l'altra i eren, per tant, capaços de presentar-se a tots el jocs i combinacions, per tèrbols i criminals que fossin./ Hi pujaven també els nous personatges de la situació [...] anònims abans i que, havent-se introduït ara en algun lloc estratègic d'aquells múltiples serveis que els partits i les sindicals organitzaven diàriament per llur compte sobre les desferres de l'Estat, era manifest que manipulaven diners —de procedència al més sovint

dubtosa— i que els llençaven sense comptar» (251-252).

En tales circunstancias aparecen bellacos por doquier. García Oliver menciona a estafadores que intentaron venderle armas, incluso algunas que ni existían; y que Durruti y otros casi cayeron en la trampa (272-277). Hubo sabotajes a destajo: según el *Avant* del 26 de julio, por los micrófonos del Palau de la Generalitat se denunció a gente que disparaba contra consulados extranjeros; y la Federación de Expendedurías de Tabacos negó, en *La Humanitat* el 28 de julio, los «rumores creados por elementos fascistas que el tabaco estaba envenenado» (Llarch: 194 y 204). Castillo y Álvarez citan a quintacolumnistas que realizaban actividades perjudiciales o que pasaban gente e información por el Pirineo, y admitían que muchos eran de la Lliga (211-214). Antiguos amos de talleres colectivizados de Reus, afiliados a la UGT y mediante ésta, malograban la producción de forma sistemática, oponiéndose a la revolución que los había degradado a obreros (Martorell: 97). La Junta de Seguretat de Terrassa detuvo, el 27 de octubre, a Fortià Matabosch, dueño de una fundición en la que hallaron bombas fabricadas furtivamente (Ragon: 129). Para Roura, quienes en Olot ayudaron a huir eran «un mirall de valentia i sacrifici pels seus ideals de fe i de pàtria» (43).

En una situación tan anómala, de alteraciones a todos los niveles, eclipsados los anteriores mecanismos de coerción y con gravísimos antagonismos entre los revolucionarios sobre cómo forjar la nueva situación, hubo sucesos inauditos que todavía no se han aclarado y será difícil hacerlo nunca dado que la única fuente, las memorias personales, dan versiones antitéticas. Según la versión de Toryho, la operación Amapola organizada por la CNT atrapó a un grupo dirigido por Gardeñas que saqueaba en nombre de la FAI. Aunque Toryho reconoce a Gardeñas como honesto e instruido miembro del Sindicato de la Construcción, dice que éste admitió su culpabilidad ante el Comité de Defensa, responsables de la CNT, la FAI y la Federación Local de Sindicatos, y que él y sus secuaces fueron ajusticiados. Sorprende que los calificara de «expropiadores», voz con la que en Argentina se calificó a quienes aplicaban, ante excesos y latrocinios de los poderosos, una justicia revolucionaria. Añade Toryho que a continuación decidieron crear las Patrullas de Control, temiendo que algunos delincuentes atracaran y

asesinaran con la máscara de la FAI para no ser denunciados (1978: 81-84).

Es distinta la versión de García Oliver, que cuenta que, bajo presión de Companys, los dirigentes cenetistas Montseny, Fidel Miró, Santillán y Marianet habrían creado una comisión investigadora, dirigida por Manuel Escorza, que había perpetrado dicha ejecución. Este hecho escandalizó a Oliver, que lo tildó de jacobinismo o de maneras bolcheviques. Además, elogió al liquidado, temió que se atribuyera el hecho al CCMA, descalificó con palabras muy duras a Miró, Montseny y Escorza, y amagó con dimitir del CCMA si algo similar se repetía (1978: 229-231).

VI

Quien compra un beso se pone al nivel de la mujer que lo vende

La condición femenina en la España negra era tan sórdida como poco conocida. Bellmunt mencionaba la Casa de Jóvenes Enric Fontbernat, que antes había sido el correccional Buen Pastor, «verdadera prisión» donde recluir «jóvenes desamparadas o rebeldes» y tras el 36 convertida en casa de reeducación, «donde los pedagogos tienen más importancia que los vigilantes» (16). Para Balcells había sido un reformatorio de antiguas prostitutas, situado en la calle Bon Pastor, en el cruce de Diagonal y Muntaner (200).

Borkenau vio en Leciñena a la primera miliciana, gallega, separada de un guardia de asalto y llegada al frente tras su amante. Era atractiva, pero «no le prestaban una atención especial, ya que todos sabían que estaba unida a su amante por un vínculo que los revolucionarios consideraban equivalente al matrimonio». Esto último sorprendió a Borkenau, pues observó que los soldados no tenían trato alguno con aldeanas, según la severa tradición española que prohibía hablar con desconocidos, pero que algunas enfermeras

se las saltaban (133). Para Kaminski, la mujer catalana gozaba de menos libertad que en Francia, pero más que en Andalucía. En las Rambles detectó parejas, en apariencia no formales, del brazo y sin carabina, pero las damas honestas no iban solas a los cafés; tampoco, si podían, por la calle, para evitar piropos y abordajes. Y añadía las típicas restricciones a los noviazgos (61). Capdevila, del textil de la CNT, detalló a Fraser asambleas de grandes almacenes y quejas de dependientas por el donjuanismo de sus colegas, lo «que las mujeres se tomaban muy en serio en aquel fervor revolucionario» (I: 304-305). Molestó a Kaminski el machismo hispano y lo trató a fondo con Montseny. Le chocó que, hasta en la sede del Comitè Regional de la CNT, los milicianos libertarios piropearan a cualquier mujer con la que se cruzaban. Federica rió con ganas: «Me parece muy bien [...]. Parece creer que, bajo el signo de la igualdad, las mujeres no aprecian los cumplidos». También le sorprendió que las chicas y los varones no comieran juntos en empresas colectivizadas, lo que miembros ácratas del comité justificaban «a causa del sol de España». Kaminski vio esto propio de un anarquismo arcaico y asimismo interrogó a Montseny sobre el matrimonio. Ella estaba a favor de la unión libre y a él le parecía igual que el matrimonio burgués, pues para ella la vinculación debía ir acompañada de algún ceremonial, registrarlo y comunicarlo a quien interesase. La entrevistada matizó que «los catalanes constituyen un pueblo con el sentido familiar muy desarrollado. Para ellos el amor es un sentido muy profundo y generalmente provoca el deseo de fundar un hogar». Aún no se habían familiarizado con el divorcio llegado con la República, debido a los hijos «la camarada Montseny piensa que las personas libremente unidas y cuya unión ha sido registrada, no pueden separarse así como así [...] ninguna pareja debe ser obligada a convivir en contra de su voluntad. Pero alguien debe hacerse cargo de la manutención de los hijos. ¿Quién?/ —El padre, evidentemente». Kaminski continuó la polémica: «¿Qué diferencia hay, desde el punto de vista familiar, entre la nueva sociedad y la antigua?». Él pensaba que los dirigentes anarquistas no se libraron de la inclinación nacionalista de muchos catalanes.

«Montseny está convencida que en Cataluña los problemas familiares se resuelven de un modo maravilloso y no hacen falta grandes mejoras./ —Esto

no es Andalucía —me explica, aunque, al menos en Barcelona, casi la mitad de la población [es] originaria de todas las regiones de España y principalmente de Andalucía./ En Cataluña la mujer siempre ha sido el eje de la familia. Nosotros nunca hemos conocido aquel orden feudal en el cual la mujer ocupaba el último lugar, siempre inferior al marido. Aquí [éste], cada fin de semana, entrega su sueldo a la mujer quien, a su vez, le da lo necesario para sus gastos. Por lo tanto la mujer no sólo ha conseguido la igualdad en la vida pública y en el trabajo, sino también y desde hace tiempo, en [...] la familia». Según la dirigente cenetista, en varios lugares de Cataluña había puntos de información anticonceptiva donde podían abortar sin dar mayores explicaciones. E insiste en que «el sentido de la maternidad en las mujeres catalanas es tan fuerte que solamente en casos muy graves renuncian a la ilusión de ser madres». Al final, a la pregunta de Kaminski sobre la prostitución, ella respondió que todavía no la abolirían, pero que habían saneado los barrios donde proliferó y ejecutado a algún proxeneta o narcotraficante. La lacra acabaría cuando las relaciones sexuales fueran libres. Él concluyó diciéndole: «querida Federica Montseny eres, sin duda alguna, una gran revolucionaria [...] pero no te ofendas si [...] te encuentro ingenua y un poquito burguesa!» (62-67).

El peso de la tradición machista era una losa inamovible. En las colonias de la Asistencia Infantil del Institut d'Acció Social Universitària de Catalunya (IASUEC), las niñas debían colaborar en las tareas domésticas, a fin de «iniciarlas en la instalación de un hogar bello y digno, aquel hogar que les ha de servir de modelo y estímulo cuando llegue para ellas el momento de fundar el propio». Low habló con una joven de Mujeres Libres que se había emancipado de su familia y enamorado de un revolucionario francés; pero que no pensaba compartir lecho, lo que a la escritora le habría parecido natural, pero ésta le respondió que «no hay tiempo para este tipo de cosas durante la revolución». Low le dijo que le parecía una excusa; a lo que la joven respondió: «Bueno, ¿y qué? ¿Acaso se supone que debería cambiar de la noche a la mañana?». Por otra parte, Louise Gómez, compañera de Gorkin, quiso formar un regimiento femenino del POUM. En una semana hubo 500 solicitudes, si bien muchas de las milicianas, temiendo al padre o el marido,

decían en su casa que iban a costura (122). Añadía de paso que Nin, *conseller* de Justicia, había nombrado la primera juez de distrito en Granollers (148).

También Alba es crítico: «En els costums diaris, en canvi, les coses gairebé no canviaren: les dones continuaven a la cuina, es menystenien els marietes, i l'home de la casa —tant li feia que fos anarquista, comunista o de dretes— manava. [...] moltes criades tornaren al poble o a les milícies. Hi hagué senyores que hagueren d'anar per primer cop a la vida a la plaça amb el cistell al braç». Menciona unos milicianos que transformaron un lupanar en dispensario, sugirieron a las pupilas estructurar un comité, reducir del 50 al 30 el porcentaje de la *madame* y organizarse en un «sindicat de l'amor» (1990/b: 178 y 195). En otra obra, Alba insiste en lo primero y dice que «casi nadie transpuso a la esfera privada las experiencias de la colectivización [...] padres muy libertarios seguían exigiendo a sus hijas que regresaran a casa a las 9 y a sus mujeres que la cena estuviera preparada cuando llegaran al hogar» (1990/a: 29). Esta realidad contrasta con los planes de Martí Ibáñez de armonizar una campaña de educación sexual con centros de enseñanza anticonceptiva para disminuir los abortos. Decía eufórico que «en adelante, en lo que a su vida sexual se refiere, la mujer quedará liberada de la tiranía egoísta masculina y tendrá unos derechos —de los cuales destaca el de disponer de sí misma y decidir sobre su maternidad— que comprará a costa del precio de unos deberes hasta hoy olvidados» (73-79).

Mujeres Libres, a mediados de diciembre del 36, sugirió a sus asociadas colaborar con el Comité de Tranvías para conducirlos, realizando el aprendizaje tras su jornada laboral. También condujeron automóviles, antes práctica exclusiva de las burguesas (Rodrigo: 131-34). En algunas poblaciones las experiencias fueron distintas. En Amposta, las mujeres empezaron a frecuentar bares, primero criticadas hasta por sus madres, pero luego devino algo natural (Leval, 1982: 94). Casi toda la producción hortícola de L'Hospitalet se comercializaba en Barcelona y, dado que en el mercado central había litigios con intermediarios, que no habían desaparecido, l'Agrícola Col·lectiva organizó tres puntos de venta directa. Para evitar los sabotajes se encargó a mujeres el transporte y despacho, pensando que cesarían aquéllos (Santacana, AAVV, 1989: 513-514). Un artículo de

Combat, tras citar y valorar que en Lleida las mujeres habían salido a la calle e ido al frente, sugería que debían recobrar «activitats més pròpies del seu sexe», mientras que a los más radicales les extrañaba que tanto compañero anticlerical precisara legalizar uniones y no les bastara la voluntad para convivir (Sagués: 664-665). En Malgrat, jóvenes sojuzgadas por viejas pautas, que vetaban salir solas con mozos o asistir a reuniones que no fueran religiosas, encontraron en las JJLL y el Ateneu Aclarecer otra forma de relacionarse fuera del ámbito doméstico y gozaron de sus primeras prácticas organizativas y políticas (Garangou: 183). Algunas de Mataró fueron al frente, aunque las excluyó el decreto de militarización, del 24 de octubre, y se convirtieron en obreras fabriles, voluntarias culturales u ocuparon cargos municipales, como Consol Nogueres, de ERC (Colomer, 2006: 147). Según la *Soli* del 30 de julio, en Puigcerdà desapareció la prostitución, pero se mantuvo la desigualdad salarial y el Comité, al organizar cursos para chicas de 14 a 16 años, las materias escogidas fueron cocina, economía doméstica, labores caseras, anatomía, y eugenesia e higiene. El *Boletín de Información CNT-FAI*, el 12 de octubre, rezaba: «Los hombres al frente. Las mujeres al trabajo», lo mismo que decían Mujeres Libres (Blanchon, 1986: 45-46). En Ripoll, y en tantos lugares, la participación femenina en los comités de fábrica fue exigua, a pesar de que ellas aportaban un elevado porcentaje de la mano de obra. Cuando la Generalitat fijó salarios mínimos, en septiembre del 36, acordó 100 pesetas para ellos y 60 para ellas (Castillo y Camps: 116 y 120). Santacana detalla que en varias fábricas del Baix Llobregat, la mayoría textiles, no había presencia femenina ni en comités ni en la dirección, lo que encima se justificaba por escasa preparación. Añade que la CNT no se replanteó si las mujeres podían asistir a reuniones que se celebraban en cafés, donde su asistencia no era usual (39). En Ripollet, Magdalena Llonch ocupó también una concejalía (Sánchez: 102-108). El 10 de agosto, mujeres del PSUC y las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) salieron de Sabadell a la campaña de Baleares (Domingo: 143).

Cattini, en valoración global, dice que los cambios gubernamentales de otoño supusieron una regresión ante lo conseguido en los primeros días, para lo que se recurrió a peroratas seudocientíficas y seudobiológicas, la prensa

divulgó autodiscriminación alegando roles de género, la maternidad devino el arquetipo más agobiante y la Unió de Dones de Catalunya impuso las nuevas consignas (AAVV, 2006/a: 11, 68-85). Retroceso que deploró Lluís de Salvador citando el caso de Tarragona, donde en 1938 se redujo su papel a «no gaire cosa més que el bell record del seu entusiasme d'un any abans» (Piqué, 1998: 501).

En efecto, en las semanas iniciales de euforia y entusiasmo las mujeres derribaron viejas barreras y reglas. Detalla Sara Berenguer su participación en colectas para el frente y que al dejar guardias en puntos estratégicos la nombraron secretaria del comité, donde era la única chica. En los registros se encargaba de cachear a las mujeres (35, 43 y 63). Muñoz Díez, en el retrato que hace de Marianet, señala que el 19 de julio «un expendio de gasolina era asaltado por la multitud enardecida, al frente de la cual iban mujeres que rugían como leonas» y era quemado el convento de las Saleses, donde se aseguraba que había bombas y ametralladoras (80-81). Según Miró, en las Ramblas, las barricadas avanzaban despacio: «Eran mujeres, en su mayoría del Sindicato Textil, las que llevaban los adoquines [...] a pecho descubierto» (170). Conxa Pérez, de la CNT, el 18 ayudó a levantarlas en Les Corts y en agosto fue al frente con Los Aguiluchos del barrio, siendo ellas el 7% (Olesti: 27-29). Álvarez las cita con frecuencia en la respuesta popular y las tilda de mujerucas, hembras mal nacidas o harpías. Montseny dijo a Pons que muchas «dones catalanes que varen anar al front eren companyes dels qui estaven combatent i eren dones bastant serioses. L'element més pertorbador van ser les estrangeres que van arribar: belgues, poloneses, franceses, angleses, moltes de les quals eren un xic aventureres» (163). Mari Pepa Colomer devino teniente de Aviación Militar y profesora de la Escuela de Pilotos Aviadores de Catalunya el 1 de agosto; en otoño realizó su primera misión pero se negó a las violentas (Rodrigo: 131-134). En Lleida descolló Maria la Caçadora, muy aficionada a perseguir eruditos y en especial religiosos, armada de escopeta y pistola. Mataba en la calle y el cadáver lo recogía la camioneta de un reparador de radios, que luego llevaba pan a las tahonas (Morea-Suñé: 29). Vinielles también la menciona narrando sucesos en Cubells, cuando el 7 de agosto llegaron hasta allí milicianos de Lleida para

llevarse al mosén; la califica de comunista fanática y «famosa en la comarca por sus fechorías increíbles», y cuenta que en Vallfogona de Balaguer mandó liquidar a su marido por desafecto (72-73). En Sant Pol, entre los 63 milicianos iniciales había seis milicianas; y una patrulla de cuatro hombres y dos mujeres llegaron del Prat y L'Hospitalet, el 24 de julio, con listas de curas y fabricantes (Amat: 77 y 83-85).

Matrimonio civil y divorcio fueron logros indiscutibles. Low aclaró a un abogado, comandante de la Columna Internacional, que «la gente se casa como las moscas en verano. Es fácil, puedes casarte con quien quieras sin darle cuentas a nadie y no se tarda más de cinco minutos de palabrería. Han desaparecido las formalidades». El oficio le notificaba al futuro marido: «Tu mujer va al matrimonio en tanto que tu compañera, con los mismos derechos y privilegios que tú». Añadía que las mujeres eran iguales a los hombres y que la revolución había eliminado cualquier tipo de dominio sexista. Detallaba lo fácil que era divorciarse, lo que se concedía a los 30 días de solicitarlo por si ella estaba embarazada (117-118 y 121). Extrañó a Jellinek, y nadie se lo supo explicar, el incremento de matrimonios tras el 19 de julio; hubo milicianos que deseaban legalizar una unión antes de partir para el frente y desaparecieron viejas trabas como los duelos interminables. A pesar de facilidades y novedades, muchas parejas preferían casarse en los tribunales, pues el registro les parecía más válido. Asimismo le maravilló lo simple que era divorciarse; el tribunal creado por la Generalitat inició su actividad tras disolverse las desordenadas oficinas judiciales. Sólo contemplaba apoyo económico del ex marido a la ex esposa en el caso de haber hijos, pues el tribunal consideraba que «una mujer debía trabajar si era capaz» y en caso contrario «entrar en una de las instituciones estatales». Ahora pudieron divorciarse gentes con escasos recursos y algunas parejas pudieron legalizar separaciones de más de diez años. Los primeros días hubo protagonismo de la burguesía, que disolvió enlaces debidos a intereses familiares o materiales. Jellinek loaba una legislación, la más libre tras la de la URSS, y negaba un «reino de licencias desbocadas». Le pasmó que las facilidades para divorciarse sólo rigieran en Cataluña: «Era otro de los resultados de la autonomía de hecho [...] por las condiciones de la guerra, al

igual que ocurrió con la regularización de la acción espontánea en las primeras semanas». Enfatizó que las primeras oficinas judiciales las organizaron anarquistas, pero el Tribunal de Divorcio era cosa de Quero, *conseller* de Justicia de ERC y la razón cardinal del cese de procedimientos anacrónicos, caros y fútiles era la desaparición de intereses eclesiásticos y burocráticos (374-376).

Froidevaux valora cambios legislativos y quejas de Mujeres Libres —preferían la unión libre— por la perpetuación del matrimonio convencional, opción que creció los tres últimos meses del 36 y luego se estabilizó. Hubo un repunte de natalicios nueve meses después del 19 de julio, según estadísticas de la Generalitat. Se pensó llevar la educación sexual a la escuela, mejoró mucho la atención en partos, se crearon maternidades, como en el caso de una antigua quinta de L'Hospitalet, o guarderías como la experiencia piloto en la fábrica Tecla Sala (218-225). Berenguer recuerda que muchas parejas acudieron al Comité de Les Corts para legalizar su unión, pues al parecer «necesitaban, para su tranquilidad, el testimonio de gente calificada», aunque muchas no buscaron testigo alguno (51). Pons Prades cita bodas ácratas, juntados libremente y sin ninguna coacción, novedad frenada por el machismo refractario a «la igualdad de los sexos, consecuencia lógica de la igualdad a secas». Él también lamentó el abismo entre teoría y práctica. En el Sindicato de la Madera Socializada, en reunión extraordinaria, acordaron como serían allí los enlaces. Pensaron un texto con llamados a la «conciencia revolucionaria». Antes del acto se les informaba de que si querían separarse, sólo debían volver, dar los motivos, oír consejos del presidente y reflexionar un tiempo, tras el cual, de nuevo ante el sindicato, se juntaban el original y las copias del acta previa, se quemaban y punto. A pesar de ello, el presidente solía amonestarlos por separarse por bobadas y amenazaba con sacarlos del despacho a patadas, lo que supuso un descenso de peticiones (1974: 93-102.). Piqué cita un decreto de la Generalitat, del 2 de octubre, que regulaba la validez de los enlaces celebrados en el frente o cualquier ámbito administrativo. Como en otros ámbitos, esto sólo pretendía legalizar los hechos y añadir algún requisito, como inscribirlos en el registro civil (1998: 496-497).

La prostitución también fue —y lo sigue siendo— cuestión escabrosa y engorrosa, debido a las profesionales, los usuarios y las costumbres. Para la troskista Low, las anarquistas pegaban carteles sobre todo tipo de asuntos, entre ellos contra los burdeles, pero los compañeros alegaban que no había habido bastante liberación femenina para poder prescindir de los prostíbulos, y las que en ellos trabajaban combatían a los empresarios y ocuparon los lupanares. Tras borrascosos debates, se sindicaron y pidieron ingresar en la CNT (132-135). Jellinek cuenta que el tema sexual lo planteó en especial la CNT, más en concreto Mujeres Libres y Martí Ibáñez. Los prostíbulos y cabarés estuvieron cerrados muy pocos días, mientras proliferaran busconas callejeras, pornografía panfletaria, como los folletos *Comunismo sexual* o *La función social del amor*, así como locales de masaje, que se anunciaban en *La Vanguardia*. La cuestión pensaban resolverla reformando la sociedad que generaba ramera y redimirlas recurriendo a la psicoterapia, pero los milicianos atiborraban el Barrio Chino y las enfermedades venéreas eran las más tratadas en hospitales del frente. Los burdeles acabaron colectivizados, ellas sindicadas y los cabarés adheridos al sindicato de espectáculos de la CNT (377-378). Sossenko, en cuanto llegó a Barcelona, hacia el 1 de octubre, visitó el Chino y le decepcionó la persistencia de este negocio. Joan Mayol sostuvo que desaparecería a la vez que su raíz, la miseria, y «así estas mujeres podrían vivir con dignidad, en una sociedad justa que nosotros los revolucionarios íbamos a construir» (110). Era una de tantas cuestiones que desasosegaban al médico Martí Ibáñez, que quería eliminar la práctica, a la vez que una de sus secuelas, las enfermedades venéreas. Para ello propuso organizar liberatorios de prostitución, hogares colectivos para reeducar a las trabajadoras del sexo con exámenes psicológicos y psicotécnicos que investigarían su elección, los motivos de su fracaso social y las vincularía a bolsas de trabajo. En resumen, «estableciendo un nuevo concepto del amor considerado como radiante plenitud — tan lejana de aquella helada concepción romántica [...] como de aquel fango materialista e instintivo a ras del cual pretendían rebajar los fisiólogos el amor», la mujer liberada espiritual y materialmente viviría la sexualidad con naturalidad. Invocando a Ramakrishna, el médico decía que «la Revolución ha barrido [...] prejuicios

y falsedades burguesas y el otoño revolucionario arrastra las hojas secas de la sexualidad torpe de antaño con sus vendavales y deja limpio el suelo para que sobre él avance con paso rápido el nuevo concepto del amor. [...] La prostitución es el eslabón visible de esa cadena herrumbrosa que forma la vieja moral sexual [el] torpe concepto del erotismo, [la] desigualdad amorosa entre hombre y mujer, las trabas económicas que a la libertad de amar se interpusieron hasta hoy». Con la libertad de amar cesarían prostitución y donjuanismo. También pensó organizar consultorios de orientación juvenil psicosexual y un Instituto de Ciencias Sexuales, centro de investigación y enseñanza. Entre los logros concretos citó la Maternidad de L'Hospitalet, la Casa para readaptar jóvenes Enrique Fontbernat, la de Convalecencia Francisco Layret y la de Ciegas Pi y Margall (73-79 y 91-94). Xavier Diez, en su ensayo sobre el individualismo, trata con notable profundidad la perspectiva libertaria de la sexualidad, evidenciando, además, que su talante hostil a dogmas, imposiciones y mandatos implicó casi tantas sugerencias como pensadores.

Según Froidevaux los anarquistas, lectores de Freud, llevaban tiempo sugiriendo la contracepción, el control de la natalidad, la información sexual o la prevención de enfermedades venéreas, lo que la revolución permitió realizar. El sexo, considerado natural, placentero, racional y saludable, debía verse como relación entre gente equilibrada y sana, nunca bestial, sino respetuosa con el otro y armonizando con el amor. Todos debían disponer libremente de su cuerpo y la mujer dejaría de someterse al varón, a dogmatismos hipócritas o a falsas ataduras que ensalzaban la castidad o la virginidad. Denunciaban la prostitución y la pornografía no sólo como inmorales sino además como culpables de la ociosidad. Las JJLL montaron «autos de fe» y quemaron revistas, llegando a arbitrar, censurar o juzgar, cayendo en las intolerancias y pudibundeces de los carcas; pero otros veían la pornografía como valor artístico. Cita a Martí Ibáñez, sus tratados, consultorios en revistas como *Estudios* o *Tiempos Nuevos*, su experiencia clínica y apostolado del eugenismo: conocimiento y práctica de una sexualidad racional y socialmente armoniosa o sus recelos, pues si primero se habían exacerbado instintos reprimidos escandalizando a los pacatos, la

revolución aún no había influido en la sexualidad y temía que al puritanismo burgués siguiera uno rojo. Insistía que la sexualidad, tan individual, no podía encajarse en una moral colectiva, aplastando su cálido y excitante misterio con el peso de normas y preceptos. Froidevaux añade que les obsesionaba el burdel como paradigma de la corrupción burguesa y como última secuela de la miseria, que llevaba a vender el propio cuerpo. Algún candoroso pensó arrasar el Chino y acabar con él como con el dinero, pero en cambio creció con el alud de refugiados (226-237 y 238-250). Vidal entrevistó a varios anarquistas. Uno de ellos, Pons Prades, le dijo que se oponían a los burdeles no sólo por higiene, sino porque humillaban a la mujer y denigraban al cliente. Añadía que la suya era una revolución moral, pues a la vez querían liquidar el egoísmo, la envidia o la vileza. Domingo Gargallo habló con anarquistas en Caspe implicados en ajustes de cuentas, a la vez que preconizaban una nueva moral; muy respetuosos con las mujeres, llegaron a fusilar a un miliciano por violar a una moza (88, 82-83 y 94). Pons Prades citó el Moulin Rouge, uno de tantos «antros» del «vicio» clausurados por los revolucionarios, y se preguntaba cómo redimirían y regenerarían a las afectadas, pero también sí lo querrían, aunque no dudaba de que lo aceptarían si se les razonaba la cuestión, pues entenderían que se trataba de recuperar la dignidad. También decía que, en esos días fascinantes, construir una nueva sociedad fraternal, igualitaria y libre les parecía fácil, «como si bastase con cambiar las banderas, sustituir himnos, anunciar nuevas formas de convivencia, abolir la moneda, disolver las jerarquías, cancelar la propiedad privada y romperse los cuernos unas cuantas docenas de viejos luchadores, para barrer de una vez para siempre de la faz de la Tierra el egoísmo, la envidia, la hipocresía y el orgullo, que eran los pilares seculares sobre los que se asentó siempre el imperio del dinero». Aunque luego hubo tropiezos, «aquellas jornadas de julio de 1936 siguen siendo el período más maravilloso de su existencia [...] porque unos y otros [...] estábamos convencidos de que habíamos empezado a echar los cimientos de un mundo mejor» (1974: 69-72). A la Madera Socializada se le confió una veintena de rabizas que trabajaron en la sección de Tapicería, Barnizadores y Tiendas. Detalla el caso de una de ellas, Mona (Desdémona), una cubana de unos 23 años, hija de un

sindicalista con quien ella marchó a Francia a raíz de la Setmana Tràgica, luego a Cuba y de nuevo a París, donde estudió música y danza, y regresó a Barcelona en 1932. Llevaba en ese puesto cuatro semanas cuando demostró ser muy buena barnizando con ambas manos, pero por alergia al olor de la pintura pasó a una tienda. Antes de Navidad, las JJLL del Poble Sec denunciaron un burdel ilegal que resultó tratarse de una cena de tres milicianos, la novia de uno y dos amigas, una de ellas Mona, que dijo: «fuera de mi trabajo, en mis horas libres, tengo derecho a hacer de mi capa un sayo, sin que nadie, revolucionario o no, pueda coartarme lo más mínimo. Eso es lo que proclaman las Mujeres Libres, que somos por lo menos tan revolucionarias como vosotros. Más claro: con mi cuerpo hago lo que me place». Más tarde, Mona se fue a Francia y luego a Cuba, donde luchó contra Batista, cuya policía la hizo desaparecer.

Mujeres Libres están bien estudiadas y mejor conocidas. Pons Prades dice que dirigieron la demolición de la cárcel femenina de Reina Amàlia, cerraron prostíbulos y cabarés, como Barcelona de Noche, Bataclán o Molino Rojo; también eliminaron de forma espontánea o normativa a los proxenetas, alguno fue apaleado o linchado por sus ex esclavas y uno llamado «Chino» apareció desnudo y ahogado en la escollera (2005/b: 201-203). Entre sus actividades destaca su revista o varias actuaciones, como instalar comedores ambulantes, cooperar en las primeras colectividades agrícolas y en servicios de orden público o crear el Casal de la Dona Treballadora, en Barcelona, con un plan de enseñanzas teóricoprácticas, profesionales y sociales. Según Ackelsberg, surgieron porque las organizaciones libertarias no atinaban en sus carencias, y añade que Soledad Estorach y otras, la noche del 18 de julio, subieron a las azoteas y con altavoces de cartón pidieron a los soldados unirse al pueblo (117-118). Para Mary Nash su originalidad fue forjar una teoría; la llama anarcofeminismo de clase obrera, una estrategia resistente de doble lucha, contra la explotación y el machismo, y una organización autónoma para llevarla a cabo (134). Según Beevor nacieron de forma espontánea, tras las elecciones de febrero, no de lecturas o teorías feministas del exterior, sino de la intuición de que junto con las clases acabaría el patriarcado. Llegaron a sumar 30.000 afiliadas (161). Según Aisa, tenían agrupaciones en barrios de

Barcelona y más de 40 en toda Cataluña y, en un opúsculo sobre finalidades, decían ser una «poderosa aportación femenina a la tarea revolucionaria constructiva, ofreciendo [...] enfermeras, profesoras, médicas, artistas, puericultoras, químicas, obreras inteligentes». Parte de la labor se hizo en el Casal de la Dona Treballadora, dirigido por la médico Poch y Gascón y donde se impartieron gran variedad de cursos (311).

Hubo otras asociaciones femeninas. Ajut Català de ERC participó en la Aliança Nacional de la Dona Jove desde abril del 37 y en la Unió de Dones de Catalunya desde noviembre de ese año (*Dones d'ERC*, 2000: 21-22). Según Enriqueta Gallinat, Ajut Català surgió el 18 de julio, organizada por Dolors Bargalló de ERC y Dolors Piera, socialista, y en la primera recayó la Secretaria d'Agitació (Olesti: 177). Serrano exalta y sacraliza la sección de mujeres del PSUC y recuerda que forjó una sección de jóvenes *scouts* (2005: 45-46).

Borkenau se tomó unas vacaciones en Sitges, «antes la playa catalana más distinguida y ahora un lugar prácticamente abandonado», y anotó que mujeres de la burguesía «han sido obligadas a hacer trabajos humillantes, como por ejemplo lavar la ropa de las milicias». Y añade que «dice mucho a favor de los españoles el hecho de que las mujeres de los presos o de los ejecutados apenas hayan sufrido abusos». Lo que como sabemos no se podría decir del bando fascista (139-140).

La chiquillada, otro de los numerosos estratos sociales olvidados por la sociedad burguesa, aunque tanto alardeara de fraternidad o igualdad, fue una de las muchas preocupaciones de los revolucionarios. En primer lugar, por lo que hace a la educación. El decreto que creó el CENU (*DOG*, 1-x-36) contemplaba la educación mixta en toda Cataluña y a todos los niveles, lo que Fontquerni y Ribalta han estudiado a fondo y entienden que supuso un cambio sin precedentes frente al puritanismo, pues en el debate se enfatizó que la coeducación mejoraría la futura actuación de la mujer como compañera y madre. Por otra parte, destacó la apertura para ellas de escuelas técnicas. Se dedicó especial atención al principio del neutralismo, tema muy debatido que sugería excluir cualquier ideología impuesta y todo elemento que inclinara al conflicto armado. Se trata de una vieja polémica que creció

en los años treinta con el ascenso del fascismo. El CENU quería educar para la paz frente a la escuela burguesa, que sermoneaba con belicismo y antagonismo clasistas. Anarquistas y algún republicano tutelaron la lucha más encarnizada sobre la cuestión. Serra Hunter, en la introducción al proyecto del CENU, decía que «aspirem a fer les guerres odioses i, per tant, impossibles [...]. Perquè posem per damunt de tot la dignitat moral i la puresa d'acció, pensem en un demà més just i més humà i per això aspirem a crear una Escola Nova en la qual el foc de la llibertat i del progrés no s'apagui mai; un ensenyament que sàpiga ofegar en l'ànima de l'infant els instints atàvics d'odi i de lluita i que encerti a despertar aquelles inclinacions que predisposin a la fraternitat i a l'amor entre els homes». Puig Elias fue otro adalid: «Cada secta y cada partido ha querido modelar el alma del niño según sus gustos y sus dogmas. Y así se han ido formando rebaños sin criterio propio que han cambiado de color político, social o religioso, pero que han conservado el mismo sentido gregario y la misma estructura moral». Y Joan P. Fàbregas, en conferencia radiada sobre la tarea del CENU, decía que «quiere formar la inteligencia y el corazón de los niños sin prejuicios de ninguna clase, alejándolos de todo proselitismo morboso, así como de todos aquellos otros factores que puedan deformar su cerebro y su espíritu». Los de la CNT pensaban que «únicamente de esta manera, con el cumplimiento estricto de estos postulados, será posible alejar del corazón de los hombres los instintos perniciosos y los elementos morbosos a que contribuyen, quizás de una manera integral, las normas de la escuela confesional sea del orden que sea».

La Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (FETE), acorde con su partido, sugería lo contrario y en la campaña «L'escola de cara a la guerra» se enfrentó al CENU, al que pertenecía: «No ho temeu companys mestres, parlem de la guerra. Sí, ja sé que l'hem combatuda, però el que combatíem era la guerra imperialista, no la guerra Santa de la llibertat i de la independència de la nostra Pàtria. Sí, Pàtria amb lletra majúscula, perquè és Pàtria d'homes lliures que sabran respectar les altres races i les altres pàtries, però que no permetran —paraules d'un altre heroi nostre, Stalin— que altres races i altres pàtries toquin el més mínim trosset de la nostra terra».

Pedagogos marxistas querían que los escolares trataran la cuestión bélica y que captaran la batalla de todos los obreros del mundo. Pugna que quiso conciliar Emili Mira: «Ensenyar al nen el que la guerra és. Ensenyar-li les seves crueltats per avorrir-la. Que vegi clarament com nosaltres, en fer-la, lluitem perquè acabi per sempre» (149-155).

Pàmies cita un cartel, reproducido por Abella, de un niño llorando entre camisas y correaes que pedía que «no envenenéis a la infancia» y enfatizaba: «que yo sepa sólo las Juventudes Libertarias reaccionaron contra el adoctrinamiento y militarización de los niños [...] coherentes con sus ideas antiautoritarias» (128). Miró cita este cartel, así como otro de Gallo en el que un crío rogaba «dejadme jugar», mientras era jalado de un brazo por la hoz y el martillo y del otro por la cruz (192).

Assistència Infantil surgió, a finales del 34, dentro del IASUEC, en la Residència Internacional d'Estudiants sita en el Palau de Pedralbes. Se dedicó primero a reformar y modernizar las dependencias para niños del Clínico, desde aumentar el personal hasta atender su convalecencia, para, tras el 19 de julio, acoger refugiados (*Assistència infantil*). Meses después se organizaron una serie de galas infantiles que sustituían la fiesta de Reyes. En la «Introducción» pedían: «¡Demos al niño lo que es del niño!». En la obra que se editó para la ocasión, Martí Ibáñez decía que «nuestros niños han vivido varios meses como adultos. Dejémosles recobrar esa puerilidad que necesitan para su buena salud mental, dándoles unos juguetes que les permitan recuperar su personalidad infantil [...]. El niño tendrá sus juguetes y además su mito, evocado de una nueva visión poética de su mundo de maravillas». También se incluían textos breves de lugares exóticos, de Tagore o de Goethe (*Generalitat de Catalunya, Setmana de l'Infant*).

Si los anarquistas querían proteger a los párvulos, las JJLL estaban muy comprometidas con los jóvenes. Según Foguet, había en Cataluña unas 300 agrupaciones con más de 40.000 afiliados. El Institut Lliure de las agrupaciones de Barcelona (*Corts Catalanes*, 491) sería vía de acceso a la Universitat Popular, y sus comisiones de Cultura y Propaganda organizaban conferencias y sacaban folletos. Hubo quejas contra la CNT, que fue tachada de paternalismo (2002: 25-26).

VII

Paz a los hombres, guerra a las instituciones

Insisto en que el 19 de julio se alzaron y fueron batidos quienes, hasta hacía poco y por muchas centurias, se habían responsabilizado de garantizar, con la cruz y la espada, un sistema injusto y punitivo, mientras los gobernantes, atrapados por planes reformistas y pacatos, no reaccionaron o se negaron a dar armas a un pueblo decidido a oponerse a los golpistas. Resultado de la peripecia, como mínimo en Barcelona, fue una situación inaudita: antiguos represores detenidos o huidos, administradores electos desacreditados y masas —poco o mucho— ligadas a la CNT y estructuradas en comités de barrio, fábrica o pueblo. Esfumado el reducido grupo que propugnaba la organización autoritaria de la sociedad, quienes fueron, desde siempre, perjudicados por los amos del poder nada querían saber de él y soñaban con una alternativa libertaria, igualitaria y fraternal, más o menos influidos por el plan ácrata. Pero los sublevados habían vencido en media España, lo que degeneraría en una larga guerra, y en muchos lugares de la otra mitad peninsular tenían el mando republicanos o socialistas. Además, en el panorama internacional, si las dictaduras fascistas pensaban, desde hacía tiempo, apoyar a los militares, los gobiernos parlamentarios, alarmados y

atrapados entre la extrema derecha y el miedo a la revolución, no podían tolerar una salida que les cuestionaba. Las clases subalternas catalanas, vacilando en un laberinto sartriano, aún no sabían que cualquier decisión les perjudicaría. Si la inmensa mayoría pensó ensayar soluciones soñadas y rumiadas desde años y basadas en el recuerdo de una idílica sociedad previa a la capitalista, políticos y mandarines fueron capaces de enmarañar a parte de los directivos sindicales, que se dejaron atrapar para ingresar en un espurio organismo colectivo, el CCMA. Era la primera alevosía del listado de claudicaciones de quienes decían desdeñar el poder y rehusar imponer su idea de forma dictatorial, pero que cedieron ante la tentadora miel del mando y la ensoñación de creer que decidirían, ordenarían y salvarían la nueva situación. La asombrosa coyuntura pasmó a propios y extraños y desde entonces ha provocado todo tipo de glosas y elucubraciones. Para Rabasseire, «se habían invertido los papeles; en tanto que, hasta 1936, el pueblo se había contentado con actuar como espectador de la vida política, eran ahora los delegados de la Generalitat quienes se convertían en simples observadores, mientras las organizaciones obreras ejercían el poder ejecutivo» (134-135). Según Martorell, si los revolucionarios eran minoría a escala global, «no se'ls podia negar que, per separat, eren la major força, i la més potent, d'Espanya. Si van tenir la prudència de conformar-se en fer la revolució per etapes, va ésser perquè van comprendre que, si haguessin fet la revolució llibertària, s'haurien convertit en oposició totalitària davant de les altres forces polítiques» (86-87).

Jellinek enfatizó que, por primera vez en la historia, la CNT y la FAI defendieron un gobierno; adrede, pese a poder hacerlo, no instauraron el comunismo libertario y, rechazando la oferta de Companys de entrar en la Generalitat, rehusaron derruirla. El CCMA «existía al margen de la Generalitat, estrechamente conectado con ella pero no dependiendo de ella». Destaca el esfuerzo que se realizó para garantizar que Barcelona subsistiera, ya que «estaba alimentada, iluminada, tenía agua y los desagües funcionaban». Sin una gerencia central, a pesar de los desacuerdos y los numerosos comités —o quizá por eso—, se cosechó, se creó una milicia eficaz y «la vida continuó en una rica y vital confusión que no era totalmente

un caos». Jellinek afirma que Durruti organizó la «indisciplina» en Bujalaroz y que «el sistema funcionaba extraordinariamente». Machacó que «el caos debía haber sido total. No lo fue. El sentido común y el típico sentido del honor y la humanidad española salvaron muchas situaciones absurdas y posiblemente fatales. Lo que debía haber sido un caos era solamente una confusión relativa [...] nadie se preocupaba demasiado por las formas del legalismo burocrático [y] los conflictos se resolvían de forma expeditiva, irritando a confortables burgueses y a los revolucionarios esquemáticos». También destacó que la Generalitat adquirió más atributos de los que le daba el Estatut, y a pesar de las trabas de éste y la oposición de Madrid, hubo notables logros en lo social o pedagógico, pero no se quiso crear un Estat Català (EC) en la República Federal como propuso Macià en 1931. Companys dijo, en entrevista en *ABC*, que «nos movemos hacia la República Federal [...] y por lo tanto hacia la conquista de la tradición española»; el periodista, pasmado, pensó que eran los rebeldes quienes se apoyaban en las grandes tradiciones hispánicas, a lo que el president replicó: «Tonterías. Lo único que hacen es adaptar leyendas históricas para sus propios propósitos. La verdadera España tradicional es Cataluña cuando se negó a reconocer a Carlos I, Castilla cuando se alzó contra los nobles flamencos y Navarra cuando volvió a obtener sus privilegios y exenciones». Concluye que no era separatismo, sino federalismo compartido por la inmensa mayoría de los catalanes (277-278, 363-364, 370 y 379-380).

Para Adsuar el vigor del movimiento popular evidenció el fracaso de los intentos de neutralizar, con un alud de decretos, las iniciativas populares, mientras crecía la brecha entre los dirigentes anarcosindicalistas y la base (I: 92-93). Algo similar plantea Esenwein: si primero predominó la espontaneidad de los comités, con el tiempo cada vez más las decisiones eran cosa de la CNT, cuyos jefes evitaron el derrocamiento de la Generalitat y fueron adquiriendo compromisos al margen de la gente y, además de la brecha citada, los antagonismos entre grupos contaminaron, al final, toda la comunidad libertaria (355-356). Parecer que reitera Ealham, viendo la red de comités y la efímera Federació de Barricades, única salida revolucionaria que fracasó al no conseguir un eje popular para llevar a cabo el proceso, debido a

que a las bases sólo les interesaban cuestiones locales y no aceptaban estructuras superiores. Los líderes anarquistas cooperaban con la Generalitat, aunque siguiendo la vieja costumbre cantonal, los decretos de ésta se ignoraban y los comités sólo se encargaban de temas inmediatos, tejían nuevas redes sociales y elaboraban experiencias solidarias. El 21 de julio, mientras los dirigentes claudicaban, la masa ocupó los barrios de los explotadores, sus palacios e iglesias (2006). En obra anterior, Ealham piensa que se aprovechó la experiencia de la huelga de inquilinos de 1931 (2005: 282).

Pozo González prefiere llamarlo dualidad de poderes, frente a quienes lo ven como multiplicidad o atomización, y ve dos fases: una de preponderancia obrera, seguida por otra de contraofensiva gubernamental. Si bien la CNT negó los poderes legales, tampoco pensó en liquidarlos y así, en resumen, los distintos comités locales constituyeron la base de un poder revolucionario, en lugar del parlamentario, cuya fragmentación fue una de sus peculiaridades y, a la vez, su mayor limitación. Si no se fue más allá se debió a su propia estructura, a su idea del poder, por supuesto, a la guerra y, en general, a la carencia de un plan revolucionario alternativo y de organismos de masas que intentaran la conquista del poder político, lo que los ácratas no podían plantearse de forma alguna (505-521 y otras).

Brademas sostiene, siguiendo la biografía de Companys escrita por Osorio y Gallardo, que durante meses la Generalitat fue un «artefacto meramente formulario», una sombra de existencia, legalizando decisiones adoptadas por los comités (179). Para Semprún-Maura, la Generalitat controló sólo las finanzas (143) y, citando el *Decret de Col·lectivititzacions*, del 24 de octubre, piensa que no fue la sanción de lo decidido por el proletariado, sino un intento de quedarse con las empresas, sin que los afectados le prestaran mayor atención (110).

Episodios municipales

Como ya he dicho, el mismo cariz del rechazo al golpe implicó diferencias locales. Kaminski acaba el prólogo destacando que «tras el trágico declive de la Revolución rusa, Cataluña es el centro de atracción de todo un mundo que ve en ella una esperanza y un principio»; y enfatiza que «La Revolución española no se encuentra en Madrid ni en Barcelona; [en la primera] prevalece una atmósfera de lucha contra el fascismo. La verdadera Revolución está en el campo, en [...] los pueblos. [...] En realidad, cada pueblo es autónomo y se organiza como quiere./ Cinco siglos de historia, toda la obra de la *reconquista*, todo lo que los reyes de Castilla conquistaron, todo lo que la Iglesia había acaparado, todo lo que el capitalismo había atesorado, ha desaparecido. Milicianos y campesinos [...] son, ahora, los dueños [...]. El lugar que antes ocupaban condes, barones [...] ahora lo ocupa el Comité [...] cada uno con un nombre distinto y con una política diferente./ [...] no [es] una lucha política en la cual las masas dirigidas, y sólo conscientes a medias, obedecen una orden cualquiera. [...] La Revolución brota de la raíz del pueblo. Lo que ha explotado, España lo llevaba en su sangre desde que la Inquisición levantó sus hogueras» (20 y 85-86).

Aclara Gutiérrez que «aquest moviment de dinamització de les activitats municipals no havia tingut mai un precedent enlloc del món ni en cap època de la història. Mai els ajuntaments [...] no havien arribat a sumar tantes atribucions i llibertats de moviments. Cada corporació podia redactar la seva carta [...] que s'adaptava a les característiques de la localitat» (104-105). Tasis detalla, en folleto oficial, que «en els primers dies que seguien l'esclat revolucionari, la creació espontània dels Comitès locals» anuló concejos; una alteración derivada de un prodigio, la entrada «al govern del país dels sectors obrers que, degut a llur posició tradicionalment apolítica, havien romàs fins aleshores allunyats de tota intervenció en qualsevol organisme públic, començant pels municipis». El decreto de Governació del 22 de julio fue el primero de una serie sobre consistorios, flexibles para facilitar cualquier remedio que aconsejase las variantes políticas y las exigencias de cada lugar. Tasis añade la lista de acuerdos sobre presupuestos ordinarios y

extraordinarios, del 31 de julio y el 3 de agosto; para las necesidades de defensa o paro forzoso, del 6 y el 17 de agosto; y las contribuciones de gente acomodada para gastos debidos a «una guerra civil provocada per uns defensors dels privilegis de fortuna i de naixença», lo que evitó el riesgo de imposiciones incontroladas o abusos derivados de envidias o codicia. El *Decret de Seguretat Interior*, del 9 de octubre, disponía que los ayuntamientos debían constituirse según la proporción con la que estaban representados en el Govern partidos y organizaciones del Front Antifeixista. Las villas con menos de 5.000 habitantes tendrían 11 consejeros; las de 5.000 a 20.000, 22; las de más de 20.000, 33. Repartidos de acuerdo a la siguiente pauta: ERC y CNT, 3, 6 o 9; PSUC-UGT, 2, 4 o 6; UR, Acció Catalana Republicana (ACR) y POUM, 1, 2 o 3. Y añadía que «la desaparició parcial de l'economia capitalista ha posat a les mans dels Ajuntaments molts instruments de treball i de distribució que fins ara [...] anaven a càrrec de la iniciativa privada» (1937: 15-24).

Zamorano piensa que los decretos del 9 y el 12 de octubre, que sustituían los comités por concejos, no frenó la revolución, pero templó espíritus, liquidó excesos violentos de trastornados, y racionalizó y equilibró lo realizado hasta aquel momento. Capaz se «institucionalizó» la revolución, al ratificar los cabildos lo resuelto por comités —incautaciones en primer lugar— y sindicatos locales o colectivizaciones en cuanto a organización de la vida material (173). Cataluña fue, para Cárdbaba, independiente en realidad durante los meses iniciales; mientras la Generalitat intentaba controlar la situación, «en esta primera etapa de efervescencia popular» nadie obedecía sus decretos, pero la cosa cambió al disolverse el CCMA y los comités locales, y recuperar el poder los políticos. En algún lugar de las comarcas de Girona, al oír el mensaje radiado de la Generalitat, tuvo que sortearse la composición del comité, pues nadie quería integrarlos (2002: 60-66). Insisto que todo ello evidenciaba la descentralización y la pulverización que había ocurrido con el poder, pues el comité, espontáneo, tenía en cada lugar denominación distinta y su actuación dependía del carácter o de la problemática de los vecinos.

En Albinyana, atendiendo consejos de El Vendrell, se constituyó el 19 de

julio un Comitè Popular Revolucionari Antifeixista que presidió el alcalde August Saperas, con el juez municipal de vicepresidente y el secretario anterior (Íñiguez: 27). En L' Atmella, Plumé i Bosc, pequeño payés y gran agitador cultural, que en los años veinte creó Amics del Llibre y la primera biblioteca pública, fue alcalde durante toda la guerra (Badía: 48-50). Entre las primeras decisiones de su comité estuvieron, según *El Eco de Badalona* (26-ix-36), las de «asegurar el abastecimiento de la población; procurar que los desmanes no fuesen irreparables; organizar la vuelta al trabajo; creación de milicias disciplinadas para asegurar el orden entre la población y medidas de protección a los ciudadanos; establecer un estrecho contacto entre las organizaciones políticas y sindicales de las fuerzas republicanas y asegurar la asistencia médica» (Guardiola Salinas, CEHI: 89-98). De once ayuntamientos constituidos en el Baix Penedès, por orden del 11 de octubre, en siete la alcaldía fue para la CNT, en dos para ERC o UR, incluida la capital, El Vendrell (Bertran: 188). En La Bisbal, el Comitè Popular Antifeixista estaba formado por cuatro miembros del POUM y dos de la CNT, el PSUC y ERC. Estos dos últimos partidos, a pesar de su peso numérico, dimitieron por detenciones y registros y les sustituyeron dos de la FAI. Con escasos militantes pero muy activo, el POUM destacó en un comité que relegó a un rol sólo decorativo al viejo Ayuntamiento. El nuevo consistorio, creado el 21 de octubre, tuvo una composición idéntica. Josep Matas sostiene que la CNT fue el grupo con mayor presencia y peso merced al crédito que alcanzó tras los sucesos del 18 de julio, a la organización de milicias para el frente, a que orientó la mayoría de empresas colectivizadas, los abastos y el Ateneu Obrer, creciendo espectacularmente en afiliados y consiguiendo el apoyo de PSUC y POUM. No hubo enfrentamiento en mayo del 37, CNT siguió como grupo principal con el apoyo de PSUC y militantes del POUM, y UR se organizó en agosto del 37 (AAVV, 1990: 26-28, 63-64 y 69).

Amat recuerda la serie de comités históricos de Calella: Junta Revolucionaria en octubre de 1868, Comissió del Poble en julio de 1909, Comitè de Salut Pública el 14 de abril de 1931 y Comitè del 6 de octubre de 1934, «todos de la pequeña burguesía». Mientras que el de julio de 1936, en funciones de concejo, compartió el control local con otro Comitè de Salut

Pública. Éste fue creado al evidenciarse el desencadenamiento de la guerra, expulsó a unos indeseables que buscaban aprovecharse para beneficio personal y se enfrentó a patrullas de fuera que querían excederse, como eliminar a Germinal Esgleas, compañero de Federica Montseny (1994: 89-93). En Calonge, la CNT creó dos comités: el de Guerra responsable de orden público, vigilancia y milicias, y el Antifeixista, que funcionaba en paralelo. En septiembre del 36 ambos los formaban seis de la CNT, cuatro de ERC y dos del anterior Ayuntamiento. El 2 de noviembre, el nuevo Ayuntamiento fue constituido por CNT-FAI y la agrupación republicana Avant, únicos grupos que, al no haber otras organizaciones, acordaron repartirse las once concejalías (Vilar: 33-36). El concejo de Canet resistió tres semanas pero acabó sometiéndose al comité, en manos de la FAI y el POUM, del 14 de agosto al 4 de noviembre, que no acató código ni reglamento alguno, no se coordinó con los demás y no puede equipararse con otros. Para Rovira Fors «es tractava d'un organisme nou que s'anava fent a si mateix, adaptan-se a les noves circumstàncies». Lo presidió Narcís Marcó, uno de los fundadores de la FAI, hasta el 8 de agosto, cuando perdió la confianza de la mayoría, y de los jóvenes en particular, al inclinarse abiertamente por liberar a presos derechistas (Mas Gibert: 86-88). El de La Canonja se llamó primero Comitè Executiu del Front Popular y luego, quizás a partir de 2 de septiembre, Antifeixista, con gente del consistorio y de partidos y sindicatos; en casi todos los documentos junto a su sello figuró el del Sindicat d'Obrers del Camp, lo que evidencia su primacía (Llop: 76-78). Esquirol formó, el 9 de agosto, nuevo consistorio regido por el presidente de la cooperativa Activitat Obrera. El nuevo Ayuntamiento, creado en 18 de octubre, lo formaron cinco de la UGT y dos de UR y la CNT (Crosas, 2000: 86-87). En La Garriga, el decreto que disolvió los comités no impidió que la CNT siguiera dominando (Garriga: 43-47).

El Comité Ejecutivo Antifascista de Girona rogó a los de la comarca que delegasen dos miembros a la primera asamblea que se reuniría, el 3 de septiembre, con 420 delegados de la mayoría de villas, y resolvieron lo evidente: cada comité regiría en su localidad (Cárdaba, 2002: 168-169). Clara detalla el mismo ámbito: hubo lugares donde convivieron ayuntamiento y

comité; en muchos lugares el primero estuvo subordinado, pero también ocurrió lo contrario. Por ejemplo, en Maçanes, el concejo estimuló la creación del comité. Hubo comités que se propusieron encauzar las transformaciones y otros creados para defenderse del entusiasmo de terceros. El de Marçà, mediante unas contribuciones que gravaban a los mayores propietarios pensó hacer escuelas y un pozo público, reparar pistas, traer la electricidad, y creó un sindicato agrícola que distribuyó tierra a labriegos que no tenían. El de Sant Feliu de Guíxols socializó la empresa de agua, electricidad y gas, así como la del ferrocarril, y repartió tierras entre parados. Hubo comités violentos, mientras otros defendieron el templo con armas en la mano, como el de Beget. El de Palau-Saverdera evitó venganzas y el de Girona decidió fusilar en la Rambla a ladrones y saqueadores (AAVV, 2004, I: 195-196).

Pujiula, siguiendo el parecer de Nel·lo (AAVV, 1986: 119-134), piensa que el colapso del Estado republicano trajo organismos revolucionarios que intentaron substituirlo adoptando una estructura territorial en comarcas y regiones, que más tarde, desde octubre del 36, adoptó la Generalitat. El comité de Olot se tituló de la localidad y la comarca, pero Pujiula duda que influyera sobre otros, como sobre el de Sant Joan les Fonts, con notable presencia libertaria. En la práctica, en cada lugar, como mínimo al principio, se adoptaron normas propias y cada comité tuvo competencias en obras públicas, vigilancia de costas y caminos, control de producción y avituallamiento de hospitales y del frente. Nel·lo detecta ciertas dosis de voluntarismo y, en realidad, una notable autarquía local en las primeras semanas (1995: 165-169). En L'Hospitalet, hasta el 30 de septiembre, también cohabitaron el Comitè de Milícies y el Ayuntamiento, primando el primero y sancionando el segundo lo acordado; también fueron frecuentes las asambleas populares y obreras (AAVV, 1989: 496). El 15 de septiembre, en Igualada se pensó reunir un comité comarcal (Térmens: 70). El *conseller* de Governació mandó a Guinart como delegado a Lleida, donde los del comité, con el pretexto de que habían ganado los payeses del POUM, querían desviar el Segre para regar, lo que habría dejado las fábricas sin energía (55). Barull dice, al contrario, que el caso de Lleida se caracterizó por la decisión de las

asociaciones laborales de encauzar el proceso revolucionario y que una asamblea global concedió poder ejecutivo a un Comitè de Salut Pública o Popular, con secciones autónomas, al margen de irregularidades y las respuestas violentas al alzamiento que sucedieron durante los primeros días (26-27). Según Sagués, los grupos republicanos que no quisieron entrar en el ayuntamiento solían calificar de cantonal el proceso (667-668).

En Mataró ya hubo vínculos entre obrerismo y Ayuntamiento antes del 18 de julio. Joan Peiró y Salvador Cruixent, alcalde por ERC, ocupaban cargos en la Cooperativa del Forn del Vidre y un buen número de anarquistas votaban las listas de aquel partido. Siguió la concordia entre concejo y Comitè de Salut Pública, creado el 20 de julio y formado por seis de la CNT y ERC, cinco del PSUC, dos de las JJLL, ACR y el POUM, y uno de la FAI. Pusieron en marcha las Milícies Ciutadanes, tres escuelas nuevas y un Museu Comarcal, arreglaron calles y el cementerio, y desviaron la riera. El consistorio del 16 de octubre lo formaban nueve de ERC y la CNT, seis del PSUC, tres del POUM, ACR y UR (Colomer, 2006: 109-110, 116 y 152-153). El Comité de Moià convocó a los jóvenes que supieran disparar para combatir el «banditatge» (Ros i Roca: 52). El de Mollet lo presidió Feliu Tura, dirigente de UR, que tuvo una relación difícil con la Col·lectiva Agrària (Suárez: 111 y 129); pero según Corbalán, por su peso en fábricas y construcción, CNT-FAI fue todavía hegemónica al cesar el comité y logró municipalizar la vivienda (79). En Olot, el 20 de julio se reunieron delegados de la CNT y la Federació Local de Sindicats, ligada al POUM, y acordaron una huelga general, crear patrullas armadas y, el 21, un comité con dos representantes de ERC, juventudes de ERC, CNT-FAI, Federació Local de Sindicats, Centre Obrer, Partit Comunista, Sindicat Pagès, Izquierda Republicana (IR), POUM, ACR, que presidió primero el POUM y, desde inicios de septiembre, la CNT. El municipio, en la práctica, sólo acataba sus decisiones. El nuevo consistorio, creado el 16 de octubre, lo constituyeron, como en Figueres y Santa Coloma de Farners, los mismos hombres que había organizado el comité y la nueva carta municipal estableció que no habría ni alcaldes ni concejales, pues todos los miembros tendrían idénticas prerrogativas y serían, rotativamente, *conseller delegat*. Por otra parte, el

final del comité no supuso el de las Milícies (Pujiula, 1995: 95, 146-150 y 157).

En Palafrugell entraron CNT-FAI, POUM y Unió Republicana d'Esquerres, se impuso un tributo bélico y alguna fábrica fue socializada (Jiménez, 1995: 61-62). El comité de Palamós lo integraron gente de CNT-FAI, POUM y ERC, pero no de UGT o PSUC; no socializaron industrias pero confiscaron propiedades rústicas y urbanas de la Iglesia, la compañía de aguas y el Tren Petit. Palau-Saverdera no contaba con afiliados ni a partidos ni sindicatos, y crearon el comité unos jóvenes que, oyendo la radio en el café, convocaron a cuantos quisieran integrarlo; llegaron unos 25 que, democráticamente, y con un talante que duró tres meses, escogieron a cinco y crearon una milicia (Fradera, AAVV, 1986: 23-41). En Premià de Mar, el 20 o 21 surgió un Comitè Antifeixista, también llamado Revolucionari, delegando funciones en los de Defensa (i Guerra), Milícies, Proveïments y Cultura. En realidad un entramado de comités, muy autónomos, constituidos por doce individuos (nueve de CNT-FAI y uno de ERC, POUM y PSUC), con atribuciones antes de la alcaldía, mera espectadora con alguna tarea burocrática hasta el 15 de octubre, cuando los comités cesaron pero sus miembros más destacados ocuparon la mayoría de concejalías (Amat: 2001, 112-115). Tras el decreto, el 9 de octubre, los anarquistas de Puigcerdà se impusieron en los ayuntamientos de la Cerdanya, denominándose *Consells Administratius Municipals*, sin la composición ordenada. El 21 llegaron a Bellver los de la FAI de la capital comarcal exigiendo un concejo formado por cuatro de la CNT y la UGT, y uno de ERC (que no aceptó). El reparto se modificó, el 7 de diciembre, por tres de ERC y CNT y dos de PSUC, bastante tolerantes, incluso aceptaron allí a los anarquistas de Puigcerdà enfrentados con el jefe de su comité, Martín, el «Cojo de Málaga» (Pous y Solé: 103).

En Reus, los libertarios propusieron desde el principio un cambio radical basado en la *Federació de Municipis Lliures* (Martorell: 86). En Ripollet no se enfrentaron Comitè Revolucionari y Ayuntamiento, pues la CNT tenía representantes en ambos y presidía el segundo Antoni Jorba, de ERC y hermano de dirigentes anarquistas locales (Martos y Oller: 63 y 78-79).

Amparándose en un decreto del *conseller* de Governació del 22 de julio,

en Sabadell se creó, el 23, un Comitè Local de Defensa, en el salón de conferencias del Concejo. Lo presidía el alcalde y delegado de Orden Público y estaba constituido por tres de la Federació Local de Sindicats, dos de la CNT y el POUM, y uno de la FAI, la UGT, CRF y ERC. El Ayuntamiento tuvo alguna actividad y su Comissió de Govern siguió reuniéndose para ventilar asuntos de trámite y aceptar las propuestas del comité, «després d'un canvi d'impressions». La Federació, que agrupaba 15.000 de los 20.000 obreros, desde 1932 se alejó cada vez más de la CNT y el 22 de agosto ingresó en la UGT. Buena parte de sus dirigentes, a través del Ateneu Sindicalista, se inclinaban por el PSUC, pero el POUM era el partido con más militancia (Domingo: 80-83).

Recalca Adín que en Sant Boi, durante toda la guerra, los de la CNT fueron tolerantes, apenas hubo represalias contra la derecha, incluso en los impetuosos primeros días. En octubre del 36 aceptaron participar en el Ayuntamiento gracias al prestigio de los de ERC y en especial del alcalde Vandellós i Jardí, con una considerable autoridad moral (AAVV, 1989: 382-383). En Sant Cugat, tan residencial, el 9 de octubre las concejalías del Ayuntamiento fueron ocupadas por obreros, en especial albañiles, ladrilleros y *rabassaires*. Se municipalizaron los servicios de agua y funerarios (Mota: 204-205 y 251). El comité de Sant Feliu de Guíxols lo formaron PCC, ERC, juventudes de ERC, UGT y CNT-FAI. Esta última fue hegemónica, el primero abandonó el 25 de agosto y ERC casi se esfumó. El de Sant Pol, formado espontáneamente el 19 o el 20 de julio, se llamó de Milícies Antifeixistes Comarcals-Comité Local de Salut Pública, lo formaban dos de PSUC, UR-PSUC, UGT y tres de CNT, y hubo armonía entre unos y otros (Amat, 1998: 77). Parece que el de Santa Coloma de Farners se creó a sugerencia del CCMA de Barcelona, evitó violencia, no impuso tributos elevados, resolvió el paro enviando gente al bosque para pelar corcho, y los albañiles convirtieron la parroquia en mercado, el convento de las monjas en escuela y mejoraron el asilo. Hubo enfrentamientos por la distribución de los alimentos entre trabajadores rurales, de UR, y urbanos, de CNT, UGT y PSUC (Caireta: 80 y 84). En Santa Coloma de Gramanet, ya el 19 actuaron grupos de control, formados espontáneamente entre militantes de la CNT y

dos delegaciones de las Cases Barates, con responsabilidad sobre patrulleros, en parte por el nivel de delincuencia, secuela de la notable marginación social. El 9 de octubre, desoyendo a la Generalitat, el Comité devino Ayuntamiento, sin acatar la composición y la proporcionalidad decretadas y permanecieron 10 de los 12 miembros de aquél. Por otra parte, el PSUC se fundó tarde y su participación hasta mayo del 37 fue sólo testimonial (Gallardo y Márquez: 44, 55-56 y 80).

Piqué pormenoriza el caso de Tarragona. En pleno colapso surgieron, de forma espontánea y casi simultánea, comités que se convirtieron en poder real, representaron a las bases, y expresaron sus aspiraciones y exigencias. El Comitè del Front Antifeixista de Tarragona fue constituido el 6 de agosto por tres miembros de CNT y UGT, dos de ERC y uno de FAI, PSUC y POUM. Los del Tarragonès tenían rasgos distintos: los sindicalistas de la CNT alcanzaban del 12% al 29%, los de UR el 10% y los de la UGT sólo el 7%; mientras por partidos los porcentajes en votos eran muy diferentes: 31% de ERC, 26% del PSUC, 23% del POUM, 10% de ACR, 7% de EC y 1% de IR. El protagonismo agrícola y la distribución de la propiedad implicaban un predominio de *rabassaires* de la órbita de ERC, que simpatizaban con la Unió Socialista de Catalunya (USC) y se acercaban al PSUC; sin embargo, había jornaleros más radicales adscritos al POUM, aunque con frecuencia el proceso se detuvo tras repartir las fincas incautadas, pues la explotación colectiva tuvo poco éxito. Enviadas la Guardia Civil y la Guardia de Asalto al frente, en la capital, el Comitè del Front Antifeixista, el de los Civiles y los Consells d'Obrers i Soldats (CNT-UGT) controlaron la situación con sus milicias, aunque recelando unas de otras. Las que se llamaban anarquistas se movían por doquier, por abnegado y puro idealismo, o cometían algunas fechorías, sin menospreciar las causas materiales, como los escasos sueldos de 10 o 15 pts./diarias y el sustento en comedores colectivos, que el comité cubría exigiendo arbitrios a los explotadores. A otro nivel y en la mayoría de poblaciones no cesaron los ayuntamientos, pero se ningunearon. En Torredembarra, la primera sesión del pleno, convocada el 6 de agosto, no tuvo lugar al no asistir nadie. Donde había dirigentes de ERC con autoridad moral, el comité fue apéndice del Ayuntamiento. A pesar de lo acordado por

el CCMA barcelonés, no consta ningún organismo comarcal o provincial en el Tarragonès. Esta atomización de la gestión empezó a declinar tras los decretos de la Generalitat, del 15 al 24 de octubre. El consistorio de Tarragona del 22 de octubre lo formaron tres de ERC y CNT, dos de PSUC y uno de ACR, POUM y UR. En los pueblos de la comarca, sólo el 38% de los miembros de comités entraron en los nuevos concejos y de los 24 alcaldes los de ERC eran mayoría, los del POUM y ACR, considerables, y los de la CNT, pocos.

Filiación política de los alcaldes (en %)

	Tarragonés	Cataluña
ERC	50	49
POUM	16,6	2,5
PSUC	12,5	14,49
ACR	8,3	0,6
CNT	8,3	24,8
UGT	—	2,1

El predominio inicial de la CNT en Tarragona no eclipsó las instituciones republicanas y, a finales de septiembre, ante las exigencias de la guerra y la angustiosa situación, algunos anarquistas justificaron participar en el poder para conseguir armas, renunciando al control local. Como en toda Cataluña, también el CCMA se tomó muchas más atribuciones que las que el Estatut daba a la Generalitat; lo que a Broué recordó los soviets y a Vilar las juntas de 1808 (Piqué, 1998: 39-57).

La brecha entre el poder nacido del fiasco fascista y el Ayuntamiento fue mayor en Terrassa por la vieja rivalidad entre el alcalde Samuel Morera de ERC y la Federació Local de Sindicats. El poder pasó al Comitè d'Enllaç Antifeixista con clara mayoría de la CNT y el POUM, frente al caduco poder de carlistas, clérigos o votantes de Renovación Española —la mayoría patronos, gerentes o técnicos—, conformando un grupo de presión más notable que en otras poblaciones catalanas (Marcet: 183-184). Y Ragon cita

una Junta de Seguridad, creada el 16 de octubre, responsable de la defensa política, distribuida en varios comités, de la que tres días después se separó el PSUC, explicitando los motivos por los que no figuró en el concejo municipal (125-126).

No se conservan papeles de los dos comités de Tordera: por un lado, el de la villa, llamado también Sindicato Único de Tordera y sus contornos, formado por unas 14 personas, entre ellas, insólito, tres mujeres y dominado por CNT-FAI; y, por otro, el de Hortsavinyà, agregado a Tordera en 1929, con gente de Calella, Pineda y otros lugares que, al parecer, peleaban por la dirección o por cuestiones absurdas. Los de Tordera, desconociendo la orden del 10 de octubre, el 14 situaron en la plaza un vehículo con una ametralladora apuntando al Ayuntamiento para forzar la dimisión del alcalde y nueve concejales. Y se plantearon más cuestiones; el 16, los anarquistas pedían que el pueblo decidiera en asamblea, cerrando los lugares de ocio para lograr más asistencia, pero los del PSUC consiguieron que los acuerdos los tomaran las organizaciones (López y Serra: 49 y 113-116). En Torelló, el 22 de julio se reunió una asamblea en el Teatre Cirviànum que trató del avituallamiento y el Comitè Revolucionari Antifeixista acordó cobrar tributos e intervenir las operaciones bancarias. Al disolverse el 17 de octubre, casi la misma gente formó el Ayuntamiento (Pujol: 110-112 y 126-127). Según Cid, en Tortosa, desde el 20 de julio discreparon los del Comitè Antifeixista, el PSUC, la UGT, CNT-FAI y Centre Obrer de Corporacions, con la alcaldía presidida por Berenguer, de ERC, cada cual con sus milicias respectivas. Mientras tanto, en la comarca otros comités substituían a los alcaldes pedáneos. Poco después, ambas sindicales creaban otro Comité de Obreros y Soldados. Tras la quema de iglesias del 31 de julio creció el antagonismo, y el 12 de agosto los de la CNT, la UGT y el PSUC acabaron con la disputa al forjar una Junta municipal, sólo administrativa, con tres de CNT y UGT y dos de ERC. El concejo de octubre quedó formado por cuatro de la CNT, tres del Partido Sindicalista, dos de ERC y ACR, y uno de UR (41-63). Pujadas lo matiza: el notable peso de la UGT en el Centre Obrer de Corporacions supuso el del PSUC, que dirigió el desafío al Ayuntamiento, organizó la ocupación de fincas y controló los Comités de Riegos y Fuerzas del Ebro, otras fábricas

y el ferrocarril, lo que supuso una alianza entre ERC y la CNT, así como nuevos conflictos hasta el 26 de octubre (136-139). Lo contrario que en Vic, donde cohabitaron comité y Ayuntamiento hasta el 12 de octubre, cuando el primero convocó una asamblea en la que se disolvió, tras aprobarse su quehacer por aclamación (Casanovas: 114-121).

Francesc Llobet, secretario del Grup de Defensa Interprovincial, que abarcaba Caldes de Malavella, Riudarenes, Santa Coloma de Farners, Sils y Vidreres, había recibido el 15 de julio una circular del Comité Regional de Defensa sobre un nuevo golpe militar y en Vidreres convocó una asamblea popular a la que asistió la mitad de la población. Se formó el Comitè Antifeixiste con todos los partidos, organizaciones y payeses; acordaron evitar violencias y rencillas personales o controlar el trigo segado, garantizando 400 gramos de pan por habitante por día durante todo el año (Figueres y Reyes: 300-309). Según Souchy, el Ayuntamiento de Vilanova no tenía ni alcalde ni presidente —se nombraba uno en cada sesión para que dirigiera el debate—, los acuerdos no se votaban y las cuestiones se discutían hasta lograr una convergencia de opiniones, por lo que «ha sido posible establecer [...] un ambiente de armonía» (199). En el Comité de Defensa Local había gente de EC, ERC, USC, POUM y CNT-FAI y, a pesar de que estos últimos eran mayoría, se escogió para regirlo un socialista e intentaron, sin éxito, evitar desmanes (Canalis: 23). Según Puig Rovira, los comercios reabrieron, el 27 o 28, y ante intentos de especular o acaparar, el comité decidió que quien subiera el precio debería regalar la mercancía, el pillaje traería fusilamiento y se tendría por sabotaje que comerciantes o industriales no depositasen la recaudación en los bancos (44-46). El Comitè Revolucionari de Vilassar de Dalt se constituyó el 20 o 21 con notable predominio, con siete miembros, de la CNT-FAI, más dos de POUM y ERC, y uno de UR; la mayoría integraron el Ayuntamiento el 19 de octubre, en realidad el mismo comité, secuela del poder de la Conselleria local de Defensa (Amat: 93-95).

El Comitè Central de Milícies Antifeixistes

El 19 de julio conllevó, lo reitero, la atomización del poder, pero Barcelona era la mayor urbe de Cataluña, uno de sus centros económicos vitales y sede del gobierno autónomo. El predominio de su comité —se autoproclamó Central de Milícies Antifeixistes— fue notable. También hay discrepancias aquí; para Solé y Villarroya lo creó la Generalitat el 21 con el nombre de Comitè de Milícies Ciutadanes, aunque reconocen que jamás fue utilizado y, tras enfatizar el protagonismo de CNT-FAI, dicen que «la Generalitat té poc poder, però *gosa legislar* [...]. És a dir, la CNT-FAI és l'organització que té més pes en la societat sorgida a partir de l'aixafament de la revolta militar [...] i la que en té la responsabilitat» (89 y 92). Quizás Alba aclare esta cuestión: si en los pueblos se crearon comités de forma espontánea, en el de Barcelona entraron cuadros dirigentes de las organizaciones, pero fueron las bases las que efectuaron incautaciones de edificios o reclutamiento de voluntarios. Y añade que «de hecho se “colectivizó” toda la vida ciudadana» (1990/a: 26-27). Juicio parejo al de Fraser, para quien por su rechazo al poder, los responsables libertarios no quisieron asaltarlo y siendo la CNT el único ente con capacidad para llevarlo a cabo, decidió participar en el CCMA, en el que era mayoría innegable a la vez que rehusó someterlo a sus intereses (I: 244). Para Ealham el ocaso revolucionario fue cosa de la dirigencia sindical que, relegando la fugaz Federació de Barricades, llevó a CNT-FAI a colaborar con partidos del Frente Popular, iniciando una sarta de componendas que acabarían en la restauración de los decrepitos aparatos estatales y en el desmantelamiento, a la vez, de los comités locales. Senda que llevó a aceptar tres *conselleries* en la Generalitat en septiembre, disolver los comités en octubre, tomar tres ministerios del gobierno central en noviembre y la exclusión del POUM en diciembre (2005: 298-300).

En 1937, Barriobero achacó la doblez a que «por sorpresa se han adueñado de la CNT y de FAI unos grupos de *intelectuales*, los más de ellos con carnés nuevecitos y son lo mismo que los *intelectuales* de todas partes: demasiado amigos del orden, de las normas preestablecidas, de los gobiernos

preconstituidos, y de solidarizarse con los demás *intelectuales*» (32). A Kaminski, otro testigo de los hechos, le sorprendió que persistiera la burguesía y que creciera su oposición a los logros populares, a través de *El Noticiero* y *La Vanguardia*. Más allá, tras detallar el pacto entre CNT y UGT del 22 de octubre, enfatizó que por primera vez en la historia decidieron el devenir de la gente no los partidos o los gobiernos obsesionados por asuntos políticos, sino los sindicatos, pendientes de asuntos sociales y con cuadros curtidos en inagotables batallas. Plan distinto del modelo capitalista pero también del soviético. Profetizó que prescindir de ellos implicaría liquidar la revolución —habían devenido su médula— y despojar a la experiencia de su esencial peculiaridad: la democracia revolucionaria, antagónica del Frente Popular, parlamentario y burgués, así como de la Segunda, la Tercera o la Cuarta Internacional, pues revivía la Primera, donde habían colaborado Marx y Bakunin (43 y 218-219). Luego Rudiger, en referencia a la decisión del 20 de julio de no caer en una dictadura y pactar con los grupos minoritarios, en especial con UGT, pensó que sería el caballo de Troya de lo que él llamaba fascismo rojo: «Después se verá lo que ahora algunos anarquistas no quieren ver: que lo importante no era la letra del programa anarquista, sino el ideal, el espíritu de libertad, de tolerancia y de equidad que es practicado por la CNT aun renunciando a privilegios y derechos de la propia organización a veces, pero quedando fiel a su trayectoria libertaria» (38, 16-18). *Rabasseire*, seudónimo del historiador Henry Pachter, que huyó de Hitler, tras enfatizar que Cataluña, «siempre a la vanguardia», fue el primer lugar donde se «logró imponer el poder integral de las fuerzas revolucionarias y antifascistas», añadía que los congresos de la CNT y la UGT «hicieron las veces de Asamblea Constituyente», acordando que la Generalitat debía ceder ante el régimen sindical organizado en una Junta de Defensa, con una primera misión, batir al fascismo, pues la revolución era la segunda tarea, postergada «hasta después de la victoria». La CNT «llamó al orden» y sugirió aplazar reivindicaciones sin renunciar al poder sindical (142-143 y 232-323). Para Toryho, la CNT pagó caro compartir el control del CCMA a pesar de su éxito en la calle. Otras fuerzas «se cohesionan y se unen [...] animadas por un propósito: hacer la guerra al enemigo que no es Franco ni lo que él

representa. El enemigo inmediato es [...] la corriente anarcosindicalista mayoritaria que no sabe administrar su magnanimidad. [La CNT] tuvo, en un arranque de *seny* y perspicacia, la fortaleza de renunciar a la dictadura» (79). Dice Richards que la disyuntiva, dictadura anarquista o colaboración democrática, preocupó sólo a los «militantes influyentes» de CNT-FAI que abusaron de su cargo de delegados, decidieron pilotar la movida popular y cayeron en todos los extravíos de los mandarines: «Cautela, temor al desenfreno de las masas, distanciamiento de los anhelos de las mismas, y un sentimiento mesiánico de que todo saber e iniciativa proceden de lo alto y que a las masas no les cabe otro papel que acatar sin discusión las órdenes de tales superhombres» (51). García Oliver dijo en sus memorias que el CCMA iba deviniendo el poder de facto y, dado que no se había escogido presidente y él estaba allí noche y día, «por gravitación pasé a ser el eje —no el jefe» (206).

Bernecker trazó, hace poco, un panorama general. Por unos meses convivieron en Barcelona tres instancias: comités de barrio, CCMA y Generalitat. Ésta logró poco a poco recuperar el poder y más competencias que las reconocidas en el Estatuto de 1932. Dar entrada a CNT-FAI en los dos gobiernos, cuando el proceso revolucionario había alcanzado el cenit, fue un ardid exitoso del resto de grupos leales para frenar dicho proceso y contener a unas masas muy radicalizadas. Se legalizaron cambios estructurales, pero para controlarlos y, a la vez, limitar la soberanía de los órganos de base surgidos de manera espontánea; mientras se les domesticaba, crecía la intervención de comunistas y aliados (1996/b: 493-496). Puig Rovira cita otra dispersión, dado que podía parecer que el CCMA tenía jurisdicción sobre toda Cataluña, pero ni los comités locales le estaban subordinados, ni aquél tomaba decisiones que les afectaran. Las correas de transmisión de órdenes o consignas unían partidos o sindicatos. Tampoco hubo subordinación en comités locales, autónomos y soberanos en su ámbito, el municipio o, en grandes ciudades, los de barrio o calle. En algún comité, como el de Vilanova, cada comisión era independiente y la conexión entre ellas era mínima (32-34).

Es incuestionable que gobernar supuso para los anarquistas traicionar

principios básicos de su ideario, pero también que el CCMA fue capaz de organizar la vida material cuando los antiguos mecanismos habían fallado o desaparecido. Recuerda Alba un cartel de la CNT que decía: «Un vago, un fascista»; y que los comités abastecieron Barcelona, frenaron la locura y organizaron el frente de Aragón. «Negar-ho és no haver viscut aquells dies o posar la mala fe partidista per damunt de la realitat» (1990/b: 190-191). Abad da más datos: tutelaron bancos y casas de empeño; evitaron bastantes represalias o enconos de gente primaria liberada por el proceso, careciendo «del autodomínio que tienen los revolucionarios conscientes»; acordaron hacer frente al fascismo, con 150.000 voluntarios, para detenerlo y vengar las matanzas de obreros revolucionarios y de gente de izquierda, republicanos y socialistas, perpetradas en Zaragoza y en la Rioja. Al llegar a Barcelona el coronel Jiménez de la Beraza se maravilló: «Militarmente esto es el caos, pero es un caos que funciona. ¡No lo perturbéis!». Montjuïc pasó a manos de ERC, el cuartel de Lepanto al POUM, el del Parque al PSUC, y los de Pedralbes, Sant Andreu, Santiago, Avenida Icaria o Ingenieros siguieron en poder de CNT-FAI, esperando que todos dependieran del CCMA. Lamentó que sólo había 30.000 fusiles en el frente de Aragón y el doble en la retaguardia. Algo similar sucedía con las ametralladoras y piensa que, si la CNT hubiera empezado, los otros la habrían imitado (1975: 83-88 y 90-91).

La fragmentación del poder y la decisión anarquista, en esta corta pero insólita etapa, sorprendió a los testigos e interesa a bastantes autores actuales. Montseny era tajante: del 21 al 23 de julio «hauríem pogut fer el que ens hagués donat la gana a Catalunya. Companys mateix ho va dir [...] si haguéssim volgut, hauríem pogut donar un Cop d'Estat com el de Lenin a Rússia. Però a nosaltres ens vas semblar monstruós d'establir una dictadura. [Prefiere] ser acusada de no haver-ho fet que no pas d'haver-me embrutat les mans amb un Cop d'Estat de caràcter bolxevic. Jo vaig ser dels que van considerar que “anar a les totes”, com deia Garcia Oliver, era un suïcidi perquè “a les totes” podíem anar-hi a Catalunya, però no a Madrid, ni a Astúries, ni a tants altres llocs» (Pons: 134-135). Cruells insiste, en sus recuerdos escritos en 1969, en citar la «dualitat de poders», que duró casi nueve meses y durante los dos primeros sólo lo ejercieron la Generalitat y el

CCMA. De la primera dice que se trata de un poder nominal, en representación de la legalidad republicana surgida de las elecciones de 16 de febrero. Al segundo lo ve proletario, extremista y formado sólo por anarquistas que, agarrotados por el miedo ante el sentir de sus bases y la certeza de que éstas no aprobarían su acuerdo, cedieron a los despreciados «políticos», que legalizaron su propia revolución. Siguiendo el ataque, tacha la maniobra de los anarquistas de ilógica, sentimental, nostálgica, triunfalista y a la vez masoquista, pues no osaron profundizar ni en cuanto a táctica ni a ideología. Pero como la situación no la aceptaban ni los sectores más radicales ni los más individualistas, estos dos primeros meses más que de doble poder hay que hablar de su ausencia. Luego retrocede y se maravilla, pues coexistían revolución libertaria y «totes les institucions burgeses», antagónicas: así propiedad privada, agencias de cambio y bolsa, hipotecarias, inmobiliarias, administraciones de fincas y, a la vez, el proyecto de los que querían abolir la propiedad. Situación que pensó podría tacharse de equívoca, al coincidir los revolucionarios deseando alterar la estructura social, de forma poco nítida y en un momento delicado por la guerra, con quienes luchaban por preservar la anterior. La burguesía que no huyó pensó sufrir un temporal sin riesgo de naufragio (1978: 55-62 y 98). Ametlla, desde una óptica similar, expresó el espanto de algunos: «El més inquietant en aquest matí estival i revolucionari és això, la inexistència de l'autoritat. Ara cap esdeveniment per absurd i terrible que sigui no sembla impossible»; y añade que algún miedoso buscó salvarse adoptando un extremismo violento que jamás había sentido (40-41). Para Broggi, «malgrat el desori, la vida continuava, però la manca d'autoritat es feia sentir per tot» (161).

Monjo y Vega no ven acertado hablar de doble poder y en cambio sugieren hablar de vacío, ocupado por muchos mandos de diferente cariz ideológico y establecidos en distintos ámbitos —empresa, barrio, pueblo—, lo que tal vez puede llamarse disgregación. Añaden que CNT-FAI al entrar en el CCMA evidenciaba su decisión de colaborar y cooperar, en aquel momento, con el resto de fuerzas políticas y sindicales, mientras su decidida contribución al Consell d'Economia de la Generalitat demostraría que sus cargos querían trabajar en el órgano que regularía las experiencias

colectivistas de las nuevas empresas, lo que suponía marginar los sindicatos (39). En su ensayo sobre teatro, Burguet piensa que el 20 de julio, más que de dualidad de poder, podría hablarse de una legalidad impotente, sin sentido, inválida, y de un poder real ganado y conservado en la calle por las masas de la CNT (21). Ealham sostiene que los comités de distrito se agruparon en la única entidad que fue revolucionaria, la efímera Federació de Barricades, creada por gente común que enfrentó al ejército; y le recuerdan las federaciones de distrito de la Comuna de París, pero yendo más allá como ensayo de poder local, pues querían resolver temas de éste ámbito y ni pensaban en los de mayor rango. Así, rechaza que hubiera «dualidad de poderes», pues el triunfo popular trajo una disgregación de los centros de decisión. El cambio, evidente en la calle, se palpó en el triunfalismo de los obreros, conscientes de haber sacudido los viejos mecanismos de coerción, en una atmósfera como la de carnaval por el sentir colectivo de emancipación (2005: 281-282). Bonamusa, al contrario, niega que la Generalitat hubiera perdido el poder, en todo caso, la iniciativa, que recuperó enseguida, salvo en cuanto al orden público (2006: 10). Peripecias como las de un tal Antoni Farreras pueden ser ilustrativas; buscando ocupación, pensó que podía hallarla en la Oficina de Turisme de Miravittles. Habían nombrado director general de Radiodifusió a Josep Fontbernat, uno de tantos cargos creados en los 58 decretos que un notable equipo de expertos, reunidos por Tarradellas, habían redactado en su intento de legalizar las iniciativas populares y de acomodar, a la manera de la gente de orden, la cotidianeidad en la retaguardia. Propuesto para sustituir a Fontbernat, enfermo, a pesar de no saber absolutamente nada de radio, Farreras debió aceptar como suyas las propuestas que recibiera del *conseller primer*. No se cumplían los acuerdos en cuanto a distribución de horas de emisión entre los partidos, todo le parecía caótico y dimitió a los pocos días (285-290).

En todo caso, la etapa de proliferación de potestades, más o menos enfrentadas y/o discutidas, fue bien corta. Entre el 19 y el 20 de julio surgieron gran cantidad de comités, el gobierno de la Generalitat fingió decretar la creación, el 21, del CCMA y diez días más tarde, el 31, se reorganizaba con Joan Casanovas como *conseller en cap*, intentando

controlar la situación apoyado en ERC y PSUC. Ante la oposición del POUM y CNT-FAI, el PSUC tuvo que retirarse y el 6 de agosto se constituyó un nuevo gobierno, con apoyo casi exclusivo de ERC, que fingió crear una Consellería de Defensa, una Comissió d'Indústries de Guerra y aprobó la expedición a Mallorca, pero tampoco consiguió retomar el control del poder. El 10 de agosto, en un mitin en el Olimpia, García Oliver pidió crear un nuevo ejército; el 4 de septiembre, en el gobierno central Largo Caballero sustituyó a Giral; y del 24 al 26 de ese mismo mes, el Pleno de Sindicatos Únicos de la regional catalana de la CNT acordó entrar en la Generalitat. El POUM y la CNT-FAI figuraron en el nuevo gobierno, que se llamó Consell de la Generalitat, con Tarradellas como *conseller en cap*, Nin en Justicia y tres miembros de la CNT. El CCMA se autodisolvió por un decreto del 1 de octubre y, poco después, del 9 al 12, otro decreto disolvía los comités locales y los demás resortes dispersos de control de la situación. Esta entrega de la gestión sorprendió a muchos militantes anarquistas y aún hoy es vista por algunos como una claudicación. Abad, al comentarlo un año después, sostenía que no habían renunciado a su ideario y que «a lo sumo, y ése puede ser el aspecto positivo de nuestra intervención, el Estado puede abstenerse de poner excesivos obstáculos a las nuevas creaciones populares; pero confiar la revolución al Estado, aunque fuésemos únicos en él, sería tanto como renunciar a la revolución» (1937: 92-3). Paz, lamentando que la creación del CCMA la hubiesen acordado los jefes sin consultar a los comités revolucionarios, alevosía contra las normas libertarias, le atribuye el fiasco del proceso pues supuso militarizar milicias, legalizar colectivizaciones espontáneas, aumentar el abismo entre la base y la dirigencia, y claudicar ante el chantaje del gobierno y las «democracias» europeas (2002: 36, 59 y 63-67). García Oliver atribuye el fin del CCMA a las ambiciones y la ingenuidad de algunos cenetistas, que llama burócratas, antirrevolucionarios, trentistas, a los que acusa de estar representados por Joan P. Fàbregas, los Urales, Marianet o Abad de Santillán (278-279). Galí detalla los tropiezos del efímero Casanovas como *conseller en cap* (1999: 115-117). Goldman, invitada a un mitin de las JJLL, el 18 de octubre, dijo que «quienes os hablan de la necesidad de nuevos gobiernos, de nuevos dirigentes, están dispuestos a

forjar nuevas cadenas para mejor esclavizaros; son los que consciente o inconscientemente pugnan por canalizar vuestra gloriosa revolución hacia una nueva forma de dictadura». Pero reconocía el poco peso anarquista en el resto de la España leal y las dificultades con los gobiernos europeos. En carta del 4 de octubre se inquietaba por los contactos de CNTFAI con el PSUC, al que consideraba tan peligroso como el fascismo (Peirats, 1978: 201-202).

El resultado fue claro para Raguer. La CNT, aceptando participar en el *Govern*, podía creer que derrotaba a la izquierda burguesa, si bien quedaba cada vez más enmarañada en la red que urdía Companys, a la vez que empezó el recorte de la autonomía por parte del Gobierno central (AAVV, 1990: 303). Así, por citar un caso, Companys decretó, el 28 de agosto, que sólo serían legales en Cataluña las disposiciones del gobierno central que aparecieran en el *Diari Oficial*. Fue más allá, el 4 de septiembre, en su federalismo, sería él mismo quien decidiera, o no, la publicación (Navarro: 166). Según Jackson, Nin declaró el 6 de septiembre que la dictadura del proletariado ya era un hecho en Cataluña, pero en Lleida se unió a Companys, el 17 de septiembre, pidiendo a los trabajadores acatar a la Generalitat. Prensa anarquista y del POUM sugerían, a finales de septiembre, la colaboración (109); para Esenwein, a la propuesta de Largo Caballero, a inicios de dicho mes, de un ministerio sin cartera para la CNT en su nuevo gobierno, la mayoría de sus comités regionales apostaron por un rechazo desafiante, negáronse a reconstruir los superados avíos políticos y exigieron un comité antifascista nacional, o Consejo Nacional de Defensa, donde predominaran CNT y UGT. A pesar de ello se aceptó, el 18 de octubre, entrar en el gobierno (353-354). Amorós trata la cuestión a fondo y atribuye a una oligarquía libertaria el final de la democracia interna de los sindicatos y destaca el rol de Balius, desde la *Soli*, analizando cómo la guerra, que debía ganarse, incidía sobre la revolución. Cita el dictamen de Berneri, lamentando la bolchevización al desoír a la base y caer en una dictadura, y un discurso radiado de Durruti, en noviembre, exigiendo que acabaran el burocratismo y las intrigas políticas, que la retaguardia se sacrificase para ayudar al frente y acusando a los mismos que García Oliver (108-116). Para Munis entre las primeras iniciativas del gobierno de Tarradellas se debatió legalizar las tomas

de propiedades; a la propuesta de CNT y POUM se opuso la conservadora del PSUC y los partidos burgueses; el Decreto de Colectivización sólo reconocía las expropiaciones consumadas y consolidó un Estado que acabaría recuperando el terreno perdido (323324). Bernecker matiza que si la Generalitat debió aceptar buena parte de las transformaciones económicas y sociales, el gobierno central rehusó legalizar lo que se había colectivizado (1996/b: 565).

Derecho y policía

Señalé al principio el cúmulo de abusos e iniquidades que padecían la mayoría de catalanes desde centurias. Por añadidura, la revuelta militar desbarató el antiguo aparato punitivo utilizado para evitar que parte de los antagonismos personales se solventaran sin ceñirse a normas. Resultado de todo ello fueron los excesos de todo tipo que estallaron de forma espontánea al desaparecer los diques que antes los contenían. Desmanes magnificados hasta lo indecible o achacados a CNT-FAI, tan sólo porque devinieron las organizaciones emblemáticas de la nueva situación tras el colapso del antiguo régimen.

Garriga i Massó comparó la Barcelona, que dejó «en plena dominació anàrquica [...] el poc que vaig veure [...] foren per a mi una indicació que tothom volia manar i per tal allò era un desgavell», y la zona rebelde, con «la normalitat ordenada d'un Estat constituït». Por ello tuvo «la impressió que era impossible que l'Espanya republicana pogués imposar-se./ Era visible que la guerra tenia lloc entre un Estat i una horda. El que llegim de les campanyes colonials en les quals un grapat de soldats ben dirigits derroten núvols de milers d'assaltants i acaben imposant-se malgrat la diferència de nombre en relació amb la població que dominen, va ser la impressió que va fer-me la

lluita civil des del seu començament» (302). Al rector de la universitat Bosch-Gimpera le parecieron terribles los primeros meses, por los desmanes de «incontrolados» que acusaban de fascistas a militares o clérigos, sospechosos de intervenir en el golpe, y a mucha gente de derechas, en especial de la Lliga, que al final se implicaron con la CEDA; también los perpetrados por comités, que decidían registros y condenaban a muerte. Acusó a Barriobero de pronunciar muchas condenas injustas y confiscar dinero y joyas, por lo que más tarde fue detenido por la Generalitat (190-193). A Langdon-Davies le extrañó, el último domingo de agosto, el citado cartel de CNTFAI, en el paseo de Gràcia, pidiendo «la organización de la indisciplina». Con ella los obreros españoles habían derrotado al fascismo y eso le reprochaban ahora a quienes exigían acabar con ella. «Si los proletarios querían asegurar su triunfo, debían resistir este intento de abozalar su libre espíritu». Otro aviso decía que «quien quiera que entre a una casa privada sin permiso escrito de la Milicia Antifascista será fusilado sin proceso» (144). Bloch, periodista judío y comunista, narró la lucha anarquista contra el terrorismo, iniciando rigurosas operaciones de salubridad, apoyados en la «honestidad proverbial del pueblo catalán», lo que le pareció muy original, de notable trascendencia doctrinal y de una significación histórica considerable. Pero alertaba del riesgo del lumpen, tan abundante como en todos los puertos (28-29 y 34).

García Oliver dice que, a finales julio, una llamada de Marianet le alertó de una trama golpista de mandos de la Guardia Civil, por lo que se creó el Consejo de Obreros y Soldados, con Dionisio Eroles y Alfonso Miguel, del Sindicato Fabril y Textil, con sargentos y similares de aquel cuerpo, carabineros, guardias de seguridad y de asalto, militantes de la CNT y, de inmediato, de la UGT (209-210).

Hay bastante información sobre las Patrullas de Control. Kaminski dijo que carecían de orgullo burocrático y no se consideraban funcionarios; si pedían la documentación, eran amables, modestos y hasta tímidos (23). Bueno reconoce que no pudieron acabar con los abusos (191-192). Según Paz, las patrullas del CCMA no estaban en armonía con las de los comités locales, que desconfiaban de su autoritarismo (2002: 44). García Oliver, tras

arremeter contra Abad, sostiene que el Departamento de Seguridad Interior dirigido por Aurelio Fernández funcionaba correctamente a los dos días, que José Asens en una semana incorporó a 700 hombres a las patrullas, que Alfonso Miguel y Dionisio Eroles establecieron los Consejos de Obreros y Soldados (233). Toryho señala que las patrullas de control perseguían también a espías y acaparadores, y acusa a Ayguadé de colaborar con el PSUC, traicionando incluso a su partido ERC, en una campaña que denunciaba la dispersión de los centros de decisión (85-87). Casanovas i Codina entrevistó al miembro de una patrulla de Sants: cuando el comité de barrio decidió crear una, nadie quiso ingresar por ser enemigos de toda autoridad y rehusar ser policías y, al negarse los mejores, se desprestigiaron por quienes algo pillaban en los registros (CEHI: 51-59). A Figuerola, apolítico y dueño de un taxi, el 18 de julio lo contrataron unos cenetistas para perseguir «incontrolados» y así vio la detención de abusadores (112-113).

Llarch cita noticias de prensa. En *El Noticiero* (30-VII-36) se menciona el acuerdo del Departamento de Investigación de las Milicias Antifascistas para no aceptar denuncia alguna sin que se identificara el denunciante y con aval de su organización. *Treball* (31-VII-36) citó una larga cola ante la Comissaria General d'Ordre Públic de gente que devolvía armas. *La Humanitat* (31-VII-36) copió del Boletín de Información y Propaganda de la CNT que desafectos a la revolución querían adquirir carnés de ésta por 100 pesetas (216-217). En Berga, al crearse las Milícies, el 26 de julio, el comité mandó que se cerraran las puertas de las casas a las nueve de la noche y no debían abrirse sin la presencia de alguien del comité, lo que evitó abusos (Montaña: 21). Se conoce con detalle el caso de Terrassa, en donde una proclama del Comité de Enlace, del 23 de julio, prohibía de forma terminante efectuar registros domiciliarios sin previa autorización, penaba a quienes hicieran requisas y castigaba con máximo rigor a los culpables de actos de pillaje. El 25 de julio se encarceló a 20 personas que saquearon Can Cadafalch en la Creu Gran; más detenciones facilitaron que regresaran quienes veraneaban en Matadepera y cercanías, y las milicias custodiaron bancos y fábricas desde el 27; el 31 de julio, una compañía de 100 miembros de la Guardia Civil reforzó las fuerzas del comité, lo que hizo crecer la sensación de sosiego. El comité

de defensa prohibió, el 20 de agosto, asistir armado a los espectáculos públicos y beber alcohol. Restoy Martínez fue ajusticiado en la calle principal, el 20 de agosto, por intento de homicidio por un asunto personal; antes le exigieron quitarse el pañuelo rojinegro, pues «no podía ser llevado por uno que no muriese con honor». El comité volvió a intentar acabar con registros domiciliarios que él no avalase y dio salvoconductos a quienes lo pedían (Ragon: 59, 72-74, 88-89 y 106). En Tortosa, tras los incendios del 31 de julio, vigilaron carabineros, guardias civiles y milicianos (Pujadas: 134). Según González, a partir del 17 de septiembre, Largo Caballero estableció las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia e ilegalizo a todos los grupos que quedasen al margen de ellas (30). Mientras Payne dice que, a finales de octubre, todas las milicias de Cataluña quedaron sujetas a la disciplina militar y el mando de las escasas guardias de seguridad dependió directamente del presidente de la Generalitat, desde el 4 de diciembre, provocando desencuentros con el PSUC que no sólo deseó someter a la izquierda radical, sino limitar el poder del *govern* (295). Afirma Gutiérrez que muy pronto se castigó a responsables de patrullas que perpetraron abusos, como las de Vallvidrera o Molins de Rei. Tras el asesinato de Desideri Trilles, militante de la UGT, el CCMA proclamó que se consideraría enemigo de guerra a quien, por partidismos y pasiones o haciendo el juego a los fascistas, se tomara la justicia por su mano y que se fusilaría sin juicio a los saqueadores. El pregón decía: «Catalunya no pot convertir-se en un basal de sang [y] no vol portar al seu damunt la taca de canibalisme dels pobles primitius i salvatges. Exigim ordre i disciplina revolucionària». También lo exigía CNT-FAI, en *Boletín* (25-VII-36) y *Soli* (30 y 31-VII-36), y acabar con los «estafadores [...] que aplastarán la revolución, deshonrándola» (90-94).

Cruells, bien poco neutral, reconocía esta primera medida pública del CCMA para controlar a quienes se habían adueñado de la calle: «S'estableix un ordre revolucionari [...] tot aquell que actuï al marge serà considerat facciós i sofrirà les sancions que el Comitè determini»; para lo que crearon las patrullas de control, con miembros de sus organizaciones, mientras seguía en activo la Conselleria d'Ordre Públic de la Generalitat (1978: 73-74). También Pi-Sunyer i Bayo reprobó «el desordre [que] era general i en molts

casos pueril i mancat d'objectius», y la cantidad de consignas que le parecían increíbles. Pero le parecía peor tanta gente armada «que aprofitava la situació per cometre accions criminals que se suposava quedarien impunes». Al año regresó a Barcelona en un tren «totalment diferent del que ens havia dut un any abans. Els revisors anaven d'uniforme, tractaven de vostè als viatgers i observaven les classes com abans de la guerra. Aquest nou ordre ens va fer la impressió que guanyar la guerra començava per fi a tenir la prioritat que mereixia» (35 y 46). Desde el otro lado, Francesc Comellas recordó haber leído en la *Soli* el acuerdo, que sólo cumplió la CNT, de desarmar la retaguardia para proveer el frente y las quejas por la desorganización e ineficacia de éste; añadía que los comunistas eran «incapaços d'entendre un sistema on es podia posar en dubte l'opinió del capità o de qualsevol comandament, sempre que fos de manera pensada i justificada» (Serrano, 2001: 31 y 33-34). Maravilló a Kaminski la atención que la prensa burguesa concedía a la URSS de Stalin, vista como modélica por su orden (43). Según Llarch, en un conflicto en su fábrica, el 27 de julio, se pidió no confundir libertad con libertinaje y se exigió orden y eficacia (147). Narra García Oliver que poco después del 20 le visitó el cónsul británico, decano del cuerpo consular, pidiéndole el Club Marítimo para allí concentrar extranjeros, custodiados por marinos de su flota, a lo que el cenetista asintió y ofreció incluso domicilios particulares para forasteros o españoles que los cónsules quisieran asilar, pero vigilados por milicianos (200-201). Por su parte, Joan P. Fàbregas, en el «Discurs a la 1.^a Jornada de la Nova Economia», de marzo del 37, exigía «acabar, d'una vegada per sempre més, amb el desori, amb la desorientació i amb la descomposició d'aquesta reraguarda inconscient i frívola» (1937/b: 165).

Varios autores enumeran intentos de la Generalitat por controlar la situación. García Oliver detalla la visita de Companys y el coronel Herrando, el 25 de julio, al CCMA para tratar de los desmanes, asesinatos, robos, violaciones e incendios perpetrados en Barcelona, diciéndoles que «si sois incapaces de restablecer el orden, no estaría por demás que lo manifestaseis, para poner remedio a tan lamentable situación por los medios que estén a mi alcance». El ácrata aclara que no atendieron sus demandas, pues lo que les

inquietaba era la cercanía del ejército alzado (193). Según Jellinek, al desconfiar la Generalitat de las fuerzas proletarias, animó a jóvenes de clase media a entrar en la Guardia Civil, para lo cual acortó el período de entrenamiento (286). Udina narra viajes de Tarradellas a Lleida y Tarragona, el 30 de septiembre, para restablecer el orden (188 y varias páginas). García Oliver detalla como el CCMA dejó la justicia, civil o penal, al Comité Revolucionario que se constituyó en la Audiencia de Barcelona, a cargo de Barriobero, Samblancat o Rosinyol, apoyados por personas de la CNT y la UGT. Sin embargo, el CCMA se ocupó de la justicia militar, decidiendo que los oficiales alzados, todos de Unión Militar Española (UME), fuesen juzgados por colegas leales, de la UMRA, y añade que se les acusó de ser insuficientemente severos.

Abad, preguntándose mucho después sobre por qué volvieron a poner en marcha el Palacio de Justicia, clausurado durante la insurgencia popular, lo achacó a Samblancat y deploró que a los jueces populares les substituyeran antiguos profesionales al servicio de la reacción (1975: 93). Pi-Sunyer lamenta los crímenes de los «incontrolados», nombre que tenía por eufemismo pues sostiene que la mayoría dependían de la FAI, y vio los Tribunales Populares más benévolos que el rencor antes imperante. Reconocía que no se habían producido matanzas en las cárceles catalanas y que a los detenidos en el *Uruguay*, que llegaron a ser muchos, se los trató bien (18).

Rubió, en folleto oficial, trazaba un esbozo de la cuestión. Empezaba con una sentencia sobre que «el poble de Catalunya [...] sent el dret i odia, perquè la reputa imperfecta, l'administració de justícia», por lenta y parcial, que se desvaneció como tantas cosas el 19 de julio, y explicaba que un huracán arrasó el Colegio de Abogados —la mayoría eran reaccionarios e injustos— y luego el Palacio de Justicia y sus archivos. La Conselleria de Justícia suspendió, el 24 de agosto, las juntas de los Colegios de Abogados, Procuradores y Notarios, a los que reemplazaron comisarios. A la vez el pueblo, dirigido por Barriobero y jóvenes abogados afines a la CNT, tomaba el Palacio de Justicia, decididos a juzgar no de acuerdo a las superadas normas sino a su aire, para agilizar los trámites, defender a los trabajadores o

cobrar de los deudores.

Ante el hecho consumado, la Generalitat quiso legitimarlo aislando la justicia oficial de la revolucionaria, para que no se interfiriesen, y el *conseller* de Justicia creó, el 17 de agosto, una Oficina Jurídica para resolver gratis consultas sobre el nuevo derecho, que no existía todavía. Se destruyeron sumarios y se revisaron sentencias, y no sólo las de ámbito social. La Oficina Jurídica usó nuevos procedimientos, aceptó cualquier denuncia o reclamación y actuó sin límites en todas las cuestiones de materia civil, mercantil o social. Rectificó viejos yerros, cerró causas que se habían eternizado, pero también llovieron peticiones de audaces y temerarios pensando beneficiarse de la confusa situación; por ello la misma CNT decidió disolverlas, el 18 de noviembre. Expedientes pendientes y sentencias no ejecutadas pasaron a juzgados de Primera Instancia. Incluso en el momento de mayor empuje revolucionario siguieron en vigor el Tribunal de Cassació o los Industriales, la Audiencia Territorial y los Provinciales. Se decretó, el 2 de septiembre, la Justicia Popular Local, en vez del Consell de Justicia Municipal, que alcanzó la confianza del pueblo. Se transformaron por decreto, el 18 de septiembre, las tradicionales normas en materia civil y se agilizó el divorcio. También se decretó, el 28 de agosto, ampliar la competencia de los Jurados Populares sobre delitos de rebelión y sedición perpetrados desde el 17 de julio, ámbito modificado y ampliado el 22 de septiembre y el 13 de octubre a espionaje, sabotaje, terrorismo, denuncias falsas o derrotismo (1937: 8-40).

Jellinek dijo que: «según todos los observadores objetivos, los Tribunales Populares eran extraordinariamente imparciales [...]. La justicia se aceleró y abarató» (374). Barriobero, en enero del 37, dio su versión de los hechos: desde el principio acudía gente exigiendo justicia, desde compensaciones por conculcar promesas de matrimonio a disputas por herencias. Paralizado el sistema previo y nombrado Samblancat, el 28 de agosto, magistrado de la Audiencia y jefe de la Oficina Jurídica, pensó que debía actuar según la voluntad popular con una nueva legalidad. Decía haber salido airoso de la prueba, por elogios de la prensa o la opinión pública, pues intentó enfrentar cualquier demanda y decidió acabar con la usura, pero se opuso la Generalitat con un decreto, el 4 de septiembre, defendiéndola. Tuvo también conflictos

con procuradores y abogados, que tachaba de mafia que, viéndose sin trabajo, contaron con el respaldo de ERC. Llegó a tener problemas con CNT-FAI y, cuando se clausuró la Oficina Jurídica, lamentó haberse entendido mejor con el *conseller* Quero Morales, de ERC, que con Nin (29-33, 39, 53, 97-105 y 119).

Dice Poblet de Barriobero, del Partit Federal pero vinculado a los sindicalistas, que ocupó el Palacio de Justicia y creó la Oficina Jurídica, todo lo cual quedó en manos de gente de CNT que, al margen del viejo aparato legal, actuó según sus principios e intereses (141-142). Brademas, por su parte, afirma que fue Ángel Samblancat, en nombre de la CNT, quien asaltó el Palacio de Justicia y fue el primer presidente de la Oficina Jurídica, y que cedió el cargo a Barriobero para pasar al Tribunal Extraordinario y juzgar oficiales golpistas de acuerdo a la legislación militar vigente. En 80 días, Barriobero resolvió 6.000 casos. El Tribunal Popular Especial, según Osorio, respetó en general las elementales garantías procesales y estaba dotado de buenos defensores, incluso anarquistas (179-182). Para Semprún-Maura, al contrario que en otras revoluciones, los excesos no fueron cosa de los tribunales sino de policías paralelas (56).

Según Masjuan, la CNT informó de que hasta principios de septiembre la mayoría de demandantes ante la Oficina Jurídica eran trabajadores que, en general, vieron satisfechas sus demandas. Después trató las indemnizaciones por accidentes provocados por tranvías, que en el sistema anterior se sentenciaban siempre a favor de la empresa. Se detuvo al único dirigente de la misma que seguía en Barcelona, el cual tuvo que pagar 100.000 pesetas a repartir entre los perjudicados. También procedió contra las aseguradoras, que habían perdido el contacto con sus sedes centrales en el exterior, sufriendo el rechazo del *conseller* de Justicia Quero que decretó, el 18 de septiembre, que se resolvieran los pleitos según las leyes antiguas. Al parecer, cuando Barriobero se enteró de los tratos, antes del 18 de julio, entre jefes de ERC y Sales, presidente del Sindicat Lliure, se quiso neutralizar a Barriobero acusándolo de malversación. Rubió le atribuye errores y parcialidades (2004: 1047-1052). Bonamusa reconoce que la Generalitat intentó legalizar los cambios populares y, a la vez, mantener algunos de los

vetustos tribunales, y recoge los cambios citados por Rubió. Entre las medidas decretadas por Nin, enfatiza una nueva ordenación de las relaciones de pareja o de adopciones de menores, modificar el ámbito penitenciario, rebajar la mayoría de edad a los 18 años o impulsar la participación de la mujer en el ámbito judicial (194-195 y 217). Vázquez Osuna, en su pesquisa definitiva, califica de oscura e incierta la actuación de la Oficina Jurídica, debido a registros, detenciones, multas y corrupción, y también dice que los jurados populares se crearon para dirimir responsabilidad de civiles y militares golpistas (2005).

Piqué cita lo sucedido en Tarragona. Allí el Tribunal Popular Especial, a pesar de dictar seis penas capitales, no lo hizo con otros 14, pese a que algunos estaban, sin duda, involucrados en el alzamiento (1998: 261-282). En Mataró, ante militares condenados a muerte, *Llibertat* publicó una nota (27-x-36) firmada por 19 personas, entre ellas Peiró, exigiendo «Perdó! Indult! [...] fidels a la convicció humana de proclamar la inutilitat de la pena de mort [...] alcem la nostra veu en demanda de perdó!». Lo rechazaron el POUM y el PSUC, y éste incluso expedientó a dos militantes por haber firmado (Colomer, 2006: 66). Martorell detalla que en Reus un anarco, Soler, y un republicano exigían dinero a un mayorista de vinos, que los denunció. Juzgados por un tribunal popular, se les condenó y ejecutó en público, lo que criticaron algunos revolucionarios. En 1939, la viuda de Soler lo camufló como víctima de los rojos y se inscribió en el listado de Caídos (88-89).

VIII

Del Barrio Chino al paseo de Gràcia

Las poblaciones catalanas, y Barcelona en especial, eran claro reflejo de su sociedad clasista y desigual. En los distritos de los burgueses estaban sus viviendas, más o menos palaciegas, sus círculos de diversión, presión y reunión, y la larga serie de locales para diversas actuaciones económicas, escolares o sanitarias. El resto de la población, la inmensa mayoría, bullía amontonada y marginada en suburbios sórdidos, insalubres y privados de servicios elementales. Ealham detalla las condiciones de vida y sociabilidad en el Barrio Chino barcelonés, así como la implantación del anarquismo allí, enfatizando que muchos de los recién llegados ni siquiera contaban con una cama, lo que debía exasperarles conociendo el tamaño y el aspecto de las otras mansiones, incluidas las de clase media (2007: 55-76). En julio del 36 hubo un raudo y espontáneo cambio. Para Paz, en «cierta manera la calle se había convertido en la casa de todo el mundo» (1996: 494). Al mismo Ealham esta mutación urbana no le parece insólita sino resultado de una centenaria batalla de los obreros por su derecho —vehiculado por tradición oral o memoria social— a disfrutar y utilizar la ciudad. Para los que no eran del barrio podía parecer caótico, pero ellos habían forjado un plan urbanístico

revolucionario, opuesto al burgués, que anhelaba invertir su funcionamiento y sentido. Primero izaron barricadas, claves en su brega contestataria y esenciales para vencer a los golpistas; luego lograron que muchos espacios de los explotadores, antes privados, devinieran comunes y suplieran carencias culturales, escolares o sanitarias (2006). Las últimas barricadas y los milicianos siguieron hasta el sábado 24 de octubre (Bassas: 55).

En Barcelona se situaron o reubicaron centrales de sindicatos, grupos políticos o servicios públicos; y para Beevor, la Ciudad Condal y Madrid se diferenciaban por los hoteles. El Gaylord de Madrid lo utilizó el PCE para alojar con todo lujo a sus altos funcionarios y a los asesores rusos, mientras que el comedor del Ritz de la capital catalana devino restaurante popular (163-164). Sorprende que no coincidan distintos cronistas en el emplazamiento del CCMA, para unos el Club Náutico y para otros, la mayoría, la Escuela Náutica de la plaza Palau, y a finales de julio se trasladó a Capitanía General. CNT-FAI ocuparon el enorme edificio en Via Laietana de Fomento del Trabajo Nacional y la adjunta residencia de Cambó, y Sentís vio simbólico el destino de la casa del «cap genuí dels odiats burgesos» (108). La *Soli* se trasladó de ronda de Sant Pere a unos talleres en un local incautado en Consell de Cent con Villarroel. Ealham considera emblemático que el proletariado recuperara un espacio que le habían arrebatado hacía poco para abrir la Via Laietana y que albergó el centro de la represión por antonomasia, la Jefatura Superior de Policía (2006).

El PSUC usó el oligárquico Círculo Ecuéstre del paseo de Gràcia, que rebautizó como Casal Carles Marx, con la redacción de *Treball* o un comedor para milicianos, y, en especial, el hotel Colón, en la plaza Catalunya, con colosales carteles en la fachada de Marx, Lenin o Stalin. La ejecutiva del POUM fue al Banc de Catalunya, en las Ramblas y, más allá, tomaron la Virreina y el hotel Falcón. Alba da algún detalle más, como que algunos «incontrolados» del POUM requisaron la torre de Bertran i Musitu para usarla como casa de reposo; y en la Virreina, devenida Institut Maurín, guardaron bibliotecas y archivos de viviendas requisadas. El comité ejecutivo de las juventudes se instaló en un piso de las Rambles, al lado de los almacenes Sepu, y luego en otro, al final del paseo de Gràcia, cerca del barrio

del mismo nombre (1990/b: 183). ERC se mudó al palacete de la Lliga, en el paseo de Gràcia, y al modernista de los Juncadella, en Rambla de Catalunya y Diputació. A Kaminski le maravilló que ERC ocupase el castillo de Montjuïc, ahora sin reos, y las fortificaciones cercanas, y «la poca atenció que els anarquistes li donen a aquest fet. Estan molt segurs d'ells mateixos» (50). Mientras las Milícies Pirinenques, formadas por los del Bloc d'Estudiants Nacionalistes (BEN), se quedaban con la Escuela Pía de Balmes.

Algo similar hizo la Generalitat. El Comissariat de Propaganda fue al Palau Robert, de Güell i Jover; el de Educació Física i Sports a Diagonal 444, en la casa de Valls i Taberner; Cultura a un edificio incautado a la Iglesia, en Pi i Margall esquina con Còrsega; el Consell de Economia a un antiguo colegio de monjas de la Rambla de Catalunya. El consulado de la URSS se ubicó en el Hotel Majestic y luego en un chalet en la avenida Tibidabo 15 (Caballé: 61). Un decreto, del 5 de agosto, legalizó las incautaciones debidas a necesidades públicas y sociales (Llop: 82).

Los comités organizaron comedores populares, por ejemplo en escuelas como las del Mar, el Guinardó, Párvulos del Parque, la Escola Suissa, Grupos Escolares de Sarriá, Baldiri Reixach, Francesc Macià, la de la calle Casp (antes jesuitas), La Farigola, la Normal de la Generalitat, así como en el Balneario de San Sebastián de la Barceloneta o el Centro Obrero Aragónés (Adsuar, I: 94-95). Más espectacular y comentado fue que como he mencionado el Ritz que, por obra de CNT y UGT, devino «Unidad gastronómica número 1». Quizás un mero gesto simbólico, pero sus enormes cocinas eran idóneas para dar de comer a un gentío. Langdon-Davies enfatizó que no se perdió ni una pieza de la cubertería, lo que los anarquistas atribuían, según Beevor, a que al no ser propiedad ni de un empresario ni del Estado, el pueblo no se robó a sí mismo (164).

Como consecuencia de una revuelta tan espontánea, peculiar y popular, el grueso de incautaciones se dedicó a suplir deficiencias y a satisfacer viejas demandas, en especial en los ámbitos pedagógico y sanitario. Fincas grandes privadas de las afueras y sus jardines, como El Laberinto, Can Marcel o Sallent, se convirtieron en parques públicos para chiquillos de suburbios antihigiénicos. El CENU ocupó el palacete Simon, en Mallorca con Pau

Clarís, o la clerical Balmesiana se transformó en la antagónica Biblioteca Francesc Layret. Llarch copió de *La Humanitat* (29-VII-36) una relación de las incautaciones realizadas por orden del *comissari* de Cultura para escuelas: antiguo convento Franciscano (Calaf, 7), antiguos colegios de Jesús y María (paseo de Sant Gervasi: 64-66), de la Merced (Provença, 283) o el antiguo convento Colegio de las Reparadoras (Ganduxer, 130) (204). Los antiguos jesuitas de Sarrià se llamaron Escola Ausias Marc. La FNEC, adscrita a la UGT y el BEN, ocuparon el pabellón anexo a la Universidad, en Gran Via con Aribau. Según Juan Arbó, el Ateneo Barcelonés lo incautaron jóvenes de la FAI y lo usaron como Centre de Cultura Popular (188). Lo mismo dice Joseph, especificando que la fecha fue el 24 de octubre y que las JJLL querían que estuviese abierto a todos, pero al día siguiente fue expropiado por la Generalitat (137-144). La Residència d'Estudiants del IASUEC, con 60 plazas, de las que 20 eran para becarios con clases de lenguas, conciertos, gimnasia rítmica, reuniones o fiestas de arte, se instaló en el Palacio de Pedralbes. Luego se suspendieron la mayoría de actividades y allí hubo refugiados (Generalitat, 1937: 28-29).

Darí la impresión de que hubo mayores metamorfosis en el ámbito sanitario porque afectó a más gente, y porque el golpe degeneró en guerra y demasiados heridos. Por una parte, se rebautizaron viejas instituciones: Sant Pau se llamó Hospital General o Sant Joan de Déu, Hospital del Proletariat, en manos de la CNT. Por otra, se crearon nuevos hospitales: Low vio banderas de la Cruz Roja en muchos chalets de la zona alta, y «un hospital para milicianos heridos, o una residencia para obreros aquejados de enfermedades pulmonares» (44); y Kaminski, en Montjuïc, describe un edificio de la Exposición que de maternidad de una compañía de seguros se transformó en un moderno hospital del PSUC, con un sala de transfusiones (168). Bellmunt lo detalló en un folleto oficial: en unos locales nuevos se atendía a afectados de tuberculosis, a víctimas de enfermedades psíquicas o venéreas, y a ancianos. También se intervino el orfanato Ribas (12).

El Sindicat de Dibuijants, formado espontáneamente por un grupo de artistas, ocupó el palacio situado en Portal del Àngel con Canuda, del marqués de Barberà i de la Manresana, quien huyó (Fontserè: 197-204). El

Sindicato de Industrias Gráficas del POUM hizo lo propio con la casa de un abogado realista, en paseo de Gràcia, encima del Forn de Sant Jaume. El Ferroviario de la novena zona, de la UGT, ocupó el palacio Dalmases de la familia Fontcuberta, en la calle Montcada, donde requisaron unos 14 millones de pesetas, entre metálico, billetes, valores y joyas artísticas (Caballé: 46).

Serrahima cree recordar que Joan Rusinyol, hijo del antiguo preboste de la Lliga, incautó el Col·legi d'Advocats en nombre de CNT-FAI (202).

El crecimiento de Cataluña en las últimas décadas había supuesto la llegada a las ciudades de muchos rurales del mismo Principado y del resto de España; la mayoría, víctimas de una despiadada explotación, vivían realquilados o subsistían en ínfimas viviendas o barracas infrahumanas, por las que, por añadidura, pagaban alquileres enormes. Tras el 18 de julio hubo reacciones más o menos impulsivas. Llach copió de la *Soli* (30-VII-36) los acuerdos tomados por el Sindicato de Inquilinos Unidos con los de Higiene, Construcción y Metalurgia: control de los pagos y rebaja del 50%, supresión de depósitos, considerados arbitrarios, y devolución de lo cancelado (1975: 216). Caballé anotó nuevas medidas, como el 13 de agosto otra rebaja del 50% de los alquileres inferiores a 201 pesetas y del 25% a los situados entre 201 y 301; el 1 de septiembre, la supresión de fianzas en contratos de agua, gas y electricidad, así como la devolución de las ya pagadas y la reducción de las cuotas de dichos suministros. Otras medidas fueron, el 1 de octubre, la creación de la *Associació de Veïns y Llogaters de Catalunya*, situada en el paseo de Gràcia 61 (la anterior estaba en calle Robadors), y un decreto de la Generalitat del 17 de octubre que prohibía el depósito para los contratos (42, 47, 53 y 58). Lacruz dijo, al contrario, que la primera rebaja (29-VII-36) habría sido decisión de la Generalitat, anticipándose varios días a Madrid y que creó, el 18 de septiembre, el *Comissariat de l'Estatge* (250-251).

Según Pagés, el punto 4 del *Pla de Transformació Socialista del País* del *Consell d'Economia de Catalunya* contemplaba la «desvalorització parcial de la propietat urbana», dando lugar a numerosas polémicas. CNT era partidaria de sindicalizar el suelo urbano, mientras UGT y POUM preconizaban la municipalización (70-79). Como en tantos ámbitos, la Generalitat legalizó lo que decidió el pueblo autónomamente; el decreto rebajando los alquileres,

algo posterior, del 12 de agosto, añadía que se proyectaba construir viviendas baratas para uso exclusivo de obreros y, a la vez, combatir el paro. Luego sí tomó la iniciativa dicho Comissariat de l'Estatge, que substituyó a las Cambres de la Propietat Urbana, disueltas el 12 de agosto, y planteó cuestiones higiénicas o relacionadas con las cargas hipotecarias, pero el decreto sólo citaba el ámbito jurídico, pues lo demás dependía de otros departamentos (Generalitat de Catalunya, *La política urbanística*, 91-94, 95-102). Precisa Froidevaux que los alquileres cayeron por autorreducción o, sencillamente, se dejaron de pagar y la Generalitat lo visó. Precisa que las rentas en la práctica no se pagaron hasta marzo del 37 y que el *decret* que creó el Comissariat dels Lloguers, del 18 de septiembre, se acató pero no se cumplió, mientras varios ayuntamientos acordaron la municipalización (183-185 y 690-695). Según Roca, la CNT creó la Administración Popular Urbana para higienizar, reparar y cobrar alquileres, lo que criticaron los socialistas que, con el PSUC, acabarían imponiendo su plan (80 y 84). Serrahima supo del buen curso de la vivienda colectivizada pues allí trabajó su hermano Joan, que era administrador de fincas (215). Monjo y Vega narran que seis chalets de los Rivièrre fueron tomados en julio del 36 por los Comitès de Defensa i Proveïments de Bonanova y Sarrià. Sin embargo, los comités de las fábricas decidieron, el 2 de agosto, que estos chalets debían pasar a la empresa colectivizada; los custodiaron, los inventariaron y enviaron mucha ropa y mantas al frente o la repartieron entre los refugiados, que acabaron, en diciembre del 36, ocupando algún edificio (71-75).

Según Cárdbaba, en noviembre y diciembre, los consejos municipales ya ensayaban legalizar el proceso, y el Comitè d'Apropiacions, situado en Mallorca 269, anotaba viviendas y fincas expropiadas con información que recibía de toda Cataluña (2002: 175). La municipalización en La Bisbal (10-XII36) supuso que toda vivienda deviniera pública y el Ayuntamiento cobrara alquileres tanto de propietarios como de arrendatarios, si bien lo ingresado era muy inferior a la cantidad previa (AAVV, 1990: 2: 36-37). Jordana i Casajuana, hablando de Granollers, dice que en 1936 había en Catalunya 73.000 obreros de la construcción, más del 13% en paro, porcentaje que disminuyó tras la citada municipalización, que originó

notables debates teóricos. Allí no había grandes propietarios, el mayor tenía 20 viviendas y el Ayuntamiento creó, el 12 de noviembre, la Comissió de la Vivenda y cobró los alquileres adelantándose a la Generalitat, que seguía estudiando el tema (AAVV, 19891990, II: 183-194). En Igualada primero bajaron las rentas municipales, pero pronto se invirtió la tendencia por el costo de numerosas reparaciones y no sólo en las casas, en parte para neutralizar el paro, y con lo que cobraban a los propietarios se inició el pantano de Jorba; en los Capuchinos funcionó una eficiente vaquería y en Can Roca se creó la Granja Avícola Comunal. En Terrassa, el 7 de septiembre, fue el Comité Teórico y Práctico del Sindicato de la Construcción, de la CNT, quien cobró los alquileres (Ragon: 102).

Algún forastero detectó cambios menores. A Kaminski le chocó que, a primera vista, Barcelona apenas había cambiado: mucha gente en la calle, cafés pletóricos, tiendas surtidas pero con avisos notificando el cambio de propiedad, no se asaltaron las de artículos de lujo, aunque los escaparates no lucían como antes. La mayoría de restaurantes caros volvieron a funcionar, colectivizados, con los mismos precios y servicios, la comida mejor y más variada que en los populares. Proliferaron y crecieron vendedores de gorros milicianos, insignias o pañuelos de cualquier grupo revolucionario, que las autoridades intentaron expulsar, sin lograrlo, pues todos estaban vinculados a algún sindicato. Las atracciones del Tibidabo seguían abiertas, sólo los domingos, así como el museo de la Gran Guerra y el Gran Hotel, al que fue gente que antes ni habrían osado entrar. Se abolió la propina e incluso los limpiabotas tenían ahora un sueldo (36-37). Asombró a Souchy que se multiplicaran, como una epidemia, vendedores callejeros de cualquier cosa, lo que hizo que los tenderos reaccionaran y sacaran a la vía pública a vendedores que ofrecían el género fuera de los locales (29). Según Beevor, altavoces en los árboles de las avenidas radiaban música sin cesar, que sólo interrumpían noticias siempre muy optimistas. Añadía que los más enconados defensores de la propiedad no fueron los republicanos de centro sino los del PSUC (164-165). En el resto de Cataluña ocurrió algo parecido y me limito a detallar los casos más curiosos o relevantes. Muchos edificios religiosos devinieron asilos, almacenes, cuarteles, escuelas, garajes u hospitales

(bastantes monjas siguieron de enfermeras sin hábito) o incluso salas de baile o cine, o vaquería. Se derribaron algunos locales para facilitar la circulación o combatir el paro. En Badalona, para celebrar que los jardines de Can Solei de Baix se convertían en parque público, se realizó un festival, el 19 y 20 de septiembre, con concierto, canto coral, sardanas, baile, festival infantil y pruebas deportivas (Casals: 219-20); la cartuja de Montalegre devino sanatorio para tuberculosos (Villarroya: 26); el convento de las Avellanes, en Balaguer, se convirtió en manicomio (Álvarez: 34); la basílica de Santa Maria de Mataró fue Mercat de la Llibertat (Colomer, 2006: 86-87). En Premià de Mar, la escuela la Salle pasó a llamarse Eliseo Reclus y la de la Divina Pastora, Ferrer i Guàrdia (Amat:

125). En Tarragona, edificios de la burguesa Rambla también pasaron a sede de las organizaciones y Piqué, analizando con detalle las incautaciones en la comarca, observa que de las 145, 127 eran de particulares (108 casas, 4 chalets, 10 almacenes y un local, bodega, corral, molino y fábrica) y sólo 18 eran eclesiásticas (1998: 358).

Gerhard, comisario de la Generalitat, decidió aprovechar las instalaciones para peregrinos en Montserrat cambiando su cometido. Mantuvo a los trabajadores y con ellos organizó un Comitè d'Iniciativa que acordó ofrecer viaje, comida, subida a Sant Joan o Sant Jeroni, y visita al museo y la biblioteca. Se invitó a periodistas para que lo proclamaran en prensa y radio, y la iniciativa fue un éxito. Las fincas del monasterio proveían de alimentos, que incluso alcanzaban Monistrol. Llegaron muchas parejas de milicianos en viaje de novios y también acogieron a tuberculosos (240-250).

La obsesión por cambiar alcanzó otros ámbitos, alguno pintoresco. Por ejemplo, en Ripoll se propuso adoptar para los nombres de los meses los que idearon en la Revolución Francesa (Castillo y Camps: 236). Pero los más afectados fueron la toponimia y la nomenclatura urbanas. Es un tema conocido y de nuevo sólo cito algunos: Sant Andreu de Palomar se llamó Armonia del Palomar; Sant Boi, Vilaboi; Sant Climent del Llobregat, Cirerer del Llobregat; Sant Hilari, Fonts de Sacalm; Sant Joan de les Abadesas, Brises del Ter; Sant Quintí de Mediona, Aigüesbones; en Cerdanyola se optó por numerar las calles con números romanos y en Vic con cifras arábigas. Sin

embargo en Manlleu y Mataró, Mossen Cinto Verdaguer siguió en el callejero (Gaja: 187; y Colomer, 2006: 157-158). A Mas Gibert le sorprendió que los cambios no afectaran a los nombres de pila en Canet y atribuyó el poco éxito de los nombres laicos a la costumbre (287). En Tarragona algún recién nacido se registró como Durruti, Lenin o Miliciano (Piqué, 1998: 496). Tasis bromeó con el tema, Sant Pere Pescador se llamó, tras plebiscito, Empori, batiendo en la consulta a Vila Miliciana o Vorotxilov; Les Masies de Sant Hipòlit y Santa Cecília de Voltregà se disputaron Voltregà, que se quedó la primera. El cine Urquinaona de Barcelona, situado en la plaza del mismo nombre dedicada a un obispo, pasó a llamarse Ferrer i Guàrdia, sin dejar de proyectar películas que nada tenían que ver ni con el prelado ni con el fundador de la Escola Moderna (1990: 21-23).

IX

Los franquistas combatían para ganar una guerra, los rojos para conquistar el futuro

La cotidianeidad, antes del 18 de julio, estaba surcada por una larga serie de festividades y celebraciones de cariz religioso o patriotero, más o menos impuestas, a la vez que, poco a poco, desaparecían las populares de viejas raíces. Es comprensible que las primeras se evaporaran a partir de aquella fecha, junto con otros rasgos del pasado que se querían olvidar y, en su lugar, los flamantes protagonistas organizaran nuevas solemnidades y festejos.

Los forasteros lo describieron sorprendidos. Torriente-Brau vio un entusiasmo contagioso debido al triunfo en la asistencia a muchos mítines o al desfile de columnas de voluntarios, sin olvidar las tareas productivas (117120). Según Soria, tras la derrota de los alzados, el primer acto de masas fue el impactante desfile por la Gran Via de los vencedores, milicias obreras que en ese momento sí estaban armadas y guardias que saludaban puño en alto a «la multitud barcelonesa alegre y estupefacta» (1: 382). A Langdon-Davies le extrañó que hubieran desaparecido las cruces para funerales de la Rambla de les Flors, sustituidas por coronas con cintas negras y rojas (139).

Por todos lados donde cayó alguien, en barrios altos o bajos, el 19 de julio Kaminski vio coronas, flores y mucha bandera. Le aturdió tanta manifestación y habla de grandiosidad, que no monopolizó partido alguno; añade que «todo el pueblo de Barcelona ha hecho su Revolución y hasta el momento marcha unido, mientras los burgueses de la ciudad de los “blancos” [llamó indígenas a los otros] están obligados a callar o a unirse al movimiento» (40). Jellinek recordó el fervor de varones y mujeres yendo al frente con diversas banderas y el *Himno de Riego*, la *Internacional* o *Els segadors* sonando con estrépito por los altavoces, acompañados por la gente con palmas y vítores, pero le sorprendió que lo hacían sin cantar. Con la euforia olvidaron avituallarse, volvieron cuatro camionetas y, en veinte minutos, se llenaron con lo que daban algunos tenderos del paseo de Gràcia. Precisó luego que «la marcha sobre Zaragoza había capturado la imaginación y el entusiasmo de todos los catalanes». Tras ésta, la mayor manifestación en Barcelona sucedió el 11 de septiembre, en la que no estuvo la CNT, por sus principios internacionalistas. Tampoco estuvo presente en la recepción que ofreció el PSUC al barco *Zyrianin*, el 14 de octubre: la multitud se descontroló, mucha gente estuvo dos días esperando bajo la lluvia, había pancartas en un ruso deplorable, la mayor parte del POUM, y la marcha de solidaridad con la URSS que intentaba monopolizar el PSUC se transformó en un festejo y el capitán de la nave fue llevado en hombros por toda la urbe. Al cónsul Ovseenko se le recibió enfervorizadamente, con recepción en Montserrat de Miravittles, quien lo comparó con Macià. A pesar de la decisión de la CNT, acudió mucho anarquista. Jellinek aún menciona otra manifestación, el 8 de noviembre, que conmemoraba la Revolución Rusa. Gente de la CNT llenó las Ramblas durante cinco horas y media, los del PSUC durante cuatro horas, y los del POUM hasta la medianoche. Parecía que se había logrado la unidad (274-275 y 389-390).

Low vio una marcha por domingo. Delante iban los niños, luego la banda; si ésta era del POUM, había caballería, milicias y el comité ejecutivo; los socialistas formaban mucho mejor y los anarquistas, peor, pero pronto sacaron carteles sugiriendo «Une la disciplina a tu fuerza de voluntad». El entusiasmo inicial fue perdiéndose con las dificultades; ella asistió a funerales

por caídos en el frente y procesiones, precedidas de una banda, que atravesaban ceremoniosamente el centro de la ciudad y eran aprovechadas para declaraciones políticas (67-69 y 92). Borkenau asistió, el domingo 9 de agosto, al multitudinario mitin anarquista en el Olimpia. El teatro se llenó y mucha gente lo siguió por altavoces desde el exterior. Criticaron el afán del gobierno de organizar un ejército y, explícitamente, el plan autoritario ruso. García Oliver rechazó trabajar sólo seis horas y dijo que dedicarían cuantas fueran necesarias para el triunfo de la revolución, y le sorprendió que la *Soli* no citara su discurso en la crónica del mitin (118). Rabasseire anotó que Companys decretó cambiar su trato de honorable por el de excelencia (224).

Testigos locales contaban cosas similares. Paz recordó el catafalco de Francisco Ascaso, envuelto en la bandera rojinegra, en el Sindicat del Transport o de la Metalurgia de la Rambla de Santa Mònica, ante el que pasaron miles de personas (1967: 144). Cirici cita ramos de flores donde cayeron luchadores el 19 de julio y luego entierro de milicianos del frente, alguno en Barcelona: «Imposants, lents, solemnials, la gent avançava de part a part de la Rambla, com un riu, amb el puny alçat [...] i cantant molt lentament, molt majestuosament, la *Internacional*» (25 y 38).

El 31 de julio Llarch vio el entierro de Benito Pasanau, carretero de Damm. En la fábrica se improvisó una capilla ardiente con el ataúd bajo la bandera rojinegra, durante horas desfilaron miles de trabajadores de talleres del barrio. El séquito, precedido por el féretro a hombros de compañeros, avanzó muy despacio por el gentío que atestaba la gran avenida. La sirena de la empresa rompió el silencio sobrecogedor 17 veces. Los años que trabajó allí «un obrero que había dado su vida por el soñado bienestar futuro de todos los españoles [con] la esperanza del logro de un mundo mejor». Se dio su nombre a la calle Rogent del Clot (159-161).

Peirats detalla que, a inicios de agosto, en el Olimpia, ante la movilización por el gobierno central de quintas del 33 al 35, los reclutados rechazaron ir a los cuarteles dando vivas a las milicias populares. Les apoyaron en varios documentos la CNT y la *Soli*, y el CCMA decidió, de acuerdo con el *conseller* de Defensa de la Generalitat, el regreso de los movilizados a los cuarteles bajo su jurisdicción (I: 194-201). Según Cruells se

oía la canción *Hijos del pueblo* más que la *Marsellesa* o la *Internacional* (1978: 26). Cuenta Miró que, a principios de noviembre, por el riesgo que corría Madrid, recorrieron Cataluña con Martí Ibáñez para sensibilizar a la gente y los domingos irrumpían en cines y actos públicos (189-190). Sales citó, en una carta del 26 de septiembre, una atracción de feria llamada «Pim-pam-pum antifeixista» en la plaza Universidad. Podías derribar, por muy poco, a uno de los generales alzados (47).

El dietario de Caballé cita una ristra de eventos, como festivales artísticos (11 y 14-VIII-36) o una corrida en la Monumental (15-VIII-36), organizada por la Asociación de Picadores y Banderilleros de Cataluña y presidida por Companys. *La Humanitat* (18-VIII-36) reprodujo el homenaje al *president*, su discurso y el de un dirigente de la CNT. La banda de las Milicias Antifascistas, dirigida por Toldrà, debutó con un concierto de música popular y revolucionaria en plaza Cataluña (30-VIII-36), organizado por CNT-FAI. En la conmemoración del 11 de septiembre hubo una carrera ciclista en la Ciutadella, pero no ofrenda floral en el monumento a Casanovas, y el importe de la colecta organizada se dedicó a gastos de guerra. El local de eventos Gran Price acogió (13-IX-36) el «de unidad cultural y de afirmación antifascista», con discurso del alcalde Pi i Suñer. Hubo dos mítines (20-IX-36) en el Olimpia de Socorro Rojo y Solidaridad Internacional, muy concurrido, y otro en el Gran Price del personal de teléfonos. El 25 de septiembre se produjo otro mitin en la Monumental, que celebró la unidad de UGT-PSUC y CNT-FAI. El del domingo 27 de septiembre, de las JJLL, desbordó el Olimpia.

El 6 de octubre se declaró festivo, con oposición de la CNT, y, tras la manifestación «cívico-popular» por el paseo de Gràcia y hasta el puerto, habló Companys y se desveló un bloque de granito, en el cuartel de Drassanes, con dos fechas 6-X-34 y 19-VII-36, recordando «als caiguts per Catalunya i per la Llibertat». El lunes 12 de octubre no se celebró, por oposición sindical, la Fiesta de la Raza, pero hubo recepción en la Generalitat. El martes, un mitin en el Olimpia, muy concurrido, homenajeó a Ferrer i Guardia. Hubo festival en el Tívoli (15-X-36) en honor de la

tripulación del *Zyrianin*, por el Sindicat Únic d'Espectacles Públics de la CNT y con asistencia del *govern*; y otro (17X-36), artístico y benéfico en el Olimpia seguido, el domingo 18 de octubre, por un partido de fútbol entre selecciones de Valencia y Cataluña en Les Corts. Otro homenaje a los marinos rusos a cargo del Socorro Rojo Internacional presencié un desfile infantil ante los consulados de México y la URSS, el Mitin de Solidaridad Internacional Proletaria con el capitán y la tripulación en el Gran Price, cosa del PSUC y la UGT, y otro muy concurrido, en el Olimpia, de orientación social de CNT-FAI. También se produjo uno conjunto de UGT-PSUC y CNT-FAI, el 26 de octubre, en la Monumental, que ratificó públicamente el pacto de inteligencia para llegar a la unidad de acción, y en el Gran Price, otro de homenaje a Maurín. La manifestación, el domingo 8 de noviembre, en conmemoración de la Revolución Rusa y en homenaje a su pueblo, siguió el paseo de Gràcia, la Rambla, Ferran y plaza de la República (en la actualidad plaza Sant Jaume), y hablaron, en catalán, el cónsul y Companys (42-63). El alemán Sieberer citó la intervención de Companys en la revista *The Nation*: «Una tormenta de aclamaciones que saludaban siempre de nuevo el himno catalán y los centenares de banderas que evidenciaban el espíritu patriótico apasionado de todos los catalanes sin distinción de pareceres políticos» (246).

Cuéllar matiza dos de los eventos, consecutivos, convocados en el Gran Price por la Aliança d'Intel·lectuals per a la Defensa de la Cultura (AIDC) — una sucursal de la homónima en castellano—, creada en febrero del 36 y liderada por Serra Hunter: el Mítin d'Unificació Cultural i Solidaritat Antifeixista (18-IX-36) y el de Solidaritat Internacional (30-X-36). En ambos participaron Alberti, Bergamín, Ehremburg, Gaos o María Teresa León. Añade que, al margen de la colaboración institucional, las iniciativas monopolizadas por intelectuales españoles eran residuales en Cataluña (93). Campillo cita el segundo de estos mítines, iniciativa del *Comissariat de Propaganda*, y, tras dos días, otro mitin en el que se entregó un camión-imprenta para el frente, ofrecido por la AIDC, a cuyos miembros se rogó acompañarlo hasta su destino.

Antes, de julio a septiembre, la prensa reprodujo muchos apoyos, adhesiones y manifiestos de intelectuales de todos lados. Campillo cita el

manifiesto aparecido a finales de julio *Els artistes i la revolució*, de la AIDC, que habla de «contribuir amb el nostre esforç a la construcció d'una nova societat [...] col·laborar en les tasques dels companys per edificar tots plegats una nova Catalunya./ Volem marxar conjuntament formant un front únic amb els intel·lectuals de França i Espanya que ja s'han manifestat, clarament i categòricament al costat del proletariat revolucionari de tot el món».

Hubo adhesiones de Aragon, Marie Bell, Chamson, Gide, Nizan, Picasso. La conocida proclama de Bloch (*Treball*, 30-VII-36) pronto sería compartida por muchos y sostenía que «els espanyols són els herois del drama mundial on es debat la sort de la humanitat. Espanya s'ha posat a l'avantguarda de la lluita per la llibertat de tot el món». Se produjo un discurso de Malraux, el 31, en un mitin en la sala Wagram (París). Hubo más adhesiones, como la de la Unión de Escritores Soviéticos; las de intelectuales y artistas británicos, entre ellos Herbert George Wells, Virginia y Leonard Woolf o Aldous Huxley; la de Romain Rolland, presidente de honor del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo; las de Einstein, Heinrich y Thomas Mann, Tagore o las adhesiones de artistas de cine, encabezados por Charles Chaplin, Bette Davis, Marlene Dietrich, James Cagney, Errol Flynn, Clark Gable, Buster Keaton, los hermanos Marx o la del cantante Paul Robeson (69 y 45-52).

En muchas localidades hubo eventos similares. En Badalona, el comité destinó los fondos reservados para la fiesta mayor, que no tuvo lugar, para el mantenimiento de las milicias y para todo tipo de celebraciones culturales o festivas, sea con fines de beneficencia o no. Una de ellas se produjo el 19 y 20 de septiembre, al cederse al pueblo los chalets de Arnús y Solei, para biblioteca, museo y parque (Villarroya: 21). En La Canonja fue espectacular el entierro, realizado el 30 de noviembre, de la primera víctima del frente; luego, los niños de la escuela realizaron un emotivo funeral por Durruti, representado por un saltamontes en una caja de cerillas (Llop: 102-103).

El paso de columnas hacia el frente supuso agasajos en diversos lugares, incluso partidos de fútbol, recogiendo dinero para los hospitales de sangre y celebraciones de solidaridad con Madrid, como por ejemplo el partido celebrado el 1 de noviembre en Sabadell (Serrano, 2005: 47). En referencia a Tarragona, Piqué dice lo evidente, que para llegar a las clases populares —

dado el elevado porcentaje de analfabetos— el mitin era más eficaz que la prensa, con mensajes y una escenografía de banderas, carteles, emblemas, retratos y todo tipo de símbolos, la mayor parte celebrados en el Teatre Tarragona o el Saló Modern, y otros en el Teatre Principal, aunque para actos unitarios, como el del 2 de agosto o el 8 de noviembre, se usó la plaza de toros. En total se produjeron 77 mítines entre agosto del 36 y abril del 37. Fueron notables novedades que en ellos intervinieran mujeres o que en los pueblos se usaran las iglesias. Piqué añade, a modo de resumen sobre Tarragona, que hubo hegemonía de PSUC-UGT y POUM, ante CNT o ERC, que recurrió menos a la propaganda oral. Lluís de Salvador, a su vez, criticó que cada sepelio fuera una gran manifestación, si bien en noviembre el aumento de caídos las desaconsejó pues ya desmoralizaban (Piqué, 1998: 58-75, 80-81 y 77). Bassas lamentó que el «nou règim llibertari» hubiera suprimido todas las celebraciones religiosas; en Vic el día de difuntos se llegó a cerrar el cementerio (47).

A Carr le parece llamativo que sólo Cataluña y el frente de Aragón, y por pocos meses, fueran escenarios de «grandes manifestaciones de euforia revolucionaria» que tanto impresionaron a los forasteros simpatizantes (127).

Iconoclastia religiosa

Muchos se preguntan por qué se asesinaron tantos curas en un país supuestamente tan católico. En la Edad Media una notable tolerancia trajo, pongo por caso, debates públicos entre musulmanes, judíos, cristianos y agnósticos en Córdoba y no se molestaba a nadie por sus creencias. Sin embargo, al final del siglo xv, los bien llamados Reyes Católicos, a la vez que iniciaron la agresión a América, armaron la Inquisición que perseguiría y

eliminaría a cuantos no acataran la religión o la cultura oficiales, como gitanos o musulmanes, judíos, «brujas» —en realidad sanadoras— u homosexuales. Esto mismo lo perpetraron en la pequeña parte de América que conquistaron, imponiendo a los nativos, de forma coactiva, costumbres y dogmas europeos, obligándoles a fingir y a simular que los aceptaban, aunque en realidad de forma subterránea siguieron vinculados a sus usos y creencias. Igual pasó en la metrópoli, pues la supuesta religiosidad era una argucia. Ante la brutal represión, que llegaba a la supresión de los disidentes, muchos continuaron, en la intimidad, con sus usos anteriores y, en cuanto el sistema perdió su capacidad de aterrorizar, como con la derrota de los militares en julio del 36, una parte del pueblo decidió prescindir de o, incluso, suprimir a quienes les afligían, punían y oprimían desde hacía mucho tiempo. Así la iconoclastia pudo parecer un desagravio por tanto abuso injusto, acoso brutal y perversa humillación, llegándose a situaciones chuscas. En Pineda pasaban por las casas requisando imágenes para quemarlas; de una se llevaron una reproducción de Juana la Loca en el entierro de Felipe el Hermoso; al decirles que era histórico, respondieron: «sí, però hi ha frares» (Amat, 1995: 61-62). A Low, ante la catedral, le dijo un policía: «por fin le están dando un uso honesto. La están convirtiendo en un centro educacional» (36). En el expolio del piso del musicólogo mosén Baldelló, se echaron a la plaza de la República y quemaron muebles, libros y partituras, ante la indiferencia de los *mossos* (Roig i Llop: 270). El incendio de una iglesia, que Borkenau imaginó cometido por una multitud con excitación casi diabólica, resultó un desapasionado y simple trámite administrativo (93-98). Según Crosas, nadie se lucró con las apropiaciones en lugar alguno de Osona (2004: 59). El comité de Igualada, en su primer bando (23-27), decía que los «convents i esglésies han estat airejats. S’ha destruït únicament la fortalesa dels frares, perquè el poble l’odiava. No hi ha hagut pillatge ni n’hi haurà, perquè vigilem» (Térmens: 56). Varios recuerdan que sólo se actuó contra el catolicismo y se respetaron otros templos cristianos.

Kaminski afirma que las dependencias monacales de Montserrat habían abierto sus puertas, antes cerradas, y que «la Revolución en España se ha dirigido claramente contra la Iglesia en la que el pueblo ve el mayor

obstáculo para su liberación y el símbolo secular de su opresión./ [pues] representaba la reacción social, y [...] se había aliado en todas partes con la [...] política, identificándose a menudo con el fascismo declarado [...]. Desde hace siglos [...] la religión era un medio de dominación y los curas eran funcionarios, cuyo celo se veía recompensado con riquezas inauditas. [...] Desde el día en que los castellanos [...] conquistaron toda la península, los reyes no dejaron de tener sobre los cuerpos, y los curas sobre las almas, un imperio igualmente incontestado./ [crearon] el Estado más centralizado de la Tierra, los curas españoles [eran] el poder espiritual más absolutista de todos los tiempos. [...] En España se está por o contra la Iglesia, se es ciegamente devoto o se la odia con fanático ardor. Los fascistas llevan imágenes de santos en los uniformes y rosarios en las mochilas, los antifascistas queman las iglesias y matan a los curas. No es una lucha entre dos concepciones distintas del mundo, es una lucha entre dos instituciones, entre dos épocas, entre dos clases./ En Badajoz una parte de la población se refugió en las iglesias. Los fascistas [...] los mataron al pie de los altares [luego] celebraron un Te Deum seguido de una procesión» (158-160). Este diagnóstico sobre la Iglesia lo comparten pocos colegas españoles, pero coincide con el del chileno José Bengoa, para quien Castilla a finales del Medioevo era «la monarquía menos cuestionada y más aferrada a su derecho divino, la religión más fanatizada», y añade que los Reyes Católicos estaban «guiados por una suerte de integrismo» y precisa que «la religión era la cultura. No sólo era parte de la cultura española, sino que era toda la cultura» (20 y 48).

Langdon-Davis habló sobre las destrucciones eclesiásticas con el *conseller* Gassol y éste le recordó cuánto se salvó del olvido, «de sus oscuros refugios donde nadie los veía; los libros que por generaciones han permanecido aprisionados en las bibliotecas privadas, sin que nadie los leyese, sobrepasan con mucho en valor a las pocas cosas que se han quemado». Antes pensó que «no se puede hacer una revolución sin destruir la fuente espiritual del poder adversario. Era necesario [...] quemar los altares, las imágenes, las reliquias, ya que todas ellas eran las armas que la divinidad usaba para someterlos a la esclavitud de los fascistas» (190-192 y 184). Lo

mismo pensó Bloch, ante iglesias quemadas, «pagando el precio de estos siglos de opresión [...] de la que la historia española entera recita la fúnebre letanía»; y añadió que la Iglesia, que no educó artísticamente al pueblo, destruyó durante siglos muchos objetos, tachándolos de paganos o diabólicos, y Gassol le mostró tesoros y libros salvados «no de las masas sino por las masas». Mucha gente hizo horas de cola para depositar en la Generalitat lo que habían salvado: «Lo que este pueblo ha querido destruir, quemando conventos e iglesias, era el símbolo visible de una opresión secular» (37-39). Jellinek vio quemar iglesias sin que nadie lo ordenara: «No era algo nuevo [era] una profunda necesidad de venganza y castigo por una confianza traicionada. [...] La gente de la calle no podía destruir todavía las bases económicas de la tiranía de la Iglesia, pero al menos podía aplastar la forma material en la que esta tiranía era visible». En la Cambra de Sessions de la Generalitat, la Venus de Empuries sustituyó a la Virgen de Montserrat (269 y 388).

El monje Xifra, viendo arder la iglesia de Olesa, pensó que era «com una mena de ritu purificador d'idees feixistes [...] sempre era el mateix motiu de reacció contra les injustícies socials de cada època. És just de demanar-se si no mereixíem tals sinistres purificacions pirotècniques. Potser seria bo que tots féssim un bon examen de consciència amb el consegüent *mea culpa* i rendirnos humilment i d'una vegada a l'evidència. [...] L'explicable, dic bé, explicable, ira popular de la primeria contra la rebel·lió militar del dia 18, tres o quatre dies després, ja havia degenerat en odi implacable [...]. En aquell moment nosaltres encara hi érem a temps. Hom hauria pogut parar l'hecatombe que s'apropava, i acceptar la lliçó del que acabava de succeir» (132-234). Serrahima contestó a Fraser que «siempre mantuve que en el fondo eso de quemar iglesias era un acto de fe. Es decir, un acto de protesta porque la Iglesia, a ojos del pueblo, no era lo que debía ser. El desengaño de alguien que cree y ama y es traicionado. Surge de la idea de que la Iglesia debería estar al lado de los pobres y no lo está [...]. Una protesta contra la sumisión de la Iglesia a las clases acomodadas» (I: 207-208). Y un cura que se salvó del naufragio sostuvo, en una carta de Joan Sales del 7 de agosto, que «ells tot ho fan amb una fe que als nostres els falta» (30). Muchos

comités en la Conca de Barberà ni incitaron ni evitaron, y el cronista Vives i Poblet sostenía que la «sacrílega destrucció [...] era la paradoxa sarcàstica i terrible d'un auto de fe inquisitorial, portat a cap pels sense creences, i que sense un sol crit de protesta, enrogia les galtes de Montblac sencer» (Mayayo, 1986: 412). Una nota publicada el 29 de julio en *Llibertat*, de Mataró, sostenía que «no hi hagut persecució religiosa. Les flames [...] no han tingut l'origen en perseguir l'esperit religiós. El poble ha abatut un enemic més el qual, voluntàriament, s'havia allistat en aquest exèrcit multiforme i paradoxal de monàrquics, banquers, capitans d'indústries i bisbes trabucaires que, una vegada més, pretenien salvar-nos en nom de la *mano dura* que, aquesta vegada, té el nom específic de feixisme» (Colomer, 2006: 77-78).

Al revés, lo sucedido fue incomprensible para los beatos. A Estrada i Clerch le dijo la abuela: «Ens han despullat la casa. Efectivament, en un registre que els havien fet, cremaren gravats i imatges antigues, que l'avia guardava dels seus avis» (71). Bellmunt lamentó, en folleto oficial, la falaz campaña de desprestigio exterior que sostenía que «todo ha sido incendiado, destruido, arrasado por la canalla revolucionaria». La violenta protesta inicial, precisó, se produjo porque «se disparó contra el pueblo desde numerosos conventos. Se hizo fuego de ametralladora desde no pocos campanarios. El pueblo reaccionó [...] pegando fuego a unas 50 iglesias (hay en Cataluña más de 4.000) y quemando, en la plaza pública, algunas imágenes» (3-4).

El asunto sigue interesando. En referencia al Pallars, Gimeno memora consignas. Cita las de Lerroux y sus demagógicas y burdas soflamas, que debieron ofuscar a tantos, en especial a inmigrantes rurales recién llegados y desconectados de su cultura inicial (32). Para Dueñas, la cuestión es clara: «L'Església catòlica era la que inspirava i legitimava el discurs intransigent i repressor dels sectors més conservadors i reaccionaris de la societat. No fou gens estrany, doncs, que després de la fallida del cop militar a Catalunya la primera reacció del poble en armes fos antireligiosa. I no es va desfermar només contra els símbols i propietats, sinó també amb la depuració física dels membres del clergat secular i de les congregacions religioses». En Olesa, como en tantos lugares, la Iglesia estuvo siempre vinculada a los ricos y al poder (71). Mas Gibert piensa algo similar: el único poder fáctico que

legitimaba a los otros, como mínimo para la inmensa mayoría, sin discusión era la Iglesia, que a la vez inspiró y justificó la perorata represiva y sectaria de la derecha, y, desde 1936, se identificó con los intereses y objetivos de los golpistas. Pero su relación con el fascismo era anterior, desde la toma del poder por Mussolini (132). Para Ealham atacar a la Iglesia formó parte de un plan global que pretendía liquidar el sistema burgués, abatiendo uno de sus pilares ideológicos, que justificaba abusos y, ante ellos, sugería resignación por deberse a la inapelable voluntad divina. Además de pilar del régimen anterior —zancadilleó a la República—, era pieza clave de la cultura punitiva, ejercida también en asilos, escuelas, hospitales y orfanatos.

Como otros autores, apunta que la ira, a pesar de tanto asesinato, iba más contra los símbolos que contra las personas o los edificios. Según un informe oficial de 1937, se destruyeron 13 de los 236 edificios religiosos de Barcelona; el ataque, a veces decidido en asamblea, solía ir seguido de fiestas sacrofóbicas y parodias contrarrituales y, como en 1835, se superaron viejos déficits sociales con los edificios secularizadas (2005: 293-295). El pintor August Puig recuerda, poco después del 18 de julio, un «espectáculo esperpéntico» en la parroquia de Sarrià: hombres y mujeres con ropa laboral bailaban, con cristos e imágenes, el tango de Gardel que emitía un gramófono, e «históricos espectadores gesticulando y blasfemando»; o momias de monjas que se mostraron en los muros de Santa Creu d'Olorde (23-24 y 27).

Delgado se ha preguntado una y otra vez por la cuestión. Enfatiza que muchos testimonios citan «la obligatoriedad —por ello ritual— de los asesinatos» y que la patrulla, al llegar a cualquier lugar, lo primero que preguntaba era si el cura había sido liquidado. Cita a Gómez Catón, a quien bastantes informantes le dijeron: «Aquí no pasó nada. ¡Ah, sí! Solamente mataron al cura». Para Delgado era «evidente el cariz ceremonial en otras infinitas y meticulosas agresiones, las más de las veces cometidas de forma muy mística y, a la vez, teatral». En el fondo, la liturgia sacrofóbica era tan espectacular como la sacrofílica anterior (53). Lincoln estudia estos incidentes protagonizados por el pueblo, desde 1800, debidos a la defensa ideológica —exhibida como verdad sagrada y eterna— del sistema por parte

de la Iglesia a cambio de beneficios materiales. Aunque añade que no fue esto lo que indignó a las masas, sino la brecha entre su defensa de la clase dominante y su prédica que abogaba por la justicia social. Los desmanes que ocurrieron por doquier, y no sólo en territorios donde CNT-FAI señoreaba, pretendían borrar cualquier vestigio de la ignominia anterior y dar paso a una revolución que bastantes testigos interpretaron como agitación milenarista e igualitarismo militante, en vez de los viejos signos jerárquicos, y superación, de forma espontánea, entusiasta e instintiva, de un pasado que deseaban destruir. En las conclusiones, el antropólogo porfía en una iconoclastia no contra la religión sino contra una institución comprometida con los explotadores (104-109 y 117). Mientras Seidman, por su parte, ve un desafío a «valores espirituales y artísticos de la élite» y una prueba de vigor masculino sobre un embeleco que sustraía mujeres al proletariado (53). En Barcelona, según Lacruz, la primera iglesia saqueada, pero no incendiada por sensatez de los vecinos, fue Sant Cugat, en la calle Carders, y luego Sant Pere de les Puelles (123). El funcionario local Ribé evitó que ardiera Sant Just i Pastor en 1909 y en 1936, en esta segunda ocasión con guardias urbanos ahuyentando a los chiquillos (341). Según Cirici, el 20 de julio los frailes convirtieron Pompeia en hospital de sangre, se quemó el interior de Santa Maria del Mar, quedando como la dejó Felipe V, y, en la Barcelona Vella, Sant Just, la Catedral, el palacio episcopal, Sant Sever y Sant Felip Neri no se dañaron pues los *mossos* llegaron a tiempo y colocaron grandes carteles avisando que eran edificios culturales incautados para el pueblo (22 y 24-25).

Balcells copia el inventario realizado de finales del 37, conservado entre los papeles de Bosch Gimpera, y afirma que quedaron intactas las catedrales de Barcelona, Girona y Tarragona, y lastimadas las de Tortosa, Seu d'Urgell y Vic. Se salvaron los monasterios de Montserrat, Pedralbes, Poblet, Sant Cugat y Santes Creus, y el seminario de Barcelona y su biblioteca, donde se intentó crear una Universitat Popular. La mayoría de parroquias sirvieron como almacén o sede de la Unió de Rabassaires, y la mayoría de rectorías como albergues para refugiados, casas de maestros, escuelas o cuarteles de carabineros. Si muchas ermitas fueron destruidas, buena parte de los colegios seguían como tales y algún hospital funcionaba con el personal religioso

secularizado, como Sant Joan de Déu en Les Corts. En las conclusiones, Balcells enfatiza que las iglesias parroquiales estropeadas eran el doble de los conventos o similares, y que algunos barrios barceloneses, la mayor parte obreros, alcanzaron porcentajes de destrucción superiores a la media, como la Barceloneta, Sant Martí de Provençals y la Ribera, al contrario que pasó en Sant Andreu del Palomar y Santa Eulàlia de Vilapicina, Verdum, Camp de l'Arpa, Sant Gervasi, Sarrià y la izquierda del Eixample (2001: 188-210). Por otra parte, detalló el destino de los edificios incautados:

Edificios incautados

Uso	Cantidad	% del total
Enseñanza	30	23,6
Cuarteles	27	21,2
Sindicatos	26	20,4
Hospitales	14	11,0
Refugiados	10	7,8
Comedores populares	5	3,9
Correccionales	4	3,1
Viviendas	3	2,3
Almacenes	3	2,3
Oficinas generales	2	1,5
Partidos políticos	2	1,5
Talleres	1	0,7
Cines	1	0,7
Total	127	

Una de las secuelas del anticlericalismo fue que trajo cambios en el habla cotidiana, lo que disgustó a Villalon, periodista y discípulo de Fabra exiliado en Toulouse. Por ejemplo, que expresiones para él muy catalanas, como *Déu-vos guard* o *adeu-siau*, fueran reemplazadas por *salut company* o *camarada*, y añadía que la mayoría de las veces en castellano (71).

En Agramunt, el episodio expiatorio lo dirigió el jefe del comité, de USC y luego del PSUC (Ros i Serra: 68-70). El comité de Berga se apropió de conventos de monjas y éstas pudieron quedarse, pero «vestides de senyora» (Rodergas: 23). En La Canonja, hasta el vicario, vestido con un mono, participó en la quema de lo que había dentro de la parroquia (Llop: 71). Frente a la puerta de la catedral de Girona se expusieron durante varios días los despojos de Sant Narcís, demostrándose de esta manera que no era un santo de cadáver incorrupto como se pretendía (Bueso: 182). Se mandó retirar unas 36 imágenes de las calles en Manlleu y la Font de la Mare de Déu devino Font de la Igualtat (Gaja: 75-76). En Olot, el mismo 18 de julio, gente de izquierda quemó en la Plaça Major las ediciones de *El deber* y *La tradició catalana*, a punto de salir (Pujiula, 1995: 146). En La Pobla y comarca, asesinatos y destrozos fueron cosa de un grupo que dirigía un anarquista portugués llamado Lobo del que no se sabe nada (Boixareu: 23-24). A Sant Pol llegaron cuatro hombres y dos mujeres, una de las cuales dirigía la operación, el 24 de julio, y obligaron a los lugareños, creyentes en especial, a quemar la parroquia y ermita de Sant Pau (Amat, 1998: 83-86). A Pujadas el anticlericalismo en Tortosa le parece secuela del arraigo del carlismo, tan vinculado al anticatalanismo y antirrepublicanismo del obispado, en especial de febrero a julio del 36; pero también lo achaca al peso del caciquismo y a la implantación del republicanismo de Marcel·lí Domingo entre campesinos de secano y del anarquismo entre los del Delta. Los daños materiales, realizados en masa, precedieron a las muertes, pese a que los comités de La Sènia o La Galera intentaron evitarlas (135 y 155-159). En Vic, el comité ordenó quemar cualquier objeto religioso el 8 de septiembre; luego habría registros y de hallarse algo los dueños serían fusilados; mucha imprenta y tienda debió usar transportistas para deshacerse de las existencias y en varias calles los vecinos organizaron hogueras para no tener que llevarlos a la plaza (Bassas: 46-47). En Vilanova, los primeros edificios saqueados, el 20 de julio, fueron el Centre Autonomista de la Lliga y el Catòlic, y después lo fueron las tres parroquias por parte de centenares de personas, aunque el retablo pudo conservarse debido a la intervención del líder libertario Mestre (Canalis: 21).

Clara decisión de destruir la injusticia heredada

La cólera popular tuvo también un carácter antisistema. En un primer momento de entusiasmo y arrebató hasta se pensó en prescindir de la moneda. Paz recuerda «un caos maravilloso» sin orden ni concierto, con el sindicato de la Alimentación y la huerta colectivizada del Prat organizando la distribución no comercial —sin moneda— para que comieran todos, y añade que «el dinero había perdido su razón de ser». Páginas antes narraba que disparos desde la iglesia del Clot provocaron su incendio. Alguien que bajó por la pared del campanario fue confundido con el párroco, aunque resultó ser uno que vació los cepillos y «todo el mundo le reprochó su acción, pero la cosa no pasó de eso y una mujer tiró al fuego la calderilla que había recogido diciendo que aquello era dinero maldito» (2002: 47 y 20-21). En otra obra cita un artículo, al parecer de Montseny, publicado en la *Revista Blanca* el 30 de julio, que narra el asalto a una sucursal bancaria por un grupo de mujeres, que con los enseres organizaron una hoguera a la que echaban los billetes (1996: 492). Años antes Adsuar se lo oyó decir al mismo Paz, añadiendo que aquéllas reían y bailaban alrededor de la fogata (I: 102). Pi-Sunyer i Bayo recuerda que el ensayo resultó inviable y se pensó en una alternativa en forma de billetes con la bandera rojinegra denominados «unidades» y «grados» (49). El asombro de Borkenau le llevó a teorizar sobre un anarquismo que, sin ser pacifista, seguía la tradición de Robin Hood o los ludditas, rechazando a la vez el capitalismo y el Estado: no querían mejorar la situación material de los explotados, sino forjar otra «a partir de la resurrección moral de aquellas clases que aún no hayan sido contaminadas por el espíritu de la riqueza y la codicia». Le maravilló que el notable botín obtenido por los milicianos del saqueo eclesiástico no lo entregaran a la CNT, prefiriendo quemarlo, papel moneda incluido, a fin de que no se les tachara de ladrones. En el tren, gente de ERC o PSUC le habían prevenido sobre anarquistas ladrones, cosa de lo que, tras lo visto, dudaba (40 y 93-98). La experiencia continuó en algún ámbito rural y los ácratas pudieron, dijo Rabasseire, ensayar su utopía de una sociedad sin metálico, ascética, puritana y sin lujo

burgués; él lo llamó «organización de la miseria» (156-157). Según Kaminski, payeses movidos por un difuso instinto quemaron iglesias y mataron curas, pero querían el bien y odiaban el mal, el peculio, visto un apocalipsis diabólico que debían exorcizar. Aún precisó que «inflexibles e íntegros, creen fervorosamente que lograrán librarse de él aboliendo el dinero, y sustituyéndolo por el intercambio. Esta idea no les viene a través de ninguna teoría socialista o anarquista. Coinciden con ella por pura casualidad [...] detestan el dinero, quieren prescindir de él [...] la colectivización no es un fin, sino el medio de vencer al Enemigo. [...] este programa no es obra de un hombre político y puedo asegurar que los dirigentes de Barcelona, si no lo ignoran, lo juzgan con bastante escepticismo» (88-89). El 4 de septiembre se prohibió atesorar moneda y oro, y más tarde la usura, y la Comissaria d'Ordre Públic el 13 de octubre incautó al administrador del obispo valores por tres millones (Caballé: 47-48 y 56). En todo caso, se ensayó nivelar las escandalosas diferencias salariales y se pensó en un sueldo diario único de 10 pesetas. Entre los ferroviarios, ingresos inferiores a 300 pts. mensuales subieron a esta cantidad, y los que superaban las 500 descendieron hasta este nivel (Leval, 1977: 311). Según Castells i Duran, la remuneración enfrentó dos criterios opuestos: los comunistas sugerían distintos salarios según la tarea realizada, y los anarquistas, uno único y familiar (CEHI: 62-63).

Hubo pillaje. Vila Casas cita el de su casa (49). Pero la furia quiso preservar lo que parecía útil. Según Toryho, al ocupar el Comité Regional la vivienda de Cambó, inventariaron y enviaron las obras de arte al museo de Montjuïc (34-38). Abad, recordando que los anarquistas habían robado a mano armada para financiarse, añade que tras el 18 de julio debieron actuar contra ladrones; y el CCMA organizó la salvaguarda de bienes localizados en requisas y con ellos iniciaron un fondo de guerra, para lo que se recurrió a los acusados por la policía como atracadores. Cita un grupo llegado de Vic con valores y joyas por 16 millones de pesetas (1937: 55). Borkenau, tras reconocer saqueos al principio por quienes se decían anarquistas, añade que la CNT negó toda responsabilidad y llenó la ciudad de carteles amenazando con ejecutarlos en el acto (93-98). *El Noticiero* sacó un aviso (27-VII-36) de la FAI que decía: «No queremos el saqueo. No decimos que si esto sigue así, lo

saquearemos todo, no; lo que queremos decir con toda energía y con toda la responsabilidad que nos caracteriza, es que nosotros, los desarrapados de la FAI, no vamos a tolerar que se retiren de los almacenes requisados y controlados por los obreros —organizados— elegantes trajes de noche [...] trapujos y porquerías burguesas que deberían ser desterradas para siempre —o su utilización relegada— hasta que todos los ciudadanos tuviesen un vestido modesto igual, no en uniforme sino en calidad [para que] el privilegio y la jerarquía traperil no desvirtuasen la existencia de esta formidable movilización popular contra la alta finanza explotadora» (Llarch: 202). Brademas atribuye algún saqueo a delincuentes comunes excarcelados con la amnistía de febrero; quemar pertenencias eclesiásticas con «frenesí purificador» demuestra que la mayoría ni se apoderó de nada ni se dejó arrastrar por la codicia (177).

Más requisas acabaron en la hoguera con fines expiatorios. Cirici vio defenestrar bienes de hogares de fugitivos y en uno de la Rambla volar un sombrero de copa por el aire y gente aplaudiendo (36); Jellinek añade que nadie se llevó nada (270-271). Carner-Ribalta, que colaboró con Gassol para salvar obras de arte, recuerda a revolucionarios —los más jóvenes— llegar a la Generalitat con cálices, custodias, otros objetos de culto y grandes sumas de dinero o valores, y a Durruti con una notable cantidad procedente, al parecer, del palacio episcopal (161-162). En Calella, bienes requisados a los explotadores se daban al Servicio de Investigación, que obtenía divisas para pertrechos, y los muebles se distribuían entre los necesitados o jóvenes parejas para llenar su nuevo hogar; alguien se escandalizó por alguna sustracción (Berenguer: 63 y 72). Fontserè recuerda que se llevaron vajillas y ajuares de cocina a los hospitales, que pronto se vieron abarrotados y tuvieron que difundir por radio un llamado para evitar nuevas donaciones y, por días, junto a los conventos se acumuló gran cantidad de enseres que la gente del barrio no tocaba (201). Bertrana vio la incautación del depósito de Tabacalera en el puerto, dice que quienes se llevaron habanos ni pensaron en venderlos («de negocis aquests homes no en fan mai!») e invitaban a fumar a los mirones: «¡Fumad, camaradas!». En los Magatzems Alemanys de la calle Pelai, milicianos que iban hacia el frente rogaron respetuosamente que les

dejasen tomar lo necesario, pero tentados por el afán de presumir cogieron alguna prenda lujosa (45-49). Low sostuvo que, al comienzo, cesaron los delitos comunes, atracos, robos e incluso navajazos por celos. Además de honrada —ella dejaba su habitación abierta y no echó nada en falta—, la gente era ahora puntual, a lo que contribuía la campaña anarquista a favor de una vida sencilla, de sobriedad natural; asimismo desaparecieron los pedigüeños (148, 171 y 36). Kaminski lo ve de otro modo y lamenta: a pesar de los comedores populares, había infinidad de ciegos, niños mendigos, vendedores de lotería y de toda clase de rifas, lo que creció al llegar los refugiados. Le sobrecogía la miseria y la carencia de un comité de ayuda internacional que la atendiera (39).

Otro suceso inicial y espontáneo fue recuperar, sin pagar, objetos empeñados. Català-Roca recordó largas colas en El Montepío de la plaza de la República (31); Llarch precisa que no se permitió retirar joyas y similares, que no podían ser de obreros (118). *La Soli* (22-VII-36) y *La Rambla* (27-VII-36) traían la autorización del Comité Regional de la CNT. El 19 ya se habían recuperado 3.000 máquinas de coser, ropas y colchones por valor de tres millones (Masjuan, 2004: 1041). Boix i Raspall, el entonces director general de la Caixa y catedrático de derecho mercantil, se escandalizó: «No tenia justificació [...]. Algunes d'aquelles Cases [de préstamos] foren assaltades per la púrria, i s'apoderaren impunement de tot el dipositat [...]. Molts [...] es presentaven acompanyats de milicians, amb arma llarga [...] i no en to de súplica, sinó d'exigència. Cosa anàloga passà a la Caixa d'Estalvis i Mont de Pietat» (Pérez-Bastardas: 114).

Fueron destruidos algunos lugares emblemáticos del viejo orden. *El Diluvio* (24-VII-36) detalló la quema del Club Náutico de Barcelona (Masjuan, 2004: 1041) y se arremetió contra determinadas estatuas. Según Martorell, a la de Prim en Reus, a mediados de agosto, le quitaron el sable que enarbolaba en la mano, quedando de esta manera puño en alto (94). Según Paz, poco después, jóvenes anarquistas de Gràcia derribaron la que el general tenía en el parque de la Ciutadella, aprovechando el bronce para armas (2002: 58), y Renart precisa la fecha, el 23 de diciembre (207). Torriente-Brau relata que también se abatieron las estatuas de notorios

explotadores, como el marqués de Comillas (119). El 25 de julio, cerca de Barcelona, ardió Villa Violeta, que había sido de Lerroux y en ese momento era de Emilià Iglesias (Caballé: 34). Sales vio en la calle Major de Gràcia un patíbulo con garrote, otros desmontados colgando de una soga a través de la calle y en una pizarra se leía: «He aquí los instrumentos de que se servían nuestros enemigos de clase para eliminar a nuestros compañeros» (carta de 20-IX-36: 41). De ello hay fotos en *L'Espagne revolutionnaire* (11) y en *19 julio 1936* (7).

Los protocolos vinculados con la represión eran otro objetivo de las masas. Contaba Barriobero que nada más ingresar en el Comitè Revolucionari preguntó qué habían hecho, a lo que contestaron «quemar papeles» para borrar en «autos de fe» cualquier recuerdo de vejámenes perpetrados por la vieja «Justicia» (25). La *Soli* notificó (26-VII-36) la incineración del fichero social de la Compañía de Tranvías (Masjuan, 2004: 1042). Sorprendió a Kaminski la destrucción de catastros, fondos judiciales y cualquier indicio de la vieja legalidad (79).

Tras unas primeras semanas de impulsivos ajustes de cuentas y saldo de viejas reyertas que, a veces, degeneraron en muertes, explotadores no acostumbrados a contribuir al gasto público se vieron obligados a hacerlo. Un decretoley, del 17 de agosto, legalizó lo que impuso la revolución y se vio «estricta justicia»: repartir entre la gente, en proporción a su hacienda, el costo material generado por una guerra provocada por los defensores de los privilegios de cuna y fortuna, a la vez que se pretendía evitar expolios por envidias o venganzas y abusos de «incontrolados» (Tasis, 1937: 18-19). Sin embargo, no querían acosar a toda una clase. La CNT lamentó, según Langdon-Davies, el temor provocado a la pequeña burguesía: «Que los capitalistas, los millonarios, los plutócratas, los terratenientes, nos tengan miedo, es lógico, porque ellos son la encarnación de la injusticia y representan las clases privilegiadas. Pero [...] pequeños comerciantes e industriales, deben comprender [...] que nosotros no somos sus enemigos. No despreciamos su posición social; creemos que en la nueva sociedad que nace, este grupo será una importante pieza de la poderosa maquinaria que los trabajadores han estado forjando desde el mismo momento en que el

capitalismo pasó a mejor vida el 19 de julio» (140-143).

Dice Ealham que la revolución trajo «la destrucción creativa de los antiguos hacedores del poder, rango y privilegio», e intentó una sociedad sin jerarquías. Se apropió de los automóviles, símbolo del privilegio burgués para ganar movilidad —pues las clases populares se relacionaban más con la calle y su uso del espacio urbano era diferente—, pero también sirvieron para «pasear» a sus propietarios. Se demolieron elementos emblemáticos de la arquitectura represiva estatal, como la cárcel de la calle Amalia, donde acabaron muchas obreras que habían devenido prostitutas por hambre y cuyas monjas celadoras eran temidas por los abusos y desmanes. Primero se abrió y lucía una pancarta: «Esta casa de tortura fue cerrada por el pueblo». Mujeres Libres acordaron, el 21 de agosto, derribarla totalmente. También se cerró el Asilo Durán. A otro nivel bien distinto, a partir del 21 de julio, la CNT prohibió la venta de alcohol (2005: 289-293). En trabajo posterior, Ealham precisa el tema: se destruyó mucho coche no por inepticia, sino por iconoclastia anticonsumista y ascética, reflejando el reto popular que intentaba nuevas relaciones espaciales, pues la mayoría, que iba a trabajar andando, veía la calle como un notable espacio de sociabilidad, obstaculizado por los carruajes (2006).

Roca pormenoriza la «Nova Economía urbana» y enfatiza que el anticapitalismo anarquista rehuía, a la vez, las grandes urbes, lo que ayudaría a comprender su incapacidad teórico-práctica para transformar Barcelona y su entorno; y cita a Montseny para quien «las grandes ciudades que construyeron los servidores científicos de los ricos y sus asalariados de nada habrán de servirle a una sociedad que se preocupase más de la salud que del negocio» (1418). Para Froidevaux, algún suceso era surrealista: vaciar las cárceles, quemar dinero de bancos, condenar uniformes de los porteros de teatros y cines (*Tierra y Libertad*, 30-VII-36), y, el 20 de agosto, los aderezos de vedets o, como hizo un panadero de L'Esplugu del Francolí, destruir en público notas con deudas por 25.000 pesetas y sus títulos de propiedad (161-172). En Berga se acordó que los propietarios pagarían a las brigadas para arreglar calles o espacios públicos (Rodergas: 30). En Cerdanyola se incautaron 80 chalets que ocuparon trabajadores y el impuesto de guerra

cobrado a propietarios se medía por la superficie de sus fincas (Martos y Oller: 99). En Malgrat se expropiaron quintas de veraneantes para obreros y se impuso un impuesto a los de derechas para pagar a los milicianos que iban al frente, subvencionar escuelas y combatir el paro (Garangou: 127-132). En el nuevo Ayuntamiento de Mataró se discutió, el 16 de octubre, cuánto tenían que cobrar los consejeros; se decidió que 400 pts./mes, aunque la CNT defendía que ingresaran lo mismo que un trabajador (Colomer, 2006: 156). Los quintacolumnistas de Rialp no fueron acosados a pesar de conocerse su actividad, pero les molestó mucho que les cobraran un impuesto en metálico para sufragar la guerra, que vieron como una ofensa (Barbal: 22). Para el *Full Oficial* (27-VII-36) de Sabadell, «la riqueza i l'economia d'un país la crea el treball. Hem de pensar seriosament i serenament a tornar a produir riquesa. Som nosaltres, els treballadors, els qui la creem i la necessitem per a viure. Som, per tant, nosaltres els qui hem de determinar-ne la distribució» (Castells: 21.45). En Salàs se obligó a jornaleros de propietarios a trabajar tierras de algún miembro del comité, cuyas oficinas debieron limpiar mujeres «de misa» y los castigos pecuniarios dependían a veces de envidias o rivalidades (Gimeno y Calvet: 19-20). Mutilaron el monumento a Eusebi Güell, fundador de la Colonia en Santa Coloma de Cervelló (Folguera: 381-382). En Tarragona no se asaltaron bancos ni comercios y CNT-FAI ensayó neutralizar el recelo de la pequeña burguesía (Piqué, 1998: 131 y 78-79). Por decisión de la Generalitat y organizado por CNT, el 5 de octubre empezó en Vic la construcción de un campo de aviación donde se obligó a trabajar a rentistas menores de 65 años y a tres sacerdotes (Bassas: 51).

Ética y costumbres inéditas

El nuevo vestuario, sobrio, ofendía a obcecados del régimen anterior. Ametlla lamentó el ideal revolucionario español basado en una austeridad general y obligatoria (88-89). El nudismo se convirtió en frecuente en las playas y, para Garangoueran, habituales situaciones antes prohibidas o consideradas tabú (Carr: 134). Hubo quien se escandalizó por otros cambios. Fontserè, recordando a Carme Millà, la única mujer que realizó carteles, dice que el del CENU, una niña y un niño leyendo juntos, indignó a la pusilánime burguesía de los treinta, paradigma de la corrupción social e inmoralidad que justificaba una «cruzada» (239). Low preguntó en la playa dónde podía dejar la mochila: «Donde quiera [...]. La gente no roba cuando tiene lo que necesita», le contestaron (45). Langdon-Davies vio en el Ritz dos avisos: «Camaradas: recuerden que están sirviendo a su propia gente. Respétenla», y «Camaradas, quienquiera que robe algo que pertenece al pueblo, será castigado con revolucionario vigor» (149-150).

Los anarquistas veían en loterías o casinos insultos a su ética igualitarista. Deploraban las corridas, pero no querían prohibirlas y continuaron hasta 1937, con la excusa de festivales, pero la mayoría de toreros se pasaron al bando fascista (Froidevaux: 176-179). Serrato, citando la colectivización del vidrio plano, consideró, en nombre de la nueva moral, intolerable que los obreros dilapidaran el salario jugando, bebiendo o con otros vicios (22-29). Lamentaban la competitividad fomentada por algún deporte que, por otra parte, tenía a las masas sumidas en la ignorancia; preferían la gimnasia que sanaba el cuerpo y el espíritu, pero siguieron el fútbol o los frontones; también condenaban los bailes, en especial las JJLL, que pensaron en prohibirlos (Froidevaux: 180-182 y 330-332). Para *Sembrador* de Puigcerdà (31-I-36), el baile era una «distracción creada por elementos burgueses para así poder atraer a la juventud obrera y poder distraerla de sus manejos explotadores que hasta ahora se venían efectuando» (Pous y Solé: 68-69). Baile, juego y prostitución eran las peores lacras sociales para libertarios de Ripoll; el Ayuntamiento, durante los primeros días de diciembre, vedó jugar a naipes y autorizó ajedrez, billar, damas, truc o manilla, apostando sólo la consumición (Castillo y Camps: 237-239).

Ensayaron otros vínculos jerárquicos. Low vio la oficina del POUM sin

burocracia, poca disciplina y escaso control, que contrastaba con el afán colaborador y la cordialidad, las pocas críticas y el hecho de que nadie buscara figurar. El Comité Ejecutivo no estaba nada sacralizado y se encontraba apretado en un cuchitril, al que todos tenían acceso; sin embargo, con el tiempo el partido se burocratizó (73-75). En la Casa de la CNT, un aviso decía:

«Compañero, sé breve; la revolución no se hace hablando, sino actuando» (Paz, 1996: 555); y Berenguer cita un eslogan que decía: «Agilidad mental para ver el peligro y superarlo con rapidez es lo que hace falta. Perder el tiempo divagando en reuniones, con disquisiciones filosóficas, es antirrevolucionario» (29).

Rotllant, humilde boscano, precisó hablando con un propietario que los explotados de siempre no defendían la República sólo para ellos, ni les movía odio ni afán de venganza, sino la justicia. No iban a «tratar a palos a quienes nos habían apaleado». Querían olvidar el pasado, como la violencia de 1934, y no caer en el acoso y la sangre: «Aquí no se persigue a nadie por lo que haya sido». Soñaban un futuro en el que todos trabajaran y en el que «cada ciudadano aporte su grano de altruismo y solidaridad [y se extienda] el sentido de hermandad y la noción de que el hombre no es más que otro hombre» (253-256). Serrahima narra la visita de un familiar suyo a Vallejo, de la CNT, alto cargo en la industria bélica. El primero era un personaje apolítico, de familia de derechas y con la mayoría de los suyos pasados al otro bando, que reconocía la necesidad de cambios para que la sociedad fuera justa, y aunque no se consideraba anarquista, decía que sería leal. Vallejo lo contrató (237238). Payne percibe una conducta distendida, aunque sin llegar al libertinaje sin freno de la Revolución Rusa (269). Ealham ve innovaciones en centros económicos que concuerdan con la filosofía libertaria sobre vínculos sociales, que buscan suprimir la alienación laboral y eliminar las barreras ficticias que aislan tarea y asueto, comunidad y empresa. La instalación de guarderías en las mayores empresas facilitó a la mujer salir del hogar y participar en la producción; en varias hubo enseñanza secundaria o clases de lenguas extranjeras y bibliotecas para las pausas de descanso. Pero la guerra frustró estas iniciativas (2005: 85).

En Agramunt, los de Cervera expulsaron a un cuñado del jefe del comité por embriagarse a menudo y generar muchos conflictos (Ros i Serra: 84). Uno de los primeros acuerdos del comité de Argentona fue prohibir jugar a cartas en los cafés, quemando los naipes simbólicamente (Colomer: 70). El mercado semanal de Berga y Ripoll se cambió al sábado para dejar festivo el domingo (Rodergas: 31; y Castillo y Camps: 69). Era soberana la asamblea de colectivistas de L'Hospitalet y tenían todos los mismos derechos y deberes, debían trabajar pero si enfermaban (salvo que fuera por alcoholismo o enfermedades venéreas) seguían cobrando, aunque si acudían ebrios perdían el jornal y si reincidían ello implicaba su expulsión (Santacana, AAVV, 1989: 508). El nuevo Consell Municipal de Terrassa, creado el 29 de octubre, no autorizaba matrimonios sin que los contrayentes no presentaran un certificado de no padecer tuberculosis, enfermedades mentales o sífilis. Las JJLL y la Juventud Comunista Ibérica, del POUM, pensaban acabar con las «frivolidades» de retaguardia, como el alcoholismo, el juego y la prostitución (Marcet: 197198). También en Manlleu, el 4 de agosto, el comité prohibió el juego (Pujol: 113-117). El consell municipal de Vic, el 28 de noviembre, excluyó ajedrez, billar, damas, dominó y parchís, salvo de 13 h a 15 h y de 19 h a 22 h y sólo apostando la consumición (Bassas: 63). En Vilafranca, las JJLL y los socialistas fracasaron en su intento de acabar con los bailes, incluidos los benéficos (González: 77-78)

Una de tantas paradojas que enfrentaron los libertarios, en la nueva coyuntura, fue cómo controlar la situación quienes rechazaban toda forma de poder. Cómo implantar, sin imponerla, la nueva ética, cuando además hasta en ámbitos radicales tanto pesaban viejas pautas. Berenguer, que se consideró mujer libre, no pensaba acostarse con su pareja (75), e Imma dijo a Feixa que un par de mozas quedaron embarazadas «i es van casar eh! Els vam fer casar» (41-42). Beevor recuerda un manifiesto de 1917 que condenaba cabarés y toros, por embrutecedores, pero en 1936 se negaron a proceder como censores (157). Sagués cita a los anarquistas de Lleida más comprometidos que considerando prioritario, en contra de lo que luego se diría, derrotar el fascismo, no comprendían tanta diversión y solaz en la retaguardia mientras los más decididos iban al frente. Un editorial de *Acracia* (28-VII-36) llamó a

la radio «jaula diabólica» por su programación frívola, con «tangos y fandanguillos» de cabrones y chulos «para diversión y juergas de los señoritos violadores de campesinas guapas y pobres». Ello degeneró en un clima que justificó excesos ante las que llamaban conductas desviadas. Milicianos llegados del frente «irrupieron en cafés y tabernas y pusieron las mesas patas arriba» (*Acracia*, 9-XII-36). No querían burdeles, pero los exigían soldados de permiso (497501). Pons Prades memora el bar La Tranquilidad y al Maño, su propietario, que antes del 19 de julio con frecuencia les fió o ayudó a huir por las cloacas, por lo que no podían clausurarle el negocio pero le obligaron a cerrar a las 22 h (2005/b: 202-203). Si unos lamentaban que no se acataran sus propuestas, otros se escandalizaban. Barcelona avergonzaba a Estrada i Clerch, «fins aleshores [...] una de les ciutats més senyores d'Europa, amb la gent sempre molt ben vestida (ens hauríem guardat de sortir de casa sense capell i guants, tant homes com dones), tot d'una, havia sofert la metamorfosi de la ventafocs, però al revés. De gran dama havia davallat a serventa [...]. Tothom circulava sense res al cap i com més mal vestit millor» (69); y a Lacruz le angustió que en una «ciudad creada por el esfuerzo de una burguesía laboriosa, [...] excepcionalmente dotada para la vida cómoda, disciplinada y grata, todo se había convertido en sórdido y torvo. Una multitud proletaria [...] imponía a la gran masa absorta por el terror su sentido plebeyo de la vida. Cuanto era bello, pulcro y refinado, fue proscrito con rabia implacable [ir] afeitado, usar perfume, era tanto como confesarse fascista». Insistía en que «las mujeres tuvieron que prescindir del sombrero, de las joyas, de los bellos vestidos [...] y vestirse con mal gusto deliberado, o con la ordinariez innata en ciertas mujeres de las capas inferiores de la sociedad [...]. Los hombres [...] se esforzaban por presentarse como albañiles que acabasen de abandonar el trabajo» (129 y 155). Asimismo chocó a Kaminski que los barceloneses andaran con la cabeza al aire, incluso las mujeres que no vestían peor que antes, y a pesar de los llamados de los obreros del ramo, la única concesión fue la chapela (35). La Sección de Sombrereros del Sindicato Único del Ramo del Vestir pidió a la gente, el 18 de octubre, volver a cubrirse la cabeza y CNT-FAI sacó una nota, al día siguiente, incitando a consumir ropa y menaje (Caballé: 58-59). Jellinek vio

en las Ramblas a 1.500 sombrereros protestando, el 21 de octubre, por que perdían su trabajo (388) y Froidevaux cita nota (*La Veu*, 20-x-36) sobre ello (168).

Turbó a Serrahima ver a los explotadores en alpargatas y mangas de camisa: «De fet, gairebé, ningú no anava vestit com havia anat la setmana anterior». Más tarde aumentó el número de chaquetas y, luego, de corbatas, pero los sombrereros no regresaron (175 y 135-136). Rubió i Tudurí y Vila-Abadal se pasmaron al ver a Companys, *consellers* y el público del Liceo en mangas de camisa (142-143 y 382-383). Cirici vio a la gente del Eixample disfrazada; antes lucían cuello duro y sombrero, mientras que luego iban «despechugados»; se preguntó de dónde sacó la burguesía tanta boina (22-23). A Kaminski, y a muchos más, les pasmó la difusión espontánea del mono laboral, genial y anónima invención, uno de los hallazgos más originales de la Revolución Española (22). Para Low lo más nuevo fue la desaparición de la mantilla y su simbolismo religioso; pero criticó que siguieran la lotería y la siesta, y que en plena revolución se paralizara todo de una a cuatro. Al contrario, elogió que las mujeres fueran ahora a los cafés o la gentileza de los patrulleros nocturnos, que mandaban cerrar a la hora fijada. Uno le dijo: «discúlpame camarada, ¿te importaría enseñarme tus papeles?». Pedía perdón por «formalidades tan enojosas», pero había espías escondidos en las delegaciones extranjeras (40, 42, 77-80 132-135). En Lleida, la gente para evidenciar su adscripción ponía un trapo rojo en la fachada o usaban un brazalete o lazo en la solapa de este color. Chocó a más de uno ver a mujeres con pantalón (Feixa: 35).

X

Una trocha inaudita que llevaba a una quimera

La revolución aterró a grupos sociales más o menos beneficiarios de una sociedad cínicamente injusta que persistía recurriendo a la coerción para evitar que estallara la caldera, al margen de que temieran por canalladas y vilezas aconsejadas, patrocinadas o, sencillamente, perpetradas. Leval cita un escrito anónimo del 20 de julio que narra cómo los del sindicato ocuparon la sala del consejo de administración de la empresa ferroviaria Madrid-ZaragozaAlicante (MZA), en la que infinidad de veces fueron tratados con insolencia o negándose a oírlos. Ese día 30 técnicos y oficinistas vieron cómo tres obreros, respaldados por otros armados e instalados en los sillones antes reservados a la gerencia, les espetaron: «Les hemos llamado para exigirles su renuncia del cargo, así como de todos los derechos que habíais adquirido en la compañía. [...] Algunos se echaron a llorar [...]. Hubo que resignarse y firmar» (1982: 124-132).

Dada la fecha del desacato, buena parte de la burguesía veraneaba. Bastantes lo hacían en el Pirineo y pudieron pasar a Francia sin mayores dificultades. Albert, hablando sobre los de Canyamars, cuenta que mucho barcelonés, amenazado o comprometido, se refugió en pueblos pequeños (7-

8) y no tan pequeños. Según Bassas, un bando de la Conselleria de Defensa de Vic (3-XII-36) ordenaba a todo ciudadano presentarse personalmente, «per poder saber i controlar la gent que viu a Vic», pues se sospechaba que había muchos escondidos en casas particulares (64-65). Rodergas cita un pregón (17-VIII-36) para que se marchara, en 24 horas, quien no estuviera domiciliado en Berga (33). En l'Atmella, los habituales al final del verano se quedaron, mientras otros «arribaven sense fer soroll, es ficaven a les cases dels amics i coneguts i, de moment, no es deixaven veure gaire» (Badia: 36-37). Parte de la oligárquica familia de Baladia huyó a Suiza y Sevilla, y el resto se quedó en su casa veraniega de Argentona, donde no los acosaron. Unos 400 forasteros llegaron a La Garriga (Garriga, 1986: 52); lo mismo dicen Mas Gibert de Canet (253) o Estrada i Planell, dando nombres, de El Brull (1995: 11).

Una notable cantidad de civiles y eclesiásticos, espantados o prevenidos, salieron en barco —lo que no pudieron hacer en la España franquista—, con documentos provistos por la Generalitat, sindicatos, partidos o con colaboración consular. Low recuerda la intervención del cónsul de Cuba (101). Otros no pudieron partir —o lo hicieron más tarde— y se agazaparon en sitios más o menos pintorescos. Bloch vio en su hotel a muchos propietarios con la familia, muy emperifollados y quejándose de todo (25). Algo parecido cuenta Kaminski, que describe a varios sin cuello duro ni corbata, más o menos disfrazados de obrero (37). Algunos buscaron amparo en clínicas y hospitales. Según Vila-San Juan los hubo como enfermeros o pacientes, y se custodiaron joyas en la Puigvert (53). Ricardo Suñé, fugitivo del frente, vivía en el manicomio Pere Mata de Reus (Tarín-Iglesies: 96). Algo similar pasó en el psiquiátrico de Salt (Maymí: 66 y 133-136); o, según Reventós, en el del doctor Bernat en Lloret. Carbonell regresó a Barcelona (31-VII-36) y se enteró de que su padre estaba en el Frenopático de Sant Andreu (42).

La odisea de los condes de Egara fue rocambolesca. Salieron de Cardó el 20 de julio, sin problemas en los controles, hasta el de Tortosa. Allí les quitaron cuanto traían. El alcalde, incondicional de Marcel·lí Domingo, mandó devolverles todo y los envió en tren y, al llegar a Barcelona, el médico

Guasch en una ambulancia los llevó a la clínica Platón, hasta que con papeles del cónsul francés llegaron al puerto en otra ambulancia, ahora de la Cruz Roja (Joaniquet: 350). Este medio fue también el que usó el falangista Pons desde Lleida a Barcelona, camuflado de enfermero (Torres: 72-73). Según Díaz i Carbonell, tras un registro, Tarrés logró que lo llevaran a la Jefatura de Policía, donde un agente de la Generalitat le sugirió «quedi's aquí, detingut voluntàriament, perquè aquesta gent de la FAI portaven molt males intencions». No siguió el consejo pero se ocultó hasta el 24 de julio del 37 (117-118 y 122). Según Rius, para burgueses y gente a su servicio podía ser más seguro figurar en las listas de hostiles y desertores en poder de la bofia: «Prefectures de policia, presó Model i tota mena d'establiments oficials eren, realment, la salvaguarda de l'individu perseguit» (77). Broggi fue médico de la Modelo, donde se refugiaron numerosos derechistas, «moltes persones conegudes i respectables» (175). Un militar no fascista, condenado sólo a seis meses, tras la condena prefirió no salir de la cárcel por temor a los «incontrolados» (Viadiu: 58). Tras un juicio, Porcioles ingresó en ella el 10 de agosto y vio a personas «benévolas y cultas: catedráticos, abogados, sacerdotes, religiosos, algún provincial de una Orden. Los reclusos no manifestaban inclinaciones políticas; su único credo era la fe católica». Se avenía con el director, Debesa, que como tanto anarquista «revelaba, junto a un talante truculento, un alma ingenua y teñida de un utópico idealismo» (39). Torres cita del Dietari de su hermano Màrius otra treta, como la de quienes en Barcelona hicieron publicar su esquila en la prensa para confundir a sus enemigos (391). El fascista Solsona huyó de Igualada en un coche con siglas CNT-FAI (354). Un derechista de Premià de Mar se escondió en un sótano de Catalana de Gas (Amat, 2001: 121). Los vestuarios del Barça de las Corts fueron refugio para religiosos y algún dirigente del club, a los que la Generalitat facilitó ir a Italia (Solé, 1996: 103). Recuerda Arnal a algunos camuflados entre los mismos milicianos de Durruti (77); Gaja cita a muchos desertores en Prats de Lluçanès (159) y Romeo recuerda cómo la familia Brugarolas-Rocamora, que veraneaba en Lloret, huyó a Francia en una barca de pesca (10).

Hubo, por supuesto, más casos estrafalarios. Rius logró, ante la falta de

maestros para tanta escuela nueva, que contrataran en el barrio de Sant Josep al capuchino Salvador de Barcelona (80). Según Llarch, en la dirección del Laboratorio Central del Ramo Textil se infiltró algún industrial para cuidar sus bienes y contrataron a sus hijos que, además, hacían sabotaje borrando la etiqueta en barriles de colorante (152). Al mayor hacendado de Agramunt, Josep Maria de Siscar y de Castellarnau, noble, tenista y melómano, que vivía un lujo llamativo con chofer, mayordomo y criados formados en el Ritz, la CNT le expropió tierras y palacio, y le dejó una sola habitación. Fue bien tratado y respetado, y se le asignó una pensión de 300 pts. mensuales, como a un miliciano. Murió antes del 39 (Ros i Serra: 73).

Sindicatos de clase, antes organismos para defenderse, devinieron, con el cambio por el fiasco fascista, ejes del nuevo sistema económico y social; si por una parte, se procuró que pactaran los de distinta tendencia; por otra, hubo acomodados de toda clase. Según Jellinek, el CADCI ingresó en la UGT, pero con notable autonomía, igual que la FNEC (Carbonell: 53); grupos de Estat Català lo hicieron en el PSUC (279-280). El POUM creó una Federació Obrera d'Unitat Sindical (FOUS) (*Avant*, 28-07-36).

En Espolla, el Sindicat Agrícola estaba sometido a los propietarios; pero, tras febrero del 36, comunistas y *rabassaires* quisieron recuperar los bienes comunales de la sierra de Bausitges, que había usurpado, ilegalmente, el marqués de Camps y duque de Medinaceli. Lo exigió el 22 de marzo el Sindicat Local de Treballadors, adherido a UR, y lo apoyó el concejo el 1 de julio. El 18 de julio lo expropió el comité y el comisario de la Generalitat lo cedió al pueblo el 13 de agosto. Según la Causa General, en la provincia de Girona se expropiaron 321 propiedades, de las cuales 172 sumaban juntas un valor económico de más de once millones de pesetas (Cárdaba, 2003: 166-168).

El primer artículo de Peiró con motivo del regreso de los Trentistas a la CNT, aparecido en la *Soli* el 15 de agosto, deploró que la Generalitat redujera la jornada laboral cuando había que sacrificarse por la guerra. El Pleno Regional de Levante dictaminó el salario familiar en diciembre del 36 (Peirats, I: 202-203 y 364-366). Según Jellinek, la jubilación, el paro y el seguro médico motivaron a la Generalitat, pero aparcaron por el momento la

Llei de Contractes de Conreu, a la espera de una alternativa más satisfactoria para todos. Además, declararon una moratoria para todas las deudas, lo que parecía acelerar un programa reformista con apoyo del PSUC y el POUM. Jellinek lamentó que, a pesar de lo prometido por los revolucionarios y no por simple altruismo, más de una vez se atacó la pequeña propiedad y que algún comité local requisó cosechas, o que aparecieran, como en todo conflicto social, pistoleros y bandoleros (365-366 y 285). 610 obreros de la Damm decidieron doblarse su jubilación, de 35 a 70 pts. (Mintz: 83). Se suprimió el trabajo a domicilio (Ibàñez-Escofet: 84) y, según Abella, se habría acabado con el servicio doméstico, aunque al parecer hubo algunas excepciones (73).

En el Baix Llobregat, si los trentistas prefirieron las colectivizaciones agrarias, los anarquistas puros colaboraban en el comité, las milicias o el CENU. Los obreros de La Papelera Española acordaron nivelar los salarios, asistir a jubilados, enfermos o accidentados, ayudar a quienes luchaban en el frente, mejorar las condiciones higiénicas, instalar un dispensario, una biblioteca, una guardería y una escuela para adultos gestionada por el CENU (Santacana: 30 y 46). En La Bisbal se asignó un salario de 6,90 pts./día a los vigilantes nocturnos, llamados «serenos», para que no dependieran de las propinas (AAVV, 1990: 41). En Granollers la semana laboral pasó de 40 a 38 horas (34 por la noche), se decidió que no se trabajara ni sábados ni domingos, incrementar los salarios un 15% y abolir cualquier forma de trabajo a destajo (AAVV, 1989/1990, II: 105). En Igualada el alza salarial, la reducción de la jornada, el seguro de enfermedad y las vacaciones provocaron una gran euforia durante las primeras semanas (Térmens: 168).

A Abad le preocupaba que persistiera el viejo antagonismo urbe-agro, fábrica-agricultura, y que el campesinado permaneciera todavía traicionado y olvidado. Como nada resolvería la violencia, debían tolerar la pequeña explotación familiar y los payeses autoconvencerse de las ventajas del trabajo colectivo. También propugnaba el regreso a la tierra «de masas urbanas parasitarias». Insistía en la oposición proletariado-pequeña burguesía, enardecida por una mística heredada de Bakunin y Proudhon, o que el mito del proletariado revolucionario lo pergeñaron quienes no trabajaban y que

algún asalariado defendía los privilegios de los explotadores. Asimismo veía catastrófica la pugna entre trabajo manual, técnica y ciencia, y sugería que los revolucionarios genuinos debían, olvidando el egoísmo y la venganza, luchar por la justicia, por una sociedad de libres e iguales, aceptada de forma voluntaria por todos. Insistió en la necesidad de «captar a la pequeña burguesía para nuestra obra de construcción social [...]. No se les puede suprimir por decreto ni se les debe exterminar por el terror» (1937: 99-122).

En Granollers fracasaron las multas del concejo que intentaban evitar que los payeses defraudaran en la leche o con matanzas ilegales (AAVV, 19891990, II: 347-348). La revolución no liquidó en Lleida dos restos del pasado, la burocracia inoperante y los parados que pedían ayuda (Sagués: 384). En Vic, el 31 de agosto, el comité y el sindicato de la piel intentaron resolver esto último repartiéndolos entre las distintas tenerías (Bassas: 44).

Como en el resto de la Península, en Cataluña había muchos gitanos vinculados a su vieja y peculiar cultura, lo que los revolucionarios fueron incapaces de captar. El comité de Figueres decía no querer discriminarlos, pretendía integrarlos a la vida urbana y evitar que deviniesen «parásitos», con una escuela especial que no funcionó (Bernils: 77). Con los gitanos que habían llegado al frente y no podían combatir, Durruti formó brigadas de trabajo para arar la tierra o trazar carreteras (Sanz: 67; Morea-Suñé: 28). El comité de Reus ordenó que ingresaran en brigadas municipales de obras públicas (Xavier Amorós: 54). Anarquistas y poumistas creían que la revolución los «regeneraría», y *Acracia* que aquella «ha tenido la virtud de hacer trabajar a los gitanos»; si bien el Comitè de la Construcció no los aceptó y *Combat*, dado que escaseaban en el frente, soltó: «la guerra y la revolución no se ganan cantando flamenco ni tocando la guitarra» (666).

Prácticas solidarias y refugiados

El altruismo, peculiaridad del proceso, aumentó tan pronto como, por culpa de la guerra, empezaron a llegar refugiados. Para Kaminski, si desde siempre en las protestas catalanas, las reivindicaciones generales primaron sobre las particulares, si se eternizaron huelgas para reincorporar despedidos, se debía al más poderoso sentimiento entre los obreros: la solidaridad. Aunque parezca extraño, sus motivaciones eran filantrópicas; no les inquietaba la comida o la ropa, y les movía la fe militante en un futuro mejor, fraternal, ilustrado y libre (185). Al llegar a Granollers, Langdon-Davies buscó donde comer, en el comité le dijeron: «si usted es antifascista, será huésped de nuestra Cocina Popular», lo llevaron en coche a la ex residencia de un explotador que había huido y enfatizaron que «no existen mendigos en Granollers ahora; nosotros los alimentamos» (128-129). Alguien tan hostil a la revolución como Galí reconoce que, para las industrias de guerra, los obreros llegaban a trabajar 50 horas sin pedir mayor salario por las horas extras (1999: 113). Caballé cita la propuesta de la UGT de trabajar el 6 de octubre y dedicar los jornales de este día a financiar las milicias o, el 5 de noviembre, la decisión de los trabajadores de General Motors de llegar a las 60 horas semanales (58 y 63). Poco después del 19 de julio, la Generalitat manifestó: «Els productes i el material, les provisions i els afectes agabellats per l'entusiasme, per l'esforç, per la col·laboració de tots els catalans, han portat a tots els indrets de la República el testimoni patent i inesborrable d'aquest magnífic esperit de solidaritat» (1936: 143). La nota editorial de la correspondencia Companys-Prieto cita «un conjunto homogéneo que establece históricamente y de una manera irrefutable la verdad sobre la ayuda» de Cataluña, «su colaboración, su solidaridad, la organización magnífica de todas las actividades de la retaguardia en beneficio de los frentes de lucha». Lo que a veces negaron no sólo los fascistas, sino los republicanos, para, en realidad, atacar a CNT-FAI y «aplantar las conquistas revolucionarias impuestas por el proletariado catalán [...]/ Decir Cataluña equivale a decir rebeldía, lucha, espíritu indomable [...]. Lo sabía [...] Mussolini cuando clamaba desesperado por la conquista de Barcelona [y] los

gobiernos de Francia e Inglaterra cuando facilitaron en todo lo que estaba a su alcance la caída de Cataluña» (*De Companys a Indalecio Prieto*, 3-5).

Según Froidevaux, en el apartado «Aide sociale» (ayuda social), la revolución quería acabar con las desigualdades y atender a olvidados y discapacitados físicos o mentales, pero en nombre de la solidaridad en vez del de la caridad. Para marginados en chabolas o viejos se reservaron quintas o se crearon y/o se aumentaron pensiones para que vivieran dignamente (251-260). Para Bernecker, la solidaridad, siempre fomentada por CNT, caracterizó la conducta de las colectividades, de éstas entre sí y con los soldados (1996/a: 129). Según Antoni Roca, esta solidaridad benefició el servicio de transfusión sanguínea, y Duran dijo que «no tan sols no hem sentit mai l'escassetat, sinó que ens trobem amb excés [...] de donadors» (40).

Las colectividades del Alt Camp enviaron carretadas de alimentos al frente (Gavaldà: 229). No colaborar en el encarecimiento y el mercado negro, que pronto se generalizaron, fue la mayor aportación de los colectivistas en L'Hospitalet. Para enfrentar el paro, la CNT propuso, en diciembre del 36, el salario único; los que lo superaran abonarían la diferencia para financiar cocinas populares (Santacana, AAVV, 1989: 35 y 498). Este clima se evidenció de varias maneras. A finales de julio, la mansión señorial Can Vilaró devino Menjador Popular, primero para las milicias y, luego, para los necesitados. Poco después, los obreros de Isidre Comas cedieron el 15% del incremento salarial al comité, los sastres cedieron uniformes o los metalúrgicos hicieron lo propio con camiones blindados. Tanto donativo supuso que el comité, el 20 de agosto, manifestara que no era obligatorio entregar dicho 15% y, a los pocos días, 200 albañiles formaron una columna para levantar fortificaciones en el frente (AAVV, 19891990, II: 106). Algo similar ocurrió en Terrassa (Ragon: 77-78). Dos veces por semana dos camiones de Barcelona o Mataró llevaban comida al frente, con mucha fruta y ropa (Amat, 1999: 98).

Poco después del 19 de julio llegaron los primeros refugiados: fueron 600 chiquillos de Aragón, que se instalaron en el Ritz y, luego, fueron repartidos por el país. Muchos fueron a parar a Girona y de ahí se dirigieron a Begur,

Banyoles, Calonge, Figueres, Flaçà, Palamós u Olot (Montero: 9-12). Martí Ibáñez se preocupó por la cuestión de los refugiados, que se había convertido en alarmante pues pronto llegaron a medio millón. Se organizó la recogida, casa por casa en Barcelona, de un colchón y de ropa. Se ubicaron de forma temporal en dos barcos, el *Sebastián Elcano* y el *Marqués de Comillas*, y se creó el Comitè Central d'Ajut als Refugiats (CCAR), que por cautela improvisó estaciones sanitarias en el estadio de Montjuïc, el sanatorio La Sabinosa, Tarragona, y para los afectados por la infección ocular de tracoma, la Torre Monegal, cerca del Tibidabo. Más tarde, superados por la situación, para hospedarlos se pensó en habilitar las casas de citas o en enviarlos a Francia, Gran Bretaña, Grecia y México, con emisiones de radio para que no perdiesen contacto (37-42). La Conselleria de Sanitat i Assistència Social organizó los Comitès Comarcals d'Ajut al Refugiat (CCAR), presididos por un *comissari* de la Generalitat, con gente de la CNT, la UGT, Socors Roig Internacional, Pro Infància Obrera y Assistència Municipal (Piqué, 1998: 610). *Nueva Iberia*, n.º 2 (II-37), precisa que la Comisaría de Propaganda formó los CCAR el 18 de octubre, integrada por dicha *conselleria*, la CNT, la UGT y, además de los mencionados, Ajut Infantil de Reraguarda, el Comitè de MZA, el Consell de Gastronomia, la Associació de Banca i Borsa y la Delegació del Consell Superior de Protecció de Menors. A principios del 37, los evacuados llegaban a 80.000 adultos y 10.000 niños. Caballé precisa la exigencia a todo vecino del Eixample de un equipo de cama, el 16 de octubre, por parte de la *conselleria* y para el CCAR, y que la primera expedición de mujeres y niños de Madrid llegó el 25 de noviembre (57 y 66). Según Bricall, ya eran 300.000 en diciembre del 36 y 700.000 a principios del 38 (94). Para Pagès, en noviembre del 38 ya alcanzaban el millón, lo que equivalía a un tercio de la población del Principado (207).

El CCAR, en colaboración con Assistència Infantil, de la IASUEC, organizó colonias para niños refugiados; la primera en la sede de Assistència, en el Palacio de Pedralbes, de la que los universitarios salieron para ir al frente o trabajar en la retaguarda. Luego organizó otras colonias atendidas por personal voluntario, que llegaron a 25.000. No querían instruirlos sino educarlos de una manera informal, despertando pasión por conocer y espíritu

de observación. De este modo, los saberes concretos se disolverían en actividades que los sedujeran; no se olvidaba la danza rítmica y el teatro, la redacción y la lectura, para lo que se dispuso de una biblioteca móvil gracias a la Comissió de les Lletres Catalanes. Asimismo se les proporcionaron juegos, deportes, baños de sol, manualidades, jardinería o agricultura, para lograr jóvenes conscientes, capaces de sentir y pensar, felices, libres, sanos de cuerpo y espíritu. Se regían por normas fijadas y aprobadas en asamblea. Además se instalaron guarderías en fábricas, como en la Tecla Sala de L'Hospitalet. Para todo ello se contó con ámbitos, a poder ser con playa, estanque, bosque y jardín, de ayuntamientos o residencias campestres de los explotadores, como Montcelimar, Els Pins, un palacete de Caldes d'Estrac o la Colonia Nestlé (Assistència infantil). Para ello fue pieza vital la Oficina Administrativa d'Ajut als Refugiats, creada el 26 de noviembre y dirigida por Joan Puig de Fàbregas, funcionario de la Casa d'Acollida President Macià (Martorell Garau: 18).

Una orden del 22 de diciembre planteó cómo explicar a los niños el significado de la guerra y, teniendo en cuenta que a inicios de enero tendría lugar la Setmana de l'Infant, pedía a todos los maestros que detallaran los deberes de solidaridad humana, en particular sobre la obligación de recibir y atender a refugiados del resto de España; sobre la significación de la guerra civil, que los facciosos promovieron sacrificando mujeres y críos; sobre el sentido del movimiento social de los leales y su afán de construir una colectividad más justa, en la que la chiquillada tuviera derecho a instrucción, salud y la alegría de vivir con fe en el futuro. Para esta publicación también era básico alejar todo perjuicio partidista o imágenes y alusiones que despertasen en la imaginación de los niños el anhelo bélico o instintos vengativos, ya que «la victòria ha d'ésser obra de la fe en el nostre destí i del sentiment del deure i no el triomf de l'esperit de revenja». Además, los maestros buscarían la cooperación del alumnado para obsequiar con juguetes a los hijos de combatientes, huérfanos, refugiados o acogidos en establecimientos de Assistència Social (Navarro: 273).

Los primeros refugiados en Barberà, enviados en diciembre por la Generalitat, eran una familia de Fuensalida, Toledo (AAVV, 2002: 199-200).

A Bellver llegaron 70 de Madrid y Bilbao, primero instalados en algunos hogares y luego en el convento-colegio de la Sagrada Familia; la mitad de lo recaudado en los bailes dominicales serviría para sufragar los gastos (Pous y Solé: 107). Montañà, hablando del Berguedà, menciona más de un vez lo que ocurrió en otros lugares: algunos chiquillos refugiados se quedaron tras la contienda. En octubre del 36, La Bisbal acogió a unos 60 niños de la Colonia Sorolla de Madrid, que se alojaron en la casa Niubó. Poco más tarde, se calcula que 90 de las 161 familias refugiadas eran catalanas que huían de los bombardeos o el hambre en otras regiones de Cataluña, y los demás del norte de España (AAVV, 1990/b: 147). En Calonge, los primeros niños refugiados que llegaron lo hicieron el 10 de octubre y eran unos 40, de 5 a 14 años, de Madrid (Vilar: 81). En Granollers ese mismo día llegaron tres personas de Guipúzcoa. El día 21 de noviembre se acogió con agasajos a 125 niños de Madrid y sus maestros. Otros 500 llegaron el 27 de noviembre y se repartieron por la comarca. Un decreto del *conseller* de Finances del día 20 daba un primer crédito de dos millones para atenderlos (AAVV, 1989/1990, II: 228-30).

El 6 de octubre, Igualada recibió a unos 500 niños de un orfanato de Toledo y, el 16, otros tantos de dos grupos escolares de Madrid (Térmens: 129). 500 madrileños se distribuyeron, el 29 de noviembre, por la comarca de Lleida (Sagués: 434). Los primeros 42 niños de Gelsa (Aragón) llegaron a Olot a finales de agosto (Pujiula, 1995: 155). Los llegados a la comarca del Priorat fueron reseñados por Martorell Garau, y lo hicieron en su mayoría ya en 1937.

En Puigcerdà se denunció que algún adolescente, para sobrevivir, cayó en el robo o la prostitución (Pous y Solé: 66). En Ripoll, la primera expedición estaba compuesta por 108 menores de 14 años que llegaron de Madrid el 17 de noviembre; más tarde superarían los 500 cuando la población local era de 7.000 (Castillo y Camps: 258-259).

200 niños de Madrid llegaron a Tarragona el 6 de octubre y se instalaron en el Sanatori Marítim la Rabassada, para la ocasión abierto también en invierno. El día 13 el barco luso *Nyassà* amarró con 160 mujeres, 1.227 varones y 50 niños de Badajoz, salvados de la sanguinaria ocupación fascista.

Sólo alguno de los varones fue al frente de Madrid; el resto se cobijó en el convento de las Hermanas de la Doctrina Cristiana. Los del pueblo dijeron que robaban y los jóvenes locales, que sí debían alistarse, protestaron porque se libraban los forasteros. El 24 de octubre otros 20 infantes de Madrid se distribuyeron entre familias que los acogían de forma voluntaria. A fines de octubre, el Sanatori Marítim albergaba 299 jóvenes y hubo quejas por maltrato. Un mes más tarde, modestas familias de la capital y la comarca ampararon a 2.000 refugiados más, viejos y niños (Piqué, 1998: 609-610).

A los 40 primeros refugiados llegados a Terrassa desde Euskadi, en septiembre, Socors Roig Internacional los alojó en el domicilio particular de Alfons Sala y comían en la Cuina Popular (Marcet: 199). Tortosa recibió 200 de Madrid el 23 de noviembre, otros 250 el día 30 y, a inicios de diciembre, un grupo de Pozoblanco (Pujadas: 188).

En Vic la primera expedición, del 6 de octubre, estaba compuesta por 161 niños y 7 niñas de Madrid, y se repartieron entre familias. Un decreto del Consell de Transports de la Generalitat del 27 de noviembre obligaba a propietarios de autocares y camiones a cederlos con chofer. El día 28 salieron 78 para Madrid para recoger mujeres, críos y viejos. El 26 de diciembre llegó, en tren especial, una expedición de 210 evacuados, la mayoría de Mallorca (Bassas: 51-52, 63 y 68; y Casanovas: 233). Quienes cantaban la lotería de San Ildefonso y luego otros 800 niños fueron a las masías Solers y Solicrup, en Vilanova (Canalis: 3 y 39).

Joan Serrallonga (2004) ha analizado el volumen total de refugiados y su ensamblaje en las sociedades de acogida.

Distribución de bienes de consumo

En los excitantes días iniciales alimentarse no fue problema; sólo se vieron

afectados los burgueses que añoraban los bienes suntuarios debido a la proletarización de la sociedad. Según Low, «todo el mundo podía comer en Barcelona. Bastaba con que fuera a un local y pidiera un vale [...] no tenía nada que ver con la caridad» (76). Según Kaminski, el Sindicat Gastronòmic nutría incluso a los indigentes en varios restaurantes y hoteles, al mediodía y por la noche, para lo que bastaba una autorización de un organismo o un comité, aunque nadie la controlaba. Pronto se malogró, pues cayeron las reservas almacenadas, entre ellas las del puerto, las paradas de los mercados se vaciaron y por doquier se formaron colas de mujeres. También faltó el carbón al llegar el invierno. Sin embargo, cines, cafés o restaurantes estaban siempre llenos, las pastelerías vendían más que antes y los domingos había que hacer cola. El *conseller* de Economía Fàbregas informó a Kaminski que el alza de salarios y la escasez incrementaron el ahorro, con lo que los ingresos de las cajas crecieron desde julio (39-42 y 179).

Para Rabasseire fue admirable ver a los sindicatos aprovisionar a las urbes hasta diciembre y «ni siquiera los calumniadores más audaces pudieron negar el buen éxito»; además, la cosecha fue buena y los campesinos traían sus productos, mientras en «territorio franquista los trabajadores deben ser vigilados por requetés con bayoneta calada». Aunque «la economía sin dinero sólo duró dos semanas», los rurales alojaron 100.000 milicianos sin mayor problema durante bastante tiempo después. Con «tantos ejemplos de espíritu verdaderamente revolucionario, ¿qué importan los raros casos de mala voluntad?» (151-153). También Souchy destacó la armonía que había entre los sindicatos del ramo alimentario y los sindicatos y colectividades agrícolas; hasta que, el 16 de diciembre, el abastecimiento pasó a manos de Comorera, del PSUC, que restableció el comercio libre y permitió el incremento de los precios. Una NEP a la rusa sustituía a la colectivización, que había funcionado con unas 30 secciones, incluido el Sindicato del Servicio Doméstico. Entre ellas eran básicas las de azúcar, café y coloniales, carne, huevos y caza, leche, pan, volatería, vino y licor. Secuela del alza salarial fue un mayor consumo de aceite, que antes iba a Francia, Italia y Portugal, y ellos lo exportaban a América como propio. Buena parte de la leche de Puigcerdà y La Seu se condensaba y enviaba al frente. Como antes

de la guerra la mayoría del ganado para carne venía de Extremadura y Galicia, en manos de los franquistas, se pensó en importarla congelada desde Argentina, Brasil o Uruguay. Para racionalizar la producción se pensó en crear una sola marca de cerveza y de vermú, aunque todas estas posibles innovaciones se vieron truncadas por la guerra, las claudicaciones políticas y la necesidad de orientar la producción catalana hacia el abastecimiento militar. También se colectivizaron embotelladoras de agua, gaseosa o sifón (31-32 y 115-124).

Jellinek, al contrario, citó el temor a los payeses que, por subversión, venganza o egoísmo, podían acaparar y especular, pero en otros lugares el pueblo entero enviaba alimentos al frente, incluso algunos en su fervor se arriesgaron sacrificando ganado y aves de corral que eran más útiles vivos (366). Según Abad, los comedores gratuitos duraron sólo unas semanas, agotaron cuanto había en los almacenes y devinieron un perjuicio, pues no sólo supusieron «abusivas» requisas, además «entorpecieron» el abastecimiento de los milicianos; pero suprimirlos fue impopular, pues mucha gente quería seguir disfrutando del «botín» (1937: 53-54). Según Bueso, en el Lyon d'Or, sede del POUM, dos militantes en la barra daban gratis bocadillos, bebida y tabaco a cuanto cargaba un fusil. A la vez, habitantes del Barrio Chino asaltaron tiendas, sobre todo de comestibles. Había «un deseo incontrolado de comer hasta saciarse, aunque no fuera más que una vez en la vida»; en la gasolinera a un familiar no le cobraron, diciendo: «Paga la Generalitat. ¡Viva la República!». Fueron a Girona a buscar papel de periódico y en el restaurante ni quisieron cobrar ni aceptaron propina, pues dijeron que «se había acabado la época de vivir de limosna» (160, 164, 116 y 183). Llarch recuerda que en el Sindicat La Farigola del Clot se instalaron las cocinas de campaña de los cuarteles de Sant Andreu y guisaban para todos los milicianos de las barricadas. También que *Avant* informó (26-VII-36) que UR mandaba carretadas de verduras a Barcelona, buena parte para hospitales, a la vez que exigía que «terminaran robos y saqueos». El interventor del Govern en la Compañía de Tabacos aclaró que sólo se ofrecería tabaco a «los ciudadanos defensores de la República y la Libertad» (118, 195 y 198). Cruells recuerda el comedor popular del Poble

Sec (1978: 63) y los Reventós que en Barcelona el repartidor de pan a domicilio pronto informó del fin del servicio y de la *torna* o redondeo (1984: 24). Muñoz explica que la escasez se notó a las pocas semanas, con comercios cada vez más desprovistos, a la vez que iba imponiéndose el trueque (12-13). Según la *Soli* (12-IX-36), se repartieron vales que debían acompañar al dinero en las compras para contabilizar los intercambios y, cuando llegaban productos a un pueblo, el comité los distribuía a los comerciantes «mientras no se llegue a anular por completo el uso de la moneda» (González: 43-44).

Caballé detalló el Decret de la Conselleria de Proveïments del 13 de octubre sobre la tarjeta de abastecimiento familiar para distribuir equitativamente alimentos. También menciona la llegada del *Zyrianin*, el 14 de ese mismo mes, con regalos de los rusos: 2.250.094 kilos de trigo, 7.603 sacos de azúcar, 4.715 cajas de carne en conserva y 2.317 de leche condensada; así como el acuerdo de la Comissaria de Proveïments del día 15 por el que sólo se serviría gratis en comedores públicos a personas avaladas por un sindicato; la disolución del Consejo de Gastronomía y Central de Abastecimientos, el 17 de octubre; y el reparto de impresos para la tarjeta de racionamiento, el día 22 (56-60).

Obreros barceloneses de la CNT colectivizaron la venta al por mayor de pescado y huevos, así como el mercado central de fruta y verdura, y organizaron en el matadero un comité de control a la vez que suprimieron los intermediarios, que podían seguir como asalariados. *Tierra y Libertad* citaba (28VIII-36) la colectivización de la actividad láctea, la supresión de más de cuarenta centros de pasteurización antihigiénicos, concentrándose en nueve, y la distribución en unas 150 tiendas (Bolloten: 50).

Adsuar estudió la colaboración para abastecer Barcelona por parte de comités revolucionarios de barrio y comités o juntas sindicales, coordinados en otro Comité de Proveïments (I: 95). Por su parte, Froidevaux se centró en la organización, a finales de julio, del Comitè de Control d'Industries Gastronòmiques Col·lectivitzades, de CNT-UGT, que agrupaba a todos los establecimientos y promovía el trueque de productos urbanos por rurales (750-752). Fraser analizó el comité barcelonés de suministros para hospitales

y milicias, que puso en marcha el CCMA y del que era eje Doménech, secretario del Sindicato del Vidrio. Desde este último comité se proyectó y parcialmente se llevó a cabo prescindir del dinero y suplirlo por el trueque de bienes industriales por agrarios, aun con comunidades andaluzas, basándose en la bondad de la gente y según precios de mercado anteriores a julio. Según Doménech, «en dos o tres meses cambiamos artículos por valor de unos 60 millones de pesetas sin que nadie tocara ningún dinero». De igual forma se las arreglaron en el comercio exterior; necesitaban trigo y a cambio enviaron cebollas y champán, «que no nos servía de nada en la guerra», naranjas de Valencia y otros productos en un buque para Odessa. Otro caboteó hasta Andalucía, comprando cuanto se pensó interesaría en la URSS, de donde llegaron siete naves con trigo, carne o leche condensada. Miravittles dijo perplejo a Tarradellas:

«Este sistema funciona». Pero Doménech aceptó que «no nos dábamos cuenta [...] de que para que funcionase, se estaban consumiendo las existencias dejadas por la burguesía. En cuanto se agotaron, la situación se hizo trágica, el sueño empezó a desvanecerse» (I: 194-197). Broué calculó que en agosto se alimentó a 120.000 personas por día y en setiembre a 30.000, sin contar a los milicianos (I: 189-190). Se produjeron alborotos en colas de mercados a finales de otoño, al faltar pan, aceite o jabón, y en Barcelona se produjeron manifestaciones espontáneas de mujeres, lo que el PSUC usó para atacar a la CNT. Por temor al descontrol, los comunistas pusieron a Comorera en la Consejería de Suministros el 18 de diciembre, lo que provocó nuevas protestas de la CNT (Malefakis: 339).

El Ayuntamiento de L'Atmella, el 21 de octubre prohibió a los payeses vender fuera de la población (Badía: 47). En Badalona, el 12 de agosto la Delegació de Proveïments notificó al comité la escasez de determinados bienes, como azúcar, gallinas o huevos, y hubo las primeras quejas por los acaparadores y por la presencia de mucho forastero, sobre todo procedentes de Barcelona (Villarroya: 58-59). La penuria empezó en La Bisbal más tarde, en noviembre, y el Consell Municipal prohibió, el 22 de diciembre, la salida de alimentos. Antes se creó una Cooperativa Popular de Producció i Consum, «La Bisbalenca», en el local del ex Foment Catòlic, pero decayó al perder su

protagonismo la CNT (AAVV, 1990: 137-144). La distribución que organizó José Carrasquer en Calella funcionó bien (Berenguer: 40). El comité de La Canonja dio algarrobas o vino a cambio de carne; los mejores vínculos los estableció con la Cooperativa La Vallesana de Granollers, que ofrecía cerdos, o con Organyà y La Seu, y decidió sancionar a tenderos, el 19 de agosto, por aumentar precios, con multas de 100 a 1.000 pts. (Llop: 78). En las comarcas de Girona, para facilitar el avituallamiento, pronto intervino el Consell de la Cooperació de la Generalitat, a la vez que crecían las compras a la Federació de Cooperatives de Catalunya e intentaban comerciar con Francia (AAVV, 1986: 303-323). La mayoría de la producción de huertas de L'Hospitalet iba a mercados barceloneses, al Born en especial, donde los intermediarios aún seguían. Por ello la Agrícola Col·lectiva estableció tres puntos de venta directa, mantuvo intercambios con colectividades no agrícolas y exportó, hasta mediados del 37, a Bélgica, Reino Unido y Suiza (AAVV, 1989: 513-514). Igualada, en la ruta al frente, dio gratis gasolina y comida, a cualquier hora, en la Cuina Comunal, ex iglesia de los Escolapios. También reparaban averías. Sin embargo, a inicios de octubre, empezaron a cobrar el combustible. Se creó, a mediados de septiembre, un Organisme Cooperatiu de Consum i Distribució, adherido a la Federació Comarcal de Cooperatives, que compró algunas tiendas con sus existencias y empleó a sus antiguos dueños (Térmens: 69-70 y 175). La Cooperativa Lleidatana Abasteixedora de Carns i els seus Subproductes, sujeta al Ayuntamiento, sugirió suprimir intermediarios, prescindir de las tiendas no higiénicas o gestionar las paradas de los mercados; y, a finales de diciembre, la Federació Local de Sindicats Únics organizó la Cooperativa Confederal de Producció i Consum vinculada a la FAI (Sagués: 389-391). Socios de la Cooperativa dels Operaris de la Teneria Moderna de Mollet propusieron, en una asamblea realizada el 2 de septiembre, unirse al resto de la población en una nueva asociación de consumo, con cinco tiendas, y exigieron cerrar las particulares salvo las de fruta, pasteles y pesca salada, lo que no cuajó (Suárez: 151). En Ripollet se produjeron manifestaciones, incluso con chiquillos, en las que se pedía pan, lo que promovían, al parecer, quintacolumnistas y algún panadero que aprovechaba la escasez para medrar (Martos y Oller: 85). Sin embargo, nunca

faltó el pan en la comarca del Solsonès (Viadiu: 22).

En Tarragona, la CNT predominó hasta abril del 37, y Salvador Rueda, ferroviario, se responsabilizó de la Comissió de Proveïments del comité hasta el 22 de octubre, cuando continuó como *conseller*-regidor del Ayuntamiento. Al principio, se valieron de mercancías almacenadas en el puerto y la estación. Algunas de ellas se intercambiaron por patatas, proporcionadas por diversos comités, o en otros casos por tres toneladas de cebada y algarrobas de la Canonja, 275 sacos de estas últimas de la Cooperativa Obrera de Consum La Vallesana de Granollers, o dos cerdos y 252 ovejas del Sindicat de Ramaders de la Seu. El Ayuntamiento de Constantí, por su parte, intercambió trigo por algarrobas con La Cooperativa Comunal de Raimat. El mismo Rueda consiguió de Francia 400.000 kilos de azúcar, café, bacalao, garbanzos y judías a cambio de avellanas o metálico, a través de la agencia de aduanas Lloveras de Le Perthus. Como muchos pueblos cercanos, prohibieron sacar nada de la población, y decidieron lo mismo en el concejo de Tarragona, a la vez que se perseguía a acaparadores y abusadores. Apoyándose en mayoristas y tenderos que subían los precios, el PSUC atacó a la CNT, y los exabruptos en el artículo de un comunista publicado en *Llibertat* supuso que lo desaprobaran los redactores de este periódico (Piqué, 1998: 416-427).

En Terrassa, el 21 de julio, la CNT organizó en el Gran Casino comedores con comestibles obtenidos con vales de almacenes y, el día 27, una cocina popular en los Escolapios para las milicias. El Comitè d'Abastament exigió, el 15 de agosto, a los payeses que notificaran en cinco días sus existencias almacenadas, ganado incluido, y a los tenderos, en 21 días, la mercancía que requerían. Desde el 19 de agosto, otra cocina popular, situada en el ex colegio de la Purísima, atendía a obreros en paro. Desde el 30 de agosto empezó a escasear el azúcar y el bacalao, y el 5 de septiembre el comité quiso controlar la harina que tenían los panaderos; al día siguiente se prohibió vender gallinas, llevarse de la población nada sin permiso, comerciar directamente con los payeses, salvo con el comité; el 23 se ordenó a los detallistas comprar sólo a través del comité, bajo riesgo de incautación; se fomentó el canje con otros pueblos de tejidos por comida, como con Lleida

desde el 26 de octubre, y aumentó la fiscalización de salidas, encargada a las milicias, a partir del 1 de octubre, requisándose a los excursionistas lo que llevaran en la mochila salvo la comida personal. Todas las panaderías se colectivizaron, el 5 de octubre, sin que esto evitase colas y alborotos. El día 6, el control alcanzó a vendedores de legumbres cocidas, y el 7 se vedó sacrificar cabras, terneras u ovejas de cría para que no faltara leche que, además, se reservó a los bebés. El 8 de octubre, la cocina popular ya daba de comer a 700 menesterosos. Cuando el 15 de octubre el tema pasó del comité al Consejo de Abastecimientos del Ayuntamiento, se reiteraron todas estas medidas (Ragon: 56, 84, 95, 101-104, 111-120).

Bassas detalla el caso de Vic: un comedor económico, en el ex convento de Santa Clara, se abastecía con lo requisado en conventos y casas particulares, desde el 21 de julio; lo primero que tasó el Comitè de Proveïments fueron los huevos, el 12 de septiembre; éste determinó, el 30 de septiembre, que sólo se podrían sacar de la villa un kilo de carne, cinco de patatas y una docena de huevos por persona. El 4 de octubre se vieron los primeros síntomas de escasez de alimentos o carbón, con colas. La veda del comité del 17 de octubre no impidió la invasión de compradores forasteros, como el día 31, cuando se produjo la venta de gran cantidad de castañas y setas en el mercado (35-65). Por su parte, Casanovas i Prat elogia el activo rol del Comitè de Proveïments dirigido por el cenetista Manuel Calafell, que atendiendo necesidades locales y, pasando de la Generalitat, estableció una *cuina col·lectiva*, abasteció casas de beneficencia, recolectó para el frente y para hospitales de sangre, reguló precios, llevó a cabo una buena planificación, controló, pero también incrementó y mejoró la producción, y creó una Granja Avícola Municipal aprovechando huertos y ganado de conventos, y la exitosa Granja del Escorial. Para coordinarse con el contorno —Centelles, L'Esquirol, Manlleu y Roda—, el 9 de septiembre se organizó un Comité Comarcal de Proveïments. En cambio, Casanovas i Prat deplora la centralización de Comorera al suceder a Doménech en diciembre del 36 (218-231).

Libertarios y nacionalistas

El afán de preservar la cultura, ante ensayos unificadores del centralismo, se remonta en Cataluña a varias centurias. En la segunda mitad del siglo XIX algún liberal, Almirall y otros, pensaron en apoyarse en el hecho diferencial. A principios del XX, el arraigo sindicalista supuso que la burguesía, desde siempre tan españolista, ensayara jugar la carta nacionalista, a la vez que armaba a pistoleros para liquidar a dirigentes cenetistas. Desde abril del 31, ERC, al igual que la Lliga, decidió neutralizar las demandas obreras urbanas, que no las rurales, por la vía punitiva. Al desencadenarse la revolución, buena parte de los protagonistas no podían olvidar el acoso perpetrado por el nacionalismo catalán conservador o republicano, gentes que solían caer en el desatino al tratar el tema. Carner-Ribalta, independentista muy vinculado a Macià, comentando el panorama social previo al 18 de julio, soltó que «sempre que els espanyols es barallen ho paga Catalunya! [Temía] que sortís el que en sortís de les baralles de les tribus caníbals madrilenyes, fóra d'una manera o altra pres com a excusa per a girar-se contra Catalunya [...] la seqüència de tràgics esdeveniments del [31] en endavant fou motivada per l'animositat, l'enveja i fins l'odi declarat, per les engrunes de llibertat que Catalunya, amb extremes dificultats, havia pogut aconseguir». Y del 18 de julio dijo: «¿Defensar una república que salvada una vegada més per Catalunya, continuaria altra volta mantenint un exèrcit d'ocupació a casa nostra? [...]. Malauradament, a la llarga, i també per la conjuntiva espanyola, fins la il·lusió revolucionària esdevingué una vana il·lusió» (158-162). Y Ametlla, que tituló la tercera parte de su ensayo «La capitulació de la Generalitat», enfatizaba: «No ha triomfat Barcelona, ni Catalunya, ni els catalans. Pel contrari, la pristina i autèntica Catalunya és la gran vençuda. Uns homes del suburbi foraster, barrejats amb catalans de catalanitat neutralitzada o morta per l'entelèquia anarquista, furients de mística revolucionària i embriacs de violència, ens han arrebatat totalment la victòria» (85 y 93). Moreta, de las juventudes de la Lliga y muy vinculado a Cambó, vio en el fiasco militar «una derrota per tots aquells ciutadans, de la

dreta, de l'esquerra i del mig que no fossin ni assassins ni lladres», y sostiene que ocuparon la calle y «les corporacions públiques [...] forces que, a títol de revolucionàries, portaren els seus instints criminals a límits insospitats. Evidentment, no tenien res a veure amb l'esperit de Catalunya. A partir del 18 de juliol, els ciutadans vam quedar inmersos en una situació irracional, ferotge, suïcida, i l'única solidaritat era la del possible destí tràgic» (115).

El 28 de noviembre, Sugranyes escribió desde Ginebra a Cardó sobre el fracaso, debido a la oposición de Cambó, de su plan de un desembarco fascista en Catalunya. En su carta declaraba que «és molt delicat fer suggerències de caràcter estratègic als militars, que això seria pres potser com una impertinència [...] el que jo li proposava no era fer suggerències [...] era canviar el sentit de la lluita; fer que d'una força aliena que lluita contra Catalunya esdevingués Catalunya que lluita contra els dominadors a les ordres de Moscou [...]. Déu meu! És tan dolorós veure que hem perdut Catalunya per sempre! [...] cap català ha de lluitar a Catalunya». Sostenía que unas columnas catalanas sujetas a los militares serían como una policía indígena. «Batejar-les de Batallón de la Virgen de Montserrat o cosa semblant és sacríleg i ridícul. Pitjor és mostrar des d'ara quin serà el darrer capítol de la tragèdia del nostre poble: la imposició religiosa d'una religiositat forçada i artificial, amb mantells de Capità General per les imatges» (Giró: 37-39).

Galí supo del intento de rehacer, de forma subterránea pero efectiva, Solidaridad Catalana, por supuesto con Cambó y con cuantos catalanes se sintiesen perseguidos, creando centros de resistencia en Francia. Mientras las Milícies Pirinenques pretendían cubrir la frontera, salvar el honor de Cataluña, proteger a los catalanes acosados y facilitar sus contactos con los emigrados. Detallaba la entrevista de Cambó con Franco, a primeros de octubre, en la que el primero le ofreció su Servei de Propaganda (1999: 119-120). Para Víctor Castells «la Nació Catalana» se halló desde el 18 de julio «sotmesa a una de les tragèdies més grans de la seva història. La malastrugança es desencadenà aquell fatídic diumenge». Para él, a pesar de las dificultades, Cataluña había resurgido, pero desde julio del 36 «no era solament, agreujada, la històrica agressió espanyola contra el poble català»,

sino que volvia la guerra civil, «en gran mesura importada». Miquel Baltà, cuñado de Batista i Roca, alertó que «hem perdut la nostra Catalunya a mans dels anarquistes». Castells precisó que «el primer gran perill residia en l'alçament militar i feixista, però el cop fort per a aquells bons nacionalistes va ser la revolució iconoclasta, en detriment de les institucions i el caràcter democràtic català, que va esclatar tot seguit». Cita juicios de Galí, Xamar o Patxot, y recupera el viejo discurso: «La sotragada històrica del juliol de 1936 va desviar nombrosos catalans del camí deturer. Molts, enduts per l'esperit revolucionari entès des del ressentiment i l'odi, varen afegir-se a la destrucció i a les arbitrietats. O no hi varen oposar prou resistència. Altres, alarmats i, massa sovint amb raó, esporuguits, varen passar-se a l'enemic de Catalunya. Tot plegat misèria nacional» (39-47). Por otra parte, fue emblemático y se trataba de una provocación que una columna que Estat Català enviò al frente, el 27 de noviembre, se bautizara Germans Badia (ver Soler Segon).

Crexell describe la creación de dos entidades que agrupaban escritores: el Grup Sindical d'Escriptors Catalans, minoritario y próximo a la CNT, y a principios de agosto, la Agrupació d'Escriptors Catalans, con un comité formado por X. Benguerel, J. Moragues, J. Oliver, M. Rodoreda, J. Santamaría, F. Trabal y R. Xuriguera, que de inmediato declaró su «adhesió a les institucions republicanes, especialment el Govern de la Generalitat, autoritat màxima i representació del moviment popular que defensa la llibertat i l'esperit». En *La Humanitat*, Josep Sol declaró, el 9 de agosto, que una de las tareas inmediatas sería centralizar y controlar cuanto se editara. AEC ingresó en la UGT, que para Crexell se trataba de una amalgama de ideologías y creencias sólo comprensible por la situación revolucionaria protagonizada por los anarquistas; pues el naufragio de ERC supuso que la UGT, vinculada al PSUC, pareciera la única garantía ante el aparente desbarajuste (11-14). Así Carles Riba se cruzó con Boix i Selva en Barcelona, poco después del 18 de julio, y le dijo que «a nosaltres ens convé el General [Franco], perquè tots aquests castellans [los revolucionarios] desvirtuen la nostra llengua i la nostra cultura» (Delor: 304).

Sales, en carta del 26 de septiembre, proclamaba que L'Escola de Guerra de la Generalitat, plan de estudiantes y jóvenes licenciados nacionalistas, le

parecía la única «cosa assenyada que s’ha fet fins ara», y añadía que las «Milícies Alpines o Pirinenques» querían conectar con el ejército vasco a través de las comarcas del Alto Aragón (46). Según Riquer, el primer comunicado de la Lliga, sin comprometerse, no salió hasta septiembre, cuando Cambó ya financiaba a los golpistas desde agosto y le sugirió hacer lo mismo al banquero Valls, el 15 de septiembre, y a otros empresarios. El mismo Cambó organizó por su cuenta una red de espionaje y le dijo a Estelrich, el 1 de septiembre, que «és precís que hi hagi un vencedor [...] i tots devem desitjar que vencin els militars [lo contrario] significa la imposició dels murcians i la proscripció de la llengua catalana [...] no lluiten democràcia contra dictadura, sinó barbàrie contra civilització» (51).

Del otro lado de la barricada, hay bastantes indicios de que quienes derrotaron a los fascistas y protagonizaron el ensayo revolucionario eran enemigos, de clase, de la oligarquía agraria o fabril agrupada en la Lliga, pero no por ello hostiles al catalanismo, desvinculados de su cultura o de su lengua. Por ejemplo, Seguí, en un mitin celebrado en enero de 1919, ya había dicho que «nosaltres volem que Catalunya sigui un poble lliure, conscient i ben administrat. Nosaltres som més catalans que ells [los burgueses] que tant es vanten del catalanisme», y que el catalán era la lengua más común entre los obreros (Sabater: 33). Este autor ha estudiado la cuestión y sostiene que sin una base teórica sólida y propensos al maniqueísmo, los anarquistas, por el rol de Lliga en la política catalana, vieron el catalanismo como sinónimo de burgués. Además, la belicosidad de Badia y Dencàs contra la CNT, desde 1931, añadieron a la represión física una campaña difamatoria llamando españoles a los libertarios, que en su defensa atacaron con furia al catalanismo, que si antes veían capitalista, entonces lo tenían como fascista, en especial a Estat Català y sus aliados, y lamentaron su separatismo en nombre del internacionalismo (29-30 y 36). En un mitín en el Price, Arquer habló en catalán (Low: 59).

Puig Elías pronunció en catalán algunos de los discursos que copia Montero (15), y en esa misma lengua se editaba *Treball*. Pero *Avant*, del POUM, luego sustituido por *La Batalla*, se editaban en castellano. Tras un programa conjunto del 26 de octubre, la emisora CNT-FAI empezó a radiar

sardanas (Jellinek: 289). Incluso cayeron en fetichismos: el monumento barcelonés a Verdaguer fue protegido por gente de todos los grupos, CNT-FAI incluida (Roig i Llop: 277). La *Soli* sostenía (25-XI-36) que «se está realizando [...] una revolución auténticamente catalana, porque la hace el pueblo de Cataluña, espontánea y libremente, poniendo en tensión, en máximo grado, el genio catalán, esencialmente libertario». Peiró describía en la *Soli* (9-x-36) el sosiego en Mataró, el día 6, con la gente yendo a trabajar, porque Cataluña y España estaban en guerra y eran intolerables los festejos en la retaguardia y porque «el 6 de octubre no nos recuerda nada que sea grato. Hace dos años, esta fecha fue pródiga en desilusiones que reclaman la esponja que las hunda en el olvido». Lamentó que se manifestaran 100.000 personas, lo que supuso dejar de producir por valor de tres millones de pesetas, y manifestó: «Señores partidarios de la procesión por día, ¿está nuestra economía para estos lujos?» (1975: 499-500). Algo similar dijo Balius en la *Soli* (11-x-36) de las celebraciones del 11 de septiembre y 6 de octubre: «Tenemos nuevos héroes. ¡Un camarada que posee un historial limpio y puro cayó a los pies de Atarazanas! La vida de [...] Ascaso vale cien veces más que el dossier de todos los *consellers*» (Amorós: 111-112). En Terrassa, para citar un caso, los sindicatos también criticaron el hecho de no trabajar el 6 de octubre, pero pidieron a la FETE que maestros y auxiliares acudieran a la manifestación de Barcelona (Ragon: 117). La cuestión se enmarañó con la supuesta aproximación de Casanovas y Estat Català a Mussolini, de otros a Moscú, o de Aiguader y Gassol a París para aislar Cataluña de la República Española (Sabater: 47-48).

Colomines Companys lamenta los ataques de anarquistas por un lado y del gobierno central por otro para mermar el poder de la Generalitat. Precisa que los libertarios defendían el derecho al autogobierno, no por oportunismo revolucionario, sino por su exigencia federal: «Un federalisme, és clar, que només entenien en versió universalista» (275). Lo que también cita Sabater, viéndolo esencial en el ideario anarquista, no por considerar una plurinacionalidad de España, sino debido a su afán de organizar una sociedad no autoritaria. Los veía asimismo autonomistas por lógica, por su afecto a la comarca, a la patria chica, y su rechazo a lo nacional. Detalla intentos durante

los primeros meses de organizar la República de forma federal (34-35 y 38-39).

Leval detalló este federalismo ácrata, más vinculado a Bakunin que a Proudhon. El primero reconocía el derecho de adhesión y de secesión individual en el municipio, de éste en la provincia o de ésta en la región, indispensable para asegurar la libertad por difícil que fuese establecerla. La pirámide culminaba en un comité nacional, electo por delegados de las regionales en plenos y congresos, que ni dirigía ni tenía poderes absolutos. Cada región podía autogobernarse y cada federación modificar su estructura o ensayar soluciones peculiares (1977: 443-455). Un recién llegado a la CNT, Fàbregas, pacifista y visionario, iba más allá, sugiriendo la «Pan-Europa», propugnada por Briand, confederación de nacionalidades europeas, a partir de la unión económica y merced a los progresos científicos y técnicos, que permitirían alcanzar paz y comprensión, en un ámbito podrido y decadente, que podía generar guerras crueles y masacres organizadas, pues Alemania, Italia o la URSS creaban un nuevo individualismo, enérgico y resuelto, que todo lo atropella. Esperaba que la revolución iniciada en Cataluña generara una nueva humanidad, de elevada capacidad científica y técnica, que desbordara profunda generosidad y despreciara la brutalidad (1937/b: 20).

XI

Donde libertad, paz y trabajo sean los puntales del orden social

La alteración productiva por el fiasco del golpe fue singular. Se eclipsaron las fuerzas represoras y tanto empresario comprometido o atemorizado, dada su vinculación con los alzados o con el terrorismo patronal y estatal perpetrado desde hacía mucho tiempo. El 20 de julio, la CNT decretó la huelga general y al volver al tajo, el día 27, la mayoría de los obreros, con los patronos huidos o escondidos, decidieron de una forma espontánea y simultánea trabajar por ser su quehacer natural y porque varios servicios, como agua, gas o transporte, eran imprescindibles para todos. La Compañía General de Aguas de Barcelona y la Empresa Concesionaria de Aguas Subterráneas del río Llobregat controlaban también la Compañía Española de Gas Lebon, la del alumbrado de Málaga, la de electricidad de Murcia y las del gas de Valencia, Santander, San Sebastián, San Fernando, Cádiz, Chiclana, Puerto de Santa María y Granada. El capital, de 271 millones de pesetas, era casi exclusivamente del trío Garí-Cambó-Ventosa y los beneficios alcanzaban los 11 millones de pesetas anuales. Los obreros tomaron la compañía, no hubo

interrupción alguna, igualaron los salarios de mujeres y hombres, implantaron seguros de vejez y enfermedad, abolieron el trabajo eventual e incrementaron la jornada semanal hasta 40 o 50 horas para suplir compañeros que se fueron al frente, y proyectaron extender el servicio a Terrassa y Sabadell (Souchy: 132-136). Leval recogió el informe, del 14 de enero del 37, escrito por un miembro del comité que convirtió la compañía en Sindicato Obrero de Aguas y unificó el precio del abasto a 0,40 pts.: antes alguna zona pagaba 0,70 y hasta 1,50. El consumo total diario pasó de 140 millones de litros a 150 millones, aunque disponían de bombas y manantiales suficientes para doblarlo, pues un *decret* de Sanitat estimó en 250 litros/día/vecino el consumo mínimo y 100 más si todos contaran con cuarto de baño (1982: 136-137).

La colectivización, en especial en el ámbito fabril, interesó desde el primer momento a muchos y hay ya una buena cantidad de excelentes trabajos. Por ejemplo, por citar sólo cinco, los de Bernecker, Bricall, Castells, Cendra o Pérez-Baró. Ello me permite resumir haciendo hincapié en cuestiones que ellos trataron. Para Cendra, si Castells analiza el aspecto autogestionario y de base, Bricall se ocupa de lo técnico y Pérez Baró analizó la política del Consell d'Economia, que Cendra mismo completa con material de base, actas de las reuniones y *Butlletí* de sesiones de su pleno.

La decisión de los trabajadores fue repentina pero no imprevisible, los sindicalistas españoles llevaban tiempo preparando y soñando la revolución, tenían una considerable base teórica y el congreso de la CNT celebrado en Zaragoza del 1 al 10 de mayo del 36 planificó lo que debían hacer, de llegar el momento. Froidevaux distingue dos tendencias, la que inspiraba Isaac Puente, viendo la comuna como principio esencial de la materialización del comunismo libertario y cada población decidiendo los cambios, lo que sería más fácil en zonas rurales. Otra, minoritaria, encabezada por Abad de Santillán, proponía planificación para la compleja economía coetánea y que los representantes de los consejos de fábrica formaran las secciones de los sindicatos de oficio o industria, que dichos consejos suplieran a los ayuntamientos, uniéndose en regionales y federales hasta culminar en el ejecutivo. Abad habló de la autogestión, basada sobre pilares éticos, como

solidaridad *versus* egoísmo, igualdad *versus* privilegio, fraternidad *versus* desconfianza; como una forma de evitar la competitividad, potenciando la responsabilidad en lugar de la autoridad —que ya no sería necesaria—, forjando un nuevo sistema donde todos debían participar de forma directa, mediante una democracia total, real e igualitaria, en la toma de decisiones colectivas. La posibilidad de revocar en todo momento a los responsables escogidos y la transparencia de decisiones tomadas en asambleas generales debían acabar con la subordinación del asalariado. Además, racionalizarían la producción y repartirían los frutos de forma equitativa (599-606). Había más de 30.000 delegados de 982 sindicatos que agrupaban a 500.000 afiliados. Para enfrentar la crisis exigían reducir la jornada y un alza salarial. Hubo también llamados a la violencia (Rojas: 31).

Sostiene Tauber que en Zaragoza prevaleció la FAI, sin que llegara a concretarse nada. Si Durruti, tachado de anarcobolchevique, propuso una preparación militar, las bases tenían objetivos más directos que les permitían convertir en acción formulaciones muy vagas. Tauber añade que la colectivización tuvo notables resultados a pesar de la débil dirección, superada por los acontecimientos (17-18).

Mayayo destaca que la reunificación producida en el congreso de Zaragoza supuso el regreso al seno de la CNT de muchos sindicatos de oposición que se habían escindido, buena parte de ellos rurales, y que el dictamen de la comisión agraria fue conflictivo, entre los partidarios de la colectivización general y forzosa, y los que no querían coaccionar, con la certeza de que habría integración voluntaria al darse cuenta de la eficacia material y rentabilidad social; este difícil equilibrio no tuvo efectividad durante la guerra (2006/a, 11: 16-17). Cárdbaba menciona notables diferencias regionales y detalla los nueve puntos del programa agrario: expropiar propiedades de más de 50 ha; confiscar su ganado, herramientas y maquinaria; recuperar tierras comunales que faenarían los sindicatos; abolir contribuciones e hipotecas; suprimir rentas en dinero o especie; fomentar obras hidráulicas y carreteras; armar escuelas agrónomas, granjas y estaciones enológicas; dar trabajo de inmediato a los parados; repoblar; cuidado a cargo de los sindicatos de las tierras poco trabajadas. Cita además

el congreso de UR, celebrado en Barcelona del 15 al 17 de mayo, que en su primera ponencia declaró la propiedad colectiva de tierras y bosques, que se expropiarían sin indemnizar y se recurriría a cooperativas donde fuesen lo más adecuado. Así en Zaragoza se ratificó la opción comunista libertaria (distribuir lo producido según las necesidades) frente al anarcolectivismo (que enfatiza la libertad y el derecho al fruto íntegro del propio trabajo), ya adoptado en el congreso de la Comedia de 1919 (2002: 48-53 y 173).

El periodista y escritor Gaziell sugirió a la Generalitat no aventurarse y devenir tabla de salvación en la tempestad revolucionaria que se avecinaba, la Lliga vió dicho congreso aterrorizada, mientras las patronales, intimidadas, sacaban un manifiesto denunciando la conflictividad social y la incapacidad del gobierno para controlarla (*La Vanguardia*, 15-v-36); psicosis de una burguesía que se sentía acorralada, desmoronándose el mito del oasis catalán.

El cariz de la colectivización para algunos fue catastrófico, para otros fue espontáneo de los obreros y para unos terceros fue decidido por la Generalitat, en uno de tantos interminables debates sobre lo ocurrido en julio del 36. Para Pagès, lo segundo explicaría la confusión y el desorden, pues las ocupaciones decididas de una en una y de modo desigual dieron rasgos mixtos. Para controlar las colectivizaciones, el 11 de agosto se creó el Consell d'Economia de Catalunya, que elaboró un Pla de Transformació Socialista del País. Pagès insiste en que «l'espontaneïtat inicial, doncs, no la nega ningú, perquè fins i tot el manifest que havia publicat la CNT no donava consignes de requisar res» (70-79 y 146).

Souchy y Folgare, dos cronistas coetáneos que fueron testigos, dijeron que «como en todas las revoluciones, la práctica precedió a la teoría. Las teorías eran sobrepasadas por la realidad [...]. Esta colectivización no hay que entenderla como la realización de un programa preconcebido. Vino espontáneamente. Sin embargo no se puede ocultar la influencia de las enseñanzas anarquistas». Citaban la reminiscencia del viejo colectivismo de la Primera Internacional, tan arraigado en España (19-25). También Alba cita la espontaneidad y añade que, como otros muchos acaecimientos importantes, las colectivizaciones surgieron de una preocupación menor, saber quién pagaría los jornales, pero pronto, en dos o tres días, numerosos sindicatos de

la CNT empezaron a coordinar distintas empresas colectivizadas con un resultado muy aceptable (1990/2: 196).

Tarradellas vio brotar, como secuela del golpe, comités de empresa para sustituir a propietarios o directivos huidos y comités de control obrero para fiscalizar la gestión de los que se quedaron, lo que luego se intentó legalizar (Udina: 168-170). Según Bernecker, la colectivización demostraría la trascendencia de la autonomía de las masas, el que actuaran y decidieran por su cuenta tras prescindir de quienes lo hacían antes (1992: 109). Para Brademas, «el ímpetu no salió de los despachos sindicales, ni siquiera de los jefes políticos de los obreros: nació abajo, en la base. [Por doquier] surgieron Comités obreros de control que no respondían a ningún plan concertado previo». La CNT no pensó imponer, por táctica, el comunismo libertario, pero estimuló «el empuje colectivizador de las masas». Por otra parte, «el origen popular espontáneo de los Comités de control hizo que no se siguiera, al organizarlos, ninguna pauta uniforme»; antiguos comités sindicales de fábrica devinieron, sin problema, comités de control, principio básico de la teoría revolucionaria ácrata (189-191). Según Castells, la espontaneidad ocurrió al margen incluso de los sindicatos. Los primeros manifiestos de la FAI y la CNT, el 26 y el 28 de julio, sugerían luchar contra el fascismo y reanudar la producción, cuando las primeras incautaciones datan del día 21 (1992: 8).

Ello explicaría tantas divergencias. Can Torrent, de Barcelona, que elaboraba muñecas, la colectivizó el hijo del propietario, anarquista convencido, secundado por los obreros, a los que alguna vez criticó por su escasa colaboración (Torres: 61). Según Vila Casas, su padre, dueño de dos fábricas, fue nombrado gerente y jefe del comité de empresa (49). Maluquer, un alto cargo de La Canadencia, fue convocado por el presidente del sindicato, Rubio, y un miembro de la junta de la empresa, Posada, que le dijeron: «No te exigimos que pienses como nosotros, sólo te pedimos que si se te solicita un informe técnico, tú lo des, como si te lo hubiera pedido la compañía». Aceptó y no le molestaron, «antes bien me defendieron frente a ataques de los que sólo me conocían de nombre» (145). Contó Mintz que La España Industrial acordó que los responsables cobrarían como los demás;

mientras que en los ferrocarriles hubo que aumentar el salario mayor para poder contratar ingenieros, de los cuales uno era anarquista (123). A Emma Goldman le asombró el éxito de las colectivizaciones, en comparación con el inicio de la Revolución Rusa (Peirats, 1978: 194). Grijalbo fue terminante: «Si las colectivizaciones hubiesen funcionado tan mal, si hubiese habido tanto desorden, la guerra no habría durado 32 meses»; o «A pesar de los errores [...] el decreto de Colectivizaciones [es] un monumento a un experimento revolucionario en la autogestión industrial» (Fraser, 1: 323 y 326). Paz precisa que el 27 de julio, cuando la CNT decidió finalizar la huelga, «no había más autoridad que la [...] de todos», y empezó la ola expropiadora contagiando a toda Cataluña, decidida por los afectados en asambleas abiertas (2002: 48 y 51). Pi-Sunyer, ante la fiebre incautadora, exclamó que «és estrany i significatiu [pero] enmig d'aquella gatzara, l'economia catalana, amb dificultats i entre ensopegades, continuà marxant» (19).

El 8 de agosto, Borckenau visitó los talleres de la Compañía General de Autobuses, que en tres semanas volvió a funcionar como antes. Fabricaron un autobús más barato en cinco días, cuando antes tardaban siete, probando «la capacidad organizadora de los sindicatos barceloneses» (114-117). Souchy y Folgare detallaron varios ámbitos: la industria textil ocupaba el mayor número de obreros, 230.000, y un 10% de sus empresarios seguía en la fábrica, trabajando; mataron al 40% y un 50% se escondió o marchó al extranjero; se concedió incremento salarial y rebaja de jornada, y se excluyó el destajo. Les sorprendió lo conseguido en vidrio óptico, antes diseminado en 65 talleres y ahora concentrado en uno sólo, que fabricaba prismáticos militares o lentes; igualaron el salario de mujeres y varones —cosa que no fue frecuente—, y querían crear una Escuela Técnica. Se cerraron 900 barberías, quedaron sólo 240 en las que trabajaban 3.100 personas, incluidos los que estaban antes en paro, y prescindieron de los cargos inútiles. El Sindicato de Peluqueros ocupó el abandonado local de la Lliga y proyectaron elaborar los cosméticos (93-143). Serrato detalló la colectivización del vidrio plano. Muchos de los propietarios huyeron, pero bastantes se quedaron trabajando; tras concentrar la producción, se acordó que se trabajaría en el

taller más cercano al domicilio; se creó un servicio sanitario gratis, con médico, enfermera y medicamentos, que atendía donde fuese necesario; se jubilaban a los 60 años con el salario íntegro, pero alguno siguió en el tajo por solidaridad; armaron una cooperativa al empezar a faltar la comida y con sus camiones la iban a buscar a los pueblos cercanos (22-29).

Peirats mencionó la colectivización de las factorías de Campsa en Badalona, Manresa y Vic. El Sindicato de la Construcción incautó obras en marcha, abandonadas por los patronos, y pagó a los obreros con los fondos de las cuentas corrientes de aquéllos. Para Peirats, uno de los ensayos más osados fue el de las panaderías: 745 de Barcelona gastaban 3.000 sacos de harina por día, el Comitè Econòmic del Pa (CNT-UGT) cerró tahonas malsanas, obsoletas y ruinosas, concentrando y mejorando las panaderías restantes, y ocupando a algún patrón. No se quiso afectar empresas de capital foráneo (I: 176-200). El libertario Cardona Rosell lamentó, en su conferencia del 31 de enero del 37, que la nueva economía socialista coexistiera con «el armazón completo» de la capitalista, a la que beneficiaba el gobierno (3). Según Rabasseire, el celo, la dedicación, la cooperación y el afán racionalizador e innovador, frente al anterior luddismo laboral, explicarían los buenos resultados en Cataluña, que siempre fue más radical que el resto del Estado, lo que supuso expropiaciones más frecuentes, definidas y exitosas. La federación barcelonesa de sindicatos de la CNT organizó desde el principio un Comité de Coordinación Industrial —cosa que no se hizo en el resto de España—, lo que generó una transformación económica y social metódica que no perjudicó la producción sino que, al contrario, incrementó rendimientos, al reducir costos, disminuir intereses y conceder a pequeños productores una moratoria de seis meses para pagar hipotecas y deudas (157-158, 173 y 226). Mintz detalla empresas y fechas de las colectivizaciones (84-85):

Empresas colectivizadas

Julio

19 Tranvías y muebles.

Agosto

1 Calderería Industrial García García

- 20 Torras, Girona, Metales y Platería (cedida por el dueño).
 Ribera, Hispano Suiza, MTM, 2 Librería Pompeia.
 Vulcano, FFCC del Norte, El Siglo. 3 Publicidad Gabernet.
- 21 MZA. 6 Sociedad General Española de
 Librería y Editorial Escampa-Unión.
- 22 Metro. 7 Publicitas, Construcciones
 metálicas Field.
- 23 Espectáculos públicos.
- 24 Ferrocarriles Catalanes.
- 25 Trasatlántica, Aguas.
- 27 Casa Xalmet.
- 28-31 Electricidad y sanidad.

Froidevaux cita otros casos, como el del textil de Badalona. La UGT y la CNT unidas en comité único colectivizaron varias empresas, al margen de la Generalitat, y pensaron usar cáñamo en vez de sisal; se habían propuesto que las empresas con superávit ayudaran a las deficitarias. En las fábricas de Terrassa, cuatro de ellas bien regidas, organizaron bibliotecas y escuelas; Nuevo Vulcano fue un éxito y dobló el número de empleados. Cambiaron notablemente las condiciones laborales, antes degradadas y peligrosas, en la minería del Alto Llobregat y el Cardener. Cementos Vallcarca, de los Fradera, antes despótica como una colonia, con una tienda abusiva, igualó los salarios a 600 pesetas mensuales, mejoró las condiciones de trabajo y vivienda, instaló retretes y duchas, y dio pensiones de jubilación (649-685).

El *Boletín de Información CNT-FAI*, de septiembre del 36, propuso un primer plan: «Socialización de los bienes de la Iglesia y de los terratenientes, de la gran industria, del gran comercio, de los transportes y de todas aquellas empresas, independientemente de su tamaño, de las que esté claro que sus dueños han prestado apoyo a la sublevación»; luego pretendían abolir el dinero, pero, a diferencia del partido comunista, no tenían un proyecto homogéneo y los acuerdos del pleno económico nacional, de enero del 38, tenían poco que ver con lo anterior. El *Decret de Col·lectivitzacions* de la Generalitat, del 24 de octubre del 36, excluía cualquier renta que no

procediera del trabajo, atribuía a los trabajadores la dirección de las empresas, suprimía la propiedad individual en beneficio de la colectiva, pero aceptaba la pequeña industria y los bienes de consumo se consideraban propiedad privada. Sin embargo, al legalizar medidas ya adoptadas no se podía hablar de autogestión, sino de cohabitación con el Estado, el cual fue incrementando su tutela e intervencionismo. Así la utopía anarquista sólo se ensayó los tres primeros meses, pero tampoco cuajó el plan comunista, resultando un sistema económico peculiar, coordinado por los sindicatos y orientado por el Estado (Bernecker, 1996/b: 560-562, 568-571). Similar es el parecer de Monjo y Vega, el 28 de julio — tras mucho llamado de la CNT desde el día 24—, los obreros reanudaron la actividad con opciones diversas. Partidos y sindicatos, integrados en el Consell d'Economia de la Generalitat desde el 11 de agosto, al principio no osaron proponer una alternativa, pues el peso cenetista en las empresas sugirió a la oposición, republicana y comunista, aceptar el plan colectivista. El *Decret de Col·lectivitzacions* significó el inicio del largo proceso de conflictos entre grupos y claudicaciones populares. Es curioso que el *decret* reconociera «l'acumulació de riqueses en les mans d'un grup de persones cada vegada menor anava seguida de l'acumulació de misèria en la classe treballadora i pel fet que aquell grup per a salvar els seus privilegis no ha dubtat a provocar una guerra cruenta, la victòria del poble equivaldrà a la mort del capitalisme» (Udina: 170-171). Serrahima evoca que servicios vitales como agua, electricidad y transportes no cesaron de funcionar, que muchas fábricas trabajaron y que suficientes campesinos sembraban y cosechaban, mientras algunas empresas y colectividades payesas hasta exportaban y obtenían divisas (222). Y Colomer, tan crítica con la CNT, dice de las colectivizaciones que «no es pot dir que fos una mala experiència [...] no van ser una Arcàdia d'igualtat i progrés [...] molts dels empresaris mataronins que no varen fugir es van incorporar a la feina i van participar en els comitès d'empresa [...]. Per ells no va ser una experiència negativa» (2006: 138-139).

Agricultura y pesca

En la oficina de prensa extranjera del PSUC, el 6 de agosto le dijeron a Borkenau que la CNT habría podido decidir crear sóviets y que no aprobaban su utopía agrícola. Al escritor le pareció que los del PSUC «están a favor de la propiedad privada [...] y allá donde controlan la situación, intentan persuadir a los campesinos más ricos de que cedan parte de sus tierras a los pobres», lo que le parecía una opción cristiana, «tan utópica como la panacea anarquista de abolir el dinero»; también vio connivencia entre PSUC y ERC (98-106). Tras visitar algunas colectividades aragonesas, Goldman dejó inédito el ensayo *Albalate de Cinca, un pueblo colectivizado*, donde afirmaba que sus labradores estaban más capacitados que quienes habían impuesto la dictadura a rurales y obreros rusos; deseaban convencer a los hostiles con sus buenos resultados; ante la armonía entre viejos y jóvenes, mujeres y hombres, evoca que en la URSS la gente trabajaba entre chequistas armados (Peirats, 1978: 203). Mientras, el Pleno Regional de Campesinos de la CNT de Cataluña, celebrado el 5 de septiembre, reunió a 400 delegados de casi 200 sindicatos y acordó colectivizar la tierra sólo si lo decidían los payeses; en caso contrario, como no tenían prisa, únicamente expropiarían las grandes propiedades o las de facciosos (Mintz: 134-135).

Para Bernecker, el PSUC y el cooperativismo de UR estorbaron el usufructo colectivo. La Generalitat buscó controlar las colectivizaciones y dirigir desde arriba una revolución que había surgido desde abajo, estimular la explotación familiar, estatalizar y fraccionar las grandes propiedades, y cederlas a perpetuidad a rurales pobres. El plan anarquista, asambleario, antiautoritario, esperanzador y heterogéneo, no sólo era productivo, sino ético; no pretendía imponerse por la fuerza y, a pesar de los escollos, en especial los bélicos, fue exitoso y mejoró la calidad de vida de los afectados (1996/a: 125; y 1996/b: 527 y 551). Hay un buen listado de colectividades del Baix Llobregat en Santacana (36-37).

Cárdaba reseña las comarcas de Girona. Las colectividades agrarias, como las demás, las gestaron pronto militantes anarquistas con lo expropiado por comités locales a grandes propietarios; la mayoría fueron espontáneas y

acordadas por toda la población en asamblea. En Cataluña hubo pocas grandes, salvo en L'Hospitalet o el Prat, y en Girona sólo dos superaron las 500 ha: en Sant Pere Pescador se reunió todo el ámbito y en L'Escala, la mayor de todas, estaba formada por 18 masías dispersas. En los primeros meses, cuando Cataluña era independiente de facto, ante el entusiasmo de los payeses, la Generalitat hizo cuanto estuvo en su mano para controlarlos. Ni siquiera el *Decret de Col·lectivitzacions* de octubre lo logró, pues las colectividades agrícolas, como las cooperativas y las mutualidades, no quedaron incluidas en él. Luego la Generalitat disolvió los comités locales, sacó el decreto de sindicación forzosa o, en diciembre, puso a la Fereració de Sindicats Agrícoles de Catalunya en manos de UR. En comarcas donde la UGT no tenía raíces, la UR fue instrumentalizada por el PSUC a partir de octubre para enfrentarse a los colectivistas que, por encima de todo, defendían a los marginados de siempre a partir de relaciones sociales basadas en la igualdad económica y la libertad individual. Cárdena cita varias colectividades con gran participación popular o una primera asamblea de comités en Figueras, a finales de julio. Insiste en que el paso de la espontaneidad popular a la legalidad gubernamental moderó la revolución, también la rural y más todavía tras la revisión por la CNT, en el Pleno de Campesinos celebrado en septiembre, cuando se disfrazó la claudicación como aplazamiento estratégico; sin omitir la falta de un proyecto social concreto y lastrantes prejuicios ideológicos (2002: 54-70 y 280-281, 278-279). El oficio enviado el 19 de octubre al propietario y abogado Miró Esplugas, residente en Tarragona, muestra el talante de Barberà de la Conca: «Estimat company: tenim que comunicar-li, que havent abolit aquí en el poble tots els jornalers, s'hem vist en la necessitat d'incautar-nos de les finques de la seva propietat [...] doncs sabem que Ud. no sen pot cuidar, per a bé de la producció i de la nació./ Sens més particular, el saludem» (Mayayo, 1986: 447)

En localidades arroceras del delta del Ebro, como Amposta, la Cava, Jesús i Maria o buena parte de Tortosa, reinaba una miseria desesperada, pues el patrón vendía la simiente, prestaba, compraba —a bajo precio— la cosecha y dominaba toda la actividad local. La CNT pensó liquidar esta esclavitud

expropiando tierras, con trabajo comunitario y sin cooperativismo, por no creer en «cataplasmas». La diversidad de estatutos refleja que hubo distintas salidas locales; aceptaron la pequeña propiedad y construyeron escuelas y bibliotecas (Pujadas: 168-173).

Colectivizaciones de la Terra Baix Ebre-Montsià

			Miembros
Amposta	X-36	CNT-UGT	1.200
Alfara	antes XII-36	CNT-UGT	—
Freginals	antes XII-36	CNT	30-70
Mas de Barberans	antes XII-36	CNT-UGT	64
El Perelló	II-37	CNT	400
La Sénia	antes XII-36	CNT	400
Alean ar	antes VI-37	CNT	—
Benifallet	antes VI-37	CNT	—
La Cava	VI-37	CNT	—
Villa Galán	antes XII-37	CNT-UGT	—
Godall	finales 36	CNT	—
Xerta	antes IV-37	CNT-UGT	—
Planes Montsià	VI-37	CNT	—

Leval copió del libro de José García Sánchez, *Tal como lo vi*, la descripción de la colectividad de Cerdanyola-Ripollet a finales de julio, acordada por los payeses en asamblea. Les guiaba una moral colectivista, humanista y fraternal, seguros de que «el espíritu de progreso y mejoramiento le es nato al ser humano». No se exigía compromiso político, aunque la mayoría eran de la CNT. Probaron cultivar soja para forraje; contaron con un médico, voluntario, y una comadrona. El acta de la primera reunión, del 31 de julio, decía:

«Ésta hermanos es la asamblea de un pueblo que ha ganado la libertad. Haciendo uso de ella vamos a decidir en común el mejor sendero a seguir».

Miseria e indefensión previas contrastaban con el pueblo en asamblea «para decidir por sí mismo», un «motivo de alegría, porque esto indica que éste ha ganado su identidad». Imitaban a «pueblos primitivos [que] organizaban su convivencia agrupados en colectividad para el trabajo y para la defensa y apreciaban sus leyes según el hecho asambleario; [...] la soberanía de los pueblos se debe medir por el grado de participación en la vida social libre y espontáneamente desarrollada, y no [...] por el grado de participación política [...]. No tardaremos en darnos cuenta que el dinero apenas si nos es necesario, y prescindiremos de él todo cuanto nos sea posible, hasta eliminarlo por completo, y de esa forma llegar a la armonía más completa, en la más completa libertad». Algún adversario del proyecto se marchó y el restó declaró que «los seguiremos amando igualmente a pesar de la inmensa repugnancia que nos produce su egoísmo»; si se fueron pensando en ser más libres «lo que van a hacer es proseguir [...] esclavos de su propio egoísmo» (1982: 97-108)

En Cataluña las colectividades no cambiaron el peso de la mediana y la pequeña explotación independiente, pero sorprende la gran cantidad de ocupaciones en La Garriga y permite suponer una transformación más notable (Garriga, 1986: 48). La producción se dobló en L'Hospitalet, y la elaboración de leche, queso y mantequilla creció un 50%, así como el número de trabajadores y jornales (Leval, 1982: 92). La colectividad de Molins fue creada de forma voluntaria por 60 jornaleros sin tierra —20 de los cuales eran mujeres—, que antes estaban pendientes de contratistas; sólo 25 eran nativos, el resto eran aragoneses, valencianos o de más lejos, la mayoría de la CNT, cuyo responsable, Carrasco, de L'Hospitalet, bien preparado y relacionado con el grupo Ideas, era buen organizador y evitó enfrentarse con los oponentes al proyecto (Cases, AAVV, 1989: 199-211). La Cooperativa Comunal de Raimat, de 3.000 ha, la formaron 130 familias, antes explotadas sin piedad, pues cobraban 5 pts. por 10 horas, se alojaban en barracas por las que abonaban 25 pts. al mes —el 20% de sus escasos ingresos—, debían pagar la leña teniendo el bosque al lado y estaban obligados a asistir a misa y a interiorizar resignación en la escuela clerical. El 19 de julio unos pocos militantes del POUM convocaron una asamblea, donde acordaron unirse,

elegir una junta de seis personas, subir el jornal a 8 pts., reducir el alquiler a la mitad y dar la leña gratis. Persistieron las diferencias salariales según el rendimiento y la carga familiar (Sardá: 12-19). Mayayo aporta algún dato más, dos tercios de la finca tenía un buen sistema de regadío y la vinificación se hacía en bodega propia. Recurrieron a maquinaria nueva, registraron una marca para comercializar vino, montaron una granja avícola con mano de obra femenina y un comedor comunal. Parte de los beneficios se donaban al gobierno o se invertían en mejoras, y el resto se lo repartían (AAVV, 2006/a: 45-49). Kaminski visitó las colectivizadas cavas Codorniu, donde el beneficio se repartía, como en Raimat, y ya exportaban a la URSS (167).

Rotllant pormenoriza lo ocurrido en Sant Feliu de Buixalleu donde, tras largas discusiones, decidieron municipalizar los recursos del término, respetar la propiedad de quienes trabajaban por su cuenta y reunirse en asamblea el tercer domingo de agosto. Se adscribieron a un solo sindicato y como consideraron que la UGT era el de los que trabajan con corbata y la CNT el de los que lo hacían con ropa azul y alpargatas, ganó esta última por noventa votos a uno y cuatro abstenciones. Concentró las decisiones un comité de tres personas que cobraban 10 pts. por día, como todos. Cada semana enviaban más de una tonelada de alimentos al frente y el carbón iba a Barcelona, para venderlo o trocarlo (296 y 315-316). En Santa Coloma de Gramanet la CNT y la UR acordaron cómo distribuir la tierra; aquella tuvo en cuenta que la UR estuvo desde el principio con el pueblo contra el golpe y que su presidente, Celestí Boada, había logrado la alcaldía con los votos anarquistas. Las tierras colectivizadas que faenaron jornaleros de la CNT se integraron en la Col·lectivitat Agrícola de Barcelona y su radio, adherida al Sindicat de les Indústries Agrícoles, Pesca i Alimentació; agrupando sus 78 mojadas (unos 5.000 metros cuadrados cada mojada) con 425 de Badalona, 80 de Horta, 283 de Sant Adrià, 400 de Sant Andreu, 800 de Sant Martí, 1.300 de Sants y 35 de Sarrià (Gallardo y Márquez: 172-180). En Tarragona, la Societat de Treballadors de la Terra (UGT), la mayoría de los 1.571 payeses, incautó 155 propiedades con 814 ha, mientras el Sindicat Agrícola de Tarragona (UR) tomó 39 y la CNT cinco. Algo similar pasó en la comarca en relación con el conflicto *rabassaire*.

A pesar de la heterogeneidad, primó el reparto entre jornaleros y parceros sin tierra, que las cultivaron en régimen familiar y en una posesión tácita cercana al usufructo perpetuo, lo que la CNT criticó pero aceptó, exigiendo respetar los acuerdos (Piqué, 1998: 368-374). En Terrassa, el 21 de septiembre, la UR se fusionó con el Sindicat Agrícola-Bodega Cooperativa de pequeñas viñas y huertas que cultivaban obreros fabriles (Ragon: 110-111). La colectividad de Vallirana puso en regadío 10 ha. y llenaba la nueva piscina con agua de las minas de plomo, antes desestimada por los antiguos propietarios (Leval, 1982: 91). En Vilafranca, la UR tuvo la iniciativa aconsejando, el 22 de julio, a los campesinos no pagar rentas, quedarse la cosecha y venderla a través del Sindicat Agrícola, a la vez que sugería a los sindicatos incautar grandes fincas para jornaleros sin tierra. Más tarde, demasiados, en connivencia con tenderos, medraron con la escasez o en el mercado negro (Colomé: 106 y 108).

A pesar de su trascendencia, bien poco sabemos de la pesca. Según Froidevaux debido quizás a la escasa sindicalización y a la cantidad de pequeños y medianos propietarios (735-737). Para Mas Gibert, el *Decret de Col·lectivitzacions* afectó también al sector, deviniendo comunales útiles individuales y empresas. El proceso no cuajó en Canet, los pequeños siguieron igual, mientras los mayores se enriquecían con el sistema anterior apoyados por las familias de derechas (242 y 245). Los pescadores de Mataró, unidos en la Col·lectivitat de Pesca, ingresaron en el Sindicat d'Indústria Alimentària CNT, consiguiendo buenos resultados (Colomer, 2006: 137).

Un proyecto anarquista, social y ecológico

Abad sintetiza el plan anarquista: economía encaminada no al lucro sino a

producir para el bienestar común, sin renunciar a los beneficios de la técnica, sólo aceptaban ingresos legítimos, logrados del trabajo socialmente útil. También precisa que «queremos, por tanto, la abundancia, una economía que garantice la vida a todos con un mínimo de esfuerzos [...]. Queremos que todos los seres humanos tengan derecho a vivir, a trabajar, a consumir, a disfrutar. Eso supone un régimen de igualdad, de equidad». Les atraía todo lo relacionado con la energía no animal, y recurrir a las nuevas, como la eólica o la solar, y reforestar (1938: 17-18, 187-189, 221-228). Más tarde detalla algún logro: ensayaron electrificar el ferrocarril; sustituir algodón por lino; usar cáñamo, esparto, paja de arroz y retama; fabricar celulosa con materia prima local y, por vez primera en España, sodio metálico, dinotroaftalina, ácido pírico, dibromuro de etilo, oftanol, bromo; extraer y exportar manganeso, plomo o cobre y su electrólisis; sustituir fármacos de patente foránea. Encomiaba la colectivización agraria, en su mayoría espontánea, pues era «consustancial con el espíritu popular español», y matiza que «los campesinos, de quienes menos esperábamos, fueron mucho más allá de todas las previsiones» (1975: 106-116). Según Leval, nadie entre quienes proyectaban el futuro imaginó las colectividades agrarias, pues los ácratas pensaban en sindicatos, cooperativas o comunas, y en cambio «la ley general ha sido la solidaridad universal» (1977: 464 y 467).

Si Kaminski, ya lo he dicho, concluyó su prólogo a la edición francesa viendo Cataluña como un inicio y una esperanza tras el fiasco soviético (20), para Ucelay el proyecto no se limitó a la producción, se rediseñó Barcelona según una idea del GATPAC, se planificó a escala regional y se adoptó la división territorial, para lo que se contó con expertos libertarios como Leval y Abad, un economista excéntrico como Joan P. Fàbregas, un intuitivo con experiencia empresarial como Tarradellas, un profesional como Pi Sunyer, un profesor de la Politécnica como Ruiz Ponsetí y un periodista como Bernades, unidos en el servicio estadístico que Vandellós había creado para la Generalitat. Según Ucelay, todo ello sorprendió a Kaminski, pues consideraba al obrerismo catalán más seducido por temas morales que materiales. Pero, visto desde la base, a pesar del altruismo y las ilusiones, juzga el proceso colectivizador como poco sistemático e incluso incoherente

y cita a Seidman, que lamentó la «resistencia obrera al trabajo» y la imposibilidad de establecer la disciplina productiva, pues la revolución se habría hecho para vivir mejor, no peor (1996: 331-333).

Fàbregas dijo que el Consell d'Economia y el CENU fueron dos productos genuinos de la revolución. El primero actuó de forma sensata y a la vez revolucionaria, teniendo en cuenta las posibilidades, y tras aprobarse el *Decret de Col·lectivitzacions* se responsabilizó de que se completara y aplicara la legislación. Cuando el cenetista Fàbregas asumió el cargo de *conseller* d'Economia, creó la Junta de Comerç Exterior de Catalunya y la Contramarca de Catalunya (el *made in* Cataluña) para las exportaciones, así como un Consell Superior d'Investigacions Tècniques, el 7 de noviembre, para coordinar centros ya existentes. Se trataba de poner en marcha el sueño de racionalizar la producción, aprovechar recursos técnicos, crear materias primas sintéticas y explotar minerales y el potencial hidráulico, que calculó en 10.000 millones de CV. Del *decret* decía que si para los más radicales implicaba claudicar, a los moderados les parecía una ley osada y detalló algún elemento perturbador, como la falta de ánimo social de algunos movidos por afanes utilitarios y egoístas, la escasa coordinación entre distintas empresas o sectores, la indisciplina que mermó la producción y las zancadillas del gobierno central y del catalán (1937/2: 29-40, 56-58, 125-131, 82-87).

La reedición de Leval aporta más datos. En la empresa de tranvías «la organización era federalista, y se practicaba así no sólo una solidaridad permanente en las actividades materiales, sino también una solidaridad moral, que hacía a cada uno solidario de la obra colectiva». Un ebanista le rogó que contara «lo que hacemos, lo que pensamos hacer; nuestras enormes dificultades y nuestros sueños próximos a realizarse, que un profundo anhelo de progreso social, de bienestar colectivo, impulsa nuestros pasos y nuestros pensamientos». En la Colònia Sedó había dos escuelas primarias y cursos nocturnos para adultos, clases de dibujo industrial y música, ateneo y grupo teatral. En Girona, la CNT estaba preocupada por el río Onyar, que ejercía de cloaca, y pensó construir nuevos drenajes e higienizar la represa de Salt para regar (1982: 120, 159-161, 167, 173).

Llarch cita la toma de Damm por parte de sus obreros, el sábado 25 de julio. Una de las primeras medidas, curiosa, fue la de regalarles a todos, casi mil, un traje gris, de acuerdo con el Sindicato del Vestir, y que obreros de las fábricas de material bélico podían adquirir alimentos en su economato. Comentó con José Ardenas que todo había sido una sorpresa y que «jamás, los anarcosindicalistas revolucionarios, habían imaginado victoria tan rotunda y pronta: ha sido ésta, un regalo [...] una sorpresa de la que todavía no se han recobrado y así viven, sin darse cuenta del tiempo que pierden, en el entusiasmo del triunfo. [...] La revolución está en marcha para alumbrar un mundo nuevo pero [...] los hombres son viejos y para [...] el gran ensueño de la Anarquía necesítase de hombres nuevos que [...] no existen [...]. La FAI ha sufrido un alumbramiento prematuro y su fruto actual [...] fallecerá asesinado por sus enemigos o por sus propias imperfecciones» (138-144).

Serra Moret, dirigente del PSUC que desde mayo del 37 presidió el Consell d'Economia, dijo que si se analizaba sin pasión un posible futuro económico se debería considerar el «milagro realizado por los trabajadores de nuestro país durante el período más adverso de nuestra vida industrial. La capacidad, la honestidad y la eficacia demostradas igualan, por lo menos, a la de los más inteligentes capitanes de industria y superan en mucho a todos los aparatos burocráticos que puedan inventarse» (59).

Estudiosos actuales dan más claves. Fraser menciona la abolición del destajo y la forja del «primer sistema de seguridad social de España»: fondo de desempleo, jubilación con paga completa, subsidio de enfermedad y de maternidad (incluso dos días para el padre), y clínica para partos, a pesar del boicot de la UGT y la Generalitat (I: 317-318). Para Bonamusa, la fase inicial, de julio a noviembre del 36, se caracterizó por la desorganización, la espontaneidad y la proliferación de comités (2006: 14). Según Roca, el Consell d'Economia decidió cambiar la fisonomía del país con comercialización, aprovechamiento racional de recursos naturales e industrialización; el proyecto incluía trolebuses urbanos, prolongar el metro hasta Vilanova, extender el uso del agua en las viviendas y abrir piscinas municipales (18).

En el capítulo «Réalizations et contradictions de l'autogestion» de su

trabajo *Les avatars de l'anarchisme*, Froidevaux intenta un balance difícil por la brevedad del ensayo: a pesar de la perturbación bélica y el bloqueo de los mercados exteriores, se evidenció una notable capacidad de adaptación, pero por radicalismo extremo o falta de visión los anarquistas no contaron con los técnicos y la clase media, a pesar de varios llamados en la prensa, y pecaron también de excesiva austeridad, rechazando lo que tenían por superfluo y antojos sofisticados. De las dimensiones psicológicas y sociales de la autogestión, piensa que en principio primó lo humano sobre lo material, reacción que buscaba poner la economía al servicio de la gente y no al revés, pero la nueva humanidad no llegaba, pues el absentismo y la apatía fueron considerables y demasiados aspiraban a los privilegios, la vía asamblearia enfrentó tropiezos y era considerable el riesgo de una nueva burocracia y nuevas prerrogativas. Se ensayó una especie de liturgia a la gloria laboral, con decálogo de la Federació Local dels Sindicats Únics de Barcelona, publicada en *La Voz del Pueblo* (31-x-36). Cita el antagonismo entre la CNT y el PCE, entre sindicato y partido, con una democracia federal en las antípodas del centralismo democrático de Lenin, y señala que existía el riesgo de que la razón del sindicato suplantara la del Estado. Sin embargo, en las «Réflexions» finales Froidevaux reconoce que muchos observadores foráneos se vieron favorablemente impresionados por la espontánea capacidad de construir y la total libertad de movimiento, secuela de la vieja experiencia autogestionaria sindical, que en las primeras semanas fue desbordada por el vigor y el ánimo colectivizador, pero dadas las circunstancias fue inviable mantener la democracia directa en el interior de las esferas sindicales. Añade que si la centralización de la CNT por la guerra favoreció la emergencia de una burocracia sindical, sería erróneo atribuir a sindicatos y burócratas el fiasco de la revolución autogestionaria, pues ni querían el poder ni se desvincularon de las masas. También señala que la autogestión, en esencia, implica que cada individuo participa de forma directa en las decisiones que conforman su vida y la de todos, que se trata de una democracia total basada en relaciones diáfanas y en la igualdad, que deberían permitir la gestión comunitaria de las relaciones sociales (767-798, 799-838, 841-845, 850-858 y 599-606).

Cárdaba trata la cuestión agraria, citando primero la atávica desconfianza de los dirigentes de CNT-FAI ante los rurales y su capacidad revolucionaria. Por ello su Oficina de Propaganda fletó una misión para explicar por doquier la ponencia sobre colectivización del Pleno Regional de Campesinos de la CNT, celebrado el 5 y 6 de septiembre, que respetaba a pequeños propietarios y evitaba «puguin convertir-se en enemics, entorpidors o sabotejadors de la nostra obra» (*Brollador*, Figueres, 1, 8-x-36, 1). Añade que Joan P. Fàbregas —recién llegado a la CNT, salido del ámbito de la Lliga, con buena preparación técnica y capaz de oponerse a Tarradellas en defensa de una economía gestionada por los sindicatos— no mencionó en ningún momento la agricultura, pero al reunirse 420 delegados de comités de casi todos los pueblos de la provincia de Girona, el 3 de septiembre, decidieron lo obvio: que cada comité regiría en su ámbito, que se coordinarían a nivel subcomarcal y comarcal, y que estarían en contacto con el Comité Ejecutivo de Girona, que a su vez lo estaría con el CCMA; se acordó abastecer el frente, aprobar la tarea del Consell d’Economia de Catalunya, que detalló el mismo Fàbregas, y una propuesta urgente para el régimen económico interior de las comarcas, sobre ganadería y bosques: «Que los Comités locales vigilen e impidan a toda costa las explotaciones incautadas que signifiquen una merma de las fuentes de riqueza [...] se tomen todas las medidas para que no se reduzca la potencia avícola y ganadera [hasta] prohibir, si es preciso, el sacrificio de hembras que no hayan terminado el período de fecundidad». Olvidaron transcribir en sus acuerdos los cambios materiales y sociales adoptados el 2 de agosto en las Bases del Bosc o el día 22 en la asamblea agraria de Figueres, pero el movimiento colectivo crecía a finales del verano (2002: 66-67 y 168-177).

Masjuan rescató el tema urbanístico y a Martínez Rizo —cartagenero residente en Barcelona, científico, procedente del ejército y vicepresidente del Sindicat d’Obrers Intel·lectuals de CNT—, que criticó las viviendas obreras Casa Bloc del GATPAC por antihumanas, antihigiénicas, antisociales y antieconómicas, condenó las grandes urbes y sugirió una nueva planificación territorial de ciudades jardín, con tránsito mínimo y rodeadas de espacios libres que servirían de reserva higiénica y ámbito de ocio y cultivo.

El plan aspiraba a liquidar el negocio urbanístico, la propiedad del suelo y, en una etapa de diez años, derribar casas insalubres —que se calculó en el 80%— y después crear pueblos autónomos sin asalariados municipales de unos 2.000 habitantes (1998: 256-259). Más tarde, Masjuan analizó la sintonía entre el proyecto de Cebrià de Montoliu, vinculado con Morris, Reclus, Kropotkin y el anarquismo catalán, sucesor de Tarrida de Màrmol, la Escuela Moderna u Odón del Buen, como alternativa al modelo burgués, de campo y ciudad, industria y agricultura; no era el retorno al campo y al agrarismo, como dicen Paniagua y Roca, sino que bebían en principios teóricos organicistas, exigiendo destruir las relaciones capitalistas para forjar un nuevo modelo igualitario, basado en la solidaridad y la cooperación. Veía las urbes antihigiénicas, antisociales por antisolidarias, vulnerables y neurasténicas, secuelas de la contaminación del aire y de la acústica, y de la congestión, cuyos efectos negativos se vieron empeorados por el crack del 29, que incrementó déficits escolares, sanitarios e higiénicos.

Al ensayo del 36 lo acompañaron más iniciativas, como la propuesta por el ingeniero químico Enric Llobregat, delegado de la Federació de Camperols de Llevant, que pensó cultivar soja; en Sabadell se ensayó perfeccionar las turbinas para aprovechar la energía hidráulica. Carsí hizo ensayos con la energía eólica, y cooperó con el astrónomo Comas Solà en el centro climatológico y meteorológico del Laboratori Confederal d'Experimentacions, en Masnou, y entró en contacto con el Sindicato de la Madera para proceder a la repoblación forestal con los boscanos. Rehacer Barcelona sería cosa de la Agrupació Col·lectiva de la Construcció, 9.000 trabajadores que debían erigir escuelas o enlaces ferroviarios, reforestar Montjuïc o acabar con el Barrio Chino, y en su lugar implantar jardines y campos de juego. La nueva arquitectura sería funcional, con calles anchas, canales navegables, jardines y bibliotecas. Can Rull, en Sabadell, devino una escuela fuera de la urbe situada al lado del bosque homónimo, con una comunidad naturista y el Jardí de l'Amistat, para ocio y descanso (2000: 161-166, 189-202).

Tirios y troyanos concuerdan en que el ramo de la madera fue de los más logrados. Peirats detalló en Barcelona un plan atrevido y original que,

además, dotó a los centros de producción de bibliotecas, departamentos de capacitación personal, escuelas, zonas de recreo o piscinas (I: 348). A principios del 37, Leval recogió el testimonio de un ebanista: tenían 176 fábricas o talleres, y 177 mueblerías. Racionalizar la producción no implicó disminuir los puestos de trabajo sino todo lo contrario. En este caso se pasó de 7.500 trabajadores a 11.542, de los que 3.090 eran carpinteros, 3.080 ebanistas, 800 mueblistas, 610 embaladores y 200 administrativos. Al no importar la materia prima, producían más barato. Más tarde, el ramo de la madera se integró en el Sindicato de la Construcción, que ya contaba con 15.000 albañiles, 5.000 porteros, 2.700 limpiadores, 1.370 pintores, 1.200 yeseros, 97 arquitectos y 63 aisladores e impermeabilizadores (1982: 159-161). Sobre el mismo ramo de la madera, Pons Prades detalla la tarea realizada (2005/a: 190-200), y Fraser menciona que organizaron intercambios con proveedores de madera o empresas colectivas agrícolas para abastecer su cooperativa, construyeron una piscina olímpica, un gimnasio y un solárium en su fábrica Doble X, y dispusieron como «unir a un hombre y a una mujer “libremente y sin coacción”» (I: 308).

Transformaciones por localidades

En Amposta cambiaban arroz por lo que no producían y escaseó el vino, pues querían limitar su consumo. Acogieron a 45 familias de imposibilitados o viejos, pretendían completar la red de alcantarillado y ampliar el abastecimiento de agua; organizaron un hospital, un dispensario y un sanatorio para afectados por la tuberculosis. Souchy sostuvo desde Arenys de Mar que «en los pequeños pueblos se han hecho grandes realizaciones sociales de tipo revolucionario más importantes que en otros sitios

populosos» (205-211). La Colectividad Agrícola de Barcelona y su Radio (CNT-AIT) no se constituyó hasta el 9 de diciembre, por ello no la citan algunos viajeros ni la encuesta de la Generalitat. Abarcó 851,5 ha de Armonía del Palomar, Horta, Sants, Sant Martí y Sarrià, con 2.515 trabajadores; el valor de la producción anual era de 25 millones de pesetas y la comercializaban directamente en mercados de la capital; localizaron agua en pozos y minas, y construyeron retretes y duchas (VVAA, 1983: 131-143).

En La Bisbal se reanudó el trabajo el 27 de julio, sin colectivizaciones ni ocupaciones inmediatas. Las impulsó la CNT a mediados de septiembre, en especial en cerámica, construcción, explotación del bosque y transportes, sin afectar a tiendas ni pequeñas empresas familiares. Cinco talleres, con 150 obreros, formaron el exitoso Agrupament de les Indústries Ceràmiques y el Sindicat dels Treballadors del Bosc ofrecía carbón, cepas, corcho, leña, pero tuvo problemas por desacuerdos y bajas. La casa de confección Fill de R. Albert, con muchos obreros simpatizantes de ERC, devino cooperativa el 13 de agosto para evitar la colectivización (AAVV, 1990: 115-124). En Blanes SAFA, de capital suizo, galo, de Romanones y de Ventosa i Calvell, con largas y notables reivindicaciones, fue intervenida por los 1.200 obreros, que ensayaron obtener la materia prima sin tener que importarla, y se usó como escuela el cuartel de la Guardia Civil. Los patronos antes se quedaban con un 60% de la pesca que ahora se repartía entre los pescadores; aquéllos, además, abonaban un impuesto de guerra, de 30 pesetas semanales. Los pescadores que estaban en régimen socializado cobraban 70 pesetas semanales de salario unificado. En buenos locales instalaron la Escuela de Artes y Oficios, música, dibujo, modelado, pintura, prácticas de electricidad, química, física y oficios varios, contando con la cooperación solidaria de los técnicos locales (Souchy: 215-219). En Calonge, en diciembre del 36, el Ayuntamiento cedió tierras al Sindicat dels Treballadors del Camp CNT, que había creado una colectividad, Aurora, por la nueva sociedad nacida el 19 de julio, armónica y sin egoísmos; antes visitaron proyectos de Esplugues, Montblanc y Valls (Vilar: 6266). El Consell d'Empresa Romagosa, de Canet, nunca tomó una decisión sin consultarla con el empresario que vivía en Barcelona (Mas Gibert: 249). En L'Escala se regularon salarios y se reorganizaron los barberos en casas

abandonadas; acordaron que todos los hombres del pueblo podían ir una vez por semana a afeitarse —los otros días podían hacerlo en casa—, y a cortarse el pelo una vez al mes (Bosch-Gimpera: 188-190).

En Granollers los obreros de la construcción decidieron socializarse en asamblea, el 22 de julio, invitando a los pequeños patronos, que aceptaron. Cerraron los minúsculos talleres de calzado y organizaron una fábrica con máquinas. Establecieron cinco almacenes comunales en los distintos barrios para distribuir víveres (Leval, 1977: 353-360); allí la fiebre colectivizadora precedió al decreto de la Generalitat (Ledesma i Pardo, AAVV, 1989-1990, II: 114). Según Santacana, la colectivización agrícola de L'Hospitalet, más similar a las aragonesas que a las demás de Cataluña, supuso mejoras innegables y excelentes cosechas merced al buen quehacer, al uso de abonos y a un mejor regadío; además, cita que proyectaron canalizar el Llobregat junto con las colectividades de Cornellà, El Prat, Molins, Sant Boi y Sant Joan (AAVV, 1989: 509-512). A Leval le extrañó que en la primera, «contrariamente a lo que podía suponerse, empezó [la revolución] por la agricultura». Por otra parte, la CNT local propuso la solidaridad general, un salario familiar único y generalizado y que todos, trabajaran o estuvieran en paro, recibieran lo mismo, y una caja común intersindical para que sociedades con superávit ayudaran a las deficitarias; todo se acordó en asamblea, «la forma más natural y espontánea que pueda imaginarse». Leval cita la propaganda de la colectividad de la fábrica Tecla Sala que ofrecía su guardería Casa del Niño (1977: 360-369). A finales del 36, sindicatos de la CNT de Igualada pensaron en colectivizar diferentes profesiones, como lecherías y panaderías, aunque la más notable de las cuales, con unos 450 obreros, fue la construcción, antes una actividad muy inestable que podía llegar al 60% de paro. Para ocupar mujeres de servicio doméstico en ese momento sin trabajo, el 20 de noviembre se puso en marcha un taller que hacía mochilas (Térmens: 161, 163-164).

En Olot los notables cambios empezaron bien entrado octubre, a raíz del *Decret de Col·lectivitzacions*, con el comité disuelto (Pujiula, 1995: 155-157. Sorprende que a pesar del clima iconoclasta, siguieran elaborándose imágenes de santos en yeso, que comercializaron el comité primero y la

Conselleria d'Economia del Ayuntamiento después (2005: 73); se siguieron enviando a Latinoamérica, su mercado tradicional, y algunas empresas ensayaron figuras pedagógicas y políticas en talleres donde la mayoría de trabajadores eran de la UGT (2000: 58). Según Gimeno, apenas hubo cambios en el Pallars (24). Lo mismo dice Solé Barbarà de Reus o Badalona (Fraser, 1: 314). Sin embargo, en Rubí 180 payeses constituyeron una colectividad, juntando sus tierras a las que se habían incautado, armaron una bodega colectiva, habilitaron un consultorio, una clínica y un hospital, así como una escuela y una maternidad. También colectivizaron las farmacias: de tres cerraron dos, dejando una sola abierta 24 horas al día (Souchy: 193-197). Leval añadió la colectivización de panaderías, transporte (pequeños propietarios aportaron automóviles, buses y camiones) y construcción: gracias a encargos del municipio se construyeron dos viaductos para cruzar la barranca (un viejo anhelo), escuelas y un canal de 1.500 metros para regadío; los payeses arrancaron vides para sembrar más trigo. Por otra parte, algunos jóvenes se fueron de su hogar para integrarse en la revolución social; para ello se contó con dos residencias, una para varones y otra para chicas, «donde se mantenía la rigidez en las costumbres de la España tradicional» (1977: 370-375). Los de Sabadell intentaron exportar tejidos y, mediado octubre, enviaron una comisión a Argentina que fracasó por los obstáculos políticos que puso la derecha. Municipalizaron servicios de aseo urbano, autobuses y funerarios (Domingo: 91). Para Andreassi la colectivización agraria en Sant Adrià no fue para castigar al adversario, ni resultó de una emergencia provocada por la guerra, sino de las condiciones conflictivas del quehacer agrario. En el Congreso Regional de Campesinos de Catalunya, en septiembre del 36, se alinearon con las delegaciones de Badalona, Gavà, Hospitalet y Sant Joan Despí, y rechazaron la unión con UR frente a numerosas delegaciones, encabezadas por la de Montblanc, que sostenían lo contrario (89-91). En Sant Cugat la explotación del bosque fue una de las principales actividades de la Col·lectivitat Camperola y otras fueron curiosas, como la de camilleros de la Junta Local de Creu Roja o la de jugadores y empleados del club de fútbol (Mota: 238, 248).

Piqué enfatiza el total protagonismo de la UGT en Tarragona, el de la

CNT en el resto de la comarca y el asesoramiento del Sindicat d'Advocats, de UGT (1998: 336-339). En Vic el ramo de la piel fue paradigmático; en una carta dirigida al Ayuntamiento decían inspirarse en el afán de contribuir, con los sacrificios necesarios, a erigir una sociedad más justa y equitativa que la que habían liquidado para siempre el 19 de julio. El proceso, ordenado y no precipitado, se inició visitando las empresas, en las que solían continuar los ex propietarios si no habían huido. Las difíciles primeras semanas se superaron, en septiembre del 36, con un pedido de 50.000 cazadoras de piel para las milicias. Tras algún desacuerdo, se creó un Consell General de 14 miembros, que la Generalitat tardó seis meses en legalizar; hubo mejoras técnicas; renovaron maquinaria; crearon una escuela industrial y otra de capacitación profesional; mejoraron las condiciones laborales y extendieron una cultura técnica de la que habían estado marginados. A pesar de las dificultades, lograron buenos beneficios, ayudaron a otros ramos, realizaron préstamos al Ayuntamiento y cedían el 5% de los jornales a los hospitales de sangre (Casanovas: 162-164). Ricardo Mestre guardó buen recuerdo de todas las colectivizaciones de Vilanova y estaba muy orgulloso de la del pan (Canalis: 35).

Cataluña, una de las regiones más industrializadas de España, tuvo que reorientar toda la producción y pertrechar al ejército para una larga guerra con la que no se contaba y que, seguro, no deseaban los vencedores del 19 de julio. Dada la difícil reconversión, el pleno rendimiento se conseguiría fuera del período estudiado y me limito a señalar algunas opiniones que veo significativas.

Detallan la cuestión Peirats (II: 132-148), Toryho (252-268) o Fraser. Este último cita el caso de la Maquinista, que nunca tuvo pedidos a pesar de que habría podido fabricar tanques (I: 313). Companys escribió a Prieto los pormenores del proceso: la Generalitat decidió en agosto la plena coordinación y al principio enfrentó una comprensible resistencia de algunos comités, que pronto desapareció. A pesar de las zancadillas del gobierno, como negar maquinaria de la fábrica de Toledo, a finales de septiembre ya producían 60 millones de vainas, 76 millones de balas para máuser, 718.830 municiones de cañón, trilita y otros explosivos por primera vez en España, así

como gasolina para aviación. Además, señala que «quiero subrayar que casi toda la maquinaria para realizar este esfuerzo ha sido fabricada en Cataluña» y brinda «todo lo que Cataluña tenía y podía hacer con su industria». Para él se trataba de una oferta sincera y leal que no se aceptó, y jamás se produjeron sabotajes o indisciplina, y lamentó las calumnias del PCE y el PSOE, añadiendo que Eugenio Vallejo y otros realizaron «la obra fecunda de sacar de la nada [...] todo cuanto existe en Cataluña en el terreno de la producción de guerra» o la «epopeya de [...] todos estos trabajadores que con su entusiasmo, con su esfuerzo y muchas veces con el sacrificio de su propia vida han trabajado para ayudar a nuestros hermanos que luchan en el frente, y para posibilitar la victoria que nuestro pueblo espera y merece» (*De Companys*: 11 y 37-91). Lo cita Galí, que insiste en que buena parte del avío partía al frente desde Madrid (1999: 113-114), y Broué, para quien «fue la misma buena voluntad y el mismo entusiasmo —dígase lo que se quiera— los que presidieron la improvisación o el aumento de la producción» (I: 189-190).

Comercio, banca y finanzas

Barça detalló en folleto oficial que la Generalitat intervino la banca que operaba en Cataluña; creó una Comisaría General del ámbito financiero el 26 de julio; facultó retirar dinero de los bancos sólo para pagar salarios; fomentó el cheque para restringir el numerario en circulación; prohibió atesorar plata y billetes el 10 de agosto; y el 22 de octubre creó la Caixa Oficial de Descomptes i Pignoracions para apoyar a corporaciones, entidades, empresas comerciales e industriales o a particulares, al satisfacer sus necesidades de crédito. Así 1936 finalizó sin graves trastornos (4-5).

Si Souchy dijo que la banca no se colectivizó porque la mayoría de sus empleados, de UGT, no quisieron (30); para Ranzato, abusando de la hipérbole, los anarquistas «en el pasado famosos asaltadores de bancos, no se atrevieron a apoderarse de los indispensables instrumentos de crédito para financiar sus iniciativas» (1978: 22); o según Beevor, la CNT fue incapaz de controlar la economía y las finanzas, dejándolas a la Generalitat mediante el sindicato de empleados de banca de la UGT, que impidió fugas de capitales y controló operaciones; mientras el gobierno central entorpeció todas las aspiraciones crediticias (157). Moreta, que trabajaba en la Banca Arnús, recuerda que un comité de la UGT sustituyó a los directores huidos; pero en La Caixa, una mutua, sus empleados sin conciencia de clase, no sindicados, ingresaron en el Sindicat de Banca i Borsa de la UGT y pocos, unos 25, en la CNT. *La Batalla* y la *Soli* la defendían y esta última decía (25-IX-36) que «hemos de considerar que las Cajas de Ahorros no son organismos capitalistas, que en [ellas] no hay dueños que al fin del año carguen con los beneficios obtenidos con el dinero del trabajador [...] las Cajas de Ahorros guardan gotas de sudor de los humildes y de los desposeídos» (116-120 y 130).

Sorprendió a Kaminski que los precios apenas subieran, por control oficial, y que comparados con los del resto de Europa aún eran muy bajos. Pero veía el futuro con preocupación, se despilfarraban bienes almacenados y era increíble que muchas tiendas siguieran organizando ventas especiales e intentaban atraer clientes con publicidad. Los bienes de lujo todavía eran una ganga para un forastero, pero la demanda había caído con la emigración de la burguesía (42).

Indústries i Magatzems Jorba, creada en 1923, se colectivizó el 9 de octubre y el comité comunicó a los clientes que seguían las condiciones de siempre. A finales del 36 se editó y envió el catálogo de juguetes, y el propietario, detenido y vigilado en su casa, siguió en contacto con los responsables (Camprubí: 181 y 170). Pons Prades evoca que la CNT envió milicianos a El Siglo y El Águila, pues al principio hubo conatos de saqueo y, según Andreu Capdevila, del textil y la CNT, las asambleas de los grandes almacenes no aumentaron los beneficios pero si los sueldos, mejoraron las

condiciones de trabajo y siguieron abriendo durante la guerra (Fraser, I: 188 y 304-305). Pérez-Baró detalla como fracasó el ensayo del Sindicat Mercantil de Barcelona desde la Secretaria de Control Sindical, que él regentaba, de agrupar los grandes bazares, El Águila, El Siglo, Alemanes, Barato, Jorba o Sepu (100).

Jellinek analizó el comercio exterior. Entre el 19 de julio y el 19 de noviembre sumó cien millones de francos franceses, cuando antes subía a 350, cayendo las importaciones un 75%, lo que preocupó a las industrias colectivizadas que temían el paro. El 22 de agosto, el gobierno central intervino, por temor al saqueo, sólo para exigir a la Generalitat que le entregara en 48 horas 373.176.000 pesetas en oro y 1.060.000.000 pesetas en plata, algo imposible pues en cuatro meses los ingresos alcanzaron 10 millones y los gastos 200 millones. Después, el talante negociador de Tarradellas supuso el cese de la exigencia. La Generalitat, por su parte, a fines de agosto, pidió créditos para conseguir materias primas para fabricar armas en primer lugar (381-382).

En Terrassa cundió el pánico el 4 de agosto y quienes querían retirar sus depósitos formaron largas colas ante la Caixa d'Estalvis. El diario local publicó un aviso: «Los comunistas son hombres perfectamente normales que luchan por un ideal bien concreto y no tienen que efectuar expropiaciones de tipo parcial justamente contra el obrero ahorrador». La policía registró moradas, el 9 de agosto, para decomisar «indebidos atesoramientos de moneda fraccionaria», con «resultados muy positivos». Y el Ayuntamiento decidió, el 10 de agosto, que no podían sacarse cantidades no vinculadas a necesidades ineludibles (Ragon: 75 y 78-80). En Vilafranca se produjo algo similar: largas colas el día 27 y decreto de la Generalitat fijando cantidades máximas que podían sacarse (González: 79).

XII

El olvido es una forma de complicidad

Ealham detalla el incremento de numerosos servicios en Barcelona, que antes servían sólo a los explotadores, lo que satisfacía viejas exigencias y necesidades colectivas. El autor subraya que este incremento lo reconocen hasta las fuentes más hostiles (2005: 285-288).

Salud y beneficencia

El ámbito de la salud y la asistencia social fue uno de los que contaron con cambios excepcionales. Kaminski visitó un hospital, en ese momento abierto a todos y gratuito, donde los médicos atendían voluntariamente sin cobrar, aunque aún atendían a particulares. Luego constató como viejas instituciones

de beneficencia, así como manicomios o sanatorios, todos ellos antes de la Iglesia, eran atendidos entonces por personal laico. Los centros se multiplicaron pero no bastaron. Todavía no se atendían casos higiénicos básicos, la mortalidad era aún atroz, la sífilis y la tuberculosis dejaban secuelas horribles. La prevención empezó sólo con carteles (81 y 168).

Leval estudió el Sindicato de Sanidad, creado en Barcelona en septiembre. Cinco meses después de julio estaba integrado por 1.020 médicos, 3.206 enfermeros, 633 dentistas y 330 parteras, que atendían en seis hospitales nuevos —Proletario, del Pueblo, Pompeyo, dos de sangre y Pavelló de Rumania— y en flamantes sanatorios en Segur de Calafell, La Florida, Pabellón Ideal, Vallvidrera, la Bonanova, Tres Torres, Hotel de Montserrat, Terramar de Sitges y Sant Andreu. En todas las ciudades grandes se crearon policlínicos. Los galenos ganaban 500 pts./mes por tres horas diarias (1977: 326-331).

Martí Ibáñez, principal artífice de las transformaciones, describió su quehacer: en los tres primeros meses, médicos de la CNT, conectados con la Organización Sanitaria Obrera, formaron el Control Sanitario Confederal inicial. Cuando huyó el máximo dirigente de la sanidad oficial, un franquista, desapareció la vetusta atención religiosa. El frente suponía necesidades inesperadas, ambulancias, hospitales de sangre, equipos móviles de cirugía, trenes con quirófano, transfusiones de sangre, psiquiatría de guerra, asistencia al mutilado o inválido, hogares de convalecencia, vacunas o sueros. Querían que la asistencia dejara de ser privada o benéfica, humillante y vergonzosa, para devenir humanista y solidaria. En los hospitales mejoró la nutrición, hubo bibliotecas, actividades culturales y un reglamento para pacientes decidido con frecuencia por ellos mismos. El Clínico albergó oncología, reeducación física y masajes, en el General de Catalunya, ex Sant Pau, micrófonos y altavoces permitían escuchar conciertos y conferencias. Finalizaron el Antituberculos Torres Amat, único en el mundo, donde se vacunaron de forma preventiva más de 84.000 personas. También menciona cuatro sanatorios nuevos y uno infantil en Tiana. Enfrentaron de forma notable distintas enfermedades. Las venéreas con la modernización del Hospital de la Magdalena, la creación de centros «liberatorios» de la

prostitución y la propaganda distribuida en el frente. La lepra, endémica en el Baix Ebre, con centros en Barcelona, Reus y Tortosa. También se combatió con éxito el paludismo, el reuma, la tracoma, la rabia y las varices. Devino el Henry Barbuse centro contra el cáncer y crearon más balnearios. Se interesaron por la psiquiatría y atendían a unas 7.000 personas, mientras antes sólo se encerraba a los orates, unos 200, en manicomios. Los del manicomio de Huesca, abandonado por los rebeldes, fueron trasladados al ex convento de Les Avellanes de Os de Balaguer. Les Eures se habilitó para los menos graves y una finca de Cardedeu para niños. Recurrieron a propaganda para difundir una cultura sanitaria y la higiene, con carteles, numerosas emisiones radiadas o folletos, como *Mensaje eugénico a la mujer y a los trabajadores* o *La reforma eugénica del aborto*.

Reorganizaron servicios farmacéuticos, veterinarios y de bromatología, y les inquietaba la insalubridad del Cardener y el Llobregat por las sales potásicas. Un terreno en el que se bregó hasta lo indecible fue la reforma eugénica, pensando primero en tantas mujeres enfermas y chiquillos encerrados en asilos y hospicios religiosos, víctimas de una sociedad egoísta, con angustiosas tasas de mortalidad. Implantaron sistemas de control de natalidad e instauraron una primera Escuela de Maternidad Consciente, para asesorar sobre su futura vida sexual a las embarazadas y atender a los bebés. Sugerían otra sensualidad, aborto sin trabas pero limitado, en lo posible, para engendrar de forma voluntaria, y explicaban métodos anticonceptivos en la escuela: «En adelante, en lo que a su vida sexual se refiere, la mujer quedará liberada de la tiranía egoísta masculina y tendrá unos derechos —de los cuales destaca el de disponer de sí misma y decidir sobre su maternidad— que comprará a costa del precio de unos deberes hasta hoy olvidados». Insistía Martí en los desvalidos, «un miembro de la fraternal comunidad humana caído en un fracaso vital, al cual es un deber auxiliar y resocializarlo», consiguiendo que renaciera su esperanza; y describe los Hogares Infantiles en Sant Andreu y Terrassa, con más de 150 plazas cada uno, el Preventori Infantil de Arenys de Mar con 250 y el Grupo de Protección, en Poble Nou, con 700 y la escuela anexa. También mencionaba colonias como la Casa de la Familia Maragall, al pie del Tibidabo, a la vez

preventorio para afectados por la tuberculosis; la Llar de Nens Joaquim Costa; la Casa del Nen de Sarrià; los sanatorios Àngel Guimerà y Salvador Seguí, para criaturas deformes; la Casa Ignacio Iglesias, Fundació Tàrrida; el Pavelló Helios de la Maternitat; y el Sanatorio de Tiana, cedido por los trabajadores de Banca y Bolsa.

Sórdidos asilos para ancianos, en realidad lóbregas cárceles que mantenían a las parejas separadas y donde sólo los rezos interminables interrumpían la embrutecedora ociosidad, fueron suplantados por otros por completo diferentes; por ejemplo, el Ferrer i Guàrdia, que disponía de 300 plazas en régimen abierto, era higiénico, prestaba atención a la demencia senil, y organizaba paseos, tareas y actividades, Entre el Mariana Pineda, el Nicolás Salmerón, el Luis Sirval y el Henry Barbusse sumaban 620 plazas más. Sugerían incinerar los cadáveres y tenían interés por el medio ambiente, la psicoterapia y la socialterapia (15-20, 45-97).

Peyrí detalló la Lluita Antileprosa y la finalización de la obra de la Leprosaría Can Masdeu, en Horta. También cita los centros del Servei Antiveneri en Tortosa, Reus y Barcelona, como el Sanatori Hansen de esta última ciudad (40). El Comissariat de Propaganda, a través de su secretario Queralt i Clapés, publicó una: «Breu relació històrica de les organitzacions d'Assistència Social» (*Nova Ibèria*, 2, II-37). Primero detalló la situación anterior. A las antiguas tres casas de acogidas de niños abandonados, la de Caritat, la de Maternitat y la de Expòsits, y al Hospital Espirit Sant, con 18 camas, para afectados por la tuberculosis, el alcalde Rius i Tauler había añadido a finales del siglo XIX el depósito de agua situado tras el parque de la Ciutadella para recoger a los indigentes; mientras que los que tenían trastornos mentales iban a una clínica en Santa Coloma. Tras el 18 de julio, Queralt cita los mismos centros que Martí Ibáñez más la Casa de Noies Enric Fontbernat, para 76 muchachas de conducta «lleugera», vigiladas pero no sometidas a castigos físicos o de otro tipo; el Casal de Cegues Pi i Margall; la Casa Francesc Layret de Convalescència, para 65 mujeres; el Sanatori Màxim Gorki, en Santa Coloma, para tuberculosos, y el de Santa Fe; el Refugi de Matrimonis Vells, en Diagonal esquina Bruc; la Casa de Vells Lluís Sirval, antes Hermanitas de los Pobres; la Casa de Familia, para mozas solas; y la

Aliança, que siguió funcionando como Mutualitat Cooperativa. Una proclama de Queralt denunció «l'egoisme de la plutocràcia, que consistia a despendre's d'una mínima part del seu superflu per tal de tranquil·litzar la pròpia consciència davant l'espectacle de la misèria per ells provocada. Han caigut les mentides, la Veritat s'obre pas gloriosament, i els temps millors, els temps de fraternitat veritable, són a la porta». Mercè Verdaguer, en la misma *Nova Ibèria*, 2, detalló la nueva Assistència Infantil en el Patronat Ribes: antes 85 niños vivían, comían y jugaban en silencio, con una enseñanza austera y triste; después de julio, convivían 225 niños, libres como pájaros, y aprendían música, danza rítmica y jugaban a fútbol. En el Refugi d'Infants Salvador Seguí, antes una cárcel muy severa, sin educación salvo la vulgarización religiosa, con niñas que llevaban allí ocho años y no sabían leer, ahora tenían masajista y gimnasia. A afectados de tuberculosis ósea o escrofulismo, en La Casa del Nen Àngel Guimerà, en Sarrià, se trató de inculcarles esperanza e higiene, sol y música. Salvador Vives se ocupó de la psiquiatría, atendiendo a cuantos lo necesitaban, una parte en Les Heures.

Soler Segon copia del *Diari de Barcelona* (6-XII-36) el reportaje «La Casa d'Assistència President Macià, antigua Casa de Caritat». Allí convivían entonces ambos sexos, en los ámbitos de recreo y en las conferencias, pero aún no en las aulas, pues temían un trastorno. Las monjas feudales fueron relevadas por jóvenes especializados. La sección de chicas, 14 a 18 años, estaba al margen y disponía de su propia cocina y su propio comedor, que antes era de las religiosas; había biblioteca y conciertos en la antigua capilla. El mismo *Diari* (15-XII-36) informó de lo que se hizo con los internados en el Asil del Parc, el depósito de agua, que se encontraba sucio, húmedo, poco ventilado y con parásitos. Allí se amontonaban, de forma dantesca, 800 enfermos, niños, viejos y dementes, en 600 catres, por lo que 200 dormían en el suelo. Se les envió a la Casa de Repòs Rosa Luxemburg, antiguo Col·legi de Teresianes de Gaudí; aún en obras, acogía a 150 ancianos que llegarían a 600; disponía de calefacción, ascensor y una granja con gallinas y conejos. Soler Segon recopiló algunas fechas del proceso en 1936:

2-VIII El Ayuntamiento expropia el Col·legi de Jesus i Maria (paseo Sant Gervasi) para Serveis de Psiquiatria.

5-VIII «Normalidad» en Barcelona según el Estat Sanitari del Institut Municipal d’Higiene (IMH).

18-VIII Nota del Comitè de Control i Organitzacions Mèdiques de Catalunya, afiliado a las Milícies Antifeixistes, en la que «obre ponència per averiguar la desaparició de metges i la conveniència de substituir-los».

20-VIII «Normalidad» en Barcelona según el IMH.

29-VIII Entrega del tren hospital proyectado por el Consell Sanitari de Guerra.

3-IX La Conselleria de Sanitat i Assistència Social incauta el Hospital de Natzaret.

4-IX «Normalidad» en Barcelona según el IMH. Insiste en la importancia de la profilaxis de tifoidea y viruela.

5-IX Viajan al frente J. M. Vilardell y su equipo del Hospital General de Catalunya.

6-IX Creado por decreto (28-VIII-36) el Consell General de Sanitat.

Llega por vía aérea material sanitario de los laboratorios británicos.

23-IX El Consell Sanitari de la Conselleria de Sanitat inicia una campaña sanitaria radiada.

El Consell Sanitari de Guerra crea el Servei de Reconeixement de Milicians al que llegan heridos o enfermos del frente, en la avenida 14 d’Abril, 401.

26-IX «Normalidad» en Barcelona según el IMH.

Guardiola Salinas detalló el caso de Badalona y enfatiza la notable transformación respecto a la época anterior, con asistencia médica y medicamentos gratuitos, subsidios de enfermedad y maternidad, financiados por los mismos obreros de las empresas colectivizadas. Esto provocó un rápido paso de afiliados de la UGT a la CNT que se llamó la «guerra del carnet» (CEHI: 94). A fines de septiembre, el Hospital de Banyoles, que

seguía cuidado por las Germanes Vetlladores de Sant Josep, se trasladó a la quinta requisada a los Coromina-Torres Riviere. Allí llevaron, por cierto, al capuchino Serafí de Banyoles en un coche de la Generalitat, camuflado de moribundo (Roura: 37). Goldman visitó la Maternidad, dirigida por Áurea Cuadrado, y le pareció lo mejor que había visto en Europa en su ámbito (*Actividades de la Federación Mujeres Libres*). Un convento abandonado en la calle Casp de Barcelona devino hospital de sangre y el POUM organizó otro en el Lyon d'Or (Bueso: 186-187). El Colegio de Farmacéuticos, el Montepío Farmacéutico Dr. Andreu y algunos comercios del ramo fueron colectivizados por el Comitè de Incautació CNT-UGT (Jordi: 65). El hospital de Sant Joan de Déu era atendido por los hermanos pero sin hábito (Berenguer: 63). En Igualada causó gran impacto popular la Clínica de Maternitat i Puericultura ubicada en la casa requisada a la familia Godó (Térmens: 107). En la misma Igualada, según Joan Ferrer, en un chalet organizaron un asilo para ancianos «que antes tenían que ir con la hueste de los mendigos», y se enfrentaron a dificultades con la mayoría de los médicos, pues querían preservar su consultorio privado (Porcel: 199 y 218).

En Lleida crecieron los servicios públicos y se aconsejó con campañas vacunar, la higiene corporal personal, ventilar locales, reducir el tabaquismo y controlar la alimentación. Sin embargo, *Acracia* lamentaba el escaso éxito de estas campañas y la persistencia de la mendicidad, y afirmaba que la caridad oficial era tan humillante como la privada. Se modificó la Maternitat y la austera decoración religiosa fue sustituida por «dibujos Baldisney» (por Walt Disney). Si con anterioridad las monjas marginaban a las madres solteras y a sus hijos, entonces se defendía la maternidad y, en última instancia, buscaban a quien adoptara a los abandonados. En el orfanato implantaron la coeducación (enseñanza mixta) y en el parvulario el sistema Montessori, además de la mejora dietética, la higiene con ducha diaria, calefacción o solárium, ante la vieja noción pecaminosa del propio cuerpo. Aprovecharon los jardines del derruido palacio episcopal y de Sant Llorenç; el oratorio se convirtió en biblioteca infantil y la iglesia en teatro. La Casa de la Misericòrdia devino primero Casa d'Assistència Social y poco después Casa d'Acolliment. Se acabó con la disciplina cuartelaria, y veían la

separación por géneros culpable del recurso a la homosexualidad o la masturbación, proponiendo la coeducación. El 27 de agosto, el local de las Germanetes dels Pobres se convirtió en Casal del Vell, donde las monjas con hábito continuaron en sus puestos hasta el 3 de septiembre, cuando marcharon a Barcelona. Implantaron salidas diarias a la calle y trato libre entre acogidos de los dos sexos. El Socors Roig Internacional (SRI), muy cercano al PSUC, competía con el Socors Internacional Antifeixista (SIA), solidario y sin color (Sagués: 414-415 y 420-432).

Desde un buen principio, mejoró la asistencia en Olot. En septiembre despidieron, indemnizándolas, a las monjas de la Comunitat Vedruna, que ejercían ya en el siglo XIX. Se les agradeció, en público, los servicios prestados y alguna de ellas, secularizada, se quedó. También siguieron en la Casa de Caritat, ahora Casa d'Assistència Social, dirigidas por la ex madre superiora como directora (Pujiula, 2005: 90-91). En Vic las monjas de Sant Vicenç de Paül del hospital fueron sustituidas, el 5 de octubre, por muchachas que trabajaban en fábricas y talleres (Bassas: 51).

Enseñanza

Para Kaminski, la revolución trajo milagros y uno fue el rápido descenso del analfabetismo (87). Low comparó las nuevas escuelas con las antiguas «donde zumbaban los curas, con cientos de niños distraídos hacinados en una sola clase, manejando libros de texto manoseados y anticuados, uno por cada cinco [alumnos], y donde se aprendían las mismas tonterías día tras día como si fueran un refrán»; pero lamentó que en las nuevas se usara la pedagogía racionalista de los anarquistas frente a la marxista (60-61). Antes del 18 de julio, en Barcelona había 34.000 niños escolarizados, mientras que en octubre

ya eran 54.758 y en toda Catalunya la población escolar casi se triplicó (Abad, 1937: 67).

Hay casi unanimidad al encomiar la nueva propuesta pedagógica, si bien no podían faltar voces discrepantes. Para Rius el CENU «quedà tot seguit envaït i mediatitzat per la FAI, que intentava controlar totes les escoles de la Generalitat» (80). Según Castillo y Camps, fue creado el 27 de julio por la Generalitat a propuesta de Gassol (267). Para Lacruz «se sustituían de mala manera escuelas confesionales, que en Barcelona eran dechado de seriedad y de competencia, por otras improvisadas aceleradamente, entregadas a maestrillos sin suficiencia y en muchas ocasiones a personas que ni siquiera tenían título» (162-164).

Edo recuerda una Barcelona todavía con barricadas y cuajada de pintadas en la paredes como «el 1 de octubre ni un niño sin escuela». También menciona el enfrentamiento entre dos maestros racionalistas: para Cano Ruíz la victoria popular permitía imponer la Escuela Moderna por doquier, mientras que según Joan Puig Elias los pedagogos libertarios no tenían suficiente capacidad estructural. Prevalció la posición de este último y surgió el CENU, que contó con todo enseñante republicano. Fueron innegociables la coeducación y el antiautoritarismo, frente a la disciplina dogmática e intransigente de la escuela católica. A los alumnos les gustó que se oyera su parecer, sin cortapisas, y no sólo el de los profesores, en las asambleas semanales que decidían el desarrollo de la vida escolar; además, acabaron los castigos (48-49). Pons Prades memoró que el CENU decidió organizar direcciones e inspecciones provinciales, lo que criticó una revista ácrata, de la que no da el nombre, temiendo la burocratización y sugiriendo que bastaban maestros en comisión, actuando de forma rotatoria para impedir su esclerosis. Edo también menciona a Puig Elias, director de la Escola Racionalista Galileo (1917-1918) y de la Obrera del Arte Fabril La Constancia (1918-1936), y al geólogo Carsí Lacasa, fundador con Pau Casals del Comitè Català per la Pau i contra la Guerra a inicios de los años veinte, desde julio del 36 vicepresidente de Enseñanza Superior, profesor de ciencias naturales en la Escola de Militants de la CNT-FAI y organizador del Institut de Recerques per a la Guerra en Masnou. Este último, en la charla «La

naturaleza: manantial de vida», publicada más tarde, decía que «en estrecha comunión con sus semejantes, el niño aprenderá a ser humilde, solidario y a comportarse con naturalidad [...] a encauzar noblemente sus sentimientos y a dominar sus instintos. Y en sus entretenimientos y juegos tendrá la posibilidad de conocer su cuerpo y el de sus compañeras, armonizando así los impulsos propios de la sexualidad, con naturalidad, sin engaños ni tergiversaciones paternalistas. Y se convencerá de que es la mejor forma de conseguir esa armonía interior personal, primer paso hacia la armonía universal, [...] gran meta que nos hemos fijado quienes creemos que el hombre nace bueno y que la comunidad tiene la obligación moral de hacer todo lo que esté en su mano para que cada día sea mejor. Esta empresa [es tela] muy difícil de tejer. Por eso los telares deben instalarse ya en la escuela primaria» (2005/a: 10). Añadiría que estas propuestas pedagógicas podrían estar inspiradas en las naciones autosuficientes americanas que ya mencioné.

Entrevistado en *Tierra y libertad* (3-VII-37), Puig Elias enfatizó que la Escuela Nueva, por deseo y voluntad propios, pero también por imperativo legal, no sólo cambió de nombre, sino también de métodos, espíritu y ética. Rehusó cualquier tendencia u orientación política, y respetó la personalidad del escolar. Por ello se huía de definir y se daba al alumno elementos para aprender por sí mismo, para lo que era esencial el contacto constante con la naturaleza; se rechazaban misterios o engaños y se debían sortear arrebatos antisociales, sin coacción o violencia, inculcando amor, libertad, sinceridad y solidaridad. Se huía también de los dogmas que los adultos imponían a los menores. «¡Queremos forjar un hombre nuevo!». Si repudiaban que antes se les obligara a gritar «¡Viva el rey!» o «¡Viva la República!», le parecía nefasto que entonces clamaran «¡Viva Marx o Bakunin!» o «¡Viva la Revolución!». A nivel práctico, tras veinte años de experiencia, querían escuelas de 300 alumnos como mucho, dotadas de jardín y huerto, a ser posible fuera de la ciudad, por lo que acordaron con el Sindicat del Transport que no cobrara. Además se querían escuelas sin vacaciones, pues la mayoría de los padres tampoco las tenían y la escuela no era una cárcel, que ese primer año suprimieron. Hubo vínculos con los padres o anhelaban llevar en verano la chiquillada de la ciudad al campo y al revés en invierno. En seis

meses nombraron 4.707 maestros, pasando a ganar de 3.000 a 5.000 pts. Hubo 82.515 matriculados, frente a 34.431 el curso anterior. Repartieron a los recogidos en asilos, ahora abiertos, entre distintas escuelas. Crearon un Institut de Maternologia i Puericultura colaborando con Mujeres Libres, y armaron la Setmana de Conferències Pedagògiques y un semanario infantil *Porvenir*, también en catalán. *Umbral* citó (25-IV-37) el Instituto Libre de Enseñanza de las JJLL, en el Chalet de Gran Vía, escuela experimental y asamblea con 500 niños, y escuela nocturna para adultos, que eliminó el temor y, con el tuteo, distancias con los maestros. Por una cuestión interna, un administrativo fundador quiso marcharse, los chicos recurrieron a la huelga, hubo mítines y se le recuperó (Leval, 1982: 196-8). Montero, que ignora quién y cuándo creó el CENU, reproduce «Los niños anormales», una conferencia de Puig Elias celebrada en el Casal del Metge en la que mencionaba el caso de una niña de ocho años que fue violada, o los de otras niñas rebeldes a la familia encerradas en el asilo de Bon Pastor, y en el que denunciaba el Asilo Durán, «donde el cretinismo y el homosexualismo reformaban el carácter de los niños rebeldes». Esperaban crear residencias adecuadas, que albergaran a estos críos mezclados con los demás. Eran los Consultoris Mèdico-Pedagògics, que disponían de galeno, psicólogo e higienista, y cada cuatro consultorios, otro con dentista, oculista, psicólogopsiquiatra y otorrinolaringólogo. En la cúspide se creó un Centro de Observación Metódica de niños, con clínica, dispensario, investigación, enseñanza, control y estadística. Los enfermos irían al mar o al monte (3, 9-12 y 34-38). Según Froidevaux, el CENU fue obra de la Generalitat del 27 de julio, aunque tuvo un rol eminente la CNT. Contó con seis secciones: primaria, secundaria, superior, técnica, profesional y artística. Presidía el Comitè Executiu Puig Elias, eje de la sección cultural de la CNT, discípulo de Ferrer i Guàrdia y director de L'Escola Natura del Clot o La Farigola. Lograron la escuela gratuita, laica, mixta, pública y única. Rehuyeron todo sectarismo, incluso el político. Requisaron edificios (quintas o conventos) y el Sindicat de la Construcció realizó los cambios necesarios. Contaron con material escolar moderno y escolarizaron a 200.000 niños, frente a los 127.000 del año anterior, aunque muchos maestros se fueron al frente. Juegos

y excursiones colaboraron con la pedagogía, se suprimieron normas y reglamentos, se ocuparon de chicos discapacitados, epilépticos, sordomudos o afectados de tuberculosis y, a la vez, de adultos, la mayoría a petición de los sindicatos. Por decreto, en octubre del 36 se ampliaron las atribuciones del CENU al conjunto de las actividades culturales. Horrorizaba a los libertarios que el belicismo, la política o el recurso a la fuerza infectaran a la chiquillada. Un cartel firmado por la FAI y la Federación Ibérica de las Juventudes Libertarias exigía «no enveneneu els infants». Froidevaux detecta algún fracaso, pero en general ve un éxito incuestionable respecto a los derechos infantiles, que tiene en cuenta sus voluntades (193-203 y 208-217).

El plan pedagógico ha interesado a mucho especialista. Solà cita a Floreal Ocaña Sánchez, maestro y militante ácrata, autodidacta y, como tantos, sin título académico. También pudo entrevistar a Francesc Cea, ex alumno, que conoció tres colegios en La Torrassa, el tercero de ellos durante la guerra. Estaba situado en La Bordeta y se trataba de una quinta con jardín y huerto que cultivaban. En la escuela imprimían una revista y el diario *Germinal*, preferían enseñar al aire libre. El jueves por la tarde había charlas, cine o cuentos. También hacían manualidades, música y teatro, y organizaban festivales en centros populares y ateneos. Tenían en cuenta las iniciativas de los chicos, con los que los maestros, que no castigaban, jugaban en el recreo (156-190).

Navarro señala, en primer lugar, que la guerra se llevaba el 90% del presupuesto y que, del 10% restante, la partida menor era la de educación. El CENU estaba representado en el Comitè d'Incautacions para lograr lo que necesitasen. Hubo algunas depuraciones: 54 maestros de enseñanza media y profesional, 26 de superior y todos los de Arquitectura y Aparejadores, que debieron pedir el reingreso. Mientras Franco expulsó a 136 y asesinó al 50% del magisterio español. Una publicación oficial de la Generalitat estimaba, en 1936, en 150.000 plazas el déficit escolar en Cataluña. Ello exigía 3.000 aulas más, casi el doble de las que la República construyó entre 1931 y 1936. El CENU decidió no andarse por las ramas y se comprometió a resolverlo. Un decreto, del 6 de agosto, le cedía edificios incautados con fines escolares y en dos años se cubrió el 83%. Más difícil era lograr los 3.000 maestros

necesarios; se nombraron, en octubre del 36, más de 2.000 interinos y un decreto del 22 de septiembre reformó otro anterior sobre bilingüismo de Marcel·lí Domingo. Se ofrecían tres novedades: división en clases separadas, obligación de aprender ambas lenguas y de los maestros de seguir cursos de catalán. Más tarde hubo cursos para obreros y campañas de alfabetización en sindicatos, cooperativas, hospitales o colonias de refugiados, actividades radiadas y equipos de lectores para enseñar a los que no sabían leer. En noviembre del 36 se crearon Escuelas Medias de Agricultura en Vilafranca y Panelles, un Politécnico en Tàrrega, una Escuela Profesional en Figueres y una Escuela Textil en Sabadell. Por primera vez en una guerra, cada soldado recibía fusil y libros, y en el frente había una red de milicianos de la cultura y bibliotecas. El Comitè Executiu lo formaban cuatro miembros de la CNT, cuatro de la UGT y cuatro técnicos de la Normal, la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB), que tras la guerra pasaría a llamarse Universidad de Barcelona, la Universidad Industrial y Bellas Artes. Su manifiesto afirmaba: «Perquè posem per damunt de tot la dignitat moral i la puresa de l'acció, pensem en un demà més just i més humà, i per això aspirem a crear una Escola Nova en la que el foc de la llibertat i del progrés no s'apagui mai». Añadían que «els interessos del nen no s'han d'establir, sinó que el mateix nen és qui els ha de manifestar [educar] per a la solidaritat i la vida comunitària té una importància especialíssima. Per això l'escola s'organitzarà com una societat en miniatura, com una autèntica comunitat de treball [que] en una escola activa [...] és el centre de l'activitat escolar». Esta Escola Nova, sin planes ni horarios, era más viable en el ámbito rural. Para Navarro sólo los libertarios eran una alternativa, por su larga tradición de pedagogía anticonfesional en centros racionalistas. Cita una charla radiada de Puig Elias, que reprodujo *El Diluvio* (24-IX-36): «Respeto absoluto a lo que es el niño. Nada de imposiciones externas ni exclusivismos de clase alguna. Todo sectarismo, en orden a la formación del niño, debe desterrarse [...] libertad infantil, respeto a la naturaleza del niño». También menciona un artículo aparecido en la *Soli* (9-X-36): «Que el maestro no cometa nunca el crimen de deformar las ideas del niño, imponiéndole otras [...]. No se puede imponer a un niño una ideología [...] los anarquistas sólo propugnan el cultivo integral

de las facultades, sentimientos e ideas del niño, para que sea éste quien juzgue y pueda decir: esto es bueno y esto es malo». Por su parte, Josefa Uris, vocal de la UGT, en conferencia radiada y recogida en la *Soli* (24IX-36), soltó que «el terreny està perfectament abonat perquè es produeixi una mentalitat del tipus que desitgem [...]. Estem decidits a garantir que es donaran al nen tots els elements dialèctics perquè arribi a la conseqüència justa de l'exemplar lliçó del moment que li és permès de viure». La pugna sindical se agravó pues la decisión de alejar a los partidos excluía al POUM, que criticó a la FETE, y el CENU no se salvó de este clima enrarecido, que agravaron contenciosos con el gobierno central (167, 172-198).

Según Aisa, el Ateneu Enciclopèdic armó un curso para puericultoras de guardería, mientras el Ateneu Polytechnicum junto a la Associació d'Idealistes Pràctics, la Federació d'Estudiants de Consciències Lliures, el Col·legi Lliure d'Estudis Contemporanis, la JSU y las JJLL crearon la Universitat Popular. Las JJLL organizaron una biblioteca de sociología en la Casa Golferichs (306307). El Comitè Executiu del CENU ocupó el palacete de las Damas de Loreto, en Pau Clarís esquina Mallorca. Para el material escolar se tuvieron en cuenta las normas del último Congreso Pedagógico de Ginebra, celebrado en 1934. En *Chronique d'Espagne: L'Ecole Libératrice* (x-36), Georgette Boyé menciona el éxito de las guarderías, que seguían el sistema Montessori (Véase Safon: 93-99).

Fontquerni y Ribalta, en un estudio ya clásico, precisan el tema. Desde el principio, el CENU superó lo que le autorizaba el Departament de Cultura, que, como en otros ámbitos, se limitó a legalizar y debió modificar su estructura el 14 de agosto del 36, al disolverse el Consell de Cultura, que interfería con el CENU. El eje del Pla General d'Ensenyament era eliminar la base sobre la que se izaba la sociedad clasista. Detallan a fondo los distintos niveles educativos, sin olvidar la Universidad Radiada, planes de estudios, diseño de edificios, connivencia con el medio y su afán de «que el centre de gravetat de l'atenció de l'escola es traslladi dels llibres de text i dels programes a la gran font de recursos educatius que ofereix la natura i la vida». La coeducación provocó un grotesco debate vinculado al machismo hispano. En un anexo relacionan las escuelas creadas en Cataluña (42-66 y

149-150, 187-191).

En Figueres crearon una academia «del trabajo»; tres agrícolas, en Fortianell, Hostalets y Pontós; una del mar, en Cadaqués; la de viticultura en Espolla. También convirtieron en museo el convento de las monjas «francesas», y sus jardines en parque público (Bernils: 77). En L'Hospitalet de 8.000 niños, sólo 4.000 estaban escolarizados. En diciembre del 36 se crearon diez aulas y, dado que la Generalitat no pagaba, lo hizo el Ayuntamiento (Froidevaux: 193-203). En Premià, el 11 de noviembre se requisó la finca de Tecla Sala para escuelas municipales, cuyo terreno permitía clases al aire libre. «Segons totes les informacions l'escola va ser ideal» (Amat, 2001: 70-77).

La Generalitat incautó todos los bienes de las entidades culturales y el 25 de julio nombró a Bosch-Gimpera *comissari* de la Universitat con plenos poderes y el Comitè Permanent del Patronat le dio un voto de confianza (190193). El 16 de agosto se depuró a 22 profesores. Ruiz detalla el caso de Josep Maria Trias de Bes, catedrático de Derecho Internacional, gran propietario en Sant Joan Despí y diputado de la Lliga. Poco después del 18 de julio pasó a la zona rebelde y el 22 de diciembre del 38 el ministro de Gobernación de Burgos le nombró miembro de una comisión de 22 intelectuales encargada de demostrar «la ilegitimidad de los poderes actuantes el 18 de julio» (95).

Campillo dice que la UAB jugó un rol importante al organizar centros educativos e instituciones culturales, sobre los que tuvo plena jurisdicción, y que en docencia e investigación se continuó lo que ya se había iniciado antes, como entonces al margen de lo estipulado por las ordenanzas. El 3 de septiembre, en discurso radiado, Bosch invocó los principios sobre los que se había fundado la autonomía universitaria, afán de progreso y renovación, y anhelo de colaborar «sense restriccions de cap mena amb tots els organismes que estiguin d'acord amb el nou món que s'està creant [...]». La revolució que estem vivint ha plantejat una absoluta transformació en tots els ordres de la vida material i espiritual per a construir una societat més justa, més digna, més conscient, més culta [...]. I amb la tasca d'aquest moment històric, els intel·lectuals i amb ells la Universitat ha d'ocupar el lloc que els pertoca [...]

el d'uns treballadors més sense altres privilegis ni menys responsabilitats que la d'un altra grup qualsevol. Venim a treballar en l'estructuració de la societat futura, aquella en que els valors culturals han de constituir l'únic criteri de selecció després [...] de l'enrunament absolut de tots els privilegis de casta. [...] Ara la cultura és de tots i per a tots». Navarro cita la orden, del 24 de julio, que crea un comité para pacificar la Universitat Industrial, muy politizada; el día 28 se cesó a los directivos y se encargó de la institución un comité de estudiantes y trabajadores (170-171).

Según Aguilar, antes de restituir en sus funciones al rector y el patronato de la UAB, apartados a raíz de los sucesos de octubre del 34, este mismo rector escribió, el 22 de febrero del 36, al secretario general del Comitè dels Estudis Universitaris per a Obrers para reanudar las clases. La primera se impartió el 2 de marzo del 36 como continuación de las dictadas en el Polytechnicum. También se dieron conferencias por todo el Principado y se prepararon para implantar el bachillerato nocturno. El proletariado, por su parte, exigía becas, clases nocturnas y volver a la enseñanza libre para quienes vivían fuera de Barcelona. Hacia el 20 de agosto, las JJLL de la capital, cuyo principal impulsor era Riquer i Palau, hijo del pintor Alexandre, invitaron a todas las entidades culturales, políticas y sindicales interesadas a la creación del Comitè pro Cultura Popular, con la finalidad de crear la Universitat Popular. El día 24, en un acto en el Poliorama, Martí Ibáñez significó que ésta proporcionaría una cultura básica para ingresar en la UAB, además crearían Missions Culturals que recorrerían el país con conferenciantes, teatro y radio. La Universitat Popular empezó cursos y conferencias en octubre, cuando la UAB cerraba por ausencia de estudiantes debido a la guerra (62-73 y 76-84).

No he encontrado mucha información de interés sobre ciencia y técnica. En 1938 *Umbral* citaba el Centre Confederal d'Experimentació Científica, que dirigía el ingeniero Vié Casanovas, impulsor de la Secció d'Enginyers del Sindicat Únic de Professions Liberals de la CNT, apoyados por el Comitè Regional de Catalunya y la Federació Local de Sindicats de Barcelona. Había secciones de Química, con Oliván Palacín y Caruller Rodríguez; Agricultura, con Valls Masana, que buscaban obtener semillas de patata y arroz de secano;

Meteorología, con Comas Solà; Física, con el mismo Vié, que intentaban aprovechar la electricidad atmosférica; Mecánica, con Ochoa Retama; Enología, con Hexber Artigues, que investigaban sobre derivados del alcohol como abono; Geología y Mineralogía, con Carsí Lacasa; Veterinaria, con Homedes Ranquini, que ensayaban una vacuna contra el cólera porcino; y Royo Duran en Microbiología (Leval, 1982: 210-12).

Antoni Roca cita logros en cirugía con Trías i Pujol y Trueta, y en transfusión de sangre, apremiados por la guerra. Carrasco i Formiguera siguió en el Servei de Malalties de la Nutrició, en el Clínico, e intentó producir insulina; se montó la Oficina de Prevenció i Serveis d’Higiene Mental, con especial atención a la psiconeurosis de toxicómanos y alcohólicos. Mira usó el psicoanálisis en su Institut Psicotècnic. También se preocuparon de cómo depurar el agua en el frente. Siguió la Secció Meteorològica i Sísmica del Observatori Fabra, donde Fontserè trabajó y convivió con científicos religiosos, los geólogos Faura i Sans y Bataller, vestidos de paisano que continuarion impartiendo clases (1987: 37-48 y 55-58).

A Félix Carrasquer le inquietaba que los jóvenes más preparados pudieran devenir una nueva clase de señoritos envanecidos y decidió, para evitarlo, organizar la Escuela de Militantes de Monzón, donde «un clima de cooperación, de sencillez y de servicio auténtico tenían forzosamente que ir cincelando una personalidad igualitaria exenta de pretensiones y autoritarismo». Vinieron de la comarca del Cinca medio, en régimen de internado, chicos y alguna moza, de 14 a 17 años, para trabajar, estudiar y divertirse (23).

Transportes y teléfonos

Para Peirats, la organización que los sindicalistas adoptaron en la compañía

de Tranvías, a partir del 19 de julio, sirvió de modelo para autobuses y metro, con 3.000 trabajadores en los tranvías, 700 en los autobuses y 376 en el metro (I: 171). La circulación casi inmediata de tranvías y buses obligó a desmontar barricadas (Paz, 2002: 47). Que de las cuentas bancarias de la compañía se esfumasen 90.000.000 de pesetas probaba la «connivencia y [...] conocimiento de lo que se preparaba» (Abad, 1975: 102). Leval, por su parte, habla sorprendentemente de 7.000 empleados de la compañía de Tranvías, de capital belga, de los que 6.500 eran de la CNT, y que el 25 de julio ya circulaban 700 vehículos —antes 600—, pintados de rojo y negro en diagonal. Añadía que si pudo restablecerse bien y rápido el servicio fue porque el sistema sindical era operativo. Mientras unos compañeros inspeccionaban las vías, una comisión de otros siete se presentó en el centro administrativo, donde sólo hallaron al abogado de la empresa, culpable de que al destacado sindicalista Sánchez se le condenara a 17 años de cárcel, aunque había solicitado 105, por una huelga que duró 28 meses. Los compañeros de Sánchez sugirieron fusilar al abogado pero el propio sindicalista se opuso. Los siete constituidos en comité convocaron a los delegados de las diversas secciones y por unanimidad acordaron reanudar el servicio, para lo que convocaron por radio y se reincorporaron incluso los ingenieros. Como en tanto ámbito, pensaron en racionalizar y modernizar, por lo que eliminaron 3.000 postes de hierro que entorpecían el tránsito y provocaban accidentes; implantaron otro tipo de señales y seguridad con agujas eléctricas y discos automáticos, para lo que compraron maquinaria en el exterior; se pusieron lavabos en estaciones y talleres, y se instauró un servicio médico, incluso para familiares, con clínica y atención domiciliaria. Por añadidura, los talleres producían, gratis, cohetes y obuses para el frente de Aragón (1977: 296-306).

Souchy cuenta que el director cobraba 11.000 pts./mes y tenía un fondo para gastos secretos; hallaron facturas de grandes comilonas, justificantes de sobornos a policías y confidentes, con el fin de encarcelar e incluso asesinar a trabajadores, mientras las vías y el material estaban en pésimo estado. Para armar los vehículos se importaba el 85% del material, lo que se pudo rebajar al 15% (67-71). Jean detalló la colectivización de la Compañía de Autobuses

B: las arcas estaban vacías pues los directores se llevaban casi todos los ingresos; además de servicios higiénicos y consultorio, adecuaron seguros de accidente, enfermedad o vejez (19-20).

Tauber elaboró un extenso trabajo sobre los tranvías. El primer servicio se produjo el 27 de junio de 1872, 14 años después de Londres, y unía Barcelona con Gràcia por el paseo. Dos empresas muy rentables, con anchos de vía distintos y electrificados en 1899, cubrían 103 km en 1936. La gestión sindical empezó el 24 de julio, sin que coincidan las fuentes: unas citan al mencionado Sánchez; otras, órdenes del Sindicat de Transports o una asamblea que eligió el Comitè Obrer de Control. Hubo algún abuso, pero la mayoría pensó en la utopía de una nueva sociedad. Los aumentos salariales parecían justificados y debieron aceptar diferencias para lograr la colaboración de los técnicos. Se expropió una quinta para sanatorio, y una asamblea celebrada el 11 de agosto avanzó la jubilación de 65 a 60 años y mejoró la retribución. La documentación permitió a Tauber deducir que, tras seis meses de aprendizaje, la empresa funcionó sin problemas. Se conservó la disciplina, y a partir del 15 de agosto el COC exigió un certificado médico para justificar ausencias, y si las primeras semanas hubo algún despido, por robos o reventa de billetes, la mayoría cumplía «con mucho idealismo y pocos aprovechándose de las nuevas circunstancias». El servicio de tranvías creció hasta agosto del 37. Renovaron el material; crearon un nuevo vehículo, el 900, con mejor rendimiento motriz y ahorro energético, a la vez que aumentaba el número de viajeros; también se desdobló algún tramo de vía única, como el de Badalona. En resumen, el servicio fue más eficaz. Sin antagonismos de clase, hubo pleitos con el Ayuntamiento, la Generalitat o los juzgados, pues el comité no aceptaba más autoridad que la suya. En una asamblea celebrada en el Gran Price, el 15 de enero del 37, rechazaron la municipalización. Tauber concluye que «dadas las circunstancias, la colectivización alcanzó el máximo nivel. Sencillamente no se podía ir más lejos».

Figuerola testimonió la colectivización del taxi, obra de una minoría de chóferes de la CNT. Los pintaron de rojinegro, con las siglas en las puertas, expropiaron 16 garajes, instalaron en Gran Vía las oficinas centrales y en

Montjuïc los talleres generales. No dejaron que antiguos dueños condujeran su vehículo, pero pasados dos meses «tots plegats ens havíem aclimatat i agermanat». El mismo Figuerola organizó una pequeña biblioteca en el garaje que dirigía en la calle València (114-116).

Peirats afirma que a Telefónica, de capital estadounidense, la controlaron los sindicatos CNT y UGT, cuidando de la conservación, la explotación y las operaciones bancarias (I: 172-173). Souchy describe el puerto de Barcelona, en el que se suprimieron intermediarios, parásitos que medraban a costa de los estibadores con beneficios del 200%. El 27 de julio, algunos administrativos de las agencias marítimas, de la UGT, comunicaron al Govern que habían incautado la Transatlántica, con seis barcos y 100.000 toneladas de cabotaje. El *Comillas* lo habilitó el CCMA como buque-hospital, mientras que el *Uruguay* y el *Argentina* devinieron prisiones. Más tarde hubo problemas de seguros y la Alianza de Federaciones Marítimas, con sede en Madrid, intervino la compañía y el ministerio nombró director a un diputado del PSOE (61-73). Payne precisa que el transporte marítimo, durante buena parte del primer año, estuvo dominado por la CNT, que creó muchas cooperativas y mecanismos de exportación, en especial para dar salida a la producción de sectores que controlaba, aunque lo ingresado no bastó para cubrir las importaciones para las industrias (256).

Al ser servicios estatales vinculados al poder central, no se colectivizaron correos, teléfonos y telégrafos, pero fueron autogestionados y funcionaron mejor que antes. El 21 de julio, un grupo de anarquistas ocupó el edificio de Telefónica en la plaza Cataluña, que se encontraba casi desierta, y convocó una asamblea general. El día 22, se escogió un Consell de Control que incluía gente de la UGT. Instalaron una central automática que la compañía tenía almacenada y dieron servicio a empresas colectivizadas (Leval, 1982: 150-151).

Un informe anónimo de 1938 sobre ferrocarriles recuerda que sus obreros se agrupaban en el Sindicato Nacional Ferroviario, de la UGT, o en la Federación Nacional de la Industria Ferroviaria, de la CNT. El 20 de julio convocaron a los mandos de la compañía MZA, el 21 ya salió un tren con milicias hacia Aragón y en pocos días restablecieron la circulación

ferroviaria. El día 25 ambas sindicales se unieron en un Comité Central Revolucionario que organizó una asamblea mensual, acabó con las abismales diferencias salariales y los inferiores a 300 pts./mes se elevaron a esta suma. MZA ayudó a la Compañía del Norte y a líneas menores, siempre deficitarias; nunca cobraron por el transporte de lo que se mandaba al frente, armas o alimentos. Enfrentaron el alza del precio del carbón y el 5 de noviembre enviaron cuestionarios a los comités de estación sobre características, producción y movimiento en su comarca, pues también querían racionalizar su trabajo. Los talleres de Sant Andreu fabricaron armas. Los obreros de Manresa incautaron los Ferrocarriles Catalanes el 24 de julio y los de Barcelona el 27 (Leval, 1982: 124-132). Hicieron lo propio los de Sant Cugat con Ferrocarriles de Catalunya; un comité CNT-UGT los puso en marcha el 24 (Mota: 201-203). El 28 de agosto, la *Soli* ya sugería unificar y electrificar todas las compañías. Si al principio la gasolina se expendió gratis, a mediados de agosto ya se cobró y racionó (Mintz: 82-83). Para Cattini, los revisores de ferrocarriles que en plena revolución nombró la Generalitat eran una formalidad más que un intento de controlar un proceso que la desbordaba. Si un comité coordinó el transporte colectivo barcelonés, cada empresa siguió autónoma e incluso cada comité decidía por encima de los sindicatos. Así, el comité de tranvías rechazó el salario único que acordó el Sindicat Únic de Transports, por temor a perder técnicos e ingenieros. La gestión económica y la organización funcionaron y aumentaron los viajeros, que pasaron de 177.908.636 en 1935 a 233.557.418 en 1937 (AAVV, 2006/a: 9, 125-132).

Vila Casas recuerda que el comité de la fábrica de la que su padre era propietario le expropió su automóvil particular, que los ferrocarriles funcionaban mal, que el autobús fue requisado para utilizarlo en el frente y que el trayecto Llavanes-Barcelona debía hacerlo en unos camiones (49). El Ayuntamiento de Mataró municipalizó el tranvía a Argenton (Colomer, 2006: 136). En Reus el transporte de tracción animal lo controló la CNT y el mecánico, la UGT; pensaron en unirse, centralizar el servicio y dejar sólo dos talleres. Los ex propietarios, como en otros ramos, se afiliaron a la UGT y obstaculizaban el proceso (Martorell: 95-97). El funicular de Vallvidrera dejó

de funcionar (August Puig: 28).

Prensa, propaganda y radio

La Agrupació Professional de Periodistes absorbió a la Associació de Periodistes de Barcelona, y la primera usó el local de la segunda y excluyó a muchos de sus miembros por no ser del oficio. De más de 100 afiliados sólo asistieron 23 a una reunión, 12 votaron por la UGT y 11 por la CNT (Riera: 190-191). Según Fontserè, los periodistas del *Papitu* y *L'Esquella de la Torratxa*, tras el 18 de julio, incautaron ambos medios para transformarlos, de acuerdo con los demás miembros del Comitè Revolucionari del Sindicat de Dibuxants Professionals; las nuevas ediciones salieron el 10 de septiembre y el 16 de octubre respectivamente (284-285). Kaminski notó el auge de la prensa sindical en detrimento de la burguesa. *Solidaridad Obrera* fue la que más creció, rozando los 200.000 ejemplares, casi tanto como *La Vanguardia* (43). Leval dio un listado completo de la prensa anarquista (1982: 205-206).

Varios investigadores actuales tratan la cuestión. Figueres distingue prensa requisada, como *El Correo Catalán* o *El Matí*, relegando a colaboradores previos; de la colectivizada, como *El Mundo Deportivo*, *Diario de Villanueva*; y de la mixta, en la que primero se produjo la incautación y luego la colectivización. De este último caso fue ejemplo el *Diario de Barcelona*, primero incautada por Estat Català y después colectivizada por un comité obrero vinculado a la CNT. El mismo Figueres reproduce el artículo de Riera Llorca enviado el 19 de julio a la imprenta de *El Matí*, que ya había confiscado un partido que no se fundaría hasta el día siguiente, el PSUC. En esa misma imprenta se imprimió *Treball*. También da el listado de incautaciones de publicaciones en el 36 en Barcelona y detalla información

comarcal (167, 170 y 174):

Cabecera anterior	Cabecera nueva	Entidad
<i>El Correo Catalán</i>	<i>Avant-La Batalla</i>	POUM
<i>El Matí</i>	<i>Treball</i>	PSUC
<i>La Veu de Catalunya</i>	<i>La Veu de Catalunya</i>	comité-CNT
<i>L'Instant</i>	<i>Catalunya CNT</i>	comité-CNT
<i>Diario de Barcelona</i>	<i>Diari de Barcelona</i>	comité-EC
<i>La Noche</i>	<i>La Noche</i>	CNT-FAI
<i>Diario de la Marina</i>	<i>Diario de la Marina</i>	CNT
<i>La Vanguardia</i>	<i>La Vanguardia</i>	comité-Generalitat
<i>Las Noticias</i>	<i>Las Noticias</i>	comité-UGT
<i>El Noticiero Universal</i>	<i>El Noticiero Universal</i>	Comité Obrero
<i>El Día Gráfico</i>	<i>El Día Gráfico</i>	IR
<i>El Mundo Deportivo</i>	<i>El Mundo Deportivo</i>	Comitè Obrero
<i>Diario del Comercio</i>	<i>Diario del Comercio</i>	Partit Federal Ibèric
<i>La Rambla</i>	<i>La Rambla</i>	JSUC

Entre el 20 y el 24 de julio, la *Soli* se dio gratis y alcanzó las 12 páginas. De los 31.000 ejemplares que se imprimieron el 19 de julio creció hasta los 70.000 y luego a los 150.000 a principios de agosto; algo más a finales del año; un 15% iba al frente. Pronto escaseó el papel y el Sindicat d'Arts Gràfiques de la CNT quiso controlar la Paperera del Poble Nou. Desacuerdos de comités confederales con Liberto Callejas, bohemio al que tachaban de franciscano ateo, implicaron que a éste, internado en un sanatorio, le sustituyera Jacinto Toryho al frente de *Solidaridad Obrera* (Tavera: 90-95). Aisa cita muchas publicaciones más, como *La Colmena Obrera* de Badalona, donde destacó Peiró, o *Catalunya*, del Comité Regional de la CNT, publicada en catalán (312-314). Y *Combat*, de las Joventuts Comunistes Ibèriques del POUM, que salió a fines de julio (Feixa: 31).

Al margen de la prensa, todas las entidades e instituciones sabían que era imprescindible organizar algún tipo de servicio de difusión. Uno de los

servicios de información más eficientes, el Comissariat de Propaganda, lo armó Jaume Miravittles de forma muy personal pero amparado por la Generalitat, que decretó su puesta en marcha el 3 de octubre. Primero fue ubicado en Capitanía y luego, a partir del 14 de octubre, en una casa de la familia Güell. El primer acto institucional del Comissariat fue recibir al *Zyrianin* (AAVV, 2006: 31-58). Según Solé y Villarroya, la idea de organizar este servicio surgió del Ateneu Enciclopèdic Popular, que estaba influenciado por el grupo catalanista Palestra. Como CNT-FAI tenía el monopolio de los kioscos, el Comissariat construyó los suyos (2005: 22 y 29). Crexell detalló las secciones de este servicio de información y sus publicaciones, de libros a opúsculos. A otro nivel, añade que la Generalitat decretó, el 26 de agosto, responsabilizarse de las ediciones dada la paralización editorial (15 y 10). Vilar Costa da un listado de publicaciones (338-373) y Froidevaux relata la caída en picado de la publicidad promocional y comercial (173-175).

La radio se estaba extendiendo pero, por su costo u otras razones, no se escuchaba en todos los hogares. Planagumà, ingeniero de Olot y ACR, recuerda que en su casa no había radio, pues «el pare considerava que era un enginy molestós, útil només per a la fressa rogallosa» (80). En el primer avance de su pesquisa, Espinet relaciona en la capital Ràdio Barcelona (EAJ1), desde 1924, y Ràdio Associació de Catalunya (EAJ15), desde 1929, y una red de emisoras, más o menos dependientes de la primera, en Manresa, Reus y Sabadell, y de la segunda en Girona, Lleida y Tarragona. Además, habían otras emisoras privadas y autónomas en Badalona, Terrassa y Vilanova. Había 133 estaciones de onda corta, la mayoría de aficionados, y 240.000 receptores en 1937, uno por cada 12 habitantes. El 27 de julio, la Generalitat se quedó con las emisoras ligadas a Ràdio Barcelona y en agosto del 36 creó la Comissaria de Radiodifusió, que dirigió Josep Fontbernat. Las demás emisoras pasaron a depender de algún comité local o también de la Generalitat; también se crearon nuevas emisoras de la CNT (ECN 1), el POUM o el PSUC. La de la CNT, dirigida por Bernardo Pou, contó con alemanes, búlgaros, franceses o lituanos (10-14). Franquet detalla algo más las emisoras incautadas por la Generalitat. Recoge por ejemplo que a las 9 se emitían editoriales de prensa o que a la Compañía del Gramòfon Odeon se le

encargaron copias de *Els segadors*, *La Marsellesa*, el *Himno de Riego*, *La Internacional* o *A las barricadas*. Para él, hasta enero del 37 se dio una etapa de espontaneidad revolucionaria, con organización voluntarista de los servicios que tenía abierta la programación a intervenciones de cualquier grupo antifascista. Desde septiembre del 36, hubo conexión directa —vía telefónica— con los ministerios de Gobernación y Guerra. El *Servei d'Informació Internacional*, obra del *Institut d'Acció Social Universitària i Escolar*, emitía por *Ràdio Barcelona* y en contacto con el *Comissariat de Propaganda* el programa diario «El nostre moviment revolucionari davant el món», con novedades o el parecer de forasteros. A partir del 10 de diciembre del 36, la *Conselleria de Seguretat Interior* pasó a controlar y censurar las noticias por cuestiones de «seguridad». Pero la radio devino el medio más eficaz y poderoso para dar consignas, notas u órdenes. Empezaron asimismo programas concretos de las *conselleries*. La de *Proveïments i Agricultura* para intentar convencer a la gente de las nuevas necesidades y buscar la solidaridad de los campesinos aumentando la producción. También colaboraron en la búsqueda de gente desaparecida o algunas veces para agilizar divorcios (162-177).

Según Langdon-Davies, un altavoz situado en la calle radiaba «palabras de estímulo y coraje» con noticias procedentes de Madrid (139). Illa Munné detalla la creación, el 28 de julio, por parte de la CNT y dirigida por Jacinto Toryho, de la que llamaron radio ambulante, con micrófonos y altavoces que instalaban donde había mayores aglomeraciones. En agosto eran cinco y recorrían toda Catalunya. ECN 1, de la CNT, empezó a emitir el 27 de agosto desde su sede, al principio dos horas diarias y en varios idiomas. Luego se amplió el horario, aunque se usaba sólo el castellano. Desde el 1 de septiembre radiaban, de 17 a 21 horas, charlas, discursos o información de los frentes y fueron ampliando el horario hasta llenar las 24 horas; querían llegar a Europa y América (CEHI: 99-108). Se creó un Instituto de Radiotelegrafía en el Químico de Sarrià (Navarro: 173).

XIII

Ocio y cultura

La tarde del domingo 9 de agosto, Borkenau se sorprendió de ver el Tibidabo rebosante de gente tranquila de todas las edades que se divertían sin pensar ni en la guerra ni en la revolución. Una semana después, al regresar del frente vio lo mismo en la playa: mucha gente feliz e impertérrita y una sola diferencia, ahora este lugar «distinguido» lo ocupaban proletarios (118 y 137). MZA anunció servicios especiales de trenes para ir a las playas desde Barcelona (*La Humanitat*, 15-VIII-36, 7). La Patum de Berga se siguió celebrando durante la República, hasta 1936, aunque con algún enfrentamiento por su cariz eucarístico, pero se suspendió en 1937 y 1938, más que por su supuesta religiosidad por las dificultades de la guerra (Montaña: 128-129). Las salas Mundial y Olimpia, en La Bisbal, siguieron proyectando películas los domingos y también se llenaban los bares, aunque empezaron a escasear el café y el azúcar. Suspendida la Liga, los partidos eran entre soldados (AAVV, 1990, I: 165-169). En Fígols-Les Mines siguió habiendo cine pero flaqueó el baile; y en Gironella desaparecieron los deportes, las sardanas y la fiesta mayor (Montaña: 78 y 40). Las actividades

del Centre Sardanístic Lleidatà y su boletín no se reanudaron hasta el 11 de octubre, con motivo del festival en beneficio de los hospitales de sangre (Sagués: 504). No hubo cambios en Ripoll, salvo la fiesta mayor, que se suspendió, y que la mayoría de espectáculos se organizaban en beneficio de la lucha, para los caídos en el frente o los refugiados (Castillo y Camps: 236-237). En Vic, las sesiones de cine se reanudaron el 16 de agosto (Bassas: 41).

Abella reproduce un canto del frente: «Por los montes de Aragón/ salta vibrante la jota:/ La Virgen del Pilar dice/ que no quiere ser facciosa, que está de yugos y flechas hasta la misma corona./ Por los montes de Aragón avanza la gente moza/ de las huestes de Durruti/ que no conocen derrotas,/ de los que “a todo renuncian/ pero nunca a la victoria”».

Artes, arquitectura, bibliotecas y museos

La Humanitat anunció (3-IX-36, 3) la Exposició d'Art de l'Olimpiada Popular, mientras Froidevaux sugiere que debía pensarse en un arte nuevo de y para el pueblo, pues la belleza dejó de ser monopolio de privilegiados y debía bajar a la calle. La *Soli* declaró (25-VII-36) que «les obres d'art són de tots, com els carrers». La autogestión empresarial a veces se dio con un afán estético, afín al artesanado y al diseño fabril. Los del vidrio pensaron resucitar este ámbito enterrado por la revolución industrial. Martí Ibáñez hablaba de una nueva espiritualidad y exigía un arte revolucionario, arraigado en la vida y las emociones populares, para reconciliar creador y masa. El pintor ácrata argentino Gustavo Cochet tuvo una actuación destacada con artículos y performances. Proponía un arte simple y nítido al servicio del pueblo, en vez del arte decadente de la anterior sociedad degenerada y materialista. Propuso crear un Saló Permanent d'Art para actividades, donde

los artistas, con salario y un casal cultural sin estatutos ni reglamentos, sin política ni nacionalismos, irradiaran ideas contra el tradicionalismo, pues la inteligencia, el pensamiento y el saber no tienen límites. Hubo experiencias de animación cultural abiertas a todo. El Estudio Libre de Bellas Artes de las JJLL, en Barcelona, con tareas pedagógicas y reuniones sobre música y poesía, acogía la Federació Estudiantil de Consciències Lliures y su boletín mensual, *Horizonte*, de la CNT-FAI. Por otro lado, el *govern* se esforzaba en salvar piezas artísticas (287-296).

Como consecuencia del alzamiento, se cerraron el Cercle Artístic de Barcelona y el de Sant Lluç, donde se reunían los artistas. El primero estimado monárquico y reaccionario, por haberlo presidido algún aristócrata o lucir durante un tiempo el adjetivo de Reial, y el segundo por su reconocida vinculación con la Iglesia. En la nueva época, el Sindicat d'Artistes Pintors i Escultors de Catalunya, creado el 28 de julio y reunido en un convento abandonado de Arcs 5, devino refugio de mucho artista desamparado y fue eje generatriz del Sindicat de Decoradors i Bells Oficis. Se asignaron 50 pts./semana gracias a 125.000 mensuales que les pasaba la Conselleria de Cultura, modesta réplica de la *Works Progress Administration* de Roosevelt. Como la CNT no agrupó a intelectuales, la Junta de Secció del Sindicat Únic de Professions Liberals CNT-AIT publicó, el 30 de julio, un manifiesto donde algunos de sus artistas afines sugerían «una aliança de les plomes i els pinzells [...] una intensa propaganda perquè es difongui la cultura entre tots els homes», que no tuvo resonancia. Imitando a los dibujantes, el 16 de agosto Ferran Teixidor propuso transformar el Foment de les Arts Decoratives en el mentado Sindicat de Decoradors i Bells Oficis, en su anterior local, la cúpula del Coliseum, lo que resultó ser un acto de fuerza de la UGT. Feliu Elies o Tisner se escondieron, temiendo a la FAI, por las violentas campañas de prensa que dirigieron contra la CNT durante las huelgas ocurridas hacía poco. Lo mismo ocurrió con Planas, director de *El Be Negre* —que dejó de salir—, pues había denunciado en público al grupo de Durruti de atracar bancos. Castanys y artistas del cartel como J. Cabanes, Pere Pruna o Josep Morell se exiliaron (Fontserè: 233-240 y 266-267).

Froidevaux detalla el cartelismo, la variante de la propaganda más directa

en el lado republicano y que llegaba, como la radio, a los analfabetos. Se estima que se litografiaron entre 1.000 y 1.500 carteles, por lo general impresos en tres colores y con tirajes de 5.000 a 10.000 copias. El cartel anarquista privilegió el individuo ante la masa, hablaba de sindicalismo, unidad y cambio social, no solía representar a soldados sino milicianos, y exaltó la juventud y la salud. Fueron raros los *graffitis*.

En arquitectura, frente al antiguo Col·legi d'Arquitectes, el 31 de julio se creó el Sindicat d'Arquitectes de Catalunya, con dos secciones, de la CNT y la UGT, y un comité de enlace para dirigirlo. Eclipsada la burguesía, eran el *govern* y los municipios los que podían encargar acciones, que la guerra impidió realizar, como remodelar el Barrio Chino; pero en cambio levantaron escuelas, rehabilitaron viejos edificios para el CENU, construyeron refugios y fortificaciones, y protegieron monumentos. Al Sindicat d'Arquitectes de Catalunya le preocupó racionalizar, siguiendo a Le Corbusier, repartir los pocos encargos entre todos y ganar más que un albañil (275-284 y 696-702). Permanyer recuperó el dictamen del pintor Joan Commeleran, en un artículo teórico en *Mirador*, y propuso liquidar academias y escuelas de arte, críticos, compradores y coleccionistas. Se preguntaba si podían seguir pintando flores y naturalezas muertas en plena guerra. Según Permanyer, el cartelismo fue mucho más notable en el Principado que en el resto de España (AAVV, 2006/a: 49-51).

Bosch-Gimpera recordó que se salvaron muchos libros de casas de profesores sancionados, de las Escuelas Pías de Sarrià o de otras sedes religiosas, y que se protegió el Institut Químic del padre Vitòria, trasladado a la calle Anglí (196-198). La hija de Duran i Sampere cita un decreto del 9 de agosto que dejó a cargo de la Generalitat toda la documentación anterior al siglo XIX, asumiendo el mismo Duran i Sampere la responsabilidad de rescatar el patrimonio documental, Folch i Torres el artístico y Rubió i Balagué las bibliotecas. Los fondos archivísticos locales se concentraron en 1937 en Viladrau (7). Según Fort, el decreto que incautaba la biblioteca y los fondos de la Bernat Metge de Cambó era del 27 de julio, pero Gassol no lo hizo público hasta el 13 de agosto, y fue el Comité Peninsular de la FAI el que la salvaguardó y entregó a la Generalitat. El 30 de julio se disolvió la

Junta de Museos de Barcelona y se encargaron sus cometidos a Pere Coromines, de la Comissaria General de Museus. Al Patronat del Museu d'Arqueologia le relevó la *comissaría* que dirigió Bosch-Gimpera. El 1 de agosto se expropió el monasterio de Pedralbes, para almacenar cuanto se recogía. Igual pasó con el Cau Ferrat, Secció Maricel y la Biblioteca Santiago Rusiñol, varios palacios de la calle Montcada, el 11 de agosto, o todos los museos, las colecciones y las excavaciones locales. Carles Riba fue nombrado, el 12 de agosto, *comissari* de la Bernat Metge y la editorial Alpha, y el 13 se reemprendieron las excavaciones de Empúries. El 1 de septiembre se encargó a la Escola de Bibliotecàries organizar cursos para quienes se cuidarían de las sedes de organizaciones obreras que se habían ampliado con bibliotecas incautadas. A principios de agosto, se disolvieron los patronatos de Poblet y les Santes Creus. La conservación de ambos monasterios se encargó a los *comissaris* Eduard Toda y Pere Llovet, que recibieron un holgado presupuesto para restauración (231-245).

Izquierdo detalla el cometido de Coromines, que guardó en museos obras salvadas que aumentaron el patrimonio popular, y un decreto del 24 de julio por el que se confiscó material de interés arqueológico, artístico, bibliográfico, científico, documental, histórico o pedagógico de entidades públicas. El 22 de julio se intervino el Ateneu Barcelonés, y el 24 de octubre se confiscó y su biblioteca devino pública. En enero del 37 los fondos del Museu de Montjuïc se enviaron a Olot (180). El 28 de julio se confiscó la colección Güell, que con la de Cambó pasó al Museu de Catalunya y, el 9 de agosto, junto a fondos de entidades eclesiásticas, privadas o públicas, así como con todo tipo de archivos, incluso el de la Corona de Aragón, crearon el Arxiu General de Catalunya, ubicado en el Palau Episcopal. Hubo nuevos museos, como el Marítim, en les Drassanes, con lo confiscado a la Compañía Mediterránea. Estas medidas afectaron también al Palau de la Música, el Orfeó Català, el Teatro Poliorama —ahora Teatre Català de la Comèdia—, la Acadèmia de Ciències i Arts de Barcelona y el Observatori Fabra, que pasó al Servei d'Astronomia (Navarro: 170-171). *L'Instant*, ligado a la CNT, en «Per la conservació del patrimoni artístic de Catalunya», narraba la incautación por la Generalitat de Montserrat, Ripoll, Sant Joan de les Abadesses y Vic

(Massot, 1984: 14-15)

Varios testimonios detallan las intervenciones para salvar de la quema obras artísticas. Serrahima rememora su encuentro con Riquer, vestido de miliciano y con una enorme pistola, miembro del Servei de Recuperació, que le detalló los hallazgos de archivos, documentos y obras de arte en distintas iglesias, y cómo en el viejo Palau Reial se descubrió el Saló del Tinell tras la capilla de las monjas (167); Cruells confirma esta versión (1978: 75-76). Según Gutiérrez, la salvaguarda ocurrió de forma espontánea en varios lugares —La Bisbal, Figueres, La Garriga, Girona, Igualada, Moià, Ripoll y La Seu d’Urgell—; añade que CNT-FAI reaccionó, desde el 25 de julio, contra la iconoclastia, por lo que se refiere a edificios con valor artístico o que podían aprovecharse para otros menesteres (218-220). El comité de la Escala dejó a Bosch-Gimpera seguir excavando en Empúries, logró que se respetara cuanto había en su parroquia y en la de Sant Martí, y le sugirió recorrer la comarca juntando libros de casas abandonadas, con los que organizaron una biblioteca pública (188-190). En Figueres, Pallach, Joseph Jordi y Enric Sellés formaron un Comitè de Cultura i Art (Meroño: 32). Can Plandiura, en La Garriga, acogió el Museu del Poble; los del comité hicieron más de lo que pedía la Generalitat y con los libros crearon, en el Centre Club, la Biblioteca Popular Regeneradora de Conciencias (Garriga: 30-36). En Igualada surgió otra biblioteca y en un ex convento de monjas, una sala de música con el órgano parroquial, donde incluso hubo ópera (Porcel: 200), y se amplió la biblioteca del Ateneu Llibertari (Térmens: 101-102). Las JJLL de Lleida ubicaron el Ateneo Generación Consciente en un local requisado, con 1.500 volúmenes y una dependencia móvil (Sagués: 472). Gudiol ubicó en Santa Maria de Mataró el Museu General d’Art Barroc de Catalunya y un centro de estudio de la obra del pintor Viladomat (Colomer, 2006: 82-84). También en Puigcerdà se formó una biblioteca con libros incautados (Pous y Solé: 83). El Comitè d’Incautacions d’Obres Culturals de Tarragona fue eficiente y se siguió excavando (Piqué, 1998: 127). Cid detalla lo realizado en Tortosa (59-63 y 107-116).

Espectáculos, toros y deportes

Espectáculos es uno de los ámbitos sobre el que hay abundantes estudios actuales y me parece emblemático que, en lugares y espacios donde no surgieron alternativas de forma espontánea, subsistieron los estilos anteriores. La primera noticia la copió Llarch de *El Diluvio* (29-VII-36): La Primitiva Española, Asociación de Artistas de Variedades y Circo, convocó a todos sus miembros «para tratar del ingreso en la CNT y nombramiento del consejo directivo por aclamación» (204). Peirats cita un proyecto de socialización aprobado en agosto del 36 en la Asamblea General del Sindicat Únic d'Espectacles Públics de Barcelona (I, 352-357). *La Humanitat* (16-VIII-36) traía más datos: «El nou regim teatral/ Es proposa la formació d'un circuit de sales de teatre a tot Catalunya»; en otra edición (2-IX-36) señalaba que había sido «incautada la Federació Catalana de Teatre Amateur»; y en otra (3-IX-36) que «als teatres es donaran funcions de nit o Festival de Teatre organitzat pel POUM, Teatre Olympia CNT, Festival popular: Nuestra Natacha. Una cantant. Monòleg. Concert de la Rondalla Aragonesa. Banda Oficial de les Milícies». Y un reportaje de *La noche* (26-IX) decía que en Barcelona había 12 teatros y 112 cines. Según el Comitè d'Espectacles Públics, en los teatros trabajaban 1.412 personas y 15.000 en todas las salas. Los teatros solían ejecutar obras convencionales, y los dirigentes de la CNT los criticaban en la *Soli* por rutinarios y poco abocados a impulsar un espíritu revolucionario.

Según el franquista Lacruz, «el supremo mangoneador del Sindicato de Espectáculos Públicos» fue su presidente, Miguel Espinar, taquillero del cine Ramblas y antes acomodador del Teatro Olimpia. Se creó el Comité de la Industria del Espectáculo, con secciones de cine, teatro, frontón y otras. De la sección de teatro se encargó Olivé, un acomodador del Romea, pronto sustituido por los hermanos Aurelio y Marcos Alcón, este último pistolero del Ram del Vidre, al que Lacruz acusa de derroche frente a la penuria de los demás. Añade que el primer local en reanudar las funciones fue el Tivoli, con *Aida*, pero que el Liceo escapó del control de la CNT y dependió de la Generalitat y, en lugar del «público selecto y entendido que acudía [...] con

la unción del que asiste a un acto religioso, se llenaba el teatro de la plebe más desaseada y zafia» (259-261).

Carner-Ribalta, nombrado *comissari* d'Espectacles de la Generalitat, se sintió incomprendido a pesar de que invitó al director de teatro alemán Erwin Piscator, que dictó una charla y propuso la renovación programática (167168). Para Campillo la incorporación del Poliorama como Teatre Català de la Comèdia fue una secuela de la expropiación de la Acadèmia de Ciències i Arts y de los locales anexos (27). Xavier Fàbregas, en su estudio pionero, decía que en un primer momento, cuando no se preveía la guerra, la escena profesional no reaccionó e incluso pensó en espectáculos de evasión. El cambio sucedió a inicios del 37, vinculado con la visita de Piscator. Alguna obra denunció el rol de la Iglesia, como *14 d'abril, claror d'alba* de Lluís Capdevila o *19 de juliol o el triomf del poble* de Lluís Millà. Luego *La fam* de Joan Oliver ensayó clarificar lo ocurrido desde el golpe militar, insistiendo en que la revolución exigía un cambio radical de las estructuras (251-268).

Burguet detalla que el 6 de agosto se constituyó el Sindicat Únic d'Espectacles (SUE), de la CNT, mientras que la Generalitat producía un diluvio de decretos inoperantes y sin sentido. El 26 de julio creó la Comissaria d'Espectacles de Catalunya y nombró *comissari* a Carner; el día 27 nacionalizó el Liceo, que no funcionaría de forma regular hasta inicios del 38. Intentó incorporar el Poliorama, el 13 de agosto, pero éste pasó al SUE, preponderante hasta mediados del 38. En este sindicato se había integrado el Sindicato de Artistas Teatrales de España, en una reunión celebrada en el cine Diana el 26 de julio, mientras que la Agrupación de Maestros Directores de Orquesta y el Sindicato Musical de Catalunya lo hicieron el día 28. Creadores reunidos en el Teatre Nou organizaron la entidad autónoma Autors i Compositors de Catalunya, que ingresó en el Sindicato de la Industria del Espectáculo, de CNT, el 30 de julio, mientras algunos lo hicieron en la Federación Regional de Espectáculos Públicos, de la UGT, tentada el 4 de agosto por la Agrupación Musical Hispana. El SUE disponía de tres comités, de teatro, de cine y de circo y variedades. La actividad del primero empezó, el 15 de agosto, en ocho salas de la capital, y el día 14 el SUE proclamó que «el teatro va a renovarse espiritualmente». De diversión burguesa pasaría a

educador; querían excluir obscenidad, vulgaridad y grosería; la claca de aplaudidores, entradas gratis y reventa; contaduría y propinas; también querían bajar el costo de la entrada y repartir el ingreso recaudado entre todos. Pero había una notable contradicción: la estructura socioeconómica anarquista coincidía con espectáculos y obras de estética y temática burguesas, lo que provocaba intensos debates teóricos sobre la deseada revolución escénica que no llegó a producirse. El empresario y el público más o menos burgués desaparecieron, pero seguían los anteriores autores y actores, aunque se disfrazaran. Proliferaron críticas pidiendo un teatro revolucionario y pedagógico, de combate y al servicio de la nueva moral; dicterios que aumentaron tras la desilusión de Piscator. En los teatros de Barcelona hubo ópera, género lírico y dramático, zarzuela, vodevil, opereta, revista y variedades. En contraste, en Madrid la Alianza de Intelectuales Antifascistas ofrecía obras de Sender, Rifa Dieste o Alberti (25-55).

Foguet opina similar, en base al *Mirador*, desde el 9 de octubre, y el *Meridià*, desde el 14 de enero del 38, ambas revistas vinculadas a la Agrupació d'Escriptors Catalans (UGT), en la órbita del PSUC (1999: 13-30). Y da más detalles en su obra posterior: como los conflictos entre las JJLL y *Alard* (seudónimo de Concordio Gelabert), que escribía en *El Diluvio*; los aportes de Guillermo Bosquets, conocedor del expresionismo alemán, y de González Pacheco; o los intentos del SUE de crear un teatro de masas, con la representación de *Danton*, de Romain Rolland, el 20 de noviembre en el Olimpia. En el corolario insiste en que se frustraron los intentos de jóvenes libertarios —interesantes como la compañía Teatro de la Revolución y Revolución en el Teatro, de Óscar Blum—, ante el escaso eco conseguido entre los anarquistas afines, obstinados sólo en la rentabilidad económica, como entre un público que sólo aspiraba a evadirse de la dura realidad (2002: 31-64). Según Froidevaux, la Generalitat amparó el Palau de la Música y el Institut del Teatre (317-325). Fraser sostiene que el SUE cerró algún cine de barrio no rentable y llevó a su personal al Durruti (después Dorado), nueva sala que se construyó en la Gran Vía, y al Ascaso (luego Vergara); además estableció un subsidio de enfermedad, una pensión de vejez, seis semanas de vacaciones, clínica y escuela. Lo que no funcionó fue el salario único: el

tenor Hipólito Lázaro sugirió que en ese caso él cobraría las entradas y la taquillera cantaría en su lugar; así consiguió 750 pts. por función, un incremento del 5.000% respecto a antes del 18 de julio. Alguna prensa de Lleida lamentó que la gente prefiriera películas entretenidas, con final feliz y sin trama social. En cambio, aconsejaba las de Eisenstein y las del checo Gustav Machaty, con nuevas ideas eróticas, así como *Rebel·lió a bord* de Lloyd, *El nostre pa de cada dia* de Vidor o *Temps moderns* de Chaplin. Por error se vio *Abisinia en llamas*, publicidad fascista italiana (Sagués: 487-490). El 23 de septiembre volvieron a abrir las salas de Ripoll con un relato del 19 de julio y *Titanes del Polo*, un documental ruso; el Comitè Econòmic d'Espectacles Públics, de la CNT, se encargó de tres locales en los que además de filmes había variedades (Castillo y Camps: 245).

La Generalitat hizo del Liceo el Teatre del Poble Català, donde también se instalaron las oficinas de la Industria Cinematográfica del Pueblo, pensando en abrir de nuevo todas las salas (Langdon-Davies: 139). Si su Cercle devino Arxiu Musical, con biblioteca y fonoteca, la primera en España; su Conservatori, ahora Escola Oficial de Música, dejó de ser particular y la sala acogía tres sesiones o conciertos semanales en horario adecuado para los trabajadores (Jean: 20). Pero distintos autores no concuerdan. Para Campillo, la denominación de la ópera fue Teatre Nacional de Catalunya (27) y lo mismo dice Froidevaux (317).

Kaminski citó los music-halls, que al principio se cerraron por puritanismo. Luego se colectivizaron, con su ambiente popular donde imperaba el flamenco, aunque podían ser burdeles camuflados (45-46). Un aviso en la puerta de un local barcelonés decía: «Un momento compañero. El Sindicato Único de Espectáculos Públicos te pide el máximo respeto a todas las compañeras que vas a ver pasar por el escenario. Son trabajadoras como tú. No perturbes el espectáculo para la buena marcha del mismo. Mira el arte con sentido del mismo» (AAVV, 1986: 356). Rogaba otro cartel: «Aviso al Público / Por acuerdo del Comité Ejecutivo de espectáculos, queda limitado el programa de este Salón a espectáculo selecto y frívolo, pero no sicalíptico» (Abella: 73). Froidevaux lo ve como otra prueba de la ambigüedad de los ácratas. Aunque reprobaban este tipo de espectáculos, en realidad los music-

halls eran muy populares, ocupaban a mucha gente y lo exigían los soldados de permiso; por ello crearon un Comitè Econòmic del Músic Hall (326-329).

El equívoco se produjo en otras àreas. La *Soli* publicó (2-VIII-36) «un ruego a la radio», en el que indicaba que los «discos que oímos [...] responden a la música negroide o a la decadente argentina./ En esto nos parecemos [...] a Radio Tenerife o a Radio Sevilla». El secretario del sindicato ugetista de la Madera de Lleida, Cascarra, denunció la poca consideración de autoridades y público con los músicos, que sólo actuaban en festivales benéficos y fiestas mayores. También indica que las salas de baile habían decaído, quizás por escasez de varones, y sugería organizar bandas u orquestas (Sagués: 481-486). Llarch afirma que los anarquistas no simpatizaban con la Fiesta Nacional, viéndola bárbara y embrutecedora (155). Kaminski asistió a una corrida y le llamó la atención que los alguaciles que recibían la llave llevaran gorra de miliciano y los espadas saludaran con el puño. Toros y toreros venían de Salamanca y Sevilla. Los toreros habían llegado vía Francia y ya no podían regresar (51-52). Pruszyński describe horrorizado una corrida en Barcelona (3339). Los ácratas, tan aficionados a la gimnasia, el excursionismo o el naturismo, desdeñaban los espectáculos embrutecedores destinados a entretener a la masa y a servir de válvula de escape.

La Generalitat organizó la Comissaria d'Esports, el 28 de agosto, de la que dependían las entidades deportivas, y el Institut Català d'Educació Física i Esports, el 28 de octubre, que aspiraba a dirigir el deporte, controlarlo en las escuelas y suprimir el profesional (Navarro: 173). Empleados del Fútbol Club Barcelona se afiliaron a la UGT y crearon un comité, ante tanta colectivización y por temor de la confiscación del campo con que amenazó el Sindicat de Parcs i Jardins de la CNT (Solé i Sabaté, 1996: 103).

Edición e impresión

Bueso recuerda que el Sindicato de Artes Gráficas, de la CNT, instalado en el convento de la plaza Sant Agustí, pensó en regentar imprentas que sus propietarios abandonaron: una francesa, Labor de capital germano y una nueva situada ante la Monumental (185-186). Jellinek explica que la impresión en Cataluña, a pesar de las dificultades, conservó su alto nivel, en especial con revistas lujosas como *SIAS*, del Consell d'Assistència Pública i Salut, vendida a una peseta y sólo rentable si sacaba 100.000 ejemplares. También cita la impresión del poema *Sí* de Kipling o de obras de Wilde (381).

Según Froidevaux, surgieron cientos de poetas desconocidos, autores de primitivas gestas, populares y proletarias, pero la prensa ácrata catalana no dedicó mucho espacio a la poesía, como hizo la castellana o la levantina. También indica que descendió la calidad literaria de la novela. A finales de agosto, se celebró la Setmana de la Cançó en el Teatre del Circ y el periódico libertario *La noche*, poco después, abrió un concurso para crear un himno unitario de la revolución. Froidevaux piensa que la respuesta de los creadores catalanes no es comparable al entusiasmo artístico y estético de los primeros años de la URSS. El artista devino asalariado o funcionario y dependiente de órganos de decisión centralizados. Al mecenas lo sustituyó el sindicato y a la iniciativa personal siguió la demanda de entes públicos. Había el riesgo de la estética única, la expresión artística uniformizada y banalizada impuesta por organismos administrativos y por la carencia de sensibilidad artística de la base proletaria de la militancia de la CNT; esto mismo lo había denunciado Bertrand Russel a principios de 1918 (333-340). La Conselleria de Cultura encargó a la Agrupació d'Escriptors Catalans, vinculada a la UGT y sita en el Palau Robert, organizar el ámbito editorial, y Francesc Trabal fue el delegado de la *conselleria* en la Agrupació. Hubo problemas con el papel y el 5 de setiembre la Conselleria d'Economia i Serveis Públics pedía una «declaració jurada de existències» a almacenes, clientes, fabricantes o importadores. La producción editorial hasta finales del 36 fue tan escasa que la Generalitat creó, para fomentarla, el Comitè d'Edicions Catalanes, adscrito a la

Conselleria de Cultura (Crexell: 13-16). Por otra parte, se querían enviar libros al frente y a hospitales. El Consell Sanitari de Guerra y la Conselleria de Defensa pidieron a los *boys-scouts* recogerlos y la de Cultura encargó el envío, más de 8.000 en tres semanas, a la Agrupació d'Escriptors Catalans (Crexell: 10-11).

XIV

Demasiada sangre

En la actualidad, con Estados tan represores como todos, la violencia es cotidiana: asesinatos, desmanes de cabezas rapadas, mujeres víctimas de sus parejas o menores de sus padres, mafias traficando con inmigrantes o mozas obligadas a prostituirse, policías de Buenos Aires, Caracas, México o São Paulo homicidas, avezados ladrones, secuestradores y un muy largo etcétera. Liquidada la Commune, se asesinó a 30.000 personas y los descendientes de los verdugos siguen gobernando sin justificarse. En julio de 1995 se masacró en Srebrenica a 8.200 varones bosnios, una cifra similar a los eliminados en Cataluña durante la guerra. Incitadores y ejecutores de aquella canallada han gozado durante demasiado tiempo de libertad y muchos estudiosos, los mismos que satanizan la experiencia popular catalana, la niegan, relativizan o minimizan.

También hubo violencia en la revolución inglesa, la francesa, la rusa o la mexicana, pero la violencia no es el eje de las narraciones como aquí para tantos. Algún historiador dice que la mal llamada Guerra de la Independencia, contra las tropas napoleónicas, implicó 50.000 muertos en Cataluña, casi los mismos que las de la Guerra Civil, pero la población del

Principado en 1936 se había triplicado y, por ello, el costo de la segunda afectó a un tercio respecto a la primera, en proporción al total de habitantes. Cattini ha estimado la cantidad de fallecidos en la guerra en Cataluña (AAVV, 2005: 4, 172-183):

	Muertos	%
Represión republicana	8.352	14,2
Represión franquista	4.000	6,7
Bombardeos	5.250	8,9
Republicanos en el frente	38.500	65,3
Franquistas en el frente	2.900	4,9
Total	59.002	100,0

La España de los años treinta, cuyas características anacrónicas y de explotación abusiva ya he mencionado, la represión prepotente de policías, militares o clérigos, así como sus sistemas parlamentarios, académicos, escolares y jurídicos esperpénticos, produjeron unos conflictos sociales en los que propietarios o empresarios podían y solían tratar a los trabajadores a su antojo, sin ningún freno o consideración, imponiendo inestabilidad, condiciones draconianas, salarios de hambre y abusos a niños y mujeres. Si los oprimidos intentaban rebelarse u organizarse, la represión, delegada en fuerzas del orden armadas y partidistas, podía alcanzar cotas truculentas; se dejaba de contratar a braceros o se asesinaba a sindicalistas y responsables de instituciones populares. En este panorama, la Iglesia no sólo legitimaba un sistema horrendo, sino que podía incluso actuar como fuerza coercitiva mediante algunos de sus anejos, como el carlismo, por citar sólo uno. En cuanto al aparato judicial, no sólo defendía siempre a los patronos, sino que podía a través de medios inicuos condenar y encarcelar a las víctimas. Estas condiciones apenas cambiaron con la llegada de la Segunda República, acompañado de un agravante, la ostentación que hacían los privilegiados de sus prerrogativas y la evidencia del contraste entre palacios y barracas, colegios fastuosos y analfabetismo, derroche suntuario y miseria.

En julio de 1936, la derrota por el pueblo de dichas fuerzas represivas, ejército, policía e Iglesia, alzadas contra el poder legal, trajo una inversión total, pues al esfumarse permitieron que de forma individual o colectiva los que llevaban siglos injuriados resolvieran llevar a cabo actos de su justicia en un intento de resarcirse de infinidad de atropellos y felonías. Decisión legítima que, al seguir veredas insólitas y cortar por lo sano, sorprendió e incluso escandalizó no sólo a la gente de orden, sino incluso a alguno que se autoproclamaba revolucionario pero no estaba dispuesto a consentir que se puniera de forma individual y autónoma sin pasar por ningún control.

Bastarán un par de casos. El del autor del anónimo «Un “incontrolado” de la Columna de Hierro», de marzo de 1937, «escapado de San Miguel de los Reyes, siniestro presidio que levantó la monarquía para enterrar en vida a los que, por no ser cobardes, no se sometieron nunca a las leyes infames que dictaron los poderosos contra los oprimidos. Allá me llevaron, como a tantos otros, por lavar una ofensa, por rebelarme contra las humillaciones de que era víctima un pueblo entero, por matar, en fin, a un cacique». Y el extremeño, protagonista de *Bajo la colina* de Ernest Hemingway que, tras la ejecución de un desertor de las Brigadas Internacionales por los comisarios políticos del PCE, sentencia que «hay una disciplina de una clase y una disciplina de otra». En Cataluña se dio una situación peculiar. Muchos autores concuerdan en atribuir un rol destacado a CNT-FAI en la derrota de los golpistas, lo que habría significado un protagonismo de los sindicalistas. Por ello se les suele atribuir cualquier cosa que pasara, fuera buena o mala. Por otra parte, dado el antiautoritarismo ácrata y su negativa a controlar, cualquiera se podía disfrazar de miliciano, pintar en un coche las siglas o ampararse bajo la bandera rojinegra que devino salvaguarda para cantidad de asesinos, locos o quienes querían saldar viejas afrentas o antiguos rencores.

Según García Oliver, la FAI tuvo que esforzarse para mostrarse revolucionaria medida y acatar presiones de Companys, cuando éste se alarmó por los desmanes que se atribuían sólo a ella. Los representantes de CNT-FAI publicaron en la prensa comunicados alarmistas que aumentaron la inquietud, cuando el proceso generaba menos víctimas de las que se habían producido en otros similares. Alude a la calumnia creciente propalada por los

comunistas y añade que la requisita de bienes eclesiásticos o burgueses fue escrupulosa y honrada, y se entregó casi todo a la Generalitat. También explica que algunos de los altos cargos de la Generalitat pasaron a Francia diciendo que eran acosados por CNT-FAI. Insinúa que España, el *conseller* de Governació, estaba implicado en el hurto del tesoro de la Merced, y que Gassol hizo lo mismo con los tesoros depositados en la Generalitat. Esto último se lo habría reconocido Tarradellas a García Oliver, cuando el primero se marchó del *govern* por discrepancias con Companys, que lo veía entregado al cónsul ruso. El líder ácrata añade que Gassol, en París, se reunía con los de AC, EC y ERC, pero también con los de la Lliga, con nacionalistas vascos y con monárquicos españoles (250-253).

En obra reciente, Dueñas insiste en que muchos irresponsables, asesinos o ladrones se habían adherido a la CNT, dado el rol que alcanzó en aquellos momentos y debido al descontrol que había en su seno, por principio y por contradicciones teóricas. Quizás esto fue la causa de que se les llamara «incontrolados», lo que quedó en la memoria popular y se puede confirmar con testigos coetáneos, «els quals relacionen els assassinats amb la CNT-FAI i amb tots els membres del comitè, sense establir cap mena de distinció entre els practicants de la violència i els qui van intentar aturar-la» (94-98).

Baile de cifras

Sobre la cifra de asesinados comparto el parecer de Barrull, cuando dice que «no sé si em cal dir que [...] l'eticitat d'una conducta no té res a veure amb la quantitat» (17), ya que más que ninguno habría sido demasiado. También quiero recordar, por una parte, que con excesiva frecuencia esta violencia ha provocado que franquistas y demasiados republicanos no enfatizen otra cosa, relatando los primeros meses como si sólo hubieran ocurrido estos hechos

lamentables. Por otra parte, quiero señalar que hay notables contrastes espaciales y temporales. En todo caso, la cantidad de eliminados se conoce con exactitud gracias a Solé y Villarroya (I: 342-444).

El trabajo de Solé y Villarroya permite pormenorizar: la región I, que tuvo la cifra más alta de óbitos, alcanzaba un porcentaje bajo. Mientras en la IV y la V la media superó la catalana, y El Priorat y Terra Alta son las comarcas con más muertos debido al conflicto agrario (1989: I, 335-339). El Priorat es emblemático; como ya he dicho, en 11 de los 26 pueblos no hubo muertos; en toda la comarca, los leales ejecutaron a 119 personas, las bombas mataron a 29 personas, en el frente cayeron 261 personas; los de Franco encarcelaron a 354 (antes hubo 79 encarcelamientos) y fusilaron a 61, y se exiliaron 359, de los que 17 murieron en campos nazis (Sabaté i Alentron: 195-197).

Volviendo a Solé y Villarroya, de los 8.352 muertos, 4.682 (56,1%) lo fueron hasta el 30 de septiembre, 1.718 (20,5%) hasta el 30 de diciembre y luego hubo 1.952 (23,4%) (1989, I: 458). Riquer recuerda que ambos identifican como de la Lliga un mínimo de 383, el 4,5% del total, el 20,4% de los identificados como políticos y, de ellos, 123 fueron eliminados en Barcelona. Sin embargo, su *estat major* ya había huido el 17 de julio. En toda Cataluña, la mayoría fueron alcaldes o concejales designados después del 6 de octubre (47).

Los 8.352 homicidios (por regiones, según división de 1936)

	muertos	% pob. Cataluña	% regional
Región I (Barcelona)	3.480	54,6	2,2
Región II (Girona)	665	10	2,3
Región III (Tarragona)	652	6	3,7
Región IV (Reus)	543	4,4	4,2
Región V (Tortosa)	542	4,1	4,5
Región VI (Vic)	445	4,1	3,8
Región VII (Manresa)	623	6,7	3,2
Región VIII (Lleida)	1.032	7,9	4,5

Región IX (Trempe)	166	2,1	2,7
Total	8.352		

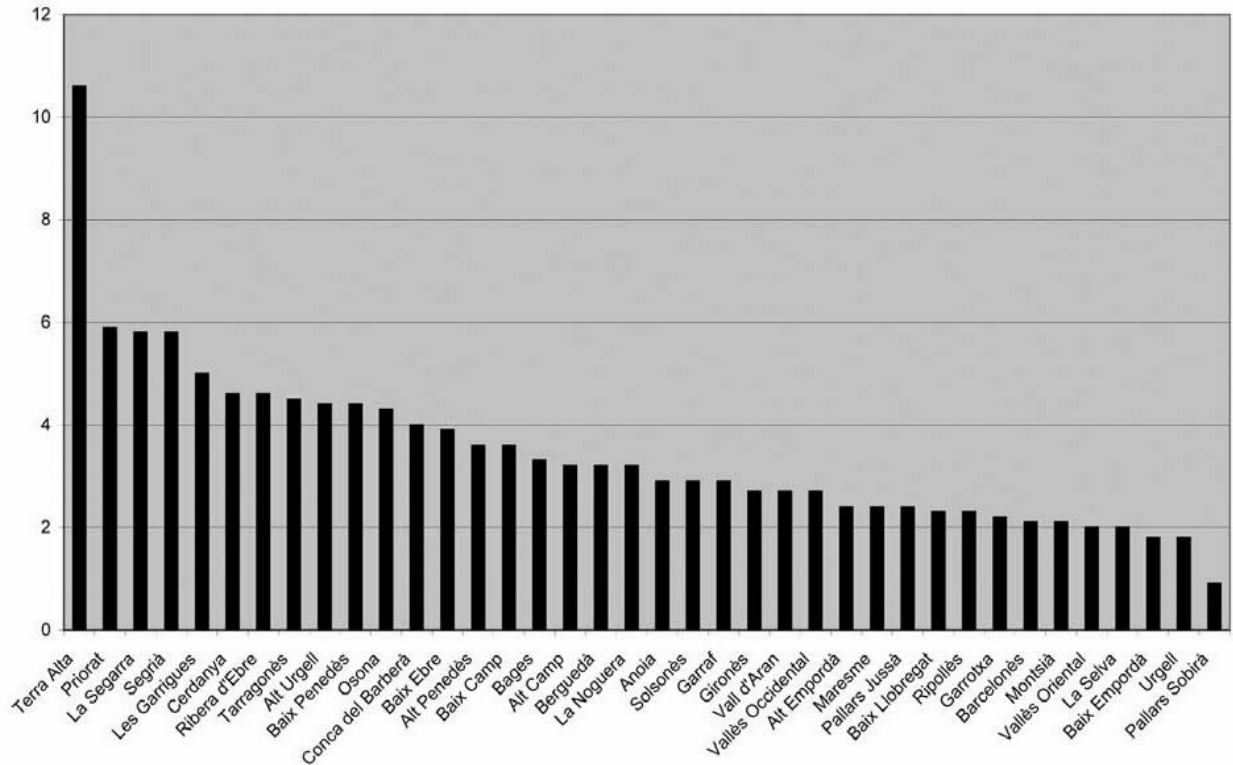
En Cervera perpetraron desmanes forasteros que arreglaban la carretera (Ros i Serra: 70-71). De las 115 ejecuciones producidas en Igualada, 18 lo fueron el 17 de septiembre, al rumorearse la de Joaquín Maurín (Jorba: 4648). A Montblanc llegó una centuria de Aguiluchos de L'Hospitalet, el 3 de agosto, a recriminar a un comité tan blando, y en plena tensión un lugareño espetó: «¡Venga, ¿quién es el primero que quiere matarme?! [...] Aquí en Montblanc mandamos nosotros». Uno de los forasteros más sensato dijo: «¡Tranquilo, todos somos compañeros, todo ha sido un malentendido!». Acabaron comiendo juntos (Mayayo, 1986: 417). Olesa, con 38 muertes, alcanzó el segundo lugar del Baix Llobregat, tras el Papiol; la mayoría eran empresarios industriales, directivos e igual número de esquirols; la mitad del total eran carlistas, seguidos por miembros de la Lliga y de Renovación Española, comparsas de Alfons Sala, conde de Egara, con una presencia notable allí (Dueñas: 103-108). En Puigcerdà el terror creció el 4 de septiembre cuando llegaron milicianos de Irún y relataron los desmanes de los franquistas en la zona nacional (Blanchon: 130). Al repartidor de hielo y cervezas Rosend Casals, de Santa Coloma de Farners y de la Lliga, le pidieron sus dos camiones, el 19 de julio, para ir a Sant Andreu; armado los negó y un tiro lo mató en la discusión.

Comarcas y porcentaje de población asesinada

Terra Alta	10,6	Anoia	2,9
Priorat	5,9	Solsonés	2,9
La Segarra	5,8	Garraf	2,9
Segrià	5,8	Gironés	2,7
Les Garrigues	5,0	Vall d'Aran	2,7
Cerdanya	4,6	Vallés Occidental	2,7
Ribera d'Ebre	4,6	Alt Empordà	2,4
Tarragonès	4,5	Maresme	2,4

Alt Urgell	4,4	Pallars Jussà	2,4
Baix Penedés	4,4	Baix Llobregat	2,3
Osona	4,3	Ripollés	2,3
Conca del Barberà	4,0	Garrotxa	2,2
Baix Ebre	3,9	Barcelonès	2,1
Alt Penedès	3,6	Montsià	2,1
Baix Camp	3,6	Vallés Oriental	2,0
Bages	3,3	La Selva	2,0
Alt Camp	3,2	Baix Empordà	1,8
Berguedà	3,2	Urgell	1,8
La Noguera	3,2	Pallars Sobirà	0,9

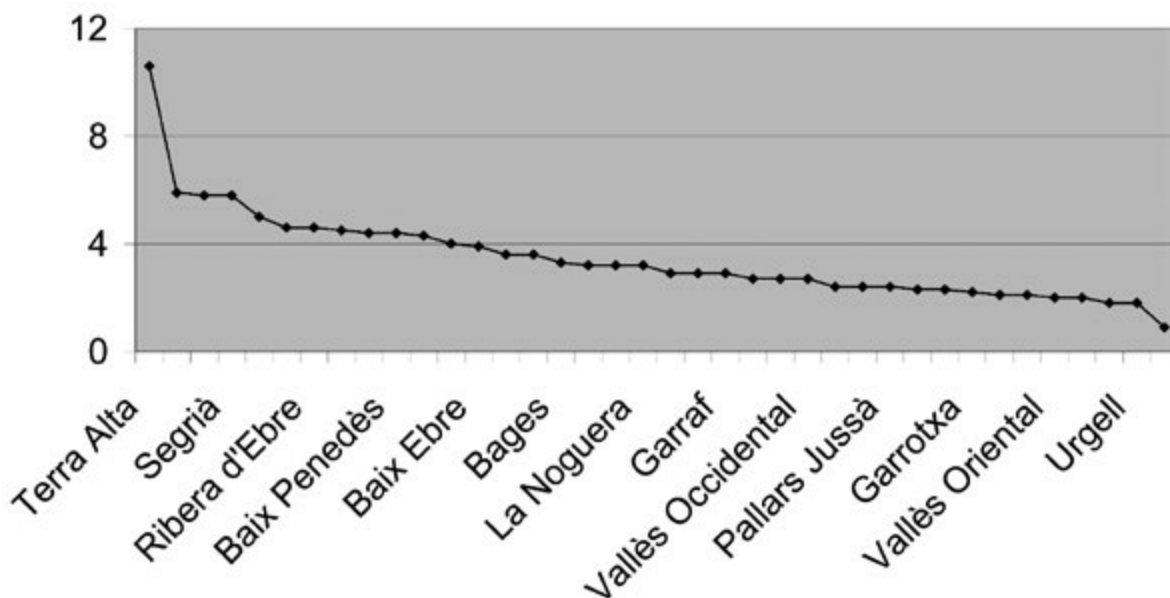
En agosto repuntó la represión al saberse el sadismo de Yagüe en Badajoz (Gallardo y Márquez: 120-129). Simone Weil contó, en carta a Bernanos, que en Sitges no pasó nada en julio; sin embargo, al regresar la expedición de Mallorca, por los nueve del pueblo fallecidos allí balearon a nueve fascistas (Soria, II: 88). Hubo muchos fallecimientos en Vic. Entre los primeros, la noche del 24 de julio, estuvieron los hermanos Vilaplana, propietarios que habían representado a su estamento en la cuestión agraria; Àngel Isern, que había desahuciado a sus masoveros y había tenido problemas con otros; y el ex guardia civil Sanesteban, que había destacado en la represión del 34 (Casanovas: 131-133). Citando obreros *rodors*, Zamorano enfatiza que la violencia fue patrimonio de los explotadores durante siglos, de la cual abusaron para no perder el poder. Sin embargo, el proletariado tenía buena memoria (168).



Los cronistas no concuerdan. Mientras Jordi Frigola, en referencia a La Bisbal y tras recordar los asesinatos ordenados por Mola y otros, dice que allí, «com a gairebé tots els llocs de Catalunya, no es va [reprimir] per part del Comitè fins que les notícies que arribaren de més enllà del front feren adonar als revolucionaris quina sort patien els seus correligionaris de l'altra banda. La reacció no podia ser altra» (AAVV, 1990/b: 96-100). Para Solé y Villaroya, cuando todavía se luchaba en Barcelona y no se había definido la victoria, algunos asaltaron la parroquia del Buen Pastor, en Santa Coloma de Gramanet, y mataron al párroco. Añaden que tras toda convulsión social enseguida explota el anticlericalismo de amplios sectores populares y detallan que en Barcelona, al atardecer del 19 de julio, fueron asesinados el párroco y el vicario de Santa Mònica y un cura de Betlem, mientras que en Montcada otro que iba en el tren fue detenido y ejecutado. Lo mismo les sucedió el día 20 a militares y frailes de los Carmelitas de Diagonal, tras acabar con su resistencia. Fuera de la capital, los primeros asesinados también fueron eclesiásticos, de la cartuja de Montalegre, cerca de Tiana, aunque el Comitè de Salut Pública de Badalona salvó a la mayoría. Citan más sacerdotes

eliminados los primeros días en Alguaire, Reus, Subirats, Tarragona y Lleida. Solé y Villaroya insisten en que las víctimas iniciales de la revolución fueron los representantes de la espada y la cruz. Enseguida se vieron afectados responsables políticos y sociales del viejo orden: un oficial acusado de estar en el consejo de guerra que condenó a Fermín Galán, uno de los alzados por la República en Jaca en diciembre de 1930; Pere Bosch Labrús, jefe de la CEDA en Badalona; personajes destacados contra las luchas sociales de los años veinte; directores y propietarios de fábricas. Añaden que los miembros de CNT-FAI que se regaron por Cataluña para consolidar su control muchas veces iban acompañados de hombres de acción, y atribuyen homicidios en Lleida al paso de la Columna Durruti y la de los Agiluchos de la FAI (1989: I, 81-88).

Porcentaje de ejecutados por comarcas



En relación con los muertos castrenses, Fontserè dice que «em semblava que tothom acceptava la violència revolucionària com una resposta natural a la violència institucional de l'Exèrcit revoltat. Era la tercera vegada, en el període de la República, que l'Exèrcit mostrava els seus instints de posar fi a la indocilitat de la classe obrera comptant amb l'aquiescència de la burgesia, si no instigat per ella» (252). También cita la huida de Josep Anton Maragall

y su colaboración con los fascistas, y le sorprende que se dijera que liquidar a 4.682 personas en Cataluña, del 19 de julio al 30 de septiembre, desacreditó el proceso, cuando no se condenaba que en Francia, durante la liberación de la ocupación nazi, hubiera más de 10.000 ejecuciones sumarias perpetradas por los maquis al margen de los tribunales de la Resistencia (254).

Más coetáneos matizan la cuestión. Blas, de familia católica de pequeños empresarios, dice que ni colectivizaron la empresa ni molestaron a su padre, pues, «al margen de ser persona de orden, ni tuvo militancia política ni de otro tipo, ni ostentaba innecesariamente sus ideas, ni tenía enemigos, ni fama de rico» (27). El poco sospechoso de partidismo Cruells, en general, niega «una caça revolucionària del burgès com sembla que es podria creure. Si algun [...], als primers moments, va ser liquidat fou a causa d'alguna venjança personal o perquè s'havia significat d'una manera directa en contra del proletariat. El que va passar és que els burgesos varen tenir molta por i aquesta mateixa por després va fer que inflessin les persecucions que havien hagut de suportar. Els burgesos mitjans i petits, en general, varen continuar amb el seu negoci [...] i el petit botiguer amb la seva botiga». Los panaderos consiguieron grandes fortunas, que ampliaron durante la hambruna de la postguerra. Insiste en que las primeras víctimas fueron religiosos, más del 80% de los cadáveres del Clínico (1978: 45-46). En una carta del 8 de marzo de 1940, Pérez-Baró precisa que más de 30 años de propaganda revolucionaria provocaron que a obreros ingenuos todos los patronos les parecieran no enemigos de clase sino enemigos personales, con las secuelas imaginables (25). Pons Prades cita un empresario, Nieto, muerto por un cordobés de 18 años que, interpelado por el responsable sindical, adujo que ese empresario no podía ser bueno «porque tenía la mismita *mirá* que el señorito de mi padre», algo que recordó viendo la película *Los santos inocentes*. El homicida, enviado al frente, se apuntó a cualquier misión arriesgada (2005/b: 198).

Langdon-Davies también menciona el tema: «Sé que se han asesinado sacerdotes, pero así como dudo que los moros hayan cortado la mano de niños que hacían saludos comunistas, no trataría de ocultar todas las atrocidades que deben cargarse a cuenta de los generadores de la mayor de

todas: la guerra civil». Se exageró hablando de 50 o 60 homicidios diarios, y tras señalar que de julio a agosto se ejecutó a cinco o seis personas cada madrugada, precisa que «es la amenaza de esta media docena de asesinatos diarios la que mantiene a Barcelona tan sobresaltada»; y añade que «un crimen es un crimen y doscientos asesinatos, son doscientos crímenes de sobra. ¿Quién los había cometido? [...] como el incendio de iglesias, parecen ser cosas rituales donde dominan los anarcosindicalistas, y no existen donde el credo principal es el socialismo o el comunismo, pero yo dudo de atribuírselos a la FAI en conjunto. Lo más probable, me parece, es que unas pocas decenas de psicópatas se dediquen a estas matanzas, aprovechando el extremado nihilismo político» (140-143). Mientras Rabasseire copió en nota un informe del Sindicato Único de la Industria Textil de Barcelona, en el que se estima que un 10% de los patronos aceptó seguir trabajando, el 40% fue ejecutado y el 50% huyó (222). El 14 de agosto, el cura Rodergas dijo que «hi ha persones que han estat morts tres i quatre vegades i estan bons i sans [...] El fet és que a [...] Berga fins ara no hi ha hagut ni un assassinat». Sin embargo, el 29 de septiembre anotó el primer caso, en el que se produjo el asalto a un domicilio, no de noche como solía ser habitual, sino a las 7 de la mañana, en el que se llevaron a personas inocentes que fueron eliminadas. El 3 de octubre opinó que «sembla que la seguretat personal serà un fet [en el futuro, dado que] l'estat de terror es fa inaguantable» (28, 40 y 41). Serrahima comenta la exagerada propaganda franquista, que llegó a dar de curas y frailes muertos una cifra superior a la de los que había en Cataluña antes del 18 de julio. En cambio, piensa que las ejecuciones no llegaron al 10%, que en el extranjero se exageraron las «atrocidades» e insistía: «de la mateixa manera com no hi vaig veure [...] l'exacerbació de l'alcohol, tampoc no vaig tenir notícia que s'hi produís, en termes generals, el rabejament que segons he llegit [...] va ser tan freqüent en altres zones [...]. Ho dic perquè, ja aleshores —la propaganda republicana de Madrid hi insistia força—, la impressió era que algú volgués subratllar que a Barcelona era on els crims produïts per la revolta popular havien estat més greus». Serrahima niega que se produjeran torturas o exhibición pública de cadáveres mutilados, y aún con más rotundidad que ocurrieran delitos y ensañamientos sexuales. Más tarde,

los de FAI se llevaron a su padre y su hermano mayor a la Torre dels Pardals para saber dónde estaban los capuchinos, pero bastó que alguien dijese: «aneu mal informats. Aquesta gent són gent de confiança. El senyor Serrahima té molt bona fama en tots els sentits». Al comentar el eco de las denuncias de Peiró, citó una nueva etapa con grupos que buscaban enriquecerse, como el caso de Escorza, y otros casos de mero bandidaje, pero acompañados de cierta disminución de las muertes: «De tota manera [...] si bé els crims eren menys freqüents, la inseguretad continuava». Esta situación no varió con el gobierno de Largo Caballero, pues disminuyeron las víctimas pero siguieron las detenciones arbitrarias y el pánico por lo que pudiera suceder a los detenidos (231, 191, 144 y 200-201). En cuanto a exabruptos, Arnal negó rotundamente que Durruti premiase a los suyos dejándoles abusar de prisioneras fascistas, pues no las había (100).

Froidevaux, en el apartado «Anarquismo y violencia», dice que se perdió la noción de tolerancia y fraternidad, viendo con frecuencia la violencia como una cirugía «fatal» por la resistencia del capitalismo, que impedía el orto de un mundo nuevo, y lamenta la brecha entre el mito del paso a la sociedad regenerada y un caos sanguinario (592-596).

Ucelay califica la represión inicial de paranoica, pero matiza que fue en esencia retrospectiva, con ajustes de cuentas por agravios previos, y la rural opuesta a la urbana, más elevada como secuela de una vieja conflictividad (1996: 325-328). Beevor cita la sorpresa de extranjeros incapaces de comprender la iconoclastia, exagerada hasta el delirio por el fascismo, en un país juzgado religioso hasta el fanatismo, cuna de la Inquisición y los autos de fe, al ignorar el decisivo rol político desempeñado por la Iglesia, desde los Reyes Católicos. Para los anarquistas, la Iglesia era la responsable de la alienación psicológica estatal y cómplice de los explotadores, de lo que Beevor da referencias; yo diría que este parecer lo compartían buena parte de los catalanes. Añade que católicos liberales foráneos se desconcertaron al saber que la masacre de curas no llegaba en absoluto a alcanzar la de leales que Franco perpetró en nombre de Dios, y que los homicidios no fueron siempre irreflexivos, con frecuencia eran revanchas por razones materiales o sexuales. También hubo quien criticó el papel político y clasista de una

Iglesia opuesta a los tímidos cambios sugeridos por la República y fue determinante su insolente complicidad con los franquistas. Lo sucedido al principio, «furia exacerbada que parecía rebosar de un pozo centenario de humillaciones y atropellos», duró poco, pues pronto se acabó con los desmanes de liberados de la cárcel o de vengadores puntuales, deudores o resentidos. Se produjeron hechos lamentables en unos momentos de paranoia, donde los alzados alardeaban de quintacolumnistas y el gobierno era inoperante. Cargos de CNT-FAI deploraron los excesos, olvidando que en momentos de euforia abrieron su organización a cualquiera, como a falangistas o guardias civiles que, para evitar sospechas, exageraron su actuación (119-127).

Barrull ha pormenorizado el caso de Lleida en diversas etapas, desde el inicio del proceso hasta la creación del primer Tribunal Popular. Se produjo un elevado número de ejecuciones, algunas de ellas podían parecer espontáneas, sin razones ni justificaciones, de las que nadie se responsabilizó, mera venganza o ajuste de pleitos personales. El Comitè de Salut Pública intentó regular la represión, sin conseguirlo, pues durante más de un mes hubo homicidios colectivos sin juicio. Entre el 20 de julio y el 25 de agosto se inmolaron 252 o 266 personas, según estimaciones, 47,72% o 51,95% del total de los muertos en Lleida. La represión —que durante siglos fue la única respuesta a conflictos y discrepancias— ahora la ejercía el proletariado respondiendo con furia a la eterna violencia estatal. Mientras entre los militares sólo se ejecutó a los responsables, el acoso a la Iglesia se generalizó: murieron el 46,99% o el 57,14% del total de religiosos, como en tantos lugares. Barrull se pregunta si era un episodio anticlerical y puntualiza que durante el conflicto desapareció un 65,8% de los eclesiásticos de esta ciudad, que por su tamaño no garantizaba el anonimato, dado el rol decisivo de la Iglesia como vertebradora de la derecha social y política. Basta recordar la campaña fascista, reaccionaria y patrioter de la Iglesia en las elecciones del 36. Asimismo se reprochaba a los clérigos que ni practicaban lo que predicaban ni eran consecuentes con los votos. Barrull niega que todas las muertes deban atribuirse a la FAI. El 18 de agosto se crearon el Tribunal Popular y el Comitè d'Informació Popular o Comitè de Vigilancia, para

suplir al de Salut Pública, que era un mimetismo de la revolución de 1789. Querían evitar secuelas de falsas denuncias, condenaron matar por viejas pasiones y valoraban la vida. Disuelto el Comitè d'Informació Popular, el 1 de noviembre, sus competencias las asumió la Comissaria d'Ordre Públic. También dice que el Tribunal Popular fue el primero de Cataluña, y tal vez de España, que intentó llenar un vacío y concluir con la violencia indiscriminada (28-29, 32, 47-54).

Para Maymí la cantidad de gente que escapó evitó que la mortandad alcanzara cifras escalofriantes y añade que no deben imaginarse enormes multitudes, ni ejecuciones públicas, ni milicianos por todas partes, si no lo contrario: grupos armados que pensaban que la etapa depuradora debía realizarse sin paliativos ni compasión. En Salt y Orriols, los violentos eran una minoría del conjunto de las huestes libertarias (67). Griful explica que un decreto de la Generalitat prohibió registros domiciliarios, a fines de octubre, de no ser ordenados por las legítimas autoridades de cada pueblo. Pero en diciembre comenzó de nuevo la iconoclastia y Companys amenazó con dimitir si seguían las ejecuciones (58-60 y 158).

Denuncias

Es bueno repetir que el pueblo barcelonés consiguió derrotar un asalto al poder por parte de los militares en el que estaban implicados una larga serie de paisanos y religiosos que conformaban la trama civil. A partir del 20 de julio, se desencadenaron y entrecruzaron distintas violencias para anular los restos de dicha trama, en forma de venganzas colectivas o individuales; por la represión social que venía de lejos o por los vestigios del anticlericalismo, viejo y aventado por radicales lerrouxistas que el gobierno central fomentó, insensatamente, en Cataluña. Por otro lado, algún maleante aprovechó, en

beneficio propio, la confusión creada por el alzamiento. Para Cruells, pongo por caso, en «Barcelona, aquest rancor pot justificar moltes coses dels primers moments de la revolució, però segurament no pot justificar els procediments que es varen emprar en les execucions» (1978: 79-80). Por otra parte, los sindicatos y partidos denunciaron y lamentaron los abusos. El listado sería largo y citaré sólo algunos.

Según *La Humanitat* (23-VII-36) fueron a parar a la Modelo los «sorprendidos por las milicias cuando cometían actos de pillaje» (Llarch: 179). *La Soli* exigía (24-VII-36) «ni pillaje, ni saqueo», llamada repetida el 12 y el 30 de agosto (Cattini, AAVV, 2004, I: 144). Un manifiesto de la CNT declaraba (25-VII-36): «Trebballadors. La victòria, per tal que sigui total, ha de contenir un fons moral [...]. Tacar el triomf amb pillatges i espoliacions, amb violacions capritxoses de domicilis i altres manifestacions d'arbitrarietat, és una cosa innoble e indigna». Días después publicó un manifiesto más claro contra lo que sucedía en Barcelona, «una sèrie de registres domiciliaris, seguits de detencions arbitràries acompanyades d'afusellaments, realitzats la majoria d'ells sense cap causa que els justifiqui», y exigía un «ordre revolucionari. Que la revolució no ens ofegui a tots en sang. Justiciers conscients, sí! Assassins, no!» (Cruells, 1978: 77-78). *La Batalla* amenazó (31-VII) con «acudir a mesures extremes, sense vacil·lar, per acabar amb actes que deshonren i perjudiquen la revolució» (Solé y Villarroya, 1989, I: 64). La Generalitat, a su vez, declaró (27-VII-36) que, «aprovechándose de los momentos actuales, persisten aun los pillajes y el furor de los que se lanzan a la venganza y a la persecución. Este estado crea un ambiente de pánico y de sobresalto. Hemos de condenar, llenos de indignación, estos hechos y juntar nuestro esfuerzo para exterminar de una vez estos actos que deshonran el triunfo [...]. Los grupos “incontrolados”, cuyo furor vesánico es causa de que todo quede comprometido y de la indignación ciudadana, han de ser reducidos y castigados. Para ello se adoptaran en nuestros medios las inexorables medidas que sean precisas», para ello llegaron a Terrassa, desde Sabadell, Guardias de Asalto y fuerzas de seguridad (Ragon: 68). El 30 era la FAI quien hacía oír su voz, precisando que ni los comités de la CNT ni los

del POUM autorizaron «ninguno de estos actos de vandalismo», precisando que la Comisión de Investigación del CCMA era la única encargada, además de la Jefatura Superior de Policía, de comprobar denuncias por actividades de elementos comprometidos en el alzamiento fascista, de ordenar y efectuar registros domiciliarios. «Cuanto se haga al margen de ella será un atropello. FAI está dispuesta a acabar con esos grupos de inconscientes [...] que quién sabe con qué fines deshonran el movimiento revolucionario [y] no tan sólo no tiene nada que ver con esos excesos, secuela del desborde que representa un estallido popular, sino que está dispuesta a atajarlos de una manera radical y enérgica. Somos enemigos de toda violencia [...]. Nos repugna toda sangre que no sea la derramada por el Pueblo en sus grandes empeños justicieros» (Peirats, I: 181-183). Cruells añade, tras citar el llamado de la FAI, que la prensa libertaria deploró las arbitrariedades y los excesos sin lograr detenerlos, desacatos en los que intervenían todas las organizaciones, «fins i tot les que després es volien presentar a l'opinió pública netes de mans i presumint de moltes innocències» (1978: 77-78). Balius exigió en la *Soli* (16-VIII-36) ser conscientes «por una moral revolucionaria» (Amorós: 107). Companys lamentó (10IX-36) ante la prensa no haber podido terminar aún con actos de terrorismo, perpetrados al margen de la Justicia (Caballé: 49).

En Vilafranca se fusiló a dos milicianos de las patrullas de control por exigir dinero para proteger a gente de derechas. En Figueres se ejecutó a un matrimonio miliciano, según orden del comité, por hacer lo mismo con un cura escondido, al que al final liquidaron. También se fusiló a uno de la CNT en Terrassa que se tomó la justicia por su cuenta; a otro de la FAI, acusado por sus compañeros de registrar sin permiso; a dos milicianos de Reus, de la CNT y ERC, por exigir dinero a particulares para la organización. Como los libertarios más éticos no quisieron hacer de policías, en las patrullas de control de Barcelona ingresó gente recién llegada a la CNT con menos escrúpulos. El jefe de éstas, Asens, en reunión del Secretariat de Patrulles, pidió autorización a los demás para investigar algún elemento «cuya actuación revolucionaria dejaba mucho que desear» (Acta de la reunión, 30-XI-36, en Pozo: 181-184). Incluso el franquista Lacruz copió del *Boletín informativo de FAI* (27-VII36) que «en vista de que en Barcelona la gente de

baja condición social quiere entorpecer y desnaturalizar la revolución que está en marcha, y habiendo comenzado a realizar actos de pillaje y robos, la FAI recomienda a todos sus miembros pongan la máxima atención sobre esta cuestión y observen la mayor vigilancia, a fin de suprimir por todos los medios estos actos tan reprobables./ Los grupos de la FAI han de organizar en los sindicatos rondas volantes para establecer la vigilancia precisa, a fin de que cesen en el acto esta clase de delitos./ Si se repitieran [los de la] FAI, sin ninguna clase de vacilaciones, darán el debido castigo a sus autores. Si no obramos así, los ladrones acabarán con la revolución, deshonorándola». A inicios de agosto, copió de dicho *Boletín informativo* y de la *Soli* que «saliendo al paso de algo que es preciso terminar./ Hasta nosotros llegan rumores gravísimos. Se nos dice que grupos armados que se dicen pertenecientes a CNT, a FAI y al POUM realizan registros domiciliarios y cometen actos en contraposición con el espíritu anarquista y con la justicia del pueblo» (Lacruz: 138). Mientras Rovira i Virgili, en «El Honor de todos», publicado en *La Humanitat* (31-VII-36, 36), sostuvo que «todas las organizaciones del Front antifeixista han reiterado, estos últimos días, su enérgica protesta contra los excesos de algunos elementos incontrolados. Es una protesta unánime, una condena indignada [...]. Y debemos insistir que la protesta de organizaciones consideradas mas extremas, así las representadas por *Solidaridad Obrera*, es de la mayor energía y está redactada en un inconfundible tono de sinceridad./ Todos los auténticos antifascistas están de acuerdo en defender el honor de la victoria con tanta decisión como los frutos de ésta [...]/ Quienes con pistolas, o navajas, o con las manos, se lanzaban sobre ametralladoras y cañones, tenían la fuerza moral de la superioridad de idealismo y de corazón, contra la cual la fuerza de las armas carece de poder» (100-101).

Si alguien devino emblemático delatando la represión sin control fue Joan Peiró, a pesar de que Dionisio Eroles, también del ramo del vidrio de la CNT y su guardaespaldas durante la etapa de Martínez Anido, intentó disuadirle y luego lo amenazó para que cesara su campaña (Peiró i Olives: 198-199). Ante la amplitud de sus escritos, copio sólo algunas frases rotundas de *Perill*. En la «Introducció» citó abusos de CNT-FAI y de otros grupos, «començant per

Estat Català i acabant pel POUM, passant per Esquerra Republicana i pel PSUC, [que] han donat un contingent de lladres i assassins igual, almenys, al que han donat la CNT i la FAI./ N'hi ha un de sector que, en malifetes indignants, ha superat extraordinariament a la FAI i a la CNT./ Els atracadors i els lladres mai no han honorat cap revolució. [...] Matar com algú voldria matar, seria quelcom semblant als assassinats [de] Anido i Arlegui. Aleshores, els homes eren assassinats, no pas per les seves activitats i procediments. Ho eren per llurs idees [...]. I nosaltres hem d'imposar-nos el deure i la dignitat de voler que entre els esbirros i els revolucionaris hi hagi diferències fonamentals». Peiró precisa que «la destrucció de l'Església és un fet de justícia, perquè l'Església representa un poder polític la finalitat del qual és l'esclavització espiritual i social del poble». Acosar debido a sentimientos y creencias religiosas conculca un derecho inalienable similar al que ellos mismos reivindicaron cuando eran perseguidos por sus sentimientos políticos y sociales. Añade que muchos se preguntaron «si per arribar a aquestes vergonyes, valia la pena de fer una revolució la finalitat de la qual, si més no, és oposar-se al triomf dels lladres i els assassins que componen els rengles del feixisme./ Hom té fe en la Justícia revolucionària, o no en té. [...]/ o sobren els Tribunals Populars, o sobren aquests grups isolats que operen com vertaders bandits./ Les revolucions que es preocupen més de destruir que de crear són revolucions la solidesa moral de les quals mou al dubte. Les revolucions que s'excedeixen en llur tasca destructiva moralment tenen per destí la mort i per mortalla el menyspreu de les seleccions espirituals que les haurien recolzat i fet magnífiques» (xvi: 37-43, 53-57, 125-134, 161-167 y 169-175).

Hubo declaraciones similares en toda Cataluña. *Avant*, del POUM, exigía (30-VII-36) en Lleida «acabar amb els excessos./ Pena de mort als malfactors», copiaba la denuncia de la FAI del 30 de julio e insistía al día siguiente. *Combat* sacó notas previas, los días 25 y 27, en las que denunciaba a «incontrolados» y saqueadores, llegados de los barrios bajos, que comprometían el futuro de la revolución (Barrull: 26-27). Tanto atropello en esta ciudad, la mayoría por cuestiones personales, originó una nota (5-IX-36) del Comité de Investigaciones a la prensa local: «La vida de los seres

humanos debe ser apreciada en su justo y efectivo valor, un hombre debe siempre merecer los máximos respetos por parte de sus semejantes» (Álvarez: 54). Sapés cita nota del comité de Rubí en *Combat*, de finales de agosto: «Tot individu que espontàniament cometi o realitzi actes esporàdics de violència deixant-se emportar per la iniciativa personal, que actuï sense control en els escorcolls i en les investigacions, serà considerat facciós» (67). El primer *Full Oficial* del comité de Sabadell exigía (21-VII-36) a las milicias urbanas reprimir «amb la màxima energia tot acte de pillatge que intentés portar-se a cap» (Domingo: 78). El bando «Ambient de terror» de dicho comité exigía (21-VIII-36) un alto el fuego a los «incontrolados» y denunció «accions individuals aïllades» y enfatizaba que «la venjança, l'odi i la malvolença han de deixar pas a l'acció justiciera de la nostra organització. Companys: prou sembrar terror, vulgueu dignificar el moviment revolucionari demostrant confiança en les nostres organitzacions antifeixistes». Sin embargo, en Lleida hubo 25 asesinatos y seguían produciéndose abusos de «incontrolados» que, en realidad, pertenecían a todos los grupos, salvo al POUM, que intentó culpar a la CNT, por lo que ésta declaró (22-VII-36), en *Full Oficial*, que «no accepten la responsabilitat d'uns actes [...] comesos per individus poc escrupulosos que s'aprofiten dels presents moments. Fan la més enèrgica condemnaió als mateixos per ser completament contraris a la seva alta moral revolucionària». Muy distinto cariz tiene el llamado «Al proletariat sabadellenc», que no trataba como ajenos a la revolución a quienes ejercían acciones individuales, pero puntualizaba que «són moments d'actuar amb coratge, valor i disciplina, de deixar per als indiferents o romàntics les lamentacions sentimentals per les víctimes inevitables de tota revolució [...]». Pensem tots que si triomfés el feixisme, les organitzacions obreres i d'esquerres serien destruïdes [...]. Es de recomanar i exigir [...] a tothom que no es facin accions individuals, que malgrat que puguin ésser fets amb bones intencions, podrien sembrar el confusionisme i desvirtuar la magnífica gesta que estem portant a cap» (Castells, 21.26-27, 21.25, 21.27-31).

En Terrassa, donde hubo más violencia que en pueblos vecinos, una nota de la alcaldía avisaba (31-VII-36) que «con el fin de evitar registros en casas

particulares, así como detenciones no autorizadas por el Comité de Enlace ni por la Autoridad, esta Alcaldía pide a todos los ciudadanos afectados y al pueblo en general, avisen al teléfono 1718 de esta Alcaldía o por el medio más rápido [...] con el fin de evitar hechos tan lamentables» (Ragon: 72). Y Josep Casanovas cita de Ramon Vilacís («L'ordre revolucionari», *L'Hora Nova*, 8-IX36) que «els qui es diuen companys nostres i fan les coses per compte propi i sota iniciatives netament individuals, aquests deshonren la revolució [...]. Els qui cometen actes de pillatge o bandidatge, en qualsevol forma que sigui, no militen en les nostres files, perquè la revolució té un ideal a desenrotllar i aquest ideal és contrari a un vulgar lucre individual. Els qui per a satisfer el desig d'una venjança exerciten o indueixen a l'assassinat, tampoc estan dintre el cos de l'ordre revolucionari» (138).

Desquites y desagravios

Parte de las ejecuciones se debieron a venganzas y represalias, políticas, materiales o de diversa índole. Estrada Saladich sostiene que «no creo exagerar si afirmo que en la zona roja la vida de cada cual estaba a merced de quien quisiera quitársela. ¡Cuántas y cuántas no fueron eliminadas por rencillas personales! ¡Por antipatías! ¡Por cuestiones de faldas! ¡Por ánimo de lucro! Se mataba por el mero hecho de contarse la víctima entre los privilegiados en dinero, inteligencia, cultura o simpatía». Y añadía que lo quisieron eliminar para no tener que cancelar una deuda (183). Según Gispert su casa fue registrada, pues una criada que se había peleado con la suegra vio un viejo y oxidado Winchester de cuando el padre era del somatén (79-81); se trató a veces «de suprimir enemics personals, o fins creditors legítims, o al simple desig de domini o saqueig» (Serrahima: 209-210). Para VilaAbadal, la mayoría de derechistas pasados a la zona rebelde llegaron «alimentant un

veritable esperit de revenja [...] L'explosió popular que havia motivat la seva pròpia fugida no va ésser capaç de fer-los reflexionar sobre la injustícia, o bé de les seves pròpies accions, o bé de les instàncies político-socials amb les quals combregaven» (374). Peirats, en prólogo a Kaminski, dijo que en el campo se pasó cuentas a apoderados, mayores o usureros, y, en las ciudades, a dueños de burdeles (13). Pérez Baró contó a Fraser que pereció bastante cobrador de alquileres, muy odiados, y que en busca de protección los restantes pasaron a la CNT y devinieron ultrarrevolucionarios y atemorizaron a la clase media (I: 205-206, nota).

Arnal, párroco en Aguinaliu, provincia de Huesca pero obispado de Lleida, que fue secretario de Durruti, decía que en Barbastro «no se mataba por ideales, se mataba por rencillas personales se mataba por envidia, por odio, por placer satánico de matar, incluso [...] por deudas [se mató a] familias enteras y de significación muy marcada de izquierda» (51). También para Rodergas la mayoría de eliminados lo eran «per venjances personals» (38). En La Bisbal los abusos «es basaven en uns pretesos ideals revolucionaris però en realitat encobrien simples revenges personals» (AAVV, 1990/b: 27). De los exterminados en Manlleu, uno lo fue por una deuda de 700 pts. y otros, incluso rojos, por pleitos privados (Gaja: 174-176). El dentista Spa de Mataró fue eliminado por un paciente descontento; Carbó, guardia rural, por causa del fallecimiento de un joven durante la Dictadura; Castanys, viejo dirigente carlista, por negocios propios; y los tres hermanos Clavell por enredos matrimoniales (Colomer, 2006: 98-104). Según Ros, los primeros inmolados en Moià fueron, a inicios de agosto, el secretario del Ayuntamiento, del que se ignora la causa, y un cura usurero. Gente de fuera llegaron, el 6 de septiembre, con una lista: uno vinculado a una herencia; otro, ex juez de paz, intervino en un litigio en el que se embargaron bienes del padre de quien presidía el comité; y el estanquero por su papel en octubre del 34. El padre de Ros, que había sido juez, huyó a Barcelona: «Mai no hagués cregut que al poble hi haguessin tants conflictes, renyines de tota mena, baralles i discussions que acudien al jutge per a la seva mediació» (62-65, 69 y 71). La muerte del ex sargento Pedrol, del somatén de Montblanc, se debió a la rivalidad con un cargo de la Guardia Civil por una camarera

(Mayayo, 1986: 419). En Rubí hubo «venjances per agravis personals» y para ascender en una empresa se denunció al capataz (Sapés: 60-62). Al propietario rural Castelló Badia, de Sant Feliu de Guíxols, se le atribuía la muerte de un cazador (Jiménez, 1995: 82). En Sant Pol liquidaron a Feced i Peralta, obrero del vidrio de Arenys, que se alejó de los más extremistas, «posiblemente por venganza o para evitar que explicase ciertos hechos que debía conocer» (Amat: 96). En Tremp se ajustició a una mujer, La Casona, por prostituir a su hija (Gimeno: 25). En Olot el pastelero Deu y su hermano cura murieron a manos de los perjudicados por una herencia (Planagumà: 45). Al ex alcalde de Vidrà lo sacrificó un pariente de La Mambra que lo odiaba; dicho pariente había llegado con los del comité de la colonia (VilaAbadal: 386).

Para Ros i Serra, de EC, en Agramunt el anticlericalismo fue cosa del jefe del comité, de USC y luego del PSUC, y de gente cercana a éste; dirigidos por quien había pertenecido al Sindicat Lliure, perpetraron la única ejecución, el 31 de agosto, de Baldomer Trepas, de Tàrraga, acusado de haber testimoniado contra detenidos de octubre del 34 (68-70). A Sales, ex presidente del Sindicat Lliure, lo liquidaron el 4 de noviembre en Barcelona, según nota oficial, «por quienes habían recibido mayores agravios de su funesta actuación» (Caballé: 62). Según Pagès, se mató a muchos miembros más del sindicato (79). Más de uno, mentando la ejecución de Trillas, antes sindicalista del transporte de la CNT, recuerdan que con la dictadura devino cacique de la contrata de faquines de muelle y se afilió a la UGT para salvarse (Gómez Casas: 119). Un obrero despedido por robar a sus colegas acusó al director del taller, marista, de disparar desde una ventana. El abogado y geógrafo de ERC Marc Aureli Vila defendió al segundo, probó que se trataba de un engaño y pidió que se aplicase al primero una disposición que condenaba a los falsarios a recibir la pena que habría recaído sobre el acusado (110-116). Según Antoni Forné, del POUM, a finales de agosto del 36, se acosó a un constructor de Cardedeu que en octubre del 34 escondió durante tres meses a un militante perseguido; le había denunciado un maestro de obras de Granollers competidor suyo (Iglesias i Alba: 59). Dos ejecutados, en Reus, eran pistoleros del Sindicat Lliure (Martorell: 82). En

Ripollet, el 2 de noviembre pereció un ex sargento de los Mossos, «heroi de la repressió» del golpe libertario del 33 (Sánchez: 102-108). Hubo un solo muerto en Salàs: un picapedrero acusado de haber violado a una moza en Tremp (Gimeno y Calvet: 20). Uno de los cinco baleados en Sant Cugat era un somatén que impedía cazar a los *rabassaires* en los vedados y mataba a sus perros (Mota: 228 y 230). El novelista Juan Arbó recuerda el caso de un juez y un propietario de pisos a los que mataron entre Tortosa y L'Aldea por problemas con inquilinos (172-75).

Algunas atrocidades fueron represalias por las ejecuciones franquistas. Las perpetradas por éstos en Zaragoza motivaron las que hubo a bordo del *Uruguay* (Francés: 791); el bombardeo de Palamos conllevó siete muertos a hachazos en Calonge, uno de ellos al parecer prestamista. Según un rumor coetáneo, al guardabosques Andreu Dols lo mataron por haber embarazado a una campesina (Vilar: 43-44). El bombardeo de Roses, el 30 de octubre, supuso que asesinaran en Sant Feliu a seis curas y cuatro civiles, además de otros en Girona y Olot (Jiménez, 1995: 82), y a 22 personas más en Calonge, Palafrugell y Palamós (Clara: 184-200).

Ante tanto desquite sorprende que en bastantes lugares no sólo no se produjeran desmanes, sino que los responsables salvaron vidas. A Serrahima le sorprendió los pocos litigios que hubo entre obreros y empresarios. A uno de Mataró, el comité de fábrica lo defendió y liberó tras ser detenido por gente de otro comité (213-214). Vila Abadal, que salvó tantas vidas, dijo: «hi ha unanimitat a confirmar el que diu Valls de Gomis que era més fàcil disputar amb els de la FAI que amb els comunistes [...] amb aquells hi podies discutir i, de vegades, convèncer-los, en canvi, amb aquests, no. El doctor Antoni Queralps [...] diu dels de la FAI: O et mataven o et donaven un pollastre» (392).

Fort explica que la Conselleria de Relacions Exteriors ayudaba a muchos mediante los consulados. Luego detalla el caso de gente salvada por el *conseller* de Cultura Gassol, como el sacerdote musicólogo Higiní Anglès, Josep Maria de Sagarra, Puig i Cadafalch, familiares de Bosch-Labrús, los doctores Cardó y Griera, Patxot o Cartanyà, obispo de Girona (Fort, 1979: 248-256). Tasis, director de prisiones de Cataluña, dice que La Modelo, a

partir del 19 de julio, albergó a inquilinos muy distintos de los anteriores, aunque nunca fue asaltada para liquidar a detenidos o escondidos, a diferencia de lo que ocurrió en la de Madrid o en los barcos-prisión de Bilbao; tampoco se llevaron un solo recluso para «el paseo». Afirma que «si alguna vegada una ordre de llibertat m'ha semblat sospitosa o he sabut que un comitè qualsevol esperava la sortida d'un reclús per liquidar-lo he retingut l'interessat». Extendía el dictamen a toda Cataluña, los detenidos fueron tratados con humanidad y tuvieron cierta libertad. Hasta en las prisiones ácratas secretas «els detinguts menjaven igual que els escarcellers, feien interminables partides de pòquer» (32-33 y 46). Miravittles desaprobó las ejecuciones furtivas, sostuvo que la represión en Barcelona fue menor que en Madrid, obra de comunistas, y enfatizó que el CCMA intentó frenar el desbarajuste de los «incontrolados», algo difícil, pues actuaban de manera clandestina, al alba, y movidos por un «instinto telúrico» (1980: 99 y 82). Bueso, encargado del personal, de mayoría carlista, de la imprenta de *El Correo Catalán*, donde se editó *La Batalla*, les consultó si querían seguir trabajando; no quería forzar a nadie, pero no toleraría desidias o sabotajes; aceptaron todos y a los que vivían lejos los traía y devolvía en coche (169).

En Abrera no hubo muertos; los de derechas pagaron un impuesto y el cura y un monje de Montserrat se ocultaron con el beneplácito del comité (Fosalba: 19-21). Monjas concepcionistas de Agramunt fueron expulsadas del colegio, que devino sede del comité, pero las de la Vetlla siguieron sin hábito y tres curas quedaron en casas particulares, lo que se sabía. Unos mozos, con ropa que no era suya, rapados y pálidos, que huían del seminario de Sant Ramon de Portell, fueron avituallados por los del comité y paisanos. El comité de L'Ametlla ayudó al párroco a huir a Barcelona, el vicario ingresó en el ejército como enfermero, otros curas se ubicaron en casa del panadero, se controló a los forasteros, los comunistas evitaron que gente de Sant Adrià quemara la iglesia, se intentó evitar la detención de militantes de derecha, pero no el asesinato de tres ex miembros de la Junta Rectora del Concejo del 34 al 36 (Badía: 21 y 42; y Colomer, 1990: 64). Huyó un hermano de Marià Estrada, notorio derechista, aconsejado por Gastón, del comité de Argenton, a quien el primero recogió en su tartana un día que llovía a cántaros. El

mismo comité pensó que el párroco estaría más seguro en la capital, donde lo llevaron; regresó al poco y lo custodiaron en casa de su sobrina (Estrada i Clerch: 89 y 77-79). No hubo muertos en L'Armentera o Palau-Saverdera (Pagès: 58).

En el asalto a la Cartuja de Montalegre detuvieron a 28 miembros de la comunidad, el 20 de julio. Cinco fueron tiroteados y fallecieron dos; al resto lo protegió el comité de Badalona, que los distribuyó por diversas casas y luego facilitó su salida al exterior; también salvaron la biblioteca (Casals: 190), y precisa Villarroya que los del comité los salvaron de la turba arma en mano (26). Igual dice Manent i Pesas y añade que el retén de CNT en el claustro vio llegar poco después a un chico hambriento, hijo de un marqués andaluz, y la dama de un prostíbulo barcelonés, al que para disimular el «pecado» habían enclaustrado, protegido por jerarquías eclesiásticas. El chico ejerció de contable en un sindicato de la capital (199-203). El comité de Banyoles también evitó desmanes e hizo trabajar a franquistas declarados en la construcción del aeródromo. Al contrario que en Corriols, a 15 km, donde una noche llegaron del comité de Borriol para liquidar a un par de terratenientes; los de Corriols mandaron una partida, en seis camiones, para exigir a los de Borriol no actuar nunca más fuera de su territorio (Verdaguer: 53). Poco después del 18 de julio, una patrulla de la FAI llegó a Bell-Lloc, en el Segrià, para llevarse a seis vecinos; el alcalde les dijo: «Mireu companys [...]. Sóc republicà i tan revolucionari com vosaltres, però, a més, sóc l'alcalde de Bell-Lloc i aquí la justícia la fem naltres. [...] ja podeu fotre el camp abans que arribi la camioneta de guàrdies d'assalt que ja he avisat. Salut, camarades!». No ocurrió nada (Casares: 129130). Casals i Orriols, de la CNT, y gente de ERC constituyeron, el 19 de julio, un comité UHP (Uníos Hermanos Proletarios) en Berga; el mismo día avisaron a católicos y ricos para que se escondiesen y se salvaron. En diciembre se detuvo a 30 derechistas; tras pasar por la Modelo, en abril estaban ya en casa. Isidre Rota, de familia carlista, recuerda que los conservadores no sufrieron perjuicios (Montañà: 18-25). Rodergas reitera que en Berga se mantuvo la armonía y dice que un miembro destacado de su comité fue amenazado por benevolente (22, 25, 33 y 37). En Barberà hubo un solo muerto, el secretario del

Ayuntamiento (AAVV, 2002: 175). En Bellver, ERC era hegemónica; el párroco se quedó hasta principios de noviembre, pero al intentar pasar a Andorra con un guía fueron detenidos por carabineros y ajusticiados. Antes, el 8 de agosto, habían llegado cuatro de la FAI de Puigcerdà para llevarse a tres payeses y el alcalde de ERC armó un grupo para defenderlos. El día 9, la FAI de Bellver organizó un mitin con apoyo de correligionarios de Puigcerdà. Al final se llevaron a un comerciante y lo asesinaron (Pous y Solé: 100-105). A la comarca de Fígols-Les Mines llegó con frecuencia gente del comité de Sallent robando a propietarios rurales de derechas; del comité de Borredà les prevenían para que se escondiesen (Montaña: 105).

En Calella, el número mayor de muertos, quince, fueron unos curas que expulsó el comité, el 28 de agosto, después de que unos «exaltados» lamentaran que «si això de no matar capellans continua així, Calella serà la Roma de Catalunya». Salieron en tren y los balearon en ruta (Amat, 1994: 157-159). Se detuvo a 65 derechistas de Canet y, enfrentados moderados y radicales del comité, se acordó liberar a los jóvenes pues por su edad no eran responsables de lo ocurrido durante la dictadura o en octubre del 34 y porque decían que eran recuperables, excepto a uno con el que tenía una cuestión personal un joven del comité. Partidarios de eliminar a los detenidos buscaron, sin obtenerla, la aquiescencia popular, pero los ejecutaron unos «incontrolados», el 14 de septiembre, al llegar la noticia de masacres fascistas en el sur (Mas Gibert: 166 y 184). El comité de Cardedeu, controlado por el POUM, contrastó con el de la capital comarcal, Granollers, que lo era por la CNT (AAVV, 2004: 144-153). Iglesias y Alba detallan más; Espinalt, miembro del comité de Granollers, llamó preguntando por qué no habían liquidado a cinco carlistas; Forné, secretario del de Cardedeu y abogado, respondió que la represión en cada pueblo corresponde al comité local, pues conoce a su gente y los antecedentes. Espinalt precisó que «aquesta guerra és a mort i no podem ser febles. Ells maten els nostres i nosaltres hem de matar els seus. Les revolucions no es fan amb sentimentalisme, sinó amb sang». Forné, de acuerdo en que la revolución no era un juego, insistió en que cada villa era distinta, Cardedeu es progresista no reaccionaria y derechas e izquierdas se han alternado en el Ayuntamiento sin más. En Granollers, las

luchas sociales siempre fueron duras, mientras en Cardedeu no lo han sido, y una represión violenta sería contraproducente para la revolución, iría contra el sentir general. El comité decidió imponer sólo una multa a los carlistas (61-64). Un bando del comité de Granollers amenazó, el 21 de julio, con un juicio severísimo a quien perpetrara actos de pillaje, incendios o asaltos, y los milicianos mantuvieron el orden (AAVV, 1998-1990, II: 100).

Serrahima memoró, en Calaf, dos óbitos al principio, y ninguno en Caça de la Selva, donde se refugió mucho clérigo y civil de la comarca: «I no van pas ser, ni de bon tros, les úniques excepcions» (209-210). En La Canonja, el vicario y otros curas estuvieron toda la guerra acogidos por la FAI, lo mismo que hizo el alcalde con algún civil. Al párroco de Ulldemolins lo protegió el alcalde de Alforja (Llop: 71). Más de una vez llegaron a Cercs forasteros buscando gente. Una vez preguntaron al presidente del comité si le «sobraba» alguien; respondió que no «sobraba» nadie y que «si algú sobrava eren ells» (Montaña: 84). Mallol cuenta algo similar: estaba con su padre en Figueres y Rac, de Sant Pere Pescador, que sin ser de ningún comité hacía de enlace de varios, preguntó si «no hi ha pas ningú que et faci nosa al teu poble?»; a lo que espetó: «no solament no hi havia ningú que li fes nosa al seu poble, sinó que en tot el món no hi havia ningú que li fes nosa» (112).

Vinielles narra la odisea de los misioneros claretianos de Cervera instalados en la vieja universidad; salieron el 19 de julio, se esparcieron por los alrededores y sufrieron varios periplos solicitando ayuda, sin éxito; fueron a Balaguer donde les sugirieron refugiarse en masías. El payés que escondió al prior, tras varias visitas de gente armada de Asentiu, decidió hablar con el jefe del comité de Cubells, quien propuso que el fraile presentara un escrito solicitando la protección del comité. Al final, el comité de Montey se la concedió (5878). De los tres curas de Esparraguera, dos huyeron y el tercero, como era cura por imposición de su familia, pasó al Departamento de Guerra. Las monjas de la Colònia Sedó se instalaron en el Hospital Municipal (Souchy: 183-188). En Fígols tampoco hubo asesinatos (Montaña: 106). Josep Viladomiu, panadero, considerado uno de los anarquistas más inteligentes e informado de la comarca, ideólogo y responsable del comité de Gironella, impidió el paso de autocares que vinían de Sallent y Balsareny, el

22 de julio, con gente decidida a quemar las iglesias de Berga (Montañà: 18-25).

En La Granada y vecindad no se atentó contra vida ni propiedades. El 22 de julio, al llegar a una casa unos milicianos de Vilafranca amenazantes, uno del comité dijo que el patriarca de la familia, «el més bo de la comarca», le pagó el médico cuando su mujer parió. Además escondieron al párroco y al cura de Viloví (Pons: 51, 53 y 56-57). Janés, próximo a la Lliga, creyente y buscado por gente de Collblanc, halló refugio en el Ayuntamiento de L'Hospitalet. Luego huyó gracias a Carles Pi i Sunyer (Rius: 74-78). Capuchinos de Igualada se escondieron en unas casas. Más tarde, junto a frailes de Montserrat y a algún civil, fueron encerrados en una fábrica y alimentados por el comité, que los defendió del pelotón llegado en agosto de Barcelona. Luego fueron trasladados a La Modelo y salvaron sus vidas (Jorba: 26). El comité de Sant Vicenç dels Horts, tras llegar gente de Molins que perpetró algún homicidio, creó una milicia para evitar la ingerencia de forasteros y que se llevaran a quienes el pueblo acogía (Pozo, 2002: 172-173). En Lloret no hubo muertos y se salvó la iglesia (Pagès: 194). En Vila-Seca tampoco se produjeron ejecuciones (Piqué, 1998: 154). Poco después del 19 de julio, el propietario de los Almacenes Jorba sufrió un juicio revolucionario en Tarragona, debido a falsas acusaciones por hechos ocurridos durante la Semana Trágica en Manresa. Sin embargo, declararon a su favor todos sus empleados, además de Rafael Corvinos, jefe del Comitè Revolucionari de Manresa, y Agustí Espinalt, más tarde presidente del Comitè de Col·lectivització (Camprubí i Plans: 181).

Mataró fue otra excepción: mosén Sansó fue detenido en la estación y al partir la Columna Malatesta, el 1 de septiembre, se exigió su muerte y fue ejecutado; sin embargo, se salvaron los demás curas y frailes, refugiados en casas particulares donde celebraban misa y oficiaban bodas o bautizos. El comité, liderado por Jaume Lluís, procuró transporte a los salesianos y fueron llevados a su domicilio de Barcelona si lo tenían; el resto pudo quedarse con otros refugiados y se les habilitó una casa donde, ellos también, celebraban misa. Doroteo, hermano marista conocido y estimado por el pueblo, se escondió en un hogar; paseaba por las afueras con asiduidad y visitaba a

familias amigas. Detenido y llevado al comité, le rogaron más prudencia. En la cárcel había otros clérigos que ejercían, y la elaboración y el reparto de hostias estaba bien organizada y tolerada por el comité. Se ejecutó a otros religiosos escondidos en un bosque de las afueras de Mataró, pero sin que en ello interviniera nadie de la localidad. En los tres primeros meses se respetó a los maristas del colegio Valldemia; ello supuso que fueran a Mataró más miembros de la orden y que los superiores de Cataluña negociaran con dirigentes de CNTFAI, el 23 de septiembre, y lograran un permiso de salida del país para todos por 200.000 francos franceses. Pero no marcharon los mayores de 20 años, pasaron a la cárcel de Sant Elies y 44 de ellos fueron eliminados en Montcada, el 9 de octubre. Algún escolapio forastero también se refugió en Mataró; cuando gente de otros comités venían a por ellos, los escondían en la cárcel por ser el lugar más seguro (Colomer, 2006: 89-97). En Moià, gente de la FAI querían fusilar al escolapio Sagrera, pero el presidente del comité alegó su amor por los pobres y su total apoliticismo. En una masía abandonada estaban un empresario, sus dos hijos y dos curas; llevados ante el comité, soltaron a uno de los sacerdotes y querían eliminar al resto, pero el jefe de la policía los mandó al *Uruguay* y el empresario fue juzgado y ejecutado. Poco después dos personas refugiadas, uno de Sant Feliu de Codines y otro de Artès, fueron eliminados por gente llegada de sus lugares de procedencia (Ros i Roca: 61). El 21 de julio, el *conseller* Gassol envió a 15 *mossos* a Montserrat; tras dormir en Monistrol, subieron al monasterio con los del comité y el párroco del pueblo. El abad entregó las instalaciones donde se alojaban unas 1.500 personas, entre las que se refugiaron los frailes disfrazados de seglares; el comité de Monistrol organizó su salida (Gerhard: 10).

En Olot fueron detenidos algunos sacerdotes y conservadores, a quienes llevaron a la cárcel de Girona bajo la custodia del comité, que realizó varias gestiones para salvar sus vidas (Pujiula, 1995: 162-163). Danés describe en su *Diari* la llegada de forasteros a Olot, el 11 de agosto, todos castellanos según se dijo, que se llevaron a Descals, fabricante de embutidos y afiliado a la Lliga que había ayudado a mucha gente en 1934. Miembros del comité salieron en persecución de los raptos, los alcanzaron y explicaron que se

trataba de un error debido a la mala fe de algún agraviado. Al regresar a Olot, les esperaba una multitud y Descals habló desde el balcón del casino. El 12 de octubre se enfrentaron, con heridos, el comité de Olot y el de Sant Jaume de Llierca (AAVV, 1989: 190 y 194). El 22 llegaron a Palau-Saverdera dos «incontrolados» conocidos para reprimir; reunida la población, el presidente del comité dijo responsabilizarse de la integridad de todos, lo que comunicó a dos sacerdotes. A finales de julio, al empezar la coordinación de los comités, el de Palau, que debía adherirse a la comarcal de l'Escala y al subcomarcal de Roses, declinó por considerar sanguinario a este último y se agregó, en otra prueba de autonomía, al comarcal de Llançà. Llamado por alguien de Palau, el 10 de agosto llegó un grupo de Roses para ejecutar a alguien, lo que no se permitió. En Figueres se encontró una lista de la CEDA que incluía gente de Palau, a los que se interrogó y, tras negar su pertenencia a la misma, sólo se les multó. Debido a una denuncia anónima, el 16 de agosto llegaron dos guardias de asalto y un policía para fiscalizar la política represiva, decididos a actuar, pero el comité salvó al cura —al que escondió en una tinaja— y la parroquia (Fradera, AAVV, 1986: 23-41).

En Pineda al principio hubo tres muertos: el párroco, un falangista y el empresario tintorero Boguñà, que había tenido muchos conflictos con sus obreros. Se detuvo a cinco personas: dos curas nacidos en la localidad refugiados entre familiares y que acabaron en Montjuïc, y a otros derechistas, a los que condenaron al hambre al privarlos de la tarjeta de racionamiento (Amat, 1995: 61-64). Serrano habla de Durruti como hombre de convicciones; cuenta que al enterarse de que algunos de los suyos habían requisado un estanco en Pina de Ebro, localizó a los responsables y los mandó fusilar; o al querer otros matar al cura, como gente de Pina le dijeron que era republicano, Durruti lo protegió (32-33). Entre 26 pueblos del Priorat: en Bellmunt murió el mosén y su ama; un anarquista de Reus detuvo a 42 derechistas; La Bisbal de Falset no tuvo muertos, el comité salvó vidas y dio un salvoconducto al mosén. En Cerdanyola, el comité publicó una resolución que consideraba facciosa la violencia inútil y personal (Sánchez: 107). Tampoco hubo muertos en Cornudella de Montsant, donde también el comité salvó a cuatro sacerdotes, dos de ellos de la villa; tampoco se ejecutó a nadie

en La Figuera, donde en una colectividad trabajaron propietarios de derechos en buena armonía con CNT-FAI. No hubo liquidados en Gratallops, donde ayudaron a dos curas; tampoco los hubo en La Morera de Montsant, donde el mosén huyó ayudado por el comité; no hubo muertos ni en Pobleda, ni en Pradell de la Teixeta, ni en Siurana, donde todo el pueblo escondió al párroco; tampoco en La Torre de Fontaubella, Torroja del Priorat o La Vilella Alta (Sabaté i Alentorn); ni en la Pobla (Boixareu: 11). En Puig-Reig, el sector moderado de ERC impidió varias muertes y el médico Callís, de la Lliga, se quedó en el pueblo sin ser molestado (Montaña: 55-57). En Rialp, el 19 de julio, además de párroco y vicario, había cuatro curas; el comité les aconsejó esconderse, pero todos sabían donde estaban; un pelotón de la FAI de Tremp, conocido por su anticlericalismo, exigió que les fueran entregados, pero se los negaron diciendo que estaban bajo custodia y garantía personales (Barbal: 19-20). El comité de Rubí, tras la muerte del párroco, políticamente significado, quiso detener los excesos de «incontrolados»; por el bombardeo de Roses, el 30 de enero del 37, se detuvo y poco después se liberó a 17 personas, pero se asesinó a los dos párrocos (Mota: 201-203).

El comité de Salàs sabía de cinco curas escondidos y no les molestó, pero entregaron al ecónomo de Linyola a una patrulla de la FAI que lo mató, desconociéndose la razón aducida. Eso mismo le sucedió, el 28 de septiembre, a otro clérigo, y se encarceló al que fue alcalde durante la dictadura y era la persona más representativa de la derecha local (Gimeno y Calvet: 20, 23-26). Se detuvo a 15 derechistas en Sant Cugat, pero fueron liberados al intentar llevárselos patrullas foráneas; la mayoría se escondió o huyó. El comité de Sant Feliu de Buixalleu propuso al mosén enseñarle, para sobrevivir, oficios del bosque o, mejor, ejercer de maestro, pero él deseaba regresar a su pueblo a pesar del riesgo; exigió un salvoconducto donde no constara su calidad, pero se lo negaron porque no querían mentir. Más tarde llegaron milicianos de Girona, ataviados de bandera roja con hoz y martillo, a por dos propietarios tachados de falangistas. Los del comité declararon que eran derechistas pero no de la Falange y, en todo caso, se les debía notificar a ellos; los foráneos respondieron que «si no han hecho la denuncia a vuestro comité, es que el denunciante conoce vuestra determinación de no detener a

nadie por fascista que sea». Al buscar los del comité armas en Arbucies, hallaron una lista de revolucionarios a eliminar; a pesar de ello se declaró que «aquí no se persigue ni se mata a nadie por hechos pasados: Queremos borrón y cuenta nueva. No somos partidarios de crear una nueva sociedad en un charco de sangre como pretenden y hacen los llamados “nacionales”, sino una sociedad de paz en la convivencia, en la cual se puede pensar libremente y con responsabilidad y solidaridad, puesto que si hay derechos habrán deberes, deberes en el trabajo para todos los aptos para ello» (263 y 304-307).

Para Santacana, en la memoria colectiva de Sant Feliu de Llobregat persiste algo que impactó entonces: el asesinato de detenidos en la cárcel municipal, en agosto del 36, atribuido a forasteros debido a que el pueblo se caracterizó por su moderación (AAVV, 1989: 261). Tampoco en Sant Feliu de Codines, en cuyo comité sobresalían anarquistas, hubo muertos (Pagès: 79); ni en Sant Pol. A unas ocho monjas y cinco curas escondidos no se les molestó, a pesar de que uno incluso iba al café a jugar a los naipes (Amat, 1998: 89-90). Según Pomés, si en el Maresme hubo 246 asesinatos, el alcalde Pou de Sant Pol se comprometió a garantizar la vida de los suyos, liberó a siete personas, todos católicos y cuatro de la Lliga, detenidos por una patrulla ajena, y a una monja y dos curas que se habían llevado los del comité de Canet (137-140). VilaAbada cita propietarios defendidos por gente de los comités de Sant Quirze y Vidrà, y que su responsable, Lluís Pujadas, pese a que ayudó a muchos, fue perseguido con saña en 1939 por los franquistas (386). El comité de Santa Coloma de Gramanet salvó a curas y derechistas, pero hubo 19 ejecutados, dos de ellos liquidados por foráneos; de los otros, dos eran de la Lliga, dos pistoleros del Sindicat Lliure y, a la vez, de Unión Patriótica, uno requeté, uno fejecista y dos eclesiásticos (Carreras y Ruiz: 139). Gallardo y Márquez añaden que a Font, máximo dirigente de la Lliga, alcalde-gestor de octubre del 34 a febrero del 36 e industrial considerado por sus obreros, tras esconderse en casa de amigos, el comité le garantizó la vida. El párroco Rovira estuvo todo el tiempo en casa de un vecino y el párroco Ballart, que escopeta en mano se quiso defender, fue herido y murió. El porcentaje de ejecutados en Santa Coloma fue de los más bajos del Barcelonès, el 1% de la población, cuando fue del 1,1 en L'Hospitalet, del

1,5 en Sant Adrià, del 1,6 en Badalona, del 2,2 en Barcelona y del 2,5 en Esplugues. Berruezo dice en sus memorias que se acordó evitarlos y que los «ocurridos, raros en relación a la magnitud de los acontecimientos, fueron al margen del comité. Pero vivíamos envueltos en un ambiente de tragedia, del que estallaban las pasiones contenidas». Un informe del posterior Ayuntamiento franquista reconoció que salvaron a muchos de derechas. Boada guardó en su casa al párroco mosén Josep, mientras que Berruezo hizo lo propio en el Sanatorio Gorki con uno detenido por las JJLL (Gallardo y Márquez: 45-46, 51-52 y 120-129). Para salvar al periodista Manuel Brunet fueron a buscar a alguien de la Lliga en Santa Eulàlia de Riuprimer que controlaba la UGT frente a CNT-FAI; aquél y Balcells, secretario de Irurita, se paseaban por el pueblo hasta que pasaron los Pirineos (Moreta: 113).

Fort i Cogul cita una carta de Muntañola, seminarista en un cursillo en La Seu d'Urgell. El 23 de julio aún andaban ensotados, el comité incautó el seminario, pero les permitió seguir allí, todavía con sotana, yendo a misa y cantando vísperas, mientras buscaban cómo regresar a sus pueblos. Como tardaron en marcharse, vieron fusilar a varios civiles, al obispo y a algunos curas, y a ellos los mandaron en ferrocarril a Tarragona, donde los encerraron en el *Río Segre* hasta el 1 de septiembre (40). En Terrassa, como hubo tantas ejecuciones, el 10 de agosto detuvieron a Simó Burés, ex capataz de la Brigada Municipal, Carreras Vivó y Francesc Manpel, ex gestores radicales, y Armengol Abelló y Forrellat Brichfeus, de la CEDA; según rumores los detuvieron para que no los matasen los «incontrolados» (Ragon: 79). Para Marcet parte de la represión de los «incontrolados» conocidos en Terrassa con frecuencia se debió a venganzas personales y al rencor por viejas luchas sociales, pero según Espartacus Puig se mató por cuestiones carnales, se ejecutó a algún miliciano y la violencia siguió tras el bombardeo de Roses. Los de ERC eran socialmente moderados pero era notable su anticlericalismo, mientras que la CNT protegió las iglesias prerrománicas (185). Carme Sardà cita a Balín, republicano que en Tiana, cuando venían milicianos de Badalona buscando a alguien, los despedía diciéndoles que ya se encargaba él (AAVV, 2005: 72). Milicias de partidos republicanos se presentaron, el 21 de julio, en conventos de Tortosa invitando a abandonarlos

y a salir de la ciudad a los residentes de ambos sexos; les ayudaron y garantizaron su seguridad (Cid: 43-44). En la diócesis de Tortosa, cuya iglesia era clasista y reaccionaria, perdieron la vida 301 de los 516 religiosos, el 58%; sin embargo Berenguer, alcalde de la capital, sacó al obispo carlista Félix Bilbao del balneario de Cardó, donde estaba detenido, y consiguió que llegara a Italia. También algún comité, como el de Benifallet, protegió a curas y monjas (Sánchez Cervelló: 35). Francesc Llobet, líder del comité de Vidreres, evitó asesinatos por mandato de la asamblea popular (Figueres y Reyes: 300). En Vilanova, del 25 de julio a fines de agosto, hubo según los franquistas 50 muertos y 20 según el anarquista Ricardo Mestre, que salvó a mucha gente porque «hem predicat tota la vida contra la pena de mort i ara l'apliquem com aquell qui res?». Añadía que los más «comecuras» eran del POUM (Canalis: 24 y 29). Insisto en que hubo muchos más cadáveres de eclesiásticos que de seglares, por lo que dedico un capítulo a la cuestión religiosa.

Recordemos que el 19 de julio, como había sucedido el 14 de abril del 31, se abrió la Modelo y se liberó a los presos, pues los revolucionarios querían suprimir estos antros, pero aún había detenidos, pues no se eliminó a todos los adversarios, y se usaron el castillo de Montjuïc y algunos barcos para albergarlos. También se pensó en crear Preventorios Judiciales y Correccionales, para redimir con escuelas, bibliotecas y talleres. Pero la guerra se alargó y hubo que enfrentar nuevas situaciones, como el sabotaje y la desmoralización en la retaguardia y en las fuerzas armadas (Tasis: 23-30). Pagès, tras recordar que en las cárceles regulares catalanas no se produjo la locura que ocurrió en otros lugares, cita un decreto de la Generalitat, del 12 de agosto, que aprobó restablecer las penitenciarías. Si el 19 de julio se liberaron 851 presos, en julio ingresaron 12, en agosto 133, en septiembre 73, en octubre 311, en noviembre 294 y en diciembre 575 (1996: 32-39). Hubo una nueva cárcel de mujeres en un convento de Sant Gervasi dirigida por Isabel Peiró, del POUM y antes vendedora del SEPU (Bueso: 206). Los detenidos en Igualada acabaron en el depósito de la Delegación de Policía Municipal, aunque cuando aumentaron en número se usaron los Juzgados y después la Església dels Dolors (Jorba: 51). En las comarcas de Tarragona se

emplearon también buques, primero el *Cabo Cullera*, luego el *Río Segre* y más tarde, a partir del 27 de octubre, el *Mahón* y el *Isla de Menorca* (Vidiella: 40-45).

XV

Confesores, cruzados y penitenciaros

Los Reyes Católicos perfeccionaron los mecanismos de control, represión y exclusión cultural e ideológica. Recuperaron la inquisición medieval como tribunal del Santo Oficio y buscaron aniquilar cualquier diferencia o divergencia, además de inmolar a gitanos, judíos, moriscos, mujeres tachadas de brujas y homosexuales, hostigaron a erasmistas y calvinistas, pelirrojos y zurdos. La infamia supuso una atmósfera irrespirable de terror y recelo, de tortura y delación, pues además de cientos de personas asesinadas de forma atroz, condenó a la mayoría a ser muertos en vida, humillados recelando de todos. Las denuncias que desencadenaban los procesos eran anónimas, mientras otros debían silenciar sus ideas u olvidar a familiares perseguidos. Espacio de angustia, pánico y sospecha que sólo entenderemos viéndolo como un ensayo general de lo que siglos después crearían el KGB, la Gestapo, la Brigada Político-Social franquista y la Stasi de la República Democrática Alemana.

Poco antes del deceso de Isabel, el cardenal Cisneros mandó a destruir, hacia 1500, la excepcional biblioteca de Granada, quizás la mejor dotada de la época, y más tarde, en 1562, fray Diego de Landa perpetró lo mismo con

casi todos los códices mayas en Yucatán.

Centurias después, los liberales, con la excusa de modernizar el país, perpetraron entre otras medidas la desamortización eclesiástica y civil, que perjudicó a la inmensa mayoría de rurales, impidiéndoles valerse de prados, tierras o bosques comunales y pasando de trabajar tierras de la Iglesia, excelente acosador ideológico pero deficiente explotador material, a trabajar fincas de burgueses que buscaban obtener mayor beneficio a costa de quienes las labraban. Si por unas décadas, prelados y curas rechazaron y repelieron el cambio, incluso armas en mano, luego olvidaron tales veleidades y volvieron a aliarse, como antes, con el poder y el señorío. Tal vez bastará con una andanza, la del carlismo catalán y en especial el de las comarcas de Tarragona. Si en el siglo XIX, los carlistas formaron parte de tanta partida alzada contra el poder, en las primeras décadas del XX colaboraron con gobernantes más o menos autoritarios, con el pistolero patronal o con la represión, como la que perpetraron contra los *rabassaires*. Santesmases i Ollé aporta bastante información sobre el antagonismo entre curas y *rabassaires* en el Baix Penedès i Alt Camp (103109). En 1897, la Iglesia evidenció su catadura represiva en el juicio de Montjuïc, cuando el sistema aprovechó para acosar a cuantos denunciaban sus atropellos, aunque ninguno tuviera que ver con los partidarios de la propaganda por el hecho.

Nadie protestó o protesta ante tanta canallada y, al revés, se rasgan las vestiduras por lo ocurrido el verano del 36. Además la Iglesia española sigue sus desafueros, con peroratas, manifestaciones en la vía pública o a través de la COPE. «Se nos entiende todo», era una de sus proclamas, con la pretensión de que todos los ciudadanos acaten sus dogmas y conductas culturales, del aborto a la eutanasia, sobre el matrimonio homosexual o la pedagogía, además de trapichear en política y no sólo la parlamentaria.

Quizás el pío tribunal es uno de los aspectos más enmascarados de este interminable pasado de represión e infamias. El capuchino Barcellona lo defendía de la vieja propaganda protestante: «La Inquisición española fue simplemente defensora de la Religión y del Estado. Una cuestión de salud pública. La herejía era, como hoy el comunismo y el anarquismo, un movimiento subversivo, antisocial». Añadía que «recordar hoy la Inquisición

es inoportuno y ridículo, además implica mala fe. Los prejuicios que han recorrido el mundo sobre la intransigencia fanática del Catolicismo español son tan dolorosos como disconformes con la verdad; lo acontecido no puede tener pues esta inconsistente justificación» (6-7). El inefable fray Justo Pérez de Urbel, asesor privado de Pilar Primo de Rivera y primer abad del Valle de los Caídos, rezaba que «la verdadera historia del Santo Oficio de la Inquisición en España demuestra que fue un tribunal humano [...] el primer tribunal del mundo que suprimió el tormento; el procedimiento jurídico de la Inquisición con todo secreto, con todas las garantías, con todas las defensas, con todos los respetos, del siglo XVI al XIX, es propio de un pueblo ordenado y constituido sobre una base de humanidad y de justicia, cumbre de cultura y de progreso. Ni la Inquisición española, ni los tribunales civiles o eclesiásticos de España tuvieron jamás instrumentos de tortura como los otros países de Europa» (103104). Pío Moa critica a Beevor «por ignorar que, con todos sus errores, la Inquisición causó unas 1.000 muertes en tres siglos» (2007/a, 39). En septiembre de 2008, en una charla sobre «Sociedades cimarronas» en el colegio español Reyes Católicos de Bogotá, tras atribuir al Santo Oficio que miles de gentes huyeran de la Península, un profesor de la casa me aseguró que aquél sólo había ejecutado a 33 personas.

Dislates y esperpentos

Pasman errores de bulto, incluso en panfletos escritos durante o poco después de los sucesos. Me limito a resumir mi ponencia «Se nos entiende todo». Según Ignacio Menéndez-Reigada, en tierra republicana «no queda ni un sacerdote ni un religioso más que alguno que permanece oculto [y] apenas queda, en fin, un solo templo» (10); mientras para Cárcel, «los anarquistas

del POUM fueron reemplazados por los comunistas del SIM» (2001: 20). Más mordaz, Gutiérrez deploró que, desde 1975, «se ha manipulado la historia, de forma que los males de aquella ocasión impar se atribuyen a los vencedores»; en 1989 habló de la «trágica, cruenta y salvaje persecución de la que resultaron víctimas decenas de miles de catalanes»; cotejó la cifra de José María Fontana, 20.300 eliminados, con la de Solé Sabaté, 8.352, y falseó sosteniendo que la masacre «se extendió sobre todas las comarcas del Principado [y] haría que el oficio con mayor número de personas asesinadas fuese el de “pagés”». Añadía que legalizar el aborto vulneró «los derechos de inocentes no nacidos», pero podía superarse: «Para completar el panorama de la represión [...] debemos recordar la creación del Consell de l’Escola Nova Unificada [...]. Resulta innecesario aclarar la orientación sectaria que [...] culminó la lucha subrepticia contra la enseñanza de los colegios religiosos» (13-19, 63-65, 79 y 94). Su compinche Gómez Catón desorbitó con un desatino justificando la serie de la Editorial Mare Nostrum: «La gente era asesinada por ser católica [...] por ser alto o [...] bajo» (I: 6-7).

La cantidad de eclesiásticos inmolados en los primeros meses provocó que muchos autores abusaran de un abanico no muy amplio de calificativos: fuerzas infernales, sacrilegio, satánico, odio satánico o diabólico. Más sarcástico fue Rucabado que, negando motivos políticos o sociales, rezaba que «no era más que el constante odio a Dios, de origen más antiguo que la humanidad misma, como que empezó con Satanás en el mismo alcázar de los cielos» (1959: 150). Y Cárcel, uno de tantos que sabe la «verdad», leyendo con cuidado los procesos de beatificación jamás encuentra «pecados» del mártir, «sino un increíble odio a Dios y a todo lo que representa la fe en Él; un odio casi diabólico, porque sólo el diablo es capaz de tanto odio» (2001: 42). Alguno cita incluso a los colaboradores de Satán. Para Montserrat, en prólogo a Tusquets, éste aporta documentos que prueban la responsabilidad, desde 1931, de «la tenebrosa secta masónica» y de «sus seculares aliados, el capitalismo judío y los profesionales del motín» (6-7).

La algarabía hagiográfica, yendo con frecuencia del exceso a lo irrisorio, aún persiste hoy. Según Albertí, «el primer crim del que es té noticia és el [del] rector de la parròquia del Bon Pastor, a la barriada de Cases Barates de

Santa Coloma de Gramenet» (2007: 193). Gallardo y Márquez, en monografía de 1997, dicen que el párroco, según la *Causa General* (investigación franquista sobre los sucesos ocurridos durante la contienda), fue invitado a dejar la rectoría, se negó, subió a la azotea e «hizo fuego contra la turba marxista armado con 2 pistolas [...] pasados unos momentos se arrojó a la calle, fracturándose un pie [...] siendo asesinado por los revoltosos» (124).

Si unos cacarean móviles extravagantes para explicar lo ocurrido, otros desbarran. Albertí encabeza una visión conspirativa y martiriológica que acusa a masones, radicales, libertarios, gente de ERC y muchos intelectuales y políticos de pretender abolir la Iglesia, destruir todo vestigio material o cultural de la civilización cristiana y eliminar a los curas por representarla. Pero se superó con «permeteu-me una llicència: en algunes ocasions [...] he arribat a associar les escenes dels assassinats a Catalunya del 1936 amb la violència gratuïta de que van ser víctimes [...] molts ciutadans de Cambodja a mans dels kmers rojos dirigits pel maoista Pol Pot» (2007: 21-22 y 373-374). Lo tendría por exabrupto emblemático de la corriente si lo comparamos con otros datos: los jemerres rojos eliminaron, entre 1975 y 1979, ejecutados o desnutridos, a más de 1.700.000 personas, un cuarto de la población, abolieron escuelas y destruyeron bibliotecas. En Cataluña hubo los tantas veces mencionados 8.352 muertos y Richards calcula, de 1939 a 1945, 200.000 fallecidos en España muertos por el hambre o las atroces condiciones carcelarias (11). Aún podría cotejarse aquella afirmación con el parecer de Riquer, que se pregunta si, como dicen Benet o Raguer, los clérigos catalanes eran más abiertos o había bastantes afines a la ultraderecha carlista, Renovación Española o Unión Patriótica (49-51). Raguer explicita que el obispo Irurita se distanció del clero avanzado poniendo curas carlistas en lugares claves de la diócesis y envió una apocalíptica carta circular, el 16 de abril del 31, como si la caída de la monarquía supusiese el fin del mundo. Ante las elecciones de febrero del 36 ordenó tres días de rogativas públicas, por estar en juego «la existencia de la España católica»; y la Junta Diocesana de Acción Católica exigió votar a la derecha (1976: 81-83). En obra posterior es más terminante: los cardenales Segura y Gomá eran integristas, «no en el

sentido impreciso [...] de mentalidad conservadora o tradicional, sino en su acepción técnica de partidarios de un estado confesional que impusiera por la fuerza a todos sus súbditos la profesión y la práctica de la religión católica y prohibiera cualquier otra [...] si para crear o restablecer este estado confesional había que emprender una guerra civil, se emprendería». Tanta gente «a favor de un cierto orden que mezclaba régimen monárquico, conservadurismo social y religión, y que se aduce como una justificación de la sublevación militar, es en realidad un reconocimiento de la oposición contra la República que gran parte de la Iglesia española (jerarquía y laicos) adoptó desde el principio» (2007: 22-23).

Precedentes

Para Flórez, tras la Restauración, al liberalismo anticlerical le sucedió una burguesía conservadora uncida a la Iglesia —que se apoyaron mutuamente— y que permitió a esta última mantener intacto su esencia integrista, lo que aumentó la brecha con las clases subalternas, la inteligencia y cuantos tenían una ideología moderna, racional y científica. Cuantifica los miembros de la Iglesia y añade que casi todas las órdenes nuevas se dedicaban a la enseñanza (47-48). Poco después de proclamarse la Segunda República, la Iglesia, dirigida en parte por dos catalanes, Pla y Gomà, torpedeó las medidas secularizadoras para acabar con la anacrónica preponderancia clerical. Alguno se excedió, como Castro Albarrán, canónigo magistral de Salamanca, que en 1934 publicó *El derecho a la rebeldía*, con aprobación del obispo de Madrid y prólogo de Pla, mientras otros, aun siendo católicos, lo lamentaron, como Cardó. Según Miret, desde 1931 una parte de la Iglesia soñaba con la guerra y añade que «este clima de guerra civil comenzó con las supuestas apariciones de la Virgen en Guipúzcoa; y, posteriormente, con la propaganda

que la ultraderecha hizo de las pretendidas profecías de la Madre Ràfols, con claras alusiones políticas ultraconservadoras en contra de la República» (1976: 43).

	1875	1931
Monjas	20.000	60.000
Frailes	2.000	20.000
Curas	48.000	24.000

En la Cataluña de los años treinta, cuando la explotación y el conflicto social llegaron a cotas límite tanto en urbes como en el campo, donde persistían los debates sobre la *Llei de Contractes de Conreu*, el clero, a través de militantes carlistas, colaboró con la Guardia Civil en la represión gansteril. De forma ostensible, la Iglesia estaba al lado de los explotadores, grupo al que pertenecía por ser ésta propietaria de tierras e inmuebles o bien por vínculos familiares, pues muchos curas eran segundones de familias hacendadas. Si en los arrabales urbanos la congregación de fieles cristianos era poco visible y ensayó adoctrinar en lo ideológico, en el agro su presencia era palpable y su complicidad con los propietarios transparente.

La simbiosis de grey y carlismo era notable en varias comarcas, en especial en las de Tarragona, y para mostrarlo bastan dos muestras. En las elecciones municipales de 1931, bajo el nombre de «Guardia Civil de la Iglesia», se alistaron en la candidatura poco relevante Dretes de Catalunya, aliados con la Lliga; pero en Tortosa sólo obtuvieron dos concejalías de un total de 31 (Sánchez Cervelló, III: 159-160). Mosén Nolla dijo que en Reus «molts eren de mentalitat carlista. Suposaven, fins potser desitjaven un cop d'Estat més o menys violent: però creien que en pocs dies s'hauria acabat tot [el cardenal lo envió a un pueblo y allí oyó que] no es preocupi i no perdi temps. Nosaltres demà hem de rebre els uniformes de requetès i esperarem el dia que hàgim de fer-los servir./ Un parell de mesos abans d'esclatar el Moviment, aquest era el clima que ja es vivia poc o molt aquí» (Marquès: 133). Pero se desplegaban por toda Cataluña. El hagiógrafo carlista Nonell, por citar un caso, reconoce que los dos curas asesinados en Mataró, Samsó y

Ticó, eran del Centre Tradicionalista (1971: 58). Para Redondo, el clero fue responsable indirecto de lo ocurrido, pues «quizá se había mostrado en exceso apegado a una determinada concepción de la vida social, la tradicionalista tan remisa a introducir cambio alguno por entender que lo que existía era lo que tenía que existir, y además para siempre» (II: 25). Vaucells, profesor de la Universitat de Barcelona, dijo a Serra Vilaró, en Portvendres, que «segur que anem a la victòria, i que serà deguda als carlins» (AAVV, 1987: 139).

Es innegable el rol carlista al organizarse el Sindicato Libre, grupo paramilitar para neutralizar las demandas proletarias. Según Anguera, un bien informado Melcior Ferrer reclamó la paternidad para el Círculo Central Tradicionalista. Los primeros inscritos eran obreros carlistas, o jaimistas como entonces se decía, y Salvador Anglada, concejal de Barcelona, fue el principal instigador; mientras la dirección de la banda, que consumó la guerra sucia, recayó en Ramón Sales. Ferrer dijo que «todo Barcelona sabía que los carlistas estaban en el Sindicato Libre, y en aquellos tiempos de congoja eran la única esperanza de los burgueses y obreros honrados» (121-126). Según Alcalá, se fundó en el Ateneo Obrero Legitimista de Barcelona por parte de, entre otros, Junyent, director de *El Correo* y del Banco de Crédito Hipotecario, y Anglada, rector del Centro Carlista de Sants; añade la lista de caudillos tradicionalistas que ocupaban cargos directivos (2001: 232).

El engendro llegó a tierras del Ebro en 1924, creció apoyado por Martínez Anido, tuvo mayor base en el sector terciario, pero no neutralizó, a pesar de lo que dijo su prensa, ni a la UGT, mayoritaria, ni a la CNT (Sánchez Cervelló, III: 154-158). Fray Monleón, a mediados de febrero del 36, visitó a Sales en la sede del sindicato: «Allí son todos caballeros de la España única»; éste citó «un levantamiento contra las izquierdas» para julio: «nos vamos a lanzar a la calle todos los que no podemos ver a España pisoteada por estos comunistas. Es demasiado largo el calvario de la Patria y demasiado grande el descaro de sus verdugos [...]. Los militares nos darán armas». Luego «el profeta moría como un valiente sacrificado por los odios a su ideal de una España única, grande, libre» (25-27). Años después, mosén Llorens diría que «horroriza, avergüenza al hombre honesto, digno, al cristiano consciente y

bueno, pensar que, cada vez que caía por las calles de Barcelona un obrero asesinado por los agentes de los patronos o del Gobierno Civil [...] mucha gente de derecha y de la Iglesia daban su aprobación y aplaudían un crimen horrible que habrían debido condenar con todas sus fuerzas» (85).

Su implantación en el ámbito rural creció con la crisis del 29, que supuso la ruina agraria, en especial la vitícola, y la búsqueda de soluciones. El Parlament pensó encontrarla en una transacción: los payeses comprarían la tierra, a veces labrada desde hacía generaciones, medida a la que se opuso algún propietario más reaccionario e intransigente. Al perder las elecciones del 32 al Parlament, los carlistas se habían proclamado «avanzada del ejército libertador que inicia la reconquista espiritual de nuestra tierra». Si oponerse al Estatut de Núria les privó de militantes significados que pasaron a UDC, su actitud ante la cuestión agraria, que buscaba atraer a los hacendados, les privó del apoyo campesino, su vieja base. La opción insurreccional se puso en evidencia en el Aplec de Poblet del 2 de junio, o en el de Montserrat del 3 de noviembre, ambos en 1935, cuando según el mencionado Ferrer hubo «verdaderas llamadas a la guerra», y en los cada vez mayores vínculos con la golpista UME (Anguera: 124-126).

Según el carlista Soler, Caylà, mojigato de las Congregaciones Marianas, organizó y armó a gente desde Valls, en octubre del 34, y «se hizo cuestión de honor el que en tierras tarraconenses abortara la intentona separatista. Para esto estaba él allí con sus hombres, decidido a ahogar el movimiento subversivo, con la sangre, si era preciso». El 7 de octubre se ofreció a la Comandancia Militar de Tarragona, lamentando «que tengamos que ser los carlistas los que, por salvar a España, tengamos que salvar, de rechazo, la República que se hunde». Organizó Acción Ciudadana, fuerza paramilitar y base de un somatén clandestino que se debería haber disuelto, pero que siguió secretamente en la mayoría de pueblos de Tarragona (38-39).

Puig i Vila detalló lo sucesos del 34. Participaron el 60% de los *rabassaires*, ya que «per a ells la república significava quelcom més que un nom [...] era la llibertat econòmica i política; era substreure's a l'influència del cacic, era escapar-se de les urpes de l'usurer, del propietari, del capellà, de l'intermediari que, entre els uns i els altres, els deixen exànimes». Las

represalias fueron atroces, se detuvo a dirigentes en muchos lugares donde nada ocurrió; la Guardia Civil torturó y simuló fusilamientos para hallar supuestos camiones de la Generalitat con armas. Cayeron en el «remolí de les lluites socials centenars i milers de persones que mai no havien intervingut en fets de caire social i polític». Se profetizó que «si un dia els camperols catalans imitessin l'actitud dels pagesos de remença [...] si el riu es desbordés [...] si la tempesta es desfermés [...] si algun dia les cadenes es trenquen, ai dels opressors». Hubo solidaridad con los encarcelados. En un artículo, Rovira i Virgili indica que la UR ni era revolucionaria ni siguió las consignas de la Alianza Obrera. La UR elevó un oficio al presidente de la República, en mayo del 35, denunciando «un estado de cosas que, de perpetuarse, ha de derivar forzosamente [...] en una situación de fuerte violencia»; mentaba «una de las épocas más sombrías de represión [que] ha diezmado las poblaciones rurales de Cataluña, dejando en ellas una semilla de odio que jamás podrá desaparecer». Demasiados labradores «han sido perseguidos, encarcelados y bárbaramente atropellados por los propietarios de la población, con la ayuda complaciente de la fuerza pública. [Cumplían] con el deber de advertir, aún a tiempo y a quien corresponde, un peligro que se avecina y que no es a nosotros a quien corresponde evitar» (96-106 y 160-167).

Tras los hechos de octubre del 34, se recluyó en el *Arnús* a 900 varones, incluso menores de 14 años y mayores de 65, inválidos y enfermos, «terapia» que llamaron «pacificant els esperits», algunos rivales personales o políticos de los dirigentes carlistas; 350 salieron sin juicio en dos o tres meses. A los cabildos volvieron caciques de la dictadura. El de Amposta elaboró un listado con los 300 votantes de ERC, exabrupto que no atendió la Guardia Civil, que sin embargo detuvo a 32, incluido un banquero e industrial, y los soltó tras dos meses. Sustituyeron por correligionarios a funcionarios de ideología republicana, con complicidad de los jueces (Campos: 66-73). Según el alegato de la UR, muchos de los desahucios, cuyos propietarios se excusaban en que ellos cultivarían las tierras, escondían una venganza favorecida y alentada por la Ley de Arrendamientos Rústicos del Parlamento español y enfatizaban que «totes les bases i les garanties que serviren per una possible

convivència han estat destruïdes i [...] no és ja en aquesta direcció que les masses camperoles han de conduir els seus passos». Citaba el caso del Delta del Ebro, antes yermo, valorizado por la gran masa de campesinos desarraigados a los que se atrajo con engaños, pues primero se les prometió todo y luego debieron escoger entre devenir simples braceros o emigrar otra vez. Asimismo denunciaba los sacrificios de miles de payeses para satisfacer los reclamos de rentas, en muchos casos valoradas de forma arbitraria, por los hacendados o propietarios. Profetizó que el afán de justicia «augmentarà i s'agegantarà fins a plasmar-se en reivindicacions molt més absolutes». En Tarragona se organizaron comités vecinales para ayudar a los encarcelados, y alguien tan conservador como Carles Soldevila expuso en *La Vanguardia* sus «dudas sobre el valor del escarmiento», citando excesos por venganza, con violencia y amenazas, lo que denunció incluso gente de derechas. Narra desahucios y recuerda los excesos y los abusos de guardias civiles o miembros de la Legión (Apéndice 1). También en el «Informe reservado» del 39 hay bastantes referencias al rencor *rabassaire* contra los eclesiásticos (Martí Bonet: 44-46).

En 1936 el carlismo participó en la trama golpista. En mayo, «falangistas y requetés, con otros elementos de valía del país, estaban de acuerdo con lo más florido y aguerrido del Ejército para salvar a España» (Monllaó, 1942: 31). Poco antes era más explícito. El 18 de julio, cristianos y patriotas rezaban «por la buena marcha de la empresa de los caballeros del más noble de los ideales», esperando «con deseo, con ansia, el momento de podernos situar a su lado y, con la ofrenda de nuestros esfuerzos y de nuestra vida, ayudarles a alcanzar el triunfo definitivo de la histórica Cruzada». Algunos de estos «respetabilísimos caballeros» cayeron «víctimas del furor de la chusma» a principios de agosto de 1936; otros «dignísimos ciudadanos católicos y tradicionalistas» pidieron a gentes «conservadoras y sedicentes católicas» amparo y asilo, pero no lo obtuvieron (1941: 18-19, 25, 38-39 y 44). Vallverdú detalla la actitud carlista en 1934 y su descarada y torpe intromisión en el alzamiento del 18 de julio y en la trama golpista urdida desde meses antes (en particular 172-180 y 293-343).

El 26 de julio, el general Batet suspendió la *Llei de Contractes de*

Conreu, exigió a los payeses pagar la renta del año y la parte no satisfecha de los previos, que no se había librado mientras se esperaba sentencia. En caso de duda sobre contratos verbales, decidían las autoridades y los díscolos eran sometidos a consejo de guerra. Incluso el Institut Agrícola Català de Sant Isidre (IACSI) sugería en la prensa moderación, por alguna represalia descabellada que se había producido, y crecía el distanciamiento entre la UR y ERC (226, 244-245, 251-252 y 260).

Hubo premoniciones, como la del dirigente del Penedès Pau Baqués, que dijo en *La Terra* (517, 31-XII-35): «Els nostres plors seran els d'ells. Els pagesos no podran olvidar les injustícies de que han estat víctimes i això els servirà d'esperó» (Arnabat: 42). Barrull cita represalias en tierras eclesiásticas del Capítulo y de beneficiados de la seo de Lleida. Fue detenido el presidente de la Unió de Colons, y retenidos sus depósitos y cuentas para forzar a los colonos a un arreglo. *La Tribuna* informó de la liberación de 50 labriegos tras ponerse de acuerdo con los canónigos sobre rentas atrasadas (69). Para Pujadas la represión incrementó la brecha entre desahuciados y propietarios. Prueba de ello es que incluso la prensa carlista lamentó abusos producidos, como el artículo «Jornales de hambre», aparecido en el *Correo de Tortosa* (14-III-35). Más tarde un editorial de *El Pueblo* (8-II-36) proclamó «en nom de Déu —pobre Déu— i amb l'ajut d'unes parelles de guàrdies civils, les dretes incivils han encès la guerra al nostre camp. Un sol propietari, Damià d'Oriol, ha desnonat a la nostra comarca prop de 2.000 arrendataris. Es a dir aquest “cavaler (?) de l'ordre de Montesa”, catòlic cent per cent, ha comdenmat a la fam i a la desesperació a 2.000 arrendataris» (1988: 102). También detalla el acoso en Tortosa de gente del Círculo Tradicionalista —dirigido por el ex alcalde y diputado Bau i Nolla— contra funcionarios de la Generalitat, acusados de participar en la proclamación de l'Estat Català, detenidos y despedidos aunque hubieran sido puestos en libertad por falta de pruebas (1994: 45). Atribuye la violencia del 36 en Tortosa a injusticias y brutalidades seculares, a un caciquismo muy arraigado, a la persistencia del clericalismo cerril, con estrechos vínculos entre la Iglesia y los explotadores, así como a la militancia carlista de la mayoría de los curas, políticamente comprometidos con la extrema derecha, como lo estaban también muchos

fejocistas. Curiosamente la destrucción material precedió a la humana; la primera, masiva, sin control y espontánea, alcanzó el cenit el 31 de julio; en algunos lugares, como La Sènia o La Galera, dirigentes del comité local lograron evitarla. En cuanto a la segunda, eliminaron a 33 curas (12 tradicionalistas palpables), 29 en agosto y 4 de septiembre a noviembre (1988: 150-155).

Sánchez Cervelló detalla el compromiso carlista con gente del IACSI o la Lliga y contra el campesinado; además, cuando se agudizó el antagonismo, la prensa de los primeros rebosaba de elogios a Mussolini y loas a los que serían capaces de morir defendiendo la patria y la religión. A raíz de las elecciones del 33, aumentó la adopción de posturas fascistas, exigían sin tapujos un régimen autoritario, tapaban con su actuación política una trama militar y el sindicato corporativo, Agrupación Gremial de Trabajadores de Tortosa, creado en agosto del 33, se extendía a toda la provincia en 1935. Antes, tras la asonada del 34, muchos carlistas sustituyeron en los cabildos a los concejales destituidos y, en el verano del 36, planificaban concentrarse en el Gobierno Civil de Tarragona para secundar al ejército y se agruparon para tomar Caseres, Flix, Horta de Sant Joan o Pinell. También detalla los casos documentados de carlistas ejecutados en el 36. En Tortosa, de 204 ejecutados, 79 eran carlistas y 23 de ellos además eran curas, casi la mitad de los 54 sacerdotes muertos en la diócesis.

Comarca	% de la población
Alt Penedès	0,30
Priorat	0,30
Terra Alta	0,27
Baix Penedès	0,27
Alt Camp	0,17
Conca de Barberà	0,15
Baix Camp	0,12
Baix Ebre	0,11

También fueron liquidados 4 canónigos carlistas de los 7, lo que

demuestra el peso de esta corriente en la cúpula del obispado, favorecido por el prelado Bilbao, también carlista. En «Conclusions» enfatiza la simbiosis total entre Iglesia y carlismo; el obispo les dio, desde 1900, el control de los *centres catòlics* y otras entidades pías. Creció la militarización, en 1910, al recuperarse el requeté, primera milicia de un partido político moderno, que Bau, Caylà y el capitán Sentís pensaban incorporar al golpe de julio (III: 164-168 y 173-175). Alcalá cifra los carlistas ejecutados en Cataluña durante la guerra y, curiosamente, sus datos no sólo difieren de los de Sánchez Cervelló sino que además da suma distintas —1.199 y 1.156— en dos de sus obras (2001: 167-232 y 2005/b, 115-151). En la primera de ellas da el lugar de nacimiento y donde murieron; en la segunda sólo el primer dato, si bien, como he indicado, no concuerdan ni el total ni otras informaciones. Es significativo que las ocho comarcas con mayor porcentaje sean agrarias y coincidan con algunas donde fue mayor la represión contra los rabassaires.

Alcalá añade que todos los carlistas de Terrasa fueron eliminados por gente de ERC (2005/a: 38), y evocando los 8.352 muertos de Cataluña precisa que 2.039 eran religiosos, 2.738 de militancia conocida y de los otros 3.575 «cabe suponer que en su gran mayoría pertenecían a partidos de la derecha [...] o simplemente fueron asesinados por ser propietarios o por revanchas o envidias personales» (2005/b: 317).

Los del comité de Gràcia, todos inmigrantes, respetaron a Trias, a pesar de saber que era católico y que tenía monjas refugiadas en su casa, por ser secretario general de UDC. Esta consideración se extendió a todo este partido y a sus militantes, seguramente por haber votado a favor de la *Llei de Contractes de Conreu*; como dice el mismo Trias: «Per ells, nosaltres érem els “altres”», ni de derechas ni burgueses de la Lliga (90).

Depuración, purificación o martirio

La matanza de clérigos, en una Cataluña sin sacrilegios del 31 al 36, trajo una machacona versión que insiste en una Iglesia catalana excelsa ante la del resto de España, por culpa de la cual se habría producido la depuración. Lo que, según Benet, en su día habría desconcertado a la mayoría de curas y laicos, al afectar a un grupo «que, a la seva major part, havia superat l'integrisme del segle XIX, respectava les noves institucions republicanes i autonòmiques i vivia un moviment de revisió i d'autocrítica i, ahora, creatiu que permetia d'esperar fruits excel·lents». Insiste en esta superación y en que recurrir a una sedición armada era sólo un hecho del pasado, que, sin embargo, pudo influir en algún sector concreto (6-7). En la misma publicación, Massot enfatiza que «cal dir ben alt que l'Església catalana —com la resta de l'Església de l'Estat Espanyol— no estava compromesa en l'aixecament d'una part de l'exèrcit i d'alguns partits de dreta [...] en general el clergat català era molt catalanista i tenia un nivell cultural considerable, a l'altura del cristianisme europeu contemporani, i no hi mancaven intel·lectuals en bones relacions amb la *intelligentsia* del moment, que no dubtaven a parlar, si més no en teoria, dels avantatges socials d'un sistema col·lectivista (cas d'Àngel Carbonell) o a atacar durament els errors de les dretes catòliques (cas de Carles Cardó)». Insiste en que «la gran majoria dels catòlics catalans, homes d'Església o no, no solament no participaren, doncs, en el cop d'Estat [...] ni tan sols l'esperaven, o el consideraven un rumor sense fonament» (1986: 52, 53-54). Dictamen que emitió més tarde, incluso repitiéndose y contradiciendo lo que, ya veremos, opinó en otras publicaciones: «Cal dir ben alt que l'Església catalana —com la resta de l'Església de l'Estat espanyol— no estava compromesa en l'aixecament d'una part de l'exèrcit i d'alguns partits de dreta que va esclatar el juliol de 1936 [...]. En línies generals, els catòlics catalans, cansats de les vexacions sofertes durant la Dictadura de Primo de Rivera i d'un tarannà més obert que els d'altres latituds, havien acollit de grat la República i no veien amb bons ulls el centralisme ni el militarisme [...]./ No mancaven [...] alguns elements

extremistes que s'oposaven als intents de *ralliement* de Vidal i Barraquer [...] però en general el clergat català era molt catalanista i tenia un nivell cultural considerable». Repite que la Lliga «ni tan sols va prendre part en cap moment en la conspiració [...]. La gran majoria de catòlics catalans, homes d'Església o no, no solament no participaren, doncs, en el cop d'estat [...] sinò que ni tan sols l'esperaven». Se empecina: «En línies generals, els homes d'Església catalans del 1936 no participaren en l'aixecament militar de les dretes ni [...] prengueren les armes contra el poble» (2003: 386-387 y 426). Balcells insiste en que «no hi ha cap cas documentat que la clerecia participés o secundés la revolta militar del 19 de juliol a Barcelona» (192). Por su parte, Ragner, excusando a la Iglesia catalana, sostiene que fue la española la que «s'havia identificat globalment amb les dretes i l'estiu del 1936 van pagar justos per pecadors» (2005: 158-160), pero reconoció que «como institución, había aparecido en las contiendas electorales de la República formando un bloque con las derechas» (1977: 150). Sin embargo, en el aporte de 2001 da ya muchos datos de la complicidad de la Iglesia con el golpe, y de los católicos en conspiraciones contra la República, incluso con la derecha en el poder. En obra posterior dice, de la España del 36, que la religión era la pauta capital y más apasionada del enfrentamiento entre derechas e izquierdas. Señala el porcentaje de curas muertos sobre el total de sacerdotes de cada obispado.

Obispado	%
Barcelona	23,3
Solsona	15,7
Tortosa	61,2
Lleida	65,8
Girona	21,6
Tarragona	32,4
Urgell	19,5
Vic	27,1

Añade sin tapujos que las «consignes electorals dels bisbes eren descarades [...]. Per força els camperols i els obrers havien de veure l'Església com un enemic polític» (2004: 158-160). De lo sucedido tras el 18 de julio enfatizó que «si en una zona hubo muchos mártires, en la otra hubo muchos confesores» (1977: 161). Diez años después, tras señalar que alguno murió como los cristeros mexicanos, pregonando «¡Viva Cristo Rey!», afirmó que «la Iglesia española, en la guerra civil, no fue pacífica ni pacificadora [...] no intervino en la conspiración [...] pero no está exenta de responsabilidad en la radicalización de actitudes que llevó al trágico enfrentamiento». Cuando éste devino «guerra civil, se comportó, en general, de forma muy poco misericordiosa. Fue muy sensible a las propias víctimas, pero insensible a las otras [...]. Más grave aún es la colaboración de no pocos párrocos, y aun obispos, en la represión» (1987: 888-890).

Aquella disimilitud es vieja. Según Estelrich, «en ningún sitio, como en Cataluña, ha sufrido el catolicismo una persecución tan viva, tenaz y completa»; y precisa que «el clero de Cataluña descollaba por una selección intelectual de primer orden y por una compenetración absoluta con el sentimiento popular y colectivo de los catalanes. Era un clero piadoso, ejemplar y al mismo tiempo liberal en el mejor sentido de la palabra. [...] Precisamente por su valor intelectual y moral este clero ha sido singularmente perseguido. El odio a los mejores ha sido una de las características más patentes de esa revolución».

Más allá especifica que «los primeros asesinatos los cometieron elementos de la FAI, por lo general no catalanes» (36-38 y 43).

Pero hay suficiente información opuesta, incluso de creyentes. Vilarrubias reconocía la escisión en dos grupos: por una parte, el nuncio Tedeschini, la CEDA, la Lliga, el PNV y la FJCC; por la otra, el arzobispo Gomá, con muchos obispos, como Irurita, y todo el pueblo católico. Añade un listado de entidades y publicaciones; de las catalanas atacaba a la FJCC, «fundamentalmente racista, con desprecio “bíblico” hacia sus hermanos y herético en religión», aunque 500 de sus miembros lucharon en el Tercio de Montserrat, y sitúa, vinculados a Irurita, a los carlistas, a otras asociaciones

tradicionales, a *La Hormiga de Oro* y *El Correo Catalán* (52-54 y 112-115).

Massot, en reseña, menta la ideología, imprecisa según Serrahima, de la FJCC. Se vocearon una y otra vez apolíticos pero muchas actitudes suyas eran bien derechistas, en una mezcla político-religiosa que luego aparecería en otros grupos y sería la base del «nacional-catolicismo» (1975: 168-169).

Mosén Bonet reprodujo su entrevista con Manent, publicada en *Serra d'Or* (1970), sobre las tendencias en la Iglesia catalana entre 1880 y 1900: la mayoritaria, el 90% de los *mosens*, era conducida por el cavernario Sardà y Salvany y sus secuaces de la *Revista Popular*, *El Correo* y otras, «integristas [que] incidien en el camp polític amb un sentit tancat de tendència carlina». Las dos corrientes mínimas acogían liberales y catalanistas, y sugerían desdeñar a los estridentes que podían llevar a un enfrentamiento total, y que motivaron que incluso terciara Roma, con la encíclica *Cum multa* (1882). Por si faltaba algo, una carta del secretario de la Sagrada Congregación romana del Índice (1887) elogió desorbitadamente *El liberalismo es pecado* de Sardà, enfrentado sin disimulo con Torras i Bages. La campaña de Pey-Ordeix contra los obispos catalanistas llegó hasta el Parlamento español (1984: 6-29).

Massot, en el capítulo «Boires», habla de dicho integrismo y de la denuncia realizada por Cardó (*El diàleg interior*, XI-1930) del «catòlic delirós, epilèptic d'esperit, que ha confós el progrés (per exemple polític o social) amb l'heretgia, l'acció amb l'agitació, la polèmica amb la rebentada incivil»; y de su temor ante una posible cruzada: «Les guerres religioses no existeixen: sempre són pretextos per ocultar finalitats polítiques». Otro artículo de Cardó, «La gran vergonya» (12-VIII-30), lamentaba el peso de «faramalles pseudopiadoses de molts rics», el abandono del proletariado «a la tristíssima doctrina de la resignació» y que los curas pareciesen «còmplices dels qui s'han enriquit amb l'explotació. [...] El resultat ha estat fer-los concebre la idea d'una Església aliada de la plutocràcia» (1973: 105-124). Según Cirera, la mayoría de los patronos, en 1935, «en lloc de cercar en les directrius cristianes l'imperi de la pau, encara sospiren pels règims de força que els permetin de reempendre l'explotació proletària, encara volen confiar al feixisme la solució dels problemes que només en tenen una, la cristiana»

(101-102).

Estela, consiliario del FJCC, mentó el clima del seminario de Girona: «En primer lloc, dit sense embuts, la clerecia d'ací, sense que es pugui dir [...] que fos de costums relaxats o que manqués de cultura, no ha estat al nivell de la situació [...] els sacerdots d'ací hem tendit a apartar-nos del poble humil». Lamentó «preferències per als rics en la manera individual de procedir de molts sacerdots». Y añadía que «l'excés d'integritat no era pas exclusiu dels qui es deien integristes» (341-347). Cárcel, tan poco sospechoso, reconoce también la lamentable formación en los seminarios españoles y cita el parecer demoledor del nuncio Tedeschini, en cuanto a que «el divorcio entre el clero y la sociedad española tiene raíces muy antiguas. Hace ya muchos años que el clero español no predica el Evangelio, el pueblo no aprende el catecismo y mucha gente no sabe ni el *Padrenuestro*. [...] Los seminarios han sido cuarteles o reformatorios, llenos de inmoralidades y libertades intolerables». Fue providencial el 36 «porque dos tercios de los alumnos han abandonado los seminarios, pero el problema se ha agravado porque han quedado los más estúpidos e incapaces. ¿Qué podemos esperar de esta gente?». El nuncio Antonio Vico, que llegó a Madrid en 1907, observó lo mismo «tanto en espíritu eclesiástico como en disciplina, moralidad y formación intelectual» (1990: 48 55).

Vidal i Barraquer escribió, en carta confidencial a Pacelli, que «algunos elementos tendenciosos, entre ellos curas y frailes, reuníanse para que el Vaticano se comprometiera hacia determinados bandos de entre los que actualmente luchan unidos contra el anarquismo y el comunismo». En vez de orar, crecían «las perniciosas divisiones entre los católicos, como si no fuera bastante dura la lección recibida y asaz amargos los escarmientos sufridos [...] por desgracia, no han faltado eclesiásticos que, saliéndose del campo o esfera de su misión, que siempre debe estar por encima y al margen de toda política partidista, han avivado más la llama de la discordia», (*Arxiu*, 2-IX-36, 78-79). Gaziol se preguntaría más tarde «on va l'Església catòlica a Espanya»; y contestó que «per a jugar tal com està jugant [...] caldria poder estar ella ben segura que els seus enemics no trionfaran mai més [...] vindrà un dia que els enemics de l'Església tornaran a guanyar. I llavors, que

passarà? Esgarrifa imaginar-ho. I, qui s'ho haurà buscat?» (15-III-51, 229).

El dictamen de mosén Casimir Martí es preciso. En los siglos XIX y XX, la Iglesia tuvo y quiso conservar poder material e influir en lo social, negando íntegramente toda oposición y «tot intent de procurar per a l'Església una plataforma d'influència política o social, és a dir, parcel·les —si més no— de poder civil, té com a conseqüència inevitable la de convertir l'Església en una força competitiva i “bel·ligerant” (en el sentit més atenuat i figurat del terme), enfront d'altres forces polítiques i socials, i la d'acumular damunt l'Església les responsabilitats que s'adquireixen, vulgues [o] no vulgues, en l'exercici d'aquell poder. [...] La certesa [...] de posseir l'única veritat capaç de configurar l'autèntica i feliç convivència de la societat humana fa de l'Església una entitat potencialment perillosa» (12 y 25). Para Pladevall, otro sacerdote, la clerecía confundía con frecuencia y a veces del todo la persistencia de prácticas religiosas con la solidez de la religión. Muchos curas pretendían dirigir su feligresía en todos los ámbitos, incluso los que no le incumbían y para los que carecían de experiencia. Por añadidura, tanto clérigo suponía que muchos se dedicasen a diligencias alejadas de la pastoral, más o menos vinculadas con la administración de bienes o con capellanías de gente rica, dando al proletariado una visión peculiar de la economía eclesiástica (178).

También es terminante el diagnóstico de Piñol. En 1935, Gomá pronunciaba rígidas pastorales que sugerían el futuro nacionalcatólico y los tópicos de cariz político-religioso (propios de los círculos integristas) que se evidenciarían en sus manifiestos durante la Cruzada. La táctica de la jerarquía durante la República priorizó, cada vez más, la defensa de la religión, lo que implicó la unidad política de los creyentes. De este modo, Irurita presionó para que UDC se integrase en la candidatura del Front Català d'Ordre o, como mínimo, la apoyase. La cuestión estalló en febrero del 36, cuando la llamada fue explícita, como en la mayoría de revistas —no sólo las integristas—, y se equiparó erróneamente laicismo con anticlericalismo. Gente insensible ante la explotación, cuando crecía la tensión volvían a cacarear sobre la «defensa de la religión y del orden social». Incluso respecto a FJCC está de acuerdo con el parecer de Massot que detectaba una

inclinación derechista bajo un barniz apolítico. Frente a la visión habitual, subraya que la persecución fue mayor en las comarcas rurales que en las urbanas; o que en Lleida, además del paso de la Columna Durruti, hay que recordar las opulentas posesiones de beneficiados y canónigos. Se pregunta sobre «el *leitmotiv* de molts dels perseguïdors, ¿era, realment l'odi a la religió, al catolicisme o a la fe o bé a la institució Església (amb els seus funcionaris al capdavant), amb la seva influència social i el seu poder econòmic, reals o imaginaris [...] propera a les classes benestants i aliada natural de l'exèrcit i l'oligarquia?». Los ejecutores «eren la punta d'un iceberg: els sectors populars i obrers més representatius, a vegades més il·lustrats del que hom creu avui, rebutjaven la violència, però jutjaven igualment l'Església a través de la imatge que hem descrit». Ante 20.000 personas que pudieron huir de Cataluña, se pregunta a cuánto español no adicto al Movimiento Nacional se le permitió abandonar la zona franquista, en medio de la oleada de terror blanco (34-36, 43-44, 52 y 53-55). Boixareu veía los feojocistas con talante democrático y socialmente progresista (27). Piqué cita un artículo de Sihar (*Llibertat*, 11-x-36) sobre los de la Riera de Gaià que entraron en la UGT y «muchos de los que hoy blasonan de comunistas, el 16 de febrero querían a Gil Robles y pedían por las casas que votaran la candidatura de Dios» (1998: 388-389). Lladonosa, como otros de la FJCC, entró en la CEDA y dice que a veces se confundía fonéticamente fascista y feojocista (207). Para Bernecker es llamativo que gran parte de la historiografía busque mitigar el compromiso militante de los jefes y los vea más como testigos que como protagonistas de disputas ideológicas, cuando ocurría lo contrario entre los rebeldes. También ve sospechoso que sigan cerrados la mayoría de archivos (1996: 144 y 147).

Navais y Samarra, tras enfatizar la innegable identidad de la Iglesia y el catolicismo con la reacción durante la Segunda República, detallan las denuncias de la prensa republicana sobre el uso del púlpito por curas de trabuco, hermanados con la extrema derecha, en especial en febrero del 36, incluidas numerosas llamadas a resistir con las armas. El párroco de Riudecols dijo que «tots els qui votin les esquerres cauran en pecat mortal. I si a pesar de tot, guanyen les esquerres, de vida no en tenim més que una, i

ens l'hem de jugar». Insisten en la participación de los carlistas en organizaciones políticas y en las del catolicismo militante, que brindó locales y publicaciones para actividades no estrictamente piadosas. En febrero del 36, el Centro Católico y el *Semanario Católico de Reus* se pusieron al servicio del Front Català d'Ordre, con artículos catastrofistas o integristas y satanizando a los contrarios. La derrota supuso que se inclinaron por la vía golpista, hablando de fraudes electorales en un tono cada vez más apocalíptico, con la religión como eje del discurso, lo que coincidió con la escalada de violencia (235-236, 250-251, 259-260, 277-278, 283 y 288).

Incluso Albertí reconoce que, tras las elecciones, la jerarquía eclesiástica ayudó a la agonía anunciada de la República, lo que califica de «grave equivocación» que no justifica el deicidio, pero «impide afirmar, con un mínimo sentido crítico, que la Iglesia sólo fue víctima de aquella atrocidad. Las víctimas fueron las personas [...] pero la Iglesia como institución cometió el grave error histórico de no erigirse en salvaguarda de la paz social» (2008: 206).

Ferrer Canós, del convento de Lleida, publicó en 1935 y 1936 en la *Revista Franciscana* algunos artículos en los que denunciaba «claramente la inminente catástrofe y predicaba los deberes de los católicos para prevenirla» (Trepas: 190). Antes del «Glorioso Movimiento», la superiora dijo a su comunidad que «siento que ha llegado la hora de las grandes purificaciones, de las grandes inmolaciones [...]. Parece que va a haber un levantamiento»; hasta las tres de la tarde del 19 «conservamos algunas esperanzas [...] pero en anocheciendo, se habían disipado ya todas» (Pons: 149-150). El 25 de julio, maristas de Bellpuig de les Avellanes imploraron «del Señor, por mediación del Apóstol, el triunfo de la causa católica» (Martínez: 39). El capuchino Barcellona evidenció su talante al señalar que «el patriotismo que el movimiento fascista ha alcanzado en Italia [...] no sólo la ha convertido en una potencia de primer orden y ha creado un imperio colonial, además [...] ha liquidado la lucha de clases», de modo que con amor a la patria «la lucha social es tan esporádica y fácilmente superada como lo es la justa reforma económica»; además, ensalzó el patriotismo heroico de la tropa franquista, que llama «soldados de Dios», en especial a los requetés, que para él son

«una legión de héroes y de martirio» (10-12).

Por estas fechas se tramó la *Carta colectiva del episcopado español*. A pesar de haber dado, ya desde el 31, «ejemplos de prudencia apostólica y ciudadana» y de colaborar con el gobierno, fueron agraviados y vejados. Si lamentaban la guerra, «uno de los azotes más tremendos de la humanidad», la veían «el remedio heroico, único, para centrar las cosas en el quicio de la justicia y volverlas al reinado de la paz. Por esto la Iglesia, aun siendo hija del Príncipe de la Paz, bendice los emblemas de la guerra, ha fundado las Órdenes Militares y ha organizado Cruzadas contra los enemigos de la fe./ No es nuestro caso. La Iglesia no ha querido esta guerra ni la buscó». Pero legisladores y gobernantes ensayaron «torcer bruscamente la ruta de nuestra historia en un sentido totalmente contrario a la naturaleza y exigencias del espíritu nacional» y en especial «opuesto al sentido religioso predominante en el país». Insistían aún en que «el alzamiento cívico-militar fue en su origen un movimiento nacional de defensa de los principios fundamentales de toda sociedad civilizada», mientras la clerofobia era bárbara, premeditada y antiespañola, pues «la obra destructora se realizó a los gritos de ¡Viva Rusia!». Además justificaban y sacralizaban el «Movimiento Nacional», que «permite esperar un régimen de justicia y paz para el futuro»; y veían «una distancia enorme, infranqueable, entre los principios de justicia, de su administración y de la forma de aplicarla entre una y otra parte» (Gomá, 1940: 563-566, 575, 585-586).

Este juicio alarmista que podría compararse con «La teoria de la catàstroe previa», editorial de *La Paraula Cristiana*: «No siguem fills del tro. Aprofitem tot el bé que hi hagi en el món, aguantem tot el possible els elements útils de l'ordre existent, millorem-lo pacientment, no fem cap trencadissa. Si la catàstroe, malgrat tot, és enviada per Déu, serà penyora d'un ressorgiment gloriós. Si la provoquem temeràriament nosaltres, ens exposem al risc que sigui una mort sense resurrecció» (III-1933: 195). O con el dictamen de Cardó, seguramente autor del editorial anterior, viendo que la revolución «provocada precisament per a la realització de la catàstroe prèvia, ja no destruí gairebé més que ruïnes. Les turbes no cremaren les esglésies, sinó després que aquells sacerdots hagueren cremat l'Església». Tras citar el

cisma dentro de la jerarquía desde el 31, acusa a los díscolos con Roma de sabotear Acción Católica y preparar «l'ambient de la guerra civil, de vegades quelcom més que l'ambient». Recordó un incidente «il·luminista i pintoresc»: el hallazgo de las revelaciones, apócrifas, de sor Ràfols, que 150 años antes habría profetizado la llegada de un príncipe cristiano para restaurar el reinado de Cristo-Rey, superchería liderada por Irurita y Segura, que la Santa Sede no deshizo hasta 1944. Tras este enfrentamiento, se desencadenó el 36 y «la conxorxa de les apetències militars, plutocràtiques i eclesiàstiques, determinà l'esclat de la guerra preparada de llunya [sic] data i decidida per algunes d'elles a Roma amb Mussolini al març de 1934»; y «les repercussions sacrílegues que tingué en la zona republicana cauen doncs, en gran part sobre la consciència dels promotors del fratricidi col·lectiu», entre ellos algún jerarca, representando a «una església sense evangeli, totalment diferent de l'autèntica Església de Crist» (1994: 55, 59-60, 62-63, 65-66, 66-67).

Antes de la militarada algunos ya se lamentaron. Cardó recordó «casos de represàlies contra parcers i rabassaires», deploró que «s'ha aconseguit que es produís a Espanya [la] identificació de República amb laïcisme i de Monarquia amb catolicisme»; y admitió premonitorio que «la catàstrofe que ens ha d'engolir a tots no trigarà gaire. [...] Si a través de nosaltres [los otros] veuen erradament [...] una Església contaminada per tots els vicis i aliada de totes les forces de l'opressió i de la injustícia, en lloc d'un argument de credibilitat, els oferirem un argument d'incredulitat» (1936: 10-12, 25 y 27-28). Sariol cita su artículo sobre las derechas, aparecido en *La Veu* (16-VI-36), del todo «desautoritzades per a invocar la salvació d'Espanya [...]. El que pretenen és la defensa dels seus privilegis [...]. Si Espanya és catòlica i cristiana com aquesta gent ve dient amb tanta insistència, haurien d'alçar-se, fins i tot, les pedres per a desautoritzar els qui s'expressen en tons fratricides. L'Església diu ¡no! a l'esperit de venjança, vingui d'on vingui» (1978: 185-187). Vilar Costa, cura que se quedó en Barcelona durante la guerra, detalla las causas de la apostasía popular, como la «tergiversación de la doctrina social católica y desobediencia contumaz a direcciones sociales pontificias» o el caso de «católicos representativos olvidando la miseria de las masas». Resume que la mayoría abandonó la Iglesia viéndola su mayor adversario y

los payeses, en concreto, por el proceder de muchos hacendados que alardeaban de católicos y del amparo que conseguían de los párrocos. Añade el rol de la Iglesia ante las elecciones de febrero del 36, con funciones religiosas que se convirtieron en asambleas políticas; o que se pasaron en el confesionario negando la absolución si no se votaba al Front d'Ordre. Insiste en que «los sacerdotes no fueron sacrificados precisamente porque eran ministros de Dios, sino la mayoría lo fueron o por su precedente actividad política, o por creerlos cómplices individuales o colectivos en la preparación de la revuelta, o por tomar parte activa en ella» (113-116, 121-122, 205 y 295-296).

Bosch-Gimpera lamenta la división espiritual de España desde 1812 entre «la reacción más cerril y la revolución». Mientras califica la primera de «tradición mesiánica», que ve al español como el pueblo elegido que debe «defender en todo el mundo la religión incluso y principalmente con las armas», sobre la segunda dice «que no es antirreligiosa [...] pero sí cada vez más anticlerical» (1976: 108-115). Al ver templos destruidos, Cirici recuerda un sermón de antes de febrero del 36 en el que se tachaba, con ampulosa retórica, a las izquierdas de encarnar el diablo; señala el «crim que havien comès els veritables culpables, no solament els burgesos, sinó la clerecia obscurantista que havia atret els odis» (27). VilaAbadal lamenta también que en el 33 y el 36 la Iglesia siguiera la falacia del posterior Pío XII, al considerar la lucha política como un enfrentamiento entre Cristo y Lenin. Añade que si alguien duda de cómo se plantearon los hechos se lo aclararía el parecer del cardenal Gomá: «Ha debido hacerse la guerra para lograr la paz y hemos ganado la guerra. Gracias a Dios que nos ha dado la victoria y con ella se ha podido restablecer una paz justa» (380 y 385). También Trueta atribuye el anticlericalismo de la revuelta a proclamas contra la República de la jerarquía durante la campaña electoral y después (136). El presbítero Griful reconoce, en carta al deán de Canterbury, que en febrero «trabajé intensamente, recorriendo una a una todas las casas de mi Parroquia», lo que enojó a los del Frente Popular; a renglón seguido niega que los curas hicieran política, «nada más falso. Yo nunca había pertenecido a ningún partido político; en todas mis actuaciones no había hecho nada más que mirar por el

bien supremo de la Religión [...] todo el mundo estaba convencido, y la realidad cuidó de evidenciarlo plenamente, que en las elecciones del 26 de febrero se ventilaba el porvenir de la Religión, de la familia, de la paz, del orden, es decir, de todos los fundamentos básicos de la civilización cristiana. Bajo esta bandera, salí a la calle. Era un deber de conciencia», lo que justifica que «no hice otra cosa que cumplir con aquel precepto de enseñar al ignorante y a los engañados y seducidos por los lobos con piel de oveja, pues los Frente-Populistas en sus propagandas no hacían más que mentir [...] de aquella manera tan descarada como saben hacer ellos» (38-39). El 18 de julio, Estrada i Clerch vio «una colla de diables revolucionaris que exposaven llurs vides, despullades d'horitzons infinits, mentre nosaltres que posseïem certes es eternes restàvem porugament amagats per por de perdre-la. Allò no tenia sentit. [...] Covards, hem fet de l'evangeli del Crist la tapadora de tots els vicis. Hem fet servir la religió com a bandera d'una política podrida. Mastegant parenostres hem enfonsat el desvalgut i el pobre. Covards, hipòcrites, miserables, hem pecat contra la justícia, contra la germanor entre els homes. I Déu ha dit “prou”» (61-66). Coll cita una foto aparecida en la revista *Ahora*, en febrero del 36, de un cura vestido con sotana y sombrero de teja que sostiene una pancarta que reza «Esquiroz-Viva Cristo Rey», «¡¡Viva España católica!!», seguido no sólo por hombres sino también por algunas mujeres, insólito en los años treinta (34). Según LangdonDavies, con la confesión convertían a las mujeres en espías de sus maridos (201).

Al otro lado de la barricada hubo también avisos. Peiró escribió en *Combat* (18-IV-36) que «ara més que mai, la pistola s'ha associat a la Creu per a sacrificar el poble. [...] Cada dia es veu més clar que la Creu i tot el que a Espanya significa privilegi [...] ha cercat l'ajut de les pistoles mercenàries per tal d'ofegar en sang les veus que clamen per les llibertats populars» (1936: 1-8). Borkenau oyó a milicianos hablando con mujeres sobre los negocios en las Ramblas: «La Iglesia de los pobres, la Iglesia cuyo reino no es de este mundo, ha resultado ser muy astuta al salvaguardar el mejor de los placeres de este mundo». También con grandes carcajadas comentaban las costumbres de los curas: «A quienes habría que tomar por profesionales de la castidad si creyéramos en lo que dicen de sí mismos», lo que a Borkenau

recordó los panfletistas luteranos del siglo XVI (107-110). Jellinek señala que lo que se halló en lugares sacros «justifican cualquier cosa que les ocurrió. [...] Las historias contadas por algunas de las monjas parecían pasajes sacados de *María Monk*. Se sacó a la luz todo un sistema sexual fétido [...]. Se demostró que todas las prácticas de la Iglesia eran algo que ningún español podía soportar: un insulto a la dignidad humana» (269-270). No hallé información pero, visto tanto caso documentado, tal vez hubo también pederastia y, en todo caso, mucha gente sabía que los clérigos no acataban las normas morales que ellos exigían a los feligreses.

La *Soli* (4-VIII-36) recogía denuncias sobre el Asilo Durán. Había también otros conflictos. Gerhard cita pleitos de Montserrat con Monistrol, por diezmos y tributos, franquicias, privilegios y prerrogativas de cariz señorial. En 1936, estos conflictos giraban sobre todo alrededor de contribuciones y tasas, y se manifestaban en el ámbito político a modo de imposición de ayuntamientos fieles a la Iglesia (49-50).

Prueban la índole de Irurita, eje del integrismo catalán, sus vínculos con la superchería de las profecías de la Madre Ráfols o dos de sus cartas pastorales: en «Sobre la santificación del verano» (9-VI-30) veía excesos, el descanso devenido con frecuencia ociosidad, acrecentado con la «inmodestia en el vestir de las mujeres», «el afán de pasatiempos mundanales y placeres [que llegan] hasta el frenesí»; pero en la playa eran «todavía mayores los ataques a la moral», con «baños [...] con poco recato y sin separación de sexos» y «atrevimientos obscenos». La Carta Pastoral de Adviento sostenía (13-XI-34) sobre los últimos sucesos que «la Virgen María velaba sobre su nación predilecta; y el día 7 de octubre, fiesta del Santísimo Rosario, la Virgen, triunfadora de Lepanto, salvó a España, cortando la cabeza de la Revolución en Barcelona [...] el odio a Cristo Jesús no es popular, es masónico». Era comprensible que «arrojen al fuego los Crucifijos, después que el laicismo los ha arrojado de las escuelas; que se asesine a los sacerdotes después que el laicismo los ha condenado a morir de hambre» (105 y 227-231). Ledochowski, general de los jesuitas, tras visitar Cataluña, veía a Irurita y a otros obispos como los del Imperio Austrohúngaro, a pesar de lo cual los

integristas no estaban satisfechos con estas jerarquías (Laboa: 135-136). Otros pensaban lo contrario. Para el filólogo Griera, Irurita «fou el bisbe cridat per Déu per regir l'església barcelonina en aquell moment difícil» (228); según la monja Febrer, su «fama de santidad [...] era ya de opinión pública; y, sus encuentros, codiciados por todos [...] su llegada entrañaba un gozo indecible»; era «santo cuya vida ejemplar, según la unánime expresión del pueblo fiel, encarnaba todas las virtudes». Decía la «Crónica del convento» que «a fin de obtener del cielo la paz anhelada», durante la semana previa a las elecciones, la comunidad rezó tres partes del Rosario cada hora y dos monjas estaban de guardia ante la Virgen de la Victoria, traída tras Lepanto por Juan de Austria. Las noches del 18 y 19 hubo más penitencia y ayuno. El 18 de julio, el dominico Enrique Pondal les dijo a las monjas que ya estaba preparada «la defensa contra el comunismo [...] y a punto de estallar una sublevación militar». No sería muy secreta la noticia pues familiares de las monjas venían «aconsejándonos que saliéramos cuanto antes». Pero el 19, según otro cura, «todo estaba perdido» (197, 246 y 251-253). El escolapio Seguí recuerda, en febrero del 36, que «Irurita, celoso mantenedor de los derechos de la Iglesia, hombre de gigante espíritu providencialista [...] enemigo convencido de ciertas componendas y transacciones, ordenó, en uso de sus facultades, que en todas las Iglesias sujetas a su jurisdicción se celebrase un triduo de rogativas pidiendo al Altísimo el triunfo de los defensores de los derechos de Dios y de la Iglesia». Decisión criticada hasta por algunos católicos, como el mismo Seguí, que la consideraba como «la misma diabólica e hipócrita táctica», por mezclar religión y política. Curiosamente, el escolapio habla del «gesto nobilísimo del Alzamiento, no exclusivamente militar, sino genuinamente nacional [que] ha de ser agradecido por todos los que se precien de tener en sus venas sangre verdaderamente española y en su alma principios católicos sólidos y puros» (56). Preguntándose «por qué ganamos la guerra», respondía «Dios ha protegido a España» (48, 56, 176 y 237).

Redondo es contundente: «Irurita no tuvo ninguna noticia de la sublevación que se preparaba». Y lo amplía: «Frente al odio antirreligioso, las advertencias insistentes de que la Iglesia nada tuvo que ver con la

preparación ni con el desarrollo del Alzamiento militar no fueron no ya escuchadas, sino ni siquiera oídas» (II: 21 y 25-26). Según Sospedra, todas las comunidades tenían lista ropa secular, visto el cariz «antirreligioso que iban tomando las cosas en la sociedad española, desde las elecciones» (66). Un monje de Sant Doménech, Balaguer, al saber lo de Marruecos su «primer sentimiento fue de inmensa alegría, al pensar que se había acabado aquel desgobierno [...] aquel día parecía, en el convento, un día de jubileo. Pero la luz deseada no clareaba». Llegó la inquietud y «algunos religiosos pasaron ambas noches del sábado y del domingo junto al teléfono, por si las personas convenidas daban la señal de alarma». El lunes «empezaron a revisar el traje de paisano, por si precisaban huir». A media tarde, el padre Vila lamentó con tristeza: «No hay nada que hacer. Todo está perdido». En el convento de La Bisbal, el 20, sabido lo que pasó en Girona, se vistieron de paisano y se dividieron para esconderse en las casas «que de antemano, a ruegos nuestros, se habían ofrecido a recibirnos» (Trepas: 47-48 y 156).

Miret es tajante. El ultraderechista Irurita se rodeó de curas carlistas, sin duda integristas, obstaculizó a las FJCC, buscó requetés para sustituirles, apoyó al canónigo Tusquets, que colectaba para financiar el alzamiento, y opinó que «no hacían falta más escuelas, sino cañones». Vidal i Barraquer, en carta a Tedeschini (VI-36), cita a un prelado «impresentable, sin criterio fijo ni orientador, de ideología integrista, que todo lo espera del golpe de estado de los militares y de la fuerza o violencia». Además, obstaculizó consignas sobre enseñanza de la Conferencia de Metropolitanos y secundó congregaciones que se negaban a seguir las «desobedeciendo a la más alta jerarquía» (2000: 235-236). Años antes, Miret habría mencionado en el programa «La noche del cine español» de TVE que Irurita intervino en la preparación logística, lo que escandalizó a gente de *Hispania Martyr*, que lo denunciaron en el primer número de su revista (VI-1984, 6). Santamarina, falangista en la trama del 36, narra a Riquer que en el despacho del obispo, con el conocimiento y aprobación de éste, hubo algunas reuniones prepratorias con gente de la UME. En dichas reuniones, el canónigo de Tarragona Rial dijo a Vidal i Barraquer que el cura Tusquets recolectaba recursos entre gente de la Lliga para el alzamiento (Raguer, 1997: 512-514).

Según Alcalá, Irurita, que era partidario de Alfonso Carlos de Borbón y de crear una regencia con Javier de Borbón Parma, colaboró con los dirigentes carlistas catalanes (2001: 77-78).

Varios folletos editados por la Generalitat trataron el tema. Bellmunt recuerda que en demasiados pueblos el párroco, enfrentado a muerte con los republicanos, fungía de agente electoral de la derecha; o que durante la monarquía, en escuelas y templos se predicó que ésta era consustancial al catolicismo, pues el rey lo era por voluntad divina y votar republicano era arriesgarse al averno. También cita el caso de damas del Apostolado de la Oración, «tan aristócratas como devotas, [que] fueron de casa en casa, con el piadoso propósito de recoger firmas pidiendo que no se amnistiase al condenado» Pérez Farrás, en octubre del 34. O que el 18 de julio se disparó desde muchos templos (4-7 y 9). Orts indica algo peor; sicarios pagados por Acció Popular —o sea Acción Católica—, con requetés, falangistas, Renovación Española, la UME y Juventudes Cristianas, asesinaron a gente de izquierdas; templos de Barcelona que Georges Soria vio quemar disponían de nidos de ametralladoras y sublevados refugiados. Luego cita de *Blackfriars*, de dominicos ingleses, que «tot catòlic no pot fer menys que simpatitzar amb els catòlics espanyols. Però és fals i profundament anticristià de situar-se, per aquesta raó, al costat dels facciosos [...]/. En el que es refereix a les persecucions religioses, si és que han existit i no han estat conseqüència de la conducta del clergat espanyol, cal entendre: o bé els pares i religiosos espanyols són màrtirs o no ho són. Si ho són, és un sacrilegi d'explotar la seva sang [...] per tal d'atiar una guerra fratricida i demanar una intervenció estrangera [...]. ¿És que Déu serà també feixista? [...]/. A Badajoç, els rebels han celebrat l'Ascensió organitzant una terrible matança. És intolerable que els catòlics, com a tals, hagin pres part en aquests crims, i vergonyós i indigne que els hagin aprovat sacerdots catòlics» (18-19 y 20).

Al contrario de lo que sostienen Balcells o Raguer, hay más pistas de complicidad por parte de la jerarquía en el golpe. Xifra, monje de Montserrat y testigo, dijo del 18 de julio que «no es pot negar [...] que sabien la participació armada des d'unes certes esglésies de Barcelona, on els inconformistes religiosos i militars es feren forts, i d'alguna de les quals

finalment foren desallotjats i passats per les armes. [...] Llavors esclatà la ira popular que no baixà a fer distincions [...]. Fou aleshores, i no abans, que des de Montserrat poguérem veure cremar les esglésies de Martorell, d'Olesa» (117). Sans, otro fraile de allí, prueba que buena parte de la comunidad no era de derechas, sino fascista y ultramontana. También para Galí, «durant aquella vesprada [del 19] no hi hagué actes vandàlics antireligiosos fora del de Santa Maria del Mar, finalment controlat per les forces del govern [...]. Algun excés hi hagué també a [...] Betlem, però sembla que alguns sacerdots conjurats havien obert les portes als falangistes» (1999: 79).

García Oliver narra que poco después del 20 de julio lo visitó el secretario comarcal de la CNT en Montblanc, a quien Vidal i Barraquer había pedido protección y le habría dicho que «conocía el complot de las derechas y los militares desde que empezó a fraguarse» (202). El fejecista Ibàñez-Escofet cita lo narrado por un sobrino de Vidal i Barraquer, cuando su tío visitó a Irurita por un tema de peculio y le manifestó: «No pierda usted el tiempo, señor cardenal. Ya es tarde. El dinero se necesita ahora para cañones». No le extrañó que se avisase a los curas de que, por prudencia, tuviesen ropa de paisano y refugio. La sastrería de su familia la confeccionó para muchos (74). Según Sales, en carta del 27 de julio, desde el púlpito Irurita «amb una inconsciència que feia estremir ha contribuït a congriar la tempesta que l'ha perdut» (20). Y Pau Vila decía a Rovira que su hija, hacia mayo del 36, llevo a los nietos a confirmar por Irurita y comentó: «Jo no sé el que volia dir el bisbe, no ho sé, però va dir que ens havíem d'armar. Abans del cop d'Estat ja tractaven d'acostumar el cervell de la gent per fer el que van fer» (134).

Companys, en entrevista en *L'Oeuvre* (26-VIII-36), sostuvo que «la situació de la clerecia és actualment i continuarà essent molt crítica. Ha pres part massa obertament a la rebel·lió sagnant, amb un misticisme guerrer, al costat dels enemics de la República». Veía a la industrial Tecla Sala «molt generosa en els seus donatius a l'Església, però no tenim cap testimoni que ens mostri que ho era també amb els aturats, o amb les persones necessitades». Citó lazos de terratenientes con curas, algunos oficiando en la capilla familiar, y añadió «uns mataven milicians, camperols, sindicalistes i polítics d'esquerres, portant la creu al davant en les zones que anaven

conquerint [...] els altres es van dedicar a matar la creu i tots els qui la professaven» (Crosas, 2004: 56). Peiró avisó que «cada església i cada convent, cada centre de dreta i cada còrrec clerical, és un antre de conspiració contra els vents de renovació i d'alliberament. [...] La xurma més o menys daurada i els seus gossos, a diari es reuneixen en aquests cataus i tramen les conjures contra tot el que vagi contra el poder temporal de l'Església, que és un poder exactament igual al dels bandolers i assassins, i contra els privilegis del gran capitalisme [...]./ Les reunions dels estaments populars [...] són controlades per l'Autoritat. Per què aquesta no controla, també, les reunions que quasi diàriament hom celebra a les esglésies mataronines [...]. Són reunions polítiques, són unes juntes de conspiradors que minen els fonaments del règim i unes conjures contra tots els principis de llibertat» (1936: 9-15).

Esther Tusquets recuerda que su tío el cura, Joan Tusquets, «estaba en el complot de los militares para el alzamiento, Franco le consultaba qué había que hacer en muchas cosas» (*Babelia, El País*, 20-I-07, 3). Sans i Sicart cuenta que mosén Capella de Badalona iba a la Conreria con unos jóvenes y un par de sargentos de la Guardia Civil de paisano para enseñarles a usar armas y tácticas militares (59). Según Bloch, desde las salesianas —quizás se confundió con las salesas— los militares dispararon a los que se acercaban con bandera blanca (37-38). Day copia una entrevista (*Le Populaire*, 7-VIII-36) a Montessori, que dejó Barcelona tras el 19 de julio: «Les églises brûlaient lorsque j'ai quitté la ville [...] les prêtres avaient pris une part active à la bataille et je crois que les dangers les plus graves pour les églises étaient représentés par les stocks de munitions qu'elles contenaient» (10). Jellinek dice que algunos curas dispararon y que «sabían bien lo que les esperaba si caían en manos de lo que consideraban una turba enfurecida. Pero tampoco hay duda de que algunas de las iglesias habían sido utilizadas como depósitos de armas desde hacía tiempo y de que muchos de los curas y de sus aliados habían abierto fuego deliberadamente sobre personas desarmadas» (265). De regreso a Gràcia, Otilia Castellví sólo vio íntegra Pompeia, ya que «les altres “cases de Déu” encara servien —o havien servit fins poc abans— de fortins dels feixistes» (53). En cambio, Tarragona niega que se disparara desde las iglesias (259). Según Balcells, que *La Humanitat* (22-VII-36) de ERC

difundiera la noticia de disparos desde los templos promovió el incendio de iglesias y el asesinato de curas (Iglesias y Alba: 192-193).

Frigola explica que en La Bisbal seculares y regulares, vinculados al carlismo, eran beligerantes contra la República, sugiriendo una actuación violenta contra la misma y que les enlodaron sus vínculos con la sanjurjada (AAVV, 1990: 83). Reguant cita el caso de su tío, el párroco de Massana, que era «honesto pero fanático», y estaba «fora de la llei natural, totalment ofuscat per la radicalització del credo catòlic». A la vez era capataz de la mina de Cercs, donde obligaba a los obreros, tras la dura jornada laboral, a rezar cada día el rosario (32). Jordi i Frigola, que era alcalde de Palafrugell el 18 de julio, había publicado en *Ara* (13-v-1931): «Crema de convents a Espanya. Lamentable! [...]./ Dir que el poble ha cremat els convents és tan infantil i primari com si es diu que ha estat el foc qui té la culpa. Per a que hi hagi foc, és precís [...] que algú l’hagi encès. Per a que el poble encengui foc, es necessita que algú abans hagi encès d’indignació al poble, que hagi provocat les seves ires [...] ofenentli el seus sentiments i el seu esperit de llibertat» (Salvatella i Colomé: 117). Casares dice que el viejo pleito entre el monasterio de Poblet y el pueblo de Vimbodí desencadenó «ràtzies cruels [...] de les partides carlistes», y añade que «tot i el que pugui semblar estrany, va haver-hi més morts violentes al poble amb les guerres carlistes que amb la rubinada del 36» (126). El *Boletín de Información* de CNT-FAI, del 26 de octubre, lamentaba que en Puigcerdà hubiera 95 curas para la salvación de las almas y sólo cuatro maestros para enseñar (Blanchon: 86 y 71). El obispado de Tortosa tuvo el porcentaje más alto de sacerdotes muertos, 61%, y Pujadas enumera el caciquismo arraigado y los estrechos vínculos entre la Iglesia, buena parte de la militancia tradicionalista y la clase dominante. De los sacerdotes, 12, más del 36%, eran de militancia carlista y algunos propietarios (149-159). Según Caireta, de los cuatro inmolados en Santa Coloma de Farners, el párroco de Castanyet lo fue más por propietario que por cura (79-80); y de los ocho de La Selva, vinculados al mundo *rodellaire*, dos eran curas, propietarios y decididos opositores de la Federación Obrera (Zamorano: 169).

Según Manent i Pesas, llegaron a la cartuja de Montalegre, en noviembre

del 34, 100 rifles y más de 20.000 balas, y los frailes enviaron a los tuberculosos que eran atendidos allí al Hospital de Badalona, lo que escandalizó incluso a los de derechas (197). Barbal narra la llegada a Rialp de un forastero con un discurso incendiario y muy anticlerical que no encontró eco; poco después lo detuvieron milicianos de Esterri d'Àneu; se trataba de un fraile de cierta jerarquía que intentó pasar a Francia con comprometedores papeles y una fortuna cosida en la ropa interior (23-24). A Viadiu le extrañó el caso de unos monjes de Solsona que no querían ir a Andorra sino esconderse en masías: «La meva impressió fou molt nítida: des de molt abans, aquella gent ja ho havia programat tot; el prior havia rebut ordres i sabia [...] el que li calia fer, ja que estava convençut que aquella situació seria de curta durada». Cuando aconsejó al obispo irse a Andorra, éste le dijo: «Vols dir que és necessari? Creus tu que això durarà més de sis o set dies?». Otros tres dijeron lo mismo, y se confirmó su sospecha cuando les encontró avisos que les recomendaban desaparecer una semana, lo que calcularon que duraría el caos tras la sublevación. Viadiu dio con anarquistas de la cuenca del Cardener, dos «bellíssimes persones», que iban a por el obispo. Uno dijo que «tots sabem que aquest home, més que no pas de bisbe, ha fet sempre de cacic polític i que és un facciós. Les campanyes que ha fet contra l'esquerra han estat duríssimes i de baixa categoria. Als homes com ell no se'ls pot perdonar. A més a aquesta gent o la peles tu o et pelen ells». Tenía razón; el obispo al regresar, en 1939, hizo fusilar a quienes lo llevaron a Andorra y espetó a quienes intercedieron:

«Déu fa justícia al cel. Nosaltres en fem a la Terra» (14-19). Berenguer, alcalde del barrio de Jesús, en Tortosa, cita conventos, como las Teresianas, que tenían preparados trajes seculares (Subirats, 1996: 77). En Manlleu, 17 carlistas ya hacían ejercicios paramilitares y se concentraron el 18 en el Centre Catòlic (Gaja: 33). En Solivella, los hacendados recibían instrucción paramilitar de mosén Doménech, ultramontano culpable de la crispación del lugar por tensiones con *rabassaires*. Según Mayayo, esos hacendados se reunieron en dos casas, el 23 de julio, esperando a los de Zaragoza, y ofrecieron tenaz resistencia a milicianos de Montblanc, Reus y Valls (Tormo: 133). Un documento (3-VI-41) del comandante de la Guardia Civil en la

Causa General de Torelló reza que «no hubo participación a favor del Alzamiento Nacional en este pueblo. Si bien los Tradicionalistas y Jóvenes de la Federación Cristiana se reunieron en el local de los primeros, al objeto de esperar las órdenes que desde el cuartel de [...] Manlleu se les prometió» (Crosas, 2004: 68). Un empresario de Ripoll, con varios hermanos curas o monjas, dijo a LangdonDavies que «soy católico [...] creo que la Iglesia necesitaba ser expurgada por el fuego. Ha sido traicionada por los obispos y arzobispos, que habían convertido sus catedrales en armerías y fortalezas»; detenido por un «grupo de entusiastas milicianos» de Vic, que llegó el 18 de julio para ayudar a los de allí, tras dos días le liberaron sus trabajadores y él dijo: «soy demasiado bueno con mis operarios» (120-121). En Rubí, la actividad política del párroco supuso muchas y espinosas rivalidades ideológicas; lo asesinaron a principios de agosto (Sánchez: 102-108).

Eclesiásticos muertos

En España mataron a 13 obispos, 4.184 curas diocesanos, 2.365 religiosos y 233 monjas (Lannon: 239-240). En Cataluña, según Casanova, fueron 1.189 sacerdotes, 794 religiosos y 50 religiosas; un tercio en la capital, pero la violencia, en relación con la densidad, fue mayor en zonas rurales que en fabriles (Juliá: 127). Manent y Raventós sumaron martirologios, boletines diocesanos y datos de Montero, y contaron 1.541 curas inmolados en el Principado. Sanabre contabilizó, en 1936, 7.000 monjas en el obispado barcelonés, más del doble que el clero secular y regular; se eliminó a 46, una por cada 17 varones (183-184). El *Boletín* del obispado de Girona, de 1942, cita a 520 seculares «asesinados por sus ideas religiosas [77] son pocos. La inmensa mayoría, aunque eran buenos cristianos, fueron asesinados por sus ideas políticas derechistas, y no pocos por resentimientos o venganzas

personales. Y así se explica que figuren entre los ejecutados algunos que ni a la condición de fieles practicantes llegaban» (28-29 y 30). Piqué detalla 327 eliminados en el Tarragonès, de 23 de julio al 22 de diciembre (1998: 132-154).

Por períodos, 50 lo fueron del 23 de julio al 4 de agosto; la mayoría clérigos (22 curas y 6 frailes) y muchos encarcelados en el *Río Segre* o el *Cabo Cullera*. 163 fueron liquidados del 5 al 25 de agosto (27 curas, 4 religiosos y 7 militares), 104 de los cuales fueron sacados de los barcos, en respuesta a las ejecuciones colectivas perpetradas por los franquistas con asistencia de sacerdotes, como la de Badajoz. Los otros 59 fueron ejecutados tras la toma de Toledo y saberse la virulencia militar con muchachas violadas o el caso de una embarazada de ocho meses con el vientre abierto. Luego las muertes decayeron de forma notable. Al contrario del de Lleida, el Tribunal Popular de Tarragona tuvo, hasta mediados de noviembre, una mínima incidencia en la represión.

Muertos en el Tarragonès

	%
134 no residentes en Tarragona y comarca	40,9
93 residentes	28,4
86 eclesiásticos (58 curas y 28 religiosos)	26,2
14 militares o de cuerpos de orden público	4,2

Piñol recuerda que canónigos de Lleida se beneficiaban de ricas fincas o que la cercana diócesis de Barbastro tuvo el porcentaje más alto de curas asesinados (91%) de toda la España leal (51). Tormo detalla los sucesos de Vilalba dels Arcs (Terra Alta); con la mitad de votantes carlistas, en febrero del 36 la derecha había ganado por 40 votos. El alzamiento el 17 de julio es uno de tantos mitos creados por el franquismo en busca de héroes y mártires para justificar su cruzada. Anarquistas llegados de Gandesa, el 22 de julio, fueron recibidos a tiros desde la casa Martell por cuatro requetés y el vicario,

que mataron a un cenetista. Se disparó contra la casa y contra los detenidos que intentaban huir, muriendo 15 y el resto, 60, fueron llevados a Tortosa donde el 1 de agosto murieron tres. En 1939, 14 vecinos de izquierda no huyeron confiando en las promesas del nuevo régimen y fueron fusilados (AAVV, 2006/a: 2, 127-130).

Tarragona, en su biografía de Vidal i Barraquer, cita el caso de unos jóvenes de La Torrassa que en Poblet le comentan al arzobispo el papel de los templos en el alzamiento de Barcelona, de lo que le responsabilizan. Vidal precisa que estaba al mando sólo en Tarragona y que «havia donat ordre expressa de no defensar les esglésies amb les armes perquè això és només missió del poder civil» (192-193). El cardenal sabía de más de un dignatario eclesiástico que secundaba los planes subversivos, y no quiso que la defensa de templos y conventos contribuyese a generalizar la sospecha de complicidad. Le horrorizaba lo que provocaría la sospecha de que Iglesia y ministros eran puntales de una asonada. Cita una carta de Vidal al Papa (2-IX-36) en la que lamenta que tanto afligían a la Iglesia los anticlericales como parte de los creyentes, eclesiásticos incluidos, avivando la discordia, con miras sólo políticas. Insiste en que los católicos no eran inocentes (Muntanyola: 504 y 584). También Solé Sabaté cita rumores de vínculos entre la Iglesia y el ejército, a veces ciertos; en Barcelona se fraguaron en el palacio episcopal (1996: 595). VilaAbadal pensaba que la guerra no era civil, sino de reconquista: «I és fora de tot dubte que cap d'aquelles excuses pregonades no justificava ni la sedició militar ni les desastroses i innombrables conseqüències que va tenir per al país» (358). Torres copió del *dietari* de su hermano Màrius una nota del 18 de noviembre: «En un registre a casa del diputat Carrascal, de la CEDA, han trobat un crucifix fet amb bales de fusell. Quin símbol de llur religió!» (398).

Sobre los ejecutores

Cabe preguntarse quién perpetró la violencia, salvo la vinculada a cuestiones personales. Un parecer muy extendido responde de forma nítida, como Isidro Griful, para quien el 21 de julio fue «decretado en los cubiles de la fiera revolucionaria el exterminio de la religión con la matanza de sus ministros y el incendio de sus casas y templos» (120-121). Su homónimo Ramón, bien poco original, veía una masa amorfa sin voluntad y condenó a «astutos y criminales arribistas que, en un principio, no sólo dieron rienda suelta a las masas forajidas, sino que las incitaron a cometer toda clase de crímenes, y aún más, los aprobaron con sus discursos y arengas callejeras» (7). Alba, en síntesis, enfatiza que casi todas las víctimas fueron varones y pese a que todos intervinieron, la infamia se atribuyó a «incontrolados» de la CNT, aunque dirigiera las patrullas de control uno de AC. Además, comenta que se ejecutó en secreto a un *comissari* d'Ordre Públic de ERC por ordenar matar a su suegra. Eroles, de la FAI, jefe del Comitè de Seguretat de la Generalitat, facilitó el pasaporte a unas 150.000 personas, el 5% de los catalanes; añade que en la zona leal la violencia duró unas pocas semanas y no se convirtió en un espectáculo. Le extrañó que no se eliminara a más gente de EC, aparte de Badia y Dencàs. En Barcelona la mayoría de óbitos se originaron por motivos sociales —seguía vivo el recuerdo del pistolero patronal—, mientras que en Madrid lo fueron por motivos políticos. Hubo quien se aprovechó, pero fueron pocos, pues no hubo muchos ricos en el exilio. Le horrorizó algún exceso, como el caso de los reclusos del Asilo Duran, que colgaron a los curas que los maltrataban (1990/b: 180-185). En Tortosa, buena parte de los 168 muertos del 36 los perpetró Vilàs Comí, *Xaparro*, fundador de las Joventuts Socialistes en 1924 y luego del PSUC (Pujadas, 1988: 150-155). Hubo imprudencias o temeridades; Roig Diggles, el dirigente de la FJCC, con una cámara fotográfica casera se dedicó sin cesar a fotografiar los destrozos sacrílegos (García, 1984: 76).

Comparto la desazón de Maymí sobre el comité de Orriol, un colectivo con una acción política con medidas sociales progresistas, según un plan anarquista, y una represión dirigida de forma mayoritaria contra religiosos y

militantes de derecha. Pero el imaginario popular creador del mito de Orriols, mentando sañudas matanzas, y buena parte del discurso historiográfico sólo menciona la violencia (Figueres y Reyes: 56). Serrahima supo del rumor de provocadores vinculados a los alzados y menciona la tal vez primera parroquia quemada en Barcelona, la de la Bonanova hacia las 12 del mediodía del 19 de julio: «vaig tenir una vaga impressió que aquell incendi tan prematur —la lluita a la ciutat no era pas decidida, ni de bon tros— podia ésser un acte de complicitat amb els revoltats» (209-211). E inquiría Peiró: «Qui ens assegura que una bona part dels crims deshonrosos per a la revolució no han estat obra d'agents del feixisme infiltrats als rengles antifeixistes?» (1936: 63-64). Según Marc-Aureli Vila, «tant aviat com fou possible, es féu la batuda [...] contra els incontrolats, entre els qual s'havien infiltrat agents dels rebels» (110). García Oliver sostenía que los militares lo tenían todo previsto, incluso perder en Cataluña, en cuyo caso, para desprestigiar la causa republicana, planificaron asesinatos de clérigos allí donde era de prever la victoria de la CNT, para lo que habían infiltrado provocadores en grupos de izquierda (202). Víctor Castells cita quintacolumnistas entre los revolucionarios para eliminar catalanes notables y deshonar la República. Daniel Cardona, bien informado, no cesaba de decirlo desde buen principio (50-51). Galí porfió en ello; Guarnier sospechaba del propósito de los golpistas de lograr una asonada como la de la Semana Trágica, confirmada por tantos elementos del Sindicato Libre en el complot, entre ellos Sales, y por la liberación de presos fascistas que, bajo la bandera de la FAI, se mezclaron con los vencedores (1999: 70-71). Decían lo mismo Cruells (1978: 37) y Viadiu (21). Y según Fort, nadie podía prever que elementos de derechas, para figurar y curarse en salud, cometieran tanto desmán, algo que no fue insólito (1979: 226-227). Al cenetista Joan Manent le pareció reconocer un capitán entre los asaltantes de la cartuja de Montalegre (199-200). Según González, las patrullas de control de Villafranca eran una banda criminal que solía acoger enemigos que intentaban camuflar su pasado, dos integrantes exigían dinero por la protección que no podían dar y, delatados, el comité los mandó fusilar el 15 de septiembre (30). Bueso detalla el equívoco con la consigna del claxon al

cruzar Molins y como los de la barricada avisaron de la presencia de golpistas, con algún coche pintado con las siglas CNT, que perpetraban villanías en la comarca (168). Este hecho lo citan varios testigos. Jellinek dice que, al principio, circuló un coche veloz y una docena de rifles disparando, «los famosos cochesfantasma fascistas; en realidad un puro suicidio» (272). Llarch añade que lo conducía una mujer rubia y, en nota, que su captura «fue una obsesión durante los días que siguieron al 18 de julio» (118 y 214).

Iturralde, tras sostener que había pocos curas carlistas salvo en Euskadi y alguna comarca catalana, achacó la mayoría de los asesinatos a la FAI, pero matizó que «no mataron sólo ellos, ni fueron ellos solamente quienes ejercieron el control de las prisiones. Es faena que se repartieron entre sí, además de éstos, los de la CNT, la UGT e IR». Añade, para entender la preponderancia de la CNT, «que elementos de la quinta columna se colaron entre ellos y se distinguieron por su afán exterminador, lo que hacían para llevar adelante su misión de preparar el ambiente, haciendo deseable la entrada de Franco» (I: 451 y II: 128-129). Algo similar sostuvo Bada (14) y Banqué, que añade que formaron la Columna de la Mort, asesinando en Falset y Gandesa, y luego en toda la provincia; con la excusa de liquidar blancos eliminaban republicanos (114-117). El alcalde de Tortosa, del Partit Republicà d'Esquerres de Marcel·lí Domingo, logró evacuar a las monjas y salvó al obispo Bilbao; sin embargo, a finales de julio llegaron barceloneses de la FAI, con Manuel Carozas, oficinista de la Damm, que se decía que era falangista, y provocaron incendios y muertes (Subirats: 38-39).

Hay bastante información sobre la participación de mujeres en los acontecimientos, a pesar de la aplastante misoginia de los testimonios. Lo que contrasta al recordar el papel femenino en los sucesos; para Monllaó «hay que dejar consignado ante la Historia que quienes más directamente han sido causantes de las tragedias [...] han sido las mujeres./ Ellas, las arpías, han sido las que en la mayoría de los casos han influenciado a los hombres a la comisión de los estropicios y de los crímenes [muchos] se cometieron por su única y propia responsabilidad. Decenas son las delaciones que hicieron ante los fatídicos comités» (1941: 77-78). Claretianos de Cervera fueron expulsados por el alcalde a Solsona, el 21 de julio, y al llegar a Torà supieron

que en la capital del Solsonès tampoco los admitían: «¡Si no sabéis qué hacer con ellos, matadlos! [dijo] una mujerona del pueblo». También había hombres con «un rictus de lobos hambrientos» (Quibus: 147-149). En Manresa, recuerda Joseph, a pesar de que el comité pensaba salvar las obras religiosas, «homes i dones, joves i vells, fins i tot mainada [...] ajudava com si fessin el foc de Sant Joan [y] alimentaven la foguera sense parar» (108-109). Griful también citó «arpías» y su rol en algún lugar, donde «imitaron y aún superaron en sus crueldades a los hombres» o «sirvientas denunciando a sus señores como católicos». Añade que cuando «la caza de sacerdotes estaba en Barcelona en pleno furor», se ofrecían al delator 500 o 1.000 pts. y «desgraciadas, por codicia o por odio diabólico, acudían a familias católicas fingiendo ir en busca de un sacerdote que pudiera ayudar a un pobre moribundo», logrando averiguar dónde se escondían (120-121). Según Estrada i Clerch, algunas porteras derechistas avisaron de la presencia de desconocidos en su finca (77-79). En Manlleu, cuando llegaron los bomberos para apagar el incendio del retablo y otros adornos, un grupo de mujeres, las incendiarias según Contijoch, lo impidieron y cortaron la manguera (Gaja: 58 y 48). En Moià, mujeres de la FAI, con bonete y tiras de cubrecama rojo como corbata, «borratxes d'excitació», bailaban y tocaban panderos e incitaban a matar al escolapio Sagrera, mofándose de él al exigirle prender la iglesia de Sant Sebastià (Ros i Roca: 38-40). Al cura de Tordera se lo llevaron tres milicianas (López y Serra: 45). Otros hechos se debían a mozos. Roig i Llop atribuyó a unos de 14 a 16 años el incendio de muchas iglesias de Barcelona (269-270); y Salvador vio a unos, guiados por un orate, incendiando y saqueando el convento de Santa Clara, el primero atacado en Tarragona (Piqué, 1998: 125).

Con mayor frecuencia se culpó a forasteros, gente de otros pueblos de Cataluña o del resto de España llegados en décadas anteriores. Lo dice Serrahima (209) o Miquel i Vergés, más de una vez, en su autobiografía novelada, acerca de los que en Arenys quemaron y robaron (114-140). Sales, en carta del 2 de agosto, equiparó Terrassa y Sabadell; citaba la fuerza de la FAI en la primera, por la migración, mientras que lo patronos de Sabadell, pagando más, prefirieron a catalanes, en particular trentistas vinculados a

Peiró. De Barcelona, «tothom atribueix les salvatjades als immigrants i a la FAI» (24). Bassas relató la llegada a Vic de gent armada, «la majoria mal vestits, castellans i d'un aspecte molt poc agradable» (33-35). Ragner compara Euskadi y Cataluña, aquélla con menos inmigrantes desarraigados (AAVV, 1990: 304). Barrull cita el exabrupto reiteradamente afirmado sobre que la guerra se impuso a Cataluña desde el exterior (21). En la comarca de Tremp actuó gente del comité del Clot y del de ferroviarios de Balaguer, sin olvidar el mismo comité de Tremp, el más sanguinario de la región (Gimeno: 26). Cattini evoca una obviedad, la mayor violencia se perpetró en el ámbito rural donde, precisamente, apenas había inmigrantes, lo que contradice el parecer de Cambó, en carta a Ferran Valls, o el de Puig i Cadafalch (AAVV, 2004, 1: 145147). Joseph atribuye los sacrilegios al odio, la pasión o la venganza más que al ideal revolucionario, y menciona el delirio y la exaltación violenta, debidos en parte a forasteros que copaban los sindicatos, como hicieron con las casas del pueblo lerrouxistas, y conspiraban para estorbar los afanes autonómicos catalanes. Reconocía que la mayoría de homicidios, que no podía atribuir a cenetistas, se debieron a causas personales, a la «descarada actuació d'alguns clergues que van manifestar públiques mostres d'oposició al règim des del seu adveniment», y a que se disparó desde algunas iglesias (19, 39-40, 42).

Otros acusan a los que salieron de la cárcel y no queda claro quién abrió sus puertas. Para Cruells, «els baixos fons [...] varen començar a moure's per la ciutat com si formessin part d'aquella victòria, més ben dit, com si la victòria fos només d'ells. I naturalment tots es varen posar signes externs de la ideologia que triomfava i donava impunitat [mientras] els veritables homes de la CNT-FAI encara lluitaven amb tot el coratge contra els focus que quedaven en alguns llocs de facciosos». Señala que el 20 de julio el desmán se generalizó y ácratas idealistas también eran dominados «per la marea del "lumpenproletariat", pels eterns marginats [...] cap organisme ni cap grup ideològic no va quedar lliure de desbordaments en les seves ideologies [...] atribuir tot aquell desgavell als anarquistes, com les altres organitzacions han fet, és voler rentarse les mans davant les pròpies responsabilitats històriques». Cita el *Boletín de Información* de la CNT-FAI (25-VII-36): «El hampa de

Barcelona está haciendo fracasar la revolución [...]. Aplastad a la gentuza. Si no lo hacemos, la canalla hundirá a la revolución denigrándola» (1976: 29, 216-217 y 223). Vila vio lo mismo: «Antisocials que poden actuar amb impunitat donat que les forces d'ordre eren al front» (110). Jellinek acusó a «irresponsables que usurpaban el nombre de uno de los partidos y cometían deplorables excesos», y constató que en Barcelona se pensó que la FAI era una horda criminal, pero cesó al verse que no se daba al pillaje y la masacre. La misma FAI, hacia el 24 de julio, avisó desde aviones que se dispararía contra «cualquier individuo que se haya probado que ha actuado contra los derechos humanos, usurpando funciones que corresponden a una comisión compuesta de hombres responsables y de confianza. Lo que decimos, lo hacemos. Barcelona y todo el mundo sabe que la FAI debe poner freno a tales excesos, y así lo haremos» (277 y 284). Montseny escribió, en *La Revista Blanca* (30-VII-36), que «es posible que nuestra victoria haya significado la muerte violenta de 4 o 5.000 ciudadanos de Cataluña, catalogados como hombres de derechas, vinculados a la reacción política o a la [...] eclesiástica./ Hubo, como en toda revolución, víctimas inocentes [...]. Pero [...] una vez pasada la primera turbonada, y así que lograron afianzar su control de la situación, la CNT y la FAI dejaron de tolerar los paseos y las detenciones» (Brademas: 177-178). Y preguntó a Pons, en el apartado «La violència a la reraguarda», si «ha existit una revolució en la qual no s'hagin produït excessos? [...]. Quan les masses es desborden i són al carrer, molts mals instints surten a la superfície [...] va restar simpaties a la causa [...]? No [...] vàrem fer els possibles per intentar acabar-los. Ells, no. No sols no els varen acabar sinó que els varen continuar i els varen multiplicar [...] vam condemnar sempre tots els actes incontrolats. I, encara, van passar les menys coses possibles, perquè hi havia grups de companys que anaven desesperats, d'un cantó a l'altre, intentant evitar les arbitrietats». Salvaron a Netlau cuando fue tenido por espía alemán y hubo «no pocs truens, no pocs pillastres, que eren els qui assaltaven els pisos, i els qui robaven i feien barbaritats [...] que, algunes vegades, mataven perquè no se'ls identifiqués. [...] es va carregar a la nostra organització el que havien fet el que jo en dic “la púrria de la Terra”». De los militantes, «els més intrèpids i els més

idealistes varen marxar al front. Què va quedar? Va quedar una mena de gent que no era ni gaire intrèpida ni gaire capaç, i que es va prestar a fer aquest treball de policia. [...] si doneu poders policials a un cos, encara que sigui sorgit de la revolució, esteu perduts [...]. La majoria [burguesa] no tenia la consciència neta. Sabien que existia el moviment militar de Franco i hi eren complicats: hi havien aportat diners, s'hi havien compromès. Hi havien llistes de tots els que estaven complicats en el moviment. Alguns pertanyien a l'antiga Unión Patriótica» (136-146).

Por su parte, Estrada i Clerch recuerda a muchos que llevaban carné de la FAI sin serlo, aunque «després dels fets de maig, tingueren moltes dificultats per canviar-se'l» (77-79). Leval cita un artículo de Peiró, aparecido en *Tiempos Nuevos* (IX-38), que dice que «llegado el momento de destruir, al anarquismo es un ciclón que lo arrasa todo. Era éste su deber y lo ha cumplido lisa y llanamente, sin importarle mayormente si la destrucción interesa a su causa específica o es beneficio de terceros. Le basta con saber que sirve a la justicia del pueblo» (1982: 169). Amorós cita un grupo anarquista del Bajo Aragón, la *Columna de la muerte*, que actuaba sólo en la retaguardia y que devino trágicamente famoso al ser liquidado por guardias de asalto en un puente del Francolí (45). También reproduce de Soria una carta de Weil a Bernanos sobre la CNT-FAI en Barcelona donde se producía «una mezcla asombrosa, donde se admitía a cualquiera y donde [...] se codeaban la inmoralidad, el cinismo, el fanatismo, la crueldad, pero también el amor, el espíritu fraterno y, sobre todo, la reivindicación del honor, tan importante entre los hombres humillados» (II: 90). Para Ealham, parte de los «incontrolados» eran anarquistas stirneristas, seguidores del filósofo alemán Max Stirner, que simbolizó el apogeo del individualismo dentro de esta doctrina (1999: 168-170). Llegaron de Barcelona a Tarragona, el 21 de julio, gente en camiones con las siglas de CNT-FAI, soltando a todos los presos comunes (Piqué, 1998: 125). Miravittles amplió el diagnóstico. En referencia a Barcelona, decía que las urbes industriales con puerto y notables polos de atracción de inmigrantes producían grupos marginales y desarraigados —lumpenproletariado— sin conciencia de clase ni anhelos revolucionarios, que aprovecharon la ocasión para adueñarse de la calle, con buen instinto

para detectar el vacío de poder. En la primera sesión del CCMA preguntó: «qui ha fet la revolució?». Los del POUM, la CNT y los comunistas callaron, pero Aurelio Fernández, responsable de la FAI, espetó: «La revolución la han hecho los de siempre: ¡los piojosos!», insistió mencionando al lumpen. Miravittles añadía que fueron los más afectados por el desenfreno que no pudieron controlar (66-69). Si Broggi atribuye los crímenes a CNT-FAI, lo que la desprestigió (167-168); Raguer dice categórico que ni aquella fue la única culpable, ni la violencia fue monocolor, sin olvidar la sólida tradición libertaria en Cataluña, idealista, utópica, pacifista, que luchaba por la libertad y la fraternidad universales, por renovar la escuela y llevar la cultura a las masas (AAVV, 1990: 301).

Para Solé y Villaroya sólo hubo «incontrolados» en Barcelona y contornos, donde CNT-FAI, casi hegemónica, ensayó canalizar el proceso, pero los partidarios de la cirugía social interfirieron, así como turbios elementos con sus venganzas o robos, secuela de una sociedad muy injusta. Recuerdan las denuncias ya citadas y afirman que las villanías acabaron precisamente al liquidar el *conseller* de Justicia Andreu Nin, en noviembre del 36, la Oficina Jurídica de CNT-FAI (1989, I: 60-66). Para Ealham se hizo justicia de manera rápida y ejemplar, lo que se exageró en aquel momento y después; hubo terror revolucionario en todas partes y no sólo donde predominaba la CNT; ello se explicaría, en parte, por el rol de la quinta columna y por las noticias de masacres sistemáticas en Zaragoza y por doquier, lo que provocó que la *Soli* pidiese con grandes titulares «¡ojo por ojo, diente por diente!». La mayoría de óbitos en Barcelona no fue cosa de milicianos, los ordenaron autoridades republicanas y se perpetraron en Montjuïc. Muchos comités revolucionarios los formaban obreros cualificados, activistas informados y experimentados en la larga lucha sindical y gente de barrios apoyados en viejas redes de solidaridad; una mínima parte de los eliminados en la capital eran patronos o gerentes, pero no existía un plan contra la burguesía, a la que salvaron más de una vez (2005: 277-280). Abad recuerda que, entre febrero y julio del 36, España vio frecuentes quemas de iglesias, lo que no ocurrió en Cataluña, con notable hegemonía de anarquistas. El 18 de julio impidieron que se atacasen edificios

en represalia por la resistencia del ejército y de los «siervos de Dios», que los brindaron como arsenal; y fue el pueblo, al que CNT-FAI no alentó, quien por iniciativa propia, «tomó sus venganzas bien comprensibles». Insiste que «ni oficial ni oficiosamente ha salido de las organizaciones libertarias de Cataluña la idea de la quema de iglesias y conventos; pero estaríamos por asegurar que tampoco ha partido [...] de los otros movimientos y partidos». Insinuó también la intromisión de golpistas y apuntó la que veía razón esencial, «la ruptura de tantas barreras y la subversión de tantos valores había producido un desborde de las grandes masas [...] con el que comenzaban ya a hacer su agosto los demagogos irresponsables». Añadió que ellos, «el sector más avanzado del movimiento revolucionario, el más indiferente en materia religiosa», no eran anticlericales y dieron salvoconductos a muchos clérigos. Señalaba, por si hacía falta, «una Iglesia que combate [...] por las peores causas no tiene nada que ver con la religión y no puede ser defendida contra las iras del pueblo»; a pesar de ello, la FAI no quiso atacarla, respetó toda creencia, exigiendo tolerancia y coexistencia de ideas y credos políticos y sociales. Ve entre los ejecutores a reos salidos de la cárcel que extorsionaban y mataban, e insinúa secuelas de rivalidades entre logias masónicas (1975: 73-99).

Diversas personas recogen la culpabilidad de otros grupos. Trias i Peitx, de la UDC, también llamó vandálicos a gente de ERC, POUM, PSUC y UGT (VilaAbadal: 366); lo mismo dijeron Trueta (137) o Roig i Llop, que acusó a milicianos del PSUC del homicidio de Jordi Codina, de la cerería de la calle del Bisbe, entre otras muertes (269-270). Brigadas de investigación, lamentaba Toryho, las había en ambos bandos; la madrileña del *Amanecer*, que dirigía un tipógrafo socialista, fue de las más célebres por sus atropellos; éstos y otros, como las sacas de las cárceles, terminaron cuando García Oliver fue nombrado ministro de Justicia (54-57). Esta opinión la comparten otros especialistas, como Antoni Segura (Pròleg a Piqué i Sánchez: 11-14).

Albert cita dos villas, Àreu del Pirineu y Lliurona, bajo el Bassegoda, donde tras el 18 de julio el cura, de miliciano con escopeta y sin quitarse la sotana, mandó en nombre de la revolución (9). En Igualada fueron cenetistas ferroviarios de Piera y no el comité quienes efectuaron las primeras

detenciones de veraneantes barceloneses y monjes de Montserrat, pero la mayoría de muertes las ejecutó un grupo del POUM, lo que condenó el comité, el 6 de agosto, mientras el *Diari del poble* reproducía un artículo de Peiró aparecido en la *Soli*: «Una civilización, por malvada que haya sido, no puede ser suplantada por el salvajismo de unas hordas carniceras». En este ambiente, la UGT sugirió crear un Tribunal Popular (Térmens, 1991: 74-78). Caso emblemático fue el de Lleida, ciudad llamada la Roja, donde actuó una Brigada Social formada por 30 hombres de la CNT, el PSUC y el POUM, 400 milicianos y un Servicio de Contraespionaje, dirigido por Francisco Tomás y que al parecer sembró el terror, mientras en muchos pueblos lo hacían gente de las columnas que iban al frente (Viadiu: 23-26 y 62-68). Al revés, según Morea-Suñé, el comité de Lleida habría ordenado «màxim respecte a vides i hisendes» y, siguiendo a mosén Arnal, lamenta que buena parte del pillaje y las fechorías de los milicianos que iban hacia Aragón se adjudicó a la Columna Durruti, incluso el incendio de la catedral nueva el 25 de agosto, cuando aquélla pasó el 24 de julio (25 y 30-31). Alba dice bien claro que la masacre perpetrada en la cárcel de Lleida, al paso de las columnas hacia el frente, se intentó cargarla a los anarquistas (1990/b: 193). Según Colomer, el anticlericalismo en Mataró fue cosa de todos (2006: 75-6). Un sacerdote castellano muy violento que colgó la sotana, El Cura, fue muy activo en el comité de CNT-FAI de Cerdanyola-Ripollet (Martos-Oller: 63; y Sánchez: 102-108). Un grupo de Sallent, con mineros represaliados por la revuelta del 32, deportados a Fernando Poo y a los que no se contrató al regresar, en 1934, por orden del director, quemó iglesias de la comarca y, a finales de julio, llegaron a Sant Corneli con una lista de 40 personas, de las que se llevaron y ejecutaron a cuatro que tenían por culpables (Montaña: 76-77). Rotllant se enfrentó con un gran propietario que protestaba porque le habían requisado armas, coche y radio, y le recordó «los latigazos que nos suministró la Guardia Civil obedeciendo sus órdenes» (212). Un militante de ERC destruyó la iglesia de Sant Feliu de Lluellas (Ramón Griful: 21). En La Seo, «chusma» de Barcelona cometía «ruindades» y Durruti envió para pararlos a gente de su columna, diciendo que «si la revolución es deshonrada ya podemos pegarnos un tiro». Empezó la limpieza en los Pirineos y

amorales, borrachos, chulos, pillos y rateros fueron mandados a primera línea de fuego del frente de Aragón. Pero los anarquistas siguieron tenidos por asesinos y bandidos (Liarte: 98-99).

Todas las fuentes escritas y orales acusan, en el Tarragonès, a dos patrullas con cuatro milicianos de las JJLL y la FAI, de vínculos sociales débiles —casi marginales, algunos salidos de la cárcel, donde habían sido encerrados por delitos comunes—, de haberse disfrazado de revolucionarios para sus atrocidades; pero había asimismo gente de ERC, el POUM y PSUC-UGT. En Constantí, con el índice más elevado de asesinatos de la comarca, el comité y luego el Ayuntamiento estaban dominados por ERC y UGT. Para Salvador y Josep P. Virgili, las patrullas eran «mers executors a les ordres d'altres» (Piqué, 1998: 150-154). Adell denunció en Tarragona, el 18 de septiembre, las venganzas personales de gente de ERC (14). Detrás del comité de Sabadell había un grupo de «pressió» que decidía lo que no se ventilaba en público: condenó a muerte o salvó a acusados; libreros colaboraron para hacer listas negras, con datos de 347 suscriptores de la prensa de derechas (Castells: 21.27-31).

En Tremp y comarca los dirigió un tal Cid, que antes del 18 de julio era profesor auxiliar en una escuela religiosa y luego obtuvo el carné de la CNT y fue dirigente del comité local; tanto se excedió, que lo ejecutaron sus propios compañeros. Tuñó, otro elemento significado, era atracador de bancos; actuó desde Viella en Vall d'Aran y Pallars. En La Pobla actuó El Lobo, titiritero que se excedió con carné de la CNT y también fue ejecutado (Viadiu: 41-43). Según Gimeno, se mató a Cid por abusar de una joven refugiada en su casa (37). El Comitè de Milícies, vinculado al Comitè de Defensa Local de Vilanova, negó, en *Butlletí* (1-VIII-36), haber participado «en els indignes» secuestros. El comité daba una consigna general para evitar que se repitieran (Puig Rovira: 42-43).

Anomalías y rarezas

De haberse programado la hecatombe clerical desde la dirección de sindicatos y partidos no se explicaría la gran diferencia entre localidades o, más en concreto, los altos porcentajes en comarcas rurales, por encima de las industriales. Barcelona recogió y lamentó el dictamen del comité británico enviado por el arzobispo de Cork, que «no vio un notable movimiento anticlerical ni ateo» (8). Mucho después, Payne dijo de España que «los revolucionarios pretendían reprimir a todos los católicos, no sólo a sus religiosos, por lo que también se asesinó a miles de laicos [...] pero nunca existió una política revolucionaria orientada al exterminio de los católicos en general» (2006: 141). Serra Vilaró, tremendista, reconoció que muchos comités, en particular de pueblos pequeños, «se empeñaban en salvar a sus sacerdotes procurando ocultarlos» y citó muchos (16). Llamó la atención de Kaminski tanta publicación pornográfica en quioscos con portadas y contenido que satirizaban en especial a clérigos, como en la época de Boccaccio; lo que, dado su talante puritano, reprobaban buena parte de los anarquistas de la época y condenó la *Soli* explícitamente (34). Para Jellinek, «los curas como los obreros fueron ejecutados por pertenecer al bando opuesto», si bien en la zona republicana «los curas no fueron torturados e incluso pocos fueron ejecutados. No se llevó ninguna cabeza en una pica o una bandeja por las calles». Casi todas las monjas fueron devueltas a sus pueblos (268). Bosch-Gimpera afirmó que «no hubo tampoco persecución para la religión; los eclesiásticos muertos —en muchos casos por lamentables errores y siempre contra la política de los gobiernos republicanos que hicieron cuanto pudieron para protegerles— no lo fueron por ser eclesiásticos, sino por supuestos “fascistas”, como así fue reconocido por los informes de las comisiones británicas que visitaron el territorio republicano» (1976: 115); en otra obra enfatizó que en muchos lugares no fueron acosados y así el jesuita Rodés pudo seguir de director del Observatorio del Ebro (1980: 195). Incluso Lacruz copió de la prensa información sobre muchos curas que huían de sus pueblos y eran acogidos en las oficinas de la Comissaria General d’Ordre Públic, a la espera de ir a una casa particular, si

disponían de una, o de marcharse de Barcelona (122). Modest Sabaté huyó de Barcelona con Costa i Deu, Sentís y Solervicens en un coche de la Generalitat; frente al Liceo los de una patrulla les pidieron los pasaportes y uno de ellos dijo airado: «encara uns capellans que fugen» (14).

Detalle mas casos, al margen de los que he citado en el apartado «Venganzas y represalias». Empiezo por uno flagrante. Manent, uno de los máximos caudillos de la visión desorbitada, detalló hace poco el Camp de Tarragona: 46.474 habitantes, 108 asesinatos en 24 pueblos y ninguno en 38 (Apéndice 3); en el frente cayeron 863 y, desde 1939, hubo 370 exiliados, 1.040 encarcelados y 66 fusilados (2006). Santesmases relaciona otro caso singular. Las 22 poblaciones de la arziprestal del Vendrell, donde fue asesinado un tercio de los curas, pero en tres pueblos algunos se refugiaron y otros fueron liquidados; se salvaron los de 13, fueron asesinados los de 7 y la matanza fue considerable debido a la muerte de 15 religiosos de Sant Joan de Déu en Calafell (110-112). En obra anterior ya mentó Aleixar, sin sangre ni vejaciones, merced «al bon sentit i l’habilitat per enganyar o trampejar els comitès forasters que va tenir Francisco Salvadó» del POUM y presidente del comité (1999: 129). Rucabado memora que Sanabre, detenido y llevado a una cárcel de la FAI, el 23 de agosto, tras un «durísimo interrogatorio, creyó vislumbrar un designio de la Providencia que le apartaba del sacrificio para escogerlo como cronista» (1959: 81).

La revista *Gavarres* (14, tardor-hivern, 2008, 50-51 y 61) recoge dos casos curiosos. Mosén Salvador era adicto a la caza y los de su pandilla marcharon al frente; «i jo que faré?» les preguntó, a lo que contestaron «vine amb nosaltre!». Y allí fue. «Pero no va *tirar tiros* perquè va ser *cabo sanitari*». Mosén Lluís, hedonista, popular y beneficiado del hospital municipal de Sant Feliu de Guíxols, ayudaba a los enfermos. Margarida Vicens recuerda a milicianos yendo a por el cura Aleñà, vecino de ambos: «Mossèn Lluís va sortir ensotanat a mirar-s’ho des del balcó. Però no li va passar res. Va haver de treballar uns anys! El perill real [llegó] amb l’entrada dels nacionals, que s’estranyaven que aquell pintoresc capellà sobrevisqués en la reraguarda roja». El hermano Teódulo fungió de secretario del comité de Avellanes; como apenas sabían escribir, él redactó salvoconductos y

respondía oficios (Martínez: 82). El «Informe reservado» cita muchos curas protegidos por el pueblo o por el comité (Martí Bonet: 54-59); el de Vic demostró poco «interés en ir a la caza de los frailes» (Trepas: 199-200); el de Solsona acompañó al obispo, su secretario y un canónigo a La Seo d'Urgell, pasando a Andorra (Comellas a Vidal i Barraquer, *Arxiu*, VIII-36, 40). Serra Vilaró cita tres curas alojados en un mas de Morell, a sabiendas del comité, aunque más tarde fueron liquidados por forasteros y vecinos (16 y 79). En obra muy posterior recuerda a un miembro del comité, con un hijo seminarista, que le ayudó a huir, acompañándolo fuera de Solsona (AAVV, 1993: 123-124).

Sorprende lo ocurrido a los hermanos de Sant Joan de Déu. Los de Barcelona fueron respetados; el relato, escrito en noviembre de 1947 por Mina Salvador, detalla que un anarquista armado les dijo, el 20 de julio, que respetarían el asilo por su tarea; poco después, «obreros desgredados y armados de fusiles» les trajeron hielo; otros, 800 litros de leche; unos de la FAI, arroz, garbanzos, pescado o bebidas y les ofrecieron lo que fuese necesario; al contrario, los del comité de empleados, más de la mitad ex asilados, llegaron buscando dinero; el atento responsable de la CNT, Manuel Martí, les sugirió acogerse en casas particulares, pero se negaron; uno de ellos acabó en la CNT y trabajó en el bar (Marcos: 580-602). Mientras los de Calafell fueron inmolados casi todos (Gispert: 79-81), pero los sobrevivientes sirvieron en el sanatorio treinta meses (Vidiella: 49). Los del comité de Berga, temiendo que vendrían de Figols a quemar templos sin tino, decidieron hacerlo ellos, salvando obras de arte y aprovechando la madera como combustible en el asilo de las Germanetes; todas las religiosas, excepto las dominicas, siguieron en sus puestos. Más pintoresco es el caso de mosén Armengol, encontrado en Sagàs, el 18 de julio; lo querían asesinar, pero Casteràs, mosén disfrazado de faísta, le consiguió papeles para llegar a Berga, donde lo protegieron amigos anarquistas (Montaña: 20, 24 y 133). En La Bisbal las monjas de Sant Josep siguieron ejerciendo en el hospital, sin hábito, y una terminó de mucama; las del Cor de Maria fueron insultadas pero escaparon; una se casó y otra también acabó en el servicio doméstico (AAVV, 1990: 96-100). Los del comité de Butsén, sabiendo que Magín

Vinielles era de Juventud Católica y de la Falange, sólo le interrogaron y pudo marchar a Andorra (90-96). Huyó el párroco de Calonge, pero el vicario, apreciado, se quedó. En Sant Antoni de Calonge, el 26 de julio, los del comité llevaron al párroco y a su madre a su casa de Olot, mientras el vicario, tras un mes encarcelado, acabó en la cárcel de Girona (Vilar: 29-30). En Canet se quiso desenterrar al párroco, muerto en abril del 36, pero mosén Montserrat siguió, vestido de seglar, como escribiente de la Unió Agrària Col·lectivitzadora durante toda la guerra. Siempre había vivido de su trabajo y cuando el gobierno de CEDA-Lerroux volvió a pagar a los clérigos, lo rechazó y era de dominio público que votaba a la izquierda. Pero se asesinó a mosén Puig Sudrià, liberal y catalanista. Si el colectivo religioso fue el más perseguido, buena parte de los de allí se quedaron (Mas Gibert: 138-144). Griful, que tantas pestes dijo de los leales, recuerda que los anarquistas de Cerdanyola fueron al balneario de Sant Hilari a buscar a su párroco para llevarlo con la familia (43). Bosch-Gimpera evocó el comitè de L'Escala, formado por los de la CNT, idealistas, simpáticos y presidido por un barbero, ya viejo, que pensaba experimentar allí la «nova societat». Ni molestaron a nadie ni quemaron nada, y protegieron a los curas de allí y de Sant Martí. Al de L'Escala, ya mayor, el presidente del comité lo acogió en su casa para que no corriera peligro y recibía 5 pesetas/día, considerándolo «obrer jubilat». Al de Sant Martí, joven y payés, lo llevaron en el coche del comité a su pueblo; aún «podia treballar» (188-190). Al mosén del Estanyol también lo condujeron los del comité al Gobierno Civil de Girona y se le autorizó vivir allí (Caireta: 80). En la Fatarella, que tanto dio que hablar luego, no hubo incidentes, el 18 de julio, y los curas se camuflaron con la complicidad de los paisanos (Termes: 19-21). En Fígols-Les Mines el párroco se acogió en masías y todos lo sabían (Montañà: 84). Clara cita las comarcas de Girona, donde los curas fueron las mayores víctimas, pero no los jerarcas, sino los del mundo rural, donde la Iglesia practicó mayor control social. No murió ningún canónigo de la catedral, lo que evidencia que fueron el odio, la venganza personal y los ajustes de cuentas los que provocaron las ejecuciones (77 de 520, según folleto de 1942) y no sus creencias (AAVV, 1986: 196-197). Para Pujiula, en el mismo ámbito más del 80% de los muertos, muchos curas, eran

carlistas; las muertes no fueron debidas a «incontrolados» sino a comités concretos, como el de Sant Joan les Fonts, que actuó incluso en el Gironès y el Alt Empordà. El índice de represión en Olot y la Garrotxa fue bajo, casi la mitad de los de la primera eran religiosos, pero muchos fueron encarcelados y consiguieron salvoconductos para pasar la frontera (2005: 77). Las monjas del hospital de Igualada también siguieron de enfermeras, sin hábito y muchas emparejadas (Porcel: 212). Igual pasó en Malgrat, protegidas por el comité que ayudó a huir a algún fraile (Garangou: 143).

Los clérigos de Manlleu huyeron, salvo el popular mosén Padrós, que andaba por el pueblo con sotana por carecer de otra ropa, y los del comité le dieron un vale por un guardapolvo caqui. Saludaba puño en alto y alguien le exigió pisotear ornamentos que quemarían, pero el mandamás soltó: «déjalo [...] es de los nuestros». Luego el comité supo que el párroco Garet estaba escondido y Padrós consiguió que le dejaran acompañarlo al irse, pero él permaneció bastante tiempo en Manlleu; las carmelitas que atendían el hospital siguieron en sus puestos (Gaja: 56-59 y 72). El alcalde de Monistrol salvó al párroco (Xifra: 118) y Gerhard, al convertir Montserrat en un lugar de ocio laico, conservó en su lugar los elementos de culto, lo que Gassol no osó en la seo de Barcelona (256). El comité de Montblanc detuvo, el 22 de julio, al párroco y el vicario, y pidió a los otros que vistieran de civil (Mayayo, 1986: 412). En Olesa los del comité, anarquistas, asesinaron al párroco retenido en el concejo, otros dos pidieron ayuda al alcalde que los escondió hasta finales de julio, cuando pudieron huir; a las monjas no las molestaron (Dueñas: 75-76). A pesar de estar en la ruta del frente, no hubo muertos en Pradell; al párroco, buena persona, se le despidió incluso con sentimiento por parte de gente del comité (Amorós: 68). Se destruyó la iglesia de Premià de Mar, pero el párroco, el vicario, tres curas y los hermanos de La Salle fueron protegidos y pasaron a Francia; antes habían izado, dado que muchos eran extranjeros, las banderas de Francia y Bélgica en el noviciado que acogía a 194 alumnos. Ayuntamiento y comité decidieron que una parte pasara la frontera y otra se quedara; Cruz Roja pensó en un barco, pero la mayoría, salvo 24, decidieron esperar el desarrollo de los acontecimientos (Amat: 123). En Puig-Reig siguieron dos curas con la

garantía del jefe del comité, lo mismo en Sant Julià de Vilatorrada (Ramón Griful: 26; y Montaña: 54). En Reus recorrieron los conventos femeninos pidiendo a las monjas que regresaran a sus pueblos, pero algunas se incorporaron a los servicios sanitarios (Martorell: 85). En Ripoll sólo se destruyó Sant Eudald, al parecer por razones urbanísticas, para mejorar el tránsito, y a los tres meses ya había misas privadas toleradas por el comité (Castillo y Camps: 83-84). Según Castillo y Camps, un tercio de los ejecutados eran curas, pero mosén Martí Codony se quedó como bibliotecario en la sede de las JJLL (75). *La Dépêche* (1-VIII-36) mentaba Puigcerdà; al principio se sugirió a los curas cruzar la frontera y «ninguno fue víctima de crueldades»; las monjas del hospital pasaron a la sanidad franquista (Blanchon: 72).

En Sant Cugat hubo represión contra los clérigos, pero ayudaron a huir a monjas franciscanas (Mota: 228). El alcalde de Sant Feliu de Guixolls, de la CNT, mandó que dos carabineros acompañaran a sus pueblos a párroco y vicario, y protegió al cura del asilo, al que se cuidaba del colegio de S'Agaró y a dos más. Monjas de la Divina Pastora y del Corazón de María debieron dejar los conventos, pero las carmelitas fueron acogidas en el hospital y se respetó a sus *vetlladoras* y a las del asilo, e incluso se agradeció lo que habían hecho. A pesar de ello, terminada la guerra, al alcalde se lo condenó a muerte (Jiménez, 1995: 78-79 y 217). El mordaz Griful dijo del jefe del comité de Sant Hilari que «aunque rojo, era hombre razonable», y del de su villa, L'Espunyola, cerca de Prats de Lluçanés, ser «hombre de izquierdas, pero no malo», acusado por los anarquistas de ser «demasiado blando y conciliador» (48 y 86). El primer comité de La Seu, con gente de la CNT, facilitó un pase al obispo, a quien los carabineros no habían dejado cruzar la frontera (Canturri: 151-157).

Lo primero que acordó el comité de Tarragona fue cerrar la catedral y custodiarla. Parte de los clérigos no pudieron escapar de la furia popular, aunque no en la capital sino más allá. No se molestó a las religiosas; la mayor parte regresaron con sus familias y otras encontraron trabajo (Kaminski: 157). En Tordera se asesinó a dos curas pero un beneficiado, considerado de izquierda, se salvó (López y Serra: 152). Merced al comité de Torroella, a

mosén Joan, buena persona, no le ocurrió nada. Se marchó con ropa seglar y pasó el resto de la guerra en Mieres, su pueblo (Mallol: 112). En El Vendrell los curas, ayudados por el alcalde, se fueron en tren a Barcelona el 21 de julio (Vidiella: 36). Al cura de Vidreres los del comité lo llevaron a Cassà (Maymí: 133-36). Monjas de Vilanova debieron dejar los conventos; si las de la Casa de l'Empara sirvieron en el hospital de Sant Antoni, las demás se dispersaron, algunas acogidas en casas particulares y una se casó con un tendero viudo (Canalis: 38). En Vic murieron muchos curas, pero algunos se salvaron; el comité pidió información a Santa Eulàlia de Riuprimer sobre mosén Viñas, lo juzgaron y lo dejaron en libertad; Josep Casanovas sostiene que el comité «aplicava una “justícia” —justícia revolucionària, si voleu— que no excloïa les sentències a mort però que, per molt terrible que pugui semblar, era legítima als ulls dels qui l'aplicaven. No volia que els grups d'homes armats de la ciutat actuessin pel seu compte». Añade que «la persecució sistemàtica contra el clergat tenia un caràcter simbòlic». Sin embargo, un número considerable de curas siguieron en Vic durante la guerra sin ser molestados (138-146).

Raguer recopiló exageraciones franquistas. Serrano Suñer habló en Bilbao, en junio del 38, «en nombre de los 400.000 hermanos nuestros martirizados por los enemigos de Dios». Yaguas Messía alegó frente al cardenal Pacelli, en noviembre del 38, para impedir intentos de paz y mediación, que había habido «centenares de miles» de «víctimas cobardemente asesinadas, en primer término por su fe religiosa». Estelrich, pagado por Cambó, mentó 16.750 sacerdotes inmolados y el 80% de los frailes. Raguer precisa que el ensayo de Antonio Montero es el único fiable, pero opina que «en toda la historia de la Iglesia universal no se encuentra ni un sólo precedente, sin exceptuar las persecuciones romanas, de un sacrificio tan sangriento en poco más de un semestre». Madariaga dijo que «tanto si las víctimas son 16.000 como si son 1.600, el hecho es que durante mucho tiempo bastaba ser sacerdote para ser sometido a la pena de muerte». Han de sumarse, dice Raguer, los seglares, sin saberse si fueron inmolados por ser cristianos o como enemigos políticos (2001: 175176). Más tarde matizó el tema. Josep Maria Torrent fue vicario general de Barcelona durante la guerra,

con conocimiento de las autoridades de la Generalitat y del gobierno central, con los que mantuvo contacto epistolar; además recibía instrucciones de Roma y se le autorizó a officiar en la cárcel de mujeres. El 28 de agosto ya habían llegado 11.840 personas a Génova huyendo de la zona leal, muchas de ellas curas, y la mayoría embarcadas en Barcelona. Terminada la contienda, el consulado francés publicó un documento oficial en el que detalla los 6.630 evacuados en naves de su pabellón; de ellos 2.142 eran monjas. La Generalitat salvó a adversarios, como el tradicionalista obispo de Tortosa, Bilbao, o el padre del general Mola (2004: 160 y 164).

Muertos de Franco

Insisto. Los asesinatos perpetrados en Cataluña durante la guerra han sido magnificados y exagerados hasta lo indecible por buena parte de los comunistas y, por supuesto, por los fascistas que, a su vez, siguen escamoteando atrocidades peores que aquéllas. Sin embargo es ya notable la cantidad de estudiosos que denuncian el exabrupto.

Citaré, primero, el parecer de algunos coetáneos. Es de sobras conocida la polvareda levantada por el libro de Bernanos, denunciando implacables masacres en Mallorca. Jellinek, tras denunciar que la prensa francesa de derechas difundió durante días bulos sobre guillotinas en plazas de Barcelona, lamenta que no fuera cierto, «pues un terror abierto hubiera tenido un efecto saludable»; añadía que los barceloneses, poco amantes de las corridas, habrían quedado «conmocionados por las ejecuciones públicas que tenían lugar en muchas ciudades más aficionadas a la fiesta, como Valladolid o Sevilla» (371). Kaminski, por su parte, reconocía la crueldad de toda revolución y veía España ahogada en sangre; pocos proletarios sobrevivieron en Sevilla y en Badajoz hubo una masacre dantesca; precisó que «es mata a

tots dos bàndols, es mata molt, però la veritat és que el antifeixistes són infinitament més clements i humans que els reaccionaris» (98). Vilar Costa lamentó que «en nombre del Catolicismo, se anatematice y maldiga a los que matan curas, y se bendiga y exalte a los que matan mujeres y niños. Con una particularidad: que cuando se asesina a unos curas, no es porque lo ordene el gobierno de la República, sino a pesar de sus esfuerzos; y cuando se asesina a mujeres y niños, no lo hacen turbas anónimas, sino soldados que obedecen las órdenes de los generales facciosos. [...] ¿Quién ha dicho que las víctimas de un lado son sagradas, y las del otro, perros rabiosos?» (68-69). En folleto oficial, Ramon Vinyes copió la denuncia de Eduardo Ortega i Gasset, decano del Colegio de Abogados de Madrid, sobre Badajoz, en cuyo coso se ametralló a 1.500 labriegos, ante obispos y generales; lo ocurrido en Sevilla, donde los muertos superaban los 9.000, más que en Cataluña a lo largo de toda la guerra. En Zaragoza se exterminó a más de 4.000 (14-20 y 21-30).

En Rialp, donde no hubo muertos, desoyendo la demanda de clemencia del mosén, los franquistas ejecutaron a 11 personas (Barbal: 39-42) En Pallars Sobirà, donde la revolución causó tan pocas víctimas, las represalias fueron espectaculares y más violentas que en el Jussà, donde pasó al revés. Allí fueron secuelas de delaciones por envidias e intereses materiales; la mayoría de los liquidados lo fueron sin juicios por parte de soldados que previamente torturaron, incluso a las mujeres, para que denunciasen a otros «rojos» (Gimeno: 55-56). En Granollers, por citar un caso, la violencia roja sacrificó a 41 varones, mientras con los bombardeos de 1938 murieron 224 personas, entre ellos mujeres y niños (Garriga, 2003: 338).

Aparecen nuevos informes, como una fosa con más de 4.300 fusilados, en el cementerio de San Rafael, en Málaga, reportada por García Ortiz; o el que fue el mayor genocidio, al eliminar restos de población civil y del ejército acorralados en Levante al final de la guerra. A pesar de tanto intento por escamotearlo se han localizado 23.857 fallecidos (13.188 varones y 10.669 mujeres) por balas, hambre o enfermedades debidas a la miseria (*El genocidi de València*). Las víctimas de la represión franquista en toda España fueron un mínimo de 143.353 personas, entre paseados, fusilados o enterrados en fosas comunes, como ha podido documentar la Asociación para la

Recuperación de la Memoria Histórica (*El País*, 8-VI-09, 40-41).

Colofón

El entusiasmo y la euforia que provocaron el triunfo popular sobre los alzados, el 20 de julio del 36, y la esperanza desatada por el sinfín de proyectos y utopías, que tantos llevaban mucho tiempo imaginando, duró lo que aquel corto verano de quimeras.

Por una parte, elementos conservadores —incluso entre las entidades libertarias— mandaron recuperar la sensatez, hoy diríamos volver a lo políticamente correcto, para no alarmar a la pequeña burguesía y a las potencias europeas que alardeaban de demócratas y, se suponía, debían dar su apoyo a la República atacada por los militares y la Iglesia en connivencia con Hitler y Mussolini.

Por añadidura, los sediciosos ganaron en algunos lugares desencadenando una muy cruenta y larga guerra, no deseada por los leales, que además sirvió de campo de pruebas para que nazis y fascistas ensayaran las canalladas que luego perpetrarían por doquier, como los bombardeos aéreos sobre la retaguardia, de los que fueron víctimas principalmente los civiles más vulnerables, niños, mujeres o ancianos. Calamidad a la que debemos añadir otro jinete del Apocalipsis, el hambre. Hacía siglos que Cataluña equilibraba su déficit en la producción de alimentos, comercializando bienes industriales

en el resto de España a cambio de trigo, carne, leguminosas o aceite. Pero la contienda interrumpió estos intercambios, a la vez que faltaban brazos en las zonas rurales —la mayoría de los varones más o menos jóvenes estaban en el frente— y crecía la población del Principado al acoger civiles, en especial mujeres y niños, que huían del frente o de regiones ocupadas por los agresores; a los que hubo que añadir los funcionarios cuando el Gobierno se trasladó de Valencia a Barcelona.

La revuelta y las nuevas relaciones, antagónicas del sistema anterior, fueron captadas por muchos coetáneos y cito sólo algunos de ellos.

El escritor y médico Juan Colomines manifestó: «Viure d'adolescent la revolució àcrata [...] fou una experiència fenomenal. Era com fer realitat els personatges dels nostres fulletons infantils. Molts anys després he conviscut amb alguns dels seus líders [...]. Amb la distància del temps tots hem pogut mesurar la gran diferència entre els desigs, les necessitats i les greus situacions de descontrol. En teoria el comunisme llibertari [...] fou un esforç ètic de grup que no es pot ocultar. Llegiu *Homenatge a Catalunya* de George Orwell» (50-51).

Kaminski concluía su estudio con la frase: «Este libro ha nacido de unos acontecimientos que aún están en plena evolución. Espero que no sea la crónica necrológica de un intento maravilloso y emocionante, sino la descripción del inicio de un gran auge. Se lo dedico a todos aquellos que se consideran ligados de algún modo a la lucha antifascista y a la Revolución social. Lo dedico al pueblo catalán que quiere transformarse en una sola clase de productores. ¡Salud compañeros!» (221).

Jaume Miravittles, comisario de Propaganda de la Generalitat, le dijo a Fraser: «CNT/FAI pusieron en marcha una serie de reformas que parecían infantiles (yo siempre había dudado de que una sociedad anarquista pudiera funcionar) y luego nos quedábamos asombrados al ver que parecía funcionar» (191-93).

El periodista Langdon-Davies recorrió Cataluña y vio que «Un pueblo entero con espontánea decisión se había levantado libremente para destruir la horrible posibilidad de que los viejos demonios de España pudieran alzar una vez más la cabeza y hacer la vida imposible para el común de los hombres»

(115). Osaría decir que el sueño libertario no era utópico; lo fue pensar que ningún responsable anarquistas se engolosinaría con el mando e imaginar que los poderes tradicionales —el centralismo hispánico, las «democracias» liberales o el estalinismo— permitirían ni siquiera su ensayo; difamaron o boicotearon a las columnas que intentaron avanzar en Aragón o Mallorca, o les negaron pertrechos imprescindibles o dificultaron a las empresas colectivizadas obtener maquinaria o materias primas, pedidos o capitales.

No cesan de multiplicarse las razones para indignarse, la seguridad de que nos engañan y estafan a todos los niveles o de que nuestra voz es desoída y nuestros anhelos e inquietudes ninguneados. En este panorama de desastre capaz se podría recurrir al pasado y averiguar ensayos pretéritos de salidas alternativas.

Bibliografía

AAVV (1972): *La Federació de Joves Cristians de Catalunya. Contribució a la seva història*, Nova Terra, Barcelona, 275.

AAVV (1983): «Revolució i Guerra Civil. Recerques a l'Arxiu Històric Nacional de Salamanca», *Quaderns d'Història Contemporània*, Extra, Tarragona, 259.

AAVV (1986): *La Guerra Civil a les comarques gironines (1936-1939)*, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, Girona, 454.

AAVV (1986): *La república i la Guerra Civil a Sabadell 1931-1939*, Ajuntament, Sabadell, 204.

AAVV (1987): *La persecució religiosa de 1936 a Catalunya. Testimoniatsges a cura de Josep Massot i Muntaner*, PAM, Barcelona, 355.

AAVV (1989): *Col·lectivitzacions al Baix Llobregat (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 621.

AAVV (1989): *Joaquín Danés i Torra (1888-1960)*, Editora de Batet, Olot, 283.

AAVV (1989-1990): *Granollers 1936-1939: Conflicte revolucionari i bèl·lic*, El Racó del Llibre de Text, Barcelona, 2 vols.

AAVV (1990/a): *La Guerra Civil Española. Cincuenta años después*, Fundación Friedrich Ebert, Madrid, 311.

AAVV (1990/b): *La revolució i la Guerra Civil a La Bisbal*, Ajuntament i Arxiu Històric Comarcal, La Bisbal, 227.

- AAVV (1991): *Història de la ciutat de Manresa 1900-1950*, Caixa de Manresa, Manresa, 3 vols.
- AAVV (1993): *Església i societat a la Girona Contemporània*, Cercle d'Estudis Històrics i socials, Girona, 239.
- AAVV (1998): *Breu història de Cerdanyola*, Ajuntament, Cerdanyola, 100.
- AAVV (1998): *El anticlericalismo español contemporáneo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 383.
- AAVV (2000): *Folgueroles. Societat i vida d'un poble*, Eumo, Vic, 398.
- AAVV (2001): *Testimonis manresans de les guerres del segle xx*, Centre d'Estudis del Bages, Manresa, 215.
- AAVV (2002): *Del molí a l'ordinador. Passat i present de Barberà del Vallès*, Ajuntament, Barberà, 469.
- AAVV (2004): *La Guerra Civil a Catalunya*, Edicions 62, Barcelona, 4 vols.
- AAVV (2005): *La punta de l'agulla*, Timó, Montgat i Tiana, 115.
- AAVV (2006/a) *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, Edicions 62, Barcelona, 25 vols.
- AAVV (2006/b): *La revolució del bon gust. Jaume Miravittles i el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya (1936-1939)*, ANC, Viena, Ajuntament de Figueres, Barcelona, 279.
- AAVV (2007): *Guerra Civil a Catalunya: testimonis i vivències*, Generalitat, Barcelona, 397.
- AAVV (2007): *Vilobí des de l'oblit. Història oral de la guerra i el franquisme*, Ajuntament, Vilobí, 222.
- ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1937): *La Revolución y la Guerra en España*, Nervio, Barcelona-Buenos Aires, 208.
- (1938)3: *El organismo económico de la revolución*, Tierra y Libertad, Barcelona, 240.

- (1975): *Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española*, G. del Toro, Madrid, 358.
- ABELLA, Rafael (1975): *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La España republicana*, Planeta, Barcelona, 478.
- ACKELSBERG, Martha A. (1999): *Mujeres libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*, Virus, Barcelona, 320. *Actividades de la Federación Mujeres libres*, Barcelona, s. a., C.O. Avant, s. p.
- ADELL I FERRER «Crit», F. (1937): *Deu mesos de revolució? Recull d'articles publicats a Llibertat de Tarragona durant deu mesos de caos i de confusió revolucionària*, F. Sugrañes, Tarragona, 128.
- ADSUAR TORRAS, Josep Eduard (III-1979): «El Comitè Central de Milícies Antifeixistes», *L'Avenç*, 14, 50-55.
- (1979): «Catalunya: juliol-octubre del 1936. Una dualitat de poders?», Tesina de licenciatura, Universitat de Barcelona, 1979, 2 vols.
- AGUILAR CESTERO, Raül (2008): *Quan les espartanyes trepitjaren la Universitat*, Debarris, Barcelona, 94.
- AISA, Ferran (2006): *La cultura anarquista a Catalunya*, Edicions de 1984, Barcelona, 348.
- ALABAU, Maria Mercè (1997): *El penúltimo condenado por rojo*, Viena, Barcelona, 164.
- ALAIZ, F. (1993): *Hacia una federación de autonomías ibéricas (FAI)*, Madre Tierra, Madrid, 603.
- ALBA, Víctor (1990): «Los protagonistas de las colectivizaciones», *Historia, Literatura, Pensamiento. Estudios en homenaje a María Dolores Gómez Molleda*, Universidad, Salamanca, I, 23-34.
- (1990): *Sísif i el seu temps. I-Costa avall*, Barcelona, Laertes, 288.
- (1996): «El maniqueisme de l'antimaniqueisme», *L'Avenç*, 205 (VII/VIII), 9-10.

ALBERT, Esteve (1989): *La Guerra Civil a Canyamars (1936-1950) ...I els senyors de Barcelona*, L'Aixernador, Argentona, 121.

ALBERTÍ, Jordi (2007): *El silenci de les campanes. La persecució religiosa durant la Guerra Civil*, Proa, Barcelona, 423.

— (2008): *La Iglesia en llamas. La persecución religiosa en España durante la guerra civil*, Destino, Barcelona, 527.

ALCALÁ, César (2001): *Persecución en la retaguardia. Cataluña 1936-1939*, Actas, Madrid, 244.

— (2005/a): *Checas de Barcelona. El terror y la represión estalinista en Cataluña durante la Guerra Civil al descubierto*, Belacqua, Barcelona, 254.

— (2005/b): *La represión política en Cataluña (1936-1939)*, Grafite, Madrid, 332.

— (2007): *Las checas del terror. La desmemoria histórica al descubierto*, Libros Libres, Madrid, 286.

ALQUÉZAR, Ramon (2006): «La República Espanyola i la Generalitat de Catalunya», *Lluís Companys, president de Catalunya: biografia humana i política*, Generalitat i Enciclopèdia Catalana, Barcelona, II, 10-47.

ÁLVAREZ PALLÁS, José María (1941): *Lleida bajo la horda 1934-1938*, s. e., Lérida 177.

AMAT I TEIXIDÓ, Jordi (1994): *República i guerra a Calella (1931-1939)*, Caixa Laietana, Mataró, 451.

— (1995): *Pineda entre dos temps (1931-1939)*, Ajuntament de Pineda, Argentona, 210.

— (1997): *La República a Premià, 1931-1939, Política i quotidianitat republicana a Premià de Dalt*, El Clavell, Premià de Mar, 142.

— (1998): *Sant Pol de Mar (1931-1948). República, Conflicte Civil i primer Franquisme*, Oikos-Tau, Vilassar, 318.

— (1999): *Un tomb per la història d'Arenys de Munt (1931-1948)*,

- Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 172.
- (1999): *Vilassar de Dalt (1931-1945). República, Guerra Civil i Primer Franquisme*, Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 335.
- (2001): *Premià de Mar 1931-1945. República, Guerra Civil i primer Franquisme*, El Clavell, Premià de Mar, 397.
- AMETLLA, Claudi (1984): *Catalunya paradís perdut (la Guerra Civil i la revolució anarco-comunista)*, Selecta, Barcelona, 228.
- AMORÓS, Miquel (2003): *La revolución traicionada. La verdadera historia de Balius y Los Amigos de Durruti*, Virus, Barcelona, 444.
- AMORÓS, Xavier (1985): *L'agulla en un paller*, Pòrtic, Barcelona, 160.
- ANGUERA, Pere (1999): *El carlisme a Catalunya, 1827-1936*, Empúries, Barcelona, 141.
- ANGULO, Enrique de (1934): *Diez horas de Estat Català*, Librería Fenollera, Valencia, 230.
- ANÓNIMO (1937): «Un “incontrolado” de la columna de hierro» <http://www.theyliewedie.org/ressources/biblio/es/Anonimo>.
- ARBELOA, Víctor Manuel (1975): *Aquella España católica*, Sígueme, Salamanca, 374.
- ARNABAT, Ramon (1994): «El 6 d'octubre a l'Alt Penedès: un episodi de la lluita social al camp», *L'Avenç*, 187 (XII), 40-43.
- (coord.) (2000): *Història de l'Alt i Baix Penedès*, el 3 de vuit, Vilafranca, 214.
- ARNAL, Mosén Jesús (1972): *Por qué fui secretario de Durruti*, Mirador del Pirineu, Andorra, 266.
- ARÓSTEGUI, Julio (2006): *Por qué el 18 de julio... Y después*, Flor del Viento, Barcelona, 607. *Architecture dans la révolution espagnole, 1936-1939*, *L'*, (s. f.): s. e., s. l., 64.
- ARXER I BUSSALLEU, Jacint y Estanislao TORRES (1999): *La Guerra*

Civil a Arenys de Mar, PAM, Barcelona, 151.

Arxiu de l'Església catalana durant la Guerra Civil. I. Juliol-desembre 1936 (2003): A cura d'Hilari Raguer i Suñer, PAM, Barcelona, 275.

Assistència infantil: l'obra realitzada i l'obra a realitzar (1937?): Institut d'Acció Social Universitària i Escolar de Catalunya, Barcelona, [44].

Assistència social en la revolució, L' (1937?): Amb un pròleg del Dr. Fèlix Martí Ibáñez, Oficina de Propaganda de la Conselleria de Sanitat, Barcelona, s. n.

BADA, Joan (1987): *Guerra civil i Església catalana*, PAM, Barcelona, 125.

BADIA I MORET, Josep (1991): *L'Ametlla del Vallès. Una crònica del nostre temps*, Ajuntament, L'Ametlla, 133.

BADIA I TORR AS, Lluís (1988): *Martirologi solsoní (1936-1939)*, Claret, Barcelona, 384.

BALADIA, F. Xavier (2004): *Abans que el temps ho esborri. Records dels anys d'esplendor i bohèmia de la burgesia catalana*, La Magrana, Barcelona, 301.

BALCELLS, Albert (1968): *El problema agrari a Catalunya (1890-1936). La qüestió rabassaire*, Nova Terra, Barcelona, 300.

— (2001): «El destí dels edificis eclesiàstics de Barcelona durant la Guerra Civil», *Violència social i poder polític. Sis estudis històrics sobre la Catalunya contemporània*, Pòrtic, Barcelona, 286.

BALLESTER, David (1998): *Els anys de la guerra. La UGT de Catalunya (1936-1939)*, Columna, Barcelona, 382.

BALLESTER I PERIS, Joan (1999): *Memòries d'un noi de Gràcia*, PAM, Barcelona, 245.

BANQUÉ I MARTÍ, Josep (2004): *Comunistes i catalans*, Associació d'Estudis Reusencs, Reus, 141.

BARBAL GASSET, Joaquim (1996): *Els fets de la Guerra Civil a Rialp*.

Memòries, Garsineu, Tremp, 92.

BARÇA, J. O. (1937): *L'obra financera de la Generalitat en els sis primers mesos de la revolta, 19-7-36/18-1-37*, *Antecedents y documentos*, Barcelona, 39.

BARCELLONA, P. Antonio Maria da (1937): *La tragedia della Spagna*, Società Editrice Internazionale, Torino, 91.

BARRIOBERO Y HERRÁN, E. (1937): *Un Tribunal Revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su presidente*, Imp. y Librería Aviñó, Barcelona, 255.

BARRULL PELEGRÍ, Jaume (1994): «Els fets d'octubre a les comarques de Lleida», *L'Avenç*, 187 (XII), 66-69.

— (1995): *Violència popular i justícia revolucionària. El Tribunal Popular de Lleida (1936-1937)*, Pagès, Lleida, 142.

BASSAS I CUNÍ, Antoni (1992): *La Guerra Civil a Vic. Dietari 1936-1939*. Edició a cura de Josep Burgaya, Eumo, Vic, 175.

BASSEGODA NONELL, Juan (1990): *La arquitectura profanada. La destrucción sistemática del patrimonio arquitectónico religioso catalán (1936-1939)*, Mare Nostrum, Barcelona, 229.

BATLLORI, Miquel (2002): *L'Església i la II República espanyola: El cardenal Vidal i Barraquer*, Tres i Quatre, València, 355.

BÉCARUD, Jean i Gilles LAPOUGE (1971): *Los anarquistas españoles*, AnagramaLaia, Barcelona, 153.

BEEVOR, Antony (2005): *La Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona, 902.

BELLMUNT, Doménech de (1937): *La revolución y la asistencia social*, *Antecedentes y documentos*, París, 19.

BENET, Josep, «Un trauma per a l'Església catalana», *Qüestions de vida cristiana*, 131-132 (1986), 6-10..

BENGOA, José (1992): *Conquista y barbarie. Ensayo crítico acerca de la conquista de Chile*, Sur, Santiago, 198.

BENGOECHEA, Soledad (2007): «La patronal, l'ordre públic i els règims polítics», *L'Avenç*, 321(II), 29-33.

BENNASSAR, Bartolomé (2005): *El infierno fuimos nosotros. La Guerra Civil Española (1936-1942...)*, Taurus, Madrid, 537.

BERENGUER, Sara (1988): *Entre el sol y la tormenta. Treinta y dos meses de guerra (1936-1939)*, Calella, Seuba Ediciones, 323.

BERGA, Miquel (1991): *John Langdon-Davies (1897-1971). Una biografia anglo-catalana*, Pòrtic, Barcelona, 263.

— (2002): «Ficcions i afliccions: la gestió de la memòria en la literatura angloamericana de la Guerra Civil», AAVV, *Literatura de la Guerra Civil. Memòria i ficció*, Institut d'Estudis Ilerdencs, Lleida, 49-61.

— (2006): «La ploma i el fusell», AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 19, Edicions 62, Barcelona, 17-27.

BERNECKER, Walter L. (1982): «Willy Brandt y la guerra civil española», *Revista de Estudios Políticos*, 29(IX/X), 7-25.

— (1983): *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Crítica, Barcelona, 524.

— (1992): «El anarquismo en la Guerra Civil española. Estado de la cuestión», *Cuadernos de Hª Contemporánea*, 14, 91-116.

— (1996): «La revolución social», en Payne y Tusell, *La guerra civil*, 485-583.

BERNERI, Camilo (1946): *Entre la revolución y las trincheras*, Tierra y Libertad, [Bordeaux?], 32.

BERNILS I MACH, Josep M. (1986): *La Guerra Civil a Figueres (1936-1939)*, Empordà, Figueres, 251.

BERTRAN ÁLVAREZ, C. (1999): «Aproximació a les confiscacions i les

col·lectivitats del Baix Penedès (1936-1939)», en Piqué i Sánchez, *Guerra Civil*, 165-194.

BERTRÁN GÜELL, Felipe (1939): *Rutas de la victoria*, Librería Farré, Barcelona, 278.

BERTRANA, Aurora (1975): *Memòries. Del 1935 fins al retorn a Catalunya*, Pòrtic, Barcelona, 554.

BLANCHON, Jean-Louis (1986): «1936-1937, Une expérience libertaire en Cerdagne», Mémoire de Maîtrise, Université de Toulouse-Le Mirail, 184.

BLASCO, Juan (1972)²: *Estampas de mi cautiverio*, Caralt, Barcelona, 208.

BLASI I BIRBE, Ferran (2001): *El retorn del temps. Memòries d'un bon tros de segle*, PAM, Barcelona, 270.

BLOCH, Jean-Richard (1936): *Espagne, Espagne!*, Éditions Sociales Internationales, París, 268.

BOIXAREU, Ramon (1986): *La revolució i la Guerra Civil a La Pobla (1936-1939)*, s. e., La Pobla de Segur, 87.

BOLLOTEN, Burnett (1975): *El gran engaño. Las izquierdas y su lucha por el poder en la zona republicana*, Caralt, Barcelona, 358.

— (1980): *La revolución española*, Grijalbo, Barcelona, 739.

— (1989): *La Guerra Civil española. Revolución y contrarrevolución*, Alianza, Madrid, 1.243.

BONAMUSA, Francesc (1974): «L'administració de justícia a Catalunya (septembre-desembre 1936)», *Recerques*, 4, 191-222.

(2006): «Economia, finances i col·lectivitzacions industrials», AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 9, *L'economia revolucionària*, Edicions 62, Barcelona, 8-68.

BONET I BALTA, Joan (1984): *L'Església catalana, de la Il·lustració a la Renaixença*, PAM, Barcelona, 776.

BOOKCHIN, Murray (1980): *Los anarquistas españoles. Los años heroicos*

(1868-1936), Grijalbo, Barcelona, 464.

BORKENAU, Franz (2001): *El reñidero español. La Guerra Civil española vista por un testigo europeo*, Península, Barcelona, 351.

BOSCH-GIMPER A, Pedro (1976): *La España de todos*, Hora h, Madrid, 210.

— (1980): *Memòries*, Edicions 62, Barcelona, 362.

BRADEMAS, John (1974): *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*, Ariel, Barcelona, 295.

BRASILLACH, Robert y Maurice BARDÈCHE (1966): *Historia de la Guerra de España*, s. e., Valencia, 343.

BRICALL, Josep M. (1985): «La economía española (1936-1939)», AAVV, *La guerra civil española. 50 años después*, Labor, Barcelona, 359-418.

BROGGI, Moisès (2001): *Memòries d'un cirugià*, Edicions 62, Barcelona, 356.

BROUÉ, Pierre y Émile TÉMINE (1962): *La revolución y la guerra de España*, FCE, México, 2 vols.

BUCKLEY, Henry (2004): *Vida y muerte de la República española*, Espasa, Madrid, 365.

BUESO, Adolfo (1978): *Recuerdos de un cenetista*, Ariel, Barcelona, 357.

BURDEUS, S.D.B., Amadeo (1950): *Lauros y palmas. Crónica de la inspección salesiana tarraconense durante la revolución roja*, Escuelas Profesionales Salesianas, Barcelona, 352.

BURGUET I ARDIACA, Francesc (1984): *La CNT i la política teatral a Catalunya (1936-1938)*, Institut del Teatre, Barcelona, 121.

BUSQUETS-MOLES, Esteve (1935)²: *L'Anticrist a les escoles (L'organització revolucionària a Catalunya)*, Ignis, Barcelona, 178.

CABALLÉ Y CLOS, T. (1939): *Barcelona roja. Dietario de la revolución (julio 1936-enero 1939)*, Librería Argentina, Barcelona, 256.

CAIRETA I SAMPERE, Eugeni (1991): *La Guerra Civil a Santa Coloma de Farners*, Centre d'Estudis Selvatans, Santa Coloma, 169.

CALVET I COSTA, Felip i Josep M. ROIG I ROSICH, *Josep Irla. President de la Generalitat de Catalunya a l'exili*, Fundació S. Vives i Casajuana, Barcelona, 1983, 349.

CAMINAL, Miquel (1984): *Joan Comorera. II. Guerra i revolució, 1936-1939*, Empúries, Barcelona, 294.

CAMPILLO, Maria (1994): *Escriptors catalans i compromís antifeixista (1936-1939)*, Curial i PAM, Barcelona, 381.

CAMPOS I TERRÉ, S. (1935): *El 6 d'octubre a les comarques*, Imprempta Popular, Tortosa, 248.

CAMPRUBÍ I PLANS, Josep (1988): *Joan Jorba i Rius 1869-1938. Vida i anècdotes d'un innovador del comerç català*, Llibreria Sobrerroca, Manresa, 211.

CANALIS, Xavier (2000): *Crònica de la Guerra Civil a Vilanova i La Geltrú, L'Hora del Garraf*, Vilanova, 71.

CANDEL, Francesc (1997): *Les meves escoles*, Columna, Barcelona, 223.

CÁNOVAS CERVANTES, S. (s. a./a): *Apuntes históricos de Solidaridad Obrera*, CRT, Barcelona, 466.

— (s. a./b): *Durruti y Ascaso. La CNT y la revolución de julio. Historia de la revolución española*, Páginas Libres, Toulouse, 40.

— (1948): *De Franco a Negrín pasando por el Partido Comunista. Historia de la Revolución española*, Páginas Libres, Toulouse, 40.

— (1979): *Proceso histórico de la revolución española*, Júcar, Madrid, 339.

CANSADO GONZÁLEZ, Eugenio (1939): *Diario de la Guerra 17-VII-36/1-IV-39, s. e.*, Barcelona, 239.

CANTURRI, Enric (1987): *Memòries (república, guerra, exili)*, L'Avenç-

Ajuntament de la Seu d'Urgell, Barcelona, 227.

CAPMANY, Maria Aurèlia (1987): *Mala memoria*, Planeta, Barcelona, 208.

CARBONELL I FITA, Pere (2002): *Entre la vocació i el deure. Un estudiant de mestre a l'artilleria de l'exèrcit popular (1936-1939)*, Barcelona, 404.

CÁRCEL ORTÍ, Vicente (1990): *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)*, Rialp, Madrid, 404.

— (2001): *La gran persecución. España 1931-1939*, Planeta, Barcelona, 370.

— (2008): *Caídos, víctimas y mártires. La Iglesia y la hecatombe de 1936*, Espasa, Madrid, 519.

CÁRDABA, Marciano (2002): *Campesinos y revolución en Catalunya. Colectividades agrarias en las comarcas de Girona, 1936-1939*, Fundación A. Lorenzo, Madrid, 312.

— (2003): «La secció de treball col·lectiu d'Espolla, 1936-1939», *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, 36, Figueres, 163-176.

CARDÓ, Carles (1936): *La moral de la derrota*, Separata de *La Paraula Cristiana*, 135(III), Barcelona, 31.

— (1977): *Les dues tradicions. Història espiritual de les Espanyes*, Claret, Barcelona, 315.

— (1994): *El gran refús*, Claret, Barcelona, 107.

CARDONA ROSSELL, M. (1937?): *Aspectos económicos de nuestra revolución. Conferencia pronunciada en el Coliseum, 31-I-37*, s. e., [Barcelona?], 16.

CARNER-RIBALTA, Josep (1972): *De Balaguer a Nova-York passant per Moscou i Prats de Molló. Memòries*, Edicions Catalanes de París, París, 315.

CARR, Raymond (editor) (1973): *Estudios sobre la República y la Guerra Civil española*, Ariel, Barcelona, 336.

— (1986): *La tragedia española*, Madrid, Alianza, 279.

CARRASCO, Alfonso, M. (1936): *¡Barcelona con el puño en alto! Estampas de la revolución*, J. Sanxo, Barcelona, 92.

CARRASQUER, Félix (1978): *La escuela de militantes de Aragón. Una experiencia de autogestión educativa y económica*, Foil, Barcelona, 175.

CARRERAS, Luis, Pbro. (1938): *Grandeza cristiana de España. Notas sobre la persecución religiosa*, Les Frères Douladoure, Toulouse, 278.

CARRERAS GARCÍA, Montserrat i Helena RUIZ TOSSAS (1986): *La República i la guerra a Sta. Coloma de Gramanet*, Ajuntament, Santa Coloma, 207.

CASALS I CORTÈS, Núria i Jordi PADRÓ I WERNER (1987): *Història gràfica de Badalona (1880-1939)*, Ajuntament, Badalona, 1, 230.

CASARES, Francesc (2006): *Memòries d'un advocat laboralista (1927-1958)*, La Campana, Barcelona, 605.

CASALS, Pau (1977): *Joia i tristor. Reflexions de com les va relatar a E. Khan*, Bosch, Barcelona, 321.

CASAMAJÓ I PATRIS, Francesc (1993): *La revolució i la guerra a Badalona 1936-1939. La pau i treva fou obra de tots*, Edicions Badalonines, Badalona, 280.

CASANOVA, Julián (1997): *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Crítica, Barcelona, 267.

—(2007): *República y Guerra Civil*, Crítica/M. Pons, Barcelona, 526.

CASANOVAS, Joan (s. a.): *Un pensament i una actitud. Discursos, notes i declaracions*, s. e., s. l., 67.

CASANOVAS I PRAT, Josep (1993): *Quan les campanes van emmudir, Vic 1936-1939*, Patronat d'Estudis Osonencs, Vic, 288.

CASSOU, Jean (1937): *La République espagnole lutte pour la défense de la démocratie. Une entrevue de l'écrivain français avec le journaliste espagnol Fernando de la Milla*, Imp. Coopérative Étoile, Paris, 14.

CASTELLS, Andreu (1983): *Sabadell. Informe de l'oposició, V Guerra i revolució (19361939)*, Riutort, Sabadell.

CASTELLS, Víctor (2002): *Nacionalisme català i Guerra Civil a Catalunya (19361939)*, Rafael Dalmau, Barcelona, 301.

CASTELLS I DURAN, Antoni (1992): *Las transformaciones colectivistas en la industria y los servicios de Barcelona (19361939)*, Fundación Salvador Seguí, Madrid, 159.

— (1993): *Les col·lectivitzacions a Barcelona 19361939*, Hacer, Barcelona, 307.

CASTELLVÍ I FONTANET, Otilia (1997): *1926-1946. Vint anys d'història, Oikos-Tau Vilassar*, 215.

— (2003): *De les txeques de Barcelona a l'Alemanya nazi*, Quaderns Crema, Barcelona, 283.

CASTILLO, José del y Santiago ÁLVAREZ (1958): *Barcelona, objetivo cubierto*, Timón, Barcelona, 286.

CASTILLO GARCÍA, Sofía i Olga CAMPS FERNÁNDEZ (1994): *La Guerra Civil a Ripoll (19361939)*, Ajuntament, Ripoll, 348.

CASTRO ALBARRÁN, A. de, Magistral de Salamanca (1940)5: *La gran víctima. La Iglesia española mártir de la revolución roja*, s. e., Salamanca, 294.

CATALÀ-ROCA, Francesc (1995): *Impressions d'un fotògraf. Memòries*, Edicions 62, Barcelona, 205.

CATTINI, Giovanni C. (2005): «El cost humà de la Guerra Civil», AAVV, *La Guerra Civil a Catalunya*, 4, 172-183.

— (2006/a): «La col·lectivització que salta a la vista: els mitjans de transport», AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 9, Edicions 62, Barcelona, 125-134.

— (2006/b): «La dona, del front a la reraguarda», AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 11, Edicions 62, Barcelona, 68-85.

— (2006/c): «Violència a la reraguarda», AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 5, Edicions 62, Barcelona, 8-41.

CATTINI, Giovanni C. i C. SANTACANA (2002): «El anarquismo durante la Guerra civil. Algunas reflexiones historiográficas», *Ayer*, 45, 197-219.

CEHI, Universitat de Barcelona (1986): *II Col·loqui Internacional sobre la Guerra Civil espanyola (1936-1939)*, «La guerra i la revolució a Catalunya. Comunicacions», Barcelona, 4-7-XI-86, Mimeo.

CENDRA I BERTRAN, Ignasi (2006): *El Consell d'Economia de Catalunya (1936-1939). Revolució i contrarevolució en una economia col·lectivitzada*, PAM, Barcelona, 287.

CHOMSKY, Noam (1969): *L'Amérique et ses nouveaux Mandarins*, Seuil, París, 257.

CID I MULET, Joan (2001): *La Guerra Civil i la revolució a Tortosa (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 238.

CIRERA I SOLER, Josep (1935): «La responsabilitat dels catòlics en els problemes socials», *La Paraula Cristiana* (II), 100-109. CIRICI, Alexandre (1976): *A cor batent*, Destino, Barcelona, 237.

CLARA, Josep (1987): «Els bombardeigs marítims a Palamós durant la Guerra Civil», *Estudis sobre el Baix Empordà*, 6, 183-200.

CLAUDÍN, Fernando (1970): *La crisis del movimiento comunista. 1. De la Komintern al Kominform*, Ruedo Ibérico, París, 680.

CLEMENTE, Josep Carles (1990): *El carlismo. Historia de una disidencia social (1833-1976)*, Barcelona, 188.

CLIMENT, Luis (1942): *Rojos en Tarragona y su provincia*, s. e., Tarragona, 238.

COLL GORNÉS, Miguel (1992): *Republicanos y rebeldes (Memorias)*, s. e., [Mahó], 162.

COLOMÉ FERRER, Josep y Raimon SOLER BECERRO (1986): *Revolució*

i guerra a Vilafranca (19361939). Aproximació a un estudi d' història local, Ajuntament, Vilafranca, 191.

COLOMER I ROVIR A, Margarida (1990): *Guerra Civil i revolució a Argentona (19361939). La problemàtica en la reraguarda*, L'Aixernador, Argentona, 184.

— (1996): *Josep Calvet i Mòra, La trajectòria d'un rabassaire argentoní 1891-1950*, Ajuntament, Argentona, 167.

— (2006): *La Guerra Civil a Mataró, 19361939*, PAM, Barcelona, 355.

COLOMINES, Joan (1999): *El compromís de viure. Apunts de memòria*, Columna, Barcelona, 552.

COLOMINES COMPANYS, Agustí (1986): «Una qüestió d'honor? Notes breus sobre l'esquerra revolucionària i el fet nacional durant la segona República», *Afers*, 3, 271-278.

COMAS, Joan (1938): *L'Església contra la República*, en J. M. Llorens, *Cómo escapé de los rojos... Odisea de un sacerdote evadido de Cataluña, disfrazado de pastor y perdido en los Pirineos*, Rayfe, Burgos, 70.

CORBALÁN I GIL, Joan y Consol GARCÍA-MORENO I MARCHAN (2002): *Joan Ambrós i Lloreda, Per Catalunya i la llibertat*, Ajuntament, Mollet del Vallès, 526.

COSTA DEU, G. [Antonio Maria da Barcellona] (1937)2: *Martiri della Rivoluzione del 1936 nella Catalogna*, Torino, Società Editrice Internazionale, 201.

CREUS, Gregori (1998): *Memòries d'un vicari general de La Seu d'Urgell, delegat permanent per a Andorra*, PAM, Barcelona, 382.

CREXELL, Joan (1990): *El llibre a Catalunya durant la Guerra Civil*, PAM, Barcelona, 196.

CROSAS CASADESÚS, Jaume (2000): *Memòria de la guerra a L'Esquirol (Osona) 1931-1940*, El Mèdol, Tarragona, 189.

— (2004): *Guerra i repressió al Collsacabra (Osona) 1936-1943* Pruit-

- Rupit-Tavertet, Grupo de Historia José Berruezo, Santa Coloma, 226.
- CRUELLS, Manuel (1976): *La revolta del 1936 a Barcelona*, Galba, Barcelona, 364.
- (1978): *La societat catalana durant la Guerra Civil. Crònica d'un periodista polític*, Edhasa, Barcelona, 291.
- CRUSELLS, Magí (2006): «El cinema durant la Guerra Civil», AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 19, Edicions 62, Barcelona, 60-71.
- CUÉLLAR, Juli, (2006): «La guerra esperona la creativitat», AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 19, Edicions 62, Barcelona, 82-99.
- CUEVA MERINO, Julio de la (1998): «El anticlericalismo en la segunda República y la Guerra Civil», AAVV, *El anticlericalismo*, 211-301.
- DAY, Hem, (1936?): *Les Eglises brûlent en Espagne... Pourquoi?*, Editions Pensée et Action, Bruxelles, 12.
- (1937): *El Capitalismo Internacional ante la España revolucionaria*, Ediciones Tierra y Libertad, Barcelona, 23.
- *De Companys a Indalecio Prieto. Documentación sobre las industrias de guerra en Cataluña (1939)*: Servicio de Propaganda España, Buenos Aires, 93.
- DELGADO, Manuel (1992): *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antirritualismo en la España contemporánea*, Humanidades, Barcelona, 176.
- (1993): *Las palabras de otro hombre: anticlericalismo y misoginia*, Muchnik, Barcelona, 303.
- DELOR I MUNS, Rosa M. (1993): *Salvador Espriu, els anys d'aprenentatge (1929-1943)*, Edicions 62, Barcelona, 524.
- DEXEUS, Josep Maria (2004): *El món que us deixem. Memòries d'un metge*, Columna, Barcelona, 268.
- DÍAZ I CARBONELL, Romuald (1973): *Pere Tarrés testimoni d'una època*,

PAM, Barcelona, 519.

DÍAZ SANDINO, Felipe (1990): *De la Conspiración a la Revolución 1929-1937*, Libertarias, Madrid, 218.

DIEZ, Xavier (2001): *Utopía sexual a la prensa anarquista de Catalunya*, Pagès, Lleida, 190.

— (2007): *El anarquismo individualista en España (1923-1938)*, Virus, Barcelona, 376. *19 julio 1936, España, (1936?)*: Oficinas de Propaganda CNT-FAI, Barcelona, [70].

DOMINGO I BARNILS, Artur (1986): «La Guerra Civil, 1936-1939», AAVV, *La República i la Guerra Civil a Sabadell*, 71-147.

— *Dones d'ERC (1931-1939)*, Les (2000): Fundació J. Irla, Barcelona, 60.

— *Dones d'Esquerra (1931-1939)*, Les (2007): Fundació J. Irla, Barcelona, 156.

DRONDA MARTÍNEZ, J. y E. MAJUELO GIL (editores) (2007): *Cuestión religiosa y democracia republicana (1931-1939)*, Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 364.

DURAN I GRAU, Eulàlia (2000): *Agustí Duran i Sanpere. Semblança biogràfica*, IEC, Barcelona, 12.

DUEÑAS ITURBE, Oriol (2007): *La violència d'uns i altres. La repressió de la guerra i la postguerra 1936-1945. El cas d'Olesa de Motserrat*, PAM, Barcelona, 565.

EALHAM, Chris (1999): «De la cima al abismo: Las contradicciones entre el individualismo y el colectivismo en el anarquismo español», en Paul Preston (ed.), *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, Península, Barcelona, 147-174.

— (2005): *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Alianza, Madrid, 381.

— (2006): «El mito de las “muchedumbres enloquecidas”»: clase, cultura

y espacio en el proyecto revolucionario urbanístico de Barcelona, 1936-1937», Jornada República i Republicanisme (Universitat Autònoma de Barcelona, 26-V, <http://republica-republicanisme.uab.es>) — (2007): «Una “Geografía imaginada”: ideología, espacio urbano y protesta en la creación del “Barrio Chino” de Barcelona, c. 1835-1936», *Historia Social*, 59(III), 55-76.

EDO, Luis Andrés (2006): *La CNT en la encrucijada. Aventuras de un heterodoxo*, Flor del Viento, Barcelona, 427.

EINSTEIN, Carl (2006): *La columna Durruti y otros artículos y entrevistas de la Guerra Civil española*, Mudito & Co., Barcelona, 43.

ENZENSBERGER, Hans Magnus (1976): *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*, Grijalbo, Barcelona, 334.

ESCOLAR, Hipólito (1987): *La cultura durante la Guerra Civil*, Alhambra, Madrid, 407.

ESENWEIN, George (1996): «El Frente Popular. La política republicana durante la Guerra Civil», Payne y Tusell, *La Guerra Civil*, 333-421.

— *Església, la llei de confessions i congregacions religioses i altres lleis de la República, L' (Documents)* (1934): Foment de Pietat, Barcelona, 205.

— *Església, societat i poder a les terres de parla catalana* (2005): Actes del IV Congrés de la CCEPC, Cossetània, Barcelona i Valls, 859.

Espagne révolutionnaire: CNT, FAI, L' (1936?): CGT, París, 24.

ESPARZA, José Javier (2007): *El terror rojo en España. Una revisión de la Causa General*, Áltera, Barcelona, 375.

ESPINET I BURUNAT, Francesc (2006): «La ràdio com oralitat a l'estiu del 1936 a Catalunya», Jornada República i Republicanisme (Universitat Autònoma de Barcelona, 26V, <http://republica-republicanisme.uab.es>)

ESTADO ESPAÑOL (1939): *Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936*, [Madrid], 2 vols.

- ESTAPÉ, Fabià (2000): *De tots els colors. Memòries*, Edicions 62, Barcelona, 349.
- ESTELA, Damià (1987): «Onze dies d'agost», AAVV, *La persecució*, 307-353. [ESTELRICH, Joan] (1937): *La persecución religiosa en España*, Difusión, Buenos Aires, 151.
- ESTIVILL PÉREZ, Josep (1999): «El cinema i el teatre», Piqué i Sánchez, *Guerra Civil a les comarques Tarragonines*, 311-338.
- ESTRADA I CLERCH, Maria (1993): *Un temps marcat. Vivències d'una Assistent Social. 1931-1939*, L'Aixernador, Argentona, 237.
- ESTRADA I PLANELL, Gemma (1991): *El Bruc: El medi, la història, l'art*, PAM, Barcelona, 187.
- (1995): *La Guerra Civil al Bruc*, PAM, Barcelona, 126.
- ESTRADA SALADICH, F. (1959?): *Memorias de un comerciante catalán*, Quiris, Barcelona, 321.
- FÀBREGAS, Joan P. (1937/a): *Els factors econòmics de la revolució*, Bosch, Barcelona, 171.
- (1937/b): *Vuitanta dies al govern de la Generalitat. El que vaig fer i el que no em deixaren fer*, Bosch, Barcelona, 215.
- FÀBREGAS, Xavier (1969): *Teatre català d'agitació política*, Edicions 62, Barcelona, 317.
- FARRERAS, Antoni (1977): *De la setmana tràgica a la implantació del franquisme*, Pòrtic, Barcelona, 366.
- FEBRER GRIMALT, C. (1986): *Memorias (Una aventura de fe y de amor)*, s. e., Badalona, 348.
- FEIXA, Carles (1992): *La ciutat llunyana. Una història oral de la joventut de Lleida (1931-1945)*, Diputació, Lleida, 174.
- FERNÁNDEZ JURADO, Ramón (1987): *Memòries d'un militant obrer (1930-1942)*, Hacer, Barcelona, 351.

- FERRAN, Jaume (2001): *Memòries de Ponent*, Edicions 62, Barcelona, 348.
- FIGUERES, Josep M. (1997): «Incautacions de la premsa a Catalunya durant la Guerra Civil», *Historia y Comunicación Social*, 2, Madrid, 165-204.
- FIGUERES CAPDEVILA, N. y A. REYES VALENT (editors) (2000): *Guerra Civil franquisme. Seixanta anys després*, Centre d'Estudis Selvatans, Girona, 315.
- FIGUEROLA, Albert (1976): *Memòries d'un taxista barceloní*, Pòrtic, Barcelona, 247.
- FLÓREZ MIGUEL, Marcelino (2003): *Clericalismo y anticlericalismo. Las venganzas de 1936*, Dossoles, Burgos, 253.
- FOGUET I BOREU, Francesc (1999): *El teatre català en temps de guerra i revolució (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 220.
- (2002): *Las Juventudes Libertarias y el teatro revolucionario. Catalunya (1936-1939)*, Fundación A. Lorenzo, Madrid, 115.
- (2004): «Una fal·laç unitat sindical. Les relacions de la CNT i la UGT en el sector dels espectacles públics (1936-1939)», *Afers*, 47, 139-155.
- FOLGUERA I DURAN, Manuel (1996): *Una flama de la meva vida (Memòries)*, Col·legi de Doctors i Llicenciats, Sabadell, 431.
- FONTQUERNI, Enriqueta y Mariona RIBALTA (1982): *L'ensenyament a Catalunya durant la Guerra Civil. El CENU*, Barcanova, Barcelona, 221.
- FONTSERÈ, Carles (1995): *Memòries d'un cartellista català (1931-1939)*, Pòrtic, Barcelona, 508.
- FORT I COGUL, Eufemià (1977): *Ramon Muntanyola, testimoni de reconciliació*, PAM, 328.
- (1979): *Ventura Gassol. Un home de cor al Servei de Catalunya*, Edhasa, Barcelona, 442.
- FOSALBA I DOMÈNECH, Montserrat (2001): *La Guerra Civil a Abrera*,

Ajuntament, Abrera, 83.

FRANQUET I CALVET, Rosa (1986): *Història de la Radiodifusió a Catalunya (Del naixement al franquisme)*, Edicions 62, Barcelona, 235.

FRASER, Ronald (1979): *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil española*, Crítica, Barcelona, 2 vols.

Français et la Guerre d'Espagne, Les (1990): Actes du colloque tenu a Perpignan les 28-30 septembre 1989, Centre de Recherche sur les Problèmes de la frontière, Perpignan, 437.

FRÍAS GARCÍA, M.^a del Carmen (2000): *Iglesia y Constitución. La jerarquía católica ante la II República*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 788.

FROIDEVAUX, Michel (1985): *Les avatars de l'anarchisme. La révolution et la Guerre Civile en Catalogne (1936-1939) vues aux travers de la presse anarchiste*, Thèse présentée à la Faculté des Sciences Sociales et Politiques de l'Université de Lausanne, Lausanne, mimeografiado, 955.

GABERNET, Assumpció (2007): *El Gavà dels anys 30. Les experiències viscudes*, Ajuntament, Gavà, 165.

GABRIEL, Pere (1998): «Sociabilitat de les classes treballadores a la Barcelona d'entreguerres, 1918-1936», en José Luis Oyón (editor), *Vida obrera en la Barcelona de entreguerres: 1918-1936*, CCCB, Barcelona, 99-126.

GAJA I MOLIST, Esteve (1979): *La Guerra Civil a Manlleu*, Gràfiques Manlleu, Manlleu, 208.

GALÍ, Raimon (1999): *Signe de contradicció, Aixecament i revolta*, Barcelonesa d'Edicions, Barcelona, 363.

— (2004): *Memòries*, Proa, Barcelona, 259.

GALLARDO, Juan J. y José M. MÁRQUEZ (1997): *Revolución y guerra en Gramanet del Besòs (1936-1939)*, Grupo de Estudios Históricos, Gramanet del Besòs, 316.

GARANGOU I TARRÉS, Sònia (2005): *Malgrat 1930-1940: els anys silencisats. República, revolució, guerra i dictadura a un poble de l'Alt Maresme*, Ajuntament, Malgrat, 357.

GARCÍA, Ángel (1977): *La Iglesia española y el 18 de julio*, Acervo, Barcelona, 312.

— (1984): *Juan Roig Diggle. Apóstol y mártir de Cristo*, s. e., Barcelona, 149.

GARCIA JORDÁN, Pilar (1986): «Les entitats catòliques força de xoc de l'Església durant la Segona República», *Qüestions de vida cristiana*, 131-132, 27-41.

GARCÍA OLIVER, Juan (1937): *El fascismo internacional y la guerra antifascista española, Conferencia pronunciada en el Cine Coliseum de Barcelona, 24-1-37*, Oficina de Propaganda CNT-FAI, [Barcelona], 15.

— (1978): *El eco de los pasos*, Ruedo IbéricoIbérica, Barcelona, 649.

GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva (1996): «Culturas en guerra», en Payne y Tusell, *La Guerra Civil*, 609-655.

GARCÍA SANCHO, Manuel (1997): *Sacerdots diocesans fidels fins al martiri. Diòcesi de Tortosa 19361939*, s. e., Tortosa, 527.

GARRIGA I ANDREU, Joan (1986): *Revolta i Guerra Civil a La Garriga (Vallès Oriental) 19361939*, L'Aixernador, Argentona, 245.

— (2003): *Granollers, caciquisme i fractura democràtica (1848-1939)*, PAM, Barcelona, 420.

GARRIGA I MASSÓ, Joan (1987): *Memòries d'un liberal catalanista (1871-1939)*, Edicions 62, Barcelona, 318.

GASSIOT MAGRET, José (1961): *Apuntes para el estudio de la persecución religiosa en España*, Escuela Gráfica Salesiana, Barcelona, 112.

GAVALDÀ I TORRENTS, Antoni (1986): *El pensament agrari de l'anarquisme a l'Alt Camp: 1923-1939. El paper de Pere Sagarra i Boronat*, Diputació, Tarragona, 285.

GAZIEL (1974): *Meditacions en el desert (1946-1953)*, Edicions Catalanes de París, París, 294.

GENERALITAT DE CATALUNYA (s. a.): *L'Assistència social en la revolució*, pròleg del Dr. Fèlix Martí Ibáñez, Imprenta Elzeviriana, [Barcelona], s. p.

— (1936): *La política financera de la Generalitat durant la revolució i la guerra, 19-VII/19-XI*, Departament de Finances, Barcelona, 448.

— (1937): *Les noves institucions jurídiques i culturals per la dona*, Barcelona, 31.

— (1937): *Setmana de l'Infant, 1 al 7 de gener 1937*, Conselleria de Sanitat i Assistència Social, [Barcelona], 15.

— (1977): *La política cultural*, Undarius, Barcelona, 209.

— (1977): *La política urbanística*, Undarius, Barcelona, 130.

Genocidi franquista a València, El: Les fosses silenciades del cementiri (2008): Icaria, Barcelona, 422.

GERHARD, Carles (1982): *Comissari de la Generalitat a Montserrat (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 890.

GIBERT FELIX, José M.^a (1942): *Perfiles de esclavitud. Tríptico de la dominación rojoatea*, Altés, Barcelona, 94.

GIMENO, Manuel (1987): *Revolució, guerra i repressió al Pallars (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 178.

GIMENO, M. y J. CALVET (1987): *Salàs de Pallars. 1936-1939. Tres anys dins la història d'un poble*, Virgili & Pagès, Lleida, 79.

GIRÓ I PARÍS, Jordi (2001): *Dos homes de pau en temps de guerra*, Claret, Barcelona, 222.

GISPERT, Ignasi de (1976): *Memòries d'un neuròleg que fou metge de batalló*, Selecta, Barcelona, 204.

GOMÁ Y TOMÁS, Isidro (1933): *Horas graves. Carta pastoral del Excmo.*

señor arzobispo de Toledo Primado de España, Librería Casulleras, Barcelona, 56.

— (1936): *El caso de España. Instrucción a sus diocesanos y respuesta a unas consultas sobre la guerra actual*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 24.

— (1940): *Por Dios y por España. Pastorales Instrucciones pastorales y artículos - Discursos - Mensajes - Apéndice*, Casulleras, Barcelona, 592.

GÓMEZ CASAS, J. (1977): *Los anarquistas en el gobierno (1936-1939)*, Bruguera, Barcelona, 222.

GÓMEZ CATÓN, Fernando (1989): *La iglesia de los mártires*, Mare Nostrum, Barcelona, 2 vols.

GONZÁLEZ, Ernesto (1994): *La petita història. Crònica local de la Guerra Civil a Vilafranca del Penedès*, Humanidades, Vilafranca, 190.

GRIER A, A. (1963): *Memòries*, Instituto Internacional de Cultura Románica, Sant Cugat, 354.

GRIFUL S. I., Isidro (1956): *A los 20 años de aquello*, Editorial Balmes, Barcelona, 241.

GRIFUL, Ramon (1939): *Un revolucionario moderado al señor Dean de Canterbury*, Casa de Misericordia, Bilbao, 48.

GUARDIOLA, Antonio (1939): *Barcelona en poder del sóviet (El infierno rojo)*, Maucci, Barcelona, 221.

GUARNER, Vicenç (1980): *L'aixecament militar i la Guerra Civil a Catalunya (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 394.

GUINART, Miquel (1988): *Memòries d'un militant catalanista*, PAM, Barcelona, 221.

GUTIÉRREZ LATORRE, Francisco (1989): *La república del crimen Cataluña prisionera. 1936-1939*, Mare Nostrum, Barcelona, 335.

HERNÁNDEZ, Jesús (1946): *Negro y rojo. Los anarquistas en la revolución*

española, La España Contemporánea, México, 557.

IBÀÑEZ-ESCOFET, Manuel (1990): *La memòria és un gran cementiri*, Edicions 62, Barcelona, 351.

IBORR A, Maria (2002): *Records d' infància*, s. e., Barcelona, 90.

IGLESIAS, Ignacio y Víctor ALBA (editors) (1994): *L'aventura del militant*, Alertes, Barcelona, 230.

ÍÑIGUEZ I GRÀCIA, D. y J. SANTACANA I MESTRE (2003): *Les fosses d'Albinyana. Guerra Civil. 1936-1939*, Llibres de Matrícula, Tarragona, 93.

IRURITA ALMANDOZ, Manuel (1941): *Documentos pastorales*, Talleres Gráficos Hijos de Mariano Blasi, Barcelona, 490.

ITURBE, Lola (1974): *La mujer en la lucha social y en la Guerra Civil española*, Editores Mexicanos Unidos, México, 221.

ITURRALDE, Juan de (1955-1965): *El catolicismo y la cruzada de Franco*, Egi-Indarra [Vienne], 3 vols.

IZARD, Miquel (2006): «Organitzar la indisciplina», Jornada República i Republicanisme (Universitat Autònoma de Barcelona, 26-V, <http://republica-republicanisme.uab.es>).

— (2007): «La vida quotidiana en un país en guerra», *Guerra Civil a Catalunya. Testimonis i vivències*, Genetalitat, Barcelona, 77-99.

— (2007): «Y van roncas las mujeres empuñando los cañones», *Historia Social*, 58(II), 47-69.

— (2011): “Se nos entiende todo”, *La España del Frente Popular. Política, sociedad, conflicto y cultura en la España de 1936*, Comares, Granada, 21-35.

IZQUIERDO, Santiago (2001): *Pere Corominas (1870-1939)*, Afers, Barcelona, 258.

JACKSON, Gabriel y Agustí CENTELLES (1982): *Catalunya republicana i revolucionària 1931-1939*, Grijalbo, Barcelona, 173.

- JAQUIER, Maurice (1974): *Simple militant*, Denoël, París, 356.
- JEAN, André (1937): *Les étrangers chez nous. Transformation économique en Catalogne*, Comissariat de Propaganda, [Barcelona], 30.
- JELLINEK, Frank (1978): *La Guerra Civil en España*, Júcar, Madrid, 504.
- Jesuitas en el Levante rojo, Cataluña y Valencia. 1936-1939*, Los, (1940?): Imprenta Revista Ibérica, Barcelona, 271.
- JIMÉNEZ, Àngel (1995): *La Guerra Civil a Sant Feliu de Guíxols (1936-1939)*, Ajuntament, Sant Feliu de Guixols, 227.
- (2003): *En memòria de Felip Calvet i Costa (1920-1999). Testimoni Guixolenc de l'exili català de 1939*, Ajuntament, Sant Feliu de Guixols, 84.
- (2008): «Mossèn Lluís: un capellà singular», *Gavarres*, 14 (tardor-hivern), 61.
- JOANIQUET, Aurelio (1955): *Alfonso Sala Argemí. Conde de Egara*, Espasa-Calpe, Madrid, 464.
- JOLL, James (1976): *Los anarquistas*, Grijalbo, Barcelona, 283.
- JORBA I SOLER, Antoni (1982): *Agonia d'una ciutat (Crònica dels fets més importants ocorreguts a Igualada en el període 1936-1939)*, s. e., Igualada, 285.
- JORDI GONZÁLEZ, Ramon (1986): «Notas sobre la economía del Montepío Farmacéutico Dr. Andreu pertenecientes a la Guerra Civil, 1936-1939», *Circular Farmacèutica*, 290 (I/II), 65-77.
- JOSEPH I MAYOL, Miquel (1971): *El salvament del Patrimoni artístic català durant la guerra civil*, Pòrtic, Barcelona, 163.
- JOVINO, Gian Luigi (1940): *Eroi di Cristo nella Spagna di Franco*, Alba, Roma, 299.
- JUAN ARBÓ, Sebastián (1982): *Memorias. Los hombres de la ciudad*, Planeta, Barcelona, 333.

«Juan García Oliver: El eco de los pasos. Memorias de un hombre de acción» (1979): *Historia Libertaria*, 4(III/IV), 9-32.

JULIÁ, Santos (coord.) (1999): *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 431.

KAMINSKI, H. E. (1977): *Los de Barcelona*, Prólogo de José Peirats, Ediciones del Cotal, Barcelona, 223.

KAPLAN, Temma (2003): *Ciudad roja, periodo azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*, Península, Barcelona, 365.

KRIVITSKY, W. G. (s. a.): *El gran camuflage*, se, sl, 32.

LABOA, Juan M.^a (1985): *El integrismo, un talante limitado y excluyente*, Narcea, Madrid, 190.

LACRUZ, Francisco (1943): *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*, s. e., Barcelona, 307.

LANGDON-DAVIES, John (1937): *Detrás de las barricadas españolas*, Letras, Santiago de Chile, 246.

LANNON, Frances (1990): *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España, 1875-1975*, Alianza, Madrid, 324.

LEVAL, Gaston (1937): *Nuestro programa de reconstrucción*. Conferencia pronunciada en el cine Coliseum de Barcelona, 10-I-37, Oficinas de Propaganda CNT-FAI, Barcelona, 15.

— (1977): *Colectividades libertarias en España*, Aguilera, Madrid, 509.

LEVAL, Gaston, A. SOUCHY y B. CANO RUÍZ (1982): *La obra constructiva de la revolución española*, Ideas, México, 329.

LIARTE, Ramón (1986): *Entre la revolución y la guerra*, Ediciones Picazo, Barcelona, 288.

LINCOLN, Bruce (1999): «Exhumaciones revolucionarias en España, julio 1936», *Historia Social*, 35, 101-118.

LÓPEZ GANASA, Toni i Xavier SERRA ALBÓ (2002): *La Guerra Civil a Tordera (1936-1939)*, Ajuntament, Tordera, 187.

LOW, Mary (2001): *Cuaderno rojo de Barcelona*, Alikornio, Barcelona, 181.

LLADONOSA I PUJOL, Josep (1989): *Setanta-cinc anys de records, 1907-1982*, Virgili & Pagès, Lleida, 446.

LLARCH, Joan (1975): *Los días rojinegros. Memorias de un niño libertario. 1936*, Libros Río Nuevo, Barcelona, 166.

LLOP I TOUS, Josep (2001): *De la segona República a la primera postguerra. La Canonja 1930-1944*, Centre d'Estudis Canongins, Tarragona, 116.

LLORENS, Josep Maria [Joan Comas] (1968): *La Iglesia contra la República Española*, Grupo de Amigos del Padre Llorens, Vieux, 414.

MADARIAGA FERNÁNDEZ, Francisco Javier (2003): «Las industrias de guerra de Cataluña durante la Guerra Civil», Tesis doctoral URV, Tarragona, 2 vols.

— (2006): «Les fàbriques al Servei de la guerra», AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 9, Edicions 62, Barcelona, 8-68.

MALUQUER NICOLAU, Joaquín (1970): *Mis primeros años de trabajo*, s. e., Barcelona, 176.

MALLOL, Tomàs (2005): *Si la memòria no em falla*, CCG Edicions, Girona, 376.

MANENT, Albert (1986): «Pòrtic» a Roura, *La meva història*, 11-12.

(1986): «La posició dels intel·lectuals», *Qüestions de vida Cristiana*, 131-132, 107-126.

(1999): *De 1936 a 1975. Estudis sobre la guerra civil i el franquisme*, PAM, Barcelona, 214.

(2003): *Fèlix Millet i Maristany. Líder cristià, financer, mecenes catalanista*, Proa, Barcelona, 228.

(2006): *La guerra civil i la repressió del 1939 a 62 pobles del Camp de Tarragona*, Cossetània, Valls, 255.

MANENT, Albert y Josep RAVENTÓS I GIRALT (1984): *L'Església clandestina a Catalunya durant la Guerra Civil (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 299.

MANENT I PESAS, Joan (1976): *Records d'un sindicalista llibertari català 1916-1943*, Edicions Catalanes de París, París, 403.

MAR CET, Xavier (dir.) (1987): *Història de Terrassa*, Ajuntament, Terrassa, 478.

MARCOS, Fray Octavio (1980): *Testimonio martirial de los hermanos de San Juan de Dios en los días de persecución religiosa española*, s. e., Madrid, 730.

MARQUÈS I SURIÑAC, Joan (1987): *La força de la fe a Catalunya durant la guerra civil (1936-1939)*, Palverd, Girona, 287.

MÁRQUEZ, José M. y Juan J. GALLARDO (1999): *Ortiz: general sin dios ni amo*, Hacer, Barcelona, 382.

MARRAST, Robert (1978): *El teatre durant la Guerra Civil espanyola. Assaig d' història i documents*, Institut del Teatre-Edicions 62, Barcelona, 323.

MARSILLACH, Adolfo (1999): *Tan lejos, tan cerca. Mi vida*, Tusquets, Barcelona, 574.

MARTÍ, Casimir (1986): «Una església bel·ligerant: Els antecedents», *Qüestions de vida cristiana*, 131-132, 11-26.

MARTÍ BONET, Josep M. (2008): *El martiri dels temples a la diòcesi de Barcelona (1936-1939)*, s. e., Barcelona, 464.

MARTÍ GILABERT, Francisco (1998): *Política religiosa de la Segunda República española*, Eunsa, Pamplona, 281.

MARTÍ GÓMEZ, José (1980): *Joan Reventós: Aproximación a un hombre y*

a su época, Planeta, Barcelona, 270.

MARTÍ IBÁÑEZ, Félix (1937): *Obra. Diez meses de labor en sanidad y asistencia social*, Ediciones Tierra y libertad, Barcelona, 216.

MARTÍN RAMOS, J. L. (2006): «Algunas tesis o hipótesis sobre la evolución política del bando republicano durante la Guerra Civil», Jornada República i Republicanisme (Universitat Autònoma de Barcelona, 26-V, <http://republica-republicanisme.uab.es>).

MARTÍN RUBIO, Ángel David (2005): *Los mitos de la represión en la Guerra Civil*, Grafite Ediciones, Madrid, 283.

— (2007): *La cruz, el perdón y la gloria. La persecución religiosa en España durante la II República y la Guerra Civil*, Ciudadela, Madrid, 95. *Martirologi de la Federació de Joves Cristians de Catalunya* (1992): FJCC-La Formiga d'Or, Barcelona, 479.

MARTORELL, Alfons (1993): *República, Revolució i Exili. Memòries d'un llibertari reusenc*, Centre de Lectura, Reus, 257.

MARTORELL GAR AU, Miquel (2006): *Els refugiats de les zones de Guerra al Priorat, 1936-1939*, Arxiu Comarcal del Priorat, Falset, 185.

MARTOS I CALPENA, R. y A. OLLER I CASTELLÓ (1987): *Ripollet 1931-1945. II. República i Franquisme 15 anys d' història local*, s. e., Badalona, 145.

MAS GIBERT, Xavier (2002): *Guerra-Revolució i contrarevolució a Canet de Mar (les dimensions d'una tragèdia)*, Caixa d'Estalvis Laietana, Mataró, 541.

MASJUAN, Eduard, (1998) «El pensament anarquista i la ciutat», *Oyón, Vida obrera*, 247-261.

— (2000): *La ecologia humana en el anarquismo ibérico*, Icaria, Barcelona, 504.

— (2004): «Tribunales populares, justicia de clase y nuevo derecho: El caso Barriobero. (1936-1939)», *Actas del IV Simposio de Historia*

Actual, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1039-1057.

MASSOT I MUNTANER, Josep (1973): *Aproximació a la història religiosa de la Catalunya Contemporània*, PAM, Barcelona, 228.

— (1975): *L'Església catalana al segle xx*, Edicions 62, Barcelona, 223.

— (1975): *La Guerra Civil a Montserrat*, PAM, Barcelona, 1984, 202.

— (1986): «Els catòlics catalans durant la guerra civil», *Qüestions de vida cristiana*, 131132, 51-81.

— (2003): *Església i societat a la Catalunya contemporània*, PAM, Barcelona, 666.

MATTHEWS, Herbert L. (1948): *Esperienze della Guerra di Spagna*, Gius, Laterza & Figli, Bari, 177.

MAYAYO I ARTAL, Andreu (1986): *La Conca de Barberà (1890-1939). De la crisi Agrària a la Guerra Civil*, Centre d'Estudis de la Conca de Barberà, Montblanc, 529.

— (2006): «La revolució al camp», AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 11, Edicions 62, Barcelona, 8-55.

MAYMÍ, Josep (2001): *Entre la violència política i el conflicte social. Els comitès antifeixistes de Salt i d'Orriols en el context de la Guerra Civil 1936-1939*, PAM, Barcelona, 145.

MELIANI, Giovanni [Costa i Déu] (1938): *Barcelona sotto l' incubo del terrore rosso*, Milano, La Sorgente, 155.

MENDIZABAL, Alfred (1937?): *Aux origines d'une tragédie. La politique espagnole de 1923 a 1936*, Desclée de Brouwer, París, 268.

MENÉNDEZ-REIGADA, Fray Albino G[onzález] (2003): *Catecismo patriótico español*, Prólogo de Hilari Ragner, Península, Barcelona, 92.

MENÉNDEZ-REIGADA, P. Ignacio G[ONZÁLEZ] (1937?): *La guerra nacional española ante la Moral y el Derecho*, Editora Nacional, Bilbao, 50.

MEROÑO, Pere (1997): *Josep Pallach (1920-1977). Història d'un líder*,

Edicions 62, Barcelona, 236.

MIGÓ I FONOLL, Eladi (2002): *Un nen del 36*, s. e., Valls, 168.

MINTZ, Frank (1977): *La autogestión en la España revolucionaria*, La Piqueta, Madrid, 436.

MIR, Miquel (2006): *Diario de un pistolero anarquista*, Destino, Barcelona, 288.

MIRAVITLLES, Jaume (1972): *Episodis de la Guerra Civil espanyola*, Pòrtic, Barcelona, 415.

— (1980): *Gent que he conegut*, Destino, Barcelona, 235.

MIRET MAGDALENA, E. (1976): *Religión e irreligión hispanas*, Fernando Torres Editor, Valencia, 148.

— (2000): *Luces y sombras de una larga vida*, Planeta, Barcelona, 480.

MIRÓ, Fidel (1989): *Vida intensa y revolucionaria*, Editores Mexicanos Unidos, México, 331.

MOA, Pío (1999): *Los orígenes de la Guerra Civil Española*, Encuentros, Madrid, 447.

— (2001): *El derrumbe de la segunda república y la guerra civil*, Encuentros, Madrid, 599.

— (2004): *Los crímenes de la guerra civil y otras polémicas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 286.

— (2007/a): *La quiebra de la historia progresista. En qué y por qué yerran Beevor, Preston, Juliá, Viñas, Reig...*, Encuentro, Madrid, 282.

— (2007/b): «Violencia Política, Represión y Memoria Histórica», *La Segunda República y la Guerra Civil*, Fundación Cultural Profesor Cantera Burgos, Miranda de Ebro, 77-102.

MODOLELL I ROS Josep M. (1995): *Pel camí del mig (II). Cabrera, Argentona, Mataró (1936-1939)*, L'Aixernador, Argentona, 186.

MOLINA, Juan M. (s. a.): «La historia mistificada», *Historia Libertaria*, 4,

26-30.

MONÉS I PUJOL-BUSQUETS, Jordi y otros (1972): *A l'avantguarda de l'educació. Experiències pedagògiques 1900-1938*, Barcelona, ETSIIB, 155.

MONJO, Anna y Carme VEGA (1986): *Els treballadors i la Guerra Civil. Història d'una indústria catalana col·lectivitzada*, Empúries, Barcelona, 223.

MONLEÓN, Alfonso (1938): *España trágica. Anecdotario*, Talleres Gráficos Cattaneo Hnos., Santa Fe, 148.

MONLLAÓ PANISELLO, José (1941): *Estampas de dolor y de sangre. Tortosa en 1936-1939*, Imprenta Algeró y Baiges, Tortosa, 203.

— (1942): *Los bárbaros en Tortosa. 1936-1939*, Imprenta Monllau, Tortosa, 192.

MONTAÑA, Daniel y Josep RAFART (1991): *La Guerra Civil al Berguedà (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 151.

MONTERO, Joaquín (1936): *Los hombres de la revolución. Reportajes. Juan Puig Elias, presidente del CENU. Sus discursos, sus conferencias*, Imprenta Moderna, Barcelona, 42.

MONTERO MORENO, Antonio (1961): *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, BAC, Madrid, 884.

MOREA I NAVARRA, Vicenç y Ramon SUÑÉ I MARTÍ (1996): *Quan la guerra. Monsó-Lleida. 1936-1939 ...L'exili*, Ribera & Rius, Alcoletge, 365.

MORETA, Marcel·lí (2001): *Memòries d'un catalanista. Cinquanta anys de vida política a Catalunya (1932-1982)*, Pagès, Lleida, 304.

MORROW, Felix (1977): *La Guerra Civil en España*, Ediciones Rojas, Barcelona, 71.

— (1978): *Révolution et contre-révolution en Espagne*, Labrèche, París, 249.

MOTA MUÑOZ, José Fernando (2001): *La república, la Guerra Civil i el primer franquisme a Sant Cugat del Vallès (1931-1941)* PAM, Barcelona,

367.

MUNIS, G. (1977): *Jalones de derrota, promesa de victoria. Crítica y Teoría de la Revolución Española (1930-1939)*, Zero, Madrid, 520.

MUNTANYOLA, Ramon (1970): *Vidal i Barraquer cardenal de la pau*, Estela, Barcelona, 885.

MUÑOZ, Xavier (1990): *De dreta a esquerra. Memòries polítiques*, Edicions 62, Barcelona, 205.

MUÑOZ DÍEZ, Manuel (1960): *Marianet. Semblanza de un hombre*, Ediciones CNT, México, 153.

MUÑOZ PUJOL, Josep M. (2004): *Agustí Duran i Sampere. Temps i memòria*, Proa, Barcelona, 263.

— (2007): *Lluís Nicolau D'Olwer. Un àcid gentilhome*, Edicions 62, Barcelona, 361.

MURIÀ, Anna (1937): *Le 6 octobre et le 19 juillet* [Association Hispanophile de France], París, 28.

NAVAIS, Joan y Frederic SAMARRA (2003): *L'extrema dreta al Reus republicà (1931-1936)*, Associació d'Estudis Reusencs, Reus, 335.

NAVARRO, Ramon (1979): *L'educació a Catalunya durant la Generalitat 1931-1939*, Edicions 62, Barcelona, 302.

NAVARRO COSTABELLA, Josep (1937): *L'Université de Catalogne*, Barcelona, Comissariat de Propaganda, 78.

NASH, Mary (1999): *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Taurus, Madrid, 358.

NERÍN, Gustau (2006): *Un guàrdia civil a la selva*, La Campana, Barcelona, 125.

NONELL I BRU, Salvador, Pvre. (1971): *El pastor immolat. Mn. Lluís Miquel Ticó*, Llibreria Casulleras, Barcelona, 227.

— (1984): *Màrtirs del Penedès*, GEA, Barcelona, 127.

OLESTI, Isabel (2005): *Nou dones i una guerra. Les dones del 36*, Edicions 62, Barcelona, 287.

OMS I DALMAU, Manuel (1993): *Osona 1936. La Guerra Civil vista per un nen*, s. e., s. l., 197.

ORTS I RAMOS, A. (1937): *Actitud de l'Església en l'aixecament feixista*, Antecedents i Documents, Barcelona, 22.

ORWELL, George (1970): *Homenaje a Cataluña*, Ariel, Barcelona, 263.

— (1978): *Mi Guerra Civil española*, Destino, Barcelona, 178.

OYÓN, José Luis (editor) (1998): *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras*, CCCB, Barcelona, 286.

— (2006): «Ravals de la revolució. Anarquisme i immigració a la Barcelona de 1930», *L'Avenç*, 310 (II), 34-41.

— (2008): *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Serbal, Barcelona, 542.

PAC VIVAS, Manuel (1999): *Batalló de càstig. Memòries d'un vell lluitador d'origen pagès*, Pagès, Lleida, 236.

PAGÈS RUIZ, Eduard (2007): «Utilitat i obrerisme a la Catalunya del segle XIX (1868-1898)», Tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

PAGÈS I BLANCH, Pelai (1996): *La presó Model de Barcelona. Història d'un centre penitenciari en temps de guerra (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 413.

— (1987): *La Guerra Civil espanyola a Catalunya*, Els llibres de la Frontera, Barcelona, 227.

PAGÈS I BLANCH, Pelai y Alberto PÉREZ PUYAL (2003): *Aquella guerra tan llunyana i tan propera (1936-1939). Testimonis i records de la Guerra Civil a Catalunya*, Pagès, Lleida, 385.

PALACIO ATARD, Vicente (1973): *Cinco historias de la República y de la*

Guerra, Editora Nacional, Madrid, 144.

PALOU GARÍ, J. (1939): *Treinta y dos meses de esclavitud en la que fue zona roja de España*, s. e., Barcelona, 243.

PÀMIES, Teresa (1977): *Los niños de la guerra*, Bruguera, Barcelona, 189.

PAYNE, Stanley G. (1977): *La revolución española*, Argos Vergara, Barcelona, 397.

— (1984): *El catolicismo español*, Planeta, Barcelona, 316.

— (2006): *40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 549.

PAYNE, Stanley y Javier TUSELL (dir.) (1996): *La Guerra Civil. Una nueva visión del conflicto que dividió España*, Temas de Hoy, Madrid, 655.

PAZ, Abel (1967): *Paradigma de una revolución (19 de julio 1936 en Barcelona)*, AIT, s. l., 185.

— (1996): *Durruti en la Revolución española*, Fundación A. Lorenzo, Madrid, 771.

— (2002): *Viaje al pasado (1936-1939)*, Fundación A. Lorenzo, Madrid, 314.

PEIRATS, José (1978): *Emma Goldman. Anarquista de ambos mundos*, Campo Abierto, Madrid, 312.

— (1955): *La CNT en la Revolución española*, Ediciones CNT, Buenos Aires, 3 vols.

PEIRÓ, Joan (1936): *Perill a la rera guarda*, Edicions Llibertat, Mataró, 179.

— (1946): *Problemas y Cintarazos*, Inprimerie Réunion, Rennes, 231.

— (1975): *Escrits, 1917-1939*, Tria i introducció de Pere Gabriel, Edicions 62, Barcelona, 633.

PEIRÓ I OLIVES, Josep (2002): «El 18 de julio de 1936 en Mataró», *XVIII sessió d'estudis mataronins, Comunicacions presentades*, Museu Arxiu de Santa Maria, Mataró, 193-201.

PÉREZ-BARÓ, Albert (1970): *Trenta mesos de col·lectivisme a Catalunya (1936-1939)*, Ariel, Barcelona, 242.

— (1980): «Estudis», *Quaderns d'Història Econòmica de Catalunya*, 21 (x), 123-165.

PÉREZ-BASTARDAS, Alfred (2001): *Josep Maria Boix i Raspall (1887-1973)*, Edicions 62, Barcelona, 336.

PÉREZ DE OLAGUER, Antonio (1937): *El terror rojo en Cataluña*, Ediciones Antisectarias, Burgos, 80.

PÉREZ DE URBEL, Fray Justo (1956): *Los mártires de la Iglesia (Testigos de su fe)*, AHR, Barcelona, 374.

PÉREZ MADRIGAL, Joaquín (1961): *España a dos voces. Los infundios y la historia*, EASA, Madrid, 535.

— *Persecució religiosa de 1936 a Catalunya, La. Testimoniatsges* (1987): a cura de Josep Massot i Muntaner, PAM, Barcelona, 355.

PERMANYER, Lluís (2006): «L'art i els cartells a Barcelona en temps de guerra», en AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 19, Edicions 62, Barcelona, 46-59.

PEY ORDEIX, S. (1931): *El Papa en la República*, Cosmos, Barcelona, 32.

PEYRÍ, Antoni (1937?): *La lluita antivenèria a Catalunya el bieni 1935-1936*, Generalitat de Catalunya. Departament de Sanitat, Barcelona, 49.

PI-SUNYER, Carles (1986): *La guerra, 1936-1939, Memòries*. Recopilació i revisió a cura de Núria Pi-Sunyer, Pòrtic, Barcelona, 254.

PI-SUNYER I BAYO, Pere (1992): *Del vell i del nou món. Memòries*, Edicions 62, Barcelona, 288.

PICAS, Francesc A. (2007): *Història de la persecució religiosa a Catalunya (1936-1939)*, Nordest Llibres, Figueres, 287.

PIJUAN, Luis (1939): *Dans la tourmente rouge*, Editions Jean-Renard, París, 144.

- PIÑOL, Josep M. (1993): *El nacionalcatolicisme a Catalunya i la resistència (1926-1966)*, Edicions 62, Barcelona, 332.
- PIQUÉ, Jordi (1998): *La crisi de la reraguarda. Revolució i Guerra Civil a Tarragona (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 697.
- (2006): «La revolució a Tarragona», *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 6, Edicions 62, Barcelona, 34-59.
- PIQUÉ, Jordi i Josep SÁNCHEZ CERVELLÓ (coords.) (1999): *Guerra Civil a les Comarques Tarragonines (1936-1939)*, Cercle d'Estudis Històrics i Socials Guillem Oliver, Tarragona, 355.
- PLADEVALL, Antoni (1989)2: *Història de l'Església a Catalunya*, Claret, Barcelona, 255.
- PLANAGUMÀ I GELADA, Antoni (2002): *La Guerra Civil a Olot memòries des de l'exili*, Ajuntament, Olot, 138.
- PLANAS I SERRA, Albert (2008): *Antoni Dot i Arxer. 1908-1972*, Fundació Josep Irla, [Barcelona], 155.
- PLANES, Ramon (1987): *Memòries*, Grup d'Estudis Sitgetans, Sitges, 199.
- POBLET, Francesc (2006): «Manufactures Sedó, una indústria textil col·lectivitzada», en AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 9, Edicions 62, Barcelona, 8-68.
- POBLET, Josep M. (1976): *Memòries d'un rodamón*, Pòrtic, Barcelona, 420.
- POMÉS, Jordi y Carles SÀIZ I XIQUÉS (2000): *Joaquim Pou Mas (1891-1966). Dinamisme i ambició*, PAM, Barcelona, 184.
- PONS, Agustí (1977): *Converses amb Federica Montseny*, Laia, Barcelona, 275.
- PONS PRADES, Eduardo (1974): *Un soldado de la República*, G. Del Toro, Madrid, 357.
- (1997): *Las guerras de los niños republicanos (1936-1995)*, Compañía Literaria, Madrid, 557.

- (2005/a): «Notas biogràfiques», *Fem memòria per fer futur*, Barcelona, Universitat Politècnica de Catalunya.
- (2005/b): *Realidades de la Guerra Civil. Mitos no, ¡hechos!*, La Esfera de los Libros, Madrid, 597.
- PONS PRADES, A. y A. CENTELLES OSSÓ (1979): *Anys de mort i d'esperança, Años de muerte y de esperanza*, Blume y Altalena, Barcelona y Madrid, (s. p.).
- PONS, S. J., Jaime (1944): *Una visitandina ejemplar (La Madre María Alacoque Muntadas)*, Ibèrica, Barcelona, 388.
- PONS VIVES, Josep (1993): *Revolució i guerra a La Granada del Penedès (1936-1939)*, Llibres de l'Índex, Barcelona, 117.
- PORCEL, Baltasar (1978): *La revuelta permanente*, Planeta, Barcelona, 302.
- PORCIOLES, J. M.^a de (1994): *Mis memorias*, Prensa Ibèrica, Barcelona, 310.
- POUS I PAGÈS, Josep (2002): *Memòries d'exili*, Afers, Catarroja, 283.
- POUS I PORTA, Joan y Josep Maria SOLÉ I SABATÉ (1991): *Anarquia i república a la Cerdanya (1936-1939). El «Cojo de Málaga» i els fets de Bellver*, PAM, Barcelona, 198.
- POZO GONZÁLEZ, Josep Antoni (2002) «El poder revolucionari a Catalunya durant els mesos de juliol a octubre de 1936. Crisi i recomposició de l'Estat», Tesi doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- PRATS I BATET, Josep M. (1992): *Del trabuc a la trona. Integristes i mestissos a l'Església de Tarragona*, Ajuntament, Tarragona, 122.
- PROUDHOMMEAUX, A. y D. (1972): *España libertaria*, Le Combat Syndicaliste, París, 31.
- PRUSZYNSKI, Ksawery (2007): *En la España roja*, Alba, Barcelona, 462.
- PUIG, August (1991): *Memorias de un pintor*, Hacer, Barcelona, 230.

- PUIG I CADAFALCH, Josep (2003): *Memòries*, PAM, Barcelona, 412.
- PUIG MORA, E. (1937): *La tragedia roja en Barcelona. Memorias de un evadido*, Librería General, Zaragoza, 265.
- PUIG ROVIR A, Francesc X. (1994): *Vilanova 1936-1939 El govern municipal i altres aspectes*, Institut d'Estudis Penedesencs, Vilanova, 404.
- PUIG I VILA, Nònit (1935): *Qué és la Unió de Rabassaires*, s. e., Barcelona, 202.
- PUJADAS I MARTÍ, Xavier (1988): *Tortosa, 1936-1939. Mentalitats, revolució i Guerra Civil*, Dertosa, Tortosa, 324.
- (1994): «El sis d'octubre de 1934 i els efectes de la repressió posterior en un àmbit local: el cas de Tortosa», *L'Avenç*, 187 (XII), 44-46.
- PUJIULA, Jordi (1995): «Poder i revolució el 1936. El Comitè de Milícies Antifeixistes d'Olot», *Annals*, 13, 143-167.
- (2000): *La Guerra Civil a Olot (1936-1939)*, Fundació Pere Simó, Olot, 197.
- (2005): *Dictadura, República i Guerra Civil*, Ajuntament d'Olot i Diputació de Girona, Olot, 104.
- PUJIULA, Jordi y otros (1993): *Els morts per la Guerra Civil a la Garrotxa (1936-1945)*, Llibres de Batet, Olot, 206.
- PUJOL I BASCO, Ramon (1993): *Torelló 1931-1975. Estudi històric-sociològic d'un poble de la Catalunya interior*, s. e., Torelló, 347.
- QUIBUS, C. M. F., Jesús (1949)²: *Misioneros mártires. Hijos del Corazón de María de la Provincia de Cataluña sacrificados en la persecución marxista*, Gráficas Claret, Barcelona, 471.
- RABASSEIRE, Henri (1966): *España crisol político*, Proyección, Buenos Aires, 331.
- RAGON, Baltasar (1972): *Terrassa 1936-1939. Tres anys difícils de guerra*, Arts Gràfiques Marcet, Terrassa, 322.

RAGUER, Hilari (1973): «Maritain i la Guerra d'Espanya», *Qüestions de vida cristiana*, 67, 111-125.

— (1976): *La Unió Democràtica de Catalunya i el seu temps (1931-1939)*, PAM, Barcelona, 582.

— (1976): *La espada y la cruz (La Iglesia 1936-1939)*, Bruguera, Barcelona, 1977, 255.

— (1982): *El Vaticà i la Guerra Civil*, d'Estudis F. Eiximenis, Barcelona, Textos i Documents, 1, 143.

— (1986): «L'Església i la guerra civil (1936-1939). Bibliografia recent (1975-1985)», *Revista Catalana de Teologia*, XI-1, 119-252.

— (1987): «Los mártires de la Guerra Civil», *Razón y fe*, setembre-octubre, 883-892.

— (1997): «Beatificacions de màrtirs de la Guerra Civil», *Fe i teologia. Estudis en honor del Prfo. Vilanova*, PAM, Barcelona, 505-514.

— (2001): *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Península, Barcelona, 478.

— (2002): *Carrasco i Formiguera. Un cristiano nacionalista (1890-1938)*, PPC, Madrid, 357.

— (2004): «Persecució religiosa i salvament de vides», en AAVV, *La Guerra Civil a Catalunya*, Edicions 62, Barcelona, 154-164.

— (2007): «La “cuestión religiosa” en la segunda república», Drona y Majuelo, *Cuestión religiosa*, 15-40.

RAMON I PER A, Francesc-Xavier (1998): *Vilassar de Mar (1936-1939). Una història que no s'ha d'oblidar però que no s'ha de repetir*, Oikos-Tau, Vilassar, 448.

RANZATO, Gabriele (1978): *Lucha de clases y lucha política en la guerra civil española*, Anagrama, Barcelona, 119.

— (1995): *La guerra di Spagna*, Giunti-Casterman, Florencia, 126.

— (1997): «Dies irae. La persecuzione religiosa nella zona repubblicana a la guerra civile spagnola (1936-1939)», *La difficile modernità e altri*

- saggi sulla storia della Spagna contemporanea*, Edizioni dell'Orso, Alessandria, 147-187.
- REDONDO, Gonzalo (1993): *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*, Rialp, Madrid, 2 vols.
- REGUANT, Josep Maria (1991): *Marcel·lí Massana: Terrorisme o resistència?*, Rourich, Barcelona, 167.
- REIG TAPIA, Alberto (1984): *Ideología e historia: Sobre la represión franquista y la Guerra Civil*, Akal, Madrid, 183.
- RENART, Joaquim (1975): *Diari 1918-1961*, Destino, Barcelona, 398.
- REVENTÓS, Jacint (1984): *El doctor Cinto Reventós i el seu entorn*, Edicions 62, Barcelona, 203.
- REVENTÓS, Jacint y Joan (1984): *Dos infancias y la guerra*, Argos Vergara, Barcelona, 209.
- RIBAS I MASSANA, Albert (1976): *La Universitat Autònoma de Barcelona (1933-1939)*, Edicions 62, Barcelona, 272.
- RIBÉ, Manuel (1963): *Memorias de un funcionario*, Marte, Barcelona, 372.
- RICHARDS, M. (1998): *A Time of Silence. Civil war and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge University Press, Cambridge, 314.
- RICHARDS, Vernon (1971): *Enseñanzas de la revolución española*, Belibaste, París, 268.
- RIERA LLORCA, Vicenç (1979): *El meu pas pel temps (1903-1939)*, Edicions 62, Barcelona, 227.
- RIQUER I PERMANYER, Borja de (1996): *L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalanista davant la Guerra Civil i el primer franquisme*, Eumo, Vic, 357.
- RIUS I VILA, Joan (1976): *El meu Josep Janés i Olivé*, Ajuntament de L'Hospitalet del Llobregat, Barcelona, 152.

ROBERT CENDRA, Marcel·lí (1988): *A dos passos de la mort. Tres testimonis de la persecució religiosa entre el 1936 i el 1939*, s. e., Tarragona, 93.

ROCA, Antoni (1987): «Ciència i tècnica durant la Guerra Civil a Catalunya», *La Guerra Civil a debat*, Centre d'Estudis de la Noguera, Balaguer, 35-66.

ROCA, Francesc (1983): *Política, economía y espacio. La política territorial en Catalunya (1936-1939)*, Serbal, Barcelona, 122.

ROCKER, Rudolf (1938): *Anarcosindicalismo. Teoría y práctica*, Tierra y Libertad, Barcelona, 192.

RODERGAS, Mn. Francesc (1990): *Dietari de guerra (Berga, 1936-1939)*, Ateneu, Avià, 110.

RODRÍGUEZ I SOLÀ, Cèsar (1990): «Una nota sobre les finances de l'Ajuntament de Vilanova i La Geltrú durant la guerra (1936-1938)», *Miscel·lània Penedesenca*, 14, 468-490.

RODRÍGUEZ DE LA TORRE, Fernando (2006): *Bibliografía de las Brigadas Internacionales y de la participación de extranjeros a favor de la República (1936-1939)*, Instituto de Estudios Albacetenses Don Juan Manuel, Albacete, 1.281.

RODRIGO, Antonina (2002): *Una mujer libre: Amparo Poch y Gascón, médica y anarquista*, Flor del Viento, Barcelona, 300.

ROIG I LLOP, Tomàs (1978): *Del meu viatge per la vida. Memòries, 1931-1939*, Pòrtic, Barcelona, 390.

ROJAS, Carlos (1979): *La guerra en Cataluña*, Plaza & Janes, Barcelona, 331.

ROLDÁN, Manuel (1940): *Las colectivizaciones en Cataluña. (Dos años y medio de destrucción de vidas y riquezas)*, s. e., Barcelona, 238.

ROMEO I FIGUERAS, Josep (2003): *Quadern de memòries*, PAM,

Barcelona, 256.

ROS I ROCA, Andreu (1985): *Records i vivències d'un moianès (1936-39)*, Laertes, Barcelona, 180.

ROS I SERRA, Jaume (s. a.): *La memòria és una decepció 1920-1939*, Mediterrània, s. l., 211.

ROSAS I VLASECA, J. (2005): *El ciutadà desconegut: del Llobregat al Mapocho*, Arxiu Històric, Sabadell, 560.

ROTLLANT, Antoni (2003): *¿La revolución devora al revolucionario?*, Emboscall, Vic, 395.

ROURA I CASTANYER, Maria del Tura (1986): *La meva Història de la Guerra a Olot*, Aubert, Olot, 80.

ROVIRA, Bru (1989): *Pau Vila, «He viscut». Biografía oral*, La Campana, Barcelona, 183.

ROVIRA I VIRGILI, Antoni (1998): *«La guerra que han provocat». Selecció d'articles sobre la guerra civil espanyola*, PAM, Barcelona, 336.

RÚA, José M. (2006): «L'exili del 1936», en AAVV, *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 5, Edicions 62, Barcelona, 104-121.

RUBIÓ I TUDURÍ, Marià (1937): *La justícia a Catalunya 19-juliol-1936/19-febrer-1937, relació de les mesures provisionals adoptadas pel Govern de la Generalitat*, Clarasó, Barcelona, 41.

— (2002): *Barcelona 1936-1939*, PAM, Barcelona, , 308.

RUCABADO, Ramón (1940): *La custodia de fuego*, Balmes, Barcelona, 199.

— (1942): *Iglesias en el cielo*, Balmes, Barcelona, 204.

— (1959): *Santa Mónica de la Rambla y otras páginas de sangre*, Balmes, Barcelona, 180.

RÜDIGER, Helmut (1938): *El anarcosindicalismo en la Revolución española*, Comité Nacional de la CNT, Barcelona, 55.

RUIZ CARRILLO, Miquel (2002): *Els anys difícils: II República, guerra i*

postguerra a Sant Joan Despí (1931-1959), PAM, Barcelona, 368.

SABATÉ, Modest (1981): «El “no” d’en Cambó, a Gènova, l’any 1936», *L’Avenç*, 39 (vi), 14-15.

SABATÉ I ALENTORN, Jaume (2002): *Víctimes d’una guerra al Priorat (1936-19...)*, Dalmau, Barcelona, 199.

SABATER, Jordi (1986): *Anarquisme i catalanisme. La CNT i el fet nacional català durant la Guerra Civil*, Edicions 62, Barcelona, 236.

SAFÓN, Ramón (1978): *La educación en la España revolucionaria (1936-1939)*, La Piqueta, Madrid, 184.

SAGUÉS SAN JOSÉ, Joan (2003): *Una ciutat en guerra. Lleida en la guerra civil Espanyola (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 754.

SALES, Joan (1976): *Cartes a Màrius Torres*, Club Editor, Barcelona, 537.

SALVATELLA, Josep y Montserrat COLOMÉ (2000): *Crònica d’un segle. Palafrugell 1900-1999*, Edicions Baix Empordà, Palafrugell, 263.

SANABRE, José (1943): *Martirologio de la Iglesia en la Diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa 1936-1939*, Editorial Librería Religiosa, Barcelona, 484.

SANAHUJA, Josep Maria (1992): *Les Conselleries de Governació i Justícia de la Generalitat de Catalunya*, Generalitat, Barcelona, 280.

SANCRISTÒFUL I BALLARÓ, Jaume (1996): *La Guerra Civil a Montclar (Memòries, 1936-1947)*, Àmbit, Berga, 138.

SÁNCHEZ, Miquel (1996): *La Segona República i la Guerra Civil a Cerdanyola (1931-1939)*, PAM, Barcelona, 204.

SÁNCHEZ CARRACEDO, Hilarión M.^a (1947)²: *La azucena de Vich. Vida de Sor María del Patrocinio de San José Badía Flaquer*, Vilamala, Barcelona, 347.

SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (1999): «Entre el perill feixista i les divergències republicanes: la Guerra Civil en les terres de l’Ebre», en Piqué i

Sánchez, *Guerra Civil a les comarques Tarragonines*, 29-68.

— (coord.) (2004): *El carlisme al territori de l'antiga diòcesi de Tortosa*, Arola, Tarragona, 3 vols.

SANS, Ricard M. (1984): *Montserrat, 1936-1939. Episodis viscuts*, PAM, Barcelona, 270.

SANS I SICART, Joan (2007): *El dia de les sirenes. El triomf anarquista del 19 de juliol de 1936*, Pagès, Lleida, 155.

SANTACANA I TORRES, Carles (1989): «Introducció», en AAVV, *Col·lectivitacions al Baix Llobregat*, 13-49.

SANTESMASES I OLLÉ, Josep (2005): *Església, societat i poder a les terres de parla catalana: actes del IV Congrés de la CCEPC*, Cosetània, Valls, 103-112.

SANZ, R. (1978): *Figuras de la revolución española*, Ediciones Petronio, Barcelona, 303.

SAPÉS I ESMENDIA, Josep (1991): *Dretes i esquerres o la guerra del 36 a Rubí*, Comissió de Cultura del Casal d'Avis, Rubí, 109.

SARDÁ, Rafael (1937): *Las colectividades agrícolas*, Editorial Marxista (Publicaciones del Secretariado agrario del POUM), Barcelona, 22.

SARIOL BADÍA, Joan (1977): *Petita història de la Guerra Civil. Vint-i-tres testimonis informen*, Barcelona, Dopesa, 236.

— (1978): *La IV Guerra Civil*, Dopesa, Barcelona, 350.

SATUÉ, Enric (2003): *Los años del diseño. La década republicana*, Turner, Madrid, 263.

SEGUÍ CARRÉ, Joaquin (1941): *Pensando en los dolores de España*, Felipe González Rojas, Barcelona, 419.

SEIDMAN, Michael (2003): *A ras del suelo. Historia social de la república durante la Guerra Civil*, Alianza, Madrid, 388.

SEMPRÚN-MAURA, Carlos (1974): *Révolution et contre-révolution en*

Catalogne, Mame, Tours, 307.

SENTÍS, Carles (2006): *Memòries d'un espectador*, La Campana, Barcelona, 383.

SERRA MORET, M. (1942): *La reconstrucción económica de España*, Patronato Hispano-Argentino de Cultura, Buenos Aires, 93.

SERRA PÀMIES, J. (1981): *Fou una guerra contra tots (1936-1939)*, Pòrtic, Barcelona, 261.

[SERRA VILARÓ, Juan] (194?): *Víctimas sacerdotales del arzobispado de Tarragona durante la persecución religiosa de 1936 al 1939*, Imprenta Suc. de Torres & Virgili, Tarragona, 318.

SERRAHIMA, Maurici (1978): *Memòries de la guerra i de l'exili, 1, 1936-1937*, Edicions 62, Barcelona, 374.

SERRALLONGA I URQUIDI, Joan (2004): *Refugiats i desplaçats dins la Catalunya en Guerra (1936-1939)*, Base, Barcelona, 280.

SERRANO I BLANQUER, David (2001): *Un català a Mauthausen. El testimoni de Francesc Comelles*, Pòrtic, Barcelona, 125.

— (2005): *Josep Xinxó Bondia i les JSUC de Sabadell*, Montflorit, Cerdanyola, 141.

SERRATO, José (1979): «Historia de una colectividad», *Historia libertaria*, 3 (II), 22-29.

SIEBERER, A. (1937): *Espagne contre Espagne*, J. H. Jeheber, Ginebra, 250.

SIGUAN, Miquel (2002): *La guerra als vint anys*, La Campana, Barcelona, 274.

SIMEON I RIERA, J. Daniel (1986): «La cultura popular i el terror revolucionari de 1936: el cas de la ciutat de Llíria», *Afers*, Catarroja, 3, 229-246.

SOBREQUÉS I CALLICÓ, Jaume (dir.) (1983): *Catalunya i la Guerra Civil*,

Edicions d'Ara, Barcelona, 588.

SOLÀ I GUSSINYER, Pere (1980): *Educació i moviment llibertari a Catalunya (1901-1939)*, Edicions 62, Barcelona, 301.

SOLÉ SABATÉ, Josep Maria (1986): «Les víctimes de l'Església catalana durant la Guerra Civil», *Qüestions de vida cristiana*, 131-132, 82-89.

— (1996): «Las represiones», Payne y Tusell, *La Guerra Civil*, 585-607.

— (2006): «La trama civil del 19 de juliol», *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 2, Edicions 62, Barcelona, 8-33.

SOLÉ I SABATÉ, Josep Maria, Carles LLORENS y Antoni STRUBELL (1996): *Sunyol, l'altre president afusellat*, Pagès, Lleida, 160.

SOLÉ I SABATÉ, Josep Maria y Joan VILLAROYA I FONT (1983): *La repressió a la guerra i a la postguerra a la comarca del Maresme (1936-1945)*, PAM, Barcelona, 107.

— (1989): *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 2 vols. SOLER JANER, Juan (1938): *Tomás Caylá Grau. Ejemplo y guía de patriotas*, Editorial Española, San Sebastián, 63.

SOLER SEGON, Juan Ramon (s. a.) «La sanitat i la medicina durant la Guerra Civil Espanyola a través del *Diari de Barcelona*», Manuscrito, s. n.

SOLSONA CARDONA, Ramón (1948): *Mi ciudad y yo. Un período de historia anecdótica*, s. e., s. l., 367.

SORIA, Georges (1978): *Guerra y revolución en España*, Grijalbo, Barcelona, 5 vols.

SOSPEDRA BUYÉ, Antonio (1989): *Las nueve rosas de sangre del Monasterio de monjas mínimas de Barcelona*, s. e., Barcelona, 184.

SOSSENKO, George (2004): *Aventurero idealista*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 159.

SOUCHY, A y P. FOLGARE (1977): *Colectivizaciones. La obra*

constructiva de la revolució espanyola. Ensayos, documentos, reportajes, Fontamara, Barcelona, 236.

SUÁREZ I GONZÁLEZ, M. Àngels (2000): *La Segona República i la Guerra Civil a Mollet del Vallès*, Diputació, Barcelona, 369.

SUBIR ATS PIÑANA, Josep (1996): *Tortosa, front de guerra. La rera guarda durant la Guerra Civil*, Columna, Barcelona, 262.

— (2003): *Entre vivències. La Guerra Civil, les presons franquistes, la transició i la Unió Europea*, Viena, Barcelona, 314.

TARÍN IGLESIAS, José (1950): *Los mártires de Montserrat*, La Hormiga de Oro, Barcelona, 125.

— (1982): *Vivir para contar. Medio siglo entre la anécdota y el recuerdo*, Planeta, Barcelona, 272.

TARRAGONA, Josep M. (1998): *Vidal i Barraquer. De la República al Franquisme*, Columna, Barcelona, 319.

TARRIDA DEL MÁRMOL, Fernando (1897): *Les inquisiteurs d'Espagne. MontjuichCuba-Philippines*, Stock, París, 344.

TASIS, Rafael (1937): *La revolució en els ajuntaments*, Antecedents i Documents, Barcelona, 34.

— (1990): *Les presons dels altres. Records d'un escarceller d'ocasió*, Pòrtic, Barcelona, 253.

TAUBER, Walter (1977 y 1980): «Les tramways de Barcelona collectivisés pendant la revolution espagnole (1936-1939)», *Bulletin d'information Fondation internationale d'études historiques et sociales sur la Guerre Civil d'Espagne*, Ginebra, 2 y 3 (III/IV), 8-54 y 19-85.

TAVER A, Susanna (1992): *Solidaridad obrera. El fer-se i desfer-se d'un diari anarcosindicalista (1915-1939)*, Diputació, Barcelona, 157.

TÉRMENS I GR AELLS, Miquel (1991): *Revolució i Guerra Civil a Igualada (1936-1939)*, PAM, Barcelona, 242.

TERMES, Josep (1987): «De la Revolució de Setembre a la fi de la Guerra Civil (1868-1939)», *Història de Catalunya*, vi, Edicions 62, Barcelona, 460.

— (2005): *Misèria contra pobresa. Els fets de la Fatarella del gener de 1937*, Afers, Catarroja-Barcelona, 282.

THAR AUD, Jérôme et Jean (1937): *Cruelle Espagne*, Plon, París, 255.

TOGLIATTI, Palmiro (1980): *Escritos sobre la Guerra de España*, Crítica, Barcelona, 314.

TORMO, David (2006): «El triomf republicà i popular del 19 de juliol», *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 2, Edicions 62, Barcelona, 46-107.

(2006): «Els fets de Solivella», *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 2, Edicions 62, Barcelona, 133-136.

(2006): «Els fets de Vilalba dels Arcs o l'exemple d'una guerra fratricida», *Catalunya durant la Guerra Civil dia a dia*, 2, Edicions 62, Barcelona, 127-130.

TORRES, Estanislau (2003): *Quasi un dietari (Memòries: 1926-1949)*, PAM, Barcelona, 253.

TORRES I PEREÑA, Víctor (1994): *Memòries polítiques i familiars*, Pagès, Lleida, 414.

TORRIENTE-BRAU, Pablo de la (1972): *En España, peleando con los milicianos*, Grijalbo, México, 159.

TORT I MARTÍ, Manuel (1981): *Guerra incivil*, Claret, Barcelona, 175.

TORYHO, Jacinto (1975): *No éramos tan malos*, G. del Toro, Madrid, 338.

— (1978): *Del triunfo a la derrota*, Argos Vergara, Barcelona, 443.

TREPAT, José (1944): *Los mártires franciscanos de Cataluña*, s. e., Barcelona, 280.

TRIAS I PEITX, Josep M. (2008): *La solitud de la llibertat. Memòries de*

[Trias i Peitx], *secretari general d'Unió Democràtica de Catalunya durant la Guerra Civil*, Símbol, Barcelona, 192.

TRUETA, Josep (1978): *Fragments d'una vida*, Edicions 62, Barcelona, 450.

TUÑÓN DE LAR A, Manuel (1968): *El hecho religioso en España*, Librairie du Globe, París, 200.

TUSQUETS, Juan (1932): *Orígenes de la revolución española*, Vilamala, Barcelona, 219.

UCELAY DA CAL, Enric (1982): *La Catalunya Populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, La Magrana, Barcelona, 414.

— (1996): «Catalunya durante la guerra», en Edward Malefakis (director), *La guerra de España (1936-1939)*, Madrid, Taurus, 323-354.

UDINA, Ernest (1978): *Josep Tarradellas. L'aventura d'una fidelitat*, Edicions 62, Barcelona, 383.

UNIÓ DE RABASSAIRES I ALTRES CULTIVADORS DEL CAMP DE CATALUNYA (1935): *Els desnonaments rustics a Catalunya*, Barcelona, 255.

VALLVERDÚ I MARTÍ, Robert (2008): *El carlisme català durant la Segona República Espanyola (1931-1936)*, PAM, Barcelona, 367.

VÁZQUEZ OSUNA, Federico (2005): *La rebel·lió dels tribunals. L'administració de justícia a Catalunya (1931-1953). La judicatura i el ministeri fiscal*, Afers, Catarroja-Barcelona, 317.

— (2009): *La justícia durant la Guerra Civil. El Tribunal de Cassació de Catalunya (1934-1939)*, L'Avenç, Barcelona, 231.

VERDAGUER, Pere (2002): *Pàgines d'un exili ordinari*, Rúbrica, Barcelona, 238.

VIADIU I VENDRELL, Francesc (1979): *Delegat d'Ordre Públic a «Lleida la Roja»*, Rafael Dalmau Editor, Barcelona, 212.

VIDAL, César (1996): *Recuerdo mil novecientos treinta y seis... Una*

historia oral de la Guerra Civil española, Anaya & Mario Muchnik, Barcelona, 413.

— (2007): *Mentiras de la historia de uso común*, Planeta DeAgostini, Barcelona, 287.

VIDAL I BARRAQUER, Francesc (1971-1991): *Església i estat durant la Segona República espanyola: 1931-1936*, edición a cargo de M. Batllori y V. M. Arbeloa, PAM, Barcelona, 9 vols.

VIDIELLA R AMON, Alfons (2001): *El Vendrell 1936-1939*, s. e., Vilafranca, 223.

VILA, Marc-Aureli (1989): *Temps viscut 1908-1978*, El Llamp, Barcelona, 317.

VILA-ABADAL, Jordi (1990): *El doctor Lluís Vila d'Abadal i el seu temps. Assaig biogràfic*, La Llar del Llibre, Barcelona, 441.

VILA CASAS, Enric i Paco CANDEL (1996): *Memories d'un burgès i d'un proletari. De la República al 23-F (1931-1981)*, Columna, Barcelona, 390.

VILA I CLOTET, Fina (2005): *Onze germans i una guerra. Memòria d'onze germans que sobrevisqueren a la Guerra Civil*, Símbol, Barcelona, 171.

VILA-SAN JUAN, J. F. (1981): *Dr. Antonio Puigvert. Mi vida y otras más...*, Planeta, Barcelona, 283.

V[ILAR] C[OSTA], J[oa]n (1938): *Montserrat. Glosas a la carta colectiva de los obispos españoles*, Instituto Católico de Estudios Religiosos, Barcelona, 392.

VILAR I MASSÓ, Albert (2001): *La Guerra Civil a Calonge*, Bar Xicu, Calonge, 205.

VILARRUBIAS, Felio A. (1975): *Cataluña traicionada*, Editorial Religión y Patria, Barcelona, 284.

VILARRUBIAS, F. A. y J. F. LIZCANO DE LA ROSA (1961): *Un muerto*, Pentágono, Barcelona, 386.

- VILLALON, Josep (2001): *Memòries*, PAM, Barcelona, 181.
- VILLARROYA I FONT, Joan (1985): *Revolució i Guerra Civil a Badalona, 1936-1939*, Ajuntament, Badalona, 228.
- VINIELLES TREPAT, Magín (1971): *La sexta columna. Diario de un combatiente leridano*, Acervo, Barcelona, 311.
- VINYES, Ramon (1937): *La ideología y la barbarie de los rebeldes españoles*, Antecedentes y documentos, París, 36.
- VINYES, Ricard (1983): *La Catalunya internacional. El frontpopulisme en l'exemple català*, Curial, Barcelona, 390.
- (1987): «Revolució. Un model polític català», *La Guerra Civil a debat*, Centre d'Estudis de la Noguera, Balaguer, 21-31.
- VIVES I MASSES, Pau (1987): «L'acció de Déu en temps de persecució», en AAVV, *La persecució religiosa*, 151-181.
- Voz de la inteligencia y la lucha del pueblo español*, La (1937): prólogo de Carles Pi i Sunyer, Association Hispanophile de France, París, 80.
- Vu en Espagne la défense de la République* (1936): núm especial, 29-VIII.
- XIFRA I RIERA, Narcís (1973): *El 19 de juliol de 1936 al monestir de Montserrat*, Pòrtic, Barcelona, 289.
- XIPELL I GUARDIET, M.^a Magdalena (1987)3: *Perfil de una vida santa*, s. e., Huesca, 48.
- XURIGUER A, Ramón (1987)3: *La represión contra los obreros en Cataluña*, Antecedentes y Documentos, París, 30.
- ZAMORANO, Roger (2000): *El sindicalisme forestal dins del moviment obrer català: els roders*, Llibres del Segle, Gaüses, 222.

Siglas

AC	Acció Catalana
ACR	Acció Catalana Republicana
AIDC	Aliança d'Intel·lectuals per a la Defensa de la Cultura
BEN	Bloc d'Estudiants Nacionalistes
CADCI	Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria
CCAR	Comitès Comarcals d'Ajut al Refugiat
CCMA	Comité Central de Milicias Antifascistas
CENU	Consell de l'Escola Nova Unificada
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
CRF	Círcul Republicà Federal
EC	Estat Català
ERC	Esquerra Republicana de Catalunya
FAI	Federación Anarquista Ibérica
FETE	Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza
FJC	Federació de Joves Cristians
FLS	Federació Local de Sabadell
FNEC	Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya
FOL	Federación Obrera Local
FOUS	Federació Obrera d'Unitat Sindical
FTN	Fomento del Trabajo Nacional
GATPAC	Grup d'Arquitectes i Tècnics Catalans per al Progrés de l'Arquitectura

IACSI	Institut Agrícola Català de Sant Isidre
IASUEC	Institut d'Acció Social Univer sitària de Catalunya
IMH	Institut Municipal d'Higiene
IR	Izquierda Republicana
JAP	Juventudes de Acción Popular
JLL	Juventudes Libertarias
JSU	Juventudes Socialistas Unificadas
MZA	Madrid-Zaragoza-Alicante
PCE	Partido Comunista de España
PCC	Partit Comunista Català
POUM	Partido Obrero de Unificación Marxista
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSUC	Partido Socialista Unificado de Cataluña
SIA	Socors Internacional Antifeixista
SRI	Socors Roig Internacional
SUE	Sindicat Únic d'Espectacles
UAB	Universitat Autònoma de Barcelona
UD	Unió Democràtica
UGT	Unión General de Trabajadores
UME	Unión Militar Española
UMRA	Unión Militar Republicana Antifascista
UR	Unió de Rabassaires
USC	Unió Socialista de Catalunya

A V Í S :

BARBERIES COL·LECTIVITZADES

**HORARIS, PREUS I BARBERIES QUE QUEDARAN
OBERTES DES DEL DIA 8 DE SETEMBRE DEL 1936**

HORARIS:

De 9 matí a 8 tarda. Diumenge i dilluns festa

PREUS:

Afaitar	0'55 ptes.
Tallar cabells, del dimarts al divendres	1'00 pta.
Tallar cabells, el dissabte	1'50 ptes.
Els que tinguin per costum afaitar-se	2'00 ptes.
Serveis a domicili	doble preu

BARBERIES OBERTES:

Barberies (abans) Joan Prat, Eudald Terradellas,
Antoni Roca, Joan Serra, Joan Valentí,
Joan Bertran i Pere Parramon

EL COMITÉ DE BARBERS

No s'admeten propines

Cooperativa d'Artífexs - Ripoll

Virus Editorial

Virus editorial es un proyecto autogestionado que, al margen de la gran industria editorial, ha publicado hasta hoy más de 170 títulos en torno a temáticas como la memoria histórica, las migraciones, las relaciones entre salud y poder, la pedagogía y la psicología crítica, las relaciones de género, la antropología, el trabajo o la destrucción ambiental. En los últimos años ha apostado por las licencias libres, editando la mayoría de sus libros en Creative Commons y permitiendo su descarga libre en la red, consciente de que en la lucha por el conocimiento y la cultura libre se juega buena parte del futuro.

CREATIVE COMMONS (BY-ND-NC 1.0)

LICENCIA CREATIVE COMMONS

autoría - no derivados - no comercial 1.0

(CC BY-NC-ND 1.0)



Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones: **Autoría-atribución:** se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y del traductor/a.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto. Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

Aviso: Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.



MIQUEL IZARD. Si bajo el maestrazgo de Jaume Vicens, Pierre Vilar y Jordi Nadal a Miquel Izard (Barcelona, 1934) le atrajeron el proletariado y la manufactura algodonera, tras su exilio a Venezuela, 1968, devino americanista. Investigó el rechazo a la colonización, la forja de ámbitos cimarrones o denunció la esperpéntica, falaz y grotesca Leyenda Apologética y Legitimadora (LAL) sobre la agresión castellana. Jubilado de la Universidad de Barcelona y sin apoyo institucional para seguir dichas pesquisas, regresó al pasado catalán y, ahora, a la Guerra y la Dictadura, atrapándole las asombrosas mudanzas del verano de 1936. Sigue indagando sobre la Retirada, enero de 1939, o sobre los chiquillos y mujeres durante los primeros años del franquismo, dos grupos muy perjudicados y ninguneados por tanto cronista. Enseñó también en las venezolanas ULA de Mérida y UCV de Caracas o en la NYU de New York.

Fuente: Virus Editorial